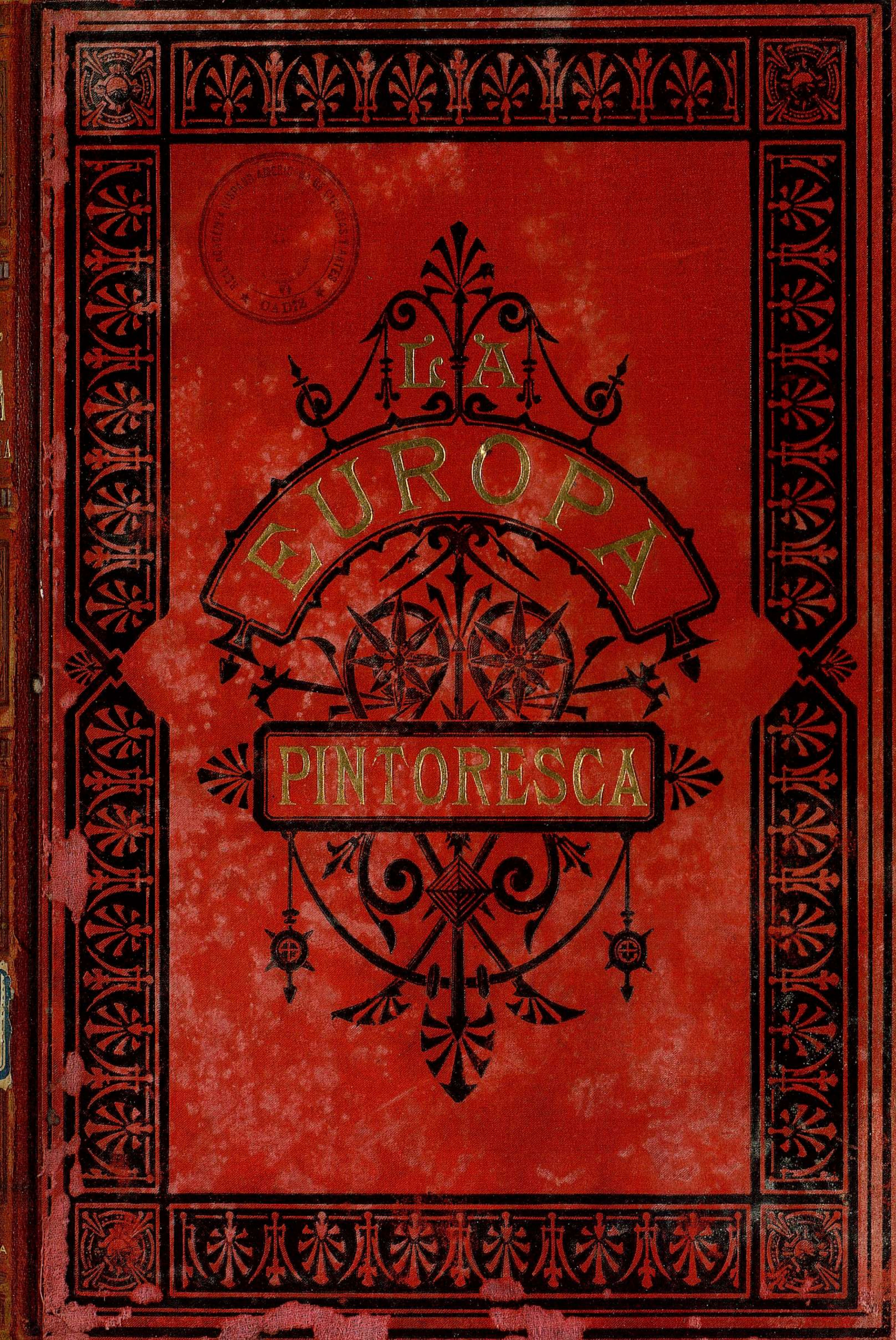



UMASS
BOSTON


LA
EUROPA
PINTORESCA





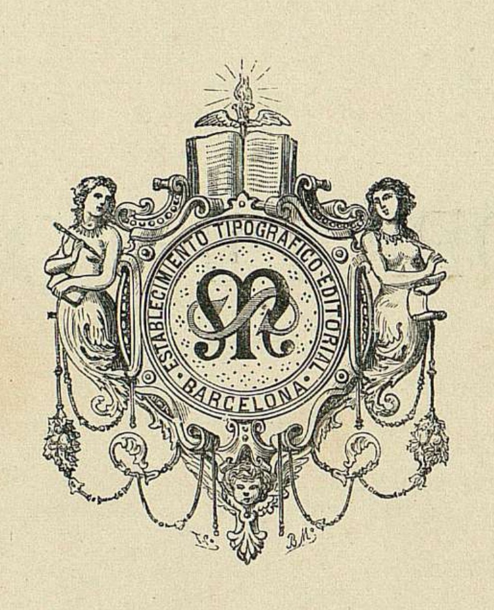
A la Real Academia Hispano Americana
de Ciencias y Artes de Cadiz

Agustín [illegible]

# EUROPA PINTORESCA

---




ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL
BARCELONA

# EUROPA PINTORESCA

## DESCRIPCION GENERAL DE VIAJES

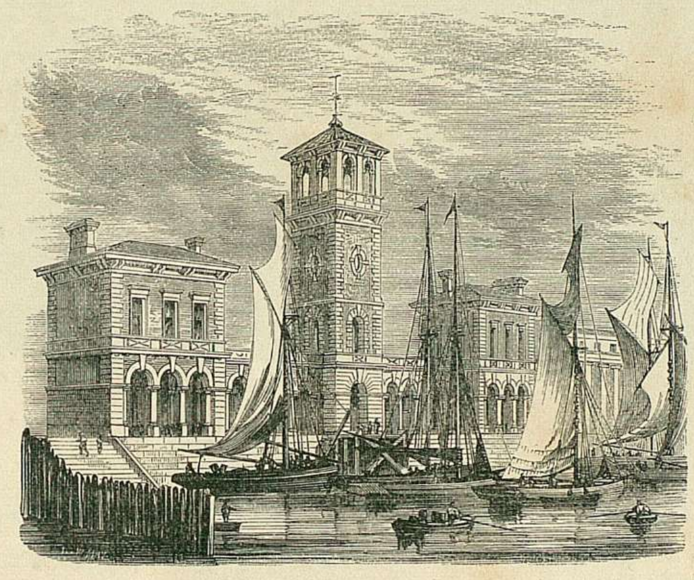
ILUSTRADA CON NUMEROSOS Y ARTISTICOS GRABADOS

Y REDACTADA POR REPUTADOS ESCRITORES EN VISTA DE LOS TRABAJOS DE LOS

MAS DISTINGUIDOS VIAJEROS

**TOMO SEGUNDO**





BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309-311

1883

# BÉLGICA



*Puente ae Courtrai*

Bélgica no deja de ser un país interesante, así por el carácter y costumbres de su pueblo como por su historia, sus ciudades y monumentos; pero si hemos de hablar con rigurosa exactitud, debemos añadir que no es de aquellos que pueden satisfacer del todo al que desea ver grandes cosas, porque en realidad no hay mucho que cause admiracion ni compense la fatiga del que emprenda un largo viaje para visitar el país. Hay localidades en que es preciso permanecer algun tiempo para saber apreciarlas, acostumbrándose á la tranquila familiaridad de aquellos habitantes y á vivir á la sombra de alguna antigua iglesia. Bélgica es el país de los campanarios, de los vidrios de colores y de los púlpitos esculpidos; Ostende, que se podria considerar como una de sus principales puertas, y que vista desde léjos parece reposar perezosamente sobre las aguas, da ya una idea del carácter flamenco. No hace mucho que al entrar en esta ciudad se debia pasar bajo un pesado arco y franquear un antiguo puente ántes

de llegar al dique. El que no quiera servirse del camino de hierro puede ir por el rio á Amberes, en donde verá un puerto majestuoso y magníficos docks, los cuales debe agradecer el país á Napoleon Bonaparte.

Al entrar en esa ciudad célebre, la primera cosa que el viajero desea ver, por lo regular, es su renombrada catedral, monumento notable cuya torre descuella sobre todos los edificios, y que el viajero verá siempre, bien se halle en una plaza ó en una estrecha calle de la ciudad. La catedral de Amberes es sin disputa una construccion verdaderamente notable, que por su conjunto y armoniosas proporciones, así como por su estilo, excita justamente la admiracion del viajero.

Otras cosas hay en Amberes que pueden llamar la atencion del viajero, como por ejemplo la estatua de Pedro Pablo Rubens, tan brillante como el célebre artista, y que se eleva en la plaza pública dominándolo todo. En esta famosa ciudad, el estudiante recuerda la época de Cárlos V; y cuando se recorren los muelles, no se puede ménos de pensar en los de Venecia. Aquí se ve tambien una magnífica fuente con un precioso pabellon de hierro, obra maestra de Quintin Matsys, cuyo trabajo es verdaderamente admirable. Alrededor de la plaza se hallan esas curiosas tiendas características de Gante y de Bruselas, y que se pueden considerar como reminiscencias del pasado más aún que los monumentos seculares.

La Casa Ayuntamiento de Amberes no parece apropiada para esta ciudad, por la ostentacion de que se ha querido hacer alarde en este edificio: una de las cosas que más llaman en él la atencion es un delantero de chimenea, notable por su prodigioso trabajo y minuciosos detalles, obra que hace recordar que este es el país de los escultores: el compartimiento de la izquierda representa la serpiente de bronce; el de la derecha el sacrificio de Abraham, y el del centro la Crucifixion. Repito que aquí se halla el plantel de los escultores, y esto se confirma á cada paso, pudiéndose admirar las atrevidas obras de riquísimos detalles debidas á la paciencia y habilidad de los flamencos. En las innumerables iglesias de este país, los altares, los púlpitos y confesonarios están todos adornados por el mismo estilo; los primeros son de una imitacion de mármol negro y blanco, sobrecargados de figuras que los adornan con exceso; los segundos, hasta en las iglesias de ménos importancia, están sostenidos por estatuas que representan santos ó ángeles: cuando el predicador sube al púlpito en algun templo de Ostende, lo primero que ve es la imágen de la Discrecion con un dedo sobre el labio, y luégo la de la Elocuencia. Entre los confesonarios más magníficos como obras maestras de escultura se debe citar el de San Pablo en Amberes: esta espléndida obra, aunque tiene cierto carácter de extravagancia, no se puede ménos de admirar por su riqueza y originalidad.

En las más de las ciudades de Bélgica se puede observar la curiosa lucha entre lo antiguo y lo moderno; lo primero parece persistir con singular tenacidad en mantener su dominio, y hasta diríase que le tiene sobre lo segundo. En Gante, por ejemplo, la bonita estacion del camino de hierro, con sus blancas paredes y su aspecto de lozanía, así como las nuevas calles que primero se recorren, ofrecen un singular contraste con la parte antigua de la ciudad, á la cual se llega muy pronto y en la que se ven á cada paso estrechos canales y puentes, oscuras callejuelas, casas de paredes ennegrecidas é iglesias de aspecto ruinoso, que son como otras

tantas reliquias del pasado, demasiado numerosas para que puedan desaparecer si nó se procede á un derribo general. Los edificios más modernos son muy flamantes, y algunos bonitos, pero nada seduce en ellos, como se observa principalmente en Courtrai, ciudad demasiado fabril y activa para ser pintoresca, aunque conserva sus antiguas murallas y otros restos de las pasadas épocas, como por ejemplo un puente que se ve al salir de la ciudad, flanqueado por dos torres con estrechas ventanas, cuya antigüedad es de las más remotas: cuando le ilumina la luz del astro de la noche, su conjunto ofrece el aspecto más poético. No cabe duda que esas torres han sido respetadas por su solidez, y porque seria cuestion de no poco trabajo derribarlas.

Los antiguos edificios de Gante, ennegrecidos todos por la accion del tiempo, agrietados y ruinosos varios de ellos, ofrecen ese aspecto de vetustez que tanto agrada al anticuario. En Gante hay muchos sitios recónditos que encierran alguna sorpresa para el arqueólogo, por lo mismo que nada nos dicen sobre ellos las Guías de viajero.

La Casa Ayuntamiento de Gante es un edificio verdaderamente grandioso, y lo más particular que en él se nota es que á pesar de haberse restaurado hace sólo treinta ó cuarenta años, ofrece el mismo carácter de antigüedad que ántes.

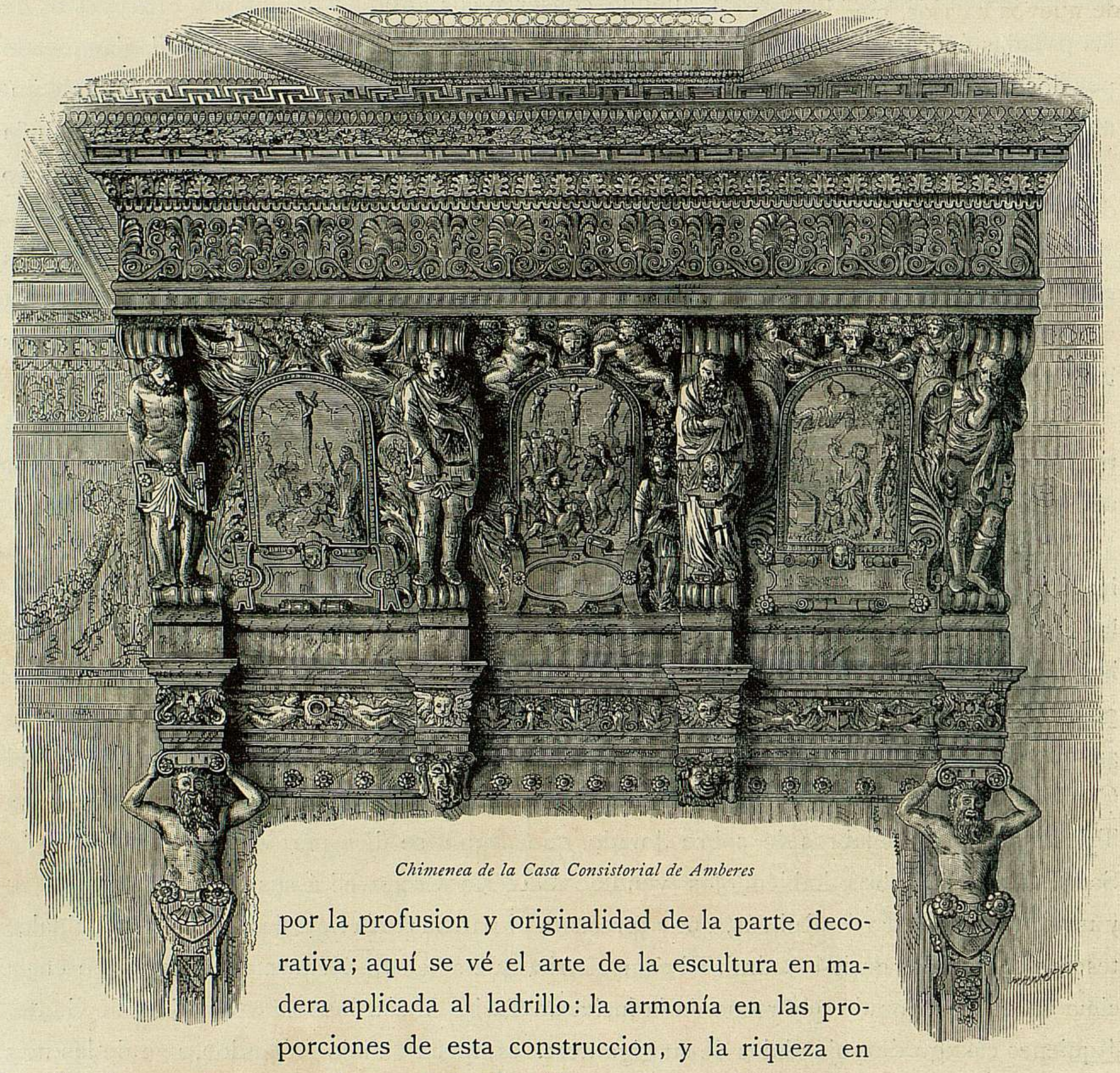
La catedral es una mole imponente, casi de aspecto lúgubre, pero que asombra por su imperecedera solidez; el exterior no tiene nada de suntuoso, y por lo mismo ofrece un singular contraste con el interior, donde se han prodigado con exceso los adornos. En esta catedral hay algunas reliquias de valor, muchos vidrios de colores de no escaso mérito, y un altar imponente. Los inteligentes en pintura hallarán aquí tambien un cuadro de extraordinaria rareza, que segun se dice fué la única obra de Huberto van Eyck: es la famosa *Adoracion* del Cordero Inmaculado. Un magnífico púlpito esculpido, la espléndida tumba del obispo Triest, varios candelabros de cobre dorado, que segun se dice pertenecian á la iglesia de San Pablo de Lóndres, habiéndolos vendido Oliverio Cromwell á sus poseedores actuales; y un precioso cuadro de Rubens, que representa el patron de la iglesia, son los principales tesoros contenidos en la catedral. El campanario, que se eleva á enorme altura, tiene en la cima un dragon dorado que recuerda la lucha de Cárlos V con los tenaces vecinos de Gante, á quienes castigó despojándoles de su gigantesca campana «Viejo Rolando», una de las más grandes de Europa, que pesaba más de seis toneladas: la ciudad pudo recobrarla despues.

Al salir del suntuoso templo, y despues de doblar la esquina de la calle, se ve el sitio donde fué asesinado el mayor de los Arteveldes; y un poco más léjos, muy cerca del Mercado del Viérnes, se puede contemplar el cañon monstruo, hermano del de Edimburgo, y que se considera como la maravilla de Gante: es una pieza de diez y ocho piés de longitud, cuya detonacion, segun Froissart, producia un estruendo que podia oirse á cinco leguas de distancia.

Una antigua torre, á la cual se va por un oscuro pasadizo, y á la que se da el nombre de *Patio de los Príncipes*, fué, segun dicen, el lugar del nacimiento del gran emperador. En el centro del Mercado del Viérnes, que tiene un aspecto bastante antiguo, descuella la estatua moderna de Santiago van Artevelde, una de las glorias de Gante.

Los grandes campanarios imprimen un sello característico á todas las ciudades flamencas,

pudiéndose formar por ellos idea de lo que fué el pasado de este pueblo, como sucede con algunos edificios notables, por ejemplo la antigua casa de los Barqueros, edificio que se eleva casi á la orilla del canal; su fachada, verdaderamente magnífica, admira al observador,



*Chimenea de la Casa Consistorial de Amberes*

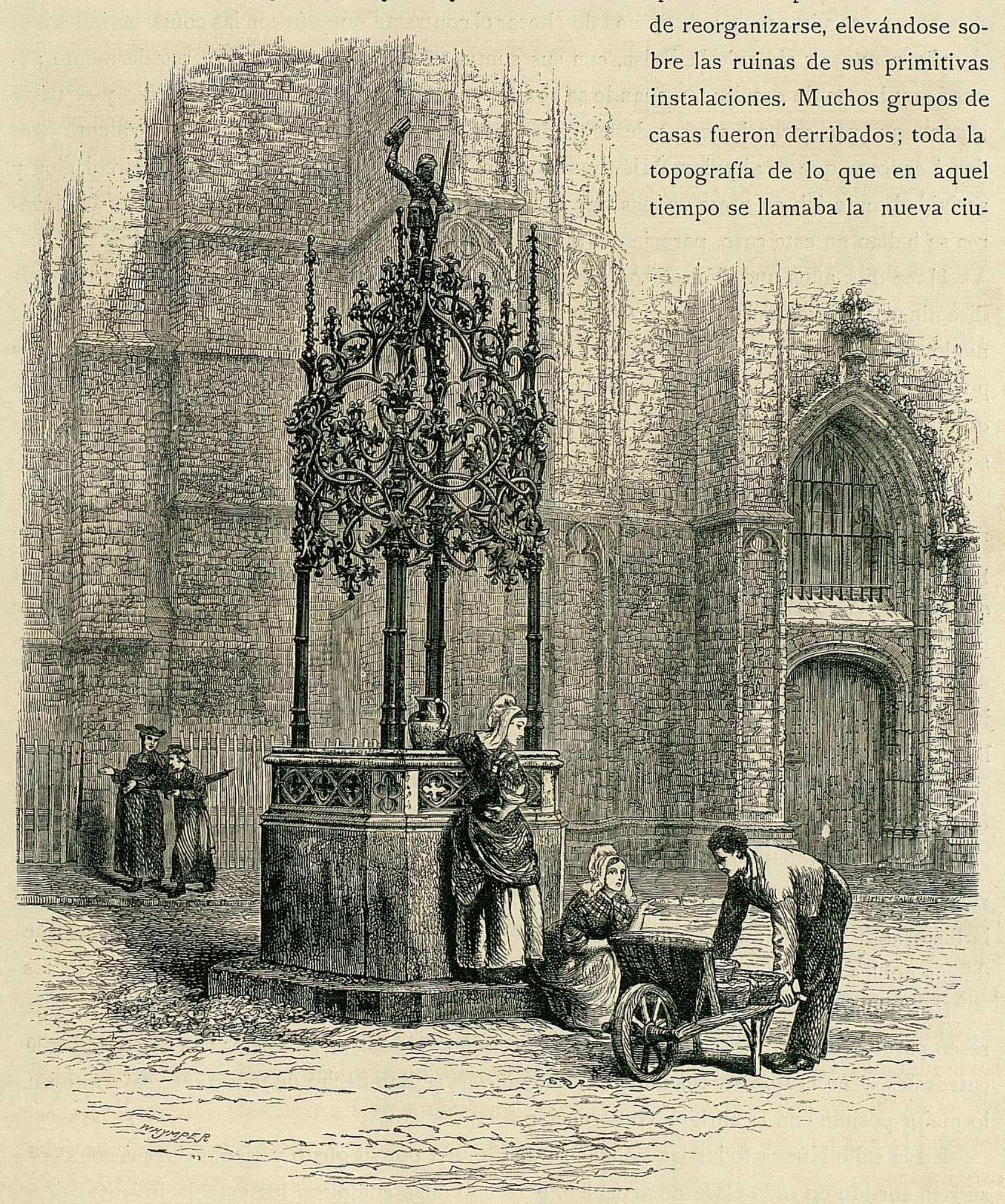
por la profusion y originalidad de la parte decorativa; aquí se vé el arte de la escultura en madera aplicada al ladrillo: la armonía en las proporciones de esta construccion, y la riqueza en los detalles, producen un efecto admirable. Algunas barcas holandesas, recien pintadas, que suelen verse en el canal, comunican á este sitio un aspecto que recuerda la ciudad de los Dux.

El antiguo mercado tiene cierto carácter de rusticidad que contrasta singularmente con las hermosas plazas é imponentes mansiones más próximas; miéntras que en el barrio moderno sorprende el magnífico teatro, uno de los más bonitos de Europa: este edificio parece estar aquí fuera de lugar, como sucede con el nuevo Palacio de Justicia, construido con gran ostentacion.

En su conjunto, la ciudad antigua parece tener empeño en mantenerse fiel á sus tradiciones, como lo indican sus oscuros pasadizos y callejuelas, sus puentes, sus templos y campanarios

II

Hace unos veinte años, Bruselas, que se habia ensanchado gradualmente por la creacion de nuevos barrios, bien pronto ocupados por el exceso de su poblacion, experimentó el deseo de reorganizarse, elevándose sobre las ruinas de sus primitivas instalaciones. Muchos grupos de casas fueron derribados; toda la topografía de lo que en aquel tiempo se llamaba la nueva ciu-



*La fuente de Quintin Matsys en Amberes*

dad cambió del todo trasformándose por completo, y en vez de negras callejuelas y callejones sin salida, cortadas por los brazos de un riachuelo pestilente, se abrieron vastas arterias

paralelas que comunicaron un nuevo aspecto á la ciudad. En la actualidad los largos bulevares que enlazan las estaciones del Norte y del Mediodía, en los puntos opuestos de la capital, prolongándose entre dos series de interminables fachadas que se distinguen por su excesivo número de balcones y cariátides, indican un bienestar tal vez más aparente que verdadero.

A primera vista no puede ménos de chocar el contraste que ofrecen las construcciones modernas, como por ejemplo la Bolsa, con sus suntuosos cuerpos de edificio, regularmente alineados y llenos de esculturas, cuando se comparan con la pobreza de los almacenes y el triste aspecto que presentan las casas desocupadas, cuyos balcones tienen un papel amarillento para dar á conocer que se alquilan. Miéntras que en varias calles se nota una gran circulacion y actividad material, en otras apénas hay movimiento, siendo de notar que los nuevos bulevares se hallan en este caso, pareciendo que la atencion pública rehusa fijarse en ellos.

Hace diez años que el circuito de la ciudad se ha cambiado completamente; las casas se diseminan cada vez más á través de los campos en un radio que se ensancha de continuo; de modo que hay hombre que debe andar dos horas para llegar á su vivienda; en los tranquilos pueblecillos de ántes obsérvase ahora una actividad desconocida hasta aquí; y en las pequeñas quintas casi ocultas entre el follaje á orillas de los caminos, conócese á la vez la paz de las soledades y el movimiento de la ciudad.

En cuanto á la capital misma, Bruselas es tan conocida de todos los viajeros, que nos pareceria ocioso extendernos en una detallada descripcion. Por lo pronto diremos que su plaza principal, ó Plaza Mayor, seduce siempre por su aspecto aunque se haya visitado muchas veces: sus casas de estilo español, alegres y pintorescas, y el palacio del Ayuntamiento, notable por su atrevida irregularidad, pero majestuoso é imponente, por la mezcla que en el edificio ofrecen el estilo antiguo con el moderno, maravillosamente combinados, constituyen un conjunto del mayor atractivo. El espectador podria muy bien hacerse la ilusion de que ha de ver llegar, desembocando por alguna calle, los soldados del duque de Alba con sus casacas amarillas, que en buen órden se dirigen á la plaza para pasar revista. En ninguna parte se puede ver tan bien como aquí hasta qué punto las construcciones del pasado se pueden armonizar con los cambios modernos. En esta plaza hay dos hermosas estatuas en un solo pedestal, que representan á los condes de Egmont y de Horn, triste recuerdo del más lúgubre episodio de la historia de Bélgica: dícese que el duque de Alba presenció desde una ventana la ejecucion de sus nobles víctimas.

Entre los demás atractivos que ofrece la ciudad figuran sobre todo un pequeño y pintoresco parque, por el estilo de las Tullerías, y Santa Gúdula, verdadera joya entre todas las catedrales, y en la que las restauraciones modernas se han hecho de modo que se armonicen lo mejor posible con la antigua construccion.

En la calle Nueva todas las tiendas se distinguen por su gusto y elegancia, así como por su rico surtido en toda clase de artículos, pero con ellas compiten los establecimientos de la calle de Montagne de la Cour. El bonito teatro de la Plaza de la Moneda está contiguo á un Conservatorio como en Paris, y puede jactarse de tener sus *primas donnas* y notables artistas nacionales, capaces de cantar las mejores óperas. No olvidaremos añadir que el palacio

de la Bolsa, como ántes indicamos, es uno de los edificios más notables y grandiosos de la capital.

Si salimos de Bruselas para recorrer los alrededores, veremos que el país ofrece por todas partes casi el mismo aspecto. Cuando se ha pasado de las instalaciones industriales de Molembeck-Saint Jean, el altivo arrabal cuyas columnas de humo forman al norte de la ciudad una perpetua nube, penétrase en una hermosa campiña uniforme, con muchas praderas surcadas por cristalinos arroyuelos, en cuyas orillas elévanse frondosos árboles; en todo el espacio que la vista alcanza, agrúpanse risueños pueblecillos. Las vías férreas se entrecruzan en diversos puntos de la llanura, y así es que en muy poco tiempo se franquean todas las distancias; gracias á esto se ha establecido poco á poco entre los caseríos y las ciudades una incesante circulacion que favorece el bienestar general.

Alrededor de Dieghem, pueblecillo próximo á la capital, el paisaje es aún más risueño y variable, segun las ondulaciones de un riachuelo, el Woluwe, en cuyas orillas parece domiciliado el idilio, y que da su nombre á todos los caseríos en medio de los cuales circula. Allí está Saventhem, donde se evoca el recuerdo del galante caballero van Dyck y de la hermosa Ana van Ophem, aquella patricia de quien el pintor se enamoró, y cuya graciosa imágen se perpetúa en un cuadro célebre, el *San Martin dando á los pobres la mitad de su capa.*

No léjos de otro pueblecillo, Machelem, se ve un castillo con grandes torres cuadradas, construido en el siglo XVII por el conde de Taxis en la pendiente de un cerro y en medio de un paisaje magnífico, donde aún se creeria ver las sombras ilustres del rey de Inglaterra Guillermo III, que en 1693 estableció en la fortaleza su cuartel general, y del célebre Marlborough, que se alojó allí despues de la batalla de Ramillies. Más léjos encuéntrase uno de los más antiguos señoríos de que se hace mencion, Steenockerzeel y su iglesia de estilo ojival, adornada interiormente con muchas esculturas. Avanzando siempre hállanse Peuthy, residencia rústica, donde vivió David Teniers el jóven; el Elewyt, adonde muchas veces fué Rubens, cuando estaba en el apogeo de su gloria, montado en alguno de aquellos magníficos caballos que eran todo su orgullo; y Grimberghen, cuyo recuerdo se ha perpetuado al través de los siglos por la existencia de una abadía que se hizo célebre por su esplendor, reemplazada hoy por una iglesia del siglo XVII.

Más léjos aún encontraremos Ham, cuyo castillo ha sido respetado por el tiempo, y que se distingue por su enorme mole; Wemmel, con sus tres torrecillas, que destacan en el aire sus flechas desgastadas; Meysse, donde á la sombra de torreones almenados, en el majestuoso castillo de Bouchout, se entrega á sus meditaciones dolorosas una princesa amada de los belgas; y por último Vilvorde, que se distingue á través de las aspas de sus molinos.

## III

El aficionado á los recuerdos históricos debe visitar Hougomont, á cuyo punto podrá trasladarse muy pronto en un moderno coche de posta: es un lugar interesante por haberse reñido allí la más célebre batalla de nuestros tiempos. Hougomont, que ya no es sino una ruina,

tiene una pequeña granja, la misma que se hallaba entre los ejércitos enemigos que combatieron en Waterloo, habiendo sido teatro de algunos de los más sangrientos choques ocurridos en aquella tremenda lucha.

Desde Hougomont se pasa á Malinas ó Mechlin, donde el viajero puede apearse; pero como apénas puede disponer de media hora hasta la llegada de otro tren, si quiere proseguir su marcha, quédale poco tiempo para visitar la localidad. La torre de la antigua catedral, que se eleva á una inmensa altura, aunque se construyó cien piés más corta de lo que se proyectaba, se ve en el espacio de varias millas á la redonda; sus campanas son las más melodiosas que se conocen en Bélgica. Dentro de la catedral se puede ver el gran cuadro de Van-Dyck, la Crucifixion, considerado como la obra maestra de aquel célebre pintor. Dicho se está que en el templo no falta un grandioso púlpito esculpido, en el cual se representa la Conversion de San Pablo y varias escenas de la vida del apóstol, todo con una exactitud y naturalidad que llama la atencion. Tambien hay en esta catedral muchas reliquias, vidrios de colores, notables monumentos, esculturas y buenos cuadros.

Despues de Malinas se suele visitar Lieja, la ciudad de las iglesias, de los soberbios campanarios y de las chimeneas. Aquí reina siempre una actividad infatigable y un continuo estrépito, porque los hornos y las fraguas funcionan de continuo para la fabricacion de armas y toda clase de trabajos en metal.

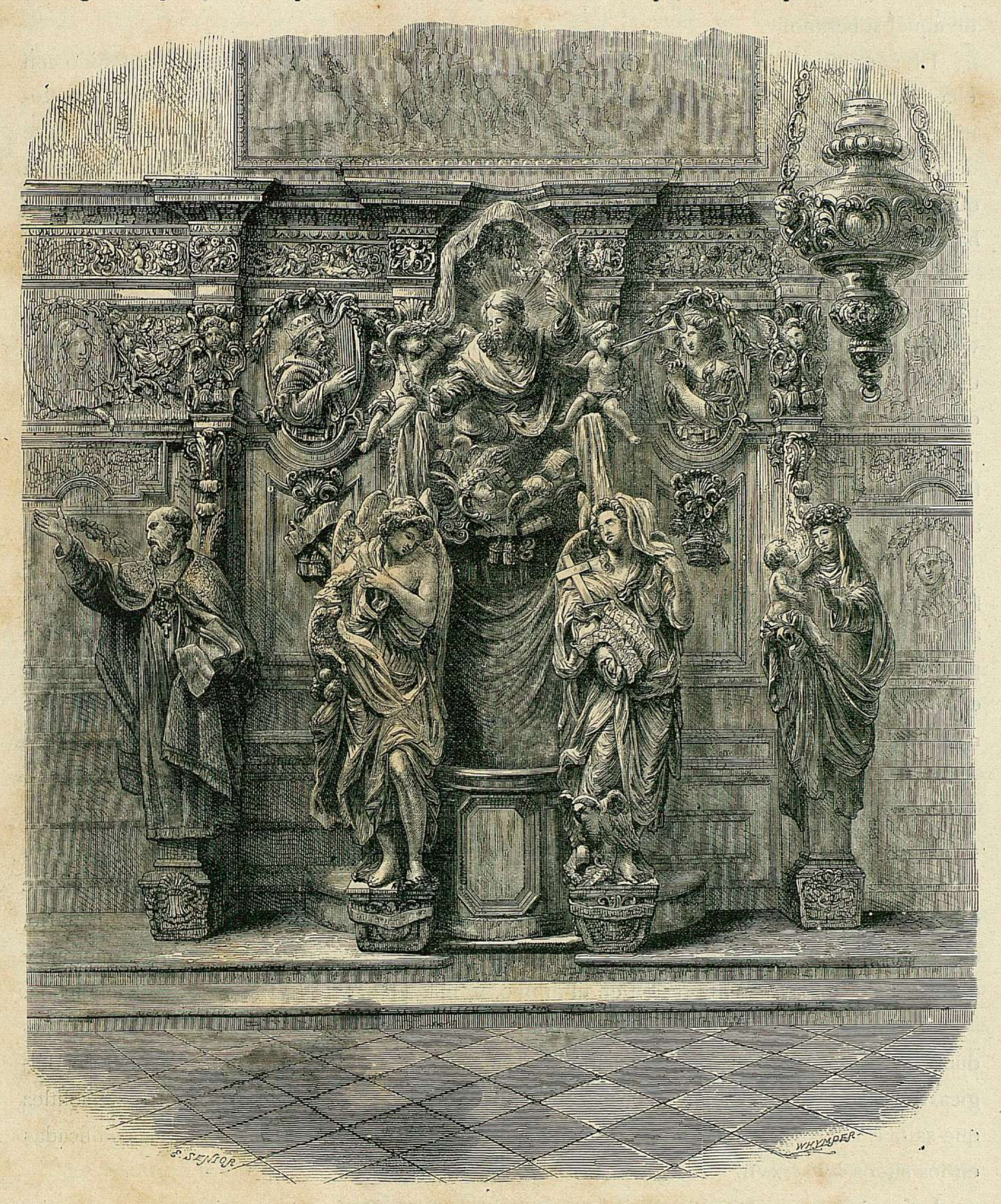
En esta ciudad se recuerdan las encarnizadas luchas de los «Príncipes Obispos» con sus súbditos, aquellas escenas tan bien descritas per Walter Scott en su novela «Quintin Durward». El edificio llamado palacio del Obispo, así como otros históricos, debe su reputacion más bien á los escritores que á su propio mérito, lo cual no quiere decir que el de que hablamos no sea notable; tiene grandes columnatas é inmensos patios; y en punto á edificios antiguos, considérase como el mejor de Bélgica: ahora es el Palacio de Justicia. En los pilares se reconoce una bien combinada mezcla de los estilos gótico, veneciano y morisco, que forma un extraño contraste con las tiendas y almacenes modernos.

No léjos de Lieja hállase Seraing, la antigua quinta de los Príncipes, que residieron en ella hasta la Revolucion francesa: cuarenta años más tarde, un inglés llamado Cockerill la convirtió en una de las más importantes fundiciones de hierro del mundo. A decir verdad, nada puede compararse con los grandiosos establecimientos de Vieille Montagne, en la línea comprendida entre Lieja y Aquisgran, Creuzot en Francia, Krupp en Essen y Seraing. La antigua quinta llegó á ser por fin una ciudad de más de 20,000 habitantes, ocupando una gran extension las fábricas, en las que trabajaban 6,000 operarios.

A unas quince millas de Lieja, en opuesta direccion y por la línea de Utrecht, hállase Tongeren ó Tongres, localidad de bastante importancia, en otro tiempo la *Aduatica Tongri* de los romanos. Aquí hay una bonita iglesia de estilo gótico, del siglo XIII, y algunos claustros magníficos de estilo romano.

De Pepinster arranca un camino que conduce á Spa, prolongándose entre colinas cubiertas de espeso bosque hasta que se llega á esa bonita estacion de baños, cuya celebridad no debe extrañarse, pues hay pocos sitios cerca de la capital que sean tan rústicos y tan agrada-

blemente pintorescos. Su bonito teatro, uno de los más antiguos de Europa, tiene un aspecto de elegancia que seduce á primera vista; el interior es una especie de templo circular soste-



*Confesonario en la iglesia de San Pablo, en Amberes*

nido por pilastras; y en las noches de baile, cuando todo está iluminado, ofrece el más admirable conjunto. Sin embargo, el recuerdo que aquí dejó el gran Czar de todas las Rusias, parece llenarlo todo; cuando se está en el centro de la pequeña ciudad, frente al pórtico en

miniatura erigido á su memoria, desde donde se ven las largas calles estrechándose á derecha é izquierda, y las colinas cubiertas de bosque, no se puede ménos de pensar en la visita de aquel soberano.

El agua ferruginosa de Spa es lo que da vida á esta localidad, pues se han obtenido con ella curas asombrosas, pero tiene tal fuerza, que podria perjudicar gravemente si no se tomase con las debidas precauciones. En dos ó tres ocasiones la corriente de agua mineral se desvió de su curso, desapareciendo del todo, con gran consternacion de los habitantes, á quienes arruinaria semejante pérdida; mas por fortuna siempre consiguieron encontrarla y hacerla volver á su cauce.

Spa era tambien la residencia favorita de Meyerbeer, á quien agradaban mucho sus paseos bordeados de espesura y sus solitarios bosquecillos, donde muchos viajeros habrán visto al singular anciano absorto en la composicion de su *Dinorah* ó de *L'Africana:* aquí hay un paseo que conserva su nombre. En Spa se organizan algunas veces carreras é iluminaciones en los árboles, con objeto de atraer á los extranjeros; pero tales fiestas tienen muy modestas pretensiones y aumentan en poco los naturales atractivos de la localidad. El paseo favorito de los extranjeros es el llamado *Paseo de las Siete Horas*, donde hay una magnífica alameda sombreada por espesos olmos.

Cuando se suprimieron las casas de juego de los alemanes, el gobierno belga se vió en la precision de seguir el ejemplo, y aunque á consecuencia de esta medida se siguió cierta des animacion en Spa por la ausencia de los jugadores, la pequeña localidad se recobró bien pronto del golpe que al fin ha resultado ser ventajoso. Sin embargo, aún existe el antiguo casino, donde se ganaron y perdieron tantas fortunas, pero los banqueros que presidian las mesas han ido á satisfacer su vicio en Mónaco y otros puntos.

## IV

Cuando el viajero que se dirige á Brujas se halla todavía á varias millas de distancia de esta ciudad, por poco que fije su atencion, verá descollar en los aires el famoso campanario, elevándose como un faro en medio del mar; este gigante, visto desde una llanura monótona y desierta, produce cierta impresion en el ánimo, ó, más bien, un sentimiento de melancolía.

Lo primero que se nota en Brujas es una especie de alegre animacion, que desde luégo seduce al viajero. Lo que ántes llama aquí la atencion, así como en las demás ciudades de Bélgica, son las iglesias y sus campanarios; en cuanto á las casas, todas tienen un aspecto de solidez que salta á la vista; pero las más notables por su construccion y su conjunto son las edificadas en los siglos XVI y XVII.

La primera cosa que el viajero desea ver al entrar en Brujas es su célebre campanario, mole inmensa que elevándose á enorme altura, ofrece el aspecto de un castillo con balcon y ventanas. Este campanario es el orgullo de los habitantes, y oscurece con su sombra las casas de algunos en las callejuelas que hay alrededor; cada vez que se cruza la extensa plaza se mira involuntariamente aquella inmensa mole, y siempre se experimenta la misma impresion,

de asombro, sobre todo cuando el campanario produce sus melodías por un mecanismo especial, ingeniosamente dispuesto, y que funciona cada cuarto de hora. En una esquina de la plaza dominada por el gigante, á la entrada de la calle de San Amando, hállase la antigua casa donde vivió Cárlos II, como desterrado, maldiciendo aquella música cada vez que la oia. La puerta de Gante, con su torreon redondo, completa el conjunto que ofrece la plaza, conjunto que tiene algo de solemne é imponente.

Al recorrer los barrios bajos y las calles más retiradas, se ve que muchas de estas están ocupadas del todo por conventos y escuelas; á cierta distancia se ve el canal, de aspecto triste, con algunos árboles aislados, cuyas copas se inclinan sobre las aguas, y varios estrechos puentes; en ciertos sitios parece que las casas surgen de la superficie líquida; pero el paisaje no tiene nada de risueño.

La catedral, cuya forma se asemeja á la de un castillo, está consagrada al Salvador; en una de las capillas interiores hay un monumento de mármol blanco y negro, sobre el cual está el órgano; toda la parte decorativa del templo es muy rica, como sucede por lo regular en la mayoría de las iglesias.

No léjos de la catedral se ve un gran edificio, de aspecto anticuado y de conjunto poco agradable: es el hospital de San Juan, que posee un maravilloso tesoro en pinturas de Memling, las cuales han ido á ver muchos entusiastas, haciendo un largo viaje sólo con este objeto.

En la iglesia de Nuestra Señora se enseñan las tumbas de Cárlos el Atrevido y de su hija, dos monumentos de gran riqueza. La Capilla de la Santa Sangre, que está inmediata á la Casa Ayuntamiento, es un lugar muy venerado; pero así como la Santa Capilla de Paris, ha perdido mucho por las mal entendidas restauraciones que se han hecho.

Apénas se puede creer que esta humilde y pequeña ciudad haya sido en otro tiempo una de las más florecientes por el comercio de Europa, tanto que varios países tenian aquí sus embajadores, los cuales ocupaban casas que ahora sirven de alojamiento al primero que lo necesita.

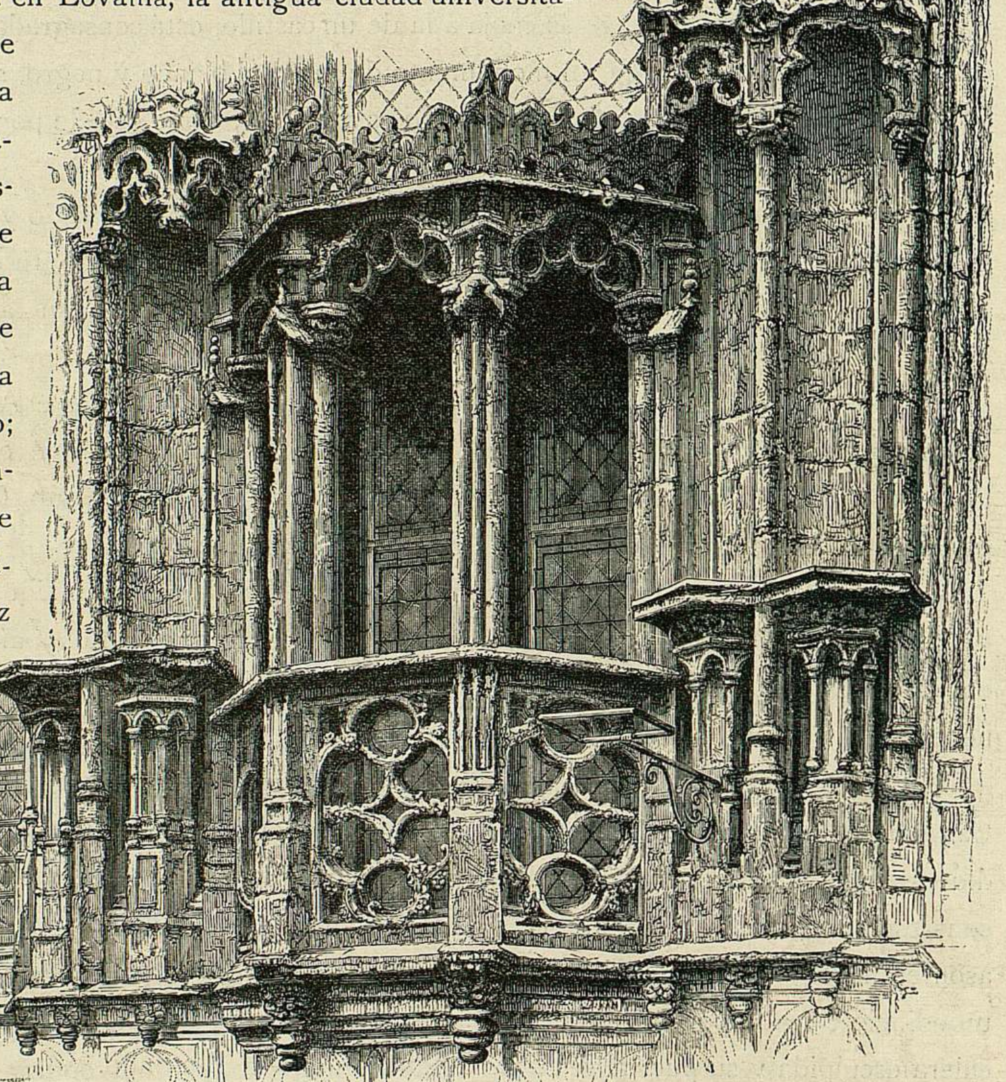
En todas las ciudades de Bélgica se ha de admirar siempre la infinita variedad de las Casas de Ayuntamiento; diríase que los arquitectos agotaron en la ereccion de estos grandiosos edificios toda la fertilidad de su genio, para que sirvieran de modelo á los modernos constructores; unas son verdaderas joyas por su pequeñez, como la de Oudenarde; otras asombran por sus colosales dimensiones, como la de Ipres; la primera no parece en realidad un edificio de la importancia que todos los demás tienen, pero su riqueza en adornos, su escalera esculpida y su puerta de entrada admiran á todo el mundo.

En cuanto á la Casa Ayuntamiento de Ipres, es sin disputa una de las maravillas arquitectónicas del mundo, con su inmenso tejado, su enorme torre, su magnífica arcada y su aspecto ruinoso. Este edificio contrasta singularmente con la pobre ciudad en cuyo centro se eleva; y, seguramente, nadie esperaria encontrar semejante monumento en tal sitio; vale la pena hacer un viaje sólo por verlo; y, sin embargo, las Guías apénas hacen mencion de él, enumerando otras muchas cosas mucho ménos dignas de llamar la atencion. Esto sucede á

menudo: así, por ejemplo, á unas diez millas de Ostende hay una pequeña ciudad fortificada, Nieuport, circuida de una hermosa campiña; tiene fosos, murallas y portillos, una antiquísima iglesia con una pintoresca torre, y un aspecto de vetustez en su conjunto que no puede ménos de seducir á primera vista, por lo mismo que no se espera encontrar esto. Las Guías, sin embargo, apénas contienen dos líneas para citar esta localidad; y de aquí resulta que son pocos los que conocen Nieuport.

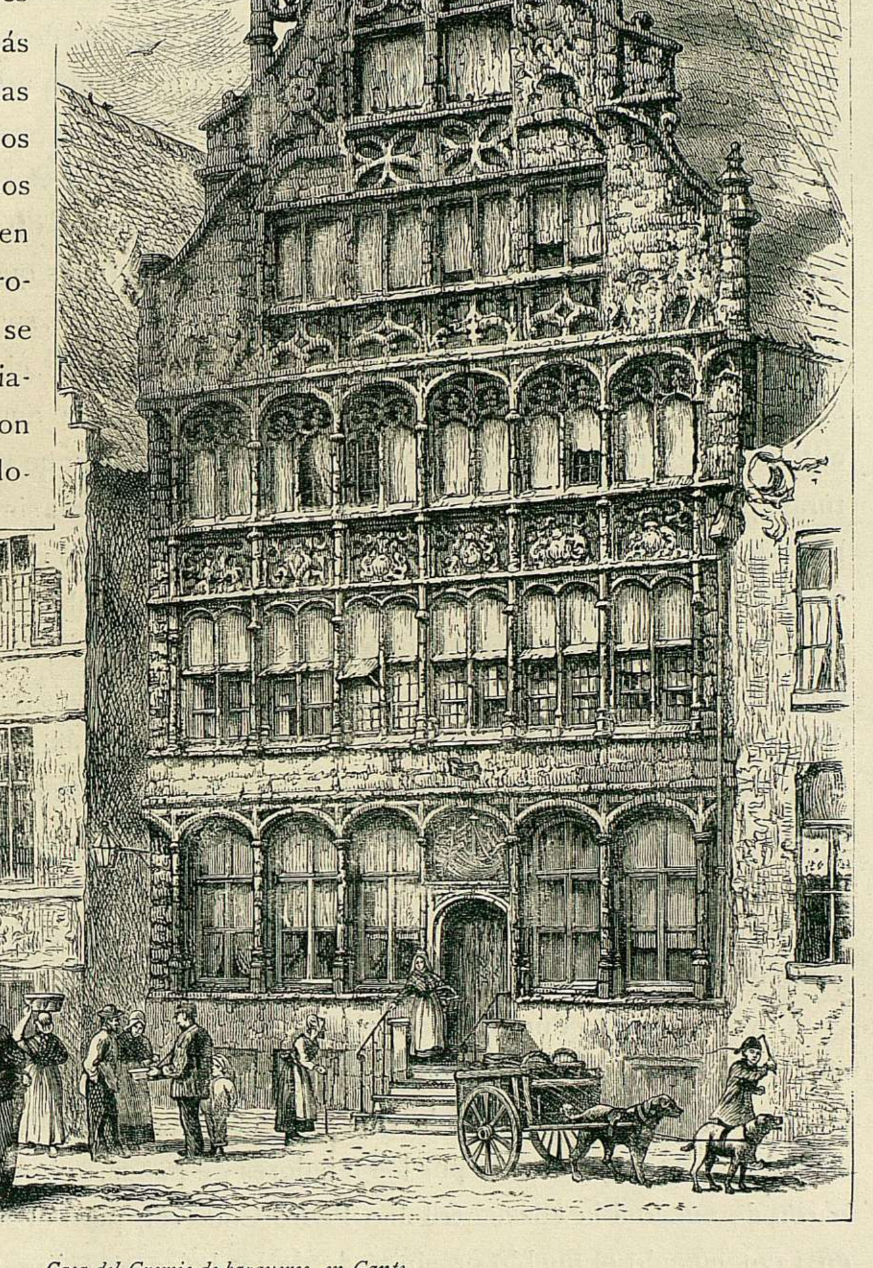
## V

Cuando se entra en Lovaina, la antigua ciudad universitaria, lo primero que se ve es una espaciosa calle bordeada de casas de correcta construccion, calle que conduce á la plaza cuadrada donde se eleva San Pedro y la Casa Ayuntamiento; á medida que se avanza siguiendo siempre en línea recta, estréchase la vía cada vez más, las casas parecen oprimirse y los tejados tienen grandes aleros. Este barrio, que al anochecer se convierte en una muda Tebaida, tiene cierto carácter de tristeza que involuntariamente hace pensar en el pasado. A derecha é izquierda hay varios callejones que conducen unos á los muelles y otros á diversas plazas, en las cuales se ve por lo regular algun grupo



*Balcon de la Casa consistorial de Gante*

de casuchas antiguas; de vez en cuando, se experimenta de pronto una sensacion de frescura, la cual indica la proximidad de algun paseo plantado de grandes árboles. A cada paso se ven iglesias con severos muros, claustros, pórticos sobrecargados de esculturas y, sobre todo, de innumerables ventanas: este es el carácter más saliente del barrio llamado de las Escuelas. Los grandes Cristos de piedra, las cruces y los nichos llenos de Vírgenes, que despiden una luz muy incierta en la profundidad de los ángulos donde se hallan, invitan á las almas cristianas al recogimiento y á la oracion señalando á cada paso el predo-



*Casa del Gremio de barqueros, en Gante*

minio de la idea religiosa. Ésta es, en efecto, la ciudad católica donde reina el alma Mater. Indiferente á las investigaciones de la ciencia, aíslase en la enseñanza tradicional y sólo quiere conocer las verdades reveladas; poco le importan los descubrimientos modernos del espíritu;

con la vista dirigida hácia el Gólgota, aborrece las contemplaciones retrospectivas. Por todas partes se ven aquí seminarios y conventos, á su alrededor disminuye la actividad, y sus cuerpos de edificio se prolongan en el vacío de las calles; el dia es la continuacion de la noche silenciosa, por una atmósfera en que sólo se respira el trabajo y el estudio, y sólo á ciertas horas se nota algun movimiento en las plazas vecinas, predominando la sotana entre los transeuntes. Las palabras de los maestros en teología germinan en estos cerebros; aquí se halla el plantel donde se reclutan los defensores de la doctrina; aquí es donde se abrasa de amor evangélico el alma de los futuros sacerdotes.

A medida que nos alejamos de la arteria principal, la soledad redobla; en algunos sitios, las líneas de casas están cortadas por espacios cubiertos de yerba, y noparece sino que éste es un punto avanzado de la campiña en la circunscripcion urbana; muy pronto se llega, en efecto, á los límites de la ciudad.

Una de las primeras cosas que el viajero suele visitar es la Casa Ayuntamiento, mole gigantesca que con sus torrecillas, sus pequeñas estatuas y otros adornos parece una excrecencia colosal arraigada en tierra por raíces indestructibles que se ramifican en el espacio. La parte decorativa de ese inmenso edificio, con su follaje, sus guirnaldas y sus numerosas figuras, ofrece un conjunto muy complicado, pero tiene cierto carácter de grandiosidad, sobre todo por la noche, cuando la luz de la luna ilumina aquella maravillosa construccion; entónces, la inmensa mole, cortada por bruscas sombras que realzan los relieves y las esculturas, parece palpitar bajo la ondulacion de todos los séres simbólicos, de todos los patriarcas legendarios que habitan aquellos nichos; á la luz del astro de la noche parece que los cristales fulguran; y el enorme tejado brilla como un monstruo cubierto de lucientes escamas.

Al otro lado de la plaza, la colegiata proyecta sus torres, oponiendo á la orgullosa ascension de los pináculos del palacio comunal, símbolo de las altivas reivindicaciones populares, la poderosa masa de sus piedras sobrepuestas, imágen de la solidez y espiritualidad de la religion; y esos dos gigantes que han sobrevivido á las glorias y á los oprobios públicos, continúan en la calle su coloquio secular, sin inquietarse al parecer de los cambios que todo lo han trastornado á su alrededor. Algunos grupos de casitas bajas vegetan al pié de la colegiata de San Pedro, apoyando sus paredes amarillentas en los poderosos cimientos esculpidos de aquel gigante de piedra.

Lovaina ha sido durante largo tiempo el emporio de una exportacion considerable; de modo, que sus gastos eran proporcionados á sus productos. Allí se encuentran, como en Gante, la superabundancia de la vida y las efervescencias de la pasion. En 1340 estalló en la ciudad un motin promovido por los tejedores de paños; veinte años más tarde se insurreccionaron de nuevo á la voz del tribuno Pedro Couterel; pero el suceso más trágico tuvo lugar en 1379, cuando el pueblo precipitó desde los balcones sobre las espadas y partesanas de los soldados á los patricios que se habian guarecido en la Casa Ayuntamiento. Esta carnicería tuvo fatales consecuencias para la prosperidad de los oficios: el duque Wenceslao mandó decapitar á los jefes del motin, y no pocos artesanos trasladáronseá Inglaterra, introduciendo allí sus perfeccionamientos en trabajar el paño. La industria se paralizó en todo el país, recibiendo

por último el golpe de gracia de manos de María y Maximiliano, que para vengarse de la sedicion de 1477, impusieron á los habitantes las más pesadas contribuciones, tanto que el rico mercado de paño se transformó al fin, con autorizacion del duque y del papa, en esa universidad que aún hoy es el alma de Lovaina. De este modo el espíritu se ha sustituido á la materia en aquel horno extinguido; el cadáver se ha galvanizado al soplo de la teología.

Lo que mejor indica la fuerza de esa ciudadela de la escolástica es la anchura y extension de sus instalaciones; aquello es el aparato de una gran riqueza acumulada, que los privilegios han hecho florecer, y por los cuales puede resistir los tormentos más crueles. Los grandes patios, los imponentes cuerpos de edificio, las inmensas salas y las escaleras monumentales comunican al conjunto el aspecto de un palacio de un prelado que vive lujosamente en medio de las comodidades de la vida. Diríase que allí reina un señor soberano sobre las piedras y la inteligencia, igualmente sometidas á sus voluntades; y, en efecto, el rector ha conservado su plena jurisdiccion sobre todos los individuos de la universidad. El ejército escolar entero marcha á sus órdenes, y juzga sin apelacion las infracciones y los delitos. Aún no hace treinta años que una severa disciplina prohibió á los estudiantes frecuentar los cafés y los teatros, graduándose los castigos desde la reprimenda hasta el encierro y la expulsion definitiva.

La biblioteca es el arsenal de esa gran institucion armada contra todas las innovaciones; y para que ofrezca atractivo, á la vez que un carácter imponente, erigióse en un lugar á propósito. Fundada en el siglo XVII por el canónigo Beyertinck y continuada por Cornelio Jansenius, Pedro Stockmans y Jacobo Boonen, arzobispo de Malinas, se ha enriquecido con una continua afluencia de legados, compras y donativos; de modo que hoy cuenta más de cien mil volúmenes en sus estantes, mil manuscritos, y algunos libros notables por su rareza.

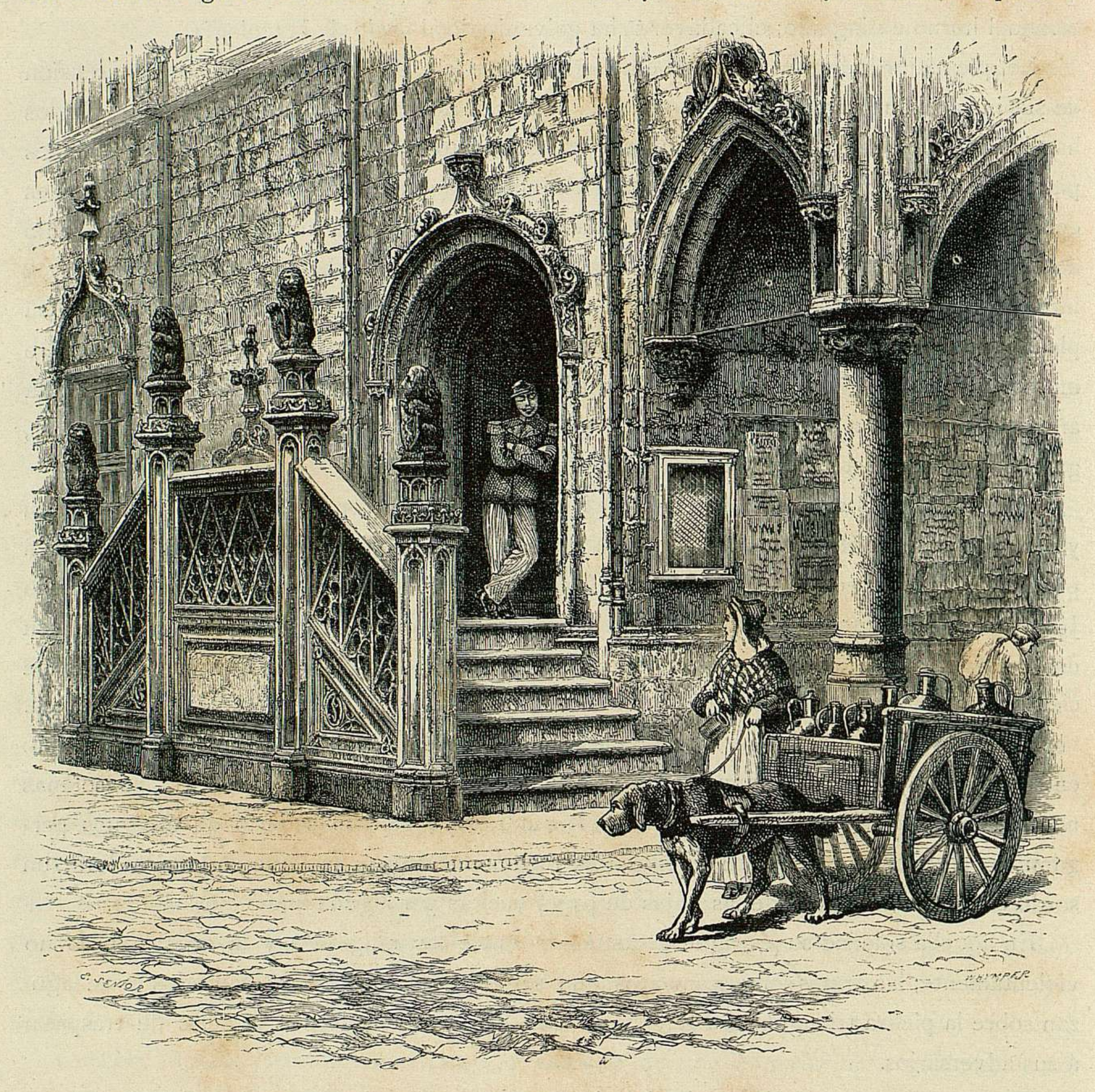
A ciertas horas, aquel lugar ofrece una solemnidad que á cualquiera llamaria la atencion: entre las líneas de armarios circulan sombras, y se ven las ondulaciones de largas sotanas negras; no parece sino que se teme despertar al tiempo bajo el sudario de antiguos pergaminos; el único rumor que se percibe es el rechinamiento de una llave en la cerradura, un sordo cuchicheo, ó el roce de las hojas de papel vueltas por alguna mano lentamente.

En aquella soledad se prosigue la contienda entre las religiones y la ciencia, pero no violentamente; las armas son argumentos que se toman de los textos sagrados y se aguzan sobre la piedra triangular de la fe, hasta que llegan á ser flechas capaces de traspasar á sus adversarios.

El recogimiento que reina en las iglesias no es otra cosa sino la continuacion de esa paz casi monacal del estudio: San Pedro y sus sacerdotes, arrodillados ante el altar, encarnan en una realidad visible á la luz del dia la elaboracion secreta del gran misterio católico de la universidad. La *Summa* se inscribe aquí en la esbeltez de las columnas, en la aguda forma de las ventanas, en el recorte maravilloso de los relieves, en la estructura imponente de los pórticos; y la inmensa nave se fija por un áncora ideal en el puesto donde resiste la conjuracion de los vientos.

Una primera iglesia, San Pedro, habia sido edificada por Lamberto el Barbudo, y en tiempo de su sucesor aumentóse un capítulo de siete canónigos que ascendieron poco á poco

al número de diez y ocho; pero las llamas destruyeron dos veces el templo, y hasta el siglo XV no se echaron los cimientos de la construccion definitiva, lo cual se debió á Sulpicio von Worst, natural de Diest, á quien ayudó su hijo y el escultor Eustaquio. El artista no tuvo el gusto de ver la conclusion del edificio; y hasta setenta y tres años despues de



*Puerta de la Casa consistorial, en Oudenarde*

comenzarse los trabajos no se puso la primera piedra del pórtico abierto en la gran plaza, que se dejó incompleto. El conjunto de la iglesia distaba mucho de realizar la concepcion primera: segun el plan del albañil, que por su talento fué elevado á la categoría de maestro de obras, y segun el modelo en relieve que se conserva en la Casa Ayuntamiento, la bóveda debia estar sobrepuesta de cinco flechas, siendo la mayor de ellas de una altura de quinientos treinta y cinco piés; pero juzgóse que los cimientos no eran suficientemente sólidos para aquel peso enorme, y las torres no pasaron de la elevacion del tejado.

Tal como la han dejado los siglos, la colegiata se prolonga entre sus veintiocho haces de columnitas con una majestuosa anchura, más imponente aún por la armonía de las proporciones y la sencillez del estilo. Muchas capillas se corren á los lados con una pro-



*Ruinas de Hugomont*

fusion de obras de arte que recuerda la fastuosa ostentacion de las iglesias de Amberes: en una de ellas hay un cuadro que representa el Paraíso, obra maestra de Matsys, que se halla actualmente en el museo de Bruselas, y ante el cual más de un viajero se habrá absorbido en muda contemplacion. Otras joyas artísticas se conservan, sin embargo, en la iglesia, cuyos altares están sobrecargados de adornos y pinturas de mano maestra. Las fuentes bautismales, de cobre forjado, son obra de Metrys; hay un tabernáculo de piedra de treinta y

cinco piés de altura, trabajado como una blonda; muchos monumentos funerarios, un púlpito de madera con un jinete y su caballo de tamaño natural; en los altares mayores ricas esculturas; y en el centro de la iglesia el incomparable coro de tres arcos, todo adornado de follajes y pequeñas estatuas, que el artista del siglo XV prodigó á su capricho.

San Miguel, Santa Gertrudis, la iglesia de los Dominicos, y hasta San Jaime, á pesar de sus relicarios, su tabernáculo y su célebre balaustrada de cobre fundido, no pueden sostener la comparacion con esa riqueza; sólo la fachada de la Casa Ayuntamiento, con su imitacion de arabescos, sus cinceladuras y alegorías, mole gigantesca en que los metales y las joyas se figuran con piedra, podria rivalizar con las severidades religiosas que ofrece el conjunto del edificio de que hablamos.

En aquella época, reinando Felipe el Bueno, un tal Matías Layens fué invitado á trazar los planos de la *Curia pública:* los que presentó maravillaron á los magistrados de Lovaina, que desconfiando no obstante de sí mismos como inteligentes en la materia, sometieron el proyecto á maese Pawels, arquitecto de monseñor el duque de Borgoña, á quien pareció muy aceptable la idea de Matías. Acto continuo, púsose manos á la obra, y de un trabajo incesante salió al fin la gloriosa construccion que con justo motivo enorgullece á los descendientes de los poderosos pañeros del siglo XV.

Difícilmente se podria formar idea del maravilloso conjunto que ofrece esa especie de tejido de piedra: las superficies desaparecen bajo las esculturas; el cerco de las ventanas presenta los más graciosos festones; y en toda la altura del edificio se ve como un inmenso bordado cuyas mallas ostentan un sinnúmero de formas y asuntos decorativos. Toda la Biblia está representada en esas paredes floridas; se pueden seguir de nicho en nicho los principales episodios del Antiguo Testamento; y para que los personajes se reconocieran mejor, el ingenuo artista comunicóles el aspecto de los hombres y mujeres de su época. Los graves semblantes de los patriarcas tienen barbas flamencas; las matronas judías están sentadas en pesados sillones; las vírgenes ostentan el ancho ropaje que vestian las patricias; y en todas partes recréanse los ojos en la contemplacion del cuadro que ofrecia la calle en el siglo XV, pareciéndose las estatuas á los transeuntes cruzándose en aquel decorado de arquitectura. Como es natural, no faltan asuntos para la observacion; algunos individuos se representan en la posicion que expresa el vicio por que eran conocidos en la ciudad; y así es que el conjunto tiene la importancia y la intencion de una inmensa crónica satírica, en la que algunos contemporáneos pudieron verse esculpidos con no poca gracia.

A pesar de su complicado revestimiento, la fachada es muy ligera; sus esbeltos contornos se destacan en el espacio atrevidamente, y las seis torrecillas que terminan su tejado comunican á todo el edificio como un movimiento ascensional. Es la obra maestra de la proporcion exactamente medida; y la multiplicidad de los adornos, que en otra parte podrian degenerar en prolijos, atenúase aquí por la notable gracia de las grandes líneas verticales que se prolongan hasta la parte superior del edificio.

En el interior obsérvanse adornos muy sencillos, habitaciones lógicamente coordinadas y pisos sobrepuestos, con escaleras de caracol. El mobiliario y la parte decorativa son de

mediana riqueza, como para no distraer las graves preocupaciones públicas. En este cuadro severo, los altivos magistrados podian trabajar con recogimiento sin que les perturbasen inútiles peticiones.

En Lovaina hay sitios verdaderamente encantadores, como por ejemplo el barrio de Beguinage, uno de los más apartados: tiene estrechas calles en las que se alinean casitas de ladrillo de planta baja, precedidas de jardines y decoradas con pequeñas estatuas de santos. Algunas veces, por las puertas entornadas se ven siluetas femeninas, las unas en actitud de trabajar; las otras inmóviles, como de personas entregadas á la meditacion. Este barrio es una especie de lugar de refugio, donde las mujeres de edad madura se retiran cuando cansadas del ruido del mundo, ó por haber sufrido una sensible desgracia anhelan el retiro y la calma. Viven en comunidad, aunque sin conocer la disciplina monástica, formando pequeños grupos que viven bajo el mismo techo, componiéndose de tres, seis ú ocho personas, segun el espacio de la casa. Una libertad relativa les permite salir durante el dia, á las horas que tienen por conveniente, pero llegada la noche, todas las casas se cierran, y entónces reina la más profunda tranquilidad; en rigor no es sino una continuacion de la del dia, pues aquí parece extinguirse la agitacion humana en medio de las oraciones. Sin embargo, si se penetra en el interior de alguna de esas casas, se ven mujeres, en otro tiempo madres y esposas, que han conservado la alegría y el movimiento de la vida, al paso que otras, laceradas por el dolor, parecen participar de la rigidez de las estatuas de piedra ante las cuales elevan sus oraciones al Señor.

Singular contraste ofrece este centro, donde el espíritu y los sentidos parecen dormitar, comparado con las actividades intelectuales de las escuelas de teología inmediatas. Todo el ruido de las discusiones escolásticas en la ciudad universitaria conduce á este letargo de algunas buenas almas ingenuas que no conocen las modernas luchas.

Al salir de la ciudad no se tarda en llegar á una suntuosa abadía, la más propia para completar el cuadro de este gran emporio de catolicismo. Fundada en 1179 por Godofredo el Barbudo, la abadía de Parc, consagrada á la regla de San Norberto, sólo llegó por etapas á su magnificencia actual: del primitivo monasterio sólo ha quedado la capilla, convertida en coro de la iglesia; todas las demás construcciones datan de 1664 á 1752; el conjunto revela un esplendor en su apogeo; y no sólo admira lo grandioso de las instalaciones, sino tambien la idea de la acumulacion de riquezas resultante de tan considerable posesion. Se han de franquear sucesivamente cinco recintos ántes de llegar al patio donde se eleva el cuerpo de edificio principal, y cada uno de estos recintos tiene por entrada un pórtico, sobrepuesto de dos leones de piedra que sostienen escudos blasonados. Aquí están las cervecerías, los molinos, las granjas, los establos, las cuadras y los lavaderos; en el tercer recinto se ve el vivero, próximo á las paredes del campo santo; y en cuanto al monasterio propiamente dicho, elévase soberbio y majestuoso, con su iglesia adornada de mármoles y esculturas en madera como armonizando con la belleza de las entradas; en otro tiempo rodeábala una cerca, pero ahora se ha reemplazado con cultivos. Del antiguo bosque sólo queda un parque con mucha espesura, que presta densa sombra á sus alamedas.

## VI

Desde Lovaina á Aerschot la vía férrea cruza por un país cuyo aspecto ha cambiado progresivamente: á las risueñas perspectivas del dominio Brabanzon sucédense extensiones



*Vista de Huy*

melancólicas; el suelo presenta grietas y barrancos por todas partes; algunas míseras chozas; y por toda vegetacion varios sauces aislados en el lindero de bosques de abetos, cuyas oscuras hojas, disminuyendo un poco la monotonía de la llanura, completan el paisaje. Por mucho que el arado penetre en la tierra, ésta produce sólo una escasa cosecha, cada vez menor, á medida que el viajero se aleja de la verde campiña que ha dejado tras sí: este es el Hageland.

Este nombre evoca algunos recuerdos: involuntariamente se piensa en los feroces campesinos insurrectos que eligieron como refugio este lugar en su lucha contra los soldados de la República francesa. Antes que ellos, los tejedores de paño desterrados por Wenceslao habitaban igualmente estas turberas, desde donde asolaban todo el país vecino.



*El paseo de Spa*

Si nos detenemos en Aerschot el tiempo necesario para examinar la iglesia, de un agradable estilo ojival primario en su parte anterior, con su notable coro, la famosa torre de Aureliano, que defendia en otro tiempo las murallas de la ciudad, y por último los restos de un mercado antiguo que recuerda tiempos más prósperos, así como el pintoresco sitio llamado Molinos Grandes, se habrá visto todo. Aquí se nota la irremediable decadencia de una pequeña ciudad que perdió su energía en las luchas religiosas del siglo XVI; y hay además algunas que han quedado reducidas al estado de humilde pueblo, como sucede, por ejemplo,

con Sichem, la más antigua ciudad de Brabante, segun dice el pueblo, y que para evitar el olvido definitivo sólo conserva su vetusta torre aislada, vestigio de sus murallas antiguas: en otro tiempo tenia tres pisos, con salas en cada uno de ellos, de las cuales sólo se ve ahora una, con bóveda en ojiva y adornada de esculturas que representan figuras de ángeles.

Despues de Aerschot viene Diest, que tiene una entrada pobre y mezquina más allá de las fortificaciones; una calle angosta que se estrecha cada vez más ántes de terminar en la plaza; un rio que baña las paredes del edificio donde se hallan las cervecerías; algunas plazas espaciosas, y dos bonitas iglesias, la de San Sulpicio y Nuestra Señora. Si se llega en domingo á esta localidad podrá verse á hombres y mujeres á las puertas de sus casas, reconociéndose en todos su aficion á la cerveza.

En Diest se fabrica una cerveza muy especial, de seguro efecto cuando se bebe en demasía; cuando está recien hecha, lleva el nombre del país, y si es añeja llámase *gulden bier* (cerveza de oro); se percibe su olor en el aire, como un vapor perpetuo, y puede trastornar muy pronto la cabeza.

La antigüedad de Diest sólo podria apreciarse ya por muy pocos vestigios; nada queda de la cuna de los reyes francos, como no sea alguna costumbre perpetuada hasta nuestros dias; hasta los recuerdos más próximos á nuestra época se han borrado poco á poco bajo la accion del tiempo y de los hombres. La antigua industria lanera, floreciente en el siglo XIV, sólo tiene ahora un mercado ruinoso donde se vende hoy la carne, y que á duras penas revela la prosperidad del emporio de otro tiempo. Toda esta gloria del pasado parece dormir á la sombra de un ábside ruinoso en el que se han embutido las piedras, en el singular cementerio que en los límites de la ciudad se abre por una maciza arcada de aspecto monumental. Una anciana arrodillada allí ante una tumba, y con los brazos en cruz, parecia en el silencio de aquel lugar fúnebre una de esas figuras de mármol que sobre los sarcófagos evocan el recuerdo de las cosas pasadas.

Tirlemont, otra poblacion que se visita al volver de Diest, produce impresiones diferentes, reconociéndose aquí en todo la aficion á la buena vida, que caracteriza al flamenco. Tirlemont no tiene apénas nada que sirva para el recreo: cierto que hay un teatro, pero sus puertas se abren sólo de tarde en tarde para recibir algunos cómicos. Más se aprecia en esta localidad la dicha de encerrarse en su casa, en una habitacion donde puedan percibirse los vapores de la cocina.

Ciudad aseada y silenciosa, como las más de las flamencas, Tirlemont tiene calles irregulares, una plaza, varias series de casuchas antiguas; y desviándose un poco del centro, espacios cubiertos de yerba. Una enorme iglesia domina los tejados de las casas: es San German, que tiene la torre, los pilares y las naves de estilo romano, y las ventanas y el coro de estilo gótico primitivo. Delante de la Casa Ayuntamiento se halla la iglesia de Nuestra Señora del Lago sin concluir, pero tiene una hermosa torre apoyada en cuatro pilares que primitivamente formaban el centro del edificio. Como de costumbre, obsérvase una profusion de adornos á lo largo de las paredes y en el fondo de las capillas, tanto que no se acabaria nunca si se quisiera detallar las riquezas de todas esas iglesias. La piedad pública ha pro-

digado por todas partes los donativos, los cuadros, los adornos de color, las esculturas pintorescas; y como era de esperar, muchos objetos de mal gusto se mezclan con la delicadeza del verdadero arte. En San German, por ejemplo, se ve un Cristo en una especie de nicho enrejado, con paños y terciopelos festonados de blonda; y muy cerca osténtase una obra de madera esculpida que representa un paisaje con grandes árboles.

Aquí no se resucita evidentemente la poesía mística de las iglesias que, como la de San Leonardo, en San Leau, han conservado su ornamentacion primitiva. Admira verdaderamente hallar en este pueblecillo, perdido en medio de los campos, un museo lleno de reliquias arqueológicas, pues no es otra cosa la iglesia de Leau. Desde léjos se ve ya la torre, con sus ventanas apareadas; despues se cruza por estrechas calles, bordeadas de casas muy rústicas; y de repente se ve una magnífica iglesia del siglo XIII, algunas de cuyas partes, particularmente la galería abierta con arcos trilobados alrededor del coro, debe datar del período de transicion.

Desde el umbral experiméntase ya una especie de sentimiento respetuoso: en la primera capilla de la izquierda, un precioso retablo presenta las maravillosas complicaciones de una serie de escenas tomadas de la vida de Cristo; y en la primera de la derecha ofrécese á la vista un conjunto más admirable aún: desde el suelo hasta el techo elévase una especie de blonda de madera en la que se entrelazan mil figuras con un prodigioso follaje esculpido; en un lado está la Vírgen con el Niño sobre las rodillas; en otro la Visitacion y Marta abrazando á María; y en los huecos que separan los compartimientos se ven grupos de ángeles, mujeres, caballeros armados, sacerdotes con largas dalmáticas, y una multitud de personajes del Nuevo Testamento, con los trajes de la época.

Difícil sería enumerar todas las riquezas contenidas en este templo, entre las cuales llama principalmente la atencion un candelabro de siete brazos, un atril sostenido por leones de mármol, un precioso tabernáculo con caprichosos grupos de figuras y bajos relieves, y otras muchas rarezas que sería ocioso citar aquí.

Si al salir del templo, deslumbrados por tanta riqueza, nos dirigimos hácia la plaza, veremos la Casa Ayuntamiento, verdadera joya de arquitectura del Renacimiento del más correcto estilo, con sus ventanas prolongadas, su gran escalera de piedra, sus nichos en la fachada, ocupados por estatuas, y sus graciosas torrecillas.

Este edificio y la iglesia de que acabamos de hablar es lo único digno de verse en Tirlemont; lo demás ofrece poco interés.

## VII

Terminaremos nuestra excursion recorriendo la mejor parte del Mosa, que es la comprendida desde Masuen á Mezieres: ninguna otra ofrece tan pintorescos puntos de vista á lo largo del rio, que se desliza tortuoso á través de las espesuras del bosque de las Ardenes, presentando altas rocas en ambas orillas; más léjos se ensancha majestuosamente, adquiriendo una notable anchura.

Esta parte del país no está muy poblada, aunque de vez en cuando se ve alguna ciudad ó pueblo que parece caido de las nubes, situado á la sombra de las rocas, que están coronadas de castillos ó fortalezas. En este caso se hallan Givet, Fumay y Dinant: la posicion de esta última ciudad es más agradable que la de todas las que se ven por esta parte del país, y por eso suelen elegirla los viajeros como cuartel general para emprender sus excursiones. Dícese que sus habitantes eran en otra época muy turbulentos, aunque ahora son gente muy pacífica, dedicada en particular á la fabricacion de objetos de metal y utensilios de cocina. La crónica cuenta que cuando el duque Felipe el Bueno fué soberano en esta region, los habitantes llegaron á irritarle de tal manera, que mandó arrojar al Mosa ochocientos, atados de dos en dos, incendiando despues la ciudad. Ménos de un siglo despues, no escarmentados con tan terrible castigo, y como les sitiara el rey de Francia, intimándoles la rendicion, contestáronle con insultos y sangrientas amenazas; pero sólo consiguieron con esto que su ciudad fuera saqueada é incendiada de nuevo. En esta localidad se conservan aún casas de los tiempos de Cárlos el Atrevido y de Felipe el Bueno, que sobrevivieron al hierro y al fuego.

Todo el país á la redonda está sembrado de castillos y fortalezas, algunas en estado ruinoso; pero sus habitantes no son ya el terror de los que viven cerca. Un dia de marcha, desde Dinant, basta para llegar á los castillos de Walzin y de Veves: el primero está situado á las orillas del Lesse, tributario del Mosa, y aunque poco conocido de los pintores, merece la pena de ser visitado. El castillo de Veves está casi oculto entre la espesura de un bosque, y aparece á la vista del viajero cuando ménos lo espera. Este castillo no debe confundirse con otro moderno del mismo nombre, cuya construccion costó varios millones de francos.

Al volver á Dinant encuéntrase una inmensa mole de granito llamada Roca de Bayardo, situada en la extremidad sur de la ciudad, á la orilla derecha del Mosa. Detrás de ella se destaca una larga línea de casas blancas de todas dimensiones y edades, dominadas por la flecha de la iglesia de Nuestra Señora. A medida que uno se acerca, despues de cruzar un puente, á la orilla izquierda del rio, no puede ménos de admirar la grandiosa belleza del paisaje, verdaderamente digno de ser visitado por el viajero.

---

# RUSIA



*La gran campana de Moscou*

Los buques que llegan á Rusia por el mar de Alemania y el Báltico están construidos expresamente para navegar en los bajos fondos que se hallan en la desembocadura del Neva; gracias á esto pueden doblar la punta de Kronstadt y amarrar en el animado muelle de Vassili Ostroff.

Apénas desembarca el viajero, y si quiere dirigirse al interior de San Petersburgo, debe alquilar un drojky, especie de vehículo de que tantas veces se ha hablado, que no creemos necesario describirle aquí. Numerosos carruajes cruzan continuamente el puente Nicolás, por donde es preciso atravesar, y desde el cual se domina el rio en todo el espacio que la vista alcanza. En ambas orillas se ve una quíntuple línea de largos barcos cargados de leña, y al penetrar en la ciudad obsérvase que la líquida superficie de los canales desaparece igualmente bajo un cargamento semejante. Largas filas de barcas llenas de ese combustible se dirigen con singular lentitud á los diversos barrios de la capital; y esto se ve aún á principios de verano, pues ya entónces se hacen preparativos para pasar el invierno.

Y es porque el invierno preocupa constantemente á los habitantes del norte de Rusia, no

sólo por sus rigores, sino tambien por el partido que saben sacar de este terrible clima. Esa estacion, que en otros países es sinónimo de sufrimiento, significa aquí, por el contrario, bienestar y facilidad para todo y abundancia. Es la época de las alegres reuniones, de la vida al aire libre; y si los trabajos agrícolas se suspenden, el campesino está seguro de encontrar en las ciudades un jornal que le permita atender á sus necesidades. En un país de llanuras como Rusia, ¿qué camino real, por bien conservado que esté, valdrá lo que esa inmensa alfombra de nieve por donde los caballos pueden conducir sin dificultad las más pesadas cargas?

Durante el verano la navegacion se utiliza para abastecer á los diversos centros de poblacion de toda especie de mercancías, hierro, granos, ladrillos, leña, madera de construccion, etc. En invierno las provisiones de boca abundan en los mercados; de las orillas del mar Blanco y del Volga llega un rico contingente á Moscou y San Petersburgo, donde se adquieren así los sabrosos peces del Océano y de los grandes rios, la caza de Arkhangel y las pieles de Siberia. Con frecuencia se compran aves que han recorrido ochocientas verstas despues de caer bajo el plomo del cazador, pues si el hielo mata, á veces tambien conserva.

Lo que primero llama la atencion en San Petersburgo es la grandiosidad de las casas y la anchura de las calles. Aunque se llegue á la gran capital en la estacion en que las principales familias van á pasar una temporada en el campo, nótase un movimiento y circulacion que asombran al que no está acostumbrado á ver las grandes ciudades; y al ver cómo se oprimen los carruajes en calles y plazas, creeríase que la ciudad contiene su acostumbrado número de habitantes; pero á los dos ó tres meses, cuando las familias ausentes regresan, reconócese bien pronto la diferencia.

Durante el verano, las excursiones á las islas de las desembocaduras del Neva y á las residencias imperiales de Peterhoff y Tzarskoe-Selo pueden ocupar agradablemente las horas que el viajero no consagre á visitar los monumentos de San Petersburgo y las riquezas incalculables de la Ermita. Despues llega ese terrible invierno, que sólo espanta á los que no conocen las comodidades y recreos que proporciona.

Setiembre ha tocado á su fin, y entramos en octubre: los árboles estaban verdes aún ayer y cargados de follaje, pero durante la noche se produce una ligera helada; los tilos quedan desnudos y sus hojas forman una espesa alfombra al pié. Los abedules resisten aún, mas al dia siguiente, sus frágiles ramas forman caprichosos arabescos, y á su alrededor se ven caidas las abundantes hojas que los engalanaban. Con una lluvia asaz persistente se mezclan á veces algunos copos de nieve; los vientos soplan con violencia, vientos húmedos procedentes del Báltico, que á veces giran al norte ó al levante; y despues, un frio muy seco anuncia la venida del invierno, ó mejor dicho, ya ha llegado.

Pero ya están todos dispuestos á recibirle: desde algunos dias ántes, unas ventanas dobles han reforzado el muro de cristal que protegia la habitacion contra el aire exterior; se han tapado cuidadosamente todas las junturas, y aquellas no se abrirán ya hasta que haya entrado de hecho la primavera. Los *fortouchkas* (1) se guarnecen de nuevo, y se procede á una

(1) Los *fortouchkas* son un par de cristales movibles que correspondiéndose entre sí se colocan en medio de cada postigo de una de las ventanas. En todas las habitaciones hay uno.

limpieza general en todas las casas, para el caso de que el frio se declare de repente: á su primera aparicion se encenderán las estufas y caloríferos, y entónces reinará siempre un calor primaveral en el interior de las casas, hasta el momento de abrirse nuevamente las ventanas, lo cual se hará cuando la última nieve haya desaparecido derretida por los rayos del sol, cuando el último témpano del lago Ladoga vaya á perderse en las aguas del Báltico.

La estufa en Rusia forma parte de la construccion de la casa, lo mismo que nuestras chimeneas, y en cada habitacion hay una. Para caldear las casas se ha ideado un ingenioso sistema: por varios conductos de ladrillo sobrepuestos oblígase á la llama á recorrer un largo espacio ántes de encontrar salida; el humo sale casi frio y no se pierde absolutamente nada del calor desprendido de la madera en combustion. El aspecto de una estufa viene á ser como el de un gran armario que formára saliente á lo largo de la pared; esta estufa, cubierta de loza, que á veces tiene ricos adornos, se coloca á la altura de treinta centímetros sobre el suelo; enciéndese el fuego una vez al dia, y una brazada de abedul basta para mantener el calor durante unas treinta horas. Cuando la leña se ha reducido á brasas reúnese en la parte anterior de la chimenea, ciérrase la puertecilla, se tapa con una cubierta el orificio de los conductos del calórico, y ya no se ha de pensar en nada hasta el dia siguiente.

En algunos salones muy grandes se ponen dos estufas, en cuyo caso colócanse en ángulos cortados. En el palacio de Peterhoff están adornadas de porcelanas, con dibujos de ese color azul que tanto gusta á los chinos y que se ha imitado perfectamente en los Países Bajos. Estas estufas son de un estilo encantador, que se deberia reproducir en el adorno de las casas nuevamente construidas.

Terminados los preparativos para hacer frente á la temible estacion, todos esperan el frio sin la menor inquietud, y no pocos con impaciencia, pues halágales la perspectiva de recorrer en trineo las inmensas superficies heladas. Cuando comienzan á caer las primeras nieves, obsérvase muy pronto un cambio notable en la ciudad: las calles están más silenciosas; un espeso manto de blancura deslumbradora cubre el pavimento y los tejados de las casas; y á los drojkys y coches sustituyen los trineos. Sin embargo, esto no es más que un preludio del invierno, pues á los dos dias desaparece la nieve, dejando en su lugar un barro líquido que molestaria mucho en las anchas calles si no fuera por los encargados de su limpieza; y entónces vuelve á oirse el ruido propio de todas las grandes capitales, observándose el mismo movimiento que ántes; pero no tarda en anunciarse el verdadero invierno de una manera más formal.

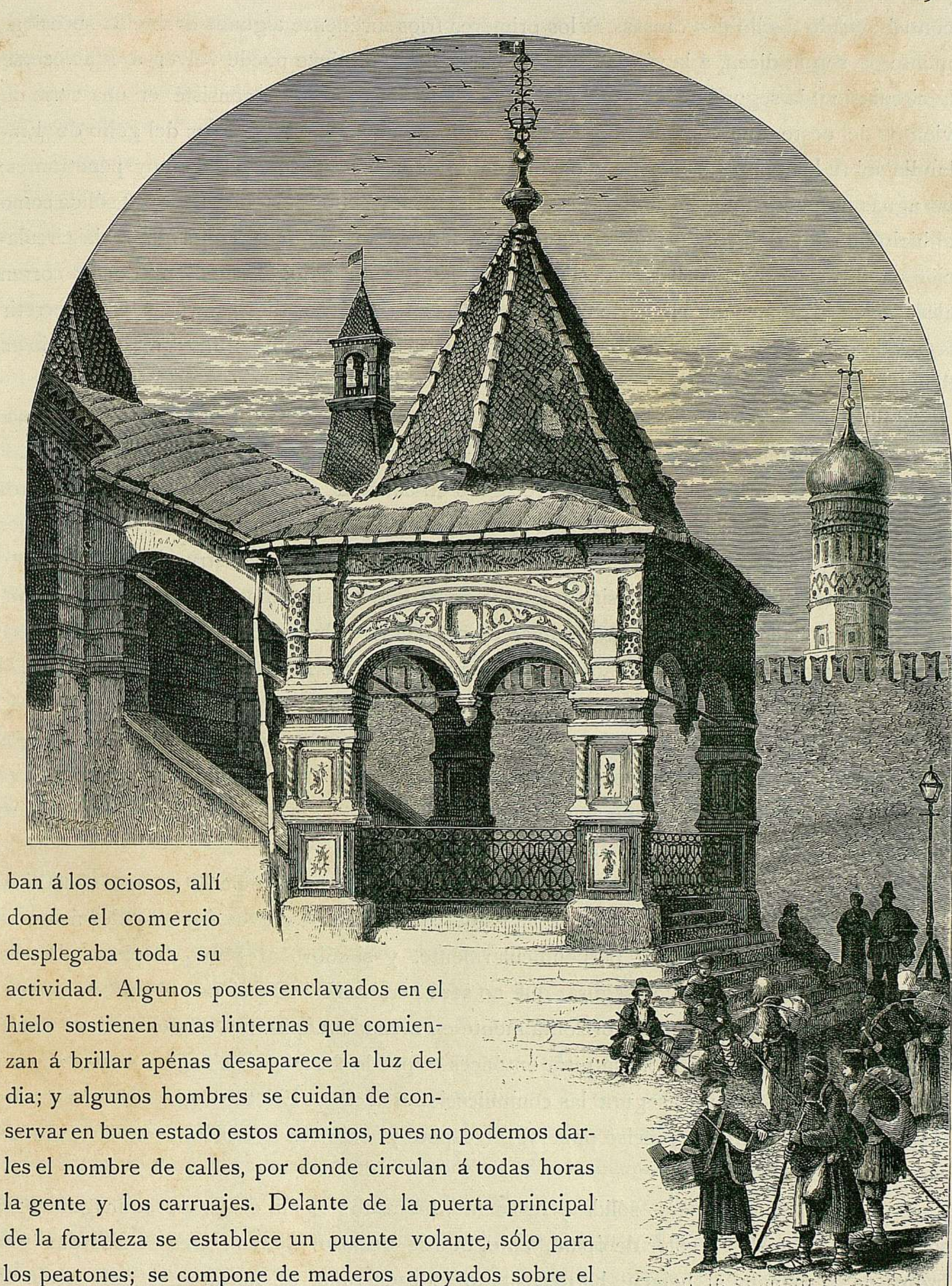
Algunos témpanos de hielo, seguidos á poco de otros muchos, comienzan á seguir la corriente del Neva, de donde se han retirado ya todos los buques para resguardarse en la vasta cuenca de Kronstadt ó detrás de sólidas estacadas. Los témpanos van siendo cada vez más numerosos; óyese cómo chocan entre sí con sordo rumor, y luégo comienzan á helarse las orillas del rio. Los arcos del puente Nicolás, los más próximos á tierra, quedan obstruidos muy pronto; poco despues, la corriente, entorpecida por el peso de las enormes moles de hielo que arrastra, deslízase con marcada lentitud; y al fin llega el momento en que, soldándose estas, forman un cáos inmóvil, semejante á esos glaciares que bajan de las montañas cuyas cimas blanquean las nieves eternas.

Cuatro puentes ponen en comunicacion las dos orillas del rio, el puente Nicolás, el del Almirantazgo, el de Verano y el de Liteyué. Sólo el primero es de hierro y granito; los demás se han establecido sobre pontones. Cuando aparecen los primeros hielos se largan las amarras de un lado, y aquella enorme mole, obedeciendo á la corriente, se alinea toda entera



*El mercado de los judíos, en Varsovia*

en una de las orillas; y apénas la corriente se detiene de hecho, numerosos soldados del cuerpo de ingenieros se ocupan en romper el hielo para volver á colocar los puentes en su sitio. Además de estas comunicaciones usuales trázanse en el hielo senderos que cruzan el rio en diversos sentidos; algunos arbolillos verdes, recientemente cortados, sirven de jalones en estos caminos improvisados; se desprenden algunas piedras del parapeto para formar una pendiente que va desde el muelle al nivel del rio helado; la nieve cubre muy pronto el todo y los coches surcan el Neva allí donde algunos dias ántes las embarcaciones de recreo paseá-



ban á los ociosos, allí donde el comercio desplegaba toda su actividad. Algunos postes enclavados en el hielo sostienen unas linternas que comienzan á brillar apénas desaparece la luz del dia; y algunos hombres se cuidan de conservar en buen estado estos caminos, pues no podemos darles el nombre de calles, por donde circulan á todas horas la gente y los carruajes. Delante de la puerta principal de la fortaleza se establece un puente volante, sólo para los peatones; se compone de maderos apoyados sobre el hielo, que sostienen un tablado con una balaustrada. Estos diversos trabajos se ejecutan en pocos dias, pues todo se prepara de antemano.

*Pórtico de San Basilio, en Moscou*

Las anfractuosidades producidas por la acumulacion de los hielos desaparecen muy pronto,

contribuyendo á ello dos causas. A los primeros frios sucédense algunos deshielos sucesivamente, y segun dicen, á la séptima vez de haber caido la nieve puede volver á establecerse la circulacion; la segunda causa que ayuda tambien á nivelar el rio consiste en una serie de vientos del oeste, que comenzando á soplar en invierno impelen las aguas del golfo de Finlandia sobre los témpanos acumulados; el cambio de la brisa produce frios muy penetrantes; las aguas no pueden correr ya, por estar heladas; la nieve cubre el todo, nieve tan sólida como el hielo que hay debajo; despues sigue un nuevo deshielo, sin que se interrumpa la circulacion en el rio, pues los coches se deslizan como sobre un espejo; el suelo por donde corren alcanza por lo ménos un palmo de espesor y se necesitan largos dias calurosos para derretir la helada costra que cubre el Neva. Con frecuencia se ve á varios hombres atravesar el rio en dias que el termómetro marca once grados bajo cero á la sombra.

Si durante el verano se han ocupado todos de las necesidades que lleva consigo el invierno, durante esta última estacion se piensa en la del calor. En los canales, sobre el Neva, organízanse almacenes para explotar el hielo: recogido en cubos de un metro cincuenta centímetros de longitud, poco más ó ménos, hállase cerca del lugar de la extraccion, semejante á esos depósitos de piedra que se establecen cerca de nuestros edificios en construccion. Muy pronto llegan esos trineos que el campesino indígena construye tan ingeniosamente sin más instrumento que su hacha, y á los cuales se unce un pequeño y robusto caballo, y sólo esta ocupacion le proporcionará trabajo durante todo el invierno. Desde la casa del gran señor hasta la de simple particular, no hay ninguna que no tenga su sótano para el hielo.

En esta época del año no se ven ya circular por las calles largas hileras de vehículos cargados de leña, pues sustitúyenles los trineos que llevan moles de hielo: el conductor va sentado sobre la mercancía que conduce, pero el espesor de la piel de carnero con que se cubre presérvale del contacto del hielo.

Desde el 6 al 18 de diciembre suele establecerse definitivamente por lo general el servicio de trineos: el mes de noviembre es una sucesion continuada de nieves, hielos y deshielos. Si la nieve cae en espesos copos, perpendicularmente, y si cubre al punto la tierra de una espesa capa blanca, se puede asegurar que no será persistente; mas si por el contrario impelida por el viento norte, cae casi horizontalmente en menudos copos, resistentes y cristalizados, y si cruje bajo el pié cuando se la pisa, entónces se puede decir que es buena nieve, aquella que se esperaba, la que asegura las comunicaciones fáciles. En tal caso, adios al paletó y al incómodo sombrero; es preciso ponerse el capote y cubrirse la cabeza con el gorro de pieles.

La nieve, la buena nieve, sólida y resistente, ha caido por fin; el tiempo es magnífico; el sol brilla en un cielo de color de ópalo, en el que se deslizan ligeras nubes sonrosadas; y la bruma de la mañana al helarse, ha depositado en cada rama de los árboles del Jardin de Verano y del palacio Miguel una cristalizacion de blancura deslumbradora, de modo que parecen cubiertas de polvo de diamante. La multitud se oprime en las vastas aceras de la Perspectiva Newski, y entre ella se ven los elegantes capotes grises con pieles de Astrakhan de los oficiales de la guardia imperial, que han vuelto del campo de maniobras, donde han

permanecido una parte del verano. Las berlinas y otros carruajes se cruzan con los trineos que se deslizan con la rapidez del relámpago; la sociedad elegante luce sus vistosos trajes; y en medio de aquella animacion no se puede ménos de recordar algunos de los paseos más frecuentados de Paris ó Lóndres.

Las fondas y restaurants son bastante numerosos en San Petersburgo, y algunos de primer órden; tienen magníficos salones muy bien alumbrados, y el servicio se desempeña en general por tártaros vestidos de negro, con corbata blanca, buenos musulmanes que tienen derecho para poseer un harem, muy corteses, y que además del ruso suelen hablar aleman ó francés. Las comidas son á precio fijo, que varía desde un rublo hasta las sumas más considerables, pagándose siempre el vino por separado. Tambien figuran en buen número los establecimientos de bebidas, algunos de ellos montados en gran escala; aquí todo es ruso, y bien ruso, pues si algunos dueños, sacrificándose á la moda, obligan á sus dependientes á vestir de negro, otros, mejor inspirados y respetando las añejas costumbres, sólo admiten servidores de cabello largo, que vistan la elegante túnica ceñida al talle, y calcen las botas nacionales.

En invierno, cuando los mercaderes de Siberia llegan con sus metales preciosos y sus pieles de gran valor, es cuando esos establecimientos están sumamente animados. Entónces siempre se ve el mantel puesto; celébranse banquetes homéricos; los licores y el champaña corren como el Neva entre sus muelles de granito; el oro se desliza entre las manos de esos nababs hiperbóreos con la mayor facilidad; nada les parece caro para satisfacer sus caprichos y pasan en una continua fiesta el tiempo que trascurre entre su llegada y la hora de emprender el largo y penoso viaje para regresar á sus hogares.

En casi todos esos establecimientos hay un órgano monumental, órgano mecánico que es la admiracion de los concurrentes, pero estas casas no están todas montadas con el mismo lujo; las hay para todas las clases; á unas asisten modestos empleados, y á otras domésticos y campesinos, mas en todas se bebe un té excelente.

La vida interior en Rusia es tambien característica. Las habitaciones de las casas acomodadas, muy grandes, parecen reclamar un concurso de visitas que, dicho sea de paso, no suele faltar; y en cuanto á la hospitalidad, no reconoce límites; esta virtud es general, pero naturalmente, los ricos pueden practicarla mejor. A la entrada de toda casa opulenta se encuentra en el vestíbulo, caldeado como el resto de la casa, un *chvetzar*, suizo de gran librea, con tricornio, que dice á los recien llegados si el dueño ó dueña de la casa están visibles. Las escaleras son uno de los grandes lujos de los palacios: ricamente adornadas, siempre están guarnecidas de macetas, sea cual fuere la estacion. Numerosos criados ocupan las antecámaras, y á estas sigue una serie de salones, grandes y pequeños, adornados generalmente con todo lo que el lujo moderno ha podido inventar. Algunos palacios tienen una galería de cuadros, verdadero museo arreglado á propósito para realzar ventajosamente las obras preciosas que contiene. En cuanto á los palacios imperiales y á las residencias de los príncipes, seria demasiado largo enumerar sus riquezas; baste decir que algunos tienen galerías que pudieran competir con las de algunas grandes ciudades por contener obras de los primeros maestros. Añadiremos de paso que la pintura progresa en Rusia marcadamente; la jóven escuela posee muy buenas

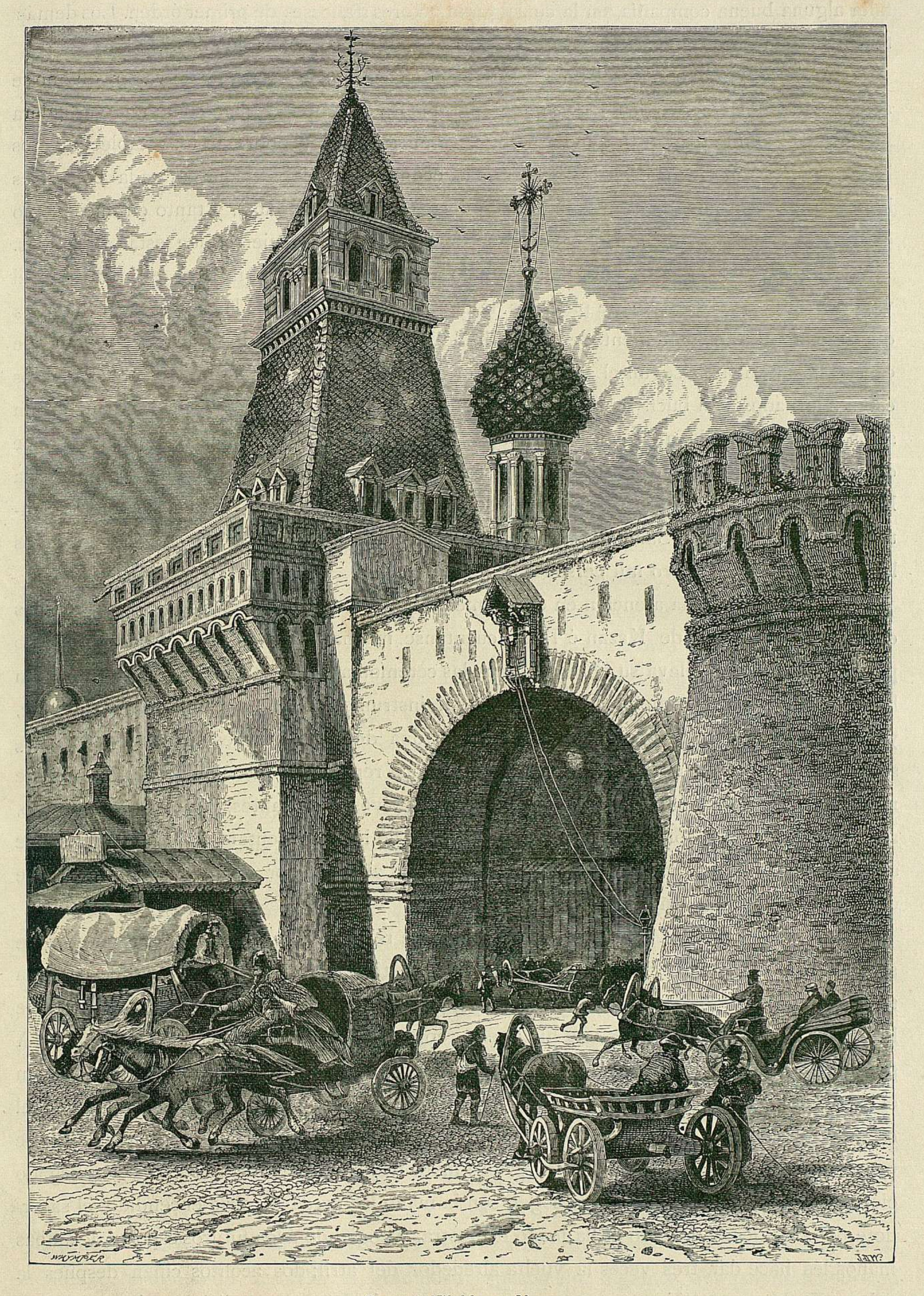
cualidades, y tiene además el gran mérito de proceder de sí misma, sin rechazar por eso la enseñanza que debe á sus predecesores en la carrera de las artes.

Pasada la primera mitad de diciembre, cuando se está en pleno invierno, y despues que una nieve abundante, caida despues de los deshielos, ha nivelado el piso, en todos los caminos que conducen á la capital, ó mejor dicho, en todas las ciudades, se ven por doquiera largas filas de trineos. Es que se acerca la fiesta de Navidad, con todas sus alegrías, sus fiestas y sus festines; desde algunos dias ántes en el mercado de la Sennaia se forman montañas de provisiones de boca heladas: corderos, carneros, cerdos, banastas de peces, salmones, esturiones y otras muchas especies de menor tamaño, que heladas en una última convulsion afectan las más singulares formas. La multitud es considerable; compradores y vendedores parecen rivalizar en animacion, y á cada instante llega algun trineo cargado con una ternera ú otro animal ó bien conduciendo uno de esos enormes peces pantagruélicos que parecen propios para servir de alimento á toda una caravana hambrienta. No se ha de creer, sin embargo, que durante los grandes frios sólo hay víveres helados: abunda tambien la carne fresca, y es fácil obtener los peces vivos en los barcos que permanecen en los canales para este género de comercio.

Hay otro mercado, que es el más elegante, donde se vende lo que llaman el «árbol de Navidad», costumbre alemana introducida en Rusia. En los dias que preceden á esta solemnidad de la Iglesia sólo se ven en las calles de San Petersburgo árboles ambulantes, de tal modo que se creeria ver el bosque de Birnam evocado por las hechiceras de Macbeth. Este elegante mercado se establece delante del Gostinoi-Dvor, vasto bazar de Neusky: miles de arbolillos cortados á raíz en los bosques inmediatos á San Petersburgo, se ponen á la venta, y el consumo es inmenso, pues no hay familia que no compre. En la mañana del 24 de diciembre la fachada del monumento parece rodeada de verdes bosquecillos; por la noche ya no hay nada, pero durante todo el dia se han visto los coches de la aristocracia y el trineo del proletario retirarse cargados de botin. Estos árboles dan motivo á una fiesta esencialmente doméstica; cada familia coloca el suyo en el centro de una gran mesa; en las ramas se ponen velitas encendidas, y de los troncos se cuelgan dulces, confites y naranjas, que son la gloria de los niños.

Los teatros de San Petersburgo son numerosos y dignos de una gran capital: el de la Opera es superior por su importancia á todos los demás; en él se ha desplegado un lujo suntuoso y bien entendido, y así por su aparato escénico como por su riqueza en las decoraciones, nada tiene que envidiar á sus análogos de Paris ó de Lóndres, y por otra parte, sabido es que en este coliseo se oyen los primeros cantantes.

El teatro de Alejandra es el teatro ruso por excelencia; la comedia, el drama y la tragedia alternan allí con la ópera, y esto explica que sea el ménos frecuentado por los extranjeros, aunque el edificio es magnífico, la platea muy grande y bien distribuida. El teatro Francés, ó sala Miguel, segun se ha dado en llamarle, es el más pequeño de los teatros: situado en la gran plaza que hay delante del palacio del difunto gran duque Miguel, hermano del emperador Nicolás I, en nada se diferencia por su exterior de las casas contiguas; pero nunca



*Puerta de Nikolsky en Moscou*

falta alguna buena compañía, en la cual figuran actores franceses de primer órden. Los demás teatros tienen poca importancia, y no creemos necesario ocuparnos de ellos.

Otra de las cosas que más llaman la atencion en Rusia son los baños de vapor, que no se consideran aquí como artículo de lujo ni puramente de limpieza, sino como una verdadera necesidad, siendo de advertir que tanto los toma el rico como el pobre. Estos establecimientos higiénicos ocupan vastos espacios: en los más económicos sólo se paga por cada baño tres kopeks (doce céntimos); en otros mejores quince (sesenta céntimos), y tanto en unos como en otros los bañistas tienen una sala comun, exceptuando las mujeres, que están separadas. Hay otros establecimientos para bañarse sólo, pero la disposicion interior es la misma: el vapor se obtiene por medio de planchas de hierro calentadas sobre las cuales se echa agua que se evapora inmediatamente; en el fondo de la sala hay una gradería de madera para que cada cual pueda subir segun el grado de calor que apetezca. Estos últimos establecimientos están adornados con buen gusto, y hasta con magnificencia: éntrase primeramente en un salon bastante grande, adornado con espejos, tapices espesos y ricos muebles; el bañista debe desnudarse aquí, y en este mismo sitio descansará despues del baño; en una segunda sala hay una bañera, y despues se entra en el departamento donde está la estufa, siempre brillantemente iluminado. En San Petersburgo hay establecimiento de baños donde acuden todos los sábados más de cuatro mil personas.

No llama ménos la atencion en esta inmensa capital el gran número de iglesias; además de las dos catedrales de Kazan é Isaac cuéntanse muchas parroquias, y cada regimiento posee un templo que lleva su nombre; todas las ceremonias se efectúan con gran pompa. En la misa mayor acompañan coros que cantan sin instrumentos con una precision admirable, y óyense con frecuencia voces que harian la fortuna de algun empresario de teatros. Los sochantres de la capilla del Emperador gozan de una reputacion incontestable y justamente merecida. Los ornamentos sacerdotales, de colores vivos y brillantes, realzados por el oro, se avienen muy bien con las barbas y largo cabello de los representantes de la religion, que al parecer es muy respetada, pues hasta los cocheros al pasar por delante de una iglesia se descubren y hacen la señal de la cruz.

El casamiento en Rusia es un acto puramente religioso; la ceremonia, que no deja de ser conmovedora, conserva tradiciones de los antiguos tiempos y generalmente se efectúa por la tarde. Ni el padre ni la madre deben asistir, porque les retiene en su casa el sentimiento de la separacion de un hijo ó de una hija; pero represéntanles en la iglesia sus delegados. A poca distancia del altar mayor se pone un atril para colocar el libro santo, extendiéndose en el suelo una espesa alfombra, y hecho esto dáse principio al acto, que, exceptuando el cambio de anillos y la exhortacion á los futuros esposos, difiere de la ceremonia que se practica en los países católicos. A intervalos marcados elévanse las voces del coro; llegado cierto instante, el novio y la novia cogen con la mano izquierda un cirio encendido; el sacerdote pone la diestra del uno en la mano de la otra, y cogiendo á los futuros esposos de ambas manos les hace dar tres veces la vuelta alrededor del atril; dos acólitos ciñen despues la cabeza de los prometidos con una corona de plata, invitándoles á dirigirse hácia el altar

mayor, brillantemente iluminado, y hechas las genuflexiones obligadas, y despues de besar las imágenes de los santos, se les permite retirarse. Al dia siguiente los nuevos esposos van juntos á misa, pero entónces se confunden con el resto de los fieles.

En los entierros se acostumbra á desplegar gran pompa: el ataud, de forma elegante, tiene adornos de pasamanería, clavos y abrazaderas de oro y plata, y está medio cubierto con un rico tapiz. El cortejo fúnebre va precedido de una larga fila de hombres que llevan linternas; el carro mortuorio, tirado por dos ó cuatro caballos, segun la fortuna ó el rango del difunto, va descubierto, y algunas veces se lleva el ataud á hombros, si el finado ocupaba una elevada posicion social, ó si era jefe de un gran establecimiento y tenia á sus órdenes muchos subordinados; en ambos casos, todos creen obligatorio sostener el ataud, aunque sólo sea por un momento.

El camino que el cortejo debe recorrer está sembrado de árboles verdes; un clero numeroso forma parte del acompañamiento, y sus oraciones continúan aún despues de haberse encerrado el cadáver en la tumba. Cuando han terminado las últimas ceremonias, la comitiva se traslada á una casa inmediata al cementerio, donde se ha preparado el banquete fúnebre. El banquete se prolonga bastante tiempo; siempre es abundante, y los manjares escogidos, pero debe creerse que la mayor parte de los convidados no eran amigos ni conocidos de aquel á quien se tributan los últimos honores. En cuanto á las mujeres, la costumbre les impone el deber de acompañar á sus esposos ó parientes hasta la última morada, y casi siempre recorren el camino á pié, aunque la distancia es larga, pues los cementerios se hallan siempre situados muy léjos del centro de la ciudad. La tradicion explica estas fúnebres ceremonias.

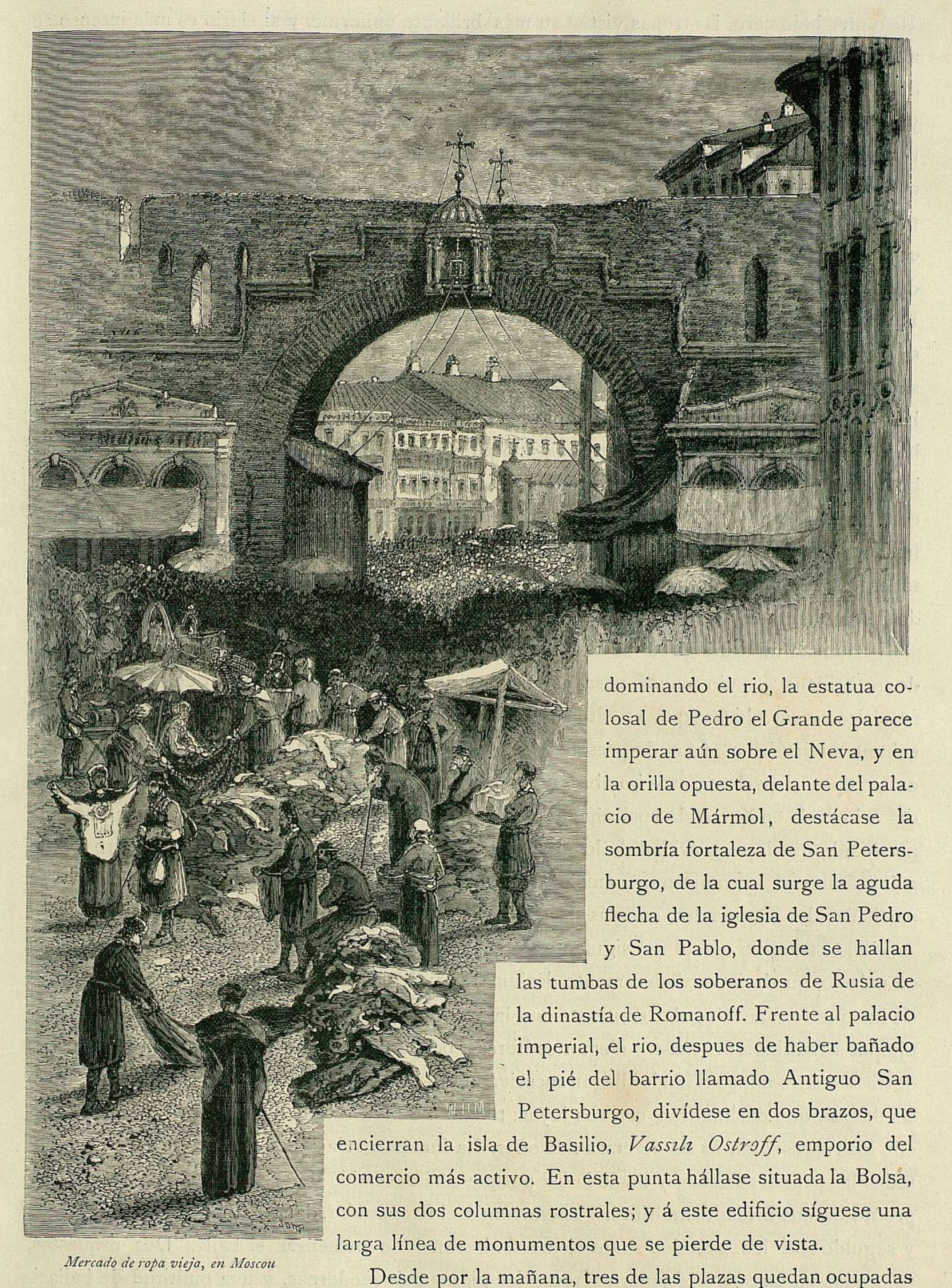
«Dos veces he visto al Emperador, dice un conocido viajero, seguir á caballo el cortejo de dos antiguos servidores; uno era jefe de Estado mayor, hijo natural del gran duque Constantino Paulovitch; el otro habia sido montero mayor, uno de los principales cargos de la Corona. Era conmovedor ver al señor absoluto de tantos millones de hombres rendir tributo á esa igualdad que comienza en la tumba, mezclándose entre la multitud que seguia á los que la muerte habia arrebatado; el respeto manifestado á los difuntos acrecentábase por la presencia del soberano que se asociaba á la fúnebre ceremonia.»

El dia de Año Nuevo, así como el de Navidad, se consagra á las visitas, sin que ninguna otra cosa le distinga de los demás, pero no sucede lo mismo con la Epifanía, que es una gran fiesta en el imperio de Rusia. En las ciudades, en los pueblos, en las más insignificantes aldeas, allí donde hay un sacerdote y corrientes de aguas, bendícense estas últimas. Esta festividad, llamada Yordann en recuerdo del Jordan, se celebra en San Petersburgo con gran pompa. A orillas del Neva, delante del palacio, erígese sobre el hielo un templo ricamente adornado que tiene varios escalones bajo el nivel del muelle, y en el suelo, en la parte más céntrica, practícase un agujero, por el cual se ve el agua del rio. En este dia, toda la corte y los ayudantes de campo del Emperador se reunen en las magníficas habitaciones del palacio; y en la espléndida capilla celébrase la misa por el metropolitano de San Petersburgo y Novgorod. Todos los dignatarios de la Iglesia asisten, revestidos de sus más ricos ornamentos; pero ántes de describir el grandioso espectáculo, digamos dos palabras sobre el teatro donde se debe representar.

El palacio del Emperador, vasta é imponente construccion, elévase en la orilla izquierda del Neva, estando separada por el muelle la fachada del norte del resto del edificio; al rededor se ven la Ermita, el cuartel monumental de los Preobrajensky y otros palacios, entre los cuales distínguese por su magnificencia el del gran duque Miguel, hermano del Emperador, que termina en el palacio de Mármol, espléndida residencia del gran duque Constantino Nicolaevitch. Una plaza y un bulevar separan el palacio imperial de los inmensos edificios del Almirantazgo, sobre los cuales destácase una aguda flecha de considerable altura. Delante de la fachada meridional una plaza semicircular, en cuyo centro elévase la columna monolita erigida á la memoria de Alejandro I, sepárala de los edificios de los ministerios, que forman hemiciclo; en el centro, una extensa arcada, sobrepuesta de una cuadriga, establece la comunicacion con los barrios principales de la ciudad. Despues de esta plaza, y delante de la fachada sur del Almirantazgo, hay otra, que lleva este nombre, limitada en un lado por el bulevar que se corre alrededor del monumento, y en el otro por grandiosas construcciones, entre las cuales se halla el Ministerio de la Guerra. Sigue despues la plaza de San Isaac, de mayor superficie aún, pues su perímetro está trazado por la magnífica iglesia que le da su nombre, por el palacio del Senado y la tercera fachada del Almirantazgo. En el centro, y



*Una imágen de San Basilio, en Moscou*



*Mercado de ropa vieja, en Moscou*

dominando el rio, la estatua colosal de Pedro el Grande parece imperar aún sobre el Neva, y en la orilla opuesta, delante del palacio de Mármol, destácase la sombría fortaleza de San Petersburgo, de la cual surge la aguda flecha de la iglesia de San Pedro y San Pablo, donde se hallan las tumbas de los soberanos de Rusia de la dinastía de Romanoff. Frente al palacio imperial, el rio, despues de haber bañado el pié del barrio llamado Antiguo San Petersburgo, divídese en dos brazos, que encierran la isla de Basilio, *Vassili Ostroff*, emporio del comercio más activo. En esta punta hállase situada la Bolsa, con sus dos columnas rostrales; y á este edificio síguese una larga línea de monumentos que se pierde de vista.

Desde por la mañana, tres de las plazas quedan ocupadas por la guardia imperial, que forma en masas compactas; si el termómetro marca sólo 5°

Reaumur bajo cero, las tropas visten su más brillante uniforme, y si el frio es más intenso se abrigan con el grueso capote gris usado por la infantería y caballería. Terminado el servicio divino, la corte forma dos largas líneas; detrás van los maceros y servidores de la casa real, y á estos siguen los grandes dignatarios de la corona, que preceden al brillante grupo que rodea al Emperador, figurando en él los grandes duques sus hermanos, los ministros, los ayudantes de campo y los pajes; á la cabeza del cortejo van los altos representantes de la Iglesia precedidos por banderas de vivos colores; todos llevan el casco ó el sombrero en mano. Este cortejo, deslumbrante de oro, de diamantes y de bordados, atraviesa con paso lento las espléndidas habitaciones y el patio de honor, para dirigirse al sitio donde se celebrarála santa ceremonia. El soberano, los miembros de la familia imperial, y algunos individuos que van á caballo, apéanse junto á los escalones alfombrados que conducen al interior del monumento, cerca del cual se agrupan las banderas de la guardia y de la procesion. Cuando el Emperador y su séquito han ocupado sus asientos, dáse principio á la ceremonia, acompañada de cantos melodiosos de la Iglesia greco-ortodoxa. El metropolitano pide á Dios la bendicion para todas las aguas que brotan en todo el imperio y que fecundan los campos; despues toma la santa cruz y sumérgela en el agujero practicado en el hielo, en cuyo fondo se ve el agua límpida del rio; en el mismo instante resuena el estampido del cañon; una nube de humo cubre los muelles y los palacios; todos quieren humedecer sus labios en el agua bendita, y las tropas se arrodillan presentando las armas.

La fiesta militar sigue á las fiestas de la religion; el Emperador monta á caballo, y seguido de un brillante estado mayor, pasa por delante de todos los regimientos, que le saludan con frenéticos vivas, hasta que se sitúa delante de la puerta del palacio, frente á la gloriosa columa Alejandrina, á fin de presenciar el desfile. En tal dia es cuando se pueden admirar esas tropas superiores, esos hombres escogidos segun el regimiento á que deben pertenecer, esa caballería en que cada cuadrúpedo es digno de ser montado por un general. Entónces se puede admirar la regularidad de los movimientos, la precision de las maniobras; pero lo que más admira al extranjero en medio de aquella magnífica guardia imperial, es la escolta particular del Emperador, con sus trajes asiáticos y sus pequeños y fogosos caballos.

El extranjero que al dia siguiente de esta fiesta pudiera asistir al gran baile que se da en palacio, quedaria verdaderamente deslumbrado: de todas las ventanas escápanse torrentes de luz que forman singular contraste con la suave claridad del cielo; una nube de lacayos y ujieres, revestidos de ricas y elegantes libreas, ocupan todas las escaleras y antecámaras; de tres á cuatro mil convidados llegan sucesivamente, ostentando los más ricos trajes, sobre todo las damas, que deslumbran con sus joyas; toda la nobleza rusa se reune en el palacio, y con ella los representantes de diversas naciones. La inmensa sala Blanca, en la cual se celebran todas las grandes fiestas, y llamada así porque está revestida de estuco blanco, se llena muy pronto de una brillante multitud, y apénas entra el Emperador, dando la mano á la Emperatriz y seguido de los grandes duques, se da la señal de comenzar el baile. Dos orquestas, colocadas en una galería superior, tocan las piezas más modernas, y una multitud de bailarines lucen su habilidad con inimitable gracia. Despues del sarao todos se trasladan á la sala

del banquete, inmensa galería donde no se sabe qué admirar más, si los ricos jarrones de lozanas flores que se ven por todas partes, ó la riquísima vajilla de oro y plata que engalana las mesas. Inútil seria extenderse aquí sobre los detalles del banquete, la delicadeza de los manjares y el esplendor del servicio, pues todo cuanto se dijera seria pálido en comparacion de la realidad.

Al baile del Emperador siguen otros en las casas de los nobles, que se distinguen tambien por su brillo, y á los cuales comunica nuevo impulso el Carnaval.

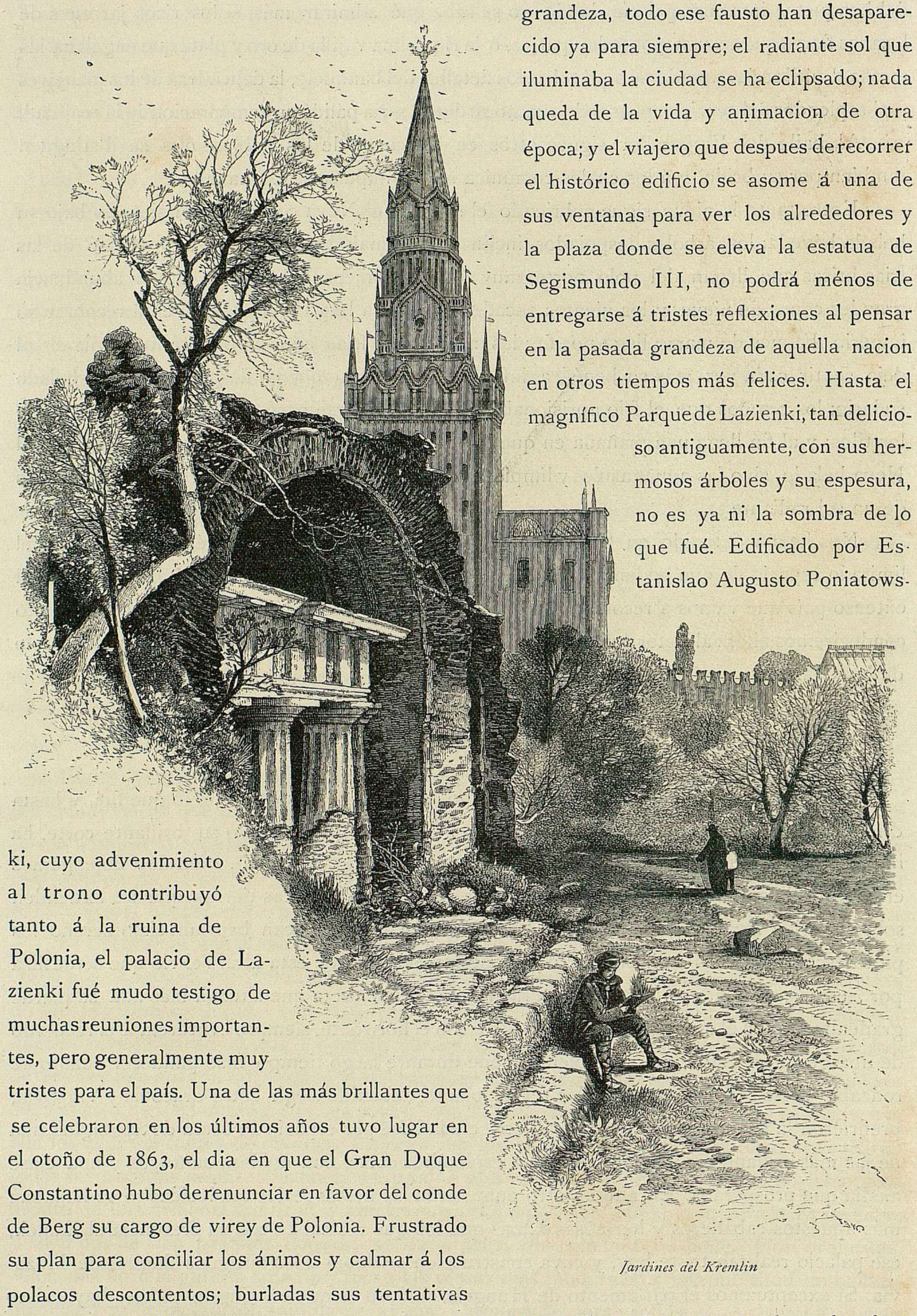
Entre tanto la nieve sigue cubriendo el suelo, y el Neva continúa aprisionado bajo su helada bóveda; los árboles despojados inclinan su ramaje bajo el esfuerzo poderoso de las frias brisas que llegan del polo norte; muy pronto comienzan á caer en mayor abundancia grandes copos de nieve, y los vientos encadenados hacia largo tiempo vuelven á recobrar su imperio. El mes de marzo llega por fin; las noches son frias aún, pero durante el dia el sol deja sentir cada vez más su benéfica influencia; la tierra queda despojada de su helado sudario; los retoños que el frio aprisionaba tratan de abrirse paso á través de la corteza de los tilos; y al fin llega una mañana en que los paseantes ven, no ya la superficie inmóvil del Neva helado, sino las aguas azules y límpidas, que se rizan suavemente, reflejando los rayos de un sol radiante.

Nos hemos detenido en San Petersburgo algo más de lo que debiéramos, atendido el limitado espacio de que podemos disponer para describir todas las cosas más notables del extenso país que vamos á recorrer, tan digno de estudio por todos conceptos, y por lo tanto conduciremos ahora al lector á visitar las ciudades más notables que constituyen el vasto imperio de los Czares.

## II

Varsovia, ciudad magnífica en otro tiempo, no es ya ni la sombra de lo que fué, y hasta diríase que el recuerdo de una monarquía extinguida, que allí tuvo su brillante corte, ha impreso en todo un sello indeleble de tristeza que embarga el ánimo. Bien nos detengamos en el «orgulloso Arco de Praga», para mirar desde aquí las altas tierras que se extienden sobre la orilla izquierda del Vístula, cerca de la cual se destacan bajo un cielo sereno los pintorescos contornos de la ciudad; ó ya contemplemos desde esta altura el rio que se desliza por su base, bañando el arrabal de Praga, ó la vasta meseta que situada más allá se pierde gradualmente en el espacio hasta confundirse con el horizonte, siempre evocaremos el recuerdo de una grandeza caida, de un esplendor que durante largo tiempo hizo palidecer cuanto le rodeaba. Desde la época en que los reyes polacos, debiendo elegir entre Cracovia y Varsovia, prefirieron la segunda para su capital, esta ciudad fué por espacio de cerca de tres siglos una de las más brillantes y alegres; tenia una espléndida corte, una nobleza suntuosa y una clase media que prosperaba. En ningun otro punto eran las fiestas reales tan lucidas ni se hallaban más apuestos caballeros y hermosas damas que los que realzaban con su presencia el Zamek, ese palacio real tan triste hoy, y cuya construccion se debió á los antiguos duques de Mazovia. Si exceptuamos el parlamento de Hungría, dudoso es que en ningun país se haya visto otro tan pomposo y brillante como el que se reunia en aquel regio alcázar; pero toda esa

grandeza, todo ese fausto han desaparecido ya para siempre; el radiante sol que iluminaba la ciudad se ha eclipsado; nada queda de la vida y animacion de otra época; y el viajero que despues de recorrer el histórico edificio se asome á una de sus ventanas para ver los alrededores y la plaza donde se eleva la estatua de Segismundo III, no podrá ménos de entregarse á tristes reflexiones al pensar en la pasada grandeza de aquella nacion en otros tiempos más felices. Hasta el magnífico Parque de Lazienki, tan delicioso antiguamente, con sus hermosos árboles y su espesura, no es ya ni la sombra de lo que fué. Edificado por Estanislao Augusto Poniatowski, cuyo advenimiento al trono contribuyó tanto á la ruina de Polonia, el palacio de Lazienki fué mudo testigo de muchas reuniones importantes, pero generalmente muy tristes para el país. Una de las más brillantes que se celebraron en los últimos años tuvo lugar en el otoño de 1863, el dia en que el Gran Duque Constantino hubo de renunciar en favor del conde de Berg su cargo de virey de Polonia. Frustrado su plan para conciliar los ánimos y calmar á los polacos descontentos; burladas sus tentativas para reprimir la insurreccion al nacer, fuéle preciso relegar el mando en manos de un hombre



*Jardines del Kremlin*

más severo. El ejército ruso de ocupacion se situó en el Parque de Lazienki y sus alrededores, y un grupo de distinguidos generales, que ostentaban en su pecho numerosas estrellas y condecoraciones, tomó posicion para esperar la llegada del Gran Duque y la Gran Duquesa.



*El Volga, visto desde Nijny Novgorod*

Muy pronto apareció esta última á caballo, seguida de su brillante guardia de circasianos, cuyos individuos no tienen igual en la perfeccion de las formas humanas, y con sus ricos uniformes y sus brillantes corazas con embutidos de plata y oro, formaban el más admirable conjunto que imaginarse pueda, realzado por los briosos corceles que avanzaban al galope. La Gran Duquesa se apeó ligeramente, tomó el brazo del Gran Duque, y la imperial pareja fué á despedirse del ejército que ocupaba la ciudad, á cuyos habitantes no habia podido complacer á pesar de sus repetidos esfuerzos.

Dentro de la misma ciudad, otro parque ofrece distinto espectáculo: los Jardines Sajones, así llamados por deberse su creacion al rey sajon de Polonia, son frecuentados todos los dias festivos, segun dicen, por más mujeres hermosas que pudieran encontrarse en cualquier otro

sitio análogo. Por este concepto Varsovia puede ofrecer un espectáculo admirable; y tampoco se necesita ir á los Jardines Sajones para encontrar animacion.

En los mercados no suelen distraer la atencion, por lo general, los recuerdos históricos, y mucho ménos en aquel donde se reunen los hebreos para tratar de sus negocios, con la actividad y energía que les distinguen. Los judíos polacos no tienen comunmente muy agradable aspecto; sus barbas grises, aunque semejantes á veces á las de los patriarcas, no son tan respetables, porque siempre las llevan sucias y desarregladas; y en cuanto al traje, sus gabardinas, que despiden cierto olor como á rancio, revelan á primera vista el desaseo y el descuido de la persona. Los individuos jóvenes, sobre todo aquellos que se creen dotados de cualidades físicas recomendables, se distinguen más aún por su desaseo. En cuanto á las mujeres, si exceptuamos las niñas, no son mucho mejor que los hombres por este concepto. Como se afeitan la cabeza cuando se casan, y en vez de los adornos que tanto halagan á nuestro bello sexo y realzan sus encantos se ponen un casquete de seda que muy pronto está grasiento, el efecto que produce un grupo de cabezas suele ser harto desagradable. Sin embargo, la plaza donde se reune esta gente ofrece mucha animacion cuando dan principio á sus negociaciones. Los grupos de mercaderes que se agitan y gesticulan, discutiendo acaloradamente sobre el valor de un objeto; los gritos y voces de unos y otros, y la confusion que á menudo se produce, semejante á la de otra Babel, son cosas que comunican á la escena una animacion indescriptible y de un carácter especial.

En unas cuarenta horas el viajero puede recorrer por el camino de hierro la árida extension, de cerca de 700 millas de longitud, que separa á Varsovia de las dos capitales más antiguas de Rusia.

Moscou no se ha recobrado nunca enteramente de los incendios que pusieron fin á la ocupacion francesa en 1812. Excepto en ciertos dias de ceremonia ó de fiesta, todo tiene un marcado aspecto de languidez y tristeza en la santa ciudad, que durante muchos siglos fué el corazon de Rusia, corazon que latia activamente. Tal vez por esto sea mucho más querida de los rusos que San Petersburgo, su jóven y más animada rival, que al fin debia suplantarla.

La ciudad que Pedro el Grande fundó en las isletas pantanosas situadas en la desembocadura del Neva representa la fuerza y energía del gobierno ruso, el esplendor de los nobles, el poderío del elemento militar; pero Moscou, con sus centenares de iglesias y sus capillas, con su tranquilidad y reposo, parece representar mejor las ideas que alimenta la mayoría del pueblo ruso, parece estar más en armonía con su carácter y costumbres, y sobre todo con su profunda devocion.

De todos los puntos del imperio, desde las regiones pantanosas, foco de fiebres malignas y epidemias, donde el Volga desagua en el Caspio cerca de Astrakan; desde las orillas de los lagos y las sombras de los bosques que se extienden á lo léjos por el norte hácia Arcángel y el Océano Ártico; desde las ricas tierras negras del más clemente sur; y desde las apartadas colonias que se prolongan hasta el Asia central, llega todos los años un ejército de peregrinos que, visitando las capillas de una en una, recorren los sitios más queridos y sagrados para los rusos, y vuelven á sus pueblos natales con una buena dósis de experiencia religiosa y una

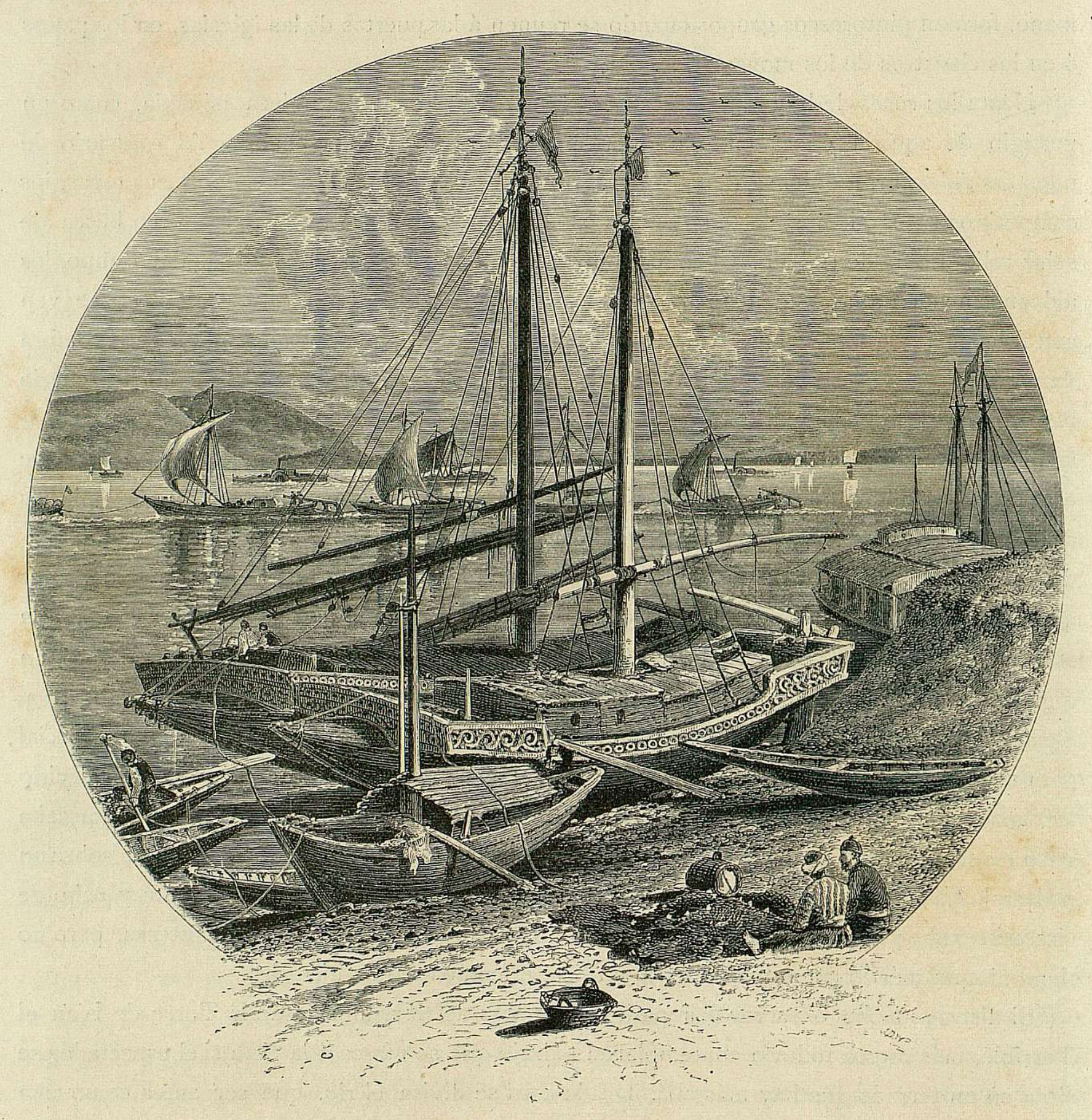
reputacion de santidad algo parecida á la del peregrino de la Edad media que visitaba los Santos Lugares en Jerusalen. Tales son los visitantes que vemos agrupados delante de la catedral de San Basilio en Moscou: los hombres, con sus gorros característicos y sus túnicas de piel; las mujeres con sus pañuelos atados á la cabeza; y todos con su larga vara en la mano, forman pintorescos grupos cuando se reunen á las puertas de las iglesias, en los patios ó en los claustros de los monasterios.

Hasta los rusos de hoy dia parecen conservar algo de su naturaleza nómada, como un vestigio de aquella época en que andaban errantes con sus ganados. Al contrario de nuestros aldeanos, á quienes siempre desagradó, al parecer, alejarse mucho de sus casas, los campesinos rusos siempre están dispuestos á emprender largas expediciones en busca de solaz religioso ó de trabajo. Cuando el invierno pone término á las faenas del campo, los aldeanos acuden á las ciudades para pedir ocupacion; y en otras estaciones del año se ven con frecuencia algunos vagar por los caminos en medio del polvo, ó bien sentados á la sombra de un árbol para preservarse del sol de medio dia, ó ya, en fin, buscando de noche refugio bajo algun techo hospitalario. Nunca dejan de verse algunos de estos individuos cuando se miran los patios del Kremlin desde la torre de Ivan el Terrible. El golpe de vista desde este punto es notable: los patios del Kremlin son ya interesantes de suyo, y más aún los centenares de cañones que contienen, reliquias de la invasion francesa; perfectamente alineados, son mudos testigos de la primitiva fuerza y de la debilidad postrera de los invasores que esperaban arrollarlo todo á su paso. El cañon más grande que se ve en el patio, á la esquina del arsenal, pertenece á otra época: es el Tsar Pushka, ó rey de los cañones, un gigante de la artillería que pesa cerca de cuarenta toneladas y fué fundido hace unos trescientos años; Pedro el Grande habia resuelto refundirlo, pero obtúvose una órden especial para conservarle como curiosidad. El Tsar Kolokol ó reina de las campanas es, por decirlo así, una parienta del colosal cañon, pero muda, pues le han arrancado un pedazo que pesaba once toneladas; hace ya un siglo que permanece silenciosa al pié de la torre, colocada sobre un pedestal. Esta campana monstruo mide unos veintiseis piés de altura por sesenta y ocho de circunferencia, y tal como está pesa 444,000 libras; impone por su mole gigantesca, pero no tiene ningun mérito como instrumento musical ni como reliquia histórica.

Si distrae mucho observar los patios interiores del Kremlin desde la Torre de Ivan el Terrible, más recrea todavía contemplar el paisaje que se ofrece á la vista si el espectador se sitúa en un terrado que hay más allá. Desde aquí se divisa el rio, que serpentea como una faja de plata, y una gran parte de la ciudad: entre miles de casas circuidas de jardines, que en verano se cubren de follaje, se ven centenares de iglesias, con sus cúpulas azules ó verdes, ó brillantes como el oro; y más allá de la ciudad, la monótona uniformidad de la llanura, que se estrecha hácia el horizonte, interrúmpese á la derecha por una elevacion del terreno designada con el nombre de «Colinas del Gorrion». Desde estas alturas las fatigadas huestes de Napoleon contemplaron la ciudad de que pensaban apoderarse y en la cual su gran jefe se detuvo tanto tiempo, esperando inútilmente las diputaciones de aquellos boyardos cuyo carácter é intenciones tuvo la desgracia de no conocer ni sospechar siquiera. Cuando

un sol de invierno se refleja en las doradas cruces de los campanarios ó en las ventanas de las casas que se destacan sobre un fondo blanco, ó bien cuando la luna llena de diciembre ilumina la ciudad silenciosa y dormida, el espectáculo es mucho más poético.

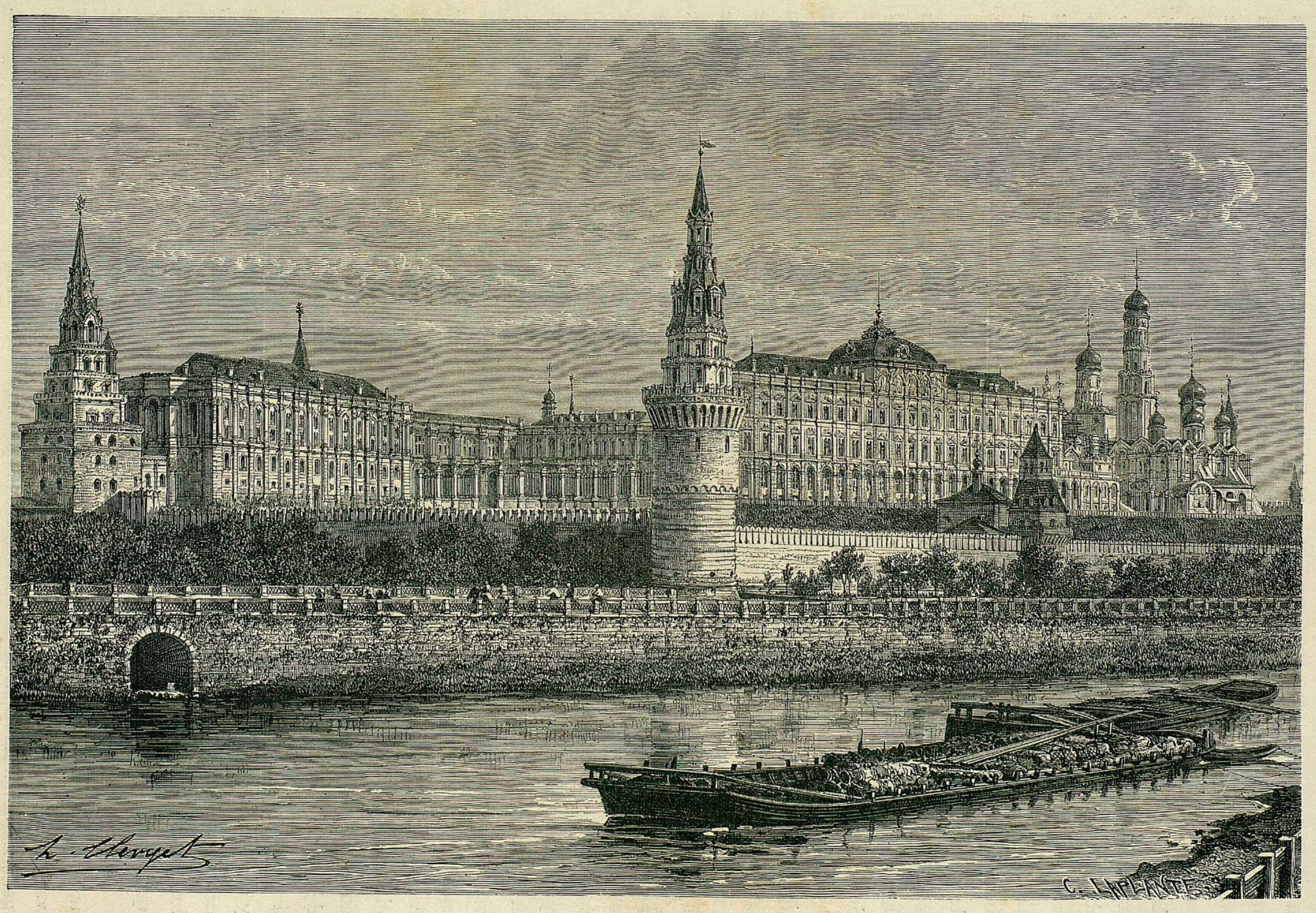
El golpe de vista que ofrece el Kremlin cuando se mira desde el puente que cruza el



*El Volga, cerca de Kazan*

Moskova, es verdaderamente majestuoso: en la orilla opuesta del rio, bastante elevada, se ve el gran palacio blanco edificado en tiempo del emperador Nicolás, y detrás el grupo de catedrales que comunican al patio del Kremlin su mayor interés. En la de la Asuncion es donde se corona á los emperadores de Rusia, y en su recinto se han celebrado algunas veces las más brillantes asambleas de que hace mencion la historia de Rusia.

En los antiguos tiempos, el Tsar recien coronado solia trasladarse desde esta catedral á



*Vista general del Kremlin, en Moscou*

la de San Miguel Arcángel, á fin de visitar la iglesia que debia ser su última morada: desde las más remotas épocas hasta Pedro el Grande los restos mortales de los Tsares recibian sepultura en la catedral del Arcángel. En la de la Anunciacion, que está inmediata, era costumbre bautizar á los hijos de los Tsares; y tambien aquí se casaban los soberanos de Rusia. Uno de ellos, Ivan el Terrible, que habia contraido matrimonios demasiado frecuentes, debió someterse á hacer penitencia, y no se le permitió asistir al oficio divino dentro de la catedral, obligándosele á permanecer fuera humildemente.

La pequeña iglesia del Salvador en el Bosque, así llamada porque ocupa un lugar donde habia una arboleda que coronaba la cumbre de la colina del Kremlin, es interesante para todos los rusos que se hallan próximos á contraer matrimonio, porque contiene las reliquias de tres mártires que se supone eran protectores de los casados.

Otras muchas iglesias, así como monasterios y capillas, contribuyen á dar un carácter más sagrado á la parte del Kremlin que no está ocupada por el Palacio, el Museo, la Cámara del Senado y el Arsenal.

Al rededor del espacio triangular de terreno ocupado por la fortaleza (la palabra *kreml* significa fuerte) se corre un muro de ladrillo rojo, construido primitivamente por un arquitecto italiano, y cuyas magníficas almenas, torres y fuertes forman un gracioso conjunto; entre estas últimas, la llamada Puerta del Redentor tiene especial interés para los ingleses, porque la torre que la corona fué edificada en 1626 por un relojero de Inglaterra, Cristóbal Galloway, quien hizo sagrada esta construccion para los rusos por el solo hecho de haberla adornado con una pintura que representaba el Redentor de Smolensko. Cuando los rusos pasan por delante de este cuadro hacen una reverencia y se descubren; y en otro tiempo, á todo aquel que faltaba á esta costumbre obligábasele á prosternarse quince veces por vía de castigo. A la Puerta del Redentor sigue la que se designa con el nombre de San Nicolás de Mojaisk, «el terror de los perjuros, y el que consuela á la humanidad doliente», cuya pintura milagrosa está colgada á gran altura. En remotas épocas se exigia el juramento á los litigantes ante esta sagrada imágen, en la persuasion de que teniéndola á la vista dirian la verdad. Las pinturas figuran mucho en las ceremonias religiosas de los rusos; algunas veces se conservan en una iglesia ó capilla, á la cual acuden los fieles en tropel; pero otras se tienen pendientes de la pared fuera del edificio y protegidas contra la intemperie por una especie de dosel que á veces tiene ricos adornos; al pié de la imágen se coloca una lámpara que arde de continuo, y cuya melancólica luz se refleja débilmente en la nieve durante el invierno. En ciertas ocasiones miles de personas se reunen delante de la imágen para rezar alguna oracion, y todos los que pasan por el sitio la saludan haciendo una profunda reverencia, con la misma devocion que manifestaban los fieles de los siglos pasados.

Mucho ha cambiado Rusia en los últimos años; las innovaciones han suprimido más de una institucion que en otro tiempo era muy respetada; las relaciones que existieron durante varias edades entre el señor y el vasallo han llegado á ser casi desconocidas, y á la naciente generacion de campesinos parécele increible que sus antecesores sufrieran tanta opresion. En cuanto á los sentimientos del pueblo respecto á todo lo que se refiere á las cuestiones

religiosas, bien se echa de ver que no han cambiado en nada, que son exactamente lo que ántes eran; tan queridas son para el aldeano de hoy dia las pinturas sobre asuntos sagrados, que conserva cuidadosamente en su casa, alumbradas por una lámpara perpetua, y las cuales venera con fervoroso celo, como lo eran para el de otros tiempos, sobre todo en las épocas en que el país estaba entregado á las luchas y á las violencias, á la confusion y á la anarquía. El viajero que haya estudiado la historia de Rusia en los edificios del Kremlin y se entregue aquí á sus meditaciones, debe recordar sin duda los deplorables extravíos de los hombres y los males que han causado durante varias generaciones en esta hermosa porcion del mundo que habitan: la leccion no puede ménos de ser provechosa.

La clara y brillante luz de un dia de sol contrasta aquí singularmente con los tonos oscuros del interior de las iglesias y su atmósfera cargada de incienso, con el aspecto triste del panteon de los antiguos Tsares, y con las densas sombras de los jardines, por lo general siempre silenciosos y desiertos, en la primavera y á principios del verano.

A la derecha del Kremlin, visto desde el rio, extiéndese el Kitai Gorod, la ciudad china, segun se llama con frecuencia, aunque la palabra Kitai parece referirse, no á China, sino más bien á Kitaigrod en Podolia, el lugar donde nació Elena, madre de Ivan el Terrible, por cuyas órdenes se edificó el Kitai Gorod cuando el Kremlin quedó completamente ocupado. En el espacio libre que media entre el Kitai y el Kremlin, no léjos del ángulo que forman los jardines de este nombre, hállase la capilla Ibérica, donde está la maravillosa pintura conocida con el nombre de «Madre ibérica de Dios» traida del Monte Athos en tiempo del Czar Alejo. Todos los dias y á todas horas se ve en esa capilla una multitud de fieles, entre los cuales siempre hay algunos cuyo aspecto revela que han venido de regiones muy lejanas. Uno despues de otro, entran en el sagrado recinto, arrodíllanse, recitan sus oraciones, tocan con la frente el suelo y se van, no sin dejar alguna ofrenda. De sus dádivas se recogen anualmente unos 50,000 duros, la mayor parte de cuya cantidad aumenta en mucho las rentas del metropolitano de Moscou.

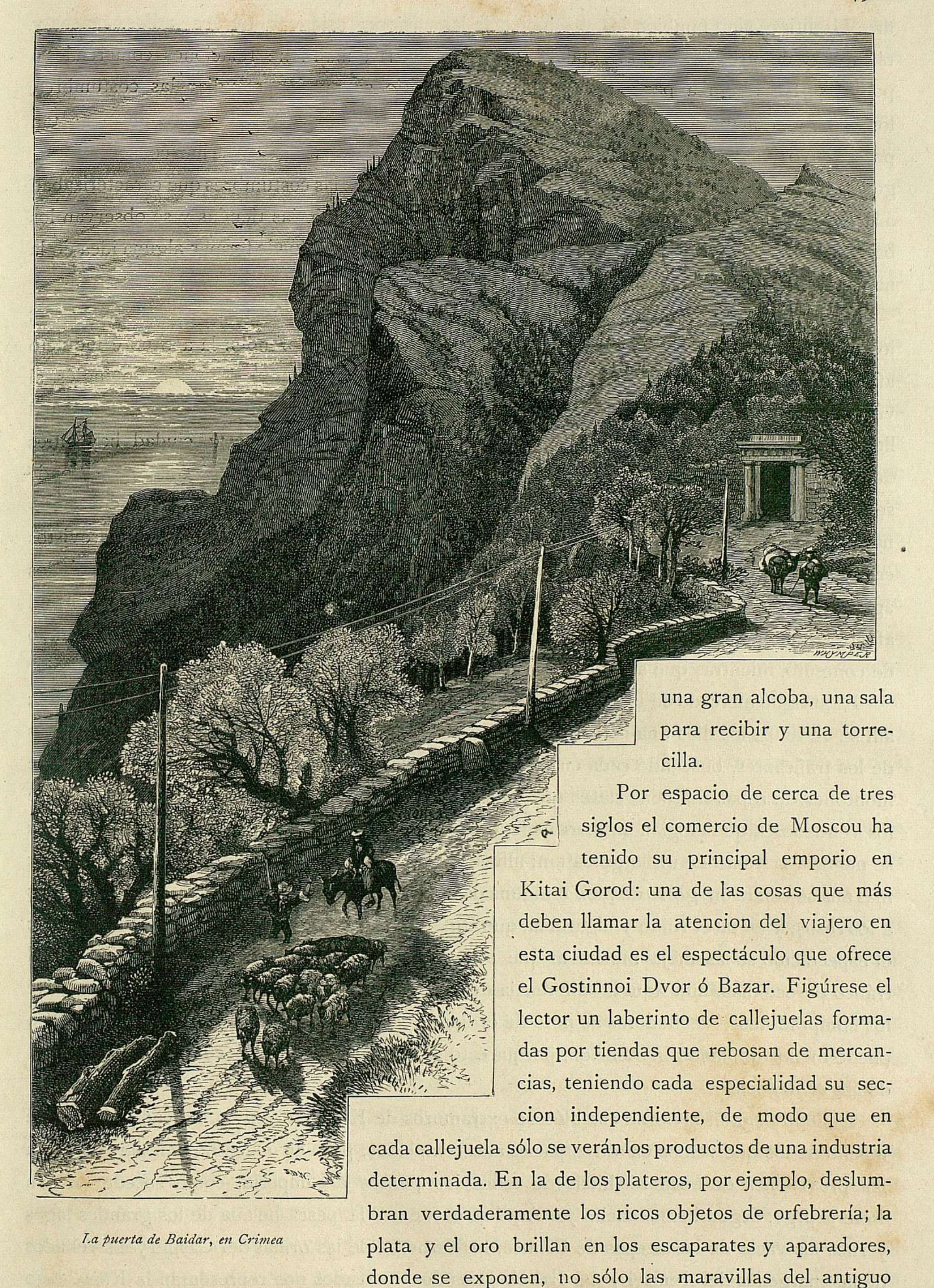
Más allá de la capilla se extiende, entre el Kitai Gorod y el Kremlin, la gran Plaza Roja, por lo regular desierta ahora, pero que en remotas épocas ocupábala á veces una multitud agitada y ansiosa, en dias muy críticos para Rusia. El monumento erigido aquí en honor de Minin y Pojarsky, los dos principales organizadores del levantamiento nacional contra los polacos que en 1611 ocuparon la ciudad de Moscou, mostrándose dispuestos á subyugar toda la Rusia, conmemora uno de los más lúgubres períodos por que jamás atravesó el país, período de luto y de sangre para sus habitantes.

La catedral de San Basilio es una de las más singulares muestras de arquitectura religiosa que pudieran verse. Sobre los restos mortales de San Basilio, que «se volvió idiota por excesivo amor á Jesucristo», elevábase primitivamente una iglesia de madera, á la cual sustituyó el actual edificio en cumplimiento de las órdenes de Ivan el Terrible, habiéndose echado los cimientos en el año 1555. Como quiera que las reliquias de otro santo, Ivan el idiota, se trasladaran á esta iglesia, adquirió pronto gran fama como lugar de santidad, aunque durante la ocupacion de los franceses se perdió la más preciada de aquellas, que era el pesado casquete de hierro usado casi siempre por aquel santo varon.

Asegúrase que Napoleon habia dado órdenes para volar «aquella mezquita»; pero el templo de que hablaba tan desdeñosamente libróse de la catástrofe por la misma feliz circunstancia que salvó la Puerta de San Nicolás del Kremlin cuando los ingenieros franceses trataron de destruirla, evitando que los forrajeadores de Napoleon encontraran el camino que conducia al Monasterio de Troitsky.

Difícilmente se encontraria en toda la Europa Occidental nada semejante á la extraña agrupacion de construcciones que constituye la fantástica catedral de la Proteccion, que segun Mr. Piazzi Smyth ofrece un conjunto «muy desagradable por su forma espiralada, con sus diez ó doce cúpulas agrupándose al rededor de un punto central.» Los admiradores de este edificio dicen que llama la atencion por su infinita variedad, combinada con cierta armonía. «Una cúpula se eleva por la derecha, otra por la izquierda; aquella adornada de picos de forma triangular, miéntras que los de la segunda son cuadrados; y aún entre frecuentes repeticiones obsérvase cierto refinamiento en la variacion; las extrañas ventanillas intercaladas en todos los huecos, las pequeñas puertas y pasadizos, cuyo oscuro fondo parece ocultar algun misterio, producen el mejor efecto en el conjunto.» Cuando el sol brilla con toda su fuerza, iluminando las rojizas tejas y las lucientes cúpulas, sobrepuestas de la media luna y de la cruz de oro, aquel torrente de luz, combinándose con la oscura sombra de los pasadizos y de las arcadas, produce un efecto indescriptible. En cuanto á la leyenda en que se dice que Ivan el Terrible mandó sacar los ojos á su arquitecto, un ingenioso italiano, á fin de que no le fuese posible construir nada que pudiera eclipsar aquella maravilla del arte arquitectónico, ningun hecho positivo ha confirmado nunca el hecho; historias semejantes se cuentan de otros edificios que han adquirido notoria celebridad. Fácil es imaginar con qué orgullo y complacencia contemplaria el terrible Czar aquella catedral que habia erigido en memoria de la sumision de Kazan, aquella extraña mezcla de iglesia, pagoda y mezquita, que no podia ménos de asombrar á cuantos la viesen. Construido por la voluntad de un soberano que parecia sufrir frecuentes accesos de locura, lo cual no le impedia ser un buen político, y dedicado á la memoria de dos idiotas santificados, la grotesca irregularidad del edificio parece estar en armonía con las ideas que conmemora.

El palacio de los antiguos Boyardos de la familia de Romanof es más interesante aún que esa excentricidad arquitectónica. Allí nació el primer Czar de la dinastía reinante. Largo tiempo perdido de vista entre los edificios que le rodeaban, ese palacio, reconocido al fin, hace unos veinte años, fué restaurado cuidadosamente, y por él se puede formar idea del género de vida privada de los grandes señores rusos de aquella época. En los sótanos, muy espaciosos, se almacenaba el vino, la cerveza, la sidra y el hielo; encima estaban las cocinas y otras dependencias, y en el piso superior hallábanse las habitaciones de los señores. La mayor de estas era la Cámara de la Cruz, donde se celebraba el oficio divino, y más allá estaba el gabinete de estudio donde tantas veces habrá reflexionado sobre el porvenir de su país el primer Romanof Czar, el Boyardo Teodoro, mejor conocido despues con el título de Patriarca de Moscou. Por una estrecha escalera se sube al *Terrem*, departamento que en el piso superior estaba destinado para las mujeres, componiéndose de varias habitaciones,



*La puerta de Baidar, en Crimea*

una gran alcoba, una sala para recibir y una torrecilla.

Por espacio de cerca de tres siglos el comercio de Moscou ha tenido su principal emporio en Kitai Gorod: una de las cosas que más deben llamar la atencion del viajero en esta ciudad es el espectáculo que ofrece el Gostinnoi Dvor ó Bazar. Figúrese el lector un laberinto de callejuelas formadas por tiendas que rebosan de mercancías, teniendo cada especialidad su seccion independiente, de modo que en cada callejuela sólo se verán los productos de una industria determinada. En la de los plateros, por ejemplo, deslumbran verdaderamente los ricos objetos de orfebrería; la plata y el oro brillan en los escaparates y aparadores, donde se exponen, no sólo las maravillas del antiguo

arte bizantino, sino tambien los productos de las naciones asiáticas, de los indios, persas y tártaros, y de otros pueblos orientales, con los que Rusia mantiene relaciones comerciales ó políticas. En ninguna parte mejor que en este sitio se pueden estudiar las costumbres, los tipos, y la manera de proceder de esa extraña clase comercial rusa, que conocemos tan poco y cuyo género de vida es tan diferente del nuestro. Entre esa gente se han conservado largo tiempo, aunque ahora van cayendo en desuso, muchas de las costumbres que caracterizaban á la Rusia de los antiguos tiempos; y cuando se van recorriendo las tiendas y se observan los barbudos mercaderes, impasibles detrás de sus mostradores, se puede formar alguna idea de la nacion de que representa una importante clase.

En el gran bazar reina siempre cierta languidez que parece característica de este pueblo; los rusos no suelen hacer nada apresuradamente, y apénas comprenden la actitud é inquieto afan de los ingleses. Cítase el caso de cierto mercader que preguntó á un viajero inglés, al ver que se encolerizaba por haberse retrasado el tren: «¿Qué puede importarle á usted llegar á Moscou más bien hoy que mañana?» Sin embargo, en esta ciudad hay sitios donde se observa el más activo movimiento, como puede verse en la plaza mercado, donde se reunen los labradores que buscan ocupacion. A primera hora de la mañana se ven allí centenares de mujiks, rudos campesinos de los pueblos inmediatos y de provincias lejanas, provistos cada cual de una pala, un azadon ó cualquier otro útil de su oficio. Apénas llega uno de los agentes encargados de proporcionar colocacion á esta gente, rodéale al punto una multitud afanosa, pidiendo todos á gritos algun trabajo; los que le obtienen aléjanse presurosos rebosando de contento, miéntras que sus compañeros los miran con tristeza envidiando su suerte.

El antiguo mercado de los Ropavejeros es otro sitio donde no falta nunca mucha animacion; allí se ve todos los dias una compacta multitud que recorre presurosa los numerosos puestos de los traficantes, buscando cada cual la prenda de vestir que necesita; la gente circula entre montones de ropas de todas clases que cubren el suelo, y por doquiera se oyen los gritos de los vendedores que elogian su mercancía, ó las voces de los compradores que regatean; aquí se negocia la venta de un largo caftan; allí se disputa sobre el precio de un par de pantalones; más allá se vende un gorro de piel, ó alguna de esas prendas de vestir que parecen obligatorias á los rusos; y es tal el ruido y algarabía, que á menudo se desea alejarse pronto de aquel sitio: el espectáculo se asemeja mucho al que ofrece el Mercado de los Judíos en Varsovia. El tráfico parece disminuir aquí la diferencia de las clases; y no deja de ser curioso que entre los compradores y vendedores se note de ordinario como cierta semejanza de familia que no puede ménos de llamar la atencion, porque esto se observa siempre, sea cual fuere la localidad donde se negocie.

Cuando llega el invierno establécese extramuros de Kitai Gorod un mercado que difiere mucho de los que vemos en otros países más templados, pues en él se reunen para la venta las provisiones de boca recibidas de todos los puntos del imperio, como sucede en San Petersburgo, segun hemos dicho ya. Aquí se encuentra la pesca helada de los grandes lagos y rios, las vacas de las estepas de Crimea, los carneros de las orillas del Caspio y los venados de las márgenes del Ienisei y del Irtisch. Los dos mercados nos representan la Rusia bajo

su aspecto de invierno y de verano; en el uno todo brilla, iluminado por torrentes de luz que alternan con densas sombras; el otro nos recuerda la estacion en que el país se cubre de nieve, y en que el sol luce débilmente, faltando los colores y la animacion.

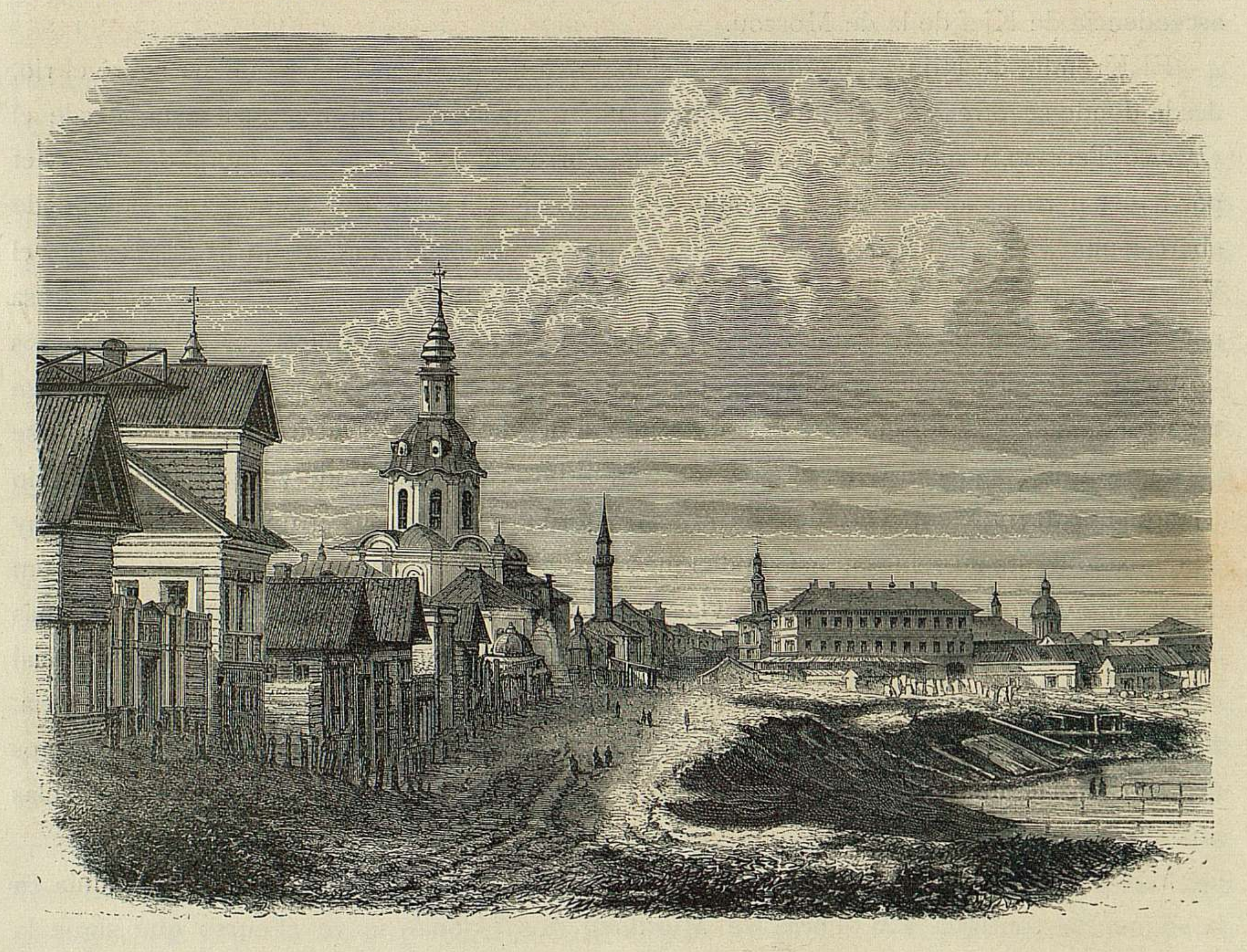
Una larga noche de viaje se necesita para trasladarse á Nijny Novgorod, sobre el Volga, lo cual proporciona la ocasion de ver al paso la ciudad de Vladimiro, principalmente notable por su *buffet*, pero que fué un tiempo la capital de Rusia, durante el período que dividió la ascendencia de Kief de la de Moscou.

El Kremlin de Nijny Novgorod está situado en una eminencia que se eleva sobre el rio, desde donde se ofrece á la vista del viajero una perspectiva magnífica, así como desde el *Otkos* ó Terrazo, y mejor aún si se sube á la Torre conocida con el nombre de Muravief por haber pertenecido á este personaje, segun se dice. Desde este punto la mirada puede abarcar una vasta llanura, gran parte de la cual está bañada durante la primavera por el Volga, adquiriendo entónces el aspecto de un inmenso lago; miéntras que en la estacion calurosa conviértese en un dorado campo de trigo, sombreado sólo en algunas partes por espesos bosques, entre los cuales se desliza el Volga, semejante á una inmensa faja azul que se desarrolla en el país desde una á otra extremidad del horizonte. Desde el punto en que se encuentran el Volga y el Oka, el curso de este último rio se pierde de vista; y en el espacio triangular que hay entre los dos, Nijny Novgorod presenta sus grupos de tiendas, muy animadas durante su reino otoñal de dos meses. La feria que allí se celebra no es ahora tan importante como lo era ántes que las vías férreas pusieran en comunicacion directa los más distantes puntos del imperio, pero esa localidad tiene aún gran importancia en la vida comercial rusa, pues el tráfico es muy considerable y activo, sobre todo durante los dos meses de feria. En el resto del año el gran Bazar está casi desierto, pero no por eso dejan de hacerse buenos negocios en las numerosas tiendas que hay fuera de ese centro y que forman por sí solas una ciudad, asemejándose por esto al Gostinnoi Dvor, aunque en mayor escala.

Más curioso es el espectáculo que ofrece el rio por esta parte: si el observador se sitúa en la eminencia contigua á la Torre de Muravief, desde donde se ve el curso que sigue la corriente en el espacio de muchas leguas, ántes y despues de su confluencia con el Oka, verá que las aguas se ocultan casi completamente bajo un bosque de mástiles; más léjos surcan en todas direcciones la superficie del rio largas filas de barcas, muchas de ellas de gran porte y extraña forma; algunas son meras balsas con una especie de chozas muy toscas para los tripulantes; otras son enormes barcas de fondo plano y bandas rectas, que pueden llevar considerables cargamentos y una numerosa tripulacion. Algunas de estas embarcaciones, construidas en Siberia, navegan por el Kama y llegan al Volga por más abajo de Kazan, llevando preciosos productos de las minas: otras remontan el rio desde Astrakan conduciendo los ricos géneros que el Oriente envia por el Caspio. Estas enormes barcas, con sus rústicas viviendas de madera en la cubierta para la tripulacion, y casitas lujosamente adornadas para los jefes y sus familias, parecen verdaderos pueblos flotantes, donde las lámparas, encendidas toda la noche, brillan como estrellas en medio de la oscuridad que las rodea. Por Nijny Novgorod estos barcos van por Kostrama y Yaroslaf, y al fin llegan á Rybinsk, donde

descargan sus mercancías. Aquí se ven centenares de esas enormes barcas, con frecuencia tan oprimidas entre sí, que todo el rio parece un inmenso puente. Los géneros que han traido de distintas regiones, del Sur y del Oriente, del Caspio ó de la Siberia, trasládanse á otras embarcaciones más ligeras, que á su vez las conducen por rios y canales al Oeste y al Norte, á San Petersburgo y el Báltico, ó á Arcángel y el mar Blanco.

En una extension de dos mil millas el curso del Volga, ese Mississippí de Europa, es



*Vista de Kazan*

sumamente monótono, pero por su magnitud ofrece un aspecto majestuoso: por un lado, la orilla se eleva en declive, formando á veces como una serie de rocas; por el otro, la vasta llanura se desarrolla en todo el espacio que la vista alcanza, estrechándose gradualmente hasta confundirse con el horizonte. A largos intervalos divísase alguna ciudad, con sus numerosas iglesias, cuyas doradas cúpulas se destacan marcadamente en el espacio, y más á menudo un pintoresco pueblecillo; pero si exceptuamos el mismo rio, no se ven por lo general muchas señales de vida. Lo mismo aquí que en las demás partes de Rusia, en todo parece predominar un aspecto melancólico que contrista al viajero, pues parece extenderse á todo el paisaje, y hasta hace algun tiempo apénas se oia más sonido que el canto de los *burlaks*, esos hombres que tiraban de las barcas por las orillas del rio cuando no se habia generalizado lo bastante la aplicacion del vapor. Durante la primavera y el verano

veíase continamente á los *burlaks*, que entonando alguna melancólica cancion avanzaban lentamente por la orilla arenosa ó pedregosa, tirando del cable que los uncia á una enorme barca. Expuestos todo el dia á los rayos del sol ó á una pesada lluvia, franqueaban con la mayor resignacion largas distancias hasta llegar al punto á que estaba consignado el barco.



*Casa rusa del Mediodia*

Cinco años de este género de vida bastaban para gastar ó debilitar la más robusta constitucion; de modo que al cabo de este tiempo contábase un burlak ménos.

Más abajo de Nijny Novgorod el caudal de aguas del Volga, aumentado por las del Oka, uno de sus tributarios, se desliza majestuosamente por el este hácia Kazan. Las ciudades y pueblos son ménos numerosos á medida que se avanza más por el rio; sólo se ve acá y allá algun monasterio cuyas doradas cúpulas brillan á los rayos del sol ó destacan entre las sombras de la noche su negra silueta iluminada por la pálida luz de la luna. El viajero de hoy dia no podrá ménos de observar el contraste que ofrece la melancólica tranquilidad de esos monasterios con la animacion que reina en los vapores y otros barcos. Sin embargo, hubo un tiempo en que esos sagrados edificios fueron poderosos baluartes para rechazar á las huestes asiáticas, que dejaron una memoria eterna en el Kazan. Aquí es donde mejor se puede evocar el recuerdo de aquellos tártaros contra los cuales luchó Rusia tan encarnizadamente, pues aquí se ven aún los descendientes de los salvajes guerreros que de vez en cuando

asolaban la Rusia, y la ciudad está llena de recuerdos de la empeñada guerra que duró hasta que Ivan venció por fin la resistencia de sus enemigos. El tártaro de hoy dia es un ciudadano respetable, mejor educado que el eslavo, y que respeta mucho más la rectitud y la verdad. Sus mezquitas no contrastan desventajosamente con una iglesia rusa, y sus minaretes interrumpen la monotonía de las cúpulas. En cuanto á las escuelas de los tártaros, son superiores á las que hay en la mayor parte de las ciudades rusas. El barrio tártaro del Kazan ofrece un conjunto muy agradable y pintoresco; y lo mismo podemos decir de los graciosos, aunque pequeños barcos de esos naturales, así como tambien de sus tripulantes. Esas embarcaciones, con sus fantásticas esculturas y caprichosos colores, ancladas en la orilla del poderoso rio, ofrecen la misma diferencia, cuando se comparan con los vapores rusos que surcan la ancha corriente, que la que divide al Oriente del Occidente, al asiático conservador del europeo progresivo.

El yugo tártaro pesó terriblemente sobre Rusia por espacio de más de dos siglos, pero cuando cesó no quedaron de él muchos vestigios, aunque en ciertos puntos ha sobrevivido en el lenguaje alguna palabra que despierta el recuerdo de aquellos dias de humillacion y tribulaciones. Así, por ejemplo, el viajero que recorre el Volga desde Nijny Novgorod, en uno de los magníficos vapores que hacen el servicio entre dicha ciudad y Astrakhan, observará que su billete de equipaje se designa con el nombre de *yarlik*, palabra que data del período tártaro y significa primitivamente una comunicacion oficial expedida por un khan tártaro: bien vemos cuánto se ha rebajado la importancia que tenia.

Más allá de Kazan el Volga se ensancha de nuevo, recibiendo á unas cincuenta millas de esta ciudad el caudal de aguas del Kama, la principal arteria de comunicacion con Siberia. Toda la parte inferior del rio solia estar infestada en remotas épocas de bandidos y piratas, sin contar que las ciudades y pueblos ribereños eran con frecuencia tomadas por asalto, ó incendiadas en algunos casos por los dos grandes jefes de las insurrecciones populares contra el Gobierno Imperial, Stenko Razine, que durante algun tiempo mantuvo una especie de soberanía en esta parte del país hace poco más de dos siglos; y Emeliano Pugachef, un cosaco del Don que, cien años más tarde, pretendió ser el Emperador Pedro III, llegando á causar no poca inquietud á Catalina II. Por fortuna, las rápidas galeras de los antiguos merodeadores y las barcas que servian para trasportar á las partidas de insurgentes, han desaparecido hace largo tiempo, y en su lugar numerosas barcas surcan la majestuosa corriente dia y noche, conduciendo al Norte y al Oeste los ricos productos del Sur y del Este. En ciertos sitios bastante apartados de la línea que siguen esas pacíficas flotas, y que tanto contribuyen á la prosperidad del comercio, los pescadores tienden sus redes, como lo hacian sus antepasados, lamentando sin duda los cambios introducidos por el progreso de la civilizacion desde aquellos tiempos felices en que las tribus nómadas descubrieron en alguna de las correrías la caudalosa corriente del gran rio.

Desde Tsaritsyn sobre el Volga, no léjos del sitio donde se hallaba la gran ciudad de Sarai, cuartel general del jefe mogol Batu y sus sucesores, una corta vía férrea conduce al viajero á Kalatch sobre el Don, desde donde los vapores le trasladarán directamente por el

rio á Rostof, y despues, cruzando las profundas y pálidas aguas del mar de Azof, á Crimea. La costa sur de esa península contiene algunos paisajes de los más hermosos que pudieran verse en el mundo, y aquí se puede disfrutar tambien de una primavera contínua, siendo de notar que en esta region favorecida no nieva.

Al norte de las montañas que bordean el mar hasta Balaklava y el valle de Baidar, el frio del invierno es tan riguroso como el calor del verano, de lo cual pudieron convencerse bien por propia experiencia ingleses y franceses cuando estalló la guerra de Oriente; mas apénas se ha pasado de la Puerta de Baidar ó Paso de Foros, penétrase en una region que por su conjunto pintoresco y su originalidad nada tiene que envidiar á las de Italia. «Su paisaje, dice Mrs. Guthrie en su «Viaje á través de Rusia», se ha comparado con el de Amalfi y de los Alpes marítimos, cerca de Salerno; pero la costa de Crimea desde Alonshta á Balaklava parece aún más magnífica. Los promontorios que se suceden aquí elevándose á la altura de mil ochocientos á dos mil piés, son más majestuosos que los anteriores, más escarpados y ricos en color, por la abundancia del mármol rojo: miéntras que las rocas, derrumbadas, que así como las de Amalfi se componen de caliza, están cubiertas de una vegetacion mucho más abundante y de hermosas flores, de las cuales los tintes sonrosados de algunas contrastan con el verde oscuro del pino táurico y del fúnebre ciprés. En las orillas del Mediterráneo, por el contrario, la tierra está casi desnuda, excepto en los parajes donde crece la vid ó el plateado olivo, que presta al paisaje su peculiar tinte gris. Preciso es confesar que en las costas de España, de Italia ó del norte de Africa, es raro ver, como en la Crimea oriental, lo magnífico y hermoso combinado con tan ricos colores.»

El viajero que sale de Sebastopol, considerado en general como el centro más importante de Oriente, ha de pasar por el sitio donde se erigió la antigua ciudad griega de Klerson cuya toma en el año 988 A. de J., supónese, tradicionalmente, que produjo la conversion de San Vladimiro, Gran Duque de Kief y la introduccion del cristianismo en Rusia. Más léjos se encuentra el cabo Partheniké y el famoso monasterio de San Jorge, que ocupa un lugar semejante á «un pequeño oasis suspendido como por encanto á varios centenares de piés sobre el mar, en medio de un anfiteatro de negras rocas basálticas, que se elevan majestuosamente al rededor.» En este magnífico promontorio estaba, segun dicen, el sepulcro de Artemisa la Táurica, la vírgen diosa á quien se sacrificaban cuantos extranjeros venian á visitar esta inhospitalaria costa, y cuya estatua fué trasladada á Grecia por Ifigenia, despues de haber reconocido á su hermano Orestes en uno de los extranjeros que ella, como sacerdotisa de la cruel divinidad, debia ofrecer en sacrificio.

No léjos del promontorio del cabo Partheniké y del monasterio de San Jorge, á la distancia de unas cuatro millas de Sebastopol, hállase la pequeña ciudad de Balaklava. A través de una pequeña abertura que se prolonga entre altas rocas, asemejándose hasta cierto punto á la desembocadura de un rio, las aguas del mar se precipitan en una bahía tan profunda que los buques de mayor porte pueden anclar á lo largo de las rocas. En cuanto á la ciudad, puede permanecer algun tiempo invisible á los ojos del viajero, si este mira desde arriba, pues sólo divisará un lago brillante encerrado entre escarpadas montañas, un promon-

torio de color rojizo que se refleja en las olas del mar, y rocas que, sobrepuestas de torres ruinosas, se inclinan rápidamente hácia el agua. El nombre de la ciudad parece derivarse del que se dió á un castillo griego, el de Palakion, del que nos habla ya Estrabon, y el cual dominaba la bahía, aunque tambien parece haberse tomado de una designacion italiana, *Bella Clava*, ó «hermoso puerto.» Este lugar parece haber sido frecuentado en remotas épocas por piratas escitas; el puerto quedó despues en poder de los griegos, y más tarde lo ocuparon los genoveses. A estos últimos debió sus fortificaciones, altas torres con murallas que se elevan junto á la desembocadura del puerto, y cuyas ruinas se pueden ver aún.

Hace unos cuatrocientos años los turcos se apoderaron de él, entregándolo despues á los tártaros, que lo conservaron hasta que Catalina II anexionó la Crimea á Rusia, hácia fines del siglo último. Entónces algunos griegos procedentes de Morea establecieron aquí colonias, y sus descendientes, aunque en reducido número, quisieron hacer armas contra el ejército inglés á la llegada de este, en setiembre de 1854. La morada de su jefe, el capitan Manto, es la única vivienda que se divisa desde el mar; el resto de la ciudad, una sola calle que contiene cien casas, poco más ó ménos, con dos iglesias, se extiende á lo largo de la orilla de lo que parece uno de los más pequeños lagos del norte de Inglaterra, cerrado por montañas de rápidas pendientes.

Dícese que en tiempo del loco emperador Pablo se colocaron cañones en estas alturas para hacer fuego contra todo buque extranjero que buscase refugio en el puerto en caso de estallar una tempestad.

Como á una milla de distancia, al norte de la ciudad, desarróllase la gran extension de terreno relativamente bajo conocida con el nombre de llanura de Balaklava, de unas tres millas de longitud por dos de anchura, bordeada en ambos lados por colinas, y cuyo centro está cruzado por varias calzadas y por el camino de Woronzoff, que divide dicha llanura en los valles Norte y Sur. El primero fué teatro de la heróica carga de los Seiscientos, de aquella brillante caballería ligera de lord Cardigan, que con temerario arrojo desafió la muerte ante la metralla de los rusos. Este espacio de terreno, regado con tanta sangre, es ahora un tranquilo y solitario prado donde el trigo crece con abundancia, pero un obelisco blanco señala el lugar donde se habia situado la batería rusa que tantas vidas costó. A la izquierda del monumento se hallan los montecillos que los rusos tomaron á los turcos en la mañana del dia que se dió la sangrienta batalla; en frente están las colinas de Fidinkine, que habian sido ocupadas por la infantería rusa dos dias ántes, y en el fondo se ven las posiciones que ocupaba su artillería de montaña. «Cuando contemplábamos estos sitios, dice un moderno viajero, apénas podiamos creer que fuesen la famosa llanura de Balaklava, ni ménos que esta tranquila y silenciosa pradera hubiera sido el teatro de tan tremenda lucha; los pueblecillos tártaros descollaban entre espesuras de árboles frutales, y poco habia que evocase el recuerdo de la sangrienta batalla, como no fuese un cementerio, de los muchos que hay en estos alrededores. El musgo y los líquenes impiden que se puedan leer bien las inscripciones, ó cuando menos lo dificultan mucho; los pámpanos han trepado por los monumentos, y en algunos sitios se ven diseminadas las losas sepulcrales; pero el desórden que se nota aquí parece natural, y por lo tanto no es desagradable.»

Más allá de Balaklava el valle de Baidar presenta en el espacio de más de diez millas una sucesion de cuadros pastoriles, que recuerdan á menudo al viajero los valles de Kent y de Surrey, en Inglaterra; los prados alternan con los bosques y los campos de trigo, bordeados por jardines y diversas plantaciones. De vez en cuando se ve algun pueblecillo tártaro, que por lo pintoresco contrasta con las míseras viviendas que en Crimea habitan los campe-



*Batchi-Sarai*

sinos rusos. Dificilmente creerá el viajero procedente de Alemania que las mezquinas y sucias casuchas que ve despues de haber traspasado la frontera pueden servir de albergue á séres humanos, sobre todo si las compara con las aseadas casitas de los habitantes tártaros del valle de Baidar, con sus tejados planos, á veces casi ocultos por la espesura de los árboles frutales que las rodean. En la extremidad del valle el camino se eleva hasta que la parte más alta de la montaña que le cierra en uno de sus puntos extremos toca en la Puerta de Baidar ó Paso de Foros. En la cima hay una pequeña meseta, desde la cual se domina todo el valle, pudiéndose ver por primera vez el magnífico paisaje de la costa sur de Crimea. Más abajo se extiende el mar, cuyas aguas, generalmente tranquilas en la estacion calurosa, tienen un color azulado; entre el mar y la base de las escarpadas rocas prolóngase una estrecha faja de país fértil, donde se disfruta de un clima semejante al de Grecia é Italia.

Desde la cima del Paso de Baidar el camino baja rápidamente por una serie de curvas en

direccion al mar; en cierta extension está limitado en la parte de tierra por rocas de caliza que forman precipicios de quinientos á ochocientos piés de altura, desde los cuales se desencadenan de vez en cuando por las pendientes tan tempestuosas avalanchas, que con frecuencia destrozan pueblos enteros; el esquisto que hay debajo de las rocas se derrumba algunas veces bajo el peso que le oprime y esto produce el efecto de un terremoto.

Así, por ejemplo, en 1786 el pueblo de Kuntchuk Koi, cerca de Kikineis, desapareció completamente por haberse hundido una noche el terreno que le servia de base, produciendo un crujido espantoso; allí donde se elevaban las casas sólo quedó un boquete inmenso, por el cual se veia un profundo abismo.

En un espacio bastante extenso, á lo largo del camino, desaparece la exuberante vegetacion que constituye un carácter tan distintivo del paisaje de Crimea; los pinos y árboles frutales no pueden mantenerse ya en la empinada falda de la montaña; en las alturas se destacan soberbios picos que brillan á los rayos del sol; y abajo, enormes fragmentos de piedra, derrumbados de los precipicios y confusamente revueltos, constituyen un verdadero cáos sobre los bancos de detritus que bajan como rápidas pendientes hasta la orilla del agua ó forman caprichosos promontorios.

Más léjos desarróllase majestuosa la inmensidad del mar, cuyas aguas podrian competir en verano con las del Mediterráneo por su brillante color, y cuya superficie surcan ligeramente numerosas barcas pescadoras con sus blancas velas triangulares.

El conjunto que se ofrece á la vista del viajero cerca de Limaine, á unas tres millas de Kikineis, es de lo más salvaje que se pudiera encontrar en todo el país, pues en un gran espacio, desde la cima de las montañas á la orilla del mar, todo el terreno está cubierto de gigantescas moles de rocas amontonadas confusamente unas sobre otras, miéntras que de las aguas surgen las puntas de algunos peñascos que rodaron hasta el mar, arrancados cuando ocurrió la gran convulsion geológica. Un poco más allá encuéntrase el hermoso valle de Simeis, cubierto de una rica vegetacion y protegido de los frios vientos del norte por altas rocas.

A dos millas de Simeis está el pueblo de Alupka, que adquirió celebridad por el soberbio palacio del príncipe Woranzoff, edificado en un lugar muy poético, donde los restos de rocas cubren el terreno, que se inclina en rápida pendiente hácia el mar; miéntras que detrás se eleva el monte Ai Petri, ó de San Pedro, á una altura de cuatro mil piés próximamente; está en parte cubierto de bosque, pero en algunos sitios sólo se ven enormes peñascos que parecen amenazar con una destruccion segura el magnífico palacio, cuya arquitectura algo fantástica es una mezcla feliz del estilo árabe y de la Edad media.

Se puede subir hasta la cima de la montaña por un escabroso sendero, bajando por el otro lado á través de espesos bosques cruzados por corrientes cristalinas. No se tarda en llegar al precioso valle de Kokos, que conduce á la ciudad de Bakhchisarai, donde está el palacio habitado en otras épocas por los Kanes de Crimea, peligrosos vecinos para Rusia durante largo tiempo; este palacio que se hallaba ya en estado ruinoso, fué restaurado por Potemkin para recibir á la Emperatriz Catalina II en 1787. En uno de sus patios hay una fuente que ha llegado á ser bien conocida de los rusos gracias al celebrado poema de Pushkin «La fuente

de Bakhchisarai,» en el cual se refieren las aventuras de la hermosa georgiana que casó con uno de los últimos Kanes.

Los viajeros, sin embargo, no suelen seguir la línea que acabamos de indicar para recrearse en esta excursion; los más prefieren dirigirse por el camino real que conduce desde Alupka á Yalta, recorriendo un trayecto de doce millas, poco más ó ménos, porque así pueden recrear más tiempo la vista contemplando los encantos de la naturaleza. En esta magnífica costa, preservada del penetrante viento por altas rocas, y bañada por un mar que en estos parajes merece bien el nombre de Euxino, han edificado sus mansiones señoriales algunos de los más encumbrados personajes del imperio ruso. El emperador Alejandro I mandó edificar aquí una soberbia quinta que llamó Orianda, donde se proponia terminar tranquilamente su existencia acompañado de algunos de sus más íntimos amigos. Su repentina muerte en Taganrog no le permitió realizar este plan, y entónces el emperador Nicolás quiso que se levantase un palacio en el mismo lugar que Alejandro eligió para su retiro. Un poco más léjos está la magnífica posesion de Livadia, nombre derivado de una palabra griega que significa «pradera»: ahora es propiedad de la emperatriz y su residencia favorita; el parque y los jardines se formaron en tiempo del conde Leo Potocki, su primitivo propietario, por un artista que tenia relaciones de parentesco con otra emperatriz, con Josefina, primera esposa de Napoleon I. Este artista, Joaquin Tascher, rehusó los brillantes ofrecimientos que se le hicieron para servir al Estado, prefiriendo vivir tranquilamente consagrado al estudio de la botánica. En el trascurso del tiempo, no obstante, entró al servicio del conde Potocki y pudo preparar los terrenos tan apreciados hoy por la familia imperial rusa. Otro nombre francés bien conocido parece estar relacionado con uno de los sitios más pintorescos de esta admirable costa. Entre Alupka y Orianda hállase el Estado de Koureis, á donde fueron enviadas desde San Petersburgo, en tiempo del emperador Alejandro I, tres señoras que en cierto período ejercieron alguna influencia en la corte rusa. Una de ellas, M^me^ Krudeuer, murió poco despues de su llegada, pero las otras dos, la princesa de Galitzin y una misteriosa condesa Guacher, vivieron allí largo tiempo. Al cabo de algunos años esta última falleció, y «entónces se supo, dice Mr. Dauby Seymour, que era la condesa de la Mothe, la misma que habia sido azotada y marcada públicamente en la plaza de la Greve por el escandaloso asunto del collar de diamantes de María Antonieta.»

A unas tres millas de Livadia se halla la bonita y pintoresca, aunque pequeña ciudad de Yalta, el Torquay de Rusia, el cuartel general de los viajeros que en el verano y en el otoño acuden en gran número á Crimea. Las orillas del mar presentan entónces un animadísimo cuadro, pues siempre se ven amarradas, ó surcando su líquida superficie, numerosas embarcaciones de todas clases.

En la extremidad de la bahía se ve la blanca ciudad, con sus preciosos alrededores, elevándose detrás de ella las altas cimas de montañas cubiertas de espeso bosque, donde la fresca sombra y el silencio más profundo, interrumpido solamente por los trinos de las aves, invitan al reposo al viajero fatigado en un dia de calor.

Por regla general, Crimea no está bien surtida de agua fresca, pero cerca de Yalta hay

una corriente que ha llegado á ser famosa á causa de su rápido descenso por un desfiladero pedregoso cerca del cual, en el centro de un sombrío bosque, hay una roca aislada donde se ven las ruinas de Uchausu Isar, ó la «Fortaleza de la Catarata.» Más allá de Yalta el camino se prolonga hácia Alustha, y aquí termina la parte pintoresca de la costa del Sur, despues de haberse extendido en un espacio de cerca de cuarenta millas.

# CONSTANTINOPLA



*Fuente turca*

El lugar donde Constantino echó los cimientos de la ciudad que áun conserva su nombre «parecia haber sido formado por la naturaleza, segun dice Gibbon, para centro y capital de una gran monarquía.» Ya en las más remotas épocas se reconoció su importancia: los antiguos griegos se batieron por ella; Alcibiades la sitió, y tambien Filipo el Macedonio. Dice la leyenda que cuando las tropas de este general se disponian para dar el asalto, la luna, saliendo de entre las nubes que la ocultaban, permitió á los defensores ponerse en guardia, y

que para manifestar su agradecimiento adoraron este planeta como á su dios tutelar, tomando por divisa la misma media luna que algunos siglos más tarde adoptaron tambien los muslimes, despues de haber visto su efigie en la moneda bizantina.

Durante el dominio de los emperadores griegos, Constantinopla llegó á ser una maravilla de magnificencia. «Su puerto, dice el historiador, fué por espacio de muchos siglos emporio del comercio del antiguo continente;» y en todas las edades, hombres ambiciosos y emprendedores codiciaron la posesion de la plaza. Los persas y los árabes atacáronla repetidas veces; los Cruzados la conquistaron y conservaron algunos años; y las grandes naciones marítimas de la Edad media, los venecianos y genoveses, se disputaron la supremacía de las inmediatas aguas. El enemigo hereditario del Norte comenzó ya en el siglo IX una campaña para apoderarse de la codiciada ciudad, campaña que con intervalos más ó ménos largos se ha prolongado hasta nuestros tiempos; y por último, los feroces otomanos, belicosos antecesores de los degenerados turcos, cayeron sobre ella y tomáronla despues de un sitio célebre que admiró al mundo. Podrá decirse que el gobierno de ese pueblo es reaccionario; que su religion y costumbres están en contradiccion con las ideas de los europeos; que sólo se le tolera en esta parte del Bósforo porque su alejamiento dejaria un vacío muy difícil de llenar; pero nadie negará que su historia tiene un pasado glorioso, ni dejará de reconocer el hecho de que en cuatro siglos de ocupacion ha impreso en su capital un sello que no se borrará fácilmente.

El aspecto general de Constantinopla es marcadamente oriental y mahometano: los caracteres distintivos más notables del sin igual panorama que se desarrolla en el Cuerno de Oro son las cúpulas y minaretes de las mezquitas, los altos cipreses y los terrados de las casas.

El *muezzin* anuncia la hora desde los minaretes, invitando al creyente á entregarse á la oracion; y en las calles, las mujeres cuidadosamente veladas recuerdan uno de los severos deberes que el Koran impone al bello sexo. En cada esquina, una fuente de agua muy pura proporciona el elemento que tanta importancia tiene en la religion del Islam y que continuamente se necesita para purificarse despues de la oracion. Estas fuentes varian en tamaño y magnificencia; algunas se reducen á simples aberturas en la pared; otras son una especie de templetes cuadrados de mármol, con tejadillo en forma de cúpula, ricos adornos, inscripciones y máximas. Las palabras «por el agua vive todo» se leen en todas las fuentes, aquí, trazadas en la piedra, allá, estampadas con letras de oro sobre fondo azul. Algunas gozan de un prestigio especial, como por ejemplo la Fuente de las Dulces Aguas de Asia, que se halla en un espacioso terrado en la parte asiática sobre el Bósforo, sombreado por espesos árboles y á la vista de las blancas casas, castillos y torres de Europa. En otro tiempo fué la prision de los genízaros, que hacian y deshacian sultanes, gobernando en la capital despóticamente, sin reconocer ninguna responsabilidad. A dicha fuente iban á buscar agua, no solamente los vecinos más humildes, sino tambien grandes señoras, que llegando de Estambul en sus *caiques*, las góndolas venecianas, esperaban en estas, bien tapadas con sus velos, á que sus ennucos las sirviesen copas de agua de la preciosa fuente.

Prescindiendo de las formas exteriores y de las observancias de la creencia de Mahoma,

debemos recnocer que el turco de hoy dia se ha elevado para seguir la senda del progreso moderno. Entre el espeso bosque de mástiles que ocupan las profundas aguas de aquella ensenada sin rival llamada el Cuerno de Oro, descuellan los de sus buques acorazados; los vapores cruzan continuamente el Bósforo; Galata tiene su vía férrea subterránea, aunque corta; hay tranvías y ómnibus en las calles; las mejores casas tienen gas, y ya no es necesario llevar una linterna cuando se sale por la noche. Hasta Estambul, el barrio mahometano más puro, ha seguido la senda de los modernos adelantos. Despues de cada uno de los desastrosos incendios que con tanta frecuencia asolaron la ciudad, y que por fortuna no se repiten ya, abriéronse anchas calles y se construyeron espaciosas casas que comunicaron á Estambul un nuevo aspecto; pero todavía puede encontrarse dentro de sus límites todo cuanto es en la ciudad más interesante bajo el punto de vista histórico.

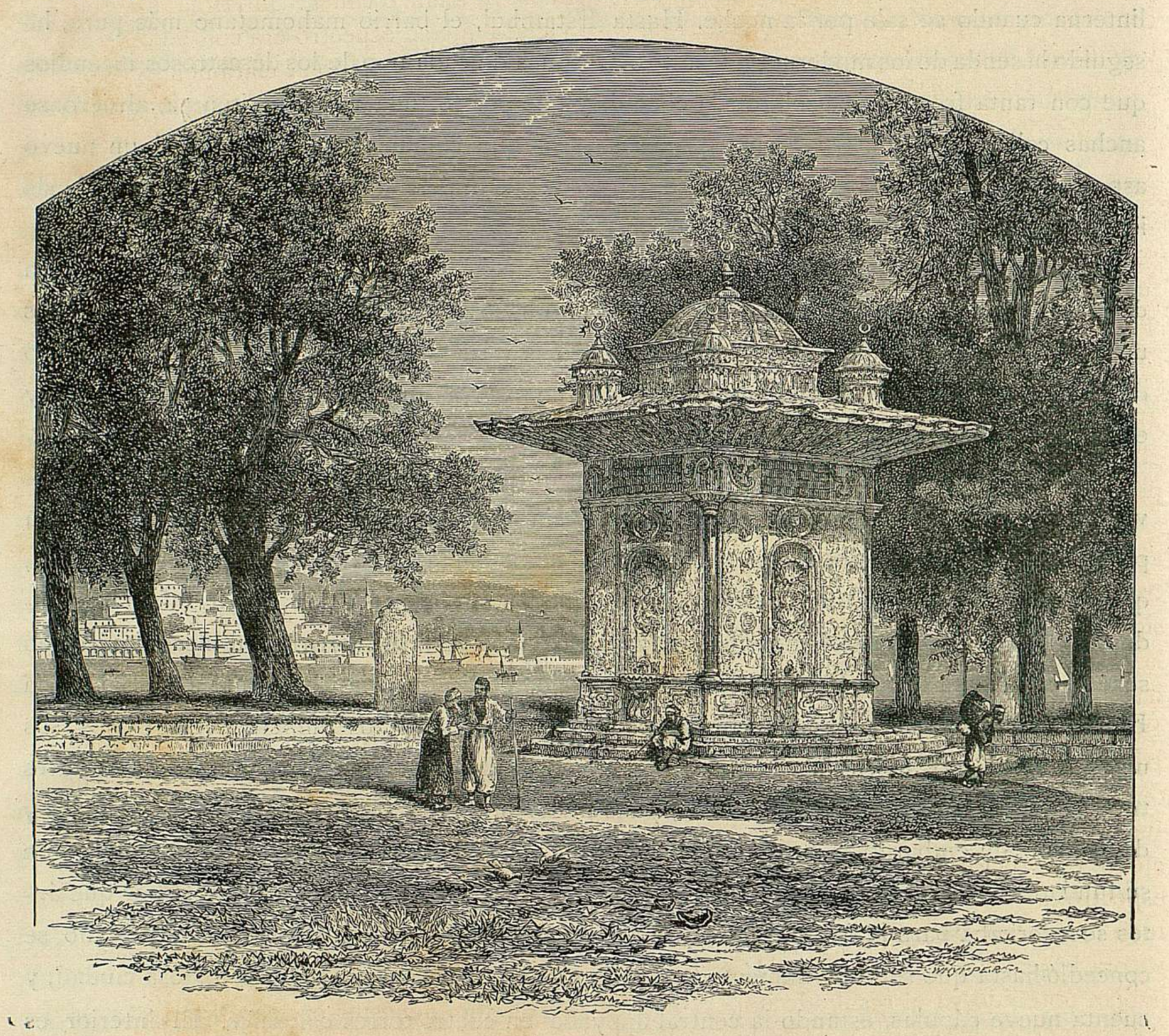
Detrás de la Puerta del Serrallo hállase el gran palacio y harem del sultan, que si bien desocupado ahora, por haber sido presa del fuego hace algunos años, aún ocupa con sus restos un inmenso espacio, donde se ven grandes jardines y las enormes cocinas donde un ejército de pinches trabajaba afanosamente en otro tiempo para la multitud de mujeres, oficiales y esclavos que habitaban bajo el techo real.

La Sublime Puerta, de la cual toma el imperio turco su nombre diplomático, hállase todavía allí aunque muy deteriorada por el fuego, y sin necesitar ya los servicios de los cincuenta porteros que habia en otra época. En Estambul se hallan tambien las más notables mezquitas, que tienen casi todas el título de imperial, porque las fundaron los sultanes triunfantes y piadosos, cuando no se utilizaban de los templos cristianos para convertirlos en mezquitas, como sucede con Santa Sofía. Este maravilloso edificio, dedicado primitivamente á la Sabiduría Eterna, conserva aún las muchas preseas con que le dotaron los emperadores griegos, sus muchos y variados mármoles de color, verde, sonrosado, blanco, negro y rojo; sus pilares traidos del Templo del Sol en Baalbec, y las urnas de Isis y Osiris, de Cibeles, de Palas y de Apolo. Sin embargo, la mezquita del sultan Ahmed, así llamada por ser este el nombre de su fundador, se considera como la principal de la ciudad: tiene seis minaretes, honor que ántes se reservaba para la Meca, tanto que cuando se pidió permiso para construirlos, no se concedió hasta que se hubo aumentado á siete el número de los de aquella famosa ciudad; y cuenta nueve cúpulas, estando la central apoyada en cuatro torres colosales. El interior es verdaderamente maravilloso: numerosas lámparas montadas en esmeraldas están suspendidas de cadenas de oro; en atriles dorados se ven algunas raras copias del Koran; y enormes candelabros flanquean el *mihrab* ó altar mayor. El púlpito, célebre en la historia por ser el mismo en que se promulgó el edicto contra los genízaros, es de piedra pulimentada, semejante en un todo al de la Meca, y aun hoy dia el predicador sube á este púlpito los viérnes ciñendo una espada de madera, símbolo del poder conquistador del Islam.

Cerca de esta soberbia mezquita está el At-Meidan, un gran espacio libre que servia de hipodromo en tiempo de los emperadores, y donde ahora se celebran muchas ceremonias civiles y religiosas, en las cuales toma una parte principal el mismo Sultan.

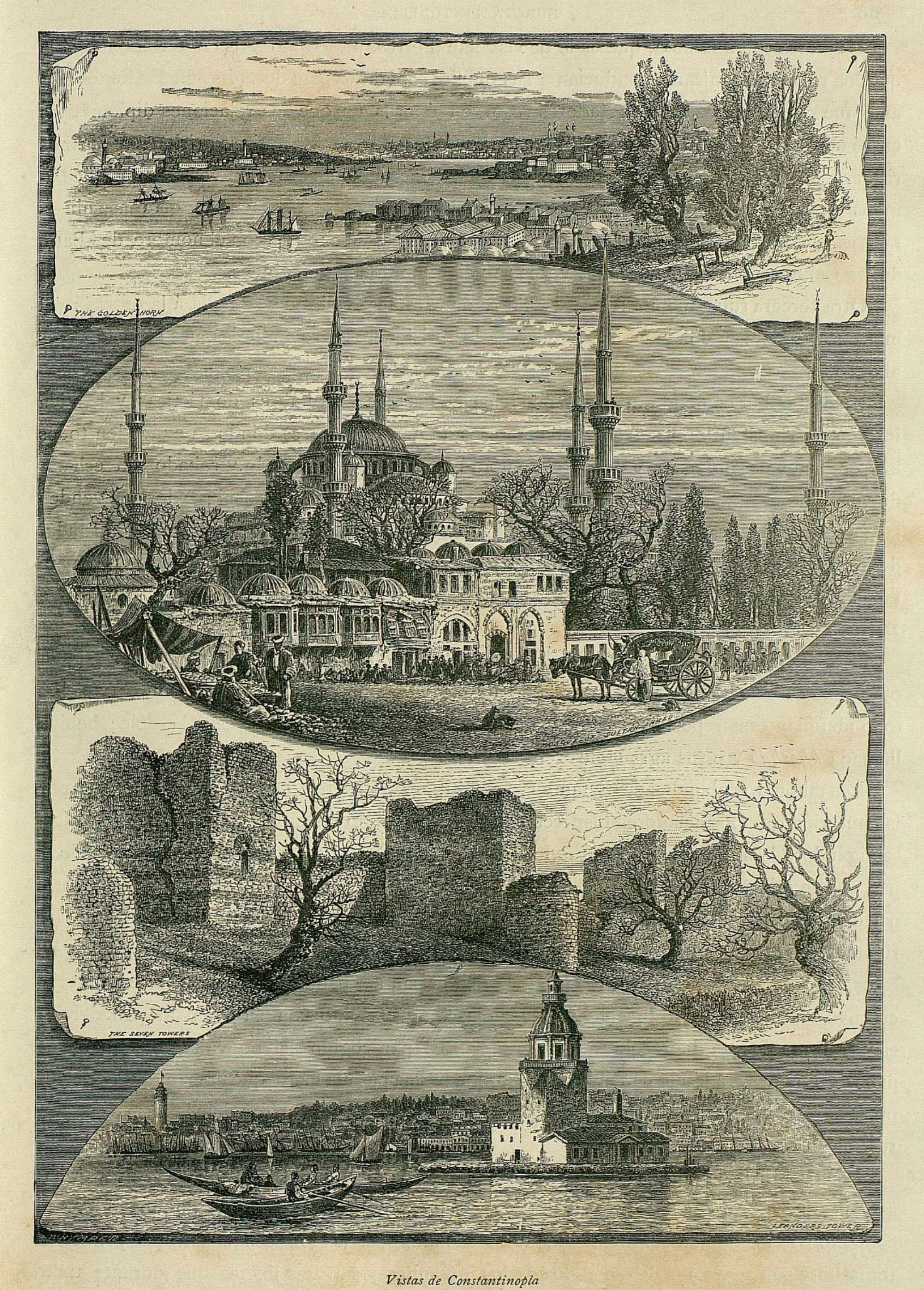
Estambul era en otro tiempo una gran fortaleza circuida de una triple muralla, con nu-

merosas torres muy sólidas: los cimientos de esta inmensa construccion defensiva fueron puestos por Constantino el Grande, y todos los soberanos que le reemplazaron en el poder supremo contribuyeron en cuanto les fué posible á fortificarla más; de modo que el conjunto representa la obra de muchas manos y diversas épocas, pero las líneas de ladrillo rojo romano son las que más se destacan entre la piedra. Aún se pueden reconocer hoy dia las señales



Fuente de las Dulces Aguas

producidas en la muralla por las catapultas, los arietes, y otras máquinas de guerra de las pasadas épocas; la accion del tiempo y las convulsiones del suelo en diversos terremotos han continuado la obra de destruccion, y así es que toda la muralla con sus torres se halla convertida ahora en una ruina magnífica. Aunque en extremo interesantes, no sólo por sus relaciones con el pasado, sino tambien por el conjunto pintoresco que ahora ofrecen, estas ruinas y lo que aún queda en pié estaba destinado á desaparecer del todo, pues el último sultan, Abdul Aziz, queria que se procediese á la completa demolicion para sacar algun dinero de la venta del cascote; y á no ser por el embajador inglés, se hubiera efectuado el derribo para utilizar aquellos venerables restos como material de construccion.




*Vistas de Constantinopla*

El cuerno de oro.—La mezquita del sultan Ahmed.—Las Siete Torres y la Torre de Leandro.

Hay otra ruina famosa, que es la de las Siete Torres, un tiempo prision de Estado, á la que los rebeldes genízaros conducian á sus débiles soberanos para decapitarlos. En los últimos años fué residencia de los embajadores rusos, en épocas en que las relaciones diplomáticas entre el Czar y el Sultan eran algo tirantes. En el interior de esta antigua prision hay muchos recuerdos terribles de los hechos sangrientos ocurridos allí: aún se puede ver el aljibe que llamaban «Pozo de la Sangre», y en el que esta rebosaba siempre; tambien hay galerías subterráneas, donde se enterraba vivas á las víctimas; y un patio conocido con el nombre de «Patio de las Cabezas», en el que algunas veces se veian montones de cráneos.

Otra tercera ruina memorable es la Torre de Mermer Kali, que se halla á la entrada del mar de Mármara, y donde se estrangulaba á los prisioneros arrojando despues sus cadáveres al agua.

En Estambul es donde mejor se pueden estudiar las costumbres domésticas y la vida interior de Constantinopla. Aquí se hallan esos inmensos bazares donde se expenden todos los productos del universo, y donde el comprador puede ser engañado y robado sin echarlo de ver al pronto; aquí se ven los mercaderes de diamantes y de ricos chales, y los que venden las famosas alfombras de Persia; aquí se exponen las armas antiguas y modernas, incrustadas de joyas y de oro; aquí se pueden comprar las babuchas bordadas con perlas, las bolsas para tabaco recamadas de oro, los frasquitos llenos de la más deliciosa esencia, las ricas sedas de Broussa y la gasa de oro.

En Estambul hay calles donde se han establecido solamente los armeros, al paso que en otras sólo se ven traficantes en porcelana; aquí está el mercado de los turbantes; y sobre todo abundan esas reposterías donde se pueden probar los sabrosos *kabobs*, la dulce bebida llamada *khoshab* y otros agradables refrescos.

Los tahoneros abundan en Estambul, constituyendo un gremio que es muy vigilado por las autoridades. Los celadores inspeccionan muy á menudo las pesas y regulan los precios, castigándose la adulteracion ó el fraude con severas multas, cuando no se decomisa todo el pan puesto á la venta por el culpable. Sin embargo, el gobierno debe dispensar, por otra parte, alguna proteccion á los panaderos, pues á menudo sufren las depredaciones de los rufianes ó soldados francos que infestan las calles; á veces se da el caso de que alguno de estos, un bashi-bazuk, se empeñe en que le den el pan sin pagar ó al precio que se le antoje, en cuyo caso coge lo que le conviene y aléjase, amenazando con su puñal al panadero si este protesta ó trata de recobrar su mercancía. El pan cogido así no vale sin embargo la pena de exponerse á ir á la cárcel por él, porque es una pesada masa que llaman *somvon*, compuesta de cebada, trigo y harina de habas, tan indigesta como todas las demás formas de pan turco.

Los bashi bazuks miran con malos ojos á muchos vendedores porque son montañeses salvajes que llegan del Kurdistan, pero sus feroces costumbres han cambiado mucho por el contacto con los habitantes de la ciudad; los montañeses que ofrecen sus frutos y aves al transeunte son sucesores degenerados de los indómitos y salvajes jinetes que durante tanto tiempo asolaron la Turquía Asiática. Los circasianos á quienes su tráfico atrae á Estambul-

son hombres superiores, pero no muy escrupulosos en su proceder, aunque hacen su negocio sin ruido ni ostentacion.

Los embajadores extranjeros han censurado de tal modo la práctica de vender esclavos, que los mercaderes circasianos se quedan en las afueras de la ciudad, donde se pueden admirar sus tipos verdaderamente notables; altos y de esbeltas formas, aunque robustas, con sus grandes gorras de piel, sus largas carabinas y sus cartucheras colocadas graciosamente sobre el pecho, ofrecen el tipo más pintoresco que se pueda ver en toda la ciudad y sus alrededores. Estos circasianos son los que abastecen el harem de los bajás y de los turcos acomodados que practican la poligamia.

En Galata y sus alrededores, el arrabal de Constantinopla donde se hace un comercio más activo, es el punto en que más comunmente se encuentran los mercaderes circasianos. Galata es una localidad muy ruidosa, cuya calle principal, larga y sinuosa, está siempre ocupada por una multitud que bulle y se agita de continuo. Por aquí circulan altos dignatarios seguidos de sus servidores, mercaderes europeos cuyos almacenes y oficinas se hallan en el muelle que bordea el Cuerno de Oro, y muchos tipos á cual más variados.

Galata fué primitivamente una colonia de traficantes genoveses, los cuales prosperaron con tal rapidez en tiempo de los emperadores griegos, que se les permitió regirse por sus propias leyes, y proteger su arrabal con buenas fortificaciones. Los genoveses pagaron estos favores con una vil traicion en el gran sitio, cuando ayudaron á Mahomed II y á sus turcos. El principal recuerdo que se conserva de la colonia es la gran torre de Galata, sólida construccion de mampostería que ha resistido mil tempestades y se utiliza ahora como observatorio para dar la señal de alarma cuando estalla algun incendio.

Cuéntanse otras dos torres semejantes, una en el Seraskierate, ó Torre del ministerio de la Guerra, en Estambul, y la otra situada en una colina de la parte asiática, habiéndose establecido para todas un sistema de señales que consiste en unos banderines de dia, y unos globos rojos iluminados por la noche, contándose un buen número de bomberos que vigilan continuamente, pues Constantinopla ha sufrido grandes estragos por causa de los incendios en diversas épocas, quedando destruidas miles de casas en pocas horas. En 1870 la embajada inglesa en Pera fué presa de una voraz conflagracion que destruyó tres mil casas, pereciendo mil habitantes. Cuando acontece alguno de estos espantosos incendios, los bomberos, con sus aparatos al hombro, y precedidos de soldados provistos de largos ganchos, que se usan para derribar las paredes y aislar el fuego, avanzan presurosos hácia el lugar de la catástrofe; pero una vez llegados detiénense para parlamentar y estipular condiciones con los infelices dueños de las casas. Estos bomberos pertenecen á un gremio y tienen el monopolio para la extincion de los incendios; no quieren trabajar si no se les paga bien, y esto explica por qué esas catástrofes son tan terribles en sus efectos.

Más arriba de Galata, en el repliegue de una colina hállase Pera, considerable arrabal lleno de casas modernas, francesas ó italianas más bien que de carácter oriental; tiene numerosos edificios muy elegantes, rodeados de magníficos jardines; y en sus estrechas calles, siempre muy animadas, abundan los cafés y las tiendas, donde se encuentran toda clase de géneros



del país, que se venden á muy subido precio. En Pera están las embajadas de las grandes potencias europeas, Inglaterra, Francia y Rusia, que tienen hermosos palacios; el del representante aleman ocupa un sitio desde el cual se domina un grandioso paisaje. Sin embargo, estos edificios son únicamente las residencias oficiales, pues los más de los embajadores, particularmente el inglés y el francés, prefieren habitar en Therapia durante la mayor parte del año: este delicioso sitio se halla situado sobre el Bósforo en la direccion del mar Negro, del cual soplan de continuo refrescantes brisas. El clima de Therapia es por lo tanto frio, áun en el verano, y si añadimos que es muy saludable, no se extrañará que sea un lugar preferido; patrocínanle

*Muros de Constantinopla*

principalmente los griegos, que constituyen la mayoría de los habitantes de la localidad, y cuyas moradas y casas de campo están esparcidas entre los muchos y brillantes palacios asentados á lo largo de los declives sobre el mar. Ningun punto ofrece en el Bósforo tan hermoso golpe de vista como Therapia; en toda su longitud, así en la parte europea como en la asiática, hállanse numerosos pueblos, magníficas arboledas de cipreses, y grupos de casas á veces muy considerables. La torre que llaman de Leandro, y

*Vendedores kurdos*

el Kirs Koulessi, ó Torre de la Doncella, elévanse sobre el Bósforo frente al arrabal asiático de Scutari, que así como Roma y Constantinopla se ha edificado sobre siete colinas.

Circulan muchas leyendas y tradiciones acerca de esa torre, pero la más conocida es aquella en que se dice que era el retiro de Hero, la sacerdotisa de Vénus, al cual iba Leandro todas las noches cruzando á nado el Helesponto para ver á su amada. Todo este cuento es un mito, pues probablemente nunca ocurrió un hecho semejante, aunque lord Byron cruzó á

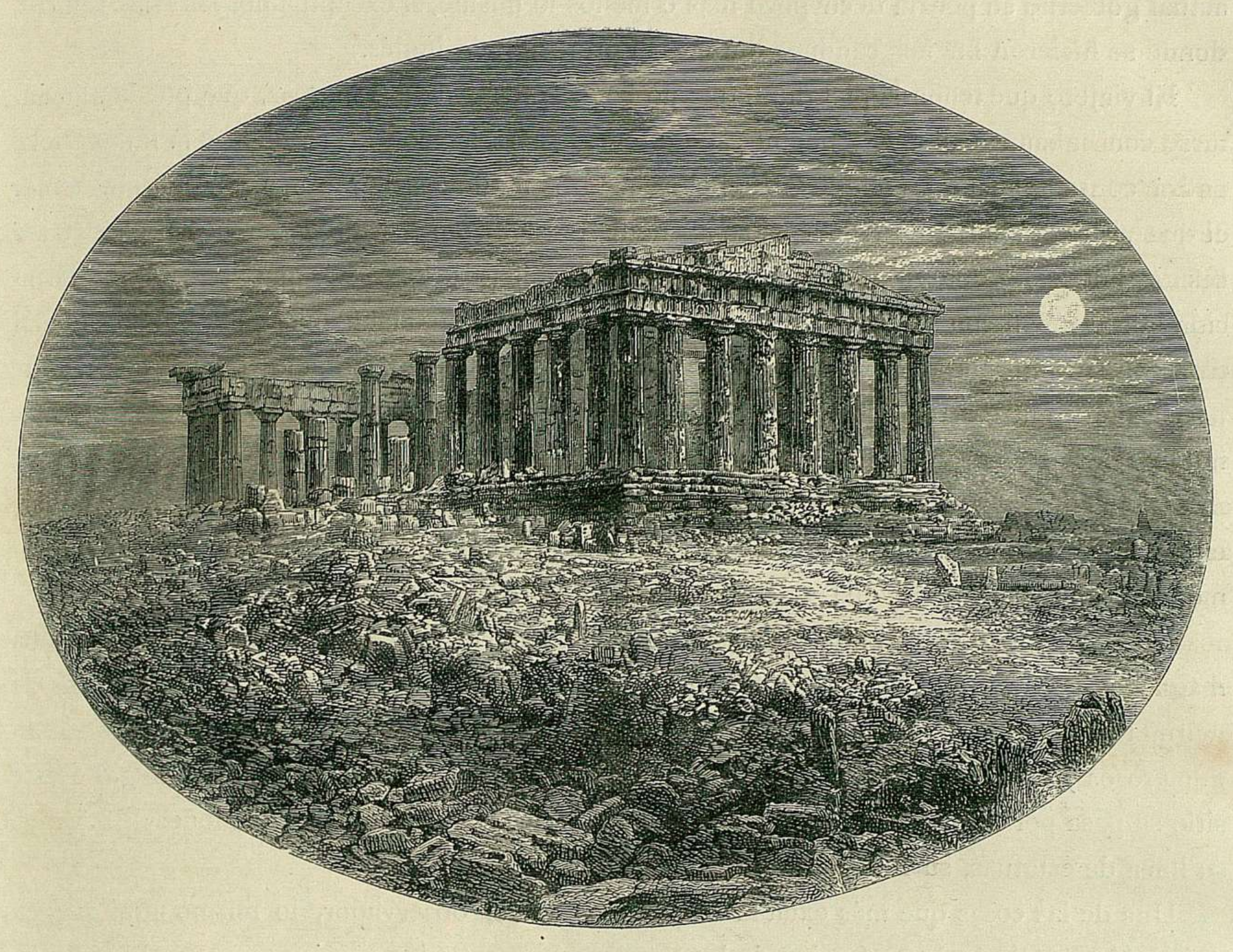
nado el Bósforo por una parte más estrecha. Aquí se hallan tambien los bien conocidos castillos de Europa y Asia; Tofana, el gran arsenal, y el magnífico palacio de Dolmabatche, al que se retiró el Sultan despues de la destruccion del Serrallo por un incendio. De esta soberbia morada salieron cincuenta y dos botes cargados de mujeres, arrojadas de ella cuando la deposicion de Abdul Aziz.

Sin embargo, las mayores bellezas del Bósforo se hallan alrededor de la gran ciudad, particularmente en el punto donde un brazo de aquel forma el famoso puerto del Cuerno de Oro, un dock natural que puede contener mil doscientos buques, y tan profundo que algunos pueden amarrar á lo largo de las casas de la ciudad. En este puerto se ven siempre embarcaciones de todos tamaños y de todos los países, sin que falten los faluchos, jabeques y bateos de las aguas del Mediterráneo, que alternan con los buques de guerra del Sultan, entre los cuales circulan los *caiques* y góndolas de la capital del Oriente.

Las ventajas naturales de una ciudad que tiene semejante puerto saltan á la vista: bajo un sabio gobierno y una política ilustrada, podria llegar á ser uno de los más importantes centros comerciales del mundo; y nada de extraño tiene que muchos codiciosos vecinos se ilusionen ante la perspectiva de obtener tan rica presa; pero esta se halla todavía en posesion del turco, y aún falta mucho que decir y hacer ántes de obligarle á dejar el cetro, para que otras manos administren la noble herencia de aquel soberbio monarca á quien llamaron Constantino el Grande.

---

# ATENAS



*El Partenon*

GRECIA es un país de chocantes contradicciones, de tristes y humillantes contrastes; su pasada historia fué tan grande y gloriosa como mísera y mezquina es su presente condicion.

Si algo ha progresado este país desde que llegó á ser una nacion independiente, hace más de cincuenta años, ha sido tan poco, que si Byron, Cochrane, Gordon y sus entusiastas hermanos, que lucharon por Grecia con la pluma y la espada, pudiesen verla ahora, inclinarian la cabeza avergonzados, perdiendo toda esperanza de salvar á esta desgraciada nacion.

Ningun país puede ser más interesante que Grecia para el anticuario, el artista y el poeta, para el escolar y el estudiante de humanidades, para el amante de lo pintoresco y para el viajero en general; y sin embargo, apénas habrá en Europa un país tan poco visitado por los modernos *touristes*. En cuanto á los viajeros ingleses, mayor es el número de los que escalan las estériles montañas de Azufre de la fria Islandia que el de los que visitan el clásico Olimpo, el trono del poderoso Júpiter, y Parnaso de los poetas, lo cual se debe sin duda á la falta de posadas y caminos y á la persistencia del bandolerismo. Los que viajaban por Grecia en 1843 no corrian más peligro que el necesario para que su excursion fuera excitante, pero

desde entónces cada vez ha sido peor. Cierto escritor dijo muy oportunamente que «el rey Oton, que ha gastado quince millones de duros en guerras civiles y cinco en palacios, no tiene cincuenta millas de un camino practicable ó de carretera en todos sus dominios.» Bajo el actual gobierno se podria decir poco más ó ménos lo mismo, si exceptuamos las Islas Jónicas, donde se hicieron buenos caminos durante el protectorado inglés.

El viajero que tenga la piel dura, que no haga aprecio de las moscas, que pueda alimentarse con habas caballunas y pepinos, y no tema habérselas con los asesinos y la inmundicia, podrá contemplar en Grecia los más bellos cuadros naturales de Europa. Nada debe temer el que visite la ciudad de Atenas si se abstiene de vagar por los alrededores; allí encontrará buenos hoteles, y una vía férrea de cerca de cinco millas de longitud, que pone en comunicacion la metrópoli con su puerto, el Píreo. Se puede ir á Kamalaki, que tiene la misma relacion con Corinto que el Píreo con Atenas, en uno de los botes destinados para el servicio de los pasajeros entre estos dos puertos, y la excursion es deliciosa si el barquero toma el camino más largo costeando la isla de Salamis. Los estrechos, ó bahía, ó «Sinus» de Salamis, se extienden desde el Píreo á Megara, comprendiendo un espacio de doce á quince millas; el panorama que se ofrece á los ojos del viajero es encantador, pues se ven la isla y los promontorios que cortan la bahía, formando una especie de lagos.

La Acrópolis ó ciudad alta es por todos conceptos lo más notable de Atenas; es una magnífica mole de roca, cuya cima forma una meseta, cubierta por las ruinas de templos de mármol blanco. En ningun otro punto del mundo se encuentran en tan reducido espacio tan numerosos y magníficos restos de los más puros tipos del arte clásico; y para llegar á este sitio se pasa por la magnífica entrada ó columnata del Propileo, con sus escalones de mármol, su línea de estatuas, su Pinacoteca y su templo de la Victoria.

Una de las cosas que más excitan la admiracion del observador, lo mismo aquí que en toda la Acrópolis, es la perfeccion de los detalles. Los antiguos arquitectos y escultores griegos sabian combinar la magnificencia del efecto general con la más minuciosa escrupulosidad en la ejecucion; de modo que los restos de cada columna rota, los fragmentos desprendidos de los capiteles, de los frisos, de los arquitrabes, de las cornisas ó de las estatuas, son todos objetos magníficos. Esta escrupulosidad artística es sobre todo notable en el Erecteo, no porque esté más cuidadosamente acabado que el Partenon y otros templos, sino porque su arquitectura es más rica en cuanto á la profusion de los detalles de adorno.

Dícese que este monumento se erigió por Erectes, el hijo adoptivo de la diosa Atenea, á lo cual debe su nombre el edificio. Es un templo de estilo algo heterogéneo, casi discordante, en el cual no se nota esa acostumbrada sencillez y uniformidad tan característica de los templos griegos. En vez de un pórtico en cada extremidad, oriental y occidental, y de un peristilo alrededor con columnas iguales ó semejantes, sólo tiene un pórtico, y el peristilo no existe, viéndose en lugar de un pórtico occidental proyecciones irregulares en las fachadas norte y sur de la extremidad situada al oriente. Una de estas últimas es una excrecencia, que si bien magnífica, se despega del conjunto; el techo, plano y de piedra, con elegantes cornisas, está sostenido por seis cariátides que se elevan sobre un basamento de ocho piés de altura.

Esta construccion no es en sí un templo ni el pórtico de un templo, sino probablemente un mausoleo, pues el sepulcro de Cecrops ocupa la cripta que hay debajo. En este monumento



*El Erecteo*

hallábase la estatua de Polias, modelada con el olivo sagrado, caida del cielo, segun dicen, y ante la cual manteníase encendida perpetuamente la lámpara de oro de Calímaco. Tambien se conservaba allí el olivo sagrado que volvió á crecer milagrosamente despues de haber sido quemado por los persas. Lo más glorioso del Acrópolis era, y aún sigue siéndolo, el famoso

Partenon ó templo de Ateneo Parthenos, del que Giffard ha dicho que es «el más precioso edificio, situado en la más bella posicion del mundo.» Sus restos columnares están lastimosamente destrozados por el centro por el choque de una bomba que los venecianos dispararon en 1687, sin contar los grandes destrozos causados por el bombardeo de 1827. En 1843, los rasguños de las columnas, de los frisos y de los arquitrabes, así como los fragmentos desprendidos de las columnas de mármol, parecian tan recientes como si la lucha hubiese ocurrido algunas semanas ántes. Tengo el pequeño fragmento de una bomba, recogido allí, y un pedazo del hueso parietal de un ateniense, reliquias tan numerosas en dicho año, que juntamente con los restos de mármol hubieran podido llenar un carro en muy poco tiempo. Me sorprendió mucho y no pude explicarme cómo muchas columnas comparativamente frágiles de los templos atenienses permanecian en pié, miéntras que la más sólida mampostería del cuerpo principal ó *cella* del edificio, habia quedado destrozada ó no existia ya. Sin embargo, despues de hacer algunas detenidas observaciones conseguí explicarme tal anomalía, sobre todo al examinar la fea torre Veneciana, semejante á un cañon de chimenea mal acabado, pues entónces ví que se componia de fragmentos de mármol tomados de los cuerpos de edificio de los templos; y al inspeccionar las murallas y varios edificios modernos, reconocí que la obra maestra de Ictino y Calicrates habia servido largo tiempo como una simple cantera de material de construccion, y que cualquiera se apropiaba los mármoles adornados con los relieves de Fidias.

El Partenon nos presenta el colmo de la perfeccion de la arquitectura dórica, que pasó por muchos grados ántes de llegar á este punto de sencillez y belleza, combinado con la admirable armonía de las proporciones. Del refinamiento á que habia llegado la perfeccion del dibujo arquitectónico de los griegos tenemos una admirable prueba en los recursos adoptados en la construccion de ese monumento para compensar los defectos naturales de la vision humana. La superficie de cada escalon mirada de extremo á extremo es convexa; la ciencia moderna ha demostrado que las líneas rectas de ahora parecen cónvocas, lo cual se debe probablemente á la concavidad de la retina de nuestros ojos. Los arquitectos griegos habian reconocido esto, y arquearon las largas líneas de sus edificios precisamente hasta el grado necesario para corregir la ilusion natural. Si las columnas del pórtico del Partenon se hubieran elevado por igual sobre la superficie convexa del peldaño superior, debia parecer que se inclinaban hácia fuera, sobre todo en las columnas exteriores: con la plomada se puede reconocer que ahora se inclinan hácia adentro hasta la extension de tres pulgadas sobre su altura total. Esta desviacion de las reglas masónicas es sin embargo un triunfo maravilloso del verdadero arte arquitectónico, pues corrige exactamente los efectos de la incidencia de luz y sombra debida á los diversos contrastes.

En el Partenon se concentra á la vez, no sólo la más alta perfeccion de la arquitectura, sino tambien de la escultura: allí está la colosal obra maestra de Fidias, la *Criselefantina* Minerva, de treinta y nueve piés y medio de altura, cuyo ropaje es de oro macizo, habiéndose imitado las carnes con marfil; en su mano tendida apoyábase la imágen de una Victoria de cuatro cúbitos de elevacion; pero de esta estatua sólo conservamos la tradicion, pues su material era demasiado apreciable para que se respetara mucho tiempo; y por lo mismo po-

demos dudar de la exactitud de las descripciones que se han hecho. Sólo por los restos de los inmortales relieves de Fidias y otros trabajos de menor importancia conservados en el Museo Británico, nos es dado reconocer que no hay exageracion en cuanto se ha dicho de la belleza y maestría de los mármoles del célebre escultor griego.

Al examinar los preciosos relieves, ó las ruinas del mismo Acrópolis, debemos recordar que sólo son pálidas sombras del original, y que el mármol blanco se eligió, no por su blancura, sino porque ofrece una superficie más tersa y limpia para los más brillantes y delicados colores. Seria necesario esforzar mucho nuestras imaginaciones modernas para poder pintar el esplendor de la antigua Atenas. Todos los templos del Acrópolis, y tambien los de la ciudad baja, ó del Asty, ostentaban los más preciosos tintes; y las exquisitas cinceladuras de los chapiteles y arquitrabes, de los frisos y cornisas, realzábanse por los delicadísimos colores, que ofrecian un contraste seductor. Las figuras esculpidas y las innumerables estatuas no eran esos tipos frios y sin expresion que en los monumentos sepulcrales de hoy dia representan nuestras nociones de una estatua; muy por el contrario, todas tenian el color propio para comunicarles la mayor semejanza con el sér humano, y admiraban por su incomparable belleza. Las ninfas ofrecian un conjunto maravilloso; hubierais dicho que su seno, delicadamente sonrosado, palpitaba lleno de vida; en vez de esas grandes órbitas, de esos huecos que en nuestras estatuas hacen las veces de ojos, que no representan la vida ni la muerte, ni el sueño ni el despertar, las de los griegos tenian pupila é íris, tan hábilmente pintados que parecian trasparentes, tan llenos de animacion que se hubiera creido que iban á seguir con la mirada el movimiento de los espectadores. En cuanto el ropaje, era magnífico, y todo él festoneado de oro bruñido. En los mármoles de los frisos del Partenon que se hallan ahora en el Museo Británico se pueden ver los agujeros en que se sujetaban las armas de metal y las cadenillas de oro, habiendo motivo para creer que algunas estatuas tenian collares y otros adornos de gran precio; pero como era de temer, todo cuanto valia la pena de ser robado y vendido desapareció muy pronto.

Sin detenernos á examinar otros monumentos de menor importancia del Acrópolis, bajaremos al Asty, el sitio donde se eleva la moderna capital. Los restos más notables que aquí se encuentran son los del Templo de Júpiter Olímpico, que consisten en columnas y algunos fragmentos sobrepuestos, lo cual basta para reconocer que era un ejemplo del más moderno y adornado arte corintio.

El Templo de Teseo es la muestra más perfecta que se ha conservado de un templo griego. El arco de Adriano, que divide la ciudad de este de la de Teseo, ofrece un conjunto tan feo en el original como en los grabados que le representan, y revela muy bien la influencia de Roma sobre la arquitectura griega, degradacion que puede estudiarse en toda la Italia y en el resto de Europa. Entre dicho arco y el Acrópolis, hay un pequeño templo precioso, pero lastimosamente mutilado: es el célebre monumento Corágico de Lisicrates; la inscripcion que se ve alrededor del arquitrabe nos dice que fué edificado en honor de «Lisicrates, hijo de Lisiteides, que dirigió los coros cuando los hijos de la tribu de Acamantis alcanzaron la victoria,» en el año 335 A. de J. Es un cilindro de mampostería rodeado de columnas corintias;

el diámetro que hay fuera de estas sólo es de ocho piés, y la altura total de treinta y cuatro. Es una de las más primitivas y puras muestras griegas de la arquitectura corintia, pero está bárbaramente mutilada, por haberse tomado mucho material para construir las paredes de un monasterio.

Hace poco tiempo que estaba muy en moda entre los viajeros ir desde Atenas á Maraton

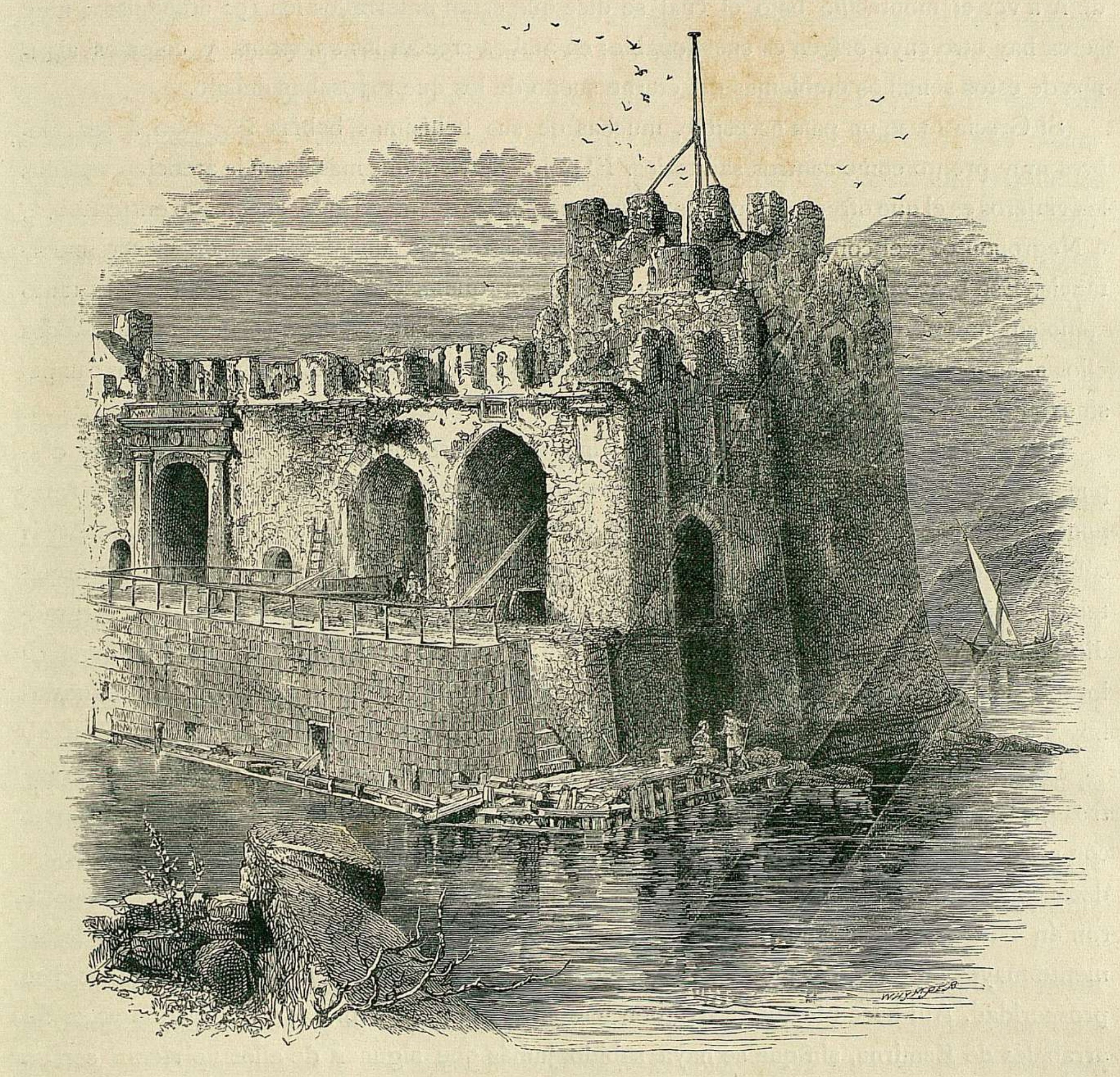


*El templo de Teseo*

breve excursion de veintidos millas que se recorren en unas siete horas, viajando como acostumbran los griegos; pero el desarrollo del bandolerismo griego, y la captura y muerte de algunos viajeros ingleses en este camino, retrajeron despues á los más de emprender esta peligrosa excursion. Cuando yo fuí nos acompañaron un guía montado y otro hombre para cuidar de nuestros cuadrúpedos. Emprendimos la marcha por un camino de herradura que cruzaba las pendientes del Monte Himeto, muy ricas en colmenas, y avanzamos luégo á través de las montañas de mármol del Pentélico, de la scuales se ha tomado la mayor parte del material para la construccion de los templos atenienses. El paisaje es verdaderamente magnífico; pero los pueblos y las viviendas, y todo cuanto tiene relacion con la humanidad moderna, es mezquino y mísero en el más alto grado.

Bajando por las pendientes del Pentélico; pronto llegamos al gran campo de batalla, llanura semicircular cubierta en otro tiempo por las aguas del mar y que ahora se eleva sobre ellas, como dijo Byron; está dominada por un semicírculo de montañas, en cuyas pendientes podria haberse situado toda la antigua poblacion de Grecia, lo mismo que en un anfiteatro, para presenciar cómodamente la tremenda batalla.

Gracias á cierto convenio entre nuestro dragoman y el dueño de la casa ó «khan» donde los viajeros suelen dormir, fuímos á la residencia de un labrador albanés, que pasa por ser una de las dos mejores moradas de Maraton. Era una especie de gran establo, ó que cuando



*Torre en Calcis*

ménos lo parecia á juzgar por su aspecto, con una sola habitacion; las paredes se componian de fragmentos de piedra colocados unos sobre otros; y en el interior no habia una sola silla, ni bancos, ni objeto alguno que se pudiese llamar mueble; el duro suelo servia á la vez de mesa y de cama. En él nos sentamos, pues, para cenar, junto á un fuego que ardia igualmente en el suelo; el dueño y su familia se sentaron en un ángulo de la habitacion y nosotros en el opuesto. En Atenas habíamos comprado las provisiones necesarias, que se despacharon con la mejor gana, miéntras que nuestros patrones comian habas asadas y pepinos. Como el humo no tenia más salida que la puerta y los espacios huecos entre las piedras de las paredes, sufrimos una gran molestia y se nos inflamaron los ojos, pues hubimos de pasar la noche al-

rededor del fuego, en familia, como vulgarmente se dice. Inútil me parece añadir que tanto mis compañeros como yo nos dimos prisa á salir á primera hora de la mañana, y que sacrificamos muchas inocentes víctimas al sumergirnos en el agua del mar para bañarnos, aún ántes de ir á ver el montecillo bajo el cual se dice que están enterrados los 192 atenienses; muy cerca hay otro cuyo orígen es cuestionable; en ambos crecian las amapolas, y cogimos algunos de estos sencillos emblemas del eterno sueño de los que reposaban debajo.

Si Grecia fuese un país accesible, muchas de sus bellísimas bahías llegarian á ser célebres muy pronto como centros sanitarios. El golpe de vista que más llama la atencion de todos los viajeros es el que ofrecen las orillas del estrecho brazo del mar Egeo, encerrado entre Eubea, ó Negroponto, y el continente; Calcis, la capital, es todavía una localidad de cierta importancia. Ese brazo de mar forma un lago encantador que, segun opinan muchos, vale tanto como cualquiera de los de Suiza ó de la Italia del Norte, y hasta seria más hermoso que todos ellos si engalanaran sus alrededores las pintorescas cabañas y tierras cultivadas de los campesinos suizos.

Los puntos de vista desde la más alta cima del Monte Citeron, por el cual se cruza despues de salir de Platea, son admirables, pues se dominan las montañas y el canal de Negroponto, el golfo de Corinto, la cordillera del Helicon y el Parnaso; y á vista de pájaro las más célebres provincias de Grecia. Acá y allá encuentranse algunos restos magníficos de la arquitectura griega: en la punta del Cabo de Sunium hay algunos pilares que atestiguan la grandiosidad del una vez famoso templo de Minerva; y otra clase de ruinas pueden estudiarse en localidades como Tebas, Megara, Eleusis y varios pueblos más de clásico nombre, reducidos hoy á cabañas sin techos ó míseros caseríos que atestiguan la decadencia moderna.

De esperar es que llegue un dia en que nuestra civilizacion penetre lo bastante en esos centros gloriosos de la antigua cultura intelectual para que al fin puedan tener continuas relaciones con el resto de Europa. Los mismos griegos parecen mirar con indiferencia su país, por no decir con desprecio. Cuando sus opresores abandonaron el país, las tierras de Grecia quedaron en manos de los albaneses; y ahora se observa que el número de griegos puros es doblemente mayor en Turquía que en su propia patria, pudiéndose decir lo mismo respecto á su prosperidad. Allí hacen fortuna; viven en magníficas quintas á orillas del Bósforo y en los arrabales de Esmirna, sin que se haya sabido jamás que algunos de ellos volvieran con su caudal al país para comprar tierras ó establecerse con las riquezas acumuladas en tierra extraña. Sin embargo, son hombres de notable inteligencia, energía y entusiasmo; y por eso podemos decir que Grecia es un país de tristes contradicciones.

## II

Una de las mayores distracciones en la vida del ateniense es el paseo á caballo, y uno de los caminos predilectos para este género de excursion es el de Tebas. Al salir de la ciudad se penetra desde luégo en un pequeño bosque, sagrado en otro tiempo, y en pocos minutos llégase á Dafne, un sitio de los más agradables durante el calor del medio dia; en la cumbre de la colina, sombreada por altos pinos, el filósofo se podrá entregar á las más profundas re-

flexiones sobre la inconstancia de las cosas humanas, pues á dos pasos de allí elévase una abadía de estilo bizantino asentada sobre una construccion latina, que reposa á su vez sobre cimientos helénicos. Mr. Buchon descubrió en el interior de esa abadía, que era el San Dionisio de la familia de la Roche, los más preciosos objetos para su historia de los duques franceses de Atenas.

A un kilómetro más léjos está la playa Scaramanga, donde se ve la bahía de Eleusis, con su forma redondeada, y que las montañas encierran como un lago. El aspecto de esta sábana líquida, cuyas aguas azuladas llaman la atencion, es casi fantástico, sobre todo cuando los últimos rayos del sol luchan contra las primeras sombras de la noche, cuando todos los colores y todas las formas toman esa apariencia dudosa que les comunica cierto carácter misterioso.

En los antiguos bosques de mirtos que se inclinan hácia el mar no resuenan ya los acordes del tímpano; pero á esta hora se cree oir siempre suspiros entre el espeso follaje. El cristianismo no ha logrado expulsar del todo de estos lugares á los huéspedes misteriosos de la mitología.

He leido en una obra sobre la metempsícosis que las almas de los filósofos iban allí con frecuencia para habitar en el cuerpo de las garzas reales: en la orilla de un lago hay allí una de estas aves, de blanco plumaje, que tal vez sea algun viejo escéptico; más de cuatro viajeros la eligieron por blanco de sus tiros, pero siempre evitó las balas remontándose por los aires. Esta garza singular es el único sér viviente en aquella melancólica llanura que llega hasta Eleusis.

Tuve la suerte de visitar este pueblo cierto dia que se celebraba una boda de albaneses; la calle estaba obstruida por la gente; en los terrados, las ventanas y las cornisas de las casas agolpábanse los curiosos, y á todo extranjero que llegaba obligábasele á beber á la salud de los recien casados.

Las jóvenes albanesas tienen la costumbre de llevar toda su fortuna en un collar, formado con las monedas de oro que poseen. De este modo los maridos no quedan nunca engañados por lo que hace al dote de sus esposas.

Si al volver de Scaramanga el viajero sigue el contorno de la bahía hasta el Píreo en vez de volver por la parte de Eleusis, podrá contemplar magníficos paisajes, pero hay muy mal camino, y si ha llegado ya la primavera el calor molesta mucho, y la ardiente luz del sol deslumbra los ojos.

Al hablar del Píreo, algunos viajeros que sólo fijan su atencion superficialmente le han considerado como un pueblo grande; mas hablando en justicia, el Píreo es una ciudad: tiene buenas calles, reverberos, hoteles, cafés, elegantes tiendas y lujosas pastelerías montadas á la italiana, viéndose caballeros y damas que visten á la última moda.

El paseo que los viajeros ingleses prefieren es el del Pentélico; para emprender esta ascension alquilan caballos, mandan comprar los víveres que se puedan necesitar, buscan un guía, y sin temer los abrasadores rayos del sol pónense en camino precedidos de su cicerone. Llegados al pié de las célebres canteras, desde donde se divisa el horizonte de Maraton en Salamina, hacen alto para descansar y tomar un refrigerio, continuando despues su marcha.

La ascension del Himetes es más fácil y agradable; la miel que se encuentra en sus pendientes conserva siempre la misma celebridad; las flores del rododendron y el zumo del paika le comunican un perfume y un sabor exquisitos, por lo que es preferible á la de Citeron. Se recolecta en Kaissariani, en un antiguo convento.

De la angosta meseta del Himetes he conservado un recuerdo particularmente íntimo. En una fria mañana del mes de enero encontré allí, sepultada en la nieve, una tortuga de regular tamaño, la cual llevé á mi alojamiento, dejándola en mi cuarto con un carnero. Este último parecia muy satisfecho de su suerte, pero el quelonio rehusaba todo alimento, sin duda porque á estos animales les disgusta la esclavitud, y por lo tanto le devolví su libertad en el sitio mismo donde le cogí.

Los viajeros que van á visitar las alturas del Parnaso, el Himetes y el Pentélico suelen pasar á la vuelta por Keratia, un gran burgo que sólo tiene de notable su pintoresca posicion debajo del doble cuerno de una montaña; y desde aquí, siguiendo una suave pendiente, se llega muy pronto á una meseta sombreada por una espesura de pinos y tamarindos. Del mar, que llena el horizonte, surgen las islas de Elena, de Ceos, de Cithnos y de Serifos; en la primera es donde crece el *helianthemum*, formado por las lágrimas de Elena, pero la flor es tan hermosa, que todo induce á creer que las lágrimas de la princesa fugitiva eran de alegría. Ceos es la moderna Zea, rica en vinos; Cithnos tiene aguas termales; y Serifos goza de gran fama por el cultivo de las cebollas.

Desde este punto, siempre bajando, se puede ir á la playa de Porto-Mandri, donde algunos cimientos de forma pentagonal y varios troncos de columnas indican que aquí hubo un templo: es el último vestigio de Thoricos, una de las doce ciudades jónicas.

A partir de este sitio hasta llegar al Laurium se costea el mar á través de un terreno pantanoso, cortado acá y allá por bosquecillos de laurel rosa, que exhalan un olor muy penetrante, y hé aquí porqué cuando se llega á la cima desde donde se ve el templo de Sunium experiméntase como una especie de vértigo.

El guía que nos acompañaba, sirviéndonos de cicerone, no sabia positivamente si en Sunium se adoraba á Neptuno ó á Minerva; yo lo ignoro tambien, y los arqueólogos se hallan en el mismo caso. Lo cierto es que un pastor sentado en medio de las ruinas entonaba una lenta y grave melopea, y que si su palabra era falsa, el sentimiento era verdadero.

## III

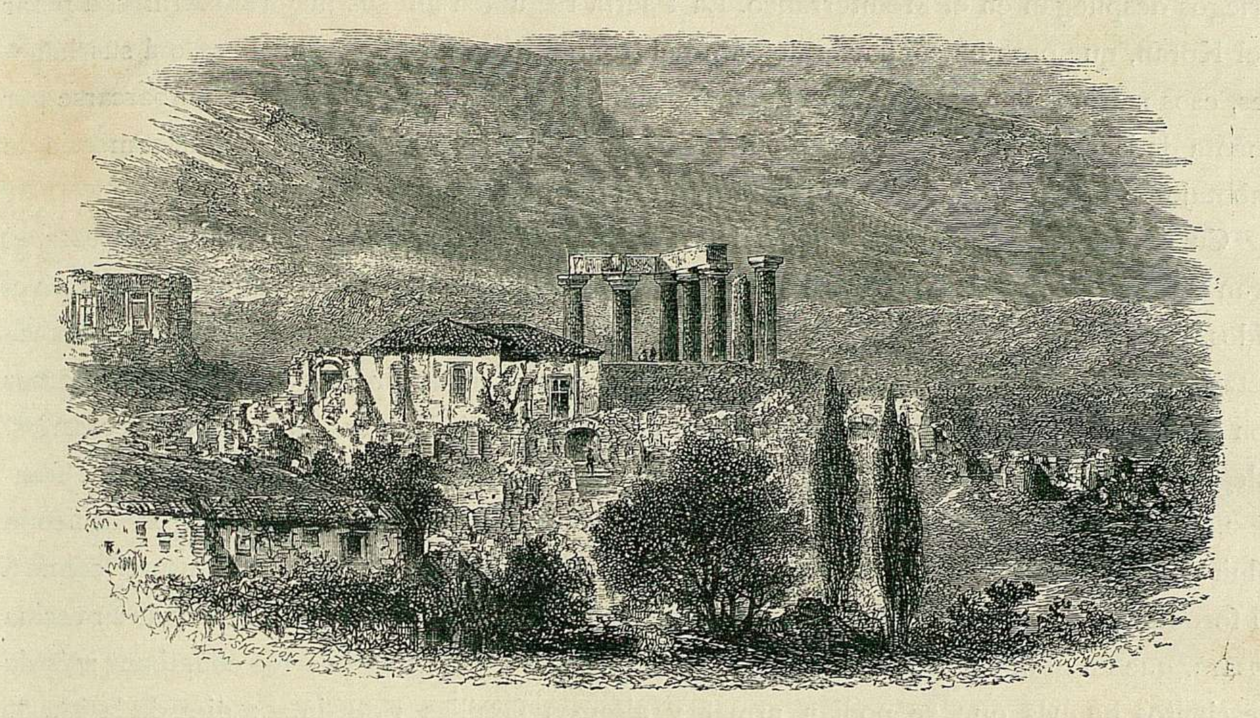
Ya hemos dicho en otro lugar que Grecia no tiene caminos; y ahora añadiremos que por esta razon carece de industria, de agricultura y de comercio interior. A principios de 1858 el gobierno envió á buscar un ingeniero de caminos y canales francés, que llegó muy pronto con un auxiliar y varios trabajadores; se le habia señalado un sueldo de veinte mil dracmas (un ministro no recibe más que diez mil), pero sólo se le ocupó en alinear las calles de Atenas y reparar los caminos en un reducido radio al rededor de la ciudad.

Por lo que hace á la industria, atendido el estado actual del país, seria tan insensato establecer una fábrica cualquiera en el centro del Atica como en Tombuctu; las de Sira, Andros,

el Pireo y Kalamatta prosperan á causa del poco coste de las materias primeras y de la fácil salida de los géneros.

Las causas que entorpecen los progresos agrícolas son fáciles de comprender. De los quinientos noventa y cinco miriámetros cuadrados de superficie que tiene el reino, doscientos son susceptibles de cultivo, ciento veinte están cubiertos de bosque; el resto son tierras estériles; y de los doscientos primeros, la mitad, con corta diferencia, están en cultivo. Por falta de catastro no es posible determinar las tierras arables.

La condicion de los cultivadores de segundo órden, que constituyen la mayoría, es tan mísera como se pueda imaginar; cada labrador entrega al Estado una décima parte de los productos



*Ruinas en Corinto*

obtenidos y debe llevar su cosecha á la cabeza del distrito cargada en machos, á través de senderos espantosos; una vez allí, debe batir el grano en dias fijos y en virtud de órden superior; despues no tiene más remedio que gratificar á los dependientes del gobierno encargados de recibir y almacenar el grano, si quiere evitar vejaciones; y hecho todo esto, vuelve á su casa, despues de sufrir una considerable pérdida de tiempo, cuando no de todos los beneficios. En este último caso negocia un préstamo á un interés exorbitante (quince, veinte, y hasta treinta por ciento), y no pocas veces se ve al fin encerrado en la cárcel por deudas.

Fácil es formar idea de la fertilidad del país por el rendimiento del trigo, que da cuarenta por uno, así como tambien se comprenderá hasta qué punto llega la incuria del gobierno al ver cuánto espacio ocupan aún los pantanos insalubres. Sin embargo, seria fácil sanear los parajes húmedos, y al propio tiempo fertilizar las llanuras resecadas.

Por falta de industria los objetos fabricados vienen del exterior, á pesar de los derechos de aduana: la cifra de las importaciones, que hace pocos años era de *cuarenta y nueve millones novecientos sesenta y dos mil trescientas diez y siete dracmas*, no está de

ningun modo en relacion con la de las exportaciones, que es de *veinticinco millones, ochocientos ochenta y ocho mil doscientas cuarenta y siete dracmas;* en la exportacion figuran por la mayor parte materias primeras (pasas, miel, vinos, tabaco, aceite de oliva y sedas en rama).

En medio de estas deplorables circunstancias todas las fuerzas de la nacion se concentran en el comercio marítimo: el reino cuenta dos mil setecientos marinos y cuatro mil buques, que tienen de cabida doscientas setenta y siete mil ciento veintidos toneladas.

El renacimiento de la marina griega data de fines del siglo último. Las pequeñas islas de Hidra y Spetzia fueron las primeras en dar el ejemplo de la sorprendente actividad que los griegos despliegan en el Mediterráneo. La Puerta reclutaba allí sus mejores marinos, á pesar del Koran, que prohibe confiar la defensa del trono á los renegados. De regreso á sus hogares, esos marinos, lanzados en una tierra ingrata, no tenian más remedio que embarcarse por cuenta de la República de Venecia, ó dedicarse con frágiles embarcaciones á un comercio de cabotaje poco lucrativo, coartado por la piratería berberisca.

Cuando el monopolio del comercio de Levante pasó de los venecianos á los franceses, el gran maestre de Malta vió en los marinos griegos temibles competidores para los recien venidos, y ofreció protegerlos, por mediacion del delegado de Micona. Los hidriotas y los espetziotas, habiendo aceptado desde luégo, comenzaron á construir un gran número de barcos con escotillas, de poco tonelaje, pero de marcha bastante rápida para no temer á los corsarios, Llegaron luégo los períodos de escasez en España y Portugal, y despues la Revolucion francesa, que paralizando el comercio de Marsella dejó el campo libre á los griegos, haciendo afluir á sus manos los capitales muertos del Levante. El bloqueo continental puso el colmo á su fortuna, y tal llegó á ser la prosperidad de las dos islas de Hidra y Spetzia, y de su vecina Ipsara, que en el momento de estallar la guerra de 1821, esos tres puertos contaban más de trescientos buques que se podian armar y algunas familias riquísimas; diez de la isla de Hidra pudieron suscribirse por una suma de cinco millones de pesetas, y sólo la de Conduriotis por un millon quinientas mil. El armamento se hacia, y se hace aún, lo mismo en esas islas que en toda la Grecia, por un sistema de asociacion en que capital y trabajo tienen la misma opcion á los beneficios: se le da el nombre de *armamento á la parte.*

En 1850, Inglaterra, atemorizada por la peligrosa competencia que le hacia la marina griega en las aguas de Levante, envió al admirante Parker al Píreo bajo un pretexto cualquiera, pidiendo por los daños y perjuicios que habian sufrido los súbditos ingleses una indemnizacion de ochenta mil dracmas, y además la cesion de las islas Sapienza. Como el gobierno griego rehusara, establecióse el bloqueo, pero Francia consiguió que se levantase mediante una compensacion de treinta y tres mil dracmas. Inglaterra habia conseguido en parte su objeto, pues se apoderó de doscientos buques, descargando así contra el comercio griego un golpe de que aún no se ha repuesto.

El genio comercial de los griegos no se ha reducido al litoral del Mediterráneo, sino que ha invadido el mundo entero; en todas partes se encuentran marinos griegos, en Lóndres, en Manchester, en Liverpool y hasta en la India; pero donde quiera que estén, jamás olvidan la

madre patria, y hé aquí porqué Atenas se ve dotada todos los años de algun nuevo monumento, procedente de Viena, de San Petersburgo, de Lóndres ó de Calcuta.

El ministro de Instruccion pública prestaba ántes grandes servicios por el impulso comunicado á la Universidad de Atenas, y tambien hizo mucho para proteger las bellas artes, mas por desgracia los recursos son insuficientes. La escuela de Bellas Artes, debida á la generosidad de un particular, no puede enviar sus laureados á Paris por falta de fondos.

No deja de ser muy conveniente, sin embargo, que se contribuya en lo posible al desarrollo de esas facultades artísticas que los griegos poseen instintivamente en el más alto grado. Los pastores adornan con graciosas esculturas sus cayados, y las campesinas bordan telas que denotan el sentimiento de lo bello. Un regimiento de caballería de ménos y uno de escultores de más, seria una conquista fácil, de la cual podria enorgullecerse la Grecia regenerada.

Una de las cuestiones que más preocupan á los modernos atenienses es la cuestion filológica. ¿Es el griego moderno un nuevo idioma? ¿Es la antigua lengua popular modificada? Así como todas las demás, ha sufrido frecuentes alteraciones en las palabras, en la pronunciacion, en la sintáxis, y principalmente en la escritura; se han suprimido las formas antiguas de la conjugacion y de la declinacion, añadiéndose palabras extranjeras; el griego, como todos los idiomas, es el producto del genio popular, la palabra nacida de las costumbres diarias; pero se puede asegurar que, salvo algunas alteraciones, el griego es siempre la antigua lengua popular.

Cuando los Fanariotas fundaron en Valaquia las primeras escuelas, enseñaron lo que se llamó el *mixobarbaron*, mezcla bárbara del griego moderno y antiguo. Algunos escritores protestaron, y Corais propuso entónces como término medio sustituir solamente con palabras antiguas lo que hacia falta en el lenguaje moderno. No se quiso escucharle, y despues se crearon en Atenas numerosos partidos de puristas, entre los cuales, los más susceptibles propusieron reemplazar la lengua moderna por la antigua, y desde entónces se trabó una verdadera batalla. Todos gritaban: «¡Tomad mi griego; desconfiad del otro!» Y cada escritor, cada diario habla su lengua, más ó ménos castiza y mezclada con griego antiguo. Un francés ha dicho con noble entusiasmo: «El griego moderno tiende cada dia más á la semejanza con el antiguo, y dentro de algunos años el viajero disfrutará casi completamente del placer de oir el lenguaje que se hablaba en Atenas hace dos mil años. Hasta hoy dia, jamás pueblo alguno trató de rehacer su lengua, de remontar al idioma antiguo de sus padres: es un espectáculo que estaba reservado para la Grecia contemporánea.»

De temer es que esta tentativa no dé más resultado que producir la confusion. ¿Se cree, por ventura, que un complot de sabios baste para cambiar el idioma de millones de hombres? ¿Cómo lo harian? ¿Se conseguiria esto escribiendo tratados que sólo pueden ser leidos por algunas personas? ¿Se alcanzaria el objeto en el silencio del gabinete entreteniéndose en el detenido trabajo que consiste en reemplazar por *idor*, agua, la palabra más usada *nero*, que dicho sea de paso es más antigua; y proceder así sucesivamente con las demás? No, la lengua verdadera es la del campesino, la del pastor y del marinero; esta es la que se debe tomar, clasificar y enseñar. Moliere se hubiera reido si hubiese podido presenciar estas cuestiones;

los hombres sensatos de Grecia se conduelen, porque entretanto se descuida la instruccion del pueblo.

Por lo demás, es curioso ver qué odas sáficas, qué ampulosos poemas, faltos de sentido é inspiracion, componen esos sabios que tanto se preocupan de la forma; y entretiene mucho comparar sus obras con esa maravillosa poesía popular que nos han dado á conocer Fauriel y Marcelo. «No escribimos para las tabernas,» decia Mr. Soutzos. Este es un error: precisamente en esas tabernas es muy agradable estar cuando, miéntras humea el café y se apura una pipa, se oye cantar alguno de esos himnos de vivo colorido que tanto agradan á los griegos. En esas tabernas está el verdadero sentido poético, el que se toma del íntimo amor de la naturaleza; y no es preciso buscar en sus recuerdos ni hojear el diccionario para saber lo que han querido imitar y lo que quieren decir. Su más pequeña cancion vale más que toda la ampulosidad de una erudicion mutilada en las disertaciones filológicas, y en la cual se olvidan las formas más puras del lenguaje.

En todos los cantares de los griegos, cantos de amor ó de guerra, en las leyendas, y hasta en las coplas del labrador, se sienten los latidos del corazon del pueblo, su melancólica serenidad durante la esclavitud, su ardimiento en el combate, y su alegría despues de la victoria.

Entre los poetas más célebres en el lenguaje popular se cuentan Rhigas, Cristopulos, el conde Salomos de Zante y Valaoritis; los puristas más notables han sido Panaios, Soutzos, Rangavi, Orphanidis, Zalacostas y Rizos Neroulos.

Desde los tiempos del célebre arzobispo de Querson, Eugenio Bulgaris, que vivió en el siglo XVIII, de cuya época data el renacimiento de la literatura griega, no han faltado hombres superiores; en teología descollaron Parmakidis y Œconomos; en los estudios históricos, Perrebos, Filimon, Neroulos, Soutzos y Papparigopoulos; en las ciencias Filipidis, Dukas y Constantas; y en filología, Corais, Asopios, Yauvas y Uretos.

Atenas contaba hace pocos años cuatro sociedades sábias, veinticuatro imprentas, cincuenta prensas y más de treinta diarios y revistas, entre los que figuraban principalmente: el *Siglo*, la *Minerva*, el *Griego*, la *Pandora*, la *Esperanza* y la *Aurora*. La biblioteca de la Universidad, debida á la solicitud de Mr. Typaldos, es muy completa, y la de la Cámara de diputados se enriquece diariamente. A pesar de todo, se dan á luz muy pocas obras.

El periodismo griego tiene semejanza con el francés, es decir, que el diario representa un partido é interpreta los hechos segun le conviene. No hay, como en Inglaterra, una Gaceta que sea el diario de todo el mundo, en el que cada cual pueda escribir libremente sin cuidarse de las opiniones del redactor. El gobierno griego ha tratado de crear una especie de órgano infalible, llamado *Monitor griego*, pero esta importacion no ha tenido buen éxito.

## IV

En todos los puntos de Grecia hállanse reminiscencias paganas, así en las ceremonias nupciales ó fúnebres como en los usos más modestos de la familia. Caronte interviene á cada momento en los cantos populares, y el dios de los jardines preside siempre los plantíos, pero

ya no puede hallarse en los regocijos del carnaval nada de la antigua alegría. El carnaval de Atenas no es ni más ni ménos que el de los bulevares de Paris, con la diferencia de que estas tranquilas saturnales se efectúan bajo la vigilancia de la policía. En cuanto á los bailes públicos con que se acompañan esas fiestas, no llegan, ni con mucho, á ser tan lucidos como los de París. El baile de máscaras del Teatro real tiene algo de lúgubre, y hasta de automático; allí no hay esa alegría, ese ruido, esa loca expansion que reina siempre en semejantes diversiones en otros países, como en España, Francia é Italia. Los bailes que se dan en Grecia entristecen más bien que alegran, y en cuanto á las máscaras, no se distinguen por su buen gusto en el vestir, ni se ven esos caprichosos y lujosos disfraces que tanto recrean la vista en otros países.

El carnaval de Atenas no comienza á tener alguna animacion hasta el momento de su muerte, el primer dia de cuaresma. El clero condena todos los años semejante fiesta, pero siempre se celebra á pesar de las censuras. El lugar elegido al efecto, el más hermoso del mundo, se halla situado entre el Estadio y el Arco de Adriano, al pié del templo de Júpiter Olímpico, frente al Acrópolis. Los largos repliegues de la cadena de bailarines se desarrollan al compás de la lira y del tamboril, y despues de la danza se inaugura la cuaresma con un refrigerio compuesto de aceitunas, pescado y granos de maíz. Este ayuno, que los griegos observan con religiosa escrupulosidad, indica la firmeza de sus creencias, y por tal concepto les honra mucho.

Y por poco ilustradas que estas creencias sean, tienen un carácter imponente en sus manifestaciones: nada más solemne que la resurreccion de Cristo, el último acto del gran drama cristiano, representado al aire libre á la luz de las antorchas. Muy léjos de imponer por el aparato suntuoso que el catolicismo emplea, este espectáculo no es bello y conmovedor sino por la actitud del pueblo, atraido allí, no por una frívola curiosidad, sino por el fervor de la fe.

No debe olvidarse que en Grecia la idea religiosa está enlazada con la política, que detrás de la cruz se ha levantado la insurreccion, y que ella ha vencido. Por desgracia, esta religion es ignorante en grado superlativo.

«Miéntras que los turcos tengan un pié en Europa, decia un archimandrita, no combatiremos la ignorancia del clero ni la supersticion del pueblo. Temeríamos debilitar la religion purgándola.»

Si el clero de la Grecia libre quisiera tomar un partido sabio, borraria de la Constitucion el artículo que dice: *La religion ortodoxa es la dominante; todas las demás se toleran, pero se prohibe el proselitismo y toda oposicion á la religion dominante.*

Mas el clero no quiere entender nada sobre reforma de este artículo, así como tampoco quiere modificar el siguiente: *Es preciso que los sucesores al trono profesen la religion ortodoxa.* Si Grecia quiere un rey ortodoxo, sus motivos tendrá para ello, y no debemos prejuzgarlos aquí; pero es sensible que despues de haberse empleado cuatro años en las negociaciones para garantizar la independencia del nuevo reino, durante cuyo tiempo tanto se ha discutido, se descuidara tan importante cuestion. Por falta de un protocolo, todas las combinaciones tan

detenidamente meditadas pueden anularse completamente en virtud del artículo 40 de la Constitucion, que deja á la nacion libre de rechazar un soberano si no suscribe á las condiciones impuestas por el artículo 37. El hijo del rey de Baviera no se bautizó segun el rito ortodoxo al efectuarse su advenimiento, segun se habia prometido; de modo que Grecia tuvo un rey católico hasta 1843, pero en este año se volvió á promulgar dicho artículo y fué preciso someterse á él.

En resúmen diremos, haciéndonos eco de las opiniones de algunos hombres prácticos, que en medio de su entorpecimiento oriental los griegos constituyen el único pueblo que piensa, habla, vive y marcha; y en cuanto á los atenienses, en particular, forman una sociedad que no está en plena posesion de sí misma, pues no es europea ni oriental. Si el primer elemento domina, Grecia será unitaria, teniendo á Constantinopla por capital; y si el segundo vence, será federativa como el espíritu democrático del pueblo lo desea y como su configuracion geográfica lo indica. En la sociedad ateniense predominan las costumbres europeas, pues en ella se ha establecido de hecho la civilizacion; y aunque en los usos de los griegos falte ese refinamiento que distingue á las sociedades de otros países, podria decirse que el porvenir es suyo en todo el Oriente.

---

# DRESDE Y LA SUIZA SAJONA



*Puerta de Brandeburgo en Berlin*

Si se visita Dresde inmediatamente despues de haber estado en Berlin, obsérvase un contraste nada favorable para los monarcas sajones y su pueblo. Desde que la dinastía perdió el poder imperial, todos los gobernantes, salvo algunas excepciones, se han distinguido, no sólo por su falta de lealtad, sino tambien por su depravado gusto para las artes y la arquitectura, á lo cual se debe que su capital no ofrezca ningun atractivo para los que buscan la Europa pintoresca. Berlin ha tenido la ventaja de que sus señores se conserváran independientes, áun en la época en que más dominaba la aficion á las cosas francesas; y su invariable amor á todo cuanto era producto de la unidad alemana encuentra hoy su recompensa en el gran número de trofeos y monumentos que

adornan sus calles y plazas, aunque su posicion en la madre patria ha sido tan desfavorable como la de Dresde bajo el punto de vista comercial. Era mucho más difícil crear una capital en una llanura arenosa, sobre una corriente dividida en varios brazos, que hermosear y adornar otra en la magnífica cuenca situada á orillas del Elba, donde Alemania comienza ya á ostentar sus colinas.

Prescindiendo de sus edificios públicos, la superioridad de la capital de Prusia es muy evidente. «En ninguna ciudad de Europa, escribió Fergusson en 1862, se ha sabido aplicar con tanta elegancia y buen éxito el arte clásico en los edificios domésticos.» Desde aquella época, no obstante, la ciudad se ha duplicado casi; tres guerras han bastado para llenarla de trofeos nacionales; desde la fundacion del imperio apénas ha quedado una de las principales calles sin una magnífica línea de edificios públicos, y se han formado, en fin, arrabales que suplen los defectos de los antiguos barrios.

Desde Joaquin II y el Renacimiento hasta los monarcas prusianos de los períodos nacionales se ha seguido una línea de príncipes que, fueran cuales fuesen sus aberraciones, comprendieron el arte y los artistas. De estos últimos, sobre todo escultores y arquitectos, reunieron á su alrededor muchos de gran fama, cuyos nombres son ahora el orgullo de Prusia. Sin embargo, no dejó de haber sus inconvenientes, pues cada nuevo elector ó rey, si tenia un gusto distinto del de sus predecesores, no vacilaba en modificar las construcciones segun su estilo favorito; y por otra parte, como los monarcas prusianos eran siempre pobres, no podian remunerar debidamente á sus artistas ni proporcionarles los medios para inspirarse en buenas fuentes.

Los de Brandeburgo no fueron nunca entusiastas por las cosas eclesiásticas, y por eso no han tenido nunca buenas iglesias: en Berlin se halla el más mezquino edificio que haya tenido nunca el nombre de catedral; y la Prusia protestante sólo posee en su dependencia romana, en el Rhin, un templo digno de su genio nacional. El engrandecimiento y la prosperidad de la nacion se efectuaron, por otra parte, insensiblemente durante largo tiempo, y cuando más prometia, más coartados estuvieron su espíritu y su inspiracion por el gusto de un solo individuo. A Postdam, que podria ser un gran monumento nacional, sólo vamos hoy para ver una habitacion donde vivió Voltaire, algunas pinturas que deberian estar en Berlin, unas cuantas piezas de música escritas por la régia mano de Fritz, varias sillas mordidas por sus perros y un busto de Tomás Carlyle. Solamente los edificios se libran de la burla de que son objeto los palacios de Dresde, las cuales recuerdan dos hombres que se distinguieron por su gusto depravado.

Cuando llegó el reinado de Federico el Grande, este monarca fué el Estado; y el arte nacional, así como todo lo demás, debió someterse á su gusto; de modo que á no haber sido por su arquitecto Knobelsdorff, este rey no habria tenido ni una sola muestra de arquitectura clásica. Por glorioso que fuese para Prusia el reinado de Federico, no se cuenta de su época ningun monumento público digno de atencion, y es preciso pasar á los tiempos de su sucesor para encontrar el primero.

Este monumento es el Thor de Brandeburgo, gran puerta monumental en la que el suce-

sor de Knobelsdorff quiso imitar el Propileo de Atenas: se compone de una doble serie de pilares dóricos enlazados por paredes con puertas de hierro, y que forman cinco pasajes; el conjunto está sobrepuesto de una cuadriga con una figura de la Victoria vaciada en cobre por Schadow, contemporáneo del arquitecto. Los franceses derribaron la cuadriga en 1807, despues de la batalla de Jena, pero fué restaurada en 1814, cuando la plaza contigua recibió el nombre de Pariser Platz, en memoria de las victorias y los triunfos de aquel año. Esta puerta monumental se halla situada á través de la extremidad inferior del famoso Unter del Linden, y en uno de sus lados apóyase la casilla de un guarda, que se corresponde con una

*El Windmill, en Postdam*

estacion telegráfica en el opuesto. Por los pasajes circula á la caida de la tarde la sociedad elegante de Berlin, atravesándolos tambien con frecuencia algun coche de la familia real.

Desde los pilares de dicha puerta se ve perfectamente la estatua de Federico el Grande; los limoneros ocultan en parte las inmediaciones, que no ofrecen ningun interés, y entre ellos elévase la Victoria en su carro sostenido por las columnas dóricas. Fuera de la puerta está el Thiergarten, el sitio más á la moda de la capital; una espaciosa avenida oblicua conduce al vasto Konig's Platz, donde se halla el monumento de la Victoria, con varios bronces que ilustran las glorias de las últimas guerras. Los franceses cruzaron por el Brandenburger Thor en 1807, como los alemanes lo hicieron tambien por el Arco de Triunfo en 1871: en la plaza que se halla fuera, el Emperador fué recibido por la poblacion al volver del sitio de Paris, y cerca de este punto puede verse el lugar donde se atentó dos veces contra la vida del soberano. La famosa puerta ha presenciado pues notables acontecimientos de la historia de Europa, mas prescindiendo de esto, es el único monumento digno de atencion en Berlin, y tambien el único en su género en toda Alemania: se construyó en una época en que tales obras eran raras, y los inteligentes han declarado que es la mejor reproduccion del arte griego que se hizo entónces.

En Dresde seria inútil buscar una construccion análoga. De los dos importantes agentes que influyeron en el arte, uno fué extraño á las tendencias nacionales, miéntras que el otro se declaró por la ficcion, y aunque en esta última se distinguió por la escuela de pintura á que dió orígen, no produjo nada notable en arquitectura. La situacion de la ciudad es notable, pues ocupa una cuenca montañosa en ambos lados del Elba, á través del cual se enlaza por tres puentes; desde el más bajo se puede juzgar mejor de la confusa y en general mezquina arquitectura de la mayor parte de las construcciones. El observador echa de ver desde luégo que en los edificios públicos se han gastado muchas cantidades sin conseguirse con ello hacer nada de buen gusto; y si exceptuamos la Liebfrauen Kirche (iglesia de Nuestra Señora), no hay ningun monumento que tenga el menor vestigio de originalidad. Esta notable iglesia, que se destaca majestuosamente sobre Neumarkt, se ve desde todos los puntos de la ciudad, pero en particular desde el puente citado; construida toda ella de piedra, es un cuadrado sobrepuesto de una gran cúpula redonda en la que cuatro torrecillas atenúan el brusco tránsito del rectángulo al círculo. A la derecha, para el que está situado en el puente, elévase la más alta torre de Dresde, la de Krenz Kirche; las mezquinas calles que hay más allá quedan en parte ocultas por la fea mole de los palacios. Más allá de la extremidad del puente antiguo, magnífica construccion del siglo XIII que fué en parte destruida por el mariscal Davoust en 1813, hállase la iglesia católica romana, que sólo se distingue por su estilo extravagante del siglo XVIII. La corte, que se hizo católica á fin de poder alegar derechos á la corona de Polonia, frecuenta siempre esta iglesia, en cuyas bóvedas está el panteon real. Las otras iglesias son protestantes.

El viajero que va á Dresde, lo primero que suele visitar generalmente es la galería de pinturas de Zwinger, edificio tan notable por su construccion como por su historia. Fué una

desgracia para Dresde que el Elector Augusto el Extraño tuviera cierta semejanza física con Luis XIV, porque esto bastó para que se introdujera en su capital el exagerado estilo patrocinado por el monarca francés; y el mal fué tanto mayor cuanto que los alemanes, segun hacen siempre con lo que toman de sus vecinos, llevaron la exageracion hasta el grado más ridículo. No contento con reproducir las peores formas de la arquitectura exterior que se imitaba, el Elector Augusto, ignorante en la materia, quiso aplicarlas tambien al interior; de modo que en el Zwinger y otros edificios de Dresde se ven decorados que sólo son propios para el techo y las paredes de un salon francés. Por fortuna, ese estilo sólo se encuentra ahora en Alemania en la porcelana conocida con el nombre de *china de Dresde*, pues ni áun en el Zwinger se completó la obra. El arquitecto Poppehnann habia proyectado un edificio que debia rivalizar con el más grandioso alcázar de aquel período en Francia; proponíase construir dos palacios y enlazarlos por galerías con un tercero, disponiendo los terrados de modo que bajaran gradualmente hácia el Elba; debia haber dos grandes patios, de los cuales sólo se concluyó el anterior, convertido en jardines. Los pabellones y galerías de comunicacion contienen varias colecciones de trabajos en bronce y de historia natural; miéntras que en el pórtico se halla el museo, con sus famosas pinturas.

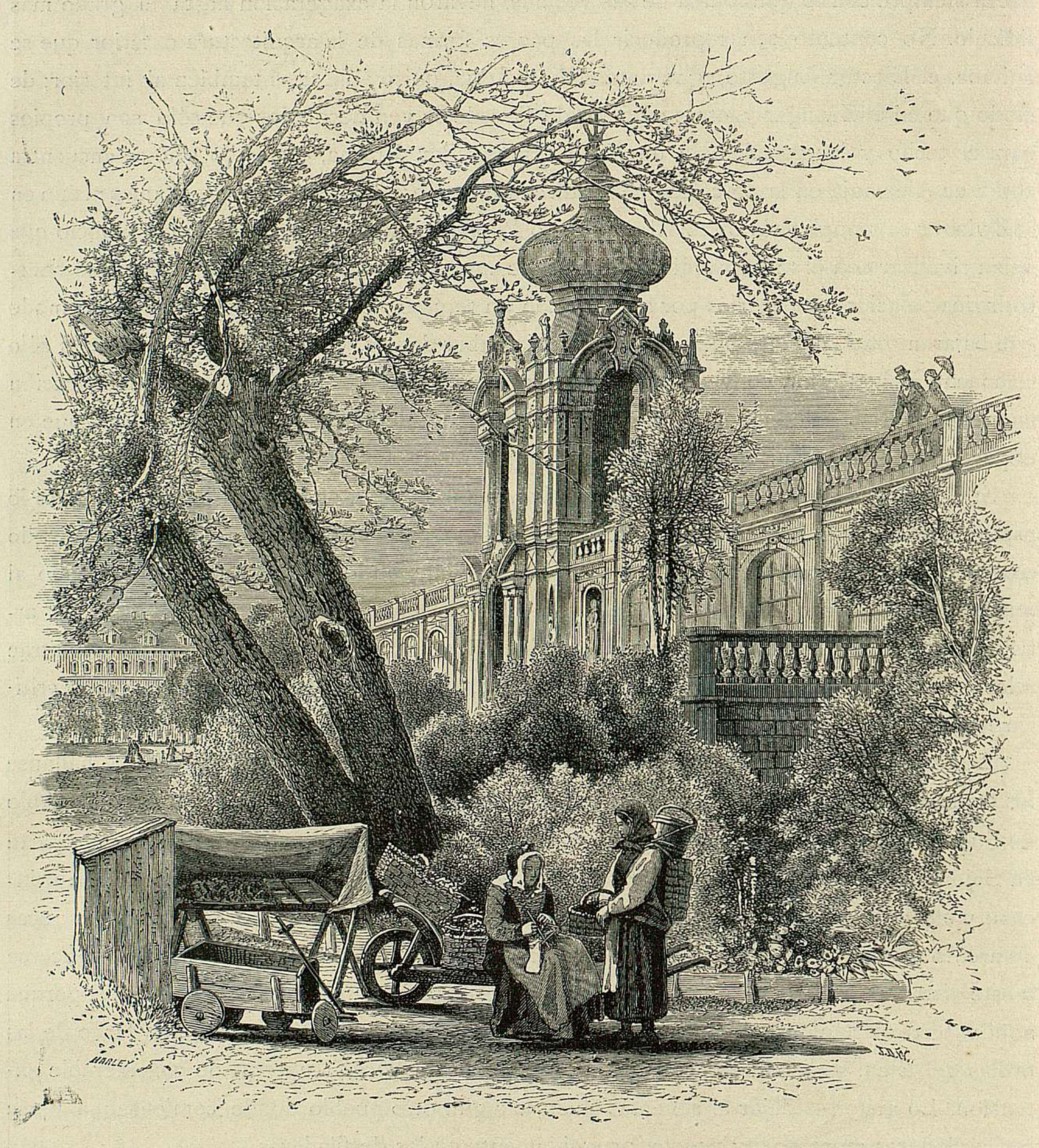
Si Dresde ha sido pobre por su arte nativo, sus monarcas, en cambio, han hecho todo lo posible por suplir la falta, sin perdonar medio alguno para conseguirlo, pero enriqueciendo sus colecciones por compras más bien que por el pillaje, en lo cual no se han asemejado al que fué durante largo tiempo su modelo y su señor, á Napoleon I. Hoy dia sus riquezas artísticas ocupan el primer rango entre las de Europa, y su magnificencia es lo único que atrae á los extranjeros á la ciudad, pues muy pocos querrán perder el tiempo inútilmente en criticar los monumentos y edificios públicos.

A dos horas de Dresde, si se va en uno de los vapores que remontan el Elba, hállanse los confines del Meissener Hochland: este distrito, al que se ha dado el incomprensible título de Suiza Sajona, es un grupo de colinas de veintitres millas en cuadro, situado en parte en Sajonia y en Bohemia, cortado por el Elba, y tan notable por la belleza de su valle principal y sus desfiladeros como por la forma particular á que han quedado reducidas sus rocas de arenisca, bien por la accion del mar ó ya por efecto de las intemperies. Si el viajero se acerca á este distrito por Dresde no queda muy satisfecho del golpe de vista que ofrece, porque aquí el terreno comienza á elevarse en forma de cordilleras, particularmente á lo largo de las orillas del Elba, siendo el carácter distintivo del paisaje varias canteras de considerable extension. Lo mejor es dejar el rio en Wehlen, ó algun otro pueblo donde comienzan á verse las verdaderas montañas, y penetrar seguidamente en los desfiladeros.

No se debe visitar el Meissener Hochland con la idea exagerada de que se verá una magnificencia: su pico más alto elévase á 1,600 piés sobre el nivel del mar, ó sea 1,200 sobre el Elba; muy pocas corrientes bañan sus desfiladeros durante el verano; y precisamente cuando el paisaje de estos comienza á ser más magnífico, llégase á una meseta apénas cultivada, la cual se abandona con gusto para penetrar en otra garganta más pintoresca. Todo se ve en miniatura, al ménos en la parte sajona; y si no hay una multitud de guías y viajeros, como

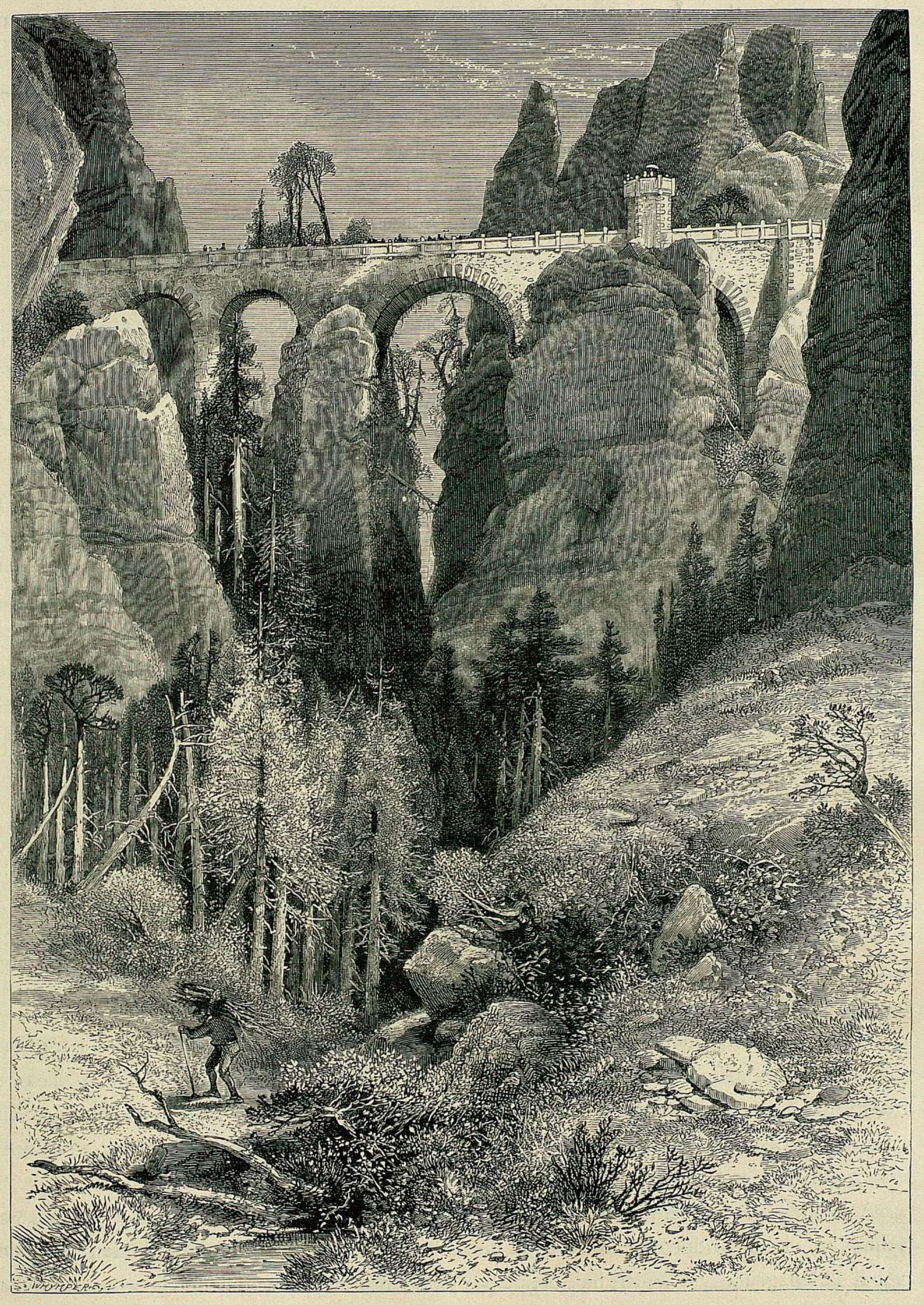
en otras partes, los puntos de vista, aunque limitados, y el valle del Elba, tienen un encanto que seduce á primera vista á cuantos visitan esta region.

Los desfiladeros ó gargantas que parten del rio, llamados en la localidad *grund*, suelen



*El Zwinger en Dresde*

presentar á la entrada fantásticas rocas, y en los sitios donde los árboles preservan la corriente del sol del estío fórmase un lecho de violetas, mirto, tomillo y otras plantas que exhalan el más delicioso perfume. Algunas gargantas, aunque de mucha altura, son tan estrechas, que los fragmentos de roca desprendidos y los árboles que se desgajan quedan con frecuencia detenidos en su carrera ántes de llegar al fondo, llegando así á formar muchas veces, como



*El puente de Bastei*

sucede en Felsenthor, en el Uttewalder Grund, una especie de puente ó arco natural, mas por lo regular suelen tener poca duracion.

Los picos de la Suiza Sajona son en su mayoría rocas peladas, y hasta grotescas, muchas de ellas inaccesibles; las que se hallan en la línea que generalmente suelen seguir los viajeros, y á las cuales se puede subir con ayuda de una escalera, están muy arañadas y presentan miles de nombres, iniciales y fechas. El Bastei, sobre el Elba, es una de las más notables moles del distrito: segun lo indica su nombre, es un bastion colosal de roca, de seiscientos á ochocientos piés de altura, que se corre hácia el rio en forma de pendiente muy escarpada; en el lado oriental hay un suave declive que, atravesando entre pinos, permite llegar sin dificultad á la cima, donde hay una especie de púlpito de roca desde el cual se puede contemplar un golpe de vista magnífico.

Por la parte del sur divísase á lo léjos el Lilienstein, inmensa roca sumamente escarpada que domina un cono truncado de pinos. En este sitio fué donde, en 1756, un ejército sajon, compuesto de catorce mil hombres, se rindió á Federico el Grande. En la opuesta orilla del Elba hay una eminencia semejante, el Konigstein, coronada por la alta fortaleza de Sajonia; más allá, en el valle, aún pueden verse los restos de los doce picos característicos de estas altas tierras, entre los cuales figura el Pabststein, en forma de cubo, el Gohrichstein, el redondeado Zirkelstein y la enorme diadema de rocas conocida con el nombre de Kaiserkrone. En opuesta direccion, ocupando parte de la orilla del rio y de las rocas, hállase el pueblecillo de Wehlen, y más allá las rocas amarillentas y pendientes purpúreas que finalmente desaparecen con más suaves contornos en direccion á Dresde. Detrás de esos declives el país tiene un recuerdo histórico, por una marcha de Napoleon, y por hallarse allí Rathewalde, el pueblo donde permaneció el famoso guerrero.

Uno de los lados de la cima del Bastei desciende bruscamente hasta los picos, sobre los cuales hay una especie de puente de siete arcos, al que no es difícil subir. En el pico más alto hubo en otro tiempo una pequeña fortaleza, desde la cual los caballeros se entretenian en arrojar piedras al Elba, por lo que se dió al pico el nombre de Schlenderstein. En este pico el golpe de vista es más pintoresco por el interior. El Amselgrund, con sus prados y pinares, se prolonga por debajo del puente á gran distancia entre enormes paredes de roca coronadas de árboles.

Nunca sopla con fuerza el viento en esta deliciosa region; los pinos, muy altos y rígidos, no producen el más leve rumor; sólo se oye el zumbido de millones de abejas, y hasta el arroyo que ántes corria en forma de ruidosa cascada deslízase aquí lánguido y silencioso. Sin embargo, al otro lado del Bastei está el Elba, con sus ruidosos vapores de recreo y su línea férrea, por donde circula un considerable número de viajeros.

A medida que se remonta el rio, la cordillera comienza á ser más sólida y majestuosa. Schandau, el centro del Hochland, es el punto de partida para los que emprenden excursiones al Polenzgrund y Kirnishthal, donde hay paredes de roca que no tienen igual por su altura y longitud sino en Suiza, aunque difieren mucho por el color, la forma y la posicion de las de Vía Mala ó Teufelsbrucke. Si exceptuamos algunas cascadas artificiales, nada hay pobre ni

mezquino en el paisaje, y hasta los puntos más salientes ofrecen un interés clásico que no se encuentra en el país inmediato. Korner eligió para teatro de las escenas que describe en su «Viaje á Schandau» la region situada entre esta ciudad y Herrenskretschen, cerca de Prebischthor, en la cima del Winterberg y sobre el Kuhstall; pero los ojos de Leichtenfel estaban tan ocupados con su Isidora que apénas describe el paisaje, y Korner, que nació en Dresde, murió demasiado jóven para ser el trovador de su madre patria.

El Kuhstall, como el nómbre lo indica, se utilizaba por los campesinos para su ganado en tiempo de guerra: es un arco natural de roca, de veinte piés de altura, que se eleva á novecientos sobre un profundo desfiladero cubierto de bosque, al que se baja por escaleras de madera dispuestas en la roca. El Prebischthor es un arco semejante, pero de un aspecto mucho más notable: hállase sobre la frontera de Bohemia, y el golpe de vista que se ofrece al espectador desde la cumbre es distinto del que se observa generalmente en la parte sajona del Hochland; los valles son más anchos, las faldas de las colinas más escarpadas, los bosques ménos cortados, y todo el paisaje recuerda mejor la majestad y el silencio de la Selva Negra. El arco, que se proyecta como una roca saliente en la última serie de colinas, se halla á mil cien piés sobre el valle, que se prolonga por debajo; tiene cien piés de anchura por cuarenta y ocho de longitud y diez de grueso. Así este arco como los altos pilares que le rodean son las más notables reliquias que el océano ha dejado tras sí; pero á decir verdad, los más de los picos y cimas de esta curiosa tierra recuerdan las rocas y columnas de las costas inglesas, y no cabe duda que su mejor asiento seria el mar. Los bosques, pobres y cortados aquí, no sustituyen bien á las aguas al rededor de las rocas del Bastei y del Amselgrund; pero en Bohemia, la extensa selva tiene suficientes condiciones para recordar el oleaje y las mareas que deben haber socavado el Prebischthor, dejando en descubierto el Prebischkegel. En algunos de los angostos desfiladeros del Meissener Hochland se creeria estar andando sobre un terreno submarino entre rocas desgastadas por las olas; el sol se refleja en ellas con la misma luz pálida que ilumina el lecho de un rio ó de una bahía muy limpia.

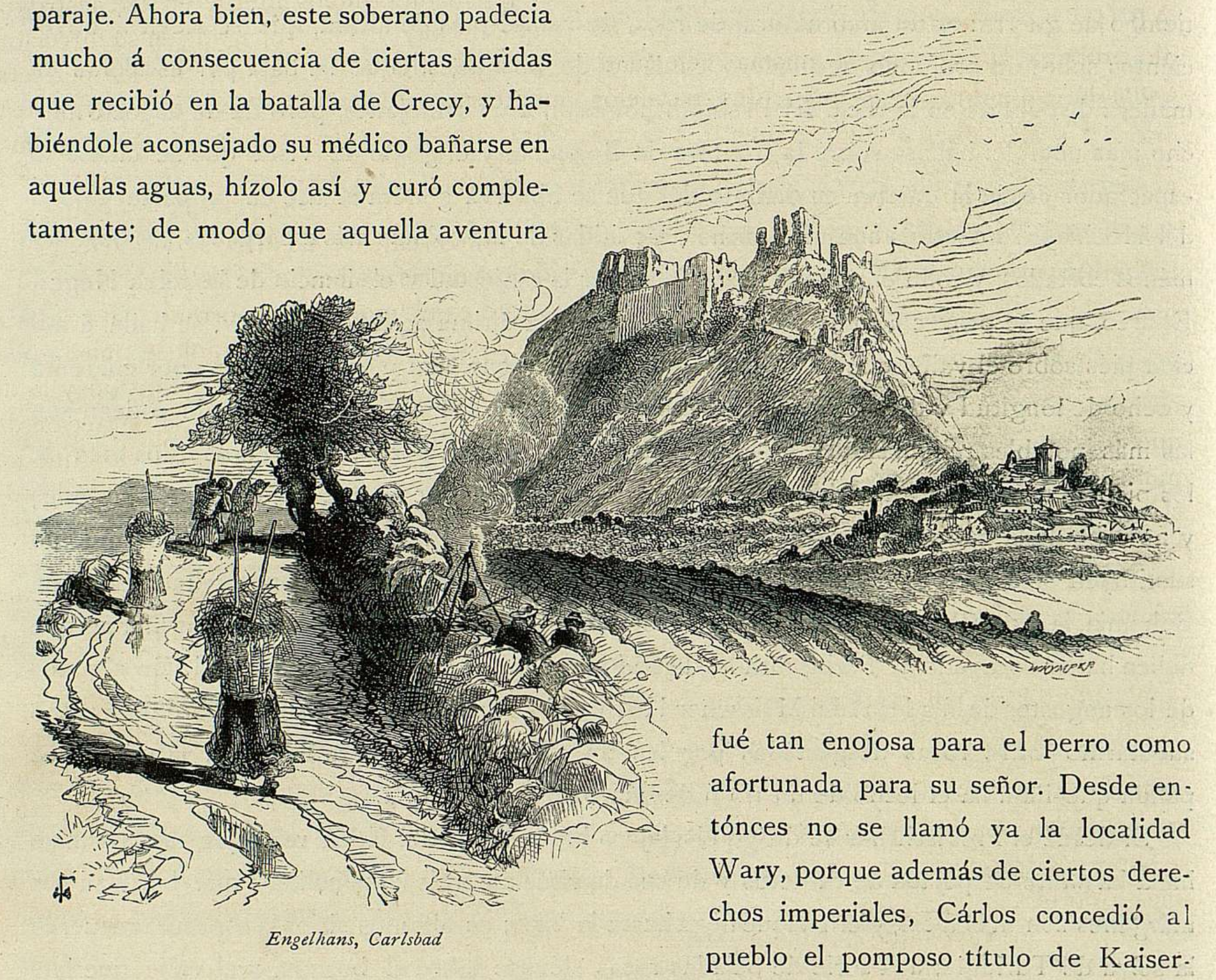
Si desde el Prebischthor se dirige el viajero hácia el sur del Elba, verá que esta parte se halla bastante despejada de canteras y de sus detritus amarillos; las colinas que bordean sus márgenes son más altas, y el bosque llega hasta la base; en algunos sitios la espesura recuerda la selva de Turingia; una serie de peladas rocas elévase sobre el bosque, y el valle que hay al lado sirve de asiento á un pueblecillo de seductora belleza.

Herrenskretschen, situado bajo el Prebischthor, es una serie de cabañas de madera asentadas sobre las rocas del Kamnitzthal; los otros pueblos que hay detrás participan de su carácter pintoresco, y el rio les comunica el aspecto más risueño. No exageraríamos si dijéramos que el Elba en esta region presenta muchos de los encantos del Danubio superior, participando de esa seduccion que apropiamos demasiado exclusivamente á las pocas partes del Rhin cubiertas de bosque.

Desde la extremidad oriental de la Suiza Sajona hasta los límites norte de la Selva Bohemia se corre la línea de los establecimientos balnearios de Teplitz, Karlsbad, Franzensbad, Marienbad, y en Baviera Alexandersbad. Prescindiendo de sus alrededores, que no pue-

den reclamar el calificativo de pintorescos, ni el privilegio de tener un clima uniforme, estos centros para la gente perezosa y enferma deben su fama á las aguas termales y á las burbujas de gas que se desprenden de las rocas de toba.

El establecimiento balneario de Karlsbad es probablemente el más aristocrático de Europa. Segun dice la leyenda, cierto dia, hallándose Cárlos IV cazando á orillas del Tepl, en la inmediacion de un pueblecillo conocido entónces con el nombre de Wary, uno de sus perros cayó en un manantial de agua hirviente y atrajo al emperador con sus aullidos hácia aquel paraje. Ahora bien, este soberano padecia mucho á consecuencia de ciertas heridas que recibió en la batalla de Crecy, y habiéndole aconsejado su médico bañarse en aquellas aguas, hízolo así y curó completamente; de modo que aquella aventura



*Engelhans, Carlsbad*

fué tan enojosa para el perro como afortunada para su señor. Desde entónces no se llamó ya la localidad Wary, porque además de ciertos derechos imperiales, Cárlos concedió al pueblo el pomposo título de Kaiserkarlsbad. Así descubiertos y patrocinados por un emperador, los baños han sido siempre los más distinguidos de Europa. Nada ménos que tres familias imperiales han estampado sus nombres en los alrededores, sin contar que varias personas reales y grandes hombres de Estado van allí anualmente, huyendo de las cortes y de la política, para descansar de sus tareas.

El pueblo se halla en los lados de uno de los valles de la Bohemia del Norte, valle por cuyo fondo se desliza el Tepl, mezquino rio durante el verano, nada caudaloso en invierno, ni tampoco limpio, y que durante su curso traza continuamente caprichosas curvas. Bajo una superficie de toba hállase la gran caldera que alimenta los manantiales más cálidos de Europa, dando al rio su nombre de Tepl ó Topel, de Teply, «caliente.» Las nubes de vapor indican los agujeros á través de los cuales el agua ha encontrado sus válvulas de seguridad; y á

fin de impedir que la roca salte, con la ciudad que sostiene, practícanse taladros cuatro ó cinco veces al año.

Sobre esta insegura base elévase la ciudad: ha sido necesario cortar los lados pedregosos del valle á fin de hacer lugar para las casas, que escalonándose ascienden hasta los bosques situados arriba. Las calles son estrechas y sucias, y salvo una ó dos, carecen de nombre; la casa de cada individuo se reconoce por la señal que tiene en su puerta. No hay edificios públicos de interés histórico ni arquitectónico; los que se comunican con los baños son los únicos que por su aspecto parecen tener alguna importancia.

Más cuidado se ha tenido con los alrededores, donde hay agradables senderos que sombreados por los árboles y provistos de numerosos asientos para los pacientes, conducen poco á poco á varios de los puntos más culminantes, á los cuales conviene muchas veces subir para alejarse del calor de los vapores del valle. En la inmediacion se percibe la esencia de la aristocracia; no hay ninguna quinta ni casa de recreo que

*Castillo de Sponkerburg*

no tenga el nombre de alguna gran señora ó personaje que la honró con su presencia, dejando al marchar algun recuerdo de su visita. Pedro el Grande, que dió á conocer sus excentricidades en tantos puntos de la Europa civilizada, franqueó el Hirschensprung, una de las más escarpadas colinas, montando en pelo la mula de un carro, y al llegar á la cima, trazó en una cruz con sus propias manos las letras M. S. P. I. (*Manu Sua Peter Imperator*). Para que otros monarcas ménos activos puedan llegar tambien á la misma altura háse abierto un buen camino que conduce á la cima; y en medio de un espacio cubierto de césped y de flores se ha colocado una lápida de mármol negro, en la cual se recuerdan siempre las visitas de los individuos de la familia imperial rusa.

En el otro lado del valle y en la orilla derecha del rio hay un punto más elevado, que es el Dreikreutzberg, así llamado por tener tres grandes cruces, de las cuales la del centro sostiene la imágen de nuestro Salvador con la cabeza inclinada y como mirando á la ciudad. Desde la cima se ven todas las montañas inferiores de Bohemia, así como la llanura que, extendiéndose más allá, llega hasta el Erzgebirge de Sajonia. Más acá hallase el Engelhaus, una de esas ruinas que abundan en toda la Alemania del Sur y que ocupa la cima de una colina, dominando el pueblo.

Por la tarde es cuando se puede disfrutar del mejor golpe de vista desde el Dreikreutzberg, porque la fealdad del valle queda oculta en la oscuridad, así como tambien el conjunto salvaje de las colinas.

No léjos de Karlsbad hallase Ems, que es á Prusia lo que Karlsbad al Austria; así como este último punto, estaba encerrado entre un rio y una pared de escarpadas rocas: pero hace algunos años que la ciudad ha franqueado sus barreras, extendiéndose á considerable distancia por ambos lados del rio. Al norte se ve el Sporkenburg, una ruina muy pintoresca, y cerca se ven los dos picos de traquita de Arzbach.

En las pendientes norte del Harz, junto al Holzemme, uno de los tributarios del Elba, hay una ciudad de treinta mil habitantes, poco más ó ménos, que en el siglo IX tuvo la suficiente importancia para dar su nombre á un episcopado. Este último fué abolido en tiempo de la Reforma, pero gracias á su posicion, Halberstadt, única ciudad importante entre las minas del Harz y el Elba, y hallándose en la línea de uno de los distritos más productores de la Alemania del Norte, siguió prosperando á pesar de la falta de la pompa episcopal, pues tambien ha tenido fábricas y comercio propio. Hoy ofrece el aspecto de una ciudad en que áun se reconocen vestigios de su riqueza y de su pasado histórico. En sus edificios públicos se pueden ver todos los estilos de arquitectura, desde el romano hasta el del más moderno Renacimiento, y los más de ellos son lo bastante antiguos para haber necesitado reparacion tres ó cuatro veces. La catedral de San Estéban, erigida cerca del otro edificio más antiguo, destruido por un incendio en 1181, es un compendio perfecto de la historia de la arquitectura de la Edad media. Así como en la catedral de Bamberg, algunas porciones del edificio, parte de las torres del frente y sus adornos son evidentemente de estilo romano, miéntras que en lo demás ha predominado el gótico.

Al otro lado del Domplatz está el Liebfrauen Kirche, edificado durante los últimos tres

siglos en que mereció favor el estilo romano. Estas iglesias, en cuya construccion se emplearon centenares de años, pasaron despues á manos de los protestantes de la Reforma, y recientemente han sido restauradas, pero la reparacion se ha reducido á consolidar la antigua mampostería, aunque la argamasa de hace siete ú ocho siglos parece más dura que nuestra piedra degenerada.

Iglesias como las que hay en Halberstadt se pueden ver, sin embargo, en otras ciudades, pero no tan magnífica arquitectura en madera como la que se admira en la plaza del Mercado y calles inmediatas, y que en pequeña escala corresponde á la arquitectura doméstica de Nuremberg. Una rica comunidad libre de burgueses se han encargado de rodear las iglesias y Casas de Ayuntamiento de una serie de edificios particulares del más agradable aspecto, haciendo desaparecer las barracas y construcciones destartaladas que en otros puntos afean la mejor parte de la ciudad.

La ligereza del material que durante los siglos XV y XVI se empleaba generalmente en Halberstadt para las construcciones permitió edificar casas de una altura á que no llegan jamás las de piedra; algunas de ellas, con sus balcones corridos y numerosas ventanas, apóyanse en parte sobre un pilar, y diríase que, cansadas de su larga vida, van á derrumbarse; otras se distinguen por su falta de estilo y forma, lo cual no impide que presenten un conjunto tan singular como agradable, y muchas tienen altísimos tejados puntiagudos que parecen desafiar al cielo; pero todas están adornadas con notables esculturas, que producen el mejor efecto en las puertas de nogal, en las escaleras y balaustradas.

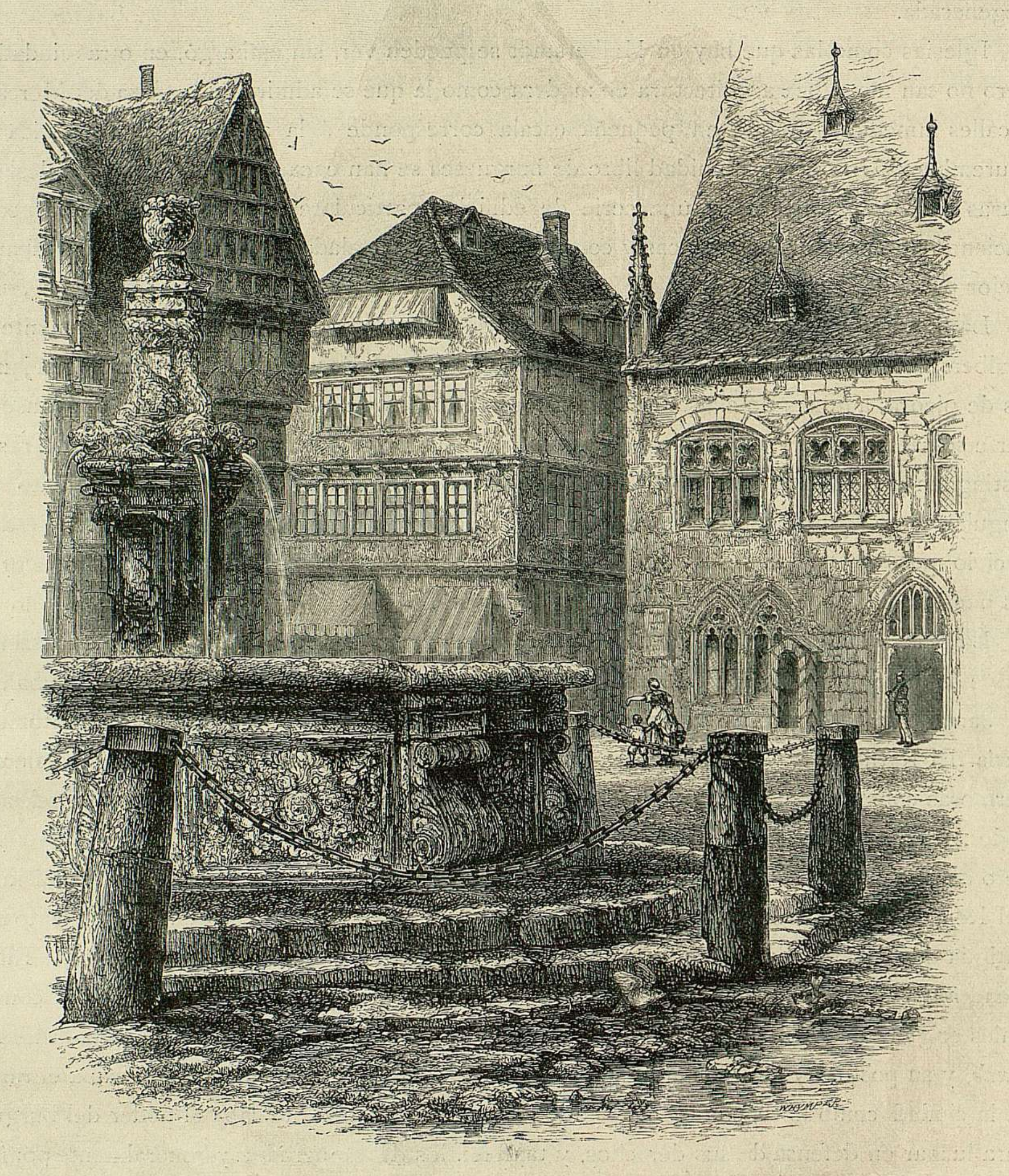
La plaza del Mercado de Halberstadt, como se observa muy á menudo en toda la Alemania, está dividida en dos partes por la Casa Ayuntamiento; en un lado de este edificio está el llamado Holzmarkt, ó mercado de la madera, y en el otro el Fischmarkt, ó pescadería. El Rathskeller, que se halla en el primero, puede considerarse como una de las más hermosas construcciones de madera de la ciudad; es de estilo gótico y data de mediados del siglo XV. El Rathhaus, edificio de piedra, tambien gótico, fué construido hácia el año 1475, pero como se restauró en el siglo último, su uniformidad se interrumpe por varias adiciones del Renacimiento moderno. Probablemente ocupa el lugar de una Casa de Ayuntamiento más antigua que tenia por principal adorno la figura gigantesca que vemos en la de hoy. En la Edad media habia una costumbre segun la cual los burgueses de las ciudades libres comerciales erigian una estatua para representar sus privilegios; la figura elegida se llamaba *un Rolando*, y su postura y adornos eran simbólicos. El águila sobre su escudo significaba el rango de la ciudad como libre, con carta imperial; la espada desnuda indicaba el poder del burgués para luchar en defensa de sus derechos, y tambien los del emperador; y generalmente poníase á los piés de la estatua la cabeza y la mano de un criminal, para prevenir á los otros.

El extranjero que llegando á una ciudad alemana veia semejante imágen podia reconocer desde luégo el carácter de la poblacion que visitaba. Este emblema se ha trasmitido á la posteridad como un monumento de la verdadera y única independencia que se disfrutaba en el continente de Europa durante las Edades medias.

Halberstadt sabe lo que es la guerra, sobre todo desde el dia en que los dragones negros

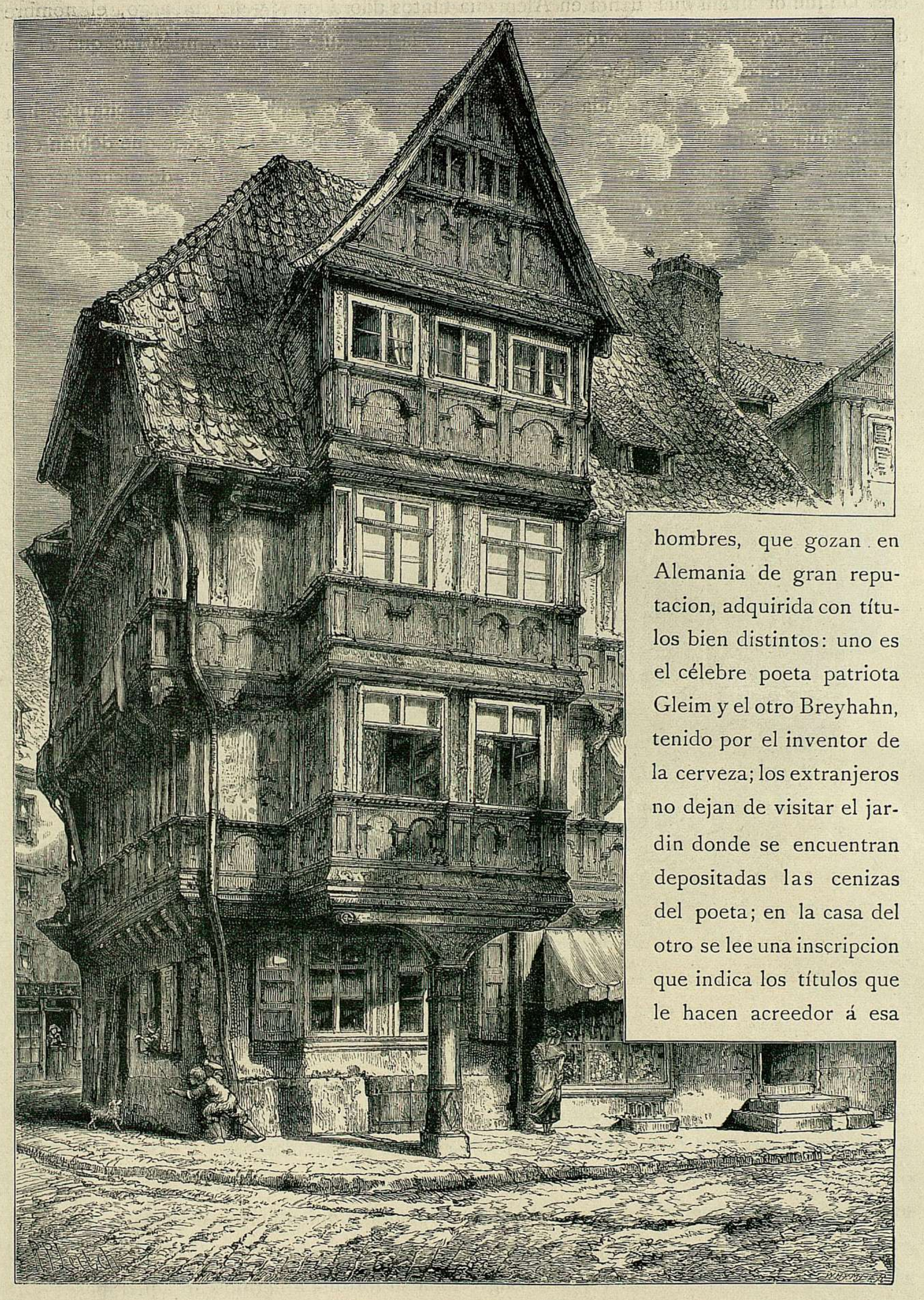
del Duque de Brunswick batieron en sus estrechas calles á un ejército de renegados de Westfalia, arrojándolos de la ciudad. En la torre que se eleva sobre la puerta principal consérvanse varias balas en recuerdo del hecho.

Los alrededores de Halberstadt ofrecen una porcion de sitios deliciosos y agradables pa-



*Fuente en Halberstadt*

seos; las Spiegelbergen, colinas que el baron de Spiegel, á quien pertenecian, hizo cubrir de plantaciones, forman un vasto jardin á la inglesa que presenta á cada paso puntos de vista magníficos; este rico propietario, que consagró toda su fortuna á hermosear aquel paseo público, tiene derecho al reconocimiento de sus conciudadanos. En esta ciudad vieron la luz dos



hombres, que gozan en Alemania de gran reputacion, adquirida con títulos bien distintos: uno es el célebre poeta patriota Gleim y el otro Breyhahn, tenido por el inventor de la cerveza; los extranjeros no dejan de visitar el jardin donde se encuentran depositadas las cenizas del poeta; en la casa del otro se lee una inscripcion que indica los títulos que le hacen acreedor á esa

*Casas antiguas en Halberstadt*

clase de inmortalidad que cuenta en Alemania tantos adoradores; y sin embargo, el nombre de Gleim se oye repetir por todos los amantes de la literatura alemana, miéntras que el de Breyhahn apénas es conocido fuera de su país.

A ocho kilómetros de la ciudad se encuentra la aldea de Strobeck cuyos habitantes han tenido fama, desde muy antiguo, de buenos jugadores de ajedrez: refiérese que debian esta habilidad á un canónigo desterrado allí que, para distraerse, daba lecciones de dicho juego, y cuando llegó á ser obispo, fundó una escuela donde se enseñaba este juego con tanto esmero como el catecismo.

# EL JURA



*Orillas del Doubs*

La prolongada série de montañas y colinas que se extiende desde Basilea y el Munster Thal hasta Nantua y Bellegarde constituye la region que mejor merece en Europa el calificativo de pintoresca. Tan notable por su exquisito verdor y hermosos bosques, como por sus redondeadas pendientes, sus imponentes precipicios, sus cristalinas corrientes, y todo cuanto la naturaleza tiene de admirable y extraño en lagos, rios y aguas subterráneas, el Jura ofrece lo más encantador que sea dado encontrar.

Siempre fué esta region interesante: en los lagos que se hallan al pié de las pendientes del sur encuéntranse los mejores restos conocidos de la tímida raza que vivia en chozas de

madera y que trasformándose al fin produjo aquellos hombres vigorosos que dieron á conocer su valor á los veteranos de César. Como parte del Franco Condado el distrito ofrece el interés que tambien inspiraron siempre los condes y fastuosos duques de Borgoña.

Vamos á comenzar nuestra excursion por las orillas del Doubs. Así como otras corrientes, tranquilas unas veces é impetuosas otras, ese rio difiere de la mayoría de los demás por las muchas interrupciones que sufre en su curso. En la descripcion que de él ha hecho César, dice que rodea á Vesontio (Besanzon) con tanta regularidad como si se hubiera marcado su marcha con un compas; y lo que es verdad para las partes lo es tambien para el todo, pues las aguas corren en el espacio de sesenta ó setenta millas por el nordeste, como si se dirigieran al Rhin, y despues franquean un trayecto casi doble por el sudoeste; lo mismo que otras muchas corrientes del Jura, su fuente es subterránea; brota en una cueva que hay al pié del Monte de Oro, y en la primera parte de su curso el rio parece tener empeño en conservar su orígen cavernoso, pues desaparece debajo de tierra tan pronto como se le ofrece una oportunidad. En el siglo XVI Gilberto Consin describió con admiracion el fenómeno de un lago subterráneo, formado por las aguas del Doubs cerca de Bannans: para explicar el hecho dijo que las plantas acuáticas habian formado tan densa capa en un pantano, que en el trascurso del tiempo convirtióse en una costra de dos ó tres piés de espesor, la cual se transformó á su vez en un prado que reposaba sobre una profundidad de dos ó tres piés de agua.

Al llegar á Arzon y Montbenoit el Doubs desaparece debajo de tierra, unas veces parcialmente y otras del todo, como el Ródano en Bellegarde, pero reaparece á tiempo para que se le vea desde el curioso pueblo de Remonot ó Remanot, donde está la *gruta de Nuestra Señora de Remonot,* elevada caverna que sirvió de iglesia al pueblo hasta épocas comparativamente recientes, pues Droz dice que en su tiempo (1840) se utilizaba para este fin. Desde este punto la corriente se estrecha mucho en el espacio de algunas millas, pero al llegar á la risueña y fértil llanura de Morteau ensánchase de nuevo, avanzando entónces con tal lentitud que se ha dado el nombre de *Morte eau* (Agua muerta) al pintoresco pueblo que hay allí, con su antigua iglesia del siglo XIII, digna del pincel de un artista.

El variable rio reune despues sus aguas en el lago de Chaillezon ó de Brenets (no debe confundirse con el lago de Brenets situado en la extremidad este del lago de Joux) para efectuar su gran caida en el famoso Salto de Doubs. El más hábil pincel no podria representar fielmente el espectáculo que ofrece el rio al verter todo su caudal de límpidas aguas desde una altura de ochenta piés; pero si decimos que detrás de la catarata hay una roca de seiscientos piés de elevacion, y que el rio que corre por debajo se precipita á través de una grieta cuya profundidad alcanza de ochocientos á mil piés, podrá formarse alguna idea de la magnificencia del cuadro.

El primer domingo de julio celebran aquí una festividad los franceses y suizos, que reuniéndose en este lugar en la mejor armonía, pues sólo están separados por el lago de Chaillezon, organizan regatas hasta el punto donde el rio comienza á ser peligroso, cantan y bailan al aire libre y entréganse á otros recreos suficientes para divertir agradablemente á una gente que vive sin preocupaciones.

El Doubs tiene otros méritos además de su carácter pintoresco: en él se pescan excelentes truchas de carne sonrosada como la del salmon, y que abundan sobre todo en la confluencia del Grageot y del Marteau; los cangrejos de rio abundan de un modo extraordinario y proporcionan á los habitantes de los alrededores una gran diversion, áun á los que estén acostumbrados á una pesca de mayor importancia. Hé aquí el procedimiento empleado para cogerlos: se coloca una pequeña red plana en un anillo formado con alambre, debiendo ser el todo del tamaño de una salsera, y en el centro de aquella se pone un pedazo de carne, que será mejor cuanto peor huela; este aparato se sumerge en el agua por medio de una cuerda atada en la extremidad de una caña de pescar, y se espera silenciosamente hasta que un cangrejo se acerque al cebo, fijándose en él. Estos animales son tímidos; se aproximan con recelo á la red, y de consiguiente se debe evitar el espantarlos con el menor movimien-



*En la orilla del Doubs*

to: cuando el cangrejo está bien agarrado á la carne, ó parece estarlo, se sube rápidamente la red; esto parece bien sencillo, pero hasta que se tiene gran práctica se sufren muchas decepciones, porque el cangrejo se desprende con la rapidez del rayo apénas se mueve un poco la red, aunque su locomocion es siempre muy lenta y perezosa. Algunas veces produce mejores resultados dejar la red y atar la carne en la extremidad de la cuerda; entónces se espera á que el cangrejo llegue, dejándole agarrarse bien, en cuyo momento se sube suavemente el cebo, lo cual no espanta al animal, sacándole así hasta la superficie. Llegado aquí se mueve un poco el cebo; si esto se hace con cuidado, el cangrejo, creyendo que se le va á escapar la presa, clava en ella con furia sus garras, de modo que se le puede sacar á tierra ántes que sospeche lo que pasa.

Todo nos hace comprender en el Jura cuánta importancia tienen los bosques; cada distrito cuida de los suyos como los grandes propietarios ingleses de su caza. El inspector forestal es todo un personaje; y en la parte del Jura en que fijamos nuestra atencion, la corta de los árboles era de la mayor importancia, pues los habitantes de cada pueblo tenian ó reclamaban el libre derecho de cortar cuanta leña hubiese dentro de sus límites, excepto los árboles frutales y los abetos. La ley así establecida no se anuló hasta la reunion del Parlamento de Pontarlier, en el presente siglo.

Uno de los resultados de la buena conservacion de las selvas y bosques, resultado muy feliz bajo el punto de vista pintoresco, es que las plantas, y sobre todo los árboles, se desarrollan cada vez más sanos y vigorosos; los pinos, adquiriendo un tamaño extraordinario, elévanse como altas torres, pareciendo desafiar al cielo; los abetos, salpicando á trechos aquel desierto de rocas, se inclinan hasta el suelo, presentando pocas señales de las tempestades á que han estado expuestos, y las hayas sombrean las colinas de poca altura.

Pero dejemos los encantos de la naturaleza tal como es en sí, y fijemos nuestra atencion en la parte en que el hombre ha intervenido, en la sólida cumbre de la montaña donde está situado el castillo de Joux.

Hace unos seiscientos años que los señores de Joux eran «protectores» de Pontarlier, habiendo establecido un sistema ménos oneroso que otros que rigieron despues. La caza y las pesquerías, los bosques y las corrientes estaban libres de toda prohibicion señorial, pero en cambio de esta franquicia otorgada por los de Joux, el pueblo de Pontarlier debia prestar sus servicios en caso de guerra pública ó privada, aunque no podria exigírseles más que la defensa de la fortaleza, y sólo por un dia cada vez. Este sistema de limitar el servicio de la guerra á un dia, ó como en otros feudos, á cuarenta, debe haber sido por demás inconveniente, excepto para el vasallo, en tiempo de disturbios; de modo que la modificacion introducida por Enrique de Inglaterra en tiempo de Tomás el Canciller, segun la cual se pagarian los servicios con dinero, pudiendo el señor tomar soldados mercenarios por el tiempo que quisiere, fué de buena política y razonable, aunque muy impopular.

Los señores de Joux habian edificado su nido de águila en una enorme roca, y su castillo tuvo siempre bastante importancia en la Edad media, pero sus buenos tiempos pasaron ya hace largos años. Segun las *Guías*, más tarde sirvió de prision, y aquí estuvo encerrado

durante diez meses Toussaint l'Ouverture despues de haber sido traidoramente arrestado por el general Brunet en una conferencia celebrada en Santo Domingo: el pobre Toussaint murió en su prision. Treinta años ántes, un hijo del marqués de Mirabeau fué encerrado tambien aquí: este jóven, de unos veinticinco años de edad, persuadió al gobernador del castillo á que le permitiera ir á Pontarlier, donde hacia el amor á Sofía Monnier, esposa de un anciano magistrado de la ciudad. Al poco tiempo huyó con ella, refugiándose en Holanda, por cuyo delito el Parlamento de Besanzon le condenó á muerte, acusándole de contumacia. Los holandeses dejaron á la policía francesa arrestarle, y separado de Sofía, condujéronle á la fortaleza de Vincennes, donde se le encerró en lugar seguro. Sin embargo, aquí demostró que los muros de piedra no son una prision para la inteligencia, ni una jaula los barrotes de hierro, pues del calabozo de Vincennes salieron algunos de sus escritos más incendiarios. La historia moderna ha contribuido tambien á ilustrar la noble fortaleza de los antiguos señores de Joux, con motivo de la resistencia que opusieron los defensores de la patria en 1871, al pié de los precipicios.

El bonito cuadro que representa la «Línea de retirada de Bourbaki» dice más que todos los recuerdos que este nombre pueda evocar; los rebaños que pacen, el humo saliendo de la chimenea de una cabaña, todo el paisaje, en fin, es muy expresivo de los hechos relacionados con la última desastrosa tentativa que Francia hizo para reponerse de su decadencia. Aunque el tiempo y el cambio de estaciones han hecho desaparecer las señales exteriores de la faz de la tierra, el pueblo no ha olvidado, ni el viajero olvidará tampoco. Hallándose en su cuartel general de Besanzon, los franceses habian hecho una vigorosa tentativa para que se levantase el sitio de Belfort, despues de ser rechazados por Werder y de sufrir el fuego de los mismos cañones franceses abandonados en Metz el dia en que desapareció tan misteriosamente su guarnicion. Habiéndose frustrado la audaz tentativa, uno de los más notables episodios de la guerra, los franceses volvieron á Besanzon, miéntras que el resto del ejército sufria nuevos descalabros, pues por un incomprensible descuido se habia dejado á los alemanes restablecer los puentes rotos de Isle, Clerval y Baume les Dames, con lo cual se cortaba la retirada de las tropas por el flanco y la retaguardia, acorralándolas entre las corrientes paralelas del Doubs, la que se dirige por Baume á Besanzon y la que forma el límite entre Francia y Suiza. Por algun tiempo el ejército no tuvo más que una retirada, por caminos cubiertos de nieve y hielo, que impedia la marcha de los caballos; de modo que hombres y animales padecieron terriblemente á causa del frio, pues eran los últimos dias de enero. Algunas divisiones trataron de retirarse hácia Besanzon, mas los alemanes se habian adelantado y las rechazaron hácia las montañas. El general Cavagnie, con su division, avanzó sobre Morteau, dirigiéndose despues á Pontarlier; miéntras que el general Cartella, con escasas fuerzas, protegia la retirada sobre Clerval con rara tenacidad, llegando hasta atacar fuerzas muy superiores en Ponts-aux-Moulins; pero nada bastó para resistir al victorioso enemigo.

El 28 de enero de 1871 estaba ya próximo el término de la lucha: era el dia en que se concertaba el armisticio de Versailles. El 24, el cuerpo de ejército francés habia llegado á Pontarlier, pero los alemanes acababan de ocupar Salins, frustrando así toda esperanza de

retirarse en esta direccion; tambien se habian apoderado de Pont Roide y avanzaban por San Hipólito y Maiche sobre Morteau y Pontarlier. Bourbaki se hallaba en Rouians, cerca de Besanzon, fuera del cordon enemigo; el 31 se trabó una empeñada lucha para ganar el camino de confluencia en Lac de Saint Point, y Pontarlier fué tomado despues de una obstinada re-

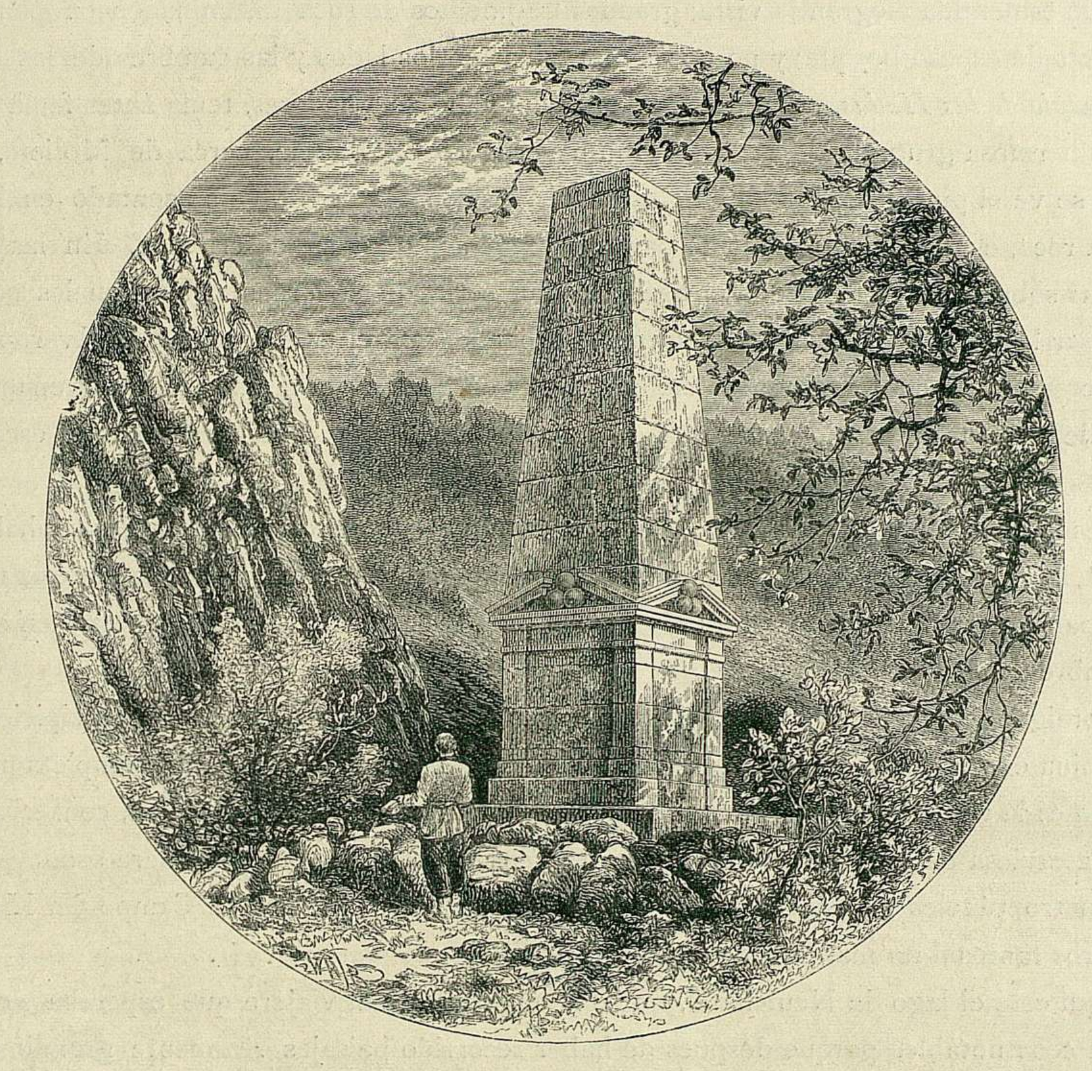


*Fuerte de Joux*

sistencia. Los franceses, que formaban el 18.° cuerpo de ejército y las reservas, se batieron con singular valor, aunque desanimados por las privaciones y por las noticias sobre el armisticio. El general Cremer consiguió escapar de Pontarlier por la parte de Gex y Faucille, pero muchos franceses cayeron en la trampa alemana.

El general Clinchamp habia conseguido al fin celebrar un convenio con el general suizo

Herzog para que permitiera el paso de sus ochenta y cinco mil hombres por territorio suizo, pero algunos batallones habian cruzado ya la frontera por Saint Croix y Vallorbes hasta el país llano. El convenio se firmó en Les Verrieres, y los miles de franceses hambrientos y fatigados, penetraron en el valle de Travers, en terreno neutral. Sus implacables enemigos los persiguieron hasta el fin, y mucho despues de haberse notificado el convenio á Manteuffel, la



*Monumento erigido en Pontarlier á los «Defensores de la patria»*

metralla y las bombas de los alemanes llovieron sobre las desordenadas masas de los fugitivos, ocasionando una matanza tan bárbara y espantosa como inútil é injustificable. Los que saben cuál era el espíritu público entre los suizos en aquel entónces, comprenderán cuánta fué su indignacion por tan inaudita crueldad.

Chasqueado al principio por el triste aspecto del distrito que se extiende entre las fortalezas de Joux y La Cluse y las estaciones fronterizas de Verrieres de Joux y Verrieres de Suiza, el viajero olvida muy pronto su desagradable impresion para admirar nuevas perspectivas, aunque sin hacerle olvidar que estos parajes han sido teatro de sangrienta guerra, pues á la misma entrada del valle que debe recorrer encontrará La Chaine, donde los suizos tendieron una cadena á través del desfiladero para cortar el paso á la sacrílega artillería de Cárlos

el Temerario, sacrílega porque los cañones se habian fabricado con las campanas de las iglesias de esta parte de Borgoña y de Vaud.

El aspecto del valle es de lo más poético que se pueda imaginar: el Reuse brota ruidosamente mucho más abajo, como regocijado de ver la luz despues de haber corrido algun tiempo por su prision subterránea desde el lago de Etallieres; hay pastos que con su delicado color de esmeralda alegran la vista; grandes fragmentos de roca diseminados en pendientes cubiertas de espeso bosque; y no pocas maravillas en los lados y las cumbres de las colinas. El *Templo de las Hadas*, en la parte oriental del valle de Verrieres, tenia ántes fama de ser la más hermosa gruta de Suiza; y la gran caverna de La Baume, cerca de Motiers, desde donde se ve el pintoresco castillo de los primitivos señores de Travers asentado en la cima de una roca, es demasiado conocida para que hagamos aquí su descripcion. En las colinas situadas sobre Couvet hállase la entrada de una serie de cavernas por las cuales se puede atravesar la cordillera que aquellas forman, saliendo por el este á la vista de Iverdun; pero no se crea que es cosa fácil y agradable penetrar en tales cavernas, por lo menos en una, pues se ha de avanzar en medio de las más densa oscuridad, franqueando una serie de escarpados declives de arcilla húmeda.

Desde Couvet se vá á Travers, y despues á Noraigue; cerca de Pontarlier se halla tambien Bellaigues, y en el valle de Travers Longeaigue, una corriente que se pierde en un golfo tan espantosamente oscuro y profundo, que el pueblo ha dado al molino que está en su orilla el nombre de *Molino del Infierno*.

Noraigue es un sitio delicioso; el pueblo parece un nido entre profundos precipicios, y con él termina el valle de Travers; pasando de este punto, el paisaje cambia completamente; el rio baja cada vez hasta precipitarse en un valle, miéntras que la línea férrea, conservando su nivel, atraviesa entre moles montañosas que sólo un audaz ingeniero hubiera osado perforar. Por cuatro túneles se llega al magnífico y pequeño oasis que llaman Campo del Molino, y por otros tantos á un maravilloso viaducto.

Aquí está el lago de Neufchatel, que deja chasqueado al viajero que esperaba encontrar alguna cosa notable, porque despues de haber recorrido paisajes realmente grandiosos sólo ve una estrecha faja líquida que nada ofrece de particular. Más léjos el país es llano y carece de interés, pues los nevados Alpes se hallan á gran distancia.

El artista que quisiera tomar buenas perspectivas en el Jura no podria elegir para su objeto nada mejor que la Garganta de las Rocas, en el camino que se extiende entre Besanzon y Locle; las escarpaduras pedregosas valen tanto como las del más famoso desfiladero de Schyn, y los túneles recuerdan muchos cuadros naturales de los Alpes. En este paraje se ven muchos hermosos molinos, situados uno sobre otro, en el abismo donde el Bied se pierde. El antiguo camino seguia otra línea y era seis millas más largo que el nuevo. Sólo hace unos diez años terminó la obra comenzada por los ingenieros en 1779, que tenia por objeto perforar la Roca Hendida, con lo cual se ganaban seis millas. En el Jura hay otra roca perforada, pero no es de este siglo, sino del tiempo de los romanos por lo ménos; hállase entre Tavannes y Soncebaz, en un camino mucho mejor conocido en otro tiempo que lo es ahora, el de Basilea

á Bienne, á pesar de las bellezas y grandiosidad del Munster Thal. El objeto de la perforacion fué indudablemente ganar una distancia de cien piés, poco más ó ménos, para llegar á la cima del Jura. Es de suponer que aquí habria alguna abertura natural que sólo se necesitaba ensanchar, como sucedió con la Roca Hendida, pero nada indica que fuese así. Los romanos completaron la obra, ó por lo menos esculpieron en la roca que hay sobre el arco una inscripcion muy legible áun hoy; despues, ellos mismos, ó algunas personas que deseaban se conservase aquel recuerdo, colocarian una piedra sobre las líneas de aquella, para preservarlas de la intempérie y sobre todo del agua. El grueso de la Pertnis, segun se llama, es de doce piés, y la altura del arco de unos cuarenta.

El Jura es particularmente notable por los curiosos fenómenos que presenta en relacion con sus corrientes de agua subterráneas. Una formacion de caliza se presta naturalmente á tales fenómenos por su tendencia á grietearse: en la parte sur de la cordillera, en la inmediacion del lago de Ginebra, se observan varios ejemplos en una escala comparativamente pequeña, por la desaparicion del Doubs, ejemplos que son dignos de la atencion del viajero. Cerca de Biere el rio Aubonne brota, con un considerable caudal de agua, del fondo de un anfiteatro de roca, recibiendo el contingente de unos veinte pozos naturales cuyo fondo, segun se dice, no es conocido. El suelo donde se hallan estos pozos se compone de los detritus calcáreos desprendidos de las montañas, y está en general muy seco. Al parecer no hay relacion alguna entre los pozos, pues se ve el agua á distintos niveles.

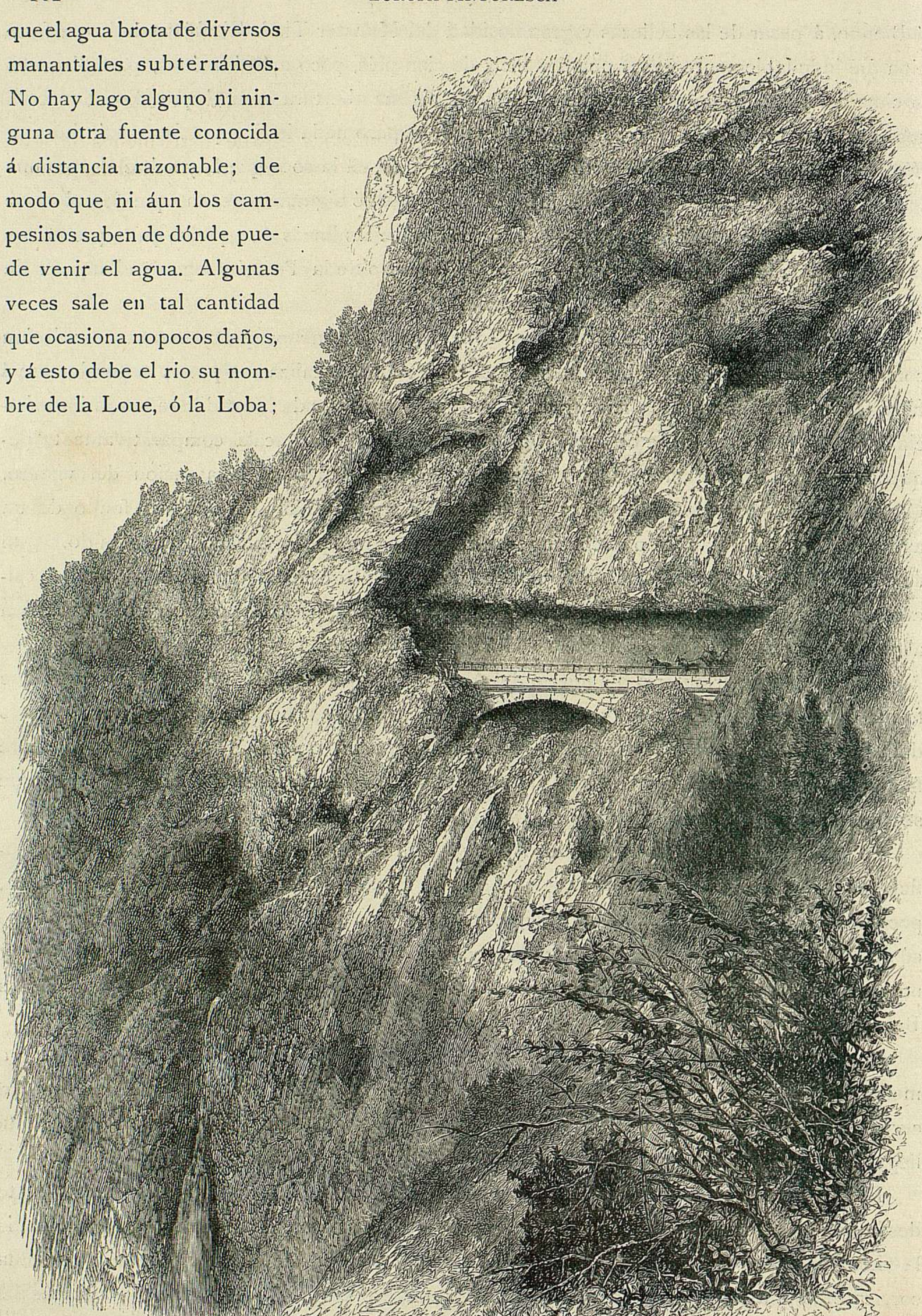
El Toleure, un tributario ó afluente del Aubonne, brota del pié de un muro de roca que forma parelepípedos regulares, y cuando las nieves se derriten en la primavera, las fuentes del rio brotan de la roca á varios niveles. Más hácia el sur, un brazo del Versoie, corriente famosa por sus truchas, vierte todo su caudal de aguas cerca de Chateau de Divonne, que segun dicen tomó su nombre *(Divorum unda)* de este fenómeno.

Cerca de Neufchatel hay otra corriente que llega por el desfiladero de Serrieres, con suficiente fuerza para hacer funcionar la rueda de un molino, y en su breve curso de media milla, poco más ó ménos, ántes de llegar al lago, pone en movimiento muchas más. Hemos visto cómo el Reuse llega con toda su fuerza para completar los encantos del valle de Travers, y no puede dudarse que debe su existencia al lago de Etallieres, en el lejano valle de La Brevine.

Si se pasa al lado norte del Jura se verá la corriente de Loue, tan notable como la primera de las que en esta region se puedan encontrar. A unos doce kilómetros de Pontarlier, cerca del pueblo de Ouhaos, encuéntrase un magnífico desfiladero, por el cual se avanza hasta llegar á un ángulo formado por las rocas, desde donde se divisa ya lo que se ha ido á ver.

El rio, que tiene allí gran anchura y profundidad, corre tranquila y majestuosamente desde una especie de arcada que hay en un anfiteatro de altas rocas. A ciertas horas del dia la vista puede penetrar hasta lo más profundo de esa arcada, donde la bóveda se toca con la corriente; la lentitud de esta puede ser debida á una especie de dique construido á través del rio para dirigir las aguas á diversos molinos; por debajo del dique la corriente forma una bonita cascada de diez y siete piés de altura. Dentro de la cavidad de la arcada se reconoce

queel agua brota de diversos manantiales subterráneos. No hay lago alguno ni ninguna otra fuente conocida á distancia razonable; de modo que ni áun los campesinos saben de dónde puede venir el agua. Algunas veces sale en tal cantidad que ocasiona nopocos daños, y á esto debe el rio su nombre de la Loue, ó la Loba;



*El paso de las Roca*

pero asegúrase que este exceso de agua no dura más de veinticuatro horas. Segun la tradicion del país, los molinos del Doubs se paran algunas veces por falta de agua, pero el Loue no deja nunca de hacer funcionar á los que se han confiado á su misterioso auxilio. Todo el curso del Loue, hasta su union con el Doubs, es digno de tan pintoresco orígen.

La fuente del Orbe es aún más digna de llamar la atencion por su conjunto pintoresco; el rio es más pequeño que el Loue al principio, pero en el resto de su curso se lleva la palma. La corriente, muy cristalina y abundante, se desliza con lentitud desde un arco que hay al pié de una escarpada roca de gran altura, casi del todo cubierta por espesos árboles. La gente supersticiosa podria muy bien creer que en el fondo de la cavidad hay sirenas y ninfas que habitan en sus palacios, pero lo más seguro seria encontrar esas magníficas truchas que constituyen uno de los más exquisitos manjares en el país. Cerca de aquí está la famosa *Gruta de las Hadas*, donde, segun creencia de los supersticiosos, se veria seguramente á estos séres fantásticos, á la hora del crepúsculo, bañándose en las cristalinas ondas.

Para cualquiera que conozca este distrito y haya recorrido tres cuartos de legua entre el lago de Brenets y la fuente del Orbe, debe ser evidente que el Orbe debe su orígen al lago, cuyas aguas, si bien no pasan á una corriente visible, desaparecen por grietas y embudos, llamémoslos así, en la roca que se eleva á orillas del lago. Siempre se habia creido que el lago era la verdadera fuente del Orbe, y á decir verdad, el rio que se vierte en los lagos de Joux y Brenets desde el de Rousses, que se halla á mayor altura, indicaba su identidad con el Orbe por llamarse del mismo modo; pero la verdad del hecho no se demostró evidentemente hasta 1776. Durante algunos años, ántes de esta fecha, las aguas del lago de Joux se habian mantenido extraordinariamente altas; y el pueblo resolvió limpiar los embudos y grietas del lago de Brenets, que está separado del de Joux por una estrecha faja de tierra, esperando que el agua pasaria así más libremente. Para practicar la operacion en las grietas, cerróse la salida del agua en el lago superior á fin de evitar que se vertiera en el inferior, pero entónces, la presion llegó á ser pronto excesiva, y las aguas brotaron con tal violencia á través del obstáculo, que se produjo un gran trastorno en el lago. La corriente del Orbe, que hasta entónces habia sido muy límpida, fué despues durante algun tiempo turbia y cenagosa.

En este rio encantador, de tan poético nacimiento, se fija la atencion cuando se quieran observar los más hermosos puntos de vista de esta parte del Jura. Si el viajero quiere formar exacta idea de lo que es realmente la Europa pintoresca, lo mejor que puede hacer es seguir el Orbe desde el pié del Mont Tendre, la más alta cima del Jura, hasta la ciudad, famosa en otro tiempo, que da su nombre á la corriente. Cerca del sitio donde el antiguo camino de Faucille comienza á seguir la direccion que á través del Jura conduce á Ginebra, trazando grandes curvas al rededor de las estribaciones de la montaña, hállase el lago y la fortaleza de Les Rousses, donde hace unos diez y ocho años, cuando las relaciones entre Francia é Inglaterra estaban algo tirantes, la soldadesca francesa se condujo de una manera bastante impropia, procediendo como si fuera señora de toda la creacion. No se puede hacer mencion de Les Rousses sin recordar el magnífico punto de vista que se contempla desde la cima del in-

mediato Dole: la inmensa superficie líquida del lago de Ginebra, que semejante á un gigantesco espejo azul se extiende á cinco mil piés más abajo; toda la cordillera de los Alpes, con su horizonte de rocas grises y nevados picos; y elevándose sobre todo majestuosamente, el gran rey blanco de las montañas. Entre Dole y el Monte Blanco hay cincuenta y cinco millas de tierra y agua, pero si el observador se situa un poco más abajo de la cima, de modo que no pueda distinguir el fondo del cuadro, verá un conjunto magnífico, en el que la nieve y el hielo deslumbran los ojos por su inmaculada blancura.

La corriente que se desliza desde la extremidad este del lago de Les Rousses toma el nombre del Orbe, segun hemos visto ya. Cuando el viajero llega á dicho punto hállase ya muy próximo á la frontera, entre Francia y Suiza; en las crestas del Jura, que están inmediatas, se ven antiguas piedras que señalan aún los primitivos límites. El suizo de Vaud no ha olvidado remotas épocas y usa todavía el nombre de borgoñon para designar á los extranjeros que habitan al otro lado. Una parte de la montaña que hay sobre Saint Cergues se puede considerar como un sitio notable; en ella crece el césped muy espeso, cubriendo en parte unas superficies planas de roca, por lo cual se ha dado á este paraje el nombre de *Cimetiroz ai Borgognons* («Cementerio de los Borgoñones»), nombre que probablemente indica que aquello fué alguna vez un campo de batalla.

Siguiendo el curso del jóven rio hasta el lago del Joux veremos á la izquierda el gran bosque de Risoud, que separaba el valle de Joux del Franco Condado, siendo famoso por producir los más hermosos abetos del Jura, y en opinion del pueblo, muy fundada por cierto, los mejores de Europa. El agua del rio no es la más límpida, á causa de los pantanos que se forman, pero los alrededores de la montaña y del bosque son todo lo hermosos que se pudiera imaginar.

Cuando se ha pasado del lago de Ter (*tertius*, el tercero de los que se encuentran en esta direccion), llégase pronto al lago más grande de Joux, y despues al pueblo de la Abadía, donde hubo en otro un importante establecimiento religioso, la Abadía del lago de Joux. El Lionne desagua aquí en el lago, saliendo de un pozo natural, no impropiamente llamado la *Caldera del Infierno*. Una simple faja de tierra que hay en Le Pont separa el lago de Joux del de Brenets, que primitivamente fué un pantano convertido en lo que ahora es por los religiosos, á fin de mejorar sus pesquerías. Llevaron á cabo su obra tapando algunas de las grietas por donde el agua escapaba hasta las profundidades de la roca; sobre varias de estas grietas, que los religiosos dejaron abiertas, se construyeron despues molinos, cuyas ruedas ponian en movimiento las aguas al bajar á la profundidad. En Sentier y Charbonieres se ven dichos molinos; en estos puntos los propietarios tienen muy buen cuidado de conservar las grietas abiertas, pues si se cerrasen todo el valle se convertiria en un lago.

Despues de visitar estos parajes ya hemos visto las últimas aguas; han desaparecido sin dejar la menor huella, y ya no encontraremos más que bosques y rocas. Dejando atrás la extremidad este del lago de Brenets, y despues de pasar por delante de los molinos de Bonport, que están bajo el nivel del lago, en una de las grietas, comenzamos á bajar por una suave pendiente, que cruza los bosques en la extension de unos setecientos piés, y la cual se

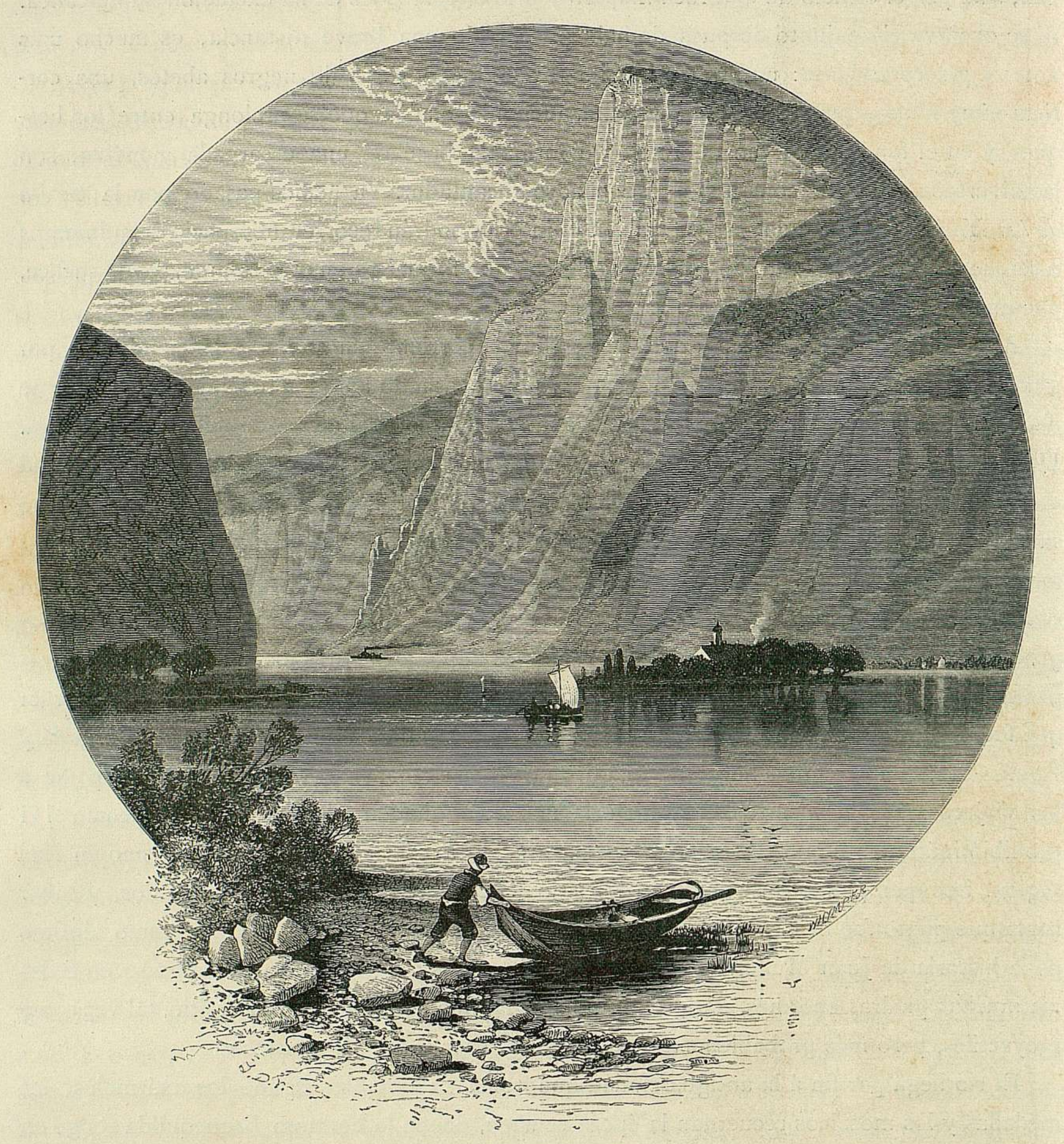
recorre en una media hora. Luégo, en el fondo de un barranco pedregoso, vemos el Orbe deslizarse tranquilamente, presentando una anchura de diez y seis piés por doce de profundidad; sale por el orificio de una roca límpido y brillante despues de su excursion subterránea. Si se observa el conjunto despues de haber recorrido una breve distancia, es mucho más notable y sorprendente: un profundo valle revestido en parte de negros abetos, una corriente impetuosa que se precipita y salta, una faja blanca que se prolonga entre los bosques, y en el fondo una mole de roca que forma la base de una escarpada montaña, son las diversas partes que constituyen este cuadro encantador. Ya hemos pasado por la *Gruta de las Hadas;* los que quieran penetrar en el interior podrán recorrer un espacio de quinientos á seiscientos piés á lo largo de sinuosas galerías, que formaban en otro tiempo, segun se dice, el curso subterráneo del Orbe.

Ahora llegamos á Vallorbe y debemos seguir la corriente; si no hubiésemos tomado por guía la del Orbe hubiéramos podido ir por Vaulion, pasando bajo los precipicios del Diente de Vaulion, que se eleva majestuoso dominando el camino á la altura de mil quinientos piés. Despues se llega por Romain Motier, que tiene una curiosa y antigua iglesia, á la ciudad de Orbe; pero hemos seguido la otra vía, y nada perdemos con ello. El rio aumenta mucho su caudal de aguas cerca de Ballaigues, y como los fragmentos desprendidos de las rocas entorpecen su marcha, arrolla al fin todos los obstáculos y precipítase furioso en el sitio que llaman *Salto del Dado* ó *de los Dados*, donde ofrece un espectáculo de admirable confusion. Sin embargo, contenido por paredes de roca, deslízase siempre impetuoso entre los más poéticos paisajes, pasando por delante del castillo de Clees, donde sólo queda una solitaria torre para recordar que fué, largo tiempo há, una famosa fortaleza que dominaba el camino entre Borgoña y Lombardía; y no creemos necesario añadir que de ella salian los «nobles» para despojar á los viajeros. Sin ir más léjos, la historia nos dice que en el año 1140 Inocencio III prohibió inútilmente que el castillo se reedificara, para reprimir así el bandolerismo en esta region. Los que quieran leer el relato del sitio de Clees por los suizos confederados, y saber hasta qué punto fué heróica la defensa de Pedro de Cossonay, deben hojear el tomo séptimo de la historia de Juan Muller. Nosotros nos limitaremos á decir que en la torre se ven todavía muchas piedras enormes, de forma redondeada, que se emplearon en el sitio, tal vez como proyectiles, pero más probablemente para dejarlas caer sobre los sitiadores.

El rio llega por fin á la antigua ciudad que toma su nombre, donde los mármoles, las medallas y los mosaicos recuerdan la época romana, donde la hermosa Brunequilda abogó en vano para sincerarse de sus faltas, donde aún está el antiguo puente para despedirse del rio aventurero, como hace 1200 años ántes que las aguas se perdieran en una corriente de otro nombre.

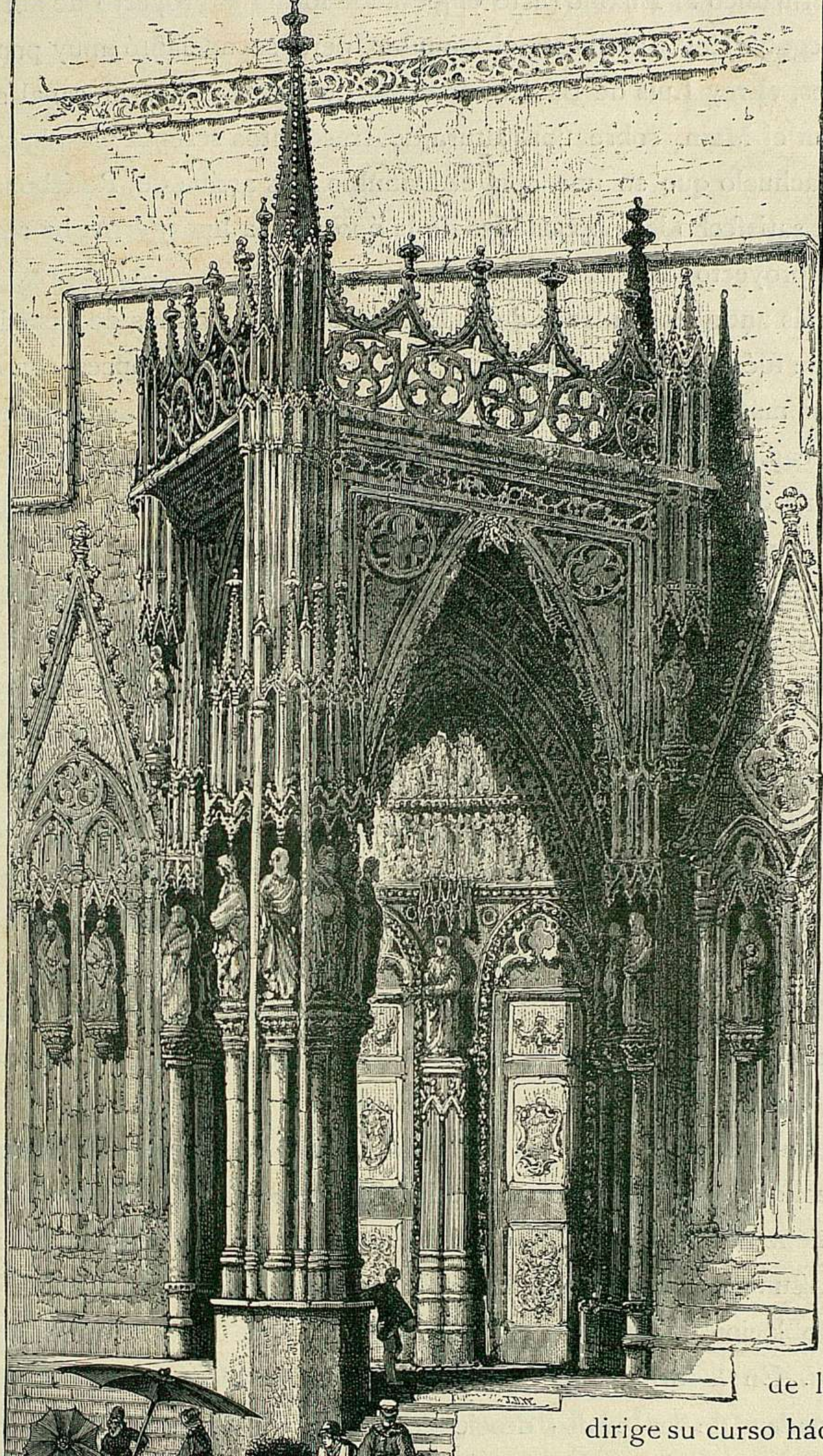
---

# EL DANUBIO



*Entrada del desfiladero de Kazan*

EN las pendientes orientales de la Selva Negra, en el Wurtenberg, y en un parque perteneciente á los príncipes de Furstenberg, hay un manantial de agua muy límpida, protegido por una cerca, que se halla situado á 2,220 piés sobre el nivel del mar y á 1,780 millas de este. La pequeña y antigua ciudad que le rodea tiene el nombre de un rio que la baña, el Donaueschingen, cuya fuente podria presumirse que es dicho manantial, pero esto seria un error, pues apénas el agua sale á la luz del sol, precípitase á través de un canal subterráneo hácia



*Pórtico de la catedral de Ratisbona*

el Brigach, riachuelo de la Selva Negra, que muy pronto se reune con el Brege, otro tributario de la montaña. Sólo entónces sus aguas unidas reciben el nombre de Donau ó Danubio, el gran rio que rivaliza con el Rhin.

Resulta de aquí que sólo la citada pendiente de la Selva Negra, con sus numerosos manantiales y arroyos, cuyas aguas corren hácia el país llano de la Alemania del Sur, se debe considerar como la verdadera fuente del Danubio. Detrás de Donaueschingen elévanse las colinas formando sólidas murallas, en cuya parte opuesta se desliza el Rhin; una línea férrea las atraviesa hasta el sur y conduce al viajero en pocos minutos desde el uno al otro de los principales valles de Europa.

Hasta que se inclina al sur, el Danubio está fuera de la gran vía de Europa, pues dirige su curso hácia el nordeste por Ulm é Ingolstadt, una fortaleza fronteriza del imperio aleman y un triste resto de la actividad de los Jesuitas, hasta llegar á Regensburgo ó Ratisbona, donde las pendientes de la Selva bohemia le obligan á volver al sudeste.

Los peregrinos que iban á Tierra Santa acostumbraban á separarse del Danubio en Ratisbona dejando aquí la gran vía que les habia conducido desde el Rhin, á través de Francfort y Nurenberg. Hasta la época de Carlo-Magno este era el camino

habitual desde el Océano Germánico al Euxino: este emperador formó el proyecto de abrir un canal desde un punto navegable del Main hasta el Danubio, pero se adelantó muy poco en las obras; mil años despues, el rey Luis de Baviera continuó los trabajos, y el canal se prolonga desde Bamburgo, en el Main, sobre una altura de trescientos sesenta piés, hasta Dietfurt, sobre el Altmuhl, riachuelo que se une con el Danubio más arriba de Ratisbona. Sin embargo, ese canal no ha satisfecho las necesidades de la época, y la línea férrea ha realizado más ventajosamente el proyecto de Carlo-Magno.

Ratisbona es una de las más antiguas ciudades de la Europa central: algunos de sus edificios datan de la época en que fué fortificada por los romanos designándose entónces con el nombre de *Castra Reginæ*; sus más bonitas calles y casas particulares datan de la época en que floreció como ciudad libre, capital de Baviera y residencia de la Dieta Imperial. Por muchos conceptos ha sido á la Alemania del Sur lo que Francfort á la del Norte; pero como poderoso centro de la influencia eclesiástica, mejor podria compararse con Francfort y Maguncia unidos.

La catedral tiene su historia, como la de Colonia: comenzadas las obras en 1273, continuáronse por espacio de cuatro siglos; y aún quedaron sin concluir, hasta que, hace sólo algunos años, completáronse las dos torres occidentales por el Ayuntamiento de la ciudad. El estilo es el de un templo gótico, bajo el plano de una basílica; entre las dos grandes torres que adornan la entrada principal del edificio hay un curioso pórtico en forma de doble arco, con varias esculturas, distinguiéndose las torres por su simetría. Los pilares, los monumentos de bronce y mármol, y el altar mayor, de plata maciza, están delicadamente trabajados; los bronces no son numerosos ni tan perfectos como los de las iglesias de Nurenberg, pero algunos parecen dignos de llamar la atencion:

Saliendo de Ratisbona, la orilla derecha del Danubio apénas ofrece interés: siempre se ven las colinas que van á reunirse con el Bohmerwald, y por la izquierda algunas ligeras ondulaciones de los terrenos, cubiertos de bosque y de pueblecillos.

Muy pronto comienzan á ser más impetuosas las aguas del rio, teniendo bastante fuerza para franquear una línea de colinas, y al llegar el vapor á la vista de Straubing, el paisaje es más agradable. El Danubio tiene aquí mil doscientos piés de ancho, y un puente de madera con veintiseis ojos ó arcos reune ambas orillas. El paisaje ofrece poca variedad hasta llegar á Vilshofen, pequeña poblacion que se halla en la desembocadura del Vils, en el Danubio, á una hora de Passau. En la orilla izquierda, las colinas adquieren el aspecto de montañas con cimas redondeadas, de las cuales descienden verdes praderas y bosques de tintes sombrios, manto de terciopelo que la naturaleza ha echado sobre los hombros de una reina, y cuyas franjas se bañan en el rio. La orilla derecha, hasta allí muy plana, se acentúa á su vez: las últimas estribaciones de los Alpes Reticos que se corren entre el Isard y el Inn vienen á morir en el Danubio, estrechando su curso. Aquí se ve la entrada de un valle magnífico de aspecto salvaje, donde el rio se encierra hasta llegar á las inmediaciones de Viena. Este valle se ensancha en ciertos puntos, primeramente debajo de Neuhaus, una hora ántes de pasar por Lintz, despues á cierta distancia de esta ciudad, en Wallsee; y por último en Krems; las montañas se desvian de la orilla; el rio se desliza con más lentitud y

contornea algunas islas que le dividen en varios brazos. En los puntos donde el valle se estrecha, así como en aquellos donde el desfiladero termina, sucede á menudo que las rocas de la orilla atraviesan el rio, deprimiéndose lo bastante para que las aguas pasen por encima, excepto algunas que se elevan más.

Passau, la ciudad de los rios y de las islas, es un sitio delicioso para el pintor ó el poeta, particularmente por su posicion en la confluencia de tres rios, dos de los cuales se cuentan entre los mayores de Europa: el Danubio, que llega de la Selva Negra, el Ils, que baja de los montes de Bohemia, y el Inn, que procede del Tirol. Los tres se reunen al pié del Georgenberg, en cuyas cimas se ve una fortaleza desde la cual se dominan desde una altura de ciento veinte metros los rios, la ciudad y los tres arrabales.

En la confluencia de los tres rios, una de las cosas que más llama la atencion del viajero es el color diferente de las aguas; las del Ils son claras, pero parduscas, como las de todos los manantiales que se han filtrado á través de las rocas graníticas del Bohmerwald; las del Danubio presentan un tinte verde esmeralda; y las del Inn son amarillentas. El caudal de aguas que este último rio lleva es tal vez superior al del Danubio, ó por lo ménos más ancho, pero no viene de tan léjos. Gracias al Inn, el Danubio lleva al mar Negro todas las aguas del Tirol aleman y de la Suiza que el Rhin, el Ródano, el Tesino y el Adige no recogen para el mar del Norte ó el Mediterráneo. ¡Admirable armonia de las cosas! En la cima y en los flancos de los Alpes, en el punto culminante y en el centro de Europa hay nieves eternas que reunidas formarian un mar de hielo de cuatrocientas leguas de superficie, y á veces de quinientos á seiscientos piés de profundidad; este mar sirve como de depósito á los mares europeos, y á él se debe en parte que sea fértil una mitad de nuestro continente. El estío, que en la llanura marchita las flores, derrite en la montaña el glaciar que alimenta los manantiales, enviando agua á los rios exhaustos: la naturaleza muerta es la que da la vida.

Al salir de Passau la orilla derecha del Danubio es ya austriaca; miéntras que la izquierda sigue siendo bávara en el espacio de algunas leguas más; durante varias horas se sigue un estrecho canal, y á cada momento se ven magníficas praderas, mantenidas por las nieblas que todas las noches se elevan del Danubio.

Franqueada la parte más tortuosa del estrecho canal, que es la comprendida entre el castillo de Hayenbach y el burgo de Aschach, llégase á un dédalo de islas, donde el Danubio pierde su grandiosidad y su fuerza; las orillas se deprimen y vuélvese de nuevo á la llanura. El paisaje, muy monótono entónces, carece de todo atractivo hasta que se llega á un risueño valle, con sus rocas graníticas y su poderosa vegetacion, que forman un agradable conjunto con numerosas quintas de recreo diseminadas en la llanura, las cuales parecen anunciar la aproximacion de Lintz, la ciudad más grande que se halla sobre el Danubio. Para el viajero apénas ofrece interés, como no sea por su admirable posicion, pero en cambio, la naturaleza despliega en la campiña todas sus magnificencias. En la parte izquierda del gran rio, las montañas de Bohemia descienden gradualmente hasta la orilla; en un claro elévanse la ciudadela y la iglesia de Postlingberg, con la línea rojiza de sus fuertes avanzados, junto á los cuales hay varias colinas; al oriente destácase el castillo de Ebelsberg con sus lúgubres tor-

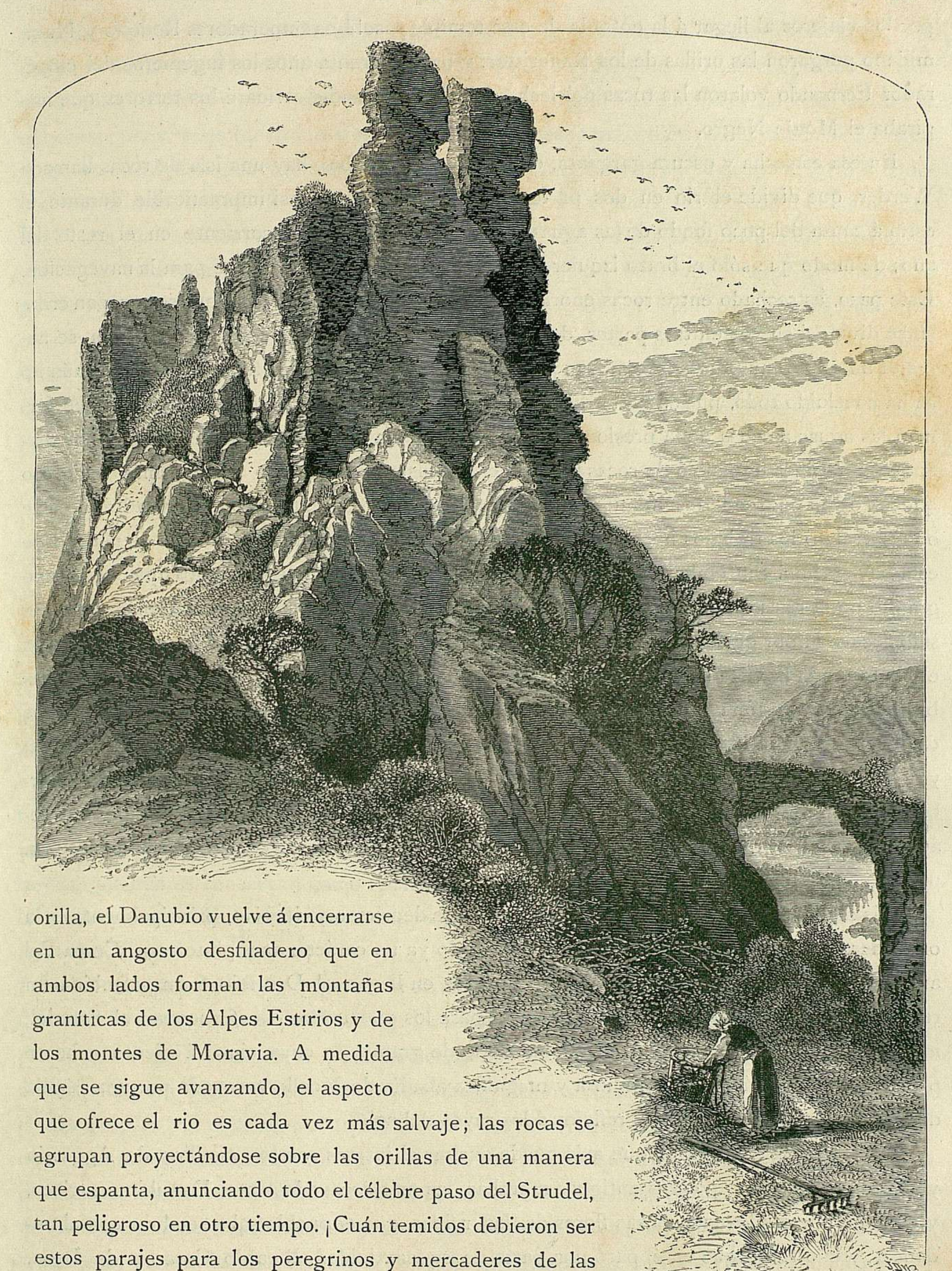
res; y más abajo, el rio, que ha salido furioso del estrecho desfiladero por donde corria desde Aschach, extiéndese formando un ancho y tranquilo estanque, en medio del cual se destaca una isla casi redonda. Este conjunto magnífico ofrece el aspecto de un circo grandioso, donde



*El Danubio cerca de Lintz*

los rayos del sol, reflejándose sobre las aguas comunícanlas el aspecto de una superficie plateada.

Desde Ratisbona, el Boehmerwald habia obligado al Danubio á inclinarse al sudeste, pero á partir de Lintz, esta direccion cambia; el rio corre en línea recta al oriente, y áun remonta hácia el norte hasta Krems, donde vuelve á tomar la direccion primera. Desde Grain, una de las ciudades más pobres de la alta Austria, situada en una mole pedregosa que bordea la



orilla, el Danubio vuelve á encerrarse en un angosto desfiladero que en ambos lados forman las montañas graníticas de los Alpes Estirios y de los montes de Moravia. A medida que se sigue avanzando, el aspecto que ofrece el rio es cada vez más salvaje; las rocas se agrupan proyectándose sobre las orillas de una manera que espanta, anunciando todo el célebre paso del Strudel, tan peligroso en otro tiempo. ¡Cuán temidos debieron ser estos parajes para los peregrinos y mercaderes de las edades medias, cuando estaban infestados por aquellos caballeros que se entregaban al bandolerismo, los famosos Raubritter! ¡Cuántas oraciones y ofrendas se habrán hecho

*Dürrenstein*

por los viajeros al llegar á la entrada de este temible paso! Los emperadores Rodolfo y Maximiliano purgaron las orillas de los Raubritter; y hace cuarenta años los ingenieros del emperador Fernando volaron las rocas del lecho del rio; pero nadie olvidará los terrores que inspiraba el Monje Negro.

En esa estrecha y oscura garganta, en medio del Danubio, hay una isla de rocas llamada Werder, que divide el rio en dos partes; el brazo derecho es casi impracticable durante el estío á causa del poco fondo de las aguas, y por la violencia de la corriente en el resto del año; de modo que sólo el brazo izquierdo, llamado Strudel, es el que sirve para la navegacion. Este paso, estrechado entre rocas enormes, y sembrado además de otras que se agrupan entre sí, se divide á su vez en tres partes, de las cuales sólo por una se puede pasar; y aún se necesita un piloto muy diestro para franquearlas sin peligro. Una vez fuera del Strudel, aún no se ha concluido todo, pues á corta distancia hállase el Wirbel, especie de remolino que forman las aguas á causa de la presion sufrida ántes y de la resistencia que les opone inmediatamente despues una mole de rocas llamada el Haunstein. Este paso es aún más peligroso que el otro, pues en dos minutos el vapor es lanzado con extremada celeridad á la parte opuesta; pero los trabajos hechos á fines del siglo pasado disminuyen mucho el peligro de esta navegacion. Sin embargo, la corriente es siempre muy violenta, tanto que el mismo granito no la resiste: una de las rocas del Haunstein, compuesta de la piedra más dura, ha sido socavada por el choque de las ondas á ocho piés de profundidad. Es preciso pues que el piloto tenga la vista segura y la mano firme, sobre todo cuando se trata de esas inmensas balsas donde va toda una colonia de hombres, de mujeres y niños, pues por poco que se desvie á derecha ó izquierda se estrellará sin remedio, lo cual sucede alguna vez. El Strudel y el Wirbel han sido realmente el Scila y Caribdis del Danubio. El pueblo considera al Wirbel como un abismo sin fondo por el cual se escapa una parte de las aguas del rio para reaparecer en Hungría, en el lago de Neusiedl: no faltan ejemplos de corrientes que se deslizan por debajo de tierra en una parte de su curso.

Más allá del famoso desfiladero las montañas se deprimen y desvian, principalmente en la orilla derecha, que desde Ratisbona no ha ofrecido ya un carácter tan pintoresco. Cerca del antiguo castillo de Persemberg, al que no se tarda en llegar, el Danubio forma tambien un recodo peligroso aunque no tiene importancia para los que acaban de franquear el Strudel; más léjos se pasa por delante de un promontorio de granito en cuya cima, á ciento ochenta piés de altura, destácase la grandiosa y magnífica abadía de Moelk, coronada por una cúpula de cobre que despide brillantes reflejos á los rayos del sol.

Desde Moelk á Viena, lo que más puede excitar el interés son los castillos de Aggstein y Durrenstein, el uno por sus antiguas murallas, las más socavadas en el Danubio austriaco, y tambien por sus leyendas, esas flores de las ruinas que el pueblo sabe sembrar con abundancia; y el otro porque en él pasó una parte de su cautividad Ricardo Corazon de Leon, que tambien estuvo encerrado en Aggstein. Los dos castillos pertenecian en aquella época á un *Raubritter*, llamado Hadmar de Kuenring, á quien Ricardo fué entregado por Leopoldo de Austria. El carcelero condujo primeramente á su cautivo á Aggstein, y despues á Dur-

renstein, pero en Trifels (Palatinado Renano) á donde se condujo á Ricardo más tarde, fué donde el fidelísimo Blondel descubrió á su señor, que seguramente no hubiera podido escapar sin auxilio, de ninguna de sus prisiones del Danubio. Aggstein debe haber sido una fortaleza muy respetable, pues juntamente con Durrenstein desafió los esfuerzos del duque de Austria, quien no consiguió apoderarse de los castillos por la fuerza, sino por una estratagema. Durrenstein es más formidable aún, y vale la pena de visitar la ruina para ver cómo el Raubritter fortificaba sus castillos: varias líneas de muros que se corrian desde las orillas del rio convergian sobre una roca prominente, en cuya cúspide elevábase una torre; entre los muros se puede ver todavía una especie de cámara oscura, abierta en la misma roca; y asegúrase que aquello fué el calabozo de Ricardo. Desde la citada torre, que era la del vigía, se puede disfrutar de un magnífico golpe de vista, contemplándose el lugar donde se han reñido diversas batallas. El pueblo que hay al pié sólo es notable por su pintoresca posicion y el inmenso panorama que desde este punto se puede contemplar.

## II

Si se sube á la cima de un largo promontorio de colinas que se corre al norte desde Wienerwald á Leopoldsberg, en las orillas del Danubio, como lo hicieron los ejércitos de Juan Sobieski y del duque de Lorena, cuando llegaron para rechazar á los turcos, se podrá ver perfectamente la ciudad imperial de Viena, sobre la cual se destaca majestuosamente la magnífica flecha de su catedral. ¡Qué espectáculo debió ofrecerse á la vista de aquellos guerreros al llegar á la cumbre de la pendiente! Al rededor de los muros de la ciudad extendíanse las numerosas fuerzas de los turcos, miéntras que el suelo de las praderas é islas desaparecia bajo las tiendas de campaña y los bagajes; los brazos del Danubio, que ahora se franquean por una docena de puentes de la vía férrea, hallábanse interceptados por las enormes cadenas turcas, que aún se conservan como recuerdo en el Arsenal del imperio. Entónces, las murallas circuian realmente la ciudad; ahora son paseos que apénas separan las calles antiguas de los arrabales.

Lo mismo en aquel tiempo que en la actualidad, el gran rio corria hácia el horizonte oriental indicado por las torres de Presburgo; lo mismo entónces que ahora los Alpes Nóricos se prolongaban meridionalmente; y tambien el pueblo de Viena se agitaba al rededor de su catedral, desde cuya flecha el conde de Stahrenberg, valeroso defensor de la ciudad, interrogaba el espacio para ver si se divisaban las cruces y estandartes de sus aliados. Muchos de los edificios que rodean la catedral serian reconocidos aún por los que yacen sepultados bajo aquellas pendientes, donde les hirió de muerte el hierro de los turcos. El palacio imperial, la iglesia de los Capuchinos, el Schottenhof y otros edificios monásticos, así como muchos palacios de la nobleza, y hasta las más humildes casas del antiguo barrio, se conservan hoy lo mismo que estaban durante el sitio de los turcos.

La catedral de San Estéban, una de las cosas más notables de Viena, es del siglo XIV, de la época del estilo gótico flameante, de esa arquitectura que nada dice al espíritu, porque so-

lamente lo sencillo puede ser verdaderamente grande; la flecha es magnífica, y una de las más atrevidas en el mundo católico; sólo le faltan algunos piés para ser tan alta como la de Estrasburgo, pero se ha echado á perder el interior construyendo muchas capillas de estilo greco-romano, con columnas corintias y frontones que producen muy mal efecto en aquella gran nave gótica.

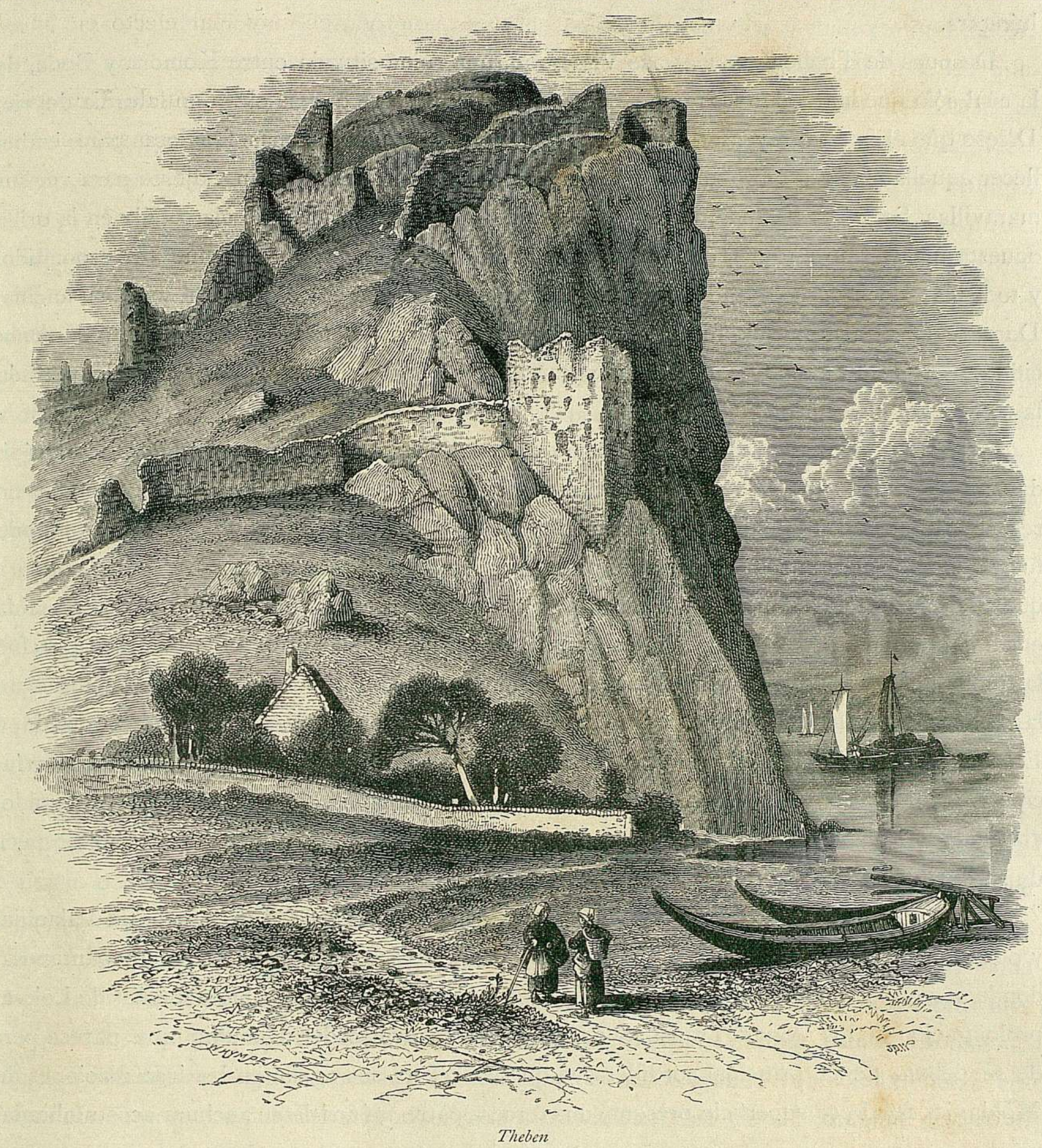
Fundó la catedral el duque Enrique, quien tomó parte en la segunda Cruzada, y eligió la ciudad de Viena para capital de Austria; y por eso el sagrado edificio se asocia más íntimamente con la historia del imperio. En su interior varios emperadores han sido coronados y sepultados, así como tambien generales. Las grandes campanas se fundieron con los cañones turcos cogidos al enemigo durante la guerra. Sobre el tejado, más significativa que hermosa, despliega sus alas el águila austriaca, formada con un mosaico de tejas; una de las cabezas mira hácia los campos de batalla de Aspern, Essling y Wagram, donde Napoleon humilló el orgullo del emperador austriaco, pidiendo su hija en matrimonio; y la otra hácia Schœmbrunn, donde Napoleon II, fruto de aquella union, exhaló su último aliento en un destierro.

Despues de ver la catedral se debe visitar la iglesia de los Capuchinos, que es el panteon de la casa de Austria: todos los emperadores, y muchos archiduques yacen allí en sus ataudes de bronce; pero las bóvedas no tienen nada augusto, porque los muertos están oprimidos unos contra otros; todas las tumbas son de planchas de bronce muy delgadas que resuenan cuando se tocan, como utensilios de cobre, y las más no tienen ningun adorno; sólo se ve un monumento notable, que es el de María Teresa.

Una vez visitados estos edificios, y otros de menor importancia, y recorrido el Prater, uno de los principales paseos de Viena, que se prolonga desde la ciudad al Danubio, y tiene grandes alamedas, con árboles seculares, se puede tomar un coche para ir á Leopoldsberg, la última cima de Khalemberg, que constituye á su vez la extremidad del Wienerwald: este punto se halla á doscientos sesenta metros sobre el Danubio, y la mirada puede abarcar un espacio de cien leguas cuadradas; al pié de esa altura se contempla el segundo rio de nuestro continente por la extension de su curso, el primero por la importancia comercial y política; y una de las grandes capitales de Europa, la quinta por el número de sus habitantes. Difícil seria describir la majestad del espectáculo que se ofrece á la vista del observador.

No muy léjos de Viena, el Danubio abandona el Austria propiamente dicha y penetra en territorio húngaro. Muy pronto se encuentra el March, que desde las fuentes del Danubio es en su orilla izquierda el primer afluente navegable; las montañas que se elevan á la izquierda no han dejado de prolongarse paralelamente al rio desde la Suabia á la Moravia, estrechando de cerca las márgenes; miéntras que las cordilleras de la otra orilla le eran perpendiculares. En el punto mismo de la confluencia del March con el Danubio elévase una escarpada roca, la de Theben, que fué en otro tiempo una importante fortaleza, á juzgar por su posicion y algunas sólidas fortificaciones; dos de sus lados están bañados por las aguas, y el tercero es una empinada pendiente donde se elevaban algunos gruesos muros ántes que los franceses lo redujeran á ruinas. No debe buscarse en Theben un orígen clásico: segun la tradicion, debe

su nombre á la hija de un rey eslavo, que ordenó la construccion; una de las torres se designa con el nombre de Torre de la Monja, sobre la cual se refiere la siguiente leyenda. El señor de Burg habia robado una noble jóven á quien amaba, y que debia retirarse á un claustro en



*Theben*

cumplimiento de la voluntad de sus padres. Perseguida por estos, fué sitiada en la fortaleza, pero ántes que rendirse, los dos amantes se precipitaron en las aguas desde lo alto de la torre.

Esa isla escarpada, que parece querer cerrar el paso del rio, esa torre cuyo pié se baña en las aguas, y esos muros almenados que se elevan hasta el burgo situado en la cima, debian constituir en otro tiempo una fortaleza formidable; pero hoy son sólo una ruina magnífica.

Cuando se ha franqueado la Puerta Húngara divísase ya el enorme esqueleto del castillo de Presburgo y el puente de barcas por donde se debe pasar. La ciudad de Presburgo no ofrece ningun interés particular para el viajero cuando no se halla reunida allí la Dieta húngara.

Despues de Theben encuéntrase Vissegrad, una ruina situada entre Komorn y Buda, de la cual sólo quedan dos muros que se corren hasta una torre que se eleva en la orilla del rio. Dícese que el famoso rey Matías Corvino gastó en otro tiempo sumas fabulosas para embellecer aquella ciudad, tanto que de todas partes de Europa llegaban viajeros para ver sus maravillas. Segun la leyenda, el rey, que tenia allí su residencia, vió cierto dia en la orilla opuesta una hermosa jóven, de la cual se enamoró perdidamente; pronto fué correspondido, y todas las noches, disfrazado de simple caballero, cruzaba el rio para ir á ver á su amada. Durante algun tiempo todo fué bien, pero un dia la jóven descubrió que su amante desconocido era el mismo monarca, lo cual fué para ella un golpe de muerte, pues habiendo perdido la razon, arrojóse al rio.

Más abajo de Vissegrad el rio se aleja de las colinas de su orilla izquierda, girando rápidamente al rededor de Bekouyer-Wald hácia el sur; á corta distancia divísase ya el palacio real de Hungría con la ciudadela de Buda; más abajo el Danubio baña el pié del encumbrado fuerte de Bloksberg, separándose aquí por algun tiempo de la parte pintoresca; pero la llanura que se extiende entre Buda y la frontera esclavona es rica en recuerdos de la lucha sostenida entre la cristiandad y el Islam, habiéndose dicho con justa razon que «durante dos siglos fué la tumba de la flor de la juventud turca y germana; en su extremidad sur, donde se elevan las colinas del valle del Drave, vénse varias fortalezas, entre ellas las de Peterwardein y Ehrenbreitstein, donde Pedro el Ermitaño reunió á sus Cruzados, y cerca de la cual el príncipe Eugenio batió á los turcos. Antes de perderse de vista esta fortaleza divísase Belgrado, «la ciudadela blanca», tomada tambien por dicho príncipe, pero en la cual se firmó despues de su muerte un tratado tan desastroso para el Austria como para la cristiandad.

Desde Belgrado se prolonga una línea de colinas por la derecha de Servia hasta Valaquia; y por la izquierda hasta Bazias, término de la línea férrea, extiéndese una llanura pantanosa, donde se ven los puestos militares de la frontera austriaca. En Bazias, las montañas de Lokva, prolongacion de los Alpes Transilvanos, salen al encuentro del Danubio, que parece perderse debajo de la principal cordillera, y que concentra sus aguas en las inmediaciones de Moldavia, donde su superficie presenta una tercera parte ménos de su anchura acostumbrada.

## III

Al salir de Presburgo, el Danubio se desliza por una inmensa llanura sin que ningun incidente interrumpa su monotonía, hasta que por fin encuentra, entre Grau y Waitzen, las montañas que forman su segunda cuenca. La corriente principal destaca á izquierda y derecha dos brazos que durante su curso aumentan con el caudal de varios afluentes, encerrando las dos islas de Schutt, llamadas por los húngaros el grande y el pequeño Csalokoz. Apénas se

ha penetrado en el territorio húngaro, no se encuentra un rio, una montaña ó una ciudad que no se conozca á la vez con tres ó cuatro nombres, cuando no cinco, latin, aleman, magiar, eslavo y rumano, lo cual origina frecuentes equivocaciones. La mayor de las dos islas, formada por el brazo septentrional ó Neuhaensel, no mide ménos de cuarenta y cuatro millas de longitud por una anchura de veinte; su extremada fertilidad le ha valido por parte de los húngaros el nombre de *Jardin de Oro*. La isleta de Schutt se forma por el brazo meridional que recibe el Raab, corriendo á poca distancia de la ciudad y fortaleza del mismo nombre. Raab ó Gyor, como le llaman los magiares, ha tenido mucha importancia en la guerra de Hungría de 1849: cuarenta años ántes esta ciudad habia sido tomada por los franceses, despues de una batalla ganada á los austriacos por el príncipe Eugenio. A seis millas de Raab, en la otra orilla, y en la confluencia del Neuhaensel, elévase la famosa ciudadela de Gromaron, ó Comorn, cuya rendicion, en 2 de octubre de 1849, fué el último episodio de aquella guerra, en la que los húngaros dieron repetidas pruebas de heroísmo inútilmente. Más allá de Comorn, la orilla derecha del rio presenta una serie de colinas cubiertas de viñedos, que producen los mejores vinos de Hungría sin exceptuar el famoso Tokay. Siguiendo siempre la línea derecha del gran rio, divísase pronto la ciudad de Graan; y al partir de aquí, el paisaje adquiere un aspecto más severo. A derecha é izquierda, las colinas, últimas ramificaciones de los Alpes Nóricos y de los Carpatos, elévanse acercándose al Danubio, cuyo curso estrechan poco á poco, acabando por encerrarle en una especie de angosto desfiladero, el cual franquea un poco más arriba de Vissegrad. Al salir de este desfiladero el rio gira bruscamente y traza un ángulo recto, deslizándose de norte á sur, en un vasto lecho cortado por grandes islas y canales. Aquí es ya bastante profundo para sostener buques de cuarenta cañones. La llanura comienza á ser más uniforme, y tambien más monótona que la que el viajero acaba de recorrer.

Una isla bastante grande, la de San Andrés, divide el curso del Danubio en dos brazos: el primero, á la derecha, rodea la ciudad de aquel nombre; el segundo, á la izquierda, baña Waitzen, poblacion de doce mil habitantes, residencia de un obispo católico, sufragáneo del arzobispado primado de Graan. El aspecto de las dos orillas continúa siendo siempre melancólico: ya no se ve ese paisaje alegre y risueño que tanto seduce en el trayecto de Ratisbona á Viena; pero en las inmediaciones de Pesth recobra un poco de animacion: los pueblos más próximos, los campos mejor cultivados, cierto movimiento en la campiña, y en el rio una navegacion más activa, anuncian que la capital está inmediata. Aquí se ven varias isletas cubiertas de verdor, que parecen surgir del seno de las ondas; una de ellas impide divisar al pronto la ciudad de Buda, de la cual sólo se ven las alturas.

Despues de pasar por Presburgo y Pesth, el gran rio se desliza de izquierda á derecha á través de la Puzsta, cortada por charcas y pantanos: su bosque cierra el horizonte; entre esta y el Danubio serpentea y brilla el Temés, que se pierde hácia Pancsova despues de haber bañado la capital del Banato, Temesvar. En estos parajes reina una calma profunda; no se oye otro ruido sino el de las chimeneas de los barcos de vapor cuyas azules espirales giran en el espacio, desvanécense y vuelven á formarse hasta que el barco se pierde de vista.

Un poco ántes de llegar á Baseiach, el Danubio comienza á describir caprichosos giros,

inclinándose tan pronto á la derecha como á la izquierda cual si no supiera á dónde dirigirse; rechazado y contenido por alturas que dominan la márgen derecha, avanza resueltamente hácia Hungría, donde las colinas más bajas se desvian de pronto, como para dejar que llegue hasta aquel punto el camino de hierro de Temesvar.

En Baseiach, donde la línea férrea pone en comunicacion el occidente con el bajo Danubio, se ven los barcos correos que están en correspondencia con la línea de Lóndres y Paris á Constantinopla. El cabo que avanza frente á Baseiach, en la orilla sérvia, proyecta sobre el agua una mole de rocas rojizas cubiertas de una tierra arenosa; y en el sitio en que el Danubio traza un brusco recodo, elévase, como para cerrarle el paso, un escollo donde se ven las ruinas todavía imponentes de una antigua fortaleza coronada por un alto torreon: este escollo es conocido con el nombre de Rama.

Un poco más léjos, en Golumbacz, se ve una ruina admirable, tal vez la más hermosa que se puede encontrar en las orillas del Danubio: es una pirámide de rocas peladas que surgen del lecho del rio, y sobre la cual se agrupan desde la base á la cima varias torres y torreones enlazados entre sí por caminos cubiertos y muros almenados, los cuales se prolongan hasta la punta extrema, coronada por una torre redonda gigantesca; desde el pié de esta última uno de los lados de la pirámide baja hasta el rio, presentando escalones formados por rocas cortadas á pico. Una barca bastante grande, protegida por una cortadura de la piedra, desaparece en el conjunto imponente de esta construccion y de la mole de granito que le sirve de apoyo. Muros y rocas de un hermoso color rojizo uniforme, se destacan de un ángulo de la montaña cubierta de maleza y cortada por grietas enormes.

Las irregularidades de la orilla izquierda del rio han dado orígen á una infinidad de relatos maravillosos: en un sitio, las rocas, sumamente agrietadas, presentan grandes cavernas que el rio socavó en sus accesos de cólera; una de ellas, conocida con el nombre de «Agujero de los Mosquitos,» es célebre en los cuentos populares. Dícese que allí fué donde San Jorge, vencedor del famoso dragon, abandonó el cuerpo del monstruo; el cadáver putrefacto dió nacimiento á legiones de mosquitos, que todos los años hácia el mes de junio, escápanse del fondo de la caverna y se diseminan en la campiña, donde devoran personas y animales. Inútilmente se ha tratado de tapar la entrada de la gruta, pues ninguna mampostería ha podido resistir los ataques de aquellos endiablados insectos, que muy pronto la reducen á polvo.

A corta distancia de este sitio se ve en las rocas otra caverna que tiene un nombre glorioso en la historia de las luchas de Austria con Turquía, el nombre de Veterani, general italiano al servicio del imperio; un puñado de valientes á quienes habian sitiado en aquella fortaleza natural, tuvieron largo tiempo en jaque á varios miles de arnautas y osmanlís.

Más allá de este sitio legendario, el Danubio se inclina unas veces á la derecha y otras á la izquierda, cual si vacilase en remontar bruscamente por el norte ó bajar en línea recta hácia el mediodía; describe repentinas curvas y choca ruidosamente contra los promontorios que le rechazan y contienen. Estos promontorios afectan la forma piramidal; sus altas cimas están cubiertas de bosque; y en cuanto se puede juzgar por el pronto, las montañas de la orilla turca dominan las de la húngara.

Despues de pasar por delante de Drenkova, pueblo con guarnicion, el Danubio ofrece el aspecto de un lago ó de un tranquilo brazo de mar, aunque se oye á cierta distancia el mugido de varias cataratas que caen sobre los arrecifes; pero esta calma del rio cesa muy pronto, al llegar á dos rocas muy salientes que forman la entrada del desfiladero de Kazán, cuyos blancos precipicios forman singular contraste con las colinas cubiertas de verdor en los alrededores. Las orillas del rio presentan aquí escarpadas pendientes ocultas por espeso bosque, del cual surge á intervalos la cima de alguna roca. Reducido aquí el Danubio á una cuarta parte de su acostumbrada anchura, precipítase con increible rapidez é inusitada furia; no parece sino que las nieves de Suiza, derritiéndose á un tiempo, han sido arrojadas por este angosto paso.

El desfiladero de Kazán, que en ningun punto tiene más de doscientas varas de ancho, queda reducido en Dubova á ciento veintitres; por aquí pasan las aguas que han cubierto ya un canal de más de una milla de anchura; de modo que fácil es comprender cuál será la profundidad y fuerza que el Danubio alcanza en esta parte.

El término del desfiladero está indicado por la famosa inscripcion ó *tabla de Trajano*, descrita tan á menudo por los viajeros, que seria ocioso hablar aquí largamente de ella. Un desprendimiento de rocas ha desfigurado algo el aspecto general, pues ya no se ve la tablilla figurada en antiguos dibujos, distinguiéndose hoy apénas la inscripcion conmemorativa de la primera campaña de Trajano en Dacia (103 de J. C.):

IMP. CAES. NERVAE.
FILIUS. NERVA. TRAJANUS
GERM. PONT. MAX. (1)

Debajo de esta inscripcion se ve ó más bien se veia la figura de dos delfines con la cola enroscada y rodeando el águila romana; algunos han creido ver dos genios alados; pero muy pronto no se distinguirá el menor vestigio. Seria curioso saber si la tablilla fué tallada en la misma roca: todos los autores guardan silencio sobre este punto.

Pasado este sitio, penétrase en la cuarta cuenca del rio, desde donde se divisan en lontananza las blancas casas de Orsova; las duras rocas se inclinan en forma de pendientes cubiertas de bosque, llegando hasta los risueños prados de Valaquia; el rio circuye una isla, y deslizándose tranquilamente por un ancho valle, que el sol ilumina con todo su brillo, llega á Orsova, la última ciudad austriaca.

En el desfiladero de Kazán la soledad es completa, y el paisaje ha conservado su carácter tan primitivo y tan vírgen de todo trabajo humano, que el viajero podria creer verdaderamente que es el primero en pasar, experimentando la doble emocion del descubrimiento y de lo desconocido. Al pasar por esta garganta magnífica admírase la grandiosidad del Danubio, por más que se le haya visto ya en un largo espacio ensancharse y recogerse sucesivamente, saltar y mugir entre paredes de rocas, únicas que podrian dominar y contener sus furores.

(1) Nerva Trajano el Germánico, pontífice máximo, hijo del divino Nerva, Césaremperador.

Al contemplar las moles de granito á través de las cuales se precipitan las ondas desordenadas del Danubio no se puede ménos de rendir un tributo de admiracion al genio del hombre que ha sabido vencer la fuerza de resistencia inerte y la fuerza loca de la naturaleza. ¿No es maravillosa esta via que se corre á lo largo de la orilla izquierda, conquistada en parte á la roca y en parte al agua, y que tan pronto queda suspendida en los flancos mismos de las montañas, como escalonada sobre las moles que se destacaron de la principal, siendo rechazadas hasta el lecho del rio? Este es el famoso camino de Drenkova á Orsova, construido por el conde Szechenyi, gracias al cual no se ha interrumpido nunca el servicio de la Compañía del Danubio, ni áun en la época en que por estar las aguas muy bajas el rio no es navegable para los vapores ordinarios, ni áun para las barcas conducidas por remeros. El camino de Drenkova á Orsova es sin disputa una obra maravillosa que podria rivalizar con las grandes construcciones de los romanos.

## IV

Orsova es la última estacion de los vapores en la orilla austriaca; á pocos kilómetros de distancia, despues de franquear un riachuelo llamado Tcherna, que corre desde las últimas ramificaciones de los Carpatos, comienza la frontera válaca; y á partir de aquí, el Danubio se desliza completamente por el imperio turco, si pueden considerarse como formando parte de este, la Moldo-Valaquia, que el rio sigue costeando por la izquierda con un inmenso camino, y la Servia, la cual no abandona hasta llegar á la confluencia del Timok.

Desde Orsova, donde es preciso detenerse para el registro de los equipajes, el vapor conduce al viajero en veinticuatro horas á Giurgevo; y despues de pasar por la desembocadura del Tcherna, cuyas limpias aguas corren por un desfiladero encajonado de los Carpatos transilvanos ántes de mezclarse con las ondas amarillentas del gran rio, llégase á las Puertas de Hierro del Danubio, que presentan una formidable barrera. Los romanos consideraban que estos arrecifes dividian el rio en dos partes, y dieron á cada cual nombres diferentes; en la actualidad, estando Austria en una orilla, y las provincias sometidas á Turquía en otra, el contraste es todavía más notable; lo mismo arriba que abajo se ven obras romanas en las ruinas del puente de Trajano y en los restos del camino de Kazán; pero el conjunto ofrece aspecto muy distinto del que presentaba en otra época.

Las Puertas de Hierro son el famoso desfiladero que tanto temor infundia ántes á los marinos; Scila y Caribdis no aterraban tanto á los pilotos de la Trinacria como los imponentes escollos de las Puertas de Hierro; pero hoy dia, inútil es que el rio se agite furioso, formando tumultuosas cascadas, pues apénas excita la curiosidad de los pasajeros, que sólo se inclinan para contemplar su inútil cólera. El vapor, sereno en su fuerza y confiado en el genio moderno que le dirige, pasa sin apresuramiento ni vacilacion por encima de la imponente tempestad, lanzando al eco de las grutas profundas socavadas en ambas orillas un silbido burlon que deberia despertar la cólera del viejo Ister en el fondo de su antro.

En el espacio de tres kilómetros, las Puertas de Hierro ofrecen el aspecto de una inmensa

rasgadura que se hubiera producido de pronto en una inmensa mole de rocas, haciendo rodar por cada lado hasta el lecho del rio grandes peñascos que despues quedarian soldados entre sí, formando un pavimento enorme y desigual; la desviacion de las dos paredes puede tener doscientos metros, siendo su altura el doble. Durante la estacion en que las aguas están bajas se puede ver las piedras que entorpecen la corriente; y no se explica que no se haya intentado despejar el lecho del rio de esos arrecifes, que áun hoy, á pesar del poco calado de los vapores de la Compañía, constituye en ciertas épocas del año una dificultad si no un obstáculo para la navegacion. Los ingenieros modernos han ejecutado y ejecutan diariamente en el trayecto de las vías férreas trabajos mucho más complicados; y además, si no se puede quitar el obstáculo, no seria tan difícil evitarle abriendo un canal de cuatro kilómetros de longitud que permitiera á los vapores desviarse de tan incómodo paso. Los dos proyectos fueron presentados por el conde Szechenyi: Austria rechazó el primero por considerarle impracticable, y Turquía no aceptó el segundo, por motivos que ignoramos.

Prescindiendo de sus escollos y de sus cataratas, el desfiladero de las Puertas de Hierro aventaja casi en grandiosidad al de Kazán: al cabo de una hora de recorrerle ensánchase considerablemente, y á sus rocas ferruginosas, que se deprimen y desvian poco á poco, síguense unas orillas redondeadas, de cuarenta metros de altura cuando más.

A veinte minutos del desembarcadero, despues de pasar por delante de Turnus-Severinus, que á pesar de su nombre antiguo es una ciudad de orígen moderno, hállanse las ruinas del puente de Trajano, que vistas desde el centro del rio presentan en cada orilla exactamente la misma figura; parecen dos grandes sitiales de piedra colocados junto al agua uno frente á otro; un gran lienzo de mamposteria, sobrepuesto de una mole cuadrada que la accion del tiempo ha redondeado, simila el respaldo.

Ahora bien ¿es aquí verdaderamente donde se hallaba el puente de Trajano? ¿Son en realidad esas dos moles de piedra las dos columnas que sostenian el armazon? La existencia del puente en tiempo de la Roma imperial es incontestable, pues el historiador Dion Casio le describió minuciosamente; construido por el arquitecto Apolidoro de Damasco, por órden de Trajano, cuando emprendió su segunda campaña contra Decébalo, componíase de veinte arcos de ciento cincuenta piés de altura; su ancho era de sesenta y su longitud de novecientos. Esta obra atrevida no duró mucho tiempo: Trajano habia ordenado la construccion de aquel puente para pasar á Dacia, y su sucesor tuvo á bien mandar derribarle porque los Bárbaros podian servirse de él á su vez para invadir el territorio romano. Desgraciadamente, los historiadores que facilitaron estos datos no precisan con exactitud el sitio donde el puente se hallaba.

Despues de franquear las Puertas de Hierro, el Danubio gira y vuelve á girar, trazando cuatro semi círculos ántes de seguir su direccion normal hácia el mar Negro.

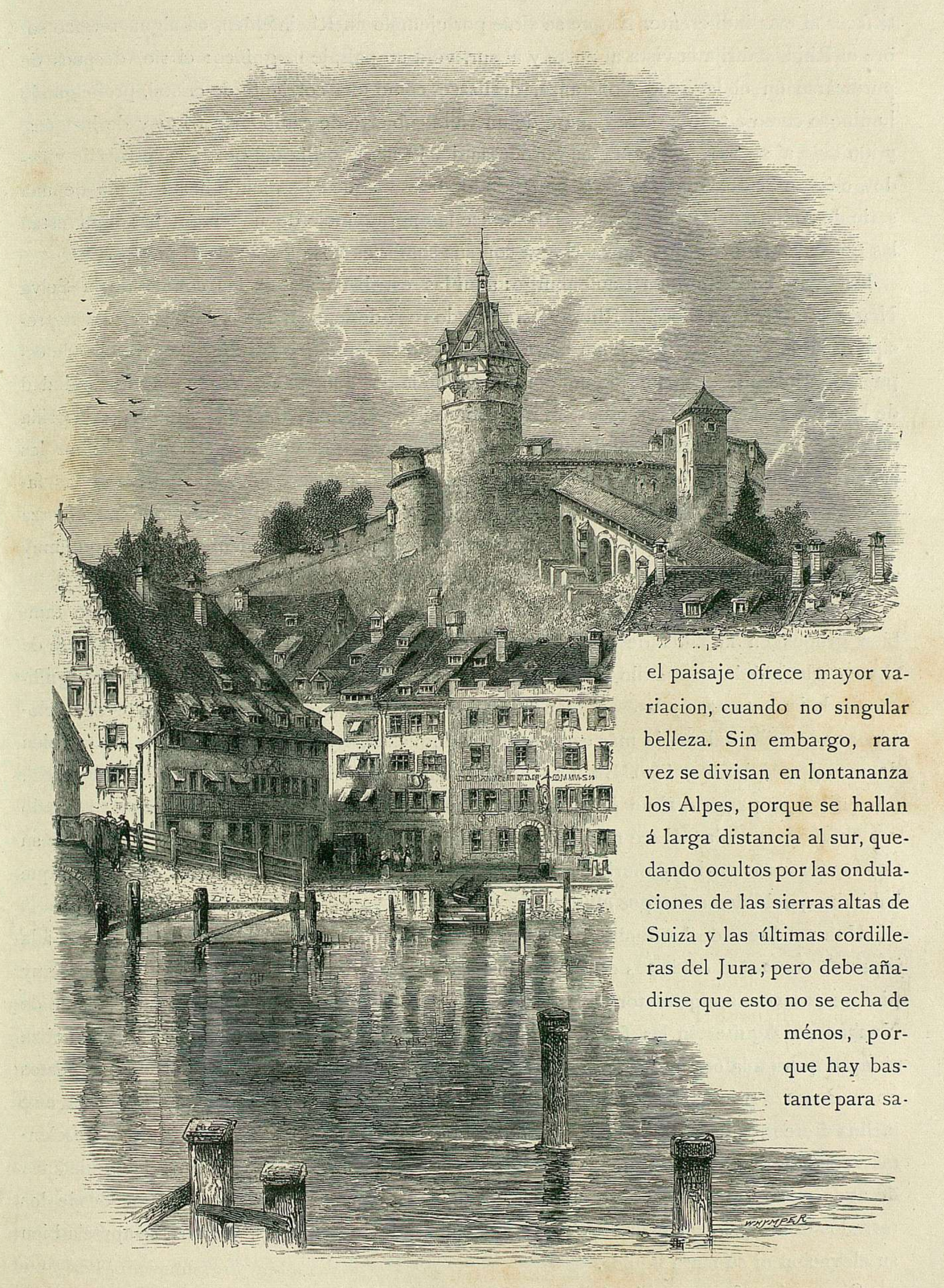
---

# LA SUIZA ORIENTAL



*Schaffhusa*

La frontera nord-oriental de Suiza no suele llamar la atencion de los viajeros; no se halla en el camino directo que conduce á los principales centros montañosos de recreo, y hé aquí porqué no se acuerdan de ella los que sólo se rigen por la moda y las *Guias*. Sin embargo, pocos distritos hay que tan bien compensen las molestias del que los recorre como los que se cruzan por el Rhin entre el Lago de Constanza y la ciudad de Basilea. Todos visitan y vuelven á visitar el famoso Rheingau desde Bingen á Bonn; pero ¿cuántos de aquellos para quienes Coblenza, Caub y Oberwesel son palabras familiares se han detenido alguna vez en Rheinfelden, Laufenburgo y Schaffhusa? A decir verdad, esta parte superior del Rhin no presenta en sus márgenes tan larga serie de interesantes ruinas ni sus aguas bañan la base de tantas rocas con castillos y ricos viñedos; pero el paisaje de sus orillas es más variado, y seguramente no ménos hermoso. Para muchos hay alguna monotonía en el largo valle ondulado del Rheingau, con sus escabrosos lados; y si no fuese por varias pintorescas ciudades y ruinas, el viajero se cansaria pronto de su paisaje, como le sucede en algunas partes del Danubio, por ejemplo desde Passau á Linz. En el Rhin superior, en cambio, sin faltar ruinas, hay puntos que no son ménos dignos que los de Rheingau del pincel de un artista, y al mismo tiempo




Castillo de Schaffhusa

el paisaje ofrece mayor variacion, cuando no singular belleza. Sin embargo, rara vez se divisan en lontananza los Alpes, porque se hallan á larga distancia al sur, quedando ocultos por las ondulaciones de las sierras altas de Suiza y las últimas cordilleras del Jura; pero debe añadirse que esto no se echa de ménos, porque hay bastante para sa-

tisfacer al más indiferente. El que se sitúe por ejemplo en Rheinfelden, en algun terrazo sobre el Rhin, y dirija la vista al norte y al sur, verá un paisaje magnífico: el rio, despues de purificarse en el lago de Constanza, deslízase como una corriente de cristal, prolongando luminoso curso á través de la llanura de un valle cubierto de campos de trigo y de bosques, y limitado al sur por las montañas purpúreas del Jura. La orilla del norte, revestida de viñedos, elévase bruscamente sobre el borde de una meseta que se extiende hasta el pié de una serie de colinas, detrás de las cuales destácase la enorme mole de una montaña; aquí están las tierras superiores de la Selva Negra con sus sombríos bosques y verdes prados.

Detengámonos ahora en Laufenburgo: aquí las estribaciones de las colinas de la Selva Negra se prolongan sobre el Rhin, y esta isla de roca detiene su curso, pero las aguas se precipitan impetuosas á través de un barranco pedregoso, formando blanquísimas nubes de espuma: un magnífico puente que une un caserío de la orilla alemana con una antigua ciudad de la parte suiza, sirve para cruzar el rio; sobre el brazo principal, que se desliza por la orilla norte, hay otro puente muy pintoresco, como los muchos que vemos en Suiza, y sobre las rocas, hácia el sur, un tercero con tres arcos, de ligera construccion. Aquí comienzan las famosas cataratas: el agua baja impetuosamente por un barranco, adquiriendo más fuerza segun adelanta en su caida, hasta que al fin precipítase ruidosamente en el rio, que muy revuelto aquí, prosigue luego su curso tranquilamente.

Las casas de la ciudad suiza coronan las rocas que hay sobre la catarata, formando tambien grupos en la falda de una montaña pedregosa, sobre los cuales destácase la torre de alguna iglesia ó de un castillo ruinoso. Si se quiere apreciar con alguna exactitud la magnificencia de las cataratas y la espantosa fuerza de tan inmenso volúmen de agua, es preciso colocarse en la orilla del rio, lo más cerca posible de aquellas, y una vez allí se disfrutará tambien de un espectáculo magnífico. En otro tiempo, cuando el Rhin era una especie de camino real, por difícil que parezca, si no imposible, algunas falúas franqueaban las cataratas, bajando con ayuda de cuerdas. Hace medio siglo que un par inglés, Lord Montagne, el último de su raza, quiso atravesarlas y murió ahogado: el mismo dia, segun se asegura, el castillo en que habitaba quedó destruido por el fuego.

Una vez fuera de Laufenburgo se cruza por un país muy agradable, en el que se ven á la izquierda montañas cubiertas de espeso bosque, y á la derecha verdes prados y pueblos muy pintorescos con antiguas torres y castillos, hasta que el tren se detiene en la estacion de Neuhausen. Aquí están las famosas cascadas del Rhin: una elevada mole de roca caliza cierra el paso á la corriente y produce los saltos de agua, pero así como en el Niágara, estos no producen á primera vista una impresion de asombro en el espectador, que desde luégo se inclina á creer exagerados los elogios que se le han hecho. La anchura del rio es de trescientas varas y la altura de la cascada varía de diez y seis á veinte; de modo que aunque la línea de agua está cortada por dos rocas cubiertas de bosque, si se miran las cataratas desde los terrados de los principales hoteles, parecen comparativamente bajas, y nunca se aprecia bien su elevacion ni su masa líquida.

Si se quiere formar un juicio exacto de su grandiosidad es preciso acercarse, y nada mejor

que elegir como observatorio la orilla izquierda, situándose junto al castillo de Lauffen, que corona una roca cubierta de bosque, con varios miradores: el más notable de estos es una galería de madera llamada el Fischeng, apoyada en la roca junto á la cascada. Una vez aquí, el espectador aturdido por el estrépito incesante de la catarata y humedecido por la impetuosa corriente, puede ya juzgar de su importancia y decir si las cataratas del Rhin difieren ó no de todas cuantas se puedan ver en Suiza. Al contemplar aquellas masas líquidas, que parecen animadas de vida y de un instinto destructor, la galería de que hemos hablado retiembla, cual si sufriese un sacudimiento, mientras las inmensas ondas se precipitan con irresistible ímpetu; y al ver este espectáculo, compréndese que no hay corriente de montaña ni de glaciar que pueda producir una catarata como la de este poderoso rio, digno de ser el límite de los pueblos y la gran vía de las naciones.

Colocándose debajo de las cascadas se puede disfrutar de una magnífica vista del rio: aunque parece muy aventurado llegar hasta al pié de la roca en el centro de la catarata, no es muy difícil, pues las aguas dejan en la línea de su encuentro una especie de estrecho canal cuya corriente es comparativamente tranquila. El barquero rema en cierto trecho debajo de las cascadas, y despues avanza directamente hácia la roca. El bote sube y baja de continuo como en un mar agitado, y por todas partes rodéanle furiosas ondas de un magnífico tinte verde azulado, pero no se tarda en llegar al punto apetecido; entónces se trepa por un escabroso sendero hasta la cima, y se ve el rio en toda su majestad.

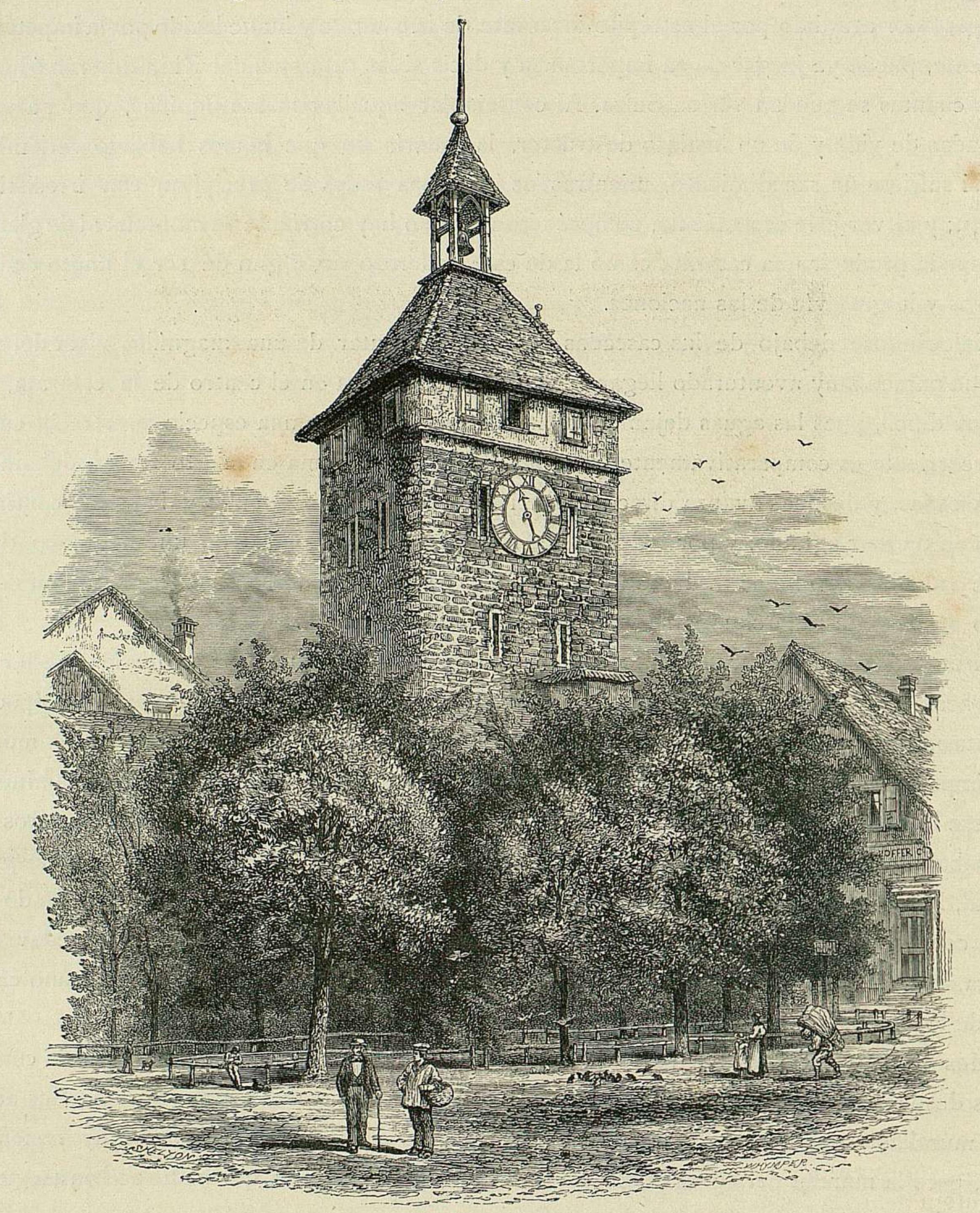
A unas dos millas sobre las cascadas hállase Schaffhusa, que á pesar de las modernas innovaciones es una hermosa y pintoresca ciudad llena de recuerdos de las pasadas épocas. Cuenta más de mil años de existencia, y fué primitivamente un centro comercial de mucha más importancia que la que tiene hoy dia, porque ántes de que se abrieran buenos caminos y hubiese líneas férreas, el Rhin valia mucho más como vía comercial, porque los géneros se desembarcaban aquí para enviarlos despues á su destino. Primeramente caserío, y despues ciudad, la importancia de Schaffhusa se acrecentó mucho cuando en el siglo XI se fundó un gran convento dedicado á «Todos los Santos», convento del cual se conserva todavía la iglesia, aunque las últimas alteraciones han borrado sus más interesantes detalles, como catedral de la ciudad.

Más tarde se fortificó Schaffhusa, llegando á ser ciudad imperial; y cerca de cuatro siglos despues se anexionó á la Confederacion Helvética como duodécimo canton. Sus antiguas murallas y puertas con torres se conservan aún, ó por lo ménos existian muy recientemete, pero la marcha del «progreso» es ahora tan rápida en Suiza, que nadie podria asegurar cuánto tiempo se respetará una antigua reliquia.

Una de las cosas que ántes llaman la atencion en la ciudad es su ciudadela, que coronando una colina de poca altura, está sobrepuesta de una torre redonda con tejadillo en forma de pirámide: desígnase con el nombre de Munnoth, ó más propiamente Unnoth, *(ohne Noth)*, porque su construccion se emprendió durante un período de miseria general, á fin de que los pobres tuvieran algun trabajo con que atender á su subsistencia.

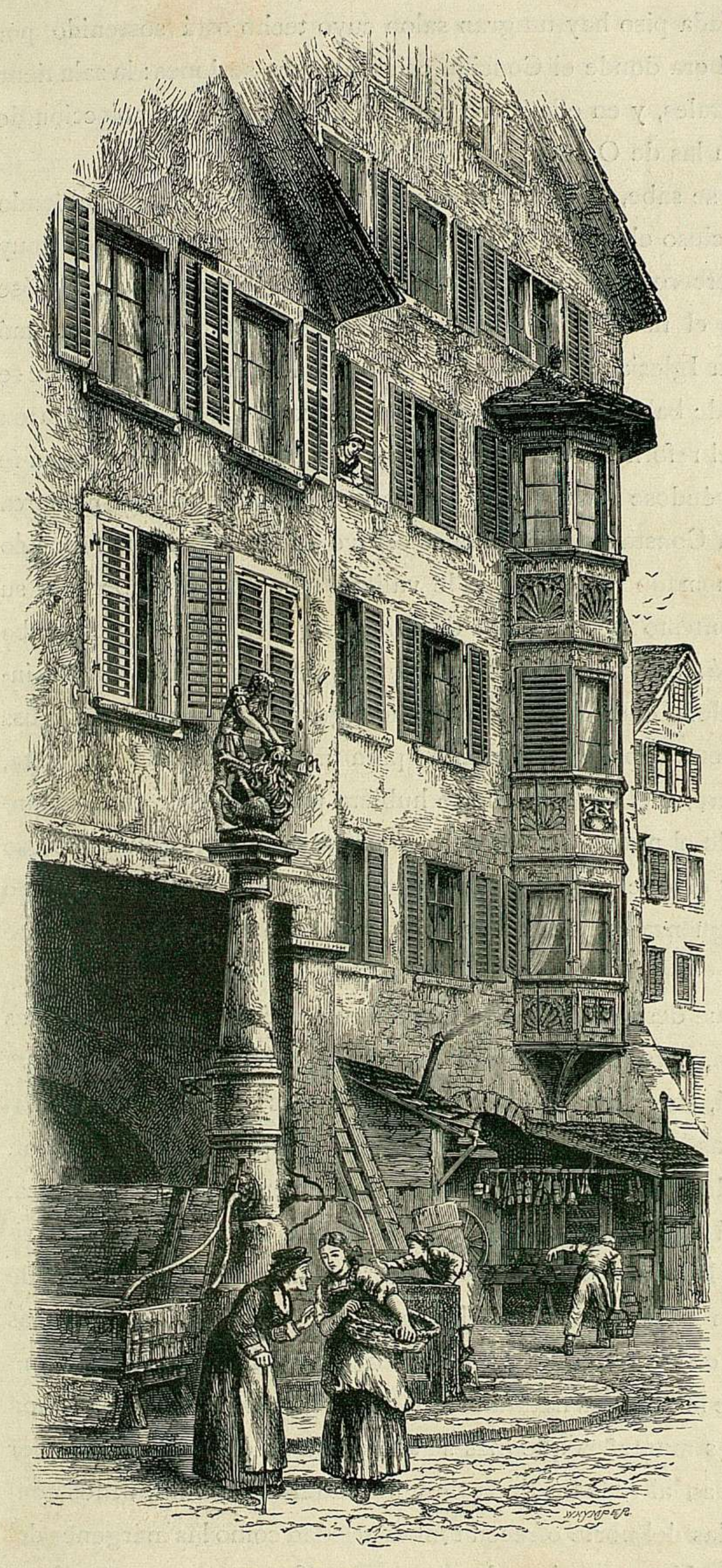
En la ciudad misma hay muchas antiguas casas muy curiosas, dignas de ser vistas, aunque

sólo sea por sus esculturas y frescos. Antiguamente habia aquí un puente de madera muy célebre para cruzar el Rhin; pero sufrió la misma suerte que otros muchos objetos interesantes á fines del último siglo; fué quemado por el ejército francés durante la guerra de 1799.



*La torre Schnetz en Constanza*

Las orillas del Rhin son en cierto espacio ménos interesantes más arriba de Schaffhusa: el lecho es ancho, y á veces pantanoso, y así este como la forma irregular del Mar de Unter inducen á creer que el lago de Constanza tuvo en algun tiempo mucha mayor anchura que ahora. Este mar de Unter, ó lago Inferior, es tal vez más exactamente un ensanchamiento del Rhin que una parte del lago de Constanza, pues sus orillas se acercan á la ciudad de



*Calle de la Fuente en Zurich*

este nombre en un corto trecho, formando como un canal de rio, que le separa del lago principal.

Constanza es una ciudad que ha decaido bastante en el mundo, siendo la poblacion mucho ménos numerosa que en la edad media, época que por su posicion especial era un puerto de más valor que Schaffhusa por lo que hace al tráfico. Creemos que muchos viajeros reconocerán al llegar aquí un error geográfico, cuando descubran que la ciudad, aunque situada en la orilla izquierda del Rhin, no es suiza, sino alemana, formando parte del Ducado de Baden. Su nombre recuerda los dias de la Roma imperial y de Constancio Cloro, quien reedificó una fortaleza construida en este lugar hácia principios de la era cristiana y designada primeramente con el nombre de Valeria. La importancia de la ciudad aumentó poco á poco, prosperando su comercio hasta el siglo XV, época en que su poblacion ascendia á cuarenta mil almas, conociéndose ventajosamente sus tejidos en toda Europa. Debe principalmente su importancia en la historia al hecho de haber sido elegida para celebrar sus sesiones el famoso Concilio que se reunió allí en 1415.

Aún puede verse el salon que fué testigo de los importantes debates que se suscitaron: hállase en la parte superior de un gran edificio de dos pisos, con gruesas paredes y un pesado techo. Segun aseguran los arquitectos, debió construirse para servir de casa aduana, y probablemente se habia terminado hacia poco

cuando se reunió el Concilio. En cada piso hay un gran salon cuyo techo está sostenido por líneas de pilares de madera, y aquí era donde el Concilio celebraba sus sesiones: la sala tiene hoy por adorno varias pinturas murales, y en ella se ve tambien una interesante coleccion de armas, entre las cuales predominan las de Oriente.

El cisma del Papado, como ya se sabe, terminó virtualmente en dicho Concilio, habiendo sido depuestos dos reclamantes, incluso el que resolvió la reunion de aquel, sin duda muy contra su gusto; miéntras que el tercero renunció voluntariamente, despues de lo cual eligióse un nuevo Papa, que gobernó bajo el nombre de Martin V. En aquel Concilio se proclamó definitivamente la supremacía de la Iglesia sobre el Papa; pero por lo que principalmente se hizo famoso, ó más bien se cubrió de baldon, en concepto de la mayoría de los que juzgaron el hecho, fué por su proceder con el reformista bohemio Juan Huss. Confiado en la buena fe del emperador de Alemania, y creyéndose inviolable con el salvoconducto que este monarca le habia dado, Huss se presentó en Constanza, mas apénas estuvo en la ciudad, fué reducido á prision, condenado á muerte y quemado vivo, sin que le valiera recordar al emperador su palabra y sus promesas. Se le contestó que la gloria de Dios exigia su muerte, y no hubo apelacion. En tan buena causa ¿qué importaba una vil traicion, ni que los medios fueran indignos cuando el fin era tan laudable? De este modo sus enemigos triunfaron y Juan Huss sucumbió, pero tan momentánea victoria preparó el camino para una derrota más completa, porque despues de Huss vino Lutero, y el sistema que se hubiera podido salvar en Constanza fué combatido en Worms, donde el nuevo campeon halló un protector más pundonoroso y de conciencia ménos ancha que el que dejó quemar á su infeliz predecesor: Cárlos V no quiso «tener que sonrojarse de vergüenza como Sigismundo», y Lutero salió tranquilamente de Worms para volver á sus lares.

La catedral de Constanza, aunque desfigurada por recientes reparaciones, conserva partes de una antigua construccion romana, pero la ciudad es en su conjunto ménos interesante que Schaffhusa. Sin embargo, acá y allá, como se observa siempre en todas esas ciudades alemanas fronterizas, encuéntranse algunas cosas pintorescas, como por ejemplo el Schnetz Thor, puerta de la ciudad, flanqueada de torres, como las muchas que vemos en toda la Suiza, particularmente en los distritos del norte; no faltan tampoco bonitas casas antiguas del siglo XVII; miéntras que el magnífico lago, por una parte, y la perspectiva de las montañas de Suiza y del Tirol por otra, bastarian para comunicar el mayor encanto á la localidad más monótona. El lago en sí carece, no obstante, de los atractivos que tienen sus próximos compañeros; el de Ginebra, con el cual se le compara naturalmente, aventájale un poco en extension y más aún en belleza; ninguna de las montañas que más se acercan á su extremidad superior son comparables con las que se elevan al rededor de la desembocadura del Rhin, ni los contornos más redondeados de sus orillas del norte ofrecen tanta variedad como las márgenes del lago de Ginebra, desde donde se puede contemplar además el magnífico panorama que ofrece á la vista del espectador la cordillera del Monte Blanco. Sin embargo, á lo largo de las orillas del lago de Constanza hay muchos agradables paisajes, y cuantos hayan cruzado sus aguas en un hermoso dia de verano conservarán un grato recuerdo de tan agradable excursion.

Bien podria decirse que el Rhin se convierte al sur del lago de Constanza en una especie de rio alpino; el valle es aquí muy ancho, como sigue siéndolo aún en el espacio de muchas millas, pero las extensas praderas de cada lado quedan limitadas por las montañas, algunas de las cuales, muy escarpadas, elévanse á cinco ó seis mil piés.

El rio es un límite de dos pueblos que se asemejan, como era de suponer, por algunos conceptos, pero que difieren singularmente por otros. Sus condiciones de vida son casi idénticas; y sin embargo, por el este tenemos los tiroleses, que figuran entre los hijos más obedientes de la Iglesia católica romana y fieles partidarios de la Casa de Hapsburgo; miéntras que por el oeste están los suizos, con su diverso credo y su ardiente amor á la libertad. El yugo que para los unos es casi un servicio de amor, fué para los otros en algun tiempo lo que les excitó á proclamar su libertad; y á principios del presente siglo, Europa vió á las dos naciones luchando, aunque en distintas épocas, contra un enemigo comun, la una para mantener su independencia; la otra para conservar su union con el imperio austriaco.

En la parte superior de este valle, rico y fértil, aunque algo pantanoso en ciertos puntos, prolóngase la línea á Ragatz y Chur, desde donde los caminos divergen hácia el alto valle del Rhin, contándose dos pasos que conducen al norte de Italia y al valle del Inn. De algunas partes de este distrito hablaremos ahora; mas por lo pronto debemos desviarnos para seguir otro camino, que tambien nos conduciria á Basilea y que por ser el más corto suele merecer la preferencia de los viajeros. Este camino se aleja de la línea férrea suiza del Norte en Waldshut, y despues de costear la orilla septentrional del lago de Zurich, cruza el valle de Limmat y desemboca en el del Rhin en Sargans, casi á una docena de leguas al sur del lago de Constanza. Para llegar aquí, y aunque crucemos el distrito montañoso despues de separarnos del primero de dichos lagos, no es necesario atravesar ninguna cordillera, pues tenemos aquí dos rios á nuestra disposicion. Los valles del Limmat y del Rhin son como dos calles, la primera de las cuales cruza una eminencia casi imperceptible ántes de penetrar en Constanza; no se podria decir que ninguna parte de ella está completamente dentro de la zona montañosa, aunque las inmediaciones tienen este carácter y las montañas no distan mucho de su extremidad oriental. El paisaje es muy variado y risueño más bien que grandioso, y en diversos puntos se ven ricos cultivos, bonitas casas y pintorescos pueblos. Por todas partes están sin embargo cerca las montañas; y áun desde Zurich, cuando la atmósfera está clara y serena, divísase perfectamente toda una serie de nevadas cimas.

Zurich es una de esas ciudades en que la prosperidad comercial ha perjudicado mucho á todo lo artístico. Hace veinte años, aunque hermosa todavía, era mucho ménos pintoresca que ántes, lo cual no quiere decir que no se encuentren aún cosas bastante pintorescas, como por ejemplo ciertos grupos de casas y la fuente coronada por una estatua que representa á San Miguel rindiendo al dragon que reproducimos en nuestro grabado, lo cual parece ser un asunto favorito en el país. Desde la localidad llamada Lindenhof se ve la mejor parte de la ciudad y una buena porcion del Limmat.

La catedral es sin disputa uno de los más notables é interesantes edificios de Zurich: maciza construccion de estilo romano, tal vez parezca su estilo demasiado sencillo, pero el

contiguo claustro se distingue por su riqueza y elegancia. Los aficionados á las antigüedades encontrarán mucho que ver en el museo de la ciudad, donde entre otras reliquias hay una considerable y magnífica coleccion de las vistas de las Pfahlbauten, ó «viviendas lacustres», de las cuales contábanse muchas sobre el

*Una calle en Rapperschwyl*

lago de Zurich y sus orillas: eran grupos de caseríos de un pueblo que habitó la Suiza ántes de la ocupacion romana (ignoramos cuánto tiempo), y que construia sus cabañas sobre plataformas sostenidas por estacas fijas en el fondo del lago; de manera que los habitantes

estaban libres así de los ataques de las fieras y de todos los enemigos que no pudieran disponer de embarcaciones.

Como á unas seis millas más abajo de su extremidad oriental, el lago de Zurich se estrecha por un promontorio que se extiende desde la orilla sur: en la primera hállase situada la ciudad de Rapperschwyl, que se comunica con el segundo por un puente de madera: asegúrase que este último es el más largo del mundo, excepto el que cruza desde San Lorenzo á Montreal, pues tiene una milla de una márgen á otra; su construccion data de mediados del siglo XIV, pero se reparó hace unos sesenta años.




*Casas de Davos Dorfli*

La ciudad se eleva desde la orilla del lago, ocupando la pendiente de una colina baja, y está coronada por un antiguo castillo y la iglesia parroquial; de modo que ofrece un conjunto más pintoresco que Zurich, en cuanto á posicion, aunque comparada con esta ciudad no es en rigor más que un pueblo. Lo más notable de su historia es el hecho de haberse conservado como república independiente hasta fines del siglo último, cuando Suiza fué invadida por las tropas francesas.

La ciudad, como el grabado lo indica, tiene el acostumbrado tipo pintoresco de todas las

de la Suiza alemana, es decir de aquellas que no han prosperado lo bastante para merecer el favor de los modernos constructores. El antiguo castillo, de hermoso aspecto, ha sido restaurado últimamente, y ahora contiene una coleccion de antigüedades relativas á la historia de Polonia.

Cuando se ha dejado atrás la llanura pantanosa que hay á la entrada del lago de Zurich, el paisaje del valle del Limmat comienza á ser más hermoso; las rocas de caliza y los picos son á veces grandiosos, y los sombríos pinares contrastan deliciosamente con los delicados tintes grises de las moles pedregosas; pero aún es más pintoresco el conjunto que ofrecen las orillas del Wallenstadt. Este lago, que apénas es otra cosa sino una expansion del Limmat, aunque comparativamente pequeño, puede considerarse, por la belleza de sus alrededores, como uno de los más hermosos de Suiza. En su orilla norte las montañas se elevan á unos seis mil piés sobre la superficie líquida, formando gigantescos terraplenes y muros naturales flanqueados de precipicios; la orilla sur, aunque ménos escarpada, tiene un paisaje más variado, en el que se ven muchas rocas salientes, grupos de pinos y valles montañosos; miéntras que la vía férrea se prolonga por la orilla del agua, en la extremidad del lago un tributario importante vierte sus aguas en el lago del Limmat, desde donde se divisa en lontananza el paisaje del Linththal y los imponentes precipicios del Glarnisch.

Desde el lago de Wallenstadt no se necesita mucho tiempo para salir al valle del Rhin por Sargans, y despues de una hora de camino á través de verdes prados llégase á los hoteles y casas de baños de Ragatz. La belleza de los alrededores y la virtud de las aguas contribuyen á que esta localidad sea muy favorecida de los enfermos, aunque los manantiales no se hallan en el pueblo, sino en el famoso desfiladero del Tamina, á unas dos millas de distancia. El agua se trae en pipas, sin que su temperatura baje mucho en el camino.

Difícil es hacer comparaciones en los Alpes, pero me aventuraré á decir que por su grandiosidad y aspecto salvaje el desfiladero del Tamina aventaja á todo cuanto los viajeros han visto, y nada de particular tiene que al tratar de describirle los escritores hayan agotado todas las palabras de que se puede hacer uso para expresar lo sublime y lo espantoso, sin que ninguna pintura baste, empero, para dar una idea de la realidad: se debe ver el cuadro si se quiere apreciarle en su justo valor, pero añadiremos que el efecto se realza mucho por el contraste.

Una excelente carretera asciende insensiblemente desde Ragatz, por la orilla del Tamina, hasta la desembocadura del valle. Las blancas casas de dicha localidad, los ricos prados que se prolongan á la orilla del Rhin, y los caprichosos contornos de las montañas de Prattigau, constituyen un cuadro magnífico. En frente elévase, por una parte, un precipicio cuyas paredes son de pizarra muy oscura, miéntras que por la otra se ve un escarpado declive cubierto de bosque, todo lo cual contribuye á la mayor belleza del paisaje. Los precipicios están bordeados de una espesura de árboles; el verde follaje parece revivir á los rayos del sol, que brilla entre espacios cubiertos de sombra; los filamentos de liquen relucen como la plata; y á cada paso que se da en el valle obsérvase una nueva combinacion de torrentes, de bosques ó de rocas. En cierto sitio el camino se prolonga á través de una saliente de roca, hasta que al fin se llega á una maciza construccion que parece un callejon sin salida. Aquí termina el

camino, y las rocas se elevan al rededor, formando una barrera al parecer infranqueable; pero si se examina el sitio, se verá detrás una estrecha abertura que sólo tiene el ancho necesario para dar paso al torrente. Una vez dentro de dicha construccion, franquéanse algunos pasadizos muy oscuros y se encuentra la base de la roca, de donde parte una estrecha calzada que conduce á dicha abertura. A los pocos pasos se creeria estar completamente encerrado: las paredes del desfiladero, aunque casi paralelas, no son del todo verticales, y por un lado la roca parece suspendida sobre la cabeza del viajero. El torrente ocupa todo el espacio que hay entre la base de las moles de piedra, de modo que no queda sendero alguno para pasar. El sendero era, pues, inaccesible hasta que se construyó el actual camino, que se reduce á una plataforma de tablas apoyada en varias vigas. Segun se avanza aumenta la oscuridad, y ni un solo rayo de sol penetra en estas profundidades, pues lo impide la espesura de matorrales y el ramaje de los árboles, que por todas partes se extiende, formando como un toldo; de manera que á veces no se divisa ni el más pequeño espacio de cielo. Despues de recorrer una regular distancia se ve por fin una densa niebla que se eleva de las aguas: es el vapor de los manantiales termales, cuyo aspecto es tan hermoso como salvaje cuando están iluminados por los rayos del sol, que en este sitio penetran algunas veces hasta el fondo del barranco.

Los manantiales se hallan protegidos por una bóveda de mampostería, y llégase á ellos por dos túneles muy cortos: se ha reconocido una diferencia en su temperatura, siendo el más cálido de unos 99° Fahrenheit. Las aguas son límpidas y casi carecen de sabor alguno; la materia mineral en disolucion que contienen parece muy escasa, predominando las sales de sosa y magnesia. Dícese que estas aguas eran conocidas ya en el siglo XI, pero que la dificultad de llegar á ellas fué causa de que se olvidasen. Sólo á mediados del siglo XIII llamó la atencion sobre ellas un cazador, que miéntras trepaba por las rocas observó el vapor elevándose sobre los manantiales. Asegúrase que durante mucho tiempo, y atendidas las dificultades del camino, se adoptó el medio de bajar á los pacientes por medio de cuerdas, dejándolos en las rocas junto á las aguas, bien provistos del alimento necesario en los dias que debiesen permanecer allí. Nada podia probar mejor las eficaces virtudes de las aguas de los manantiales que el hecho de escapar con vida de aquel inmenso calabozo del olvido.

La galería cesa junto á los manantiales, y más allá el desfiladero es inaccesible, pero no se tarda en hallar un puente desde el cual se domina una vasta extension. Tal vez habrá pocos sitios en los Alpes donde el geólogo de la escuela Convulsionista pudiera encontrar mejores pruebas en apoyo de sus teorías: el desfiladero parece una grieta prolongada y angosta, y diríase que las rocas se corresponden por ambos lados; pero si se examina detenidamente el sitio, obsérvase que sobre el nivel del torrente hay varias cavidades, las cuales han sido socavadas por las aguas: y una vez familiarizados con los contornos, reconoceremos por muchos vestigios que este tremendo desfiladero no es obra de ningun trastorno del suelo, sino de la accion de las aguas del torrente durante el trascurso de los siglos.

En Pfafers termina otro hermoso camino que cruza la Suiza Oriental: si se deja á un lado el camino del San Gotardo en Amsterg, una empinada cuesta conduce al viajero al Maderaner, que se distingue por su delicioso paisaje; en la cima de una escabrosa eminencia hay

una posada, establecida por el Club Alpino, donde conviene detenerse á descansar ántes de emprender la excursion entre los altos picos, rocas y glaciares que abundan en este lugar; el viajero no debe temer las avalanchas durante el verano, porque estas se producen sólo en el



*Molino en el torrente Julier*

invierno y la primavera, en cuya época, aunque hay alguna, no llega jamás á los sitios frecuentados por el hombre.

Desde dicha posada parte un sendero de agradable aspecto, aunque no siempre fácil de franquear, que conduce á la base del Todi, cerca de la gran cascada del Panten-brucke y á

los baños de Stachelberg, donde el viajero puede descansar nuevamente si le gusta admirar la naturaleza, y sobre todo si le convienen los baños sulfurosos, que aquí tienen mucha nombradía; el agua está impregnada de tal modo que tiene un color amarillo pálido y exhala un olor de azufre muy fuerte: el que se baña puede estar seguro de que durante todo el dia no podrá ahuyentarle de su persona con nada. Hay otro camino más directo, aunque no tan agradable, que conduce á Stachelberg desde el lago de Lucerna, y es el Paso de Klausen, que cruza por Burglen, la famosa residencia de Guillermo Tell, y despues por un magnífico torrente, á través de valles cubiertos de bosque y cabañas alpinas; al llegar á la cumbre del paso hállase un sendero que conduce muy pronto al valle de Linth.

Desde Stachelberg, el viajero puede trasladarse á Elm, sobre el Sernfthal, tributario del Linth, por un bonito paseo montañoso; desde dicho pueblo parte otra senda para llegar hasta la entrada del valle del Tamina. Esta es una excursion muy larga si se emprende desde Pfafers, y por eso no suelen hacerla los viajeros; pero la nevada cuenca del glaciar de Sardona, los profundos precipicios y los enormes pinos que sombrean el valle forman un conjunto digno de ser admirado, y que compensa las fatigas del viajero.

Como el espacio nos falta, apresuraremos nuesto viaje en direccion á Chur, donde por prisa que se tenga no debe dejarse de visitar la catèdral, pues aunque pequeña, es uno de los edificios religiosos más importantes de Suiza. La puerta es una obra notable de estilo románico; y en cuanto al interior, bien merece la pena de ser visitado; en la sacristía hay algunos vasos preciosos, reliquias y piedras esculpidas muy curiosas. Una de las cosas que más excitan el interés de todos cuantos visitan la catedral es el hecho de estar dedicada á un santo británico, á San Lucio. En Chur hay tambien una antigua torre conocida con el nombre de Marsoel, incorporada al palacio del obispo, que tambien se debe ver, porque una parte de la construccion data de la época romana.

Un corto paseo, por cierto muy agradable, basta para llegar á Tiefenkasten desde donde se puede ir á visitar el Davos-thal, al que se llega tambien por un camino directo que parte de Coire. El valle de Davos, que tiene dos pueblos, Am Platz, y Dorfli, debe su actual nombradía, no tanto á su paisaje, que aunque hermoso no tiene nada de notable en los Alpes, como á la pureza de los aires que allí se respiran. En estos últimos años, los que padecen de consuncion han tomado la costumbre de invernar en ese valle; el frio es á veces intenso, pero la extrema sequedad del aire es beneficiosa en ciertos períodos de la enfermedad.

Una vez en Tiefenkasten, de donde cuesta trabajo salir, tan bello es el paisaje, se puede volver por el rio, á través de los grandes desfiladeros de Schyn, á la inmediacion de Via Mala, y desde aquí al valle principal del Rhin. En este punto se ve la Engadina, y hay varios caminos para escoger, siendo los principales el de Albula y el de Julier, excelentes ambos y muy pintorescos, aunque muchos prefieren el segundo.

El Paso de Julier no es de aquellos que excitan una entusiasta admiracion; nada se ve en él que recuerde las bellezas de la cumbre del Stelvio; no hay ninguna pendiente como las del Simplon, ni desfiladero alguno semejante al de Gondo, de Reuss ó de Via Mala; tampoco se encuentran valles como los de Val Bregaglia ó de Ampezzo; pero el paisaje tiene un gran

atractivo, y hasta es á veces admirable. Por otra parte, no carece de un interés histórico que no tienen otros pasos de los Alpes, pues así como el San Bernardo y el Brenner, ha sido en época muy remota una gran vía para las naciones. Las pendientes que hay por ambos lados ofrecen pocas dificultades naturales; de modo que durante dos mil años fueron el mejor camino para llegar á la parte superior del valle del Rhin, no sólo desde las aguas principales del Inn, sino tambien desde un importante distrito del norte de Italia. En tiempo de la dominacion romana habia un camino militar que se corria desde el lago de Como hasta el Val Bregaglia, desde donde arranca un sendero que áun conduce á la parte norte de Julier. Aquí se ven áun dos toscas columnas que parecen pertenecer á la época romana; entre ellas ha circulado durante la Edad media toda la corriente del tráfico entre Milan y Constanza.

# LOS ALTOS ALPES



*Una cabaña en los Alpes*

El escalamiento de las montañas es uno de los más modernos pasatiempos de la raza caucásica. En tiempo de Jorge IV, un viaje á Suiza era un acontecimiento en la vida del hombre; y de todos aquellos que contemplaban las altas cimas desde la base de los glaciares, sólo muy pocos aventurábanse á trepar por la montaña, ni ménos pensaban en hollar las nieves eternas de sus elevadas cumbres.

Ahora son muy numerosos los aficionados á este pasatiempo; es una de las principales distracciones de los viajeros más vigorosos; y sin embargo, sólo hace veinticinco años que se habian escalado muy pocos picos de los Alpes. Unicamente dos ó tres veces en cada estacion, algun viajero, más atrevido que sus colegas y acompañado de una cabalgata de guías, salia de Chamounix con toda solemnidad para trepar á la cima del Monte Blanco. Una vez en marcha, si el tiempo lo permitia, y despues de correr innumerables peligros, segun se aseguraba, llegaba por fin á la cumbre; al volver de aquellas regiones de nieve y de hielo, el atrevido viajero era felicitado con entusiasmo en Chaumounix; obsequiábasele con rústicos regocijos y se inscribia su nombre como el de un héroe.

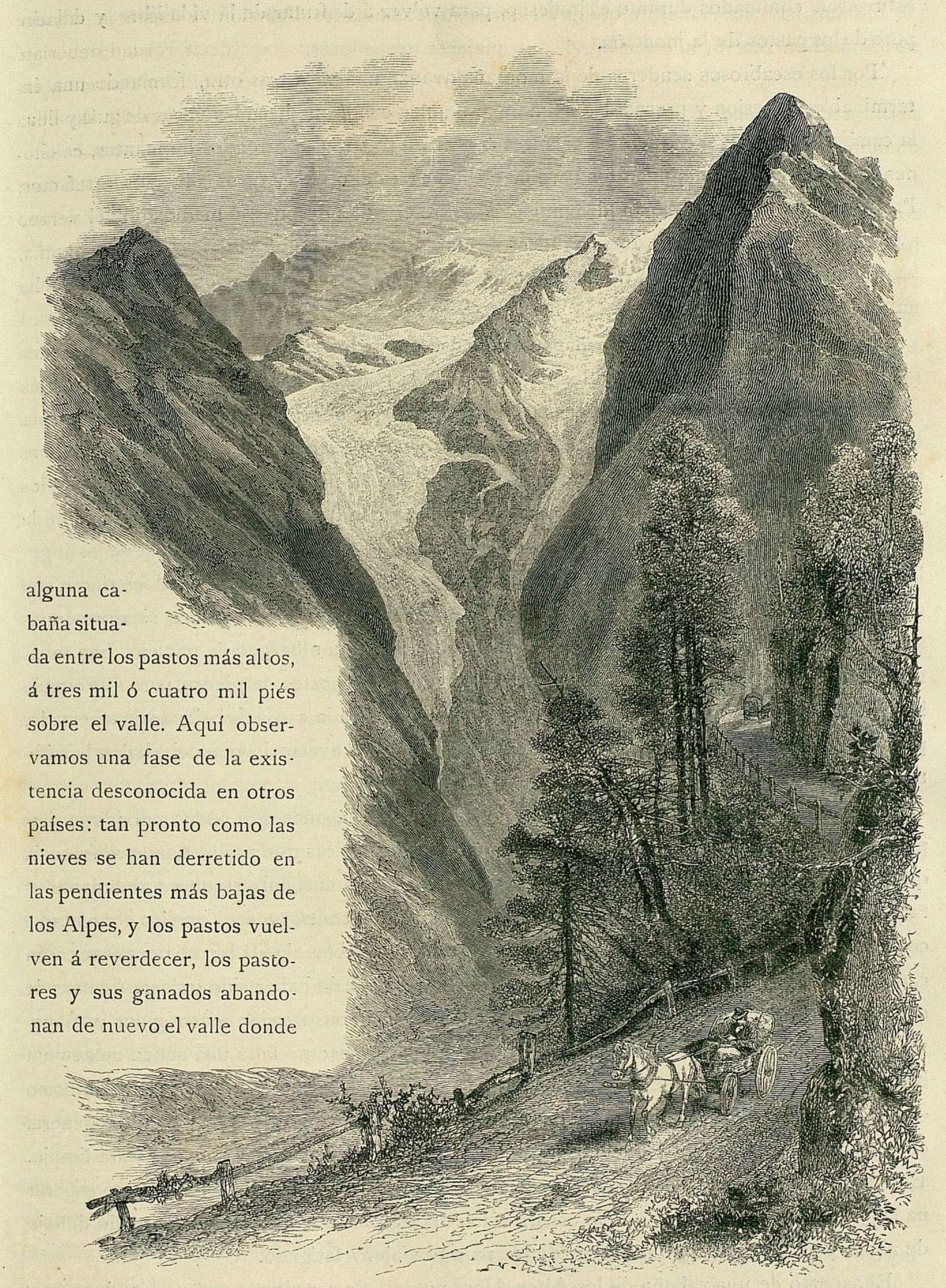
Todo ha cambiado ahora. Hace veinticinco años se formó en Birmingham una sociedad que tenia por objeto propagar la educacion, en una esfera más reducida, pero tambien más elevada que aquella á que despues dió nacimiento, cuando el encuentro casual de algunos amigos, que estaban poseidos ya de la fiebre vertiginosa de trepar, dió lugar á la formacion del Club Alpino inglés, institucion que cuenta ya por lo ménos cuatrocientos individuos y que tiene imitadores en la mitad de los países de Europa.

Muchos hay, sin embargo, que protestan contra semejante diversion, y hasta la ciencia parece declararse contra ese afan de los viajeros trepadores, que á decir verdad deberian abstenerse de tan peligrosas expediciones, sobre todo despues de cumplir los cuarenta, en cuya edad conviene la moderacion. Nosotros, sin embargo, debemos prescindir de ella, siquiera sea por esta vez, si hemos de recorrer las regiones de los Altos Alpes.

¿Por dónde comenzar? Si nos introducimos en el Oberland, la excursion será más breve por Berna y Thun, pero si se quiere hacer un viaje más recreativo, viendo el lago de Lucerna, cruzaremos el Paso de Brunig, sólo para preparar las piernas, bajando luégo á Meyringen y el lago de Brienz. Hemos dicho, *bajando* á Meringen, y más bien debiéramos decir, al sitio donde estuvo Meyringen, pues segun leemos en los diarios, de esta bonita y pequeña ciudad se podria decir ya «*Fuit Ilion,*» porque la mayor parte de ella fué devorada por un incendio en febrero de 1879. De todos modos nos encontraremos seguramente en Interlaken bajo la sombra de los grandes castaños, donde encontraremos muchos ociosos que sólo se ocupan en matar el tiempo paseándose de un lado á otro, ó contemplan las nubes que se agrupan sobre las nevadas pendientes del Jungfrau, cuya brillante pirámide parece invitarnos á dejar las calurosas praderas y llanuras pantanosas para recorrer la region donde las frescas brisas de la montaña parecen impregnadas del aire de los glaciares.

El aparato y ceremonia á que daba lugar una expedicion á los Alpes es ya una cosa del pasado; y en cuanto á lo de ser recibido con pompa á la vuelta, esto no conduciria seguramente sino á excitar el enojo de cualquier individuo del Club Alpino. Sin embargo, para asegurar el éxito, ó por lo ménos la comodidad en una expedicion difícil, se necesita ser muy previsor y no olvidar nada ántes de alejarse del punto donde se puede adquirir. Se ha de tener presente que durante los dos dias que puede durar la excursion por las alturas, cuatro ó cinco hombres hacen un gran consumo de alimento y bebida, y que es muy fácil descuidarse varias cosas, lo cual puede ofrecer serios inconvenientes si se echan de ménos cuando ya se está muy léjos de la poblacion y á algunos miles de piés de altura. En su consecuencia el viajero debe cuidarse de todo por sí mismo, sin confiarlo todo á los guías, pues con frecuencia, las viandas que más gustan á estos son las más desagradables para un estómago delicado. Cierto viajero gastronómo tuvo el disgusto de reconocer esto por su propia experiencia: cuando ya estuvo en el pico más alto del Oberland, vió que los guias sólo habian comprado jamon y salchichas, el primero duro como una suela, y las segundas de un sabor tan desagradable que le descompusieron el estómago durante una semana. Por lo tanto conviene siempre, no sólo determinar las viandas que deben comprarse, sino ver si se han ejecutado puntualmente las órdenes dadas. Al ver á los guías con sus grandes morrales, sus largas cuerdas y sus fuertes hachas para partir el hielo, podríase comprender desde luégo que no van á emprender una sencilla expedicion; pero si un veterano del Club Alpino viese el conjunto pintoresco que esos ofrecen, tal vez dudara de su capacidad para franquear los últimos dos mil piés de la ascension.

Pero no nos detengamos más tiempo á la entrada de los Altos Alpes; traslademonos mentalmente al punto donde los montañeses pasarán probablemente la noche próxima, á



alguna cabaña situada entre los pastos más altos, á tres mil ó cuatro mil piés sobre el valle. Aquí observamos una fase de la existencia desconocida en otros países: tan pronto como las nieves se han derretido en las pendientes más bajas de los Alpes, y los pastos vuelven á reverdecer, los pastores y sus ganados abandonan de nuevo el valle donde

*El paso de Stelvio*

estuvieron confinados durante el invierno, para volver á disfrutar de la vida libre y del aire puro de los pastos de la montaña.

Por los escabrosos senderos de la montaña avanza una vaca tras otra, formando una interminable procesion y precedidas del animal de más edad, que hace las veces de guía y lleva la campanilla; despues siguen los pastores con dos ó tres mulos cargados de mantas, colchones, utensilios de cocina, aparatos para la elaboracion del queso y otros diversos artefactos. Primeramente se estacionan á dos mil piés sobre el valle; despues, á medida que el verano avanza, suben un poco más, trasladándose de uno á otro caserío en el flanco de la montaña, hasta que por último se fijan de hecho en los pastos más elevados, á unos siete mil ú ocho mil piés sobre el nivel del mar.

Por toscas que sean estas cabañas y desnudas en su interior, á veces forman pintorescos grupos en el paisaje, al ménos en los puntos donde la madera es el material que se emplea más á menudo en las construcciones. Las cabañas que generalmente vemos en los Alpes franceses é italianos, construidas con piedras sin cortar, á veces sin mortero, son más toscas aún y no tienen tan agradable aspecto, pues no las adorna ninguna especie vegetal. En los Altos Alpes las plantas trepadoras no son conocidas, y con frecuencia sólo el líquen cubre la piedra; miéntras que los toscos troncos de las cabañas de madera, proyectándose en los ángulos ó pendientes del techo, á veces rudamente esculpidos, y de los más agradables tintes, son dignos del pincel de un artista. Muchas cabañas solitarias están deshabitadas siempre, pues se destinan para guardar el heno, y en ciertas ocasiones para albergue de ganado. Las cabañas ruinosas, que nunca faltan, suelen estar sostenidas por postes de piedra, para que circule libremente el aire, y al verlas se puede reconocer fácilmente la causa de hallarse en tal estado, pues entre los restos esparcidos distínguese el rastro de una avalancha que debe haber barrido todo á su paso.

No pocos viajeros han pasado algunas noches en esas cabañas, que podrian dividirse simplemente en dos clases, las que sirven para guardar vacas y las que no las tienen, diferencia que es de gran importancia para el viajero. En las primeras encuéntrase queso abundante, y tambien leche, si se llega ántes de echarla en la olla; de lo contrario será preciso contentarse con requeson y otros compuestos de leche, que si bien agradables al paladar, no pocas veces son causa de que el viajero haya de arrepentirse por la mañana de haber sido goloso. Además de esto, en una cabaña-vaqueria, llamémosla así, se nota una construccion más regular y mayores comodidades: en las ventanas hay algo como cristales; no falta una sólida mesa y un banco, y hasta encuéntranse á veces cucharas y pan blanco, lo cual puede considerarse como el *non plus ultra* del lujo alpino. Tambien puede haber una cama, aunque por regla general convendrá no echarse en ella; mejor es un lecho de heno, pues por lo ménos estará limpio. En las cabañas donde no hay vacas, y sí sólo carneros ó cabras, lo más seguro es no esperar nada, y hasta puede suceder que la construccion no sea más que un cobertizo situado debajo de algun peñasco, albergue nada envidiable para el viajero fatigado.

El aspecto de una cabaña de los Altos Alpes no deja de ser algo extraño para el que no ha visitado nunca estos albergues. Aquí se ve una cabra inválida; más allá cuatro ó cinco que

retozan, agitando contínuamente sus cascabeles; cerca de ellas un perro enorme, guardian de los demás animales; y por todas partes herramientas y objetos cuyo uso no siempre se adivina.

Sólo una vez rehusé la hospitalidad en una de esas cabañas, y al fin hube de refugiarme bajo su techo; hallábase situada en la parte del Delfinado, y sólo tenia el espacio suficiente para las once personas reunidas allí, por supuesto echadas en el suelo. Por razones que no necesito detallar, siempre me inspiró repugnancia el contacto con los habitantes de los Altos Alpes, particularmente en el Delfinado, y lo mismo les sucedia á mis compañeros, por lo cual resolvimos acampar fuera de la cabaña; todos se acomodaron junto á un monton de retama bastante seca, aunque seguramente no desprovista de insectos, y yo improvisé para mí un lecho en otro sitio con un capote y mi manta de viaje. Todo fué bien hasta media noche; á esta hora, una gruesa gota de agua, precursora de la tormenta, cayó sobre mi nariz y despertóme sobresaltado. No se necesita reflexionar mucho para comprender que los efectos de mojarse hasta los huesos durante la noche pueden ser más permanentes y perjudiciales que las visitas transitorias de algunos parásitos, y de consiguiente me refugié dentro de la cabaña; aún habia un sitio desocupado en el suelo; dejéme caer en él, y por fortuna concilié muy pronto el sueño.

Una tempestad en los Alpes es un espectáculo verdaderamente grandioso, pero sólo cuando se está protegido por un sólido techo y no falta un pararayos, cosa de gran importancia en estas alturas, como se podria comprender muy pronto al observar durante una tormenta el grupo de rocas conocido con el nombre de «El Monje Negro». Aquí se ha notado una particularidad que raras veces se repite en las tempestades alpinas, y es que de diversos puntos parecen partir rayos simultáneamente, mezclados con las nubes. Estas rocas del Oberland son con harta frecuencia criaderos de tempestades, si se nos permite esta expresion; y el trueno que retumba de roca en roca produce un estruendo verdaderamente pavoroso.

La única tempestad que yo he observado en estos parajes, yendo con mis compañeros, nos alcanzó cerca del lago del Thun. De repente vimos que el cielo se oscurecia, hasta quedar casi del todo negro, y pocos momentos despues los picos inmediatos brillaron á intervalos, cual si fueran presa de alguna conflagracion. Esto era sumamente curioso y pintoresco; pero cuando la nube avanzó hácia nosotros, hubiéramos preferido estar muy léjos de allí. Sin embargo, no habia medio de escapar; la tempestad parecia perseguirnos; los relámpagos nos iluminaban á cada instante, y el trueno retumbaba con tan horrísono estrépito que nos aturdia. No hubo más recurso que arrojar léjos nuestras hachas de romper el hielo y refugiarnos en la grieta de una roca cercana para preservarnos en lo posible del aguacero.

Estas tempestades no dejan de ser algunas veces temibles: recuerdo una que, pasando sobre Ginebra cierta noche del mes de julio, destrozó muchos faroles de la ciudad, asoló las vides de las inmediaciones y arrancó casi todas las hojas de las copas de los árboles. Dos ó tres dias despues, al visitar la localidad, ví que los tejados estaban tan desbaratados como si hubieran sufrido un bombardeo; y en cuanto á los árboles, todo el follaje de las copas habia desaparecido, ó sólo se veian restos.

Al penetrar en los Altos Alpes, uno de los primeros y más importantes caseríos que se encuentran es el de Murray, que hace pocos años era sólo un grupo de rústicas cabañas, asi como ahora es uno de los centros más favorecidos de los viajeros; no hay grandes montañas en las inmediaciones, pero desde este punto se ven las más hermosas cimas del Oberland, entre las cuales citaremos el Eiger, soberbia pirámide de roca cubierta de nieve, tan maciza como graciosa, y que se proyecta semejante á un bastion de la cordillera principal, avanzando sobre el bien conocido paso del Weugern á la altura de seis mil piés. Este nevado cono, así como sus ve-

*El Rympfischhorn, visto desde el valle de Zmutt*

cinos, ha sido hollado ya por no pocos viajeros, y no sólo del sexo feo, aunque la expedicion es algo difícil, y hasta peligrosa cuando las rocas más altas están cubiertas de nieve. Más arriesgado es, no obstante, un paso que hay al principio de la nevada pendiente sobre el glaciar situado á la derecha del pico. Los primeros exploradores empleaban siete horas para franquear esta pendiente, desde la ancha grieta que se ve debajo, pues á cada paso era indispensable formar escalones, á causa de la dureza



*El pico ó aguja del Dru*

del hielo: un solo resbalon, segun aseguraba el guía, hubiera bastado para ocasionar la muerte de todos los individuos de una partida.

Despues de extasiarnos en la contemplacion del Oberland Suizo, pasemos á recorrer las majestuosas montañas del Tirol italiano, y esas rocas de dolomitas, semejantes á fortalezas, más admirables aún que las del Wetterhorn y la pirámide de Eiger. Entre las más notables de estas fortalezas de montaña figura en primer lugar el Monte Cristallo, justamente llamado así, porque sus cimas se asemejan á un grupo de cristales gigantes, que se elevan sobre el Hollenthal, por donde cruza el camino de Ampezzo, prolongándose por detrás de la montaña ántes de bajar al risueño valle del Piave. En el fondo del cuadro se ve un pantano profundo, llamado el Durren See, á cuya entrada elévase bruscamente el Cristallo como una gigantesca muralla: su cima es denticulada, y el punto más alto hállase á la derecha de un magnífico glaciar: es accesible, pero no deja de haber algunas dificultades.

Las rocas de dolomita son las más enojosas que puede encontrar el viajero trepador en los Alpes; pues parecen muy sólidas y ceden cuando ménos se espera. En un momento crítico el viajero se coge á una saliente que parece una parte inseparable de la montaña, mas apénas se apoya con alguna fuerza, ve rodar bajo su mano un fragmento de dos ó tres piés cúbicos; prescindiendo de esto, estas moles de dolomita son sumamente empinadas, y los pasos que hay en ellas, muy angostos, están sembrados de pedazos de roca angulares, que el trepador hace caer, sin poder evitarlo, sobre los compañeros que le siguen. Algunas veces sucede que despues de recorrer una buena distancia se encuentra un paso cerrado por la nieve, de tal manera que seria muy peligroso tratar de franquearlo, no quedando en este caso más remedio que volver atrás para evitar un descalabro. La ascension por la parte sur es más segura, aunque fatigosa, pues hay un paso muy cómodo en la principal ramificacion de Monte Cristallo, á nueve mil piés sobre el nivel del mar.

La region de las dolomitas está limitada al oeste por el profundo valle del Adige, en cuya orilla los picos de caliza se apoyan en parte sobre una base de roca ígnea. Entre estos Alpes, el Seisser es el más notable: es una meseta ondulada de varias millas cuadradas de extension, y compuesta de cenizas volcánicas de un color muy oscuro, color que generalmente no se ve, por estar cubiertas de una rica vegetacion, entre la cual ostentan sus vivos tintes muchas extrañas flores. En este sitio ofrécese á los ojos del viajero un magnífico golpe de vista: casi á sus piés desarróllase el valle del Adige, que parece anidarse bajo las rocas de color rojo de pórfido; más allá destácanse las cimas pedregosas de los Alpes Lombardos y del Tirol; al norte se ven las rocas que circuyen los valles del Grodner Thal; por el sur elévase la gigantesca mole del Schlern, especie de obra avanzada de las montañas del Rosengarten, y de frente se destacan las más salvajes formas del Langkofel y del Plattkofel, de las cuales las primeras, segun hemos dicho ya, parecen una ciudadela de gigantes, con sus bastiones, sus almenas, sus murallas y sus torres: diríase que es una obra de Titanes que ha resistido á la accion de los siglos: son las dos cimas más notables de esta region.

Prosiguiendo nuestra marcha, detengámonos en un distrito por donde ya hemos pasado, el que comprende los picos que se elevan á la entrada del Trafoi Thal, y que se proyectan

sobre los senderos del camino de Stelvio; desde la parte más alta de este, á nueve mil piés sobre el nivel del mar, un enorme muro flanqueado de precipicios y glaciares que parecen pendientes de la roca, prolóngase al rededor del valle del Trafoi y está coronado por una línea de nevadas cimas, cuyo punto culminante se halla en el Ortler Spitz, el monarca del grupo. Para ver bien la nevada cumbre del Ortler se deben seguir las sinuosidades del camino de Stelvio á una gran distancia sobre el nivel del valle. Sólo hace algunos años que se ha escalado con frecuencia esta montaña, pues por una causa ú otra, muchas de las últimas tentativas para conseguirlo fracasaron completamente, lo cual se debió sin duda en parte al hecho de que el camino seguido entónces ofrecia muchas más dificultades que el de ahora. El glaciar que se encuentra en el valle del Ortler, el Tabaretta Thal, es generalmente fácil de franquear, pero las avalanchas de nieve que á veces se producen, y que ocultan los grandes precipicios, no dejan de ser peligrosas, sin contar que las pendientes, muy escabrosas en ciertos sitios, exigen gran cuidado por parte del viajero, aunque los guías forman escalones para la mayor seguridad de aquel. Sin embargo, la inclinacion de los campos de nieve aconseja avanzar con precaucion, y al fin se llega al pié de un nevado pico en cuya extremidad se halla la cima del Ortler. Aquí hay un estrecho paso cubierto de hielo flanqueado por precipicios, uno de los cuales, casi vertical, bastaria para producir vértigos en el que no tenga muy segura la cabeza. El paso, como ya he dicho, es angosto, hasta el punto de que sólo una persona puede avanzar de frente, y el declive que debe flanquearse para bajar es muy empinado y resbaladizo. La ascension no parece, sin embargo, tan peligrosa como lo dan á entender algunos viajeros, pero se necesitan al ménos cinco horas y media para efectuarla, á partir de Trafoi, lo cual produce bastante fatiga. Algunas veces, no obstante, hállase la nieve en muy buen estado, ó se puede seguir el sendero abierto por algunos viajeros que hayan subido tres ó cuatro dias ántes.

El golpe de vista que se disfruta desde la cumbre es magnífico é interesante; porque además de los altos picos y de los campos de los alrededores domínanse los grupos de Bernina y Agamello, las dolomitas, y algunos distritos de los Alpes Lombardos y Venecianos.

Despues de bajar de la montaña el viajero debe trasladarse al Zermatt, en el corazon de la cordillera del Apenino, y á la entrada del Vispthal. Hace unos cuarenta años que este era un pobre pueblecillo, donde el cura ó el médico se complacian en dispensar hospitalidad á los pocos viajeros que frecuentaban la region. La posada, ó más bien choza que habia entónces, ha sido reemplazada por el *hotel del Monte Rosa*, y hay además dos ó tres establecimientos algo inferiores. El pueblo de Zermatt se distingue sólo por su carácter de antigüedad: tiene una iglesia de paredes blanqueadas, dos cabañas de pino pintadas de rojo; las más de ellas ennegrecidas por el humo y reforzadas con piedras, y una calle muy angosta, oscura, sucia y mal empedrada; Zermatt es un verdadero pueblo de montaña donde apénas se ve alguna casa que merezca el nombre de tal, pero por lo demás es una localidad sumamente pintoresca.

Tres valles montañosos se reunen en Zermatt para formar el de Visp, pero dos de ellos están casi ocupados por glaciares, quedando sólo un espacio de algunos centenares de piés entre los prados que rodean á Zermatt y las grandes corrientes de hielo que bajando por cada lado

de Riffelberg bañan el gran anfiteatro de picos dominados por el Monte Rosa. El otro valle, que se designa con el nombre de Zmutt Thal, se extiende por montañas en el espacio de unas seis millas ántes de llegar al pié del glaciar situado entre la base del Matterhorn, por una parte, y del Gabelhorn por otra.

Pocos paseos pueden encontrarse cerca de Zermatt más bonitos que el mismo valle; á cada lado se ven senderos que ascienden gradualmente, bordeados de altos pinos y majestuosas rocas, y ricos en vegetacion, en la cual ostentan sus vivos tintes las flores alpinas. Los torrentes mugen en el fondo de los barrancos, y en ciertos sitios precipítanse por un magnífico desfiladero que se franquea por un frágil puente desde el cual se ve la tenebrosa profundidad de los precipicios; en frente divísase un anfiteatro de glaciares, que por un lado presentan los tremendos abismos del Matterhorn, y por el otro las avanzadas del Diente Blanco; miéntras que en el fondo se destaca la cima cónica del Strahlhorn junto á la escarpada cordillera del Rympfischhorn, que se eleva sobre los prados y pinares en el opuesto lado de Visp.

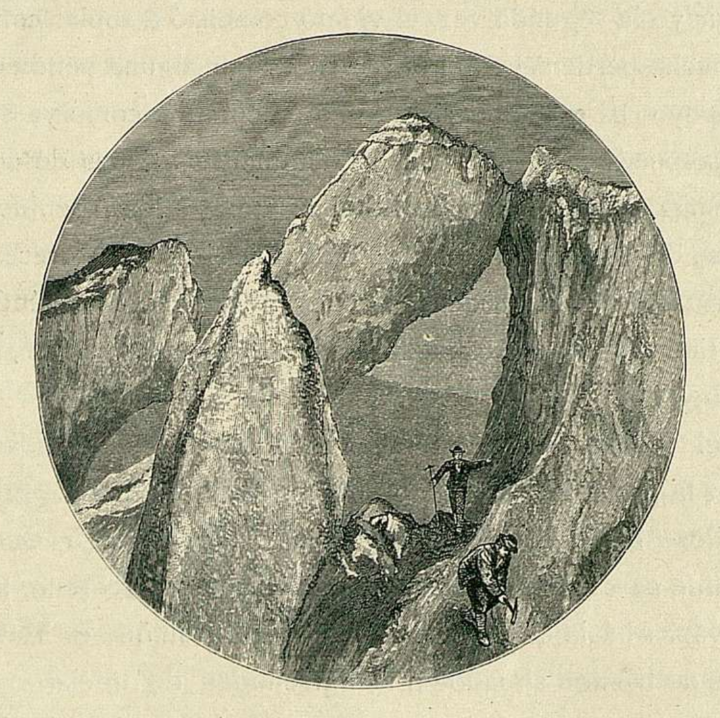
El Strahlhorn está situado casi entre Suiza é Italia; el otro pico se halla más léjos por el noroeste, y desde su base se corre la orilla de la vasta cuenca que alimenta los glaciares de Gorner y Findelen, prolongándose hasta el pié del Monte Rosa.

Desde el conocido hotel de Riffelberg un paseo de cinco horas basta para llegar al nevado grupo conocido con el nombre de Cima di Jazi, á la cual se puede llegar sin obstáculo alguno, aunque no sin cansarse un poco, pero esto queda compensado por el magnífico golpe de vista de que puede disfrutar el espectador, cuya mirada abarca, no sólo las grandiosas moles cubiertas de nieves eternas, sino tambien las pendientes italianas de los Apeninos, así como el lago Maggiore y las extensas llanuras de Lombardía.

Aun aquellos que no quieren arrostrar el cansancio pueden extasiarse en la contemplacion de un panorama magnífico situándose á corta distancia del Hotel Riffel. Este edificio se halla detrás de la estribacion de una montaña que separa, como ántes hemos dicho, los valles ocupados por los glaciares de Findelen y de Gorner, que bajando del mismo campo de nieve acaban por elevarse despues á mayor altura que éste; la estribacion tiene su cima en una mole pedregosa accesible por todos lados. Los más de los viajeros suelen elegir el punto llamado Gorner Grat, al que se llega por un escabroso sendero, una gran parte del cual se puede franquear á caballo. La cima es una cresta desnuda que por un lado desciende casi verticalmente sobre el glaciar de Gorner, y aunque no es el punto más alto, domínase desde él un panorama de notable magnificencia. Al otro lado se ve la ancha corriente de dicho glaciar, sobre la que se elevan las grandes montañas cuyas nieves aumentan el caudal de aquella: son el Monte Rosa, rey de los Alpes, con sus coronas de soberbios picos, la mole del Lyskamm, y la prolongada cordillera de Breithorn. Despues sigue una interrupcion, y más allá se ve el Paso de Teodulo y el maravilloso Matterhorn, inmenso obelisco de roca cubierto de nieve, que se eleva á cuatro mil piés. Más léjos divísase otra serie de gigantes, los picos que forman el límite occidental del Vispthal, desde el Diente Blanco al Weisshorn; á través de un claro se ven las nieves de algunas de las montañas del Oberland, el Mischabelhorner y los picos que coronan la estribacion que se prolonga entre Saas y el Gorner Visp. No hay ningun

punto en los Alpes tan fácil de escalar, y desde el cual se domine tan grandioso golpe de vista; no debe vacilarse en asegurar que por este concepto Gorner Grat aventaja á cuanto pudiera encontrarse.

Si queremos fijarnos ahora en dos ó tres de las principales cimas enumeradas ántes comenzaremos por el Monte Rosa, aunque visto desde Gorner Grat no parece tan grandioso como lo es en efecto. Esto se debe sin duda á que su punto culminante no es una sola cima, sino varios picos que se dominan poco unos á otros y los cuales constituyen un grupo que



*Glaciar en el Mar de Hielo*

atenúa la grandiosidad de la montaña, sobre todo cuando se hace la comparacion con el Matterhorn y el Weisshorn. Por otra parte, la especie de silla de caballo que une la montaña con el inmediato Lyskamm es á su vez tan alta (catorce mil piés sobre el nivel del mar y sólo unos mil doscientos bajo el pico más elevado), que el Monte Rosa pierde su majestad; y por último, las pendientes que bajan al glaciar de Gorner no son muy rápidas ni llaman la atencion por sus contornos. Para ver el Monte Rosa en toda su grandeza es preciso subir á un punto cualquiera del valle de Zmutt, donde el Riffelberg se deprime hasta parecer insignificante, y desde aquí se verá la montaña elevándose sobre los prados contiguos al Visp á la altura de diez mil piés desde su base. Mejor es aún buscar las pendientes de los Apeninos, desde donde se ve la magnífica montaña destacándose sobre el valle de Macugnaga.

Mucho tiempo despues de haberse subido á la cumbre del Monte Blanco, la del Monte Rosa no se habia visitado aún; y á la del Allerhochste Spitze no se llegó hasta el año 1855: una partida de viajeros ingleses, acompañados del conocido guía del Oberland, Ulrico Lauener, franquearon la cordillera que se corre desde la cima, y que otros expedicionarios creyeron impracticable. Las dificultades, como sucede con frecuencia, resultaron ser mucho menores de lo que se aseguraba; los exploradores alcanzaron la verdadera cima, y despues

siguieron sus pasos muchos viajeros: de modo que ahora la ascension al Monte Rosa se considera como un escalamiento ordinario. A decir verdad, no se oponen graves dificultades. aunque la cima es angosta y muy empinada en algunos sitios, tanto que á veces, segun el estado de la nieve, se han de practicar varios escalones y se avanza muy lentamente. Muchas veces se necesita gran cuidado y prudencia, pero en circunstancias normales no hay peligro que no se pueda evitar con un poco de paciencia. La cima, sin embargo, segun han podido reconocer algunos viajeros, no es muy agradable para permanecer en ella en ciertas ocasiones: recuerdo que al subir yo la segunda vez, el viento comenzó á soplar con tal fuerza, que fácilmente me hubiera hecho perder el equilibrio y rodar por alguna pendiente á no haber tenido un buen punto de apoyo. El golpe de vista desde la cumbre, como ya se comprenderá, es lo más grandioso que se puede imaginar, pues se dominan los Alpes desde Monte Viso hasta más allá de Ortler Spitz; y las llanuras de Lombardía hasta los Apeninos. Asegúrase que con un buen telescopio se divisa hasta la catedral de Milan, pero me parece que rara vez le será dado al viajero disfrutar de este espectáculo, pues comunmente extiéndese un inmenso velo de bruma sobre las tierras bajas de Italia, y hasta en las cordilleras próximas á los lagos de Como, Lugano y Mayor.

Más bajo que el Monte Rosa, pero aventajándole en grandiosidad y fama, hállase el Matterhorn, que por la parte del este, segun hemos dicho ya, parece casi una inmensa espiral de roca elevándose bruscamente sobre la cuenca del glaciar de Furgge; vista desde Zermatt, esta pirámide parece ensancharse, y comienza á ser aparente la verdadera forma de la montaña. Si se avanza hácia el valle de Zmutt, obsérvase que el Matterhorn es verdaderamente una especie de bastion situado en la extremidad de un largo muro de roca; pero mírese por donde se quiera, se verá que la montaña, así por sus rapidísimas pendientes como por su solitaria grandeza, es única en los Alpes. La historia de las numerosas tentativas hechas para alcanzar su cima, y sobre todo de la terrible catástrofe con la cual el Matterhorn pareció vengarse de sus primeros conquistadores, es demasiado conocida de todos para que reproduzcamos aquí los detalles. La cordillera que se prolonga desde cerca del centro del pico final hasta los pinares que hay á la izquierda, fué la que primeramente se escaló, sin haber ocurrido ningun percance enojoso; á la derecha, en parte oculta por moles salientes, hállase la ramificacion principal. Por este punto hiciéronse varias tentativas de escalamiento, particularmente por el profesor Tyndall y Mr. Whymper; pero aunque se llegó á una gran altura, no consiguieron acercarse á más de ochocientos piés de la cima. Mr. Whymper resolvió entónces escalar la montaña por la parte oriental, despues de convencerse por una cuidadosa observacion de que la pendiente no era tan grande como parecia. Acompañado de tres amigos y tres guías salió de Zermatt el 13 de julio de 1865, y despues de llegar á la altura de once mil piés, los expedicionarios se detuvieron para pasar la noche. A la mañana siguiente, continuando su ascension, pudieron llegar por fin al pié del pico final. Sólo restaba ya escalar este, y su primera parte se franqueó á favor de las salientes de la roca, que si bien muy escarpada, no presenta dificultades invencibles para quien tiene práctica en el ejercicio de trepar; cuando la pendiente comienza á disminuir es cuando hay verdadero peligro. Esta

parte de la montaña se compone de fragmentos pedregosos resbaladizos, que á veces similan las tejas de un tejado, hallándose en algunos sitios cubiertos de hielo. Aquí hay pocas salientes que sirvan de apoyo al pié ó á la mano; miéntras que la nieve helada no es bastante espesa para formar escalones, pero una vez salvada esta dificultad, encuéntrase una pendiente fácil que conduce á la cima. En este sitio peligroso fué donde ocurrió la terrible catástrofe de que ántes hemos hecho mencion: todos los expedicionarios iban atados á la cuerda, hallándose Mr. Whymper en la extremidad superior entre dos guías. De repente uno de sus amigos perdió pié, arrastrando á los tres; el guía que estaba delante de Mr. Whymper se mantuvo firme, pero la cuerda, ya muy tirante, se rompió, y los cuatro infelices desaparecieron por el borde de un precipicio. Las rocas de esta parte del Matterhorn son más verticales que en ningun otro punto, y los cuerpos de tres de los cuatro viajeros no se detuvieron hasta llegar á las nieves que habia á cuatro mil piés de profundidad. Despues de correr un grave peligro, Mr. Whymper y los guías llegaron á Zermatt al dia siguiente.

Desde entónces, muchos viajeros han seguido sus pasos, habiéndose llegado tambien á la cima por la parte sur, mas los viajeros deberán recordar, en interés propio, que la ascension al Matterhorn no se debe emprender atolondradamente por personas poco prácticas. Para escalar las montañas hay un arte, como en todos los ejercicios atléticos; y en algunas partes del Matterhorn es necesario este arte, así como tener completa confianza en sí mismo y en la firmeza de sus puños. Hay ciertos sitios donde se debe evitar el menor resbalon, porque si ocurriese podria costar la existencia á todos los individuos de una partida. La bajada, como suele suceder con frecuencia, es más peligrosa que la subida, pero la dificultad de una y otra depende mucho de la cantidad y el estado de la nieve; si el pico fuera roca pelada no habria mucho peligro; yo le encontré cubierto de hielo en algunas partes, y por eso debí bajar con mucho cuidado. Aunque me acompañaban dos guías y no iba con ningun compañero, tardamos cuarenta minutos más en bajar del pico final que en escalarle. Aprovecho esta oportunidad de manifestar mi opinion porque sé que se ha puesto en moda escalar el Matterhorn, acometiendo esta empresa personas que no tienen la menor práctica ni suficientes cualidades para emprender semejantes expediciones. Si esto continúa así, no habremos oido referir la última de las catástrofes ocurridas en este pico.

Ahora es costumbre pasar la noche en un punto de la montaña mucho más alto que el que se habia elegido ántes y los guías de Zermatt han construido una ruda cabaña de piedra, á unos doce mil ochocientos piés sobre el nivel del mar. Difícil seria imaginar nada más salvaje: la cabaña se apoya en una especie de reborde que apénas tiene bastante anchura para sostenerla, y sólo en un espacio de veinte varas, ántes de llegar á la entrada, encuéntranse montones de rocas que elevándose en cuesta, son infranqueables por ciertos puntos. El aspecto de estos sitios al ponerse el sol debe ser sublime, pero no tan grandioso como cuando amenaza la tempestad, segun pude ver yo mismo. A la caida de la tarde, enormes nubes de vapor eleváronse de los valles, extendiéndose sobre los precipicios y las rocas, de tal modo que á veces todo quedaba oculto, pero á intervalos una ráfaga de viento, rasgando aquel denso velo, permitia ver, sólo por breves momentos, los prados y las casas de Zermatt, la cresta

pelada de una roca ó algun glaciar. Nada he dicho del maravilloso golpe de vista que se ofrece á los ojos del espectador en la misma cumbre, pues más difícil seria describirlo con la pluma que con el pincel; para formar exacta idea del conjunto de montañas gigantes y de soberbios picos que desde aquí se divisan es preciso verlo; el hombre reconoce su pequeñez ante un cuadro tan grandioso y no puede ménos de extasiarse en su contemplacion.

Pasemos ahora á otro notable grupo montañoso situado en la inmediacion de Zermatt, el Mischabelhorner; forma parte de una línea de picos que surgen de la cordillera principal, dividiendo las dos ramificaciones del Visp. Las cimas principales son el Dom y el Taschhorn, que desde Zermatt parecen dos pirámides de color oscuro: el Dom, un poco más alto, elévase á cerca de 15.000 piés sobre el nivel del mar. Visto desde varios puntos del norte, diríase que es superior al Monte Rosa, al cual oculta en parte, y á fe que nada tiene de particular la equivocacion, porque el Dom tiene un aspecto de grandiosidad que causa asombro, sobre todo por la parte del norte, donde hay más nieve y grandes glaciares.

El Dom y el Taschhorn fueron escalados la primera vez por un conocido clérigo de Lóndres, Mr. Llewellyn Davies. La segunda de estas montañas, aunque la más baja, fué la más difícil de franquear, aunque la ascension á la primera era tambien sumamente fatigosa, porque los primeros exploradores acostumbraban á pasar la noche en Randa, pueblo situado cerca de Visp, lo cual les obligaba á emprender una ascension de 10.000 piés de altura vertical. Los que no pueden conciliar el sueño la noche ántes del dia de la ascension pasarán seguramente muy mal rato, y las más de las veces deberán desistir hasta que las condiciones sean del todo favorables.

Una excursion á los Altos Alpes seria incompleta si no se hiciera una visita á Chamunix, que durante tanto tiempo ha sido el punto de reunion de todos los viajeros: ahora tiene más jóvenes y peligrosos rivales, y por otra parte, las absurdas exigencias de los naturales de aquella localidad, sobre todo en la cuestion de guías, acabó por alejar de Chamunix á los más entusiastas trepadores de los Alpes. Sin embargo, últimamente se ha tratado de corregir los defectos, y gracias á su magnífico paisaje montañoso, esa localidad será siempre el punto céntrico más conveniente para los expedicionarios. Se ha de reconocer, no obstante, que los puntos de vista desde Chamunix tienen mucho ménos atractivo que los de las inmediaciones, porque la regularidad del valle es monótona para el paisaje, prescindiendo de que impide ver el Monte Blanco en toda su majestad. Para contemplar á ese gigante y apreciarle en lo que vale se debe subir hasta Flegere ó Brevent, en el flanco norte del valle; despues, cuando se llega á dominar la Cúpula de Gouté, por una parte, y el Monte Maldito, por la otra, se puede apreciar ya mejor la grandiosidad de la montaña. No obstante, mejor es aún colocarse cerca del desfiladero de Anterne, situado sobre la cordillera que forma la barrera norte del valle de Chamunix, y todavía es preferible más léjos. Si el observador se sitúa en uno de los puntos cerca de Zermatt, y con la vista se mide la distancia que media desde el desfiladero del Gigante hasta la cima del Monte Blanco, se reconocerá, mejor que en ninguna otra parte, que este es el verdadero monarca de las montañas de Europa. En cuanto á mí, puedo decir que he visto perfectamente la gigantesca mole sin situarme en ningun pico montañoso: hallábame

en cierto punto de la línea férrea, á pocas millas de Dijon; y como la tarde era magnífica y la atmósfera estaba muy despejada, llamóme la atencion en el horizonte oriental una especie de nube muy densa; esto me extrañó porque todo el cielo presentaba un magnífico color azul sin la menor mancha y entónces sospeché que aquello podria ser el Monte Blanco. Al examinar el mapa, y despues los contornos de la mole, parecióme que esto no podria ser otra cosa sino la montaña, y cuando estuve próximo á Macon, los perfiles de la roca y los glaciares convenciéronme de que no me engañaba; pero habiendo cerrado la noche ántes de llegar á la ciudad, todo desapareció de mi vista como una fantástica vision.

Hace ya cerca de un siglo que se escaló el Monte Blanco: de Saussure, á quien podemos considerar como el iniciador de las expediciones alpinas, fué quien primero lo intentó, partiendo desde la Aguja de Goute, que es el pico más bajo situado á la derecha. El primer hombre que pisó la cima fué Santiago Balmat, natural de Chamunix, quien siguió el sendero que conduce al glaciar de Bossons, y despues una línea de rocas que hay á la izquierda, por donde pudo llegar hasta la cumbre. Una parte de este camino está continuamente expuesta á ser barrida por las avalanchas; y despues del accidente ocurrido al doctor Hamel y sus compañeros, eligióse el que parte desde Chamunix, prolongándose por la izquierda del antiguo paso. Más tarde se adoptó la vía indicada por Saussure, y hace unos veinte años que se llegó á la cima partiendo desde la Aguja de Gouté á cuya derecha se ve una arista conocida con el nombre de Joroba del Dromedario. En los últimos años, no obstante, tambien se ha conseguido ganar la cima por otros senderos mucho más difíciles de franquear. Desde Chamunix la excursion no es difícil, á ménos de estallar una tempestad cuando se asciende, porque entónces el frio suele ser en extremo riguroso. No pocos viajeros han sufrido dolorosas consecuencias por causa de las heladas en el Monte Blanco; y la pérdida de toda una partida incluso los guías, aumentó recientemente el número de los desastres, ya demasiado considerables para una montaña relativamente tan fácil de escalar.

Entre los varios picos que rodean el Monte Blanco y llaman la atencion más que este, constituyendo el bien conocido grupo de las Agujas de Chamunix, ninguno iguala en majestad á la Aguja del Dru, vista desde la inmediacion del pueblo ó desde las pendientes del Montauvers: parece una inmensa espiral de roca que se eleva á varios miles de varas sobre escarpadas pendientes pedregosas, siempre cubiertas de una capa de nieve. Su forma es aún más notable que la del Matterhorn; seria una exageracion llamar á esta mole un obelisco gigantesto, porque detrás hay un pico que se eleva á varios miles de piés más de altura, pero el Dru parece cuando ménos una excrecencia enorme, cuya forma singular llamó durante muchos años la atencion de los más entusiastas individuos del Club Alpino.

Deberemos poner término á nuestra excursion, aunque de muy buena gana seguiriamos vagando por estas soledades que tantos recuerdos evocan, y donde la existencia ha sido para muchos un encanto. Alejémonos de las rocas donde la yerba no crece, y en las cuales sólo brota el líquen entre algunos reducidos espacios; alejémonos de los repliegues del blanquísimo manto de nieve que cubre los picos pedregosos; alejémonos de las oscuras profundidades de los abismos del glaciar; sólo nos detendremos un instante á la orilla de esta helada region,

donde los nevados picos se destacan á lo léjos cual pálidas fantasmas, miéntras que casi á nuestros piés se extiende sobre la verde yerba una alfombra de flores que parecen invitarnos á seguir el paso de la montaña. Aquí está el desfiladero de Goudo, donde gracias á los atrevidos trabajos de nuestra raza se ha perforado la barrera pedregosa, echando un puente para facilitar el paso desde Laponia á Italia. Tambien nos detenemos breves instantes para contemplar las nevadas crestas del Fletschhorner, y sobre los profundos precipios de este desfiladero, ántes infranqueable, los jardines y campos de maíz del valle de Orsola.

---

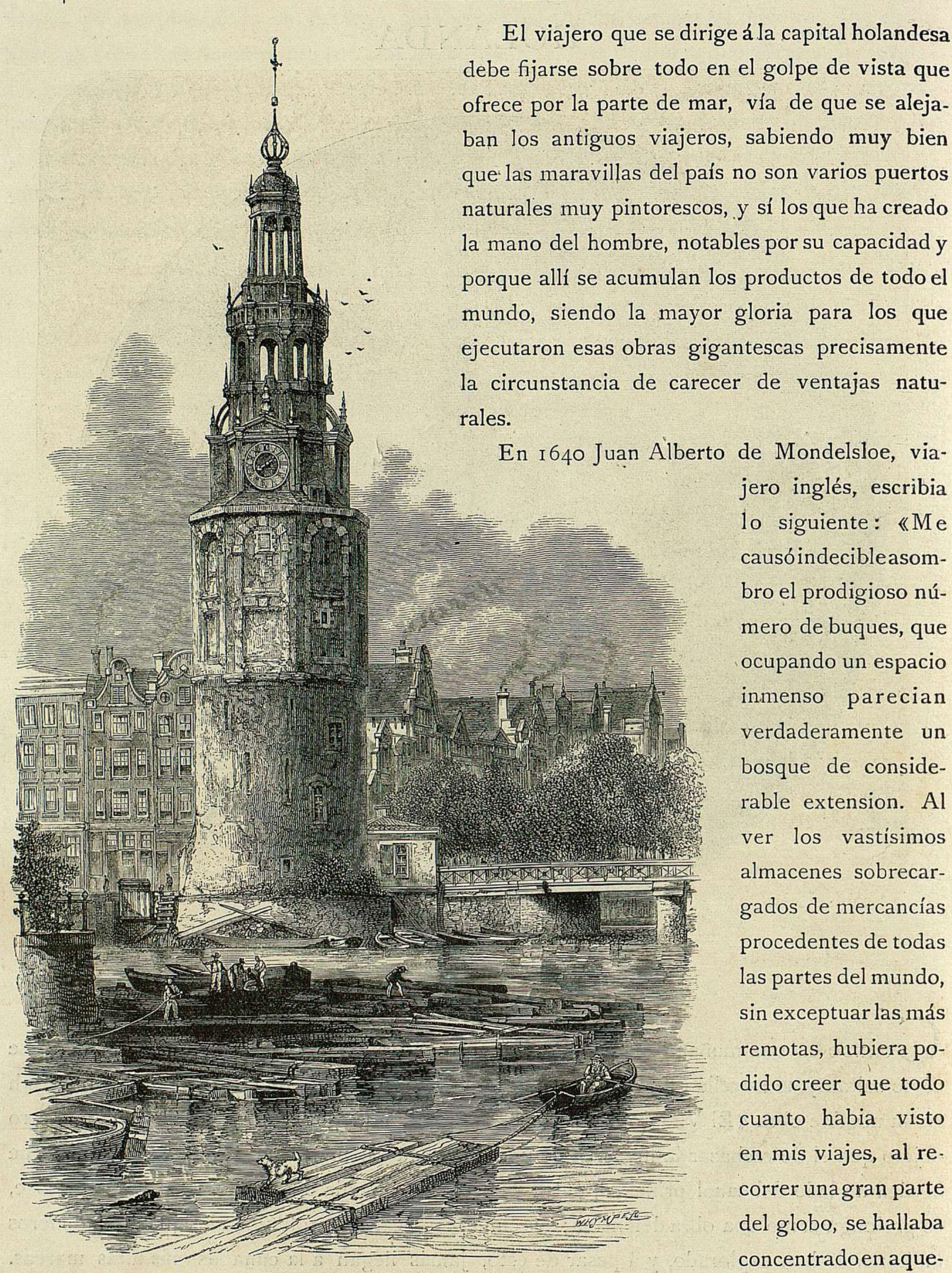
# HOLANDA




*El Mint, en Amsterdam*

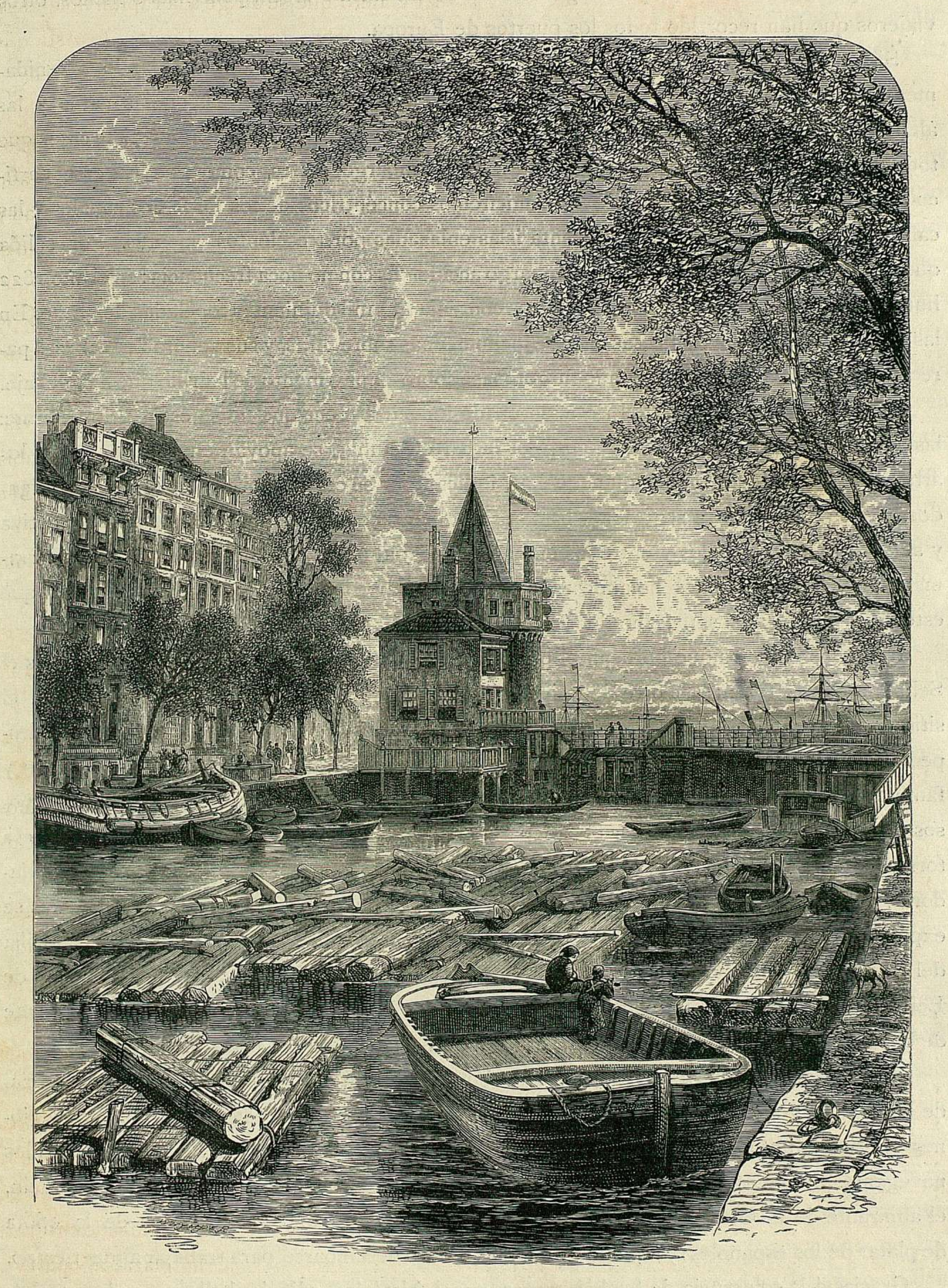
CUANDO en una mañana serena se divisa entre la bruma la costa de Holanda, viéndose cómo saltan y se estrellan las olas contra las «altas rompientes» de que nos habla Goldsmith en su notable obra «El Viajero», apénas se comprende que los diques se hallen allí con otro objeto que el de rechazar la invasion de una escuadra enemiga. El Dique de Helder, que bordea un lado del canal principal, entre Texel y la Holanda del Norte, en el Zuyder Zee, se prolonga como una obra defensiva; sus cimientos alcanzan profundidades que los ingenieros militares no han explorado, y á pesar de esto, jamás llegan á la cima las más altas mareas. Si se quiere apreciar bien lo que vale este dique es preciso situarse sobre él cuando el mar está un poco agitado, pues entónces se ve mejor cómo aquellos baluartes de granito rompen las olas, que si no fuera por tan poderoso obstáculo inundarian toda la Holanda del Norte, exponiendo á la misma capital á las furias del mar.

El viajero que se dirige á la capital holandesa debe fijarse sobre todo en el golpe de vista que ofrece por la parte de mar, vía de que se alejaban los antiguos viajeros, sabiendo muy bien que las maravillas del país no son varios puertos naturales muy pintorescos, y sí los que ha creado la mano del hombre, notables por su capacidad y porque allí se acumulan los productos de todo el mundo, siendo la mayor gloria para los que ejecutaron esas obras gigantescas precisamente la circunstancia de carecer de ventajas naturales.



Torre en Amsterdam

En 1640 Juan Alberto de Mondelsloe, viajero inglés, escribia lo siguiente: «Me causó indecible asombro el prodigioso número de buques, que ocupando un espacio inmenso parecian verdaderamente un bosque de considerable extension. Al ver los vastísimos almacenes sobrecargados de mercancías procedentes de todas las partes del mundo, sin exceptuar las más remotas, hubiera podido creer que todo cuanto habia visto en mis viajes, al recorrer una gran parte del globo, se hallaba concentrado en aquella plaza; al contemplar tan inmenso número de artículos de toda especie, incluso las sedas de la China, las porcelanas del Japon y los diversos productos de la India, cualquiera imaginaria que estos países habian vaciado el contenido de sus almacenes para enviarlo á esta ciudad, cuyas puertas no



*Torre de las Avispas en Amsterdam*

tienen iguales en el mundo por su grandiosidad.» Lo mismo dicen, poco más ó ménos, otros viajeros que han recorrido todos los puertos de Europa.

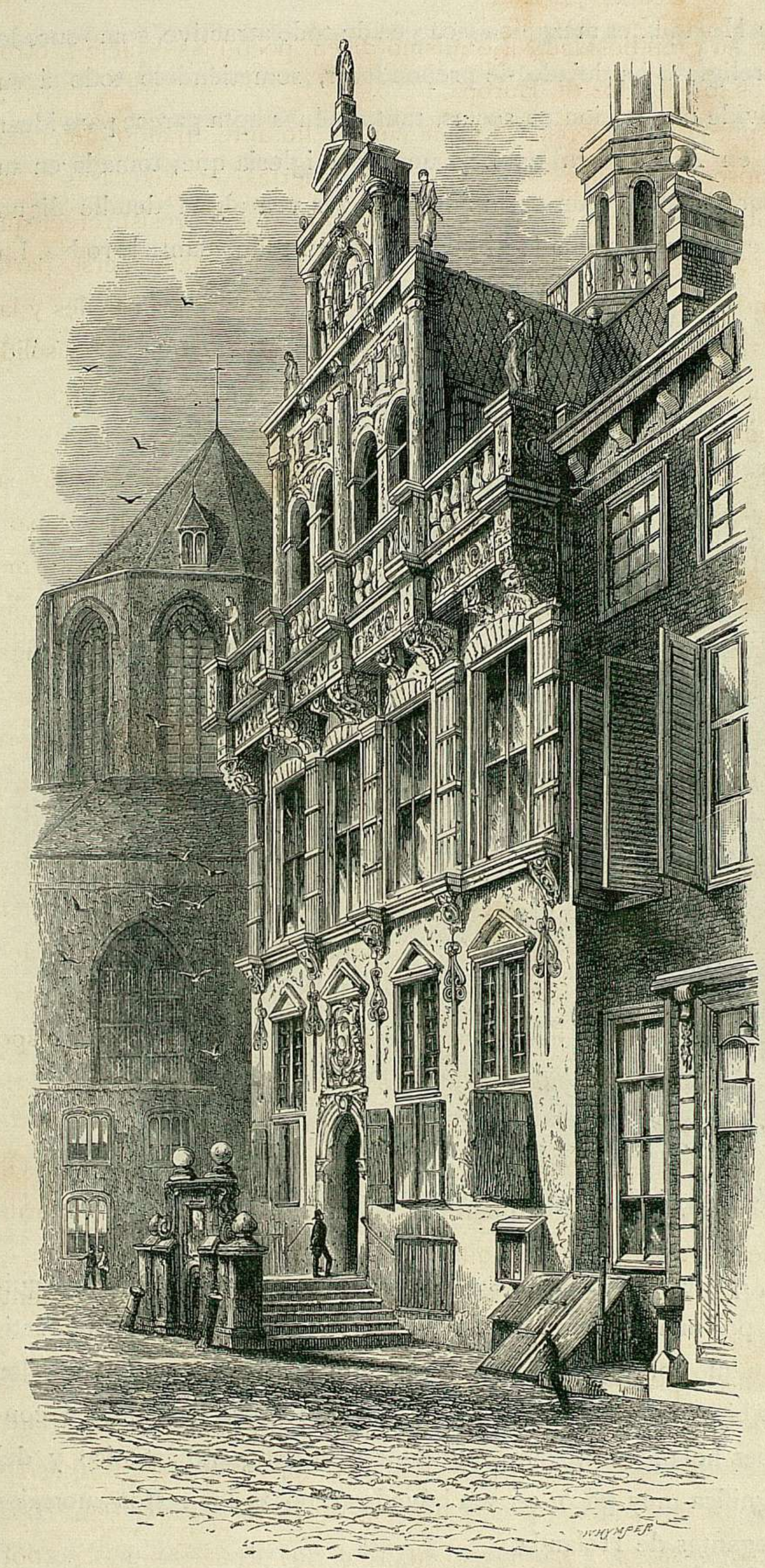
Si se mira desde el rio, despues de pasar por la gran ciudad flotante, fijando detenidamente la atencion en los espaciosos almacenes con sus macizas puertas, en las casas y las altas torres, que se destacan sobre un bosque de mástiles, á cualquiera se le resiste creer que todo esto se ha construido sobre estacadas. Y sin embargo, así es, como puede verse particularmente en Amsterdam, donde los semicírculos concéntricos de los fosos, los canales y las calles dividen la ciudad en unas noventa islas enlazadas por trescientos puentes. Por sólida que sea la construccion, ocurren sin embargo accidentes con no poca frecuencia: en el año 1822 hundiéronselos cimientos de un almacen que contenia tres mil quinientas toneladas de grano. En las calles más estrechas las casas altas se inclinan unas sobre otras, y sus venerables cabezas parecen agitarse cuando algun pesado furgon pasa sobre el pavimento de ladrillo que hay debajo.

Sin embargo, en el lado del rio nada puede inducir á creer que no se está en tierra firme: las altas torres que se ven desde léjos, por la parte del mar, se apoyan en sólidas bases; los árboles, poco ménos elevados que aquellas, indican por su corpulencia que están bien arraigados, y si se quisiera otra seguridad, bastaria fijar la atencion en la multitud que circula, activa y afanosa, por los muelles y entre las embarcaciones; al observarla no se recordaria seguramente á los tradicionales holandeses, con su aire grave y mesurado, y cualquiera diria que este es el pueblo más satisfecho de sí propio y más feliz de la tierra.

Entre los edificios que bordean el puerto, el que ántes llama la atencion del viajero es el Schreyershoeckstoren; la Torre del Rincon ó de las Lágrimas, situada precisamente en el sitio donde tripulantes y pasajeros, al embarcarse para los diversos puntos del globo, se despedian de sus parientes y amigos. Así la historia como la leyenda hablan de esta antigua y famosa torre, donde muchas matronas y doncellas sollozaban amargamente cuando sus esposos ó prometidos se alejaban por el rio para emprender una larga expedicion. Desde esa torre, los inquietos burgueses observaron en 1575 los combates entre los españoles y los sitiadores, y poco despues pudieron ver tambien cómo los magistrados católicos, á quienes se expulsaba de la ciudad, se embarcaban apresuradamente en los botes amarrados á la orilla del rio. Algunos años más tarde pasó y repasó por aquí la brillante comitiva del conde de Leicester, embajador de la reina de Inglaterra en los Estados, quien no dejaria seguramente de hacer detenidas observaciones para utilizarse de ellas algun dia contra la ciudad.

En 1608 partió de este muelle el primer buque mercante de la nueva Compañía comercial de las Indias, y al año siguiente comenzó en gran escala el tráfico con las más remotas regiones del Este. Junto á las paredes de la antigua torre Van Tromp, De Ruyter y todos los navegantes héroes, depositaban sus mercancías y sus armas. Aquí fué donde Piet Hein, el almirante de la Compañía de las Indias, amontonó en 1628 los despojos de la «flota de plata» de los españoles; y aquí donde el Czar Pedro desembarcó para trabajar algun tiempo.

Gracias á la tolerancia de los habitantes, en el histórico edificio hallaron asilo muchos emigrantes, particularmente judíos españoles y portugueses, entre los cuales figuró el famoso Baruch Spinoza. Por último, diremos que la famosa torre ha servido de observatorio á los



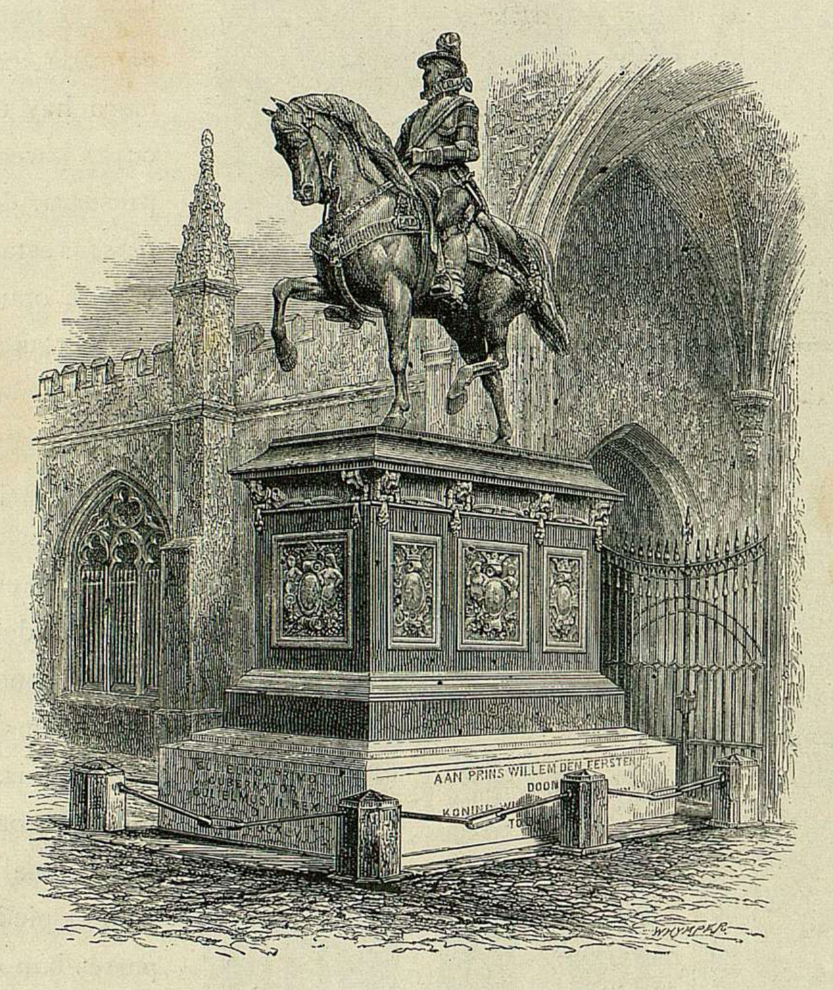

*Casa consistorial de la Haya*

ciudadanos durante los dias de lucha, cuando el cañon tronaba desde el Texel y las dunas del Zuyder Zee.

Desde el Schreyershoekstoren se ve asimismo muy bien el puerto y el estuario; en cada extremidad del primero hay un enorme dique, cuyas paredes contribuyen á preservar de las grandes mareas las estacadas de la ciudad; y en la opuesta orilla se ven las puertas del Canal del Norte y el pueblo de Zaandam, donde Pedro el Grande trabajó hasta que la imprudencia de los visitantes le obligó á refugiarse en el arsenal situado más allá del Dique del Este.

Las construcciones de la ciudad son de ladrillo, excepto el Stadhuis, ó Casa Ayuntamiento, convertida ahora en palacio real: es un sólido edificio de piedra, cuyas diversas partes han debido ser importadas en el país, única cosa que puede ofrecer interés, pues por lo demás no tiene nada de notable. Un cuartel de la época del Renacimiento tiene una base tan ridículamente desproporcionada, que esta parece haber desaparecido debajo de la construccion. Si esto fuese cierto no hay duda que aquella acreditaria más al arquitecto que dirigió la ejecucion. El único edificio notable del Gobierno, además de dicho cuartel, es el Mint, que ocupa parte del solar del Banco de Amsterdam, tan famoso en otro tiempo.

La arquitectura religiosa de Holanda es mezquina y carece de todo atractivo, como sucede en los países donde el espíritu religioso ha dejado de preponderar, sometiéndolo todo á su organizacion. Cuanto más se divide una nacion en sectas, tanto ménos apta parece para idear ó construir grandes catedrales: en Amsterdam no hay una sola iglesia que, tomada en su conjunto, pueda ofrecer el menor atractivo á un extranjero; tal vez vea algun detalle digno de llamar su atencion, pero no encontrará armonía ni buen gusto en todo cuanto le rodea. La



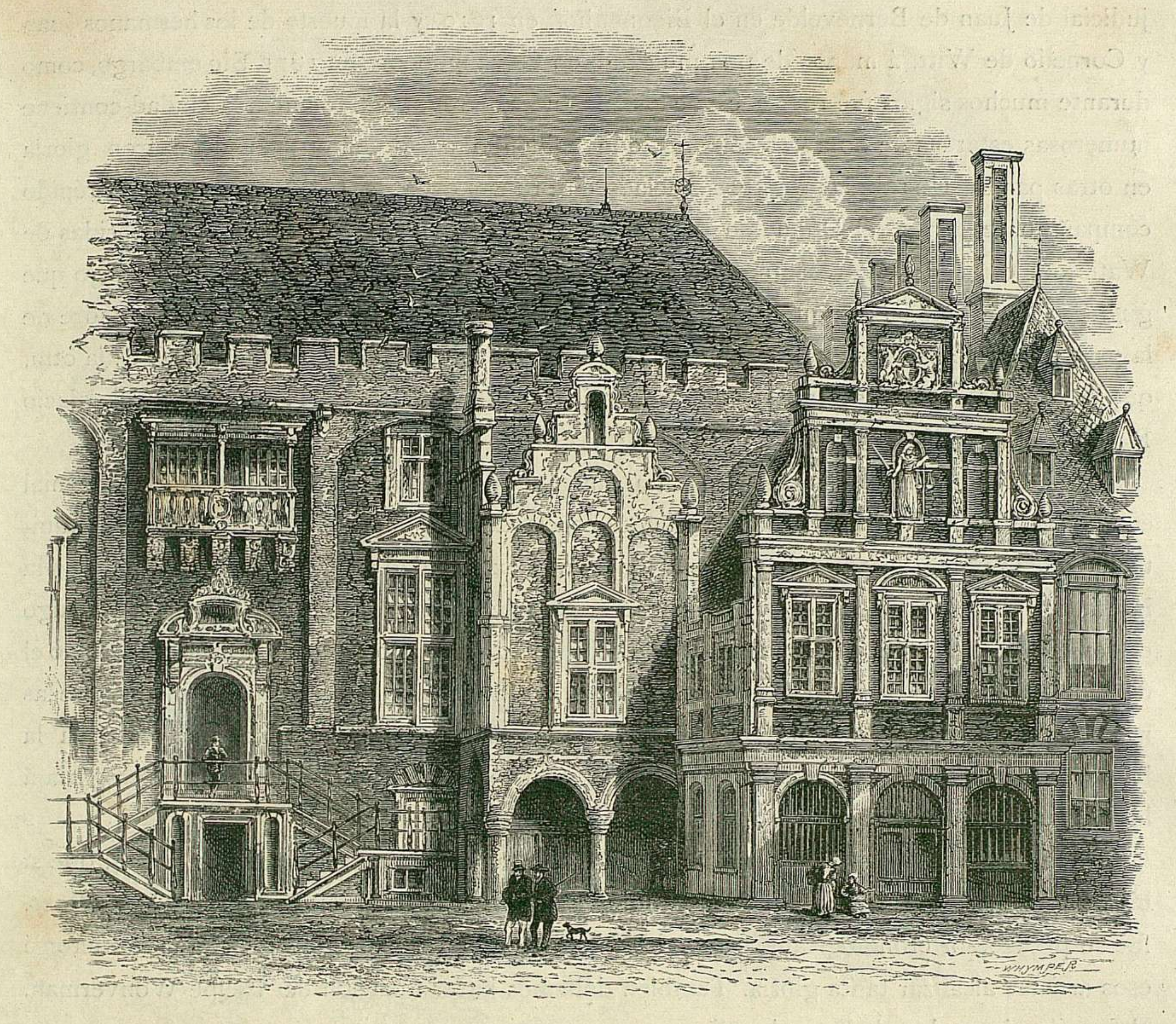

*Estatua de Guillermo el Taciturno en la Haya*

Nieuwe Kerk ó Iglesia Nueva, que en otro tiempo se distinguia por su precioso estilo arquitectónico, ha quedado mutilada por una moderna reparacion; la Oude Kerk, ó Iglesia Antigua, es bastante espaciosa, y aunque contiene tres ventanales que, segun se asegura, son los mejor pintadas de Europa, más bien podrá interesar por sus monumentos, dedicados á conmemorar la bravura de los héroes holandeses; como representacion del gusto artístico y del celo religioso de ese pueblo, significa muy poco; en sus bóvedas reposan los restos mortales de muchos de los antiguos navegantes de Holanda.

Todo el barrio de los judíos se distingue tanto por su repugnante suciedad como el resto de Amsterdam por su aparente limpieza, y digo aparente porque ciertos olores tan continuos como los que se perciben en Colonia, indican que tal limpieza no existe. Esos olores, sin embargo, son debidos á la mala suerte más bien que á la falta de los buenos burgueses; y

hasta se dice que los médicos del país envian aquí á sus pacientes para que aspiren las salubres emanaciones de las calles de Amsterdam y de sus canales.

Tal es la capital de Holanda, emporio del comercio; mas á pesar de sus condiciones, los primitivos gobernantes tuvieron á bien establecer su corte en el pueblo de Granvenhage, conocido entre los diplomáticos con el nombre de La Haya; de modo que Holanda cuenta



*Casa Consistorial de Haarlem*

con dos capitales, la de los negocios y la de la moda y el lujo; la capital holandesa y la francesa. En esta última no hay temor de encontrar judíos con sus desaliñados y sucios trajes, ni tampoco marineros que exhalan repugnantes emanaciones; aquí no hay peligro de que la sangre pura holandesa se mezcle, como la que corre por las venas de los habitantes de Amsterdam. La Haya es como un lugar reservado, y no obstante nada se encontrará en Holanda ménos característico del país.

En La Haya hay hermosas calles y extensas plazas, tales como no se verán en ninguna otra ciudad de Holanda; todas las casas particulares son grandiosas, y muchas de ellas se deben considerar más bien como palacios; pero pocos edificios ofrecen un conjunto pintoresco

y elegante. Los que más podrian llamar la atencion del viajero se hallan en el Vyverberg, en el Biennenhof y cerca del antiguo Stadhuis, ó Casa de Ayuntamiento, en cuyo tejado anidan las cigüeñas. Estas aves son sagradas para los habitantes de la ciudad, y segun se ha observado, frecuentan principalmente la pescadería, situada cerca de la iglesia mayor.

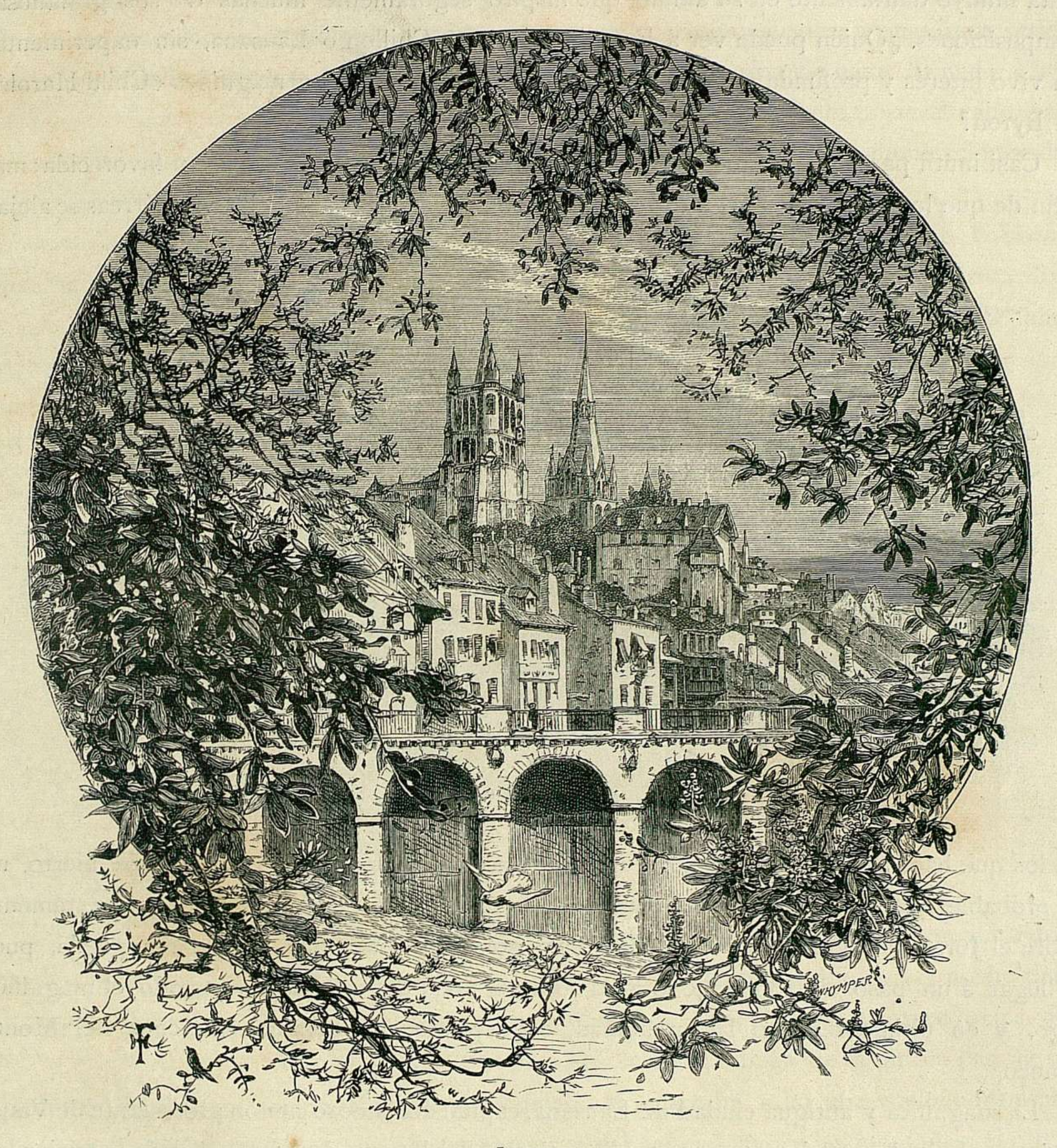
Bajo el punto de vista histórico, La Haya no es muy notable, si exceptuamos el asesinato judicial de Juan de Bernevelde en el Biennenhof, en 1619, y la muerte de los hermanos Juan y Cornelio de Witt, á manos de una multitud, en Gevangepoort, en 1671. Sin embargo, como durante muchos siglos fué residencia de los Estatuders y reyes de Holanda, la ciudad contiene numerosas estatuas de hombres célebres, que habiendo nacido en el país alcanzaron gloria en otras partes. Una de las estatuas, vaciada en bronce, es la de Guillermo II, el intrépido compañero de armas del Duque de Wellington, que sobrevivió treinta años á sus heridas de Waterloo; otras dos representan á Guillermo el Taciturno, más sabio en el consejo que guerrero en la batalla, y á quien su pueblo agradecido concedió el sobrenombre de Padre de la patria: una de estas estatuas, que es de bronce, fué erigida por la nacion en 1848; la otra, que es ecuestre, se levantó en 1845 por disposicion del rey Guillermo II; está frente al palacio Real, sobre un pedestal adornado con las armas de las siete provincias.

La Casa Ayuntamiento de Amsterdam, cuyas proporciones irregulares producen tan mal efecto á la vista, ofrece un singular contraste con la de Harlem, tan interesante por su arquitectura como por su historia: hállase situada en una extremidad del Gran Mercado, frente á la iglesia antigua, donde se puede oir el famoso órgano de Harlem. Este edificio fué mudo testigo de los horrores del sitio de 1572, que si no feliz en su resultado para los holandeses, como el de Leyden, fué uno de los más nobles esfuerzos de patriotismo que registra la historia de las naciones. El Stadhuis es el digno depositario de las artes nacionales, y en él se conserva la bandera de Harlem, que ántes flotaba sobre el edificio, hasta que se quitó para entregarla á los burgueses cuando combatieron contra los españoles.

En la Galeria de Artes hay una interesante coleccion de pinturas de Franz Hales, que si bien figuró despues de Rubens, Rembrandt y Vandyk en la línea de los pintores holandeses, fué su predecesor cronológicamente, y el primero en adoptar los principios que permitieron á esos artistas alcanzar tanta gloria. Tambien debemos hacer mencion de Felipe Wonverman, el famoso pintor de caballos y batallas.

---

# EL LAGO DE GINEBRA




*Lausana*

Dificil seria encontrar en Europa, ó probablemente en el mundo entero, una region que pueda igualar á la del lago de Ginebra y sus alrededores, por lo que hace á interés histórico y natural belleza del paisaje, asociados íntimamente con el recuerdo de hombres famosos de diversas épocas. ¡Cuántas de las ideas que agitan á la humanidad tomaron primero forma á la vista de las tranquilas aguas de ese lago! Aquí el piadoso Calvino quemó bárbaramente á Servet; y aquí, más tarde, todos los sitios parecen recordar la fama, la presencia y los trabajos de hombres como Byron, Gibbon, Rousseau y Voltaire. Cuando se pasea por las orillas

del delicioso lago podria parecer que van á tomar cuerpo las sombras de esos gigantes de la literatura, ante las mismas montañas y las aguas, las rocas, los castillos y los bosques, cuya vista influyó diariamente en su ánimo, que inspiró seguramente muchas de sus grandiosas composiciones. ¿Quién puede ver á Ferney y Clarens, Chillon ó Lausana, sin experimentar un vivo interés y profunda emocion? ¿Quién dejará de pensar en el magnífico «Child Harold» de Byron?

Casi inútil parece decir que hay muchos caminos para llegar á esa region favorecida; más á fin de que lo sepan todos los futuros viajeros, bueno será decir que las vías férreas se alejan



*Lanchas en el Ouchy*

de los que hace algunos años ofrecian mayor atractivo. Habiendo dos caminos de hierro, no es probable que nadie piense en viajar en carruaje desde Dole á Ginebra, directamente sobre el Jura, disfrutando del más magnífico golpe de vista que imaginarse pueda, pues al llegar á un paso situado á 4000 piés sobre el nivel del mar, se divisa todo el magnífico lago, y en último término las montañas, cuyo punto culminante es la cima del Monte Blanco.

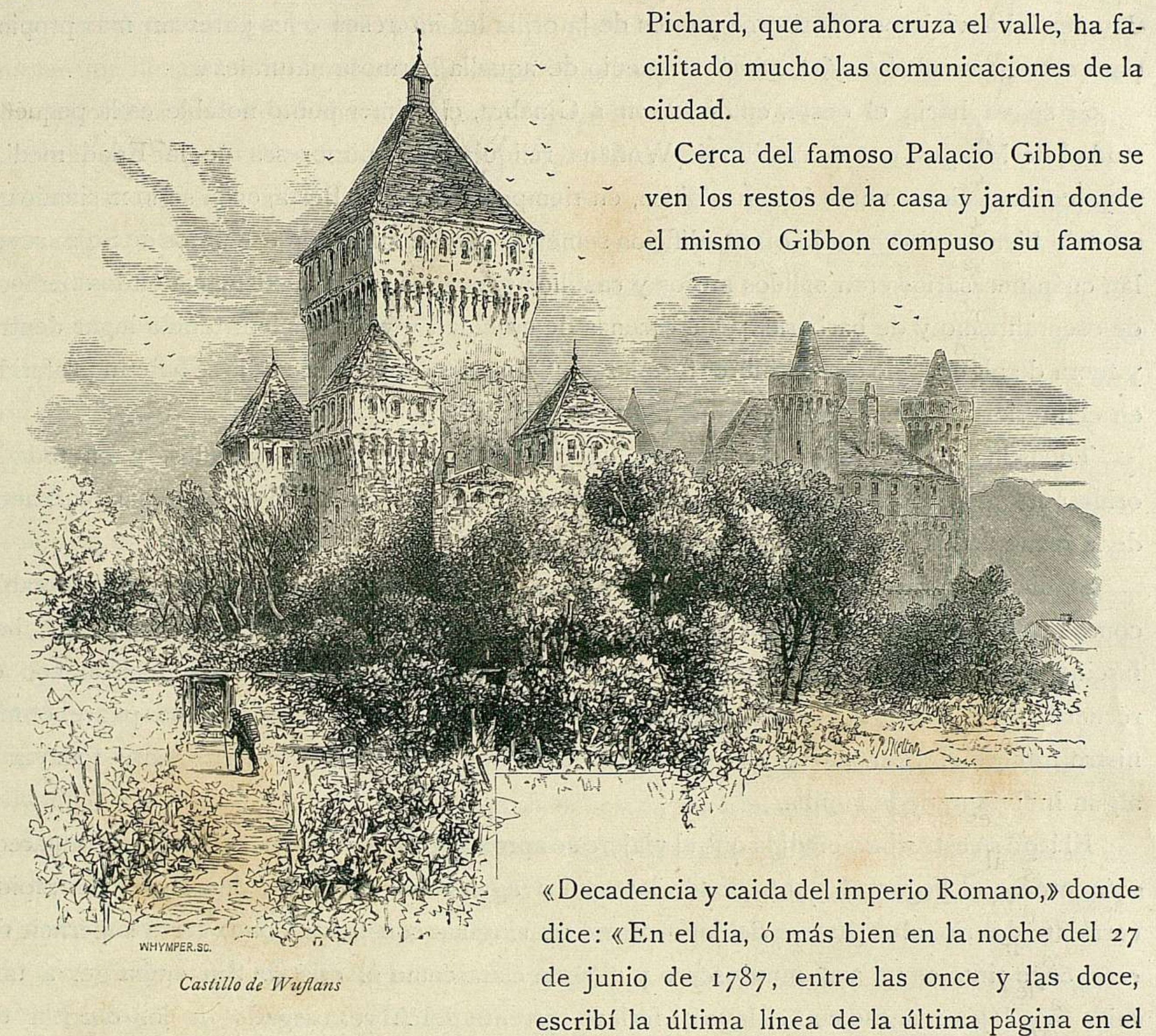
La magnífica y antigua ciudad de Lausana, capital del famoso canton protestante de Vaud, está situada no léjos del centro de la orilla oriental del lago, y desde su elevada posicion se puede disfrutar de magníficos golpes de vista; desde el sitio llamado la *Señal*, que se halla á unas tres millas de la ciudad, y á dos mil piés de altura, el magnífico paisaje se desarrolla en toda su esplendidez.

Nada más singular que el contraste que ofrecen las orillas del lago: en el lado norte vénse colinas del más delicado verdor, con espesos bosques que se extienden hasta las oscuras cordilleras del Jura; y de Lausana á la extremidad oriental del lago, la parte inferior del país presenta una serie de viñedos, interrumpidos tan sólo por pintorescas ciudades llenas de sol, y deliciosas quintas. En la opuesta orilla, que está de espalda al sol, si así puede decirse, obsérvase todo lo contrario: el terreno se eleva aquí bruscamente, formando salvajes monta-

ñas de gran altura y formas fantásticas, que oponen una barrera á los benéficos rayos del sol que tan brillantemente iluminan el canton de Vaud.

La ciudad de Lausana ocupa una magnífica posicion en la pendiente inferior del monte Jorat, tan singularmente dividido por barrancos, que las antiguas calles forman una serie de cuestas y bajadas, algunas de ellas muy pendientes; pero el nuevo viaducto llamado Puente Pichard, que ahora cruza el valle, ha facilitado mucho las comunicaciones de la ciudad.

Cerca del famoso Palacio Gibbon se ven los restos de la casa y jardin donde el mismo Gibbon compuso su famosa «Decadencia y caida del imperio Romano,» donde dice: «En el dia, ó más bien en la noche del 27 de junio de 1787, entre las once y las doce, escribí la última línea de la última página en el jardin de mi casa de verano. Cuando hube dejado la pluma fuí á dar una vuelta por un paseo de acacias desde donde se ve una perspectiva del país, el lago y las montañas; el aire era templado, el cielo estaba sereno; el plateado limbo de la luna reflejábase en las aguas, y toda la naturaleza parecia entregada al sueño.»



*Castillo de Wuflans*

La posicion céntrica de Lausana, respecto á las dos extremidades del lago, la belleza del paisaje, la variedad de los hermosos paseos, las magníficas casas de recreo de las inmediaciones, todo en fin, parece combinarse para que este país sea uno de los más favorecidos de Europa; miéntras que la excelencia de las escuelas y la baratura comparativa de todo lo necesario para la existencia atraen á muchas familias que buscan clima sano y una educacion económica.

Lausana, con su pintoresca catedral y su castillo, elévase sobre Ouchy, que puede considerarse como su puerto en el lago. Tiene una envidiable posicion y todas las ventajas ape-

tecidas para las excursiones acuáticas y la pesca; y en cuanto al clima, no puede ser más delicioso. Antes de salir de Ouchy no se debe olvidar que en la antigua casa llamada del Ancora, Byron escribió su «Prisionero de Chillon» en dos dias, miéntras estuvo detenido allí por causa del mal tiempo, en junio de 1816.

Además de la vía férrea hay excelentes vapores que van en todas direcciones, pudiendo detenerse los viajeros en cuantos puntos de la orilla les interesen ó les parezcan más propios para entregarse al *dolce far niente* en medio de aquella hermosa naturaleza.

Si se va hácia el oeste, en direccion á Ginebra, el primer punto notable es la pequeña ciudad de Morges, con su castillo de Wuflans, reliquia muy pintoresca de la Edad media, cuya construccion comenzó, segun dicen, en tiempo de la reina Berta, en el siglo X, siendo un modelo bien conservado de otros edificios semejantes, que en todos los puntos de Suiza revelan cuán necesarios eran sólidos muros y castillos para preservar la existencia en los tiempos de oscurantismo y de barbarie. ¡Qué escenas de crueldad y violencia han tenido lugar dentro y fuera de algunas de esas lúgubres fortalezas! ¡Qué gritos de misericordia se habrán proferido en el interior de esas ruinosas torres, tan tranquilas ahora!

Todas las colinas de los alredores de Morges son famosas por sus viñedos, y en toda la orilla norte del lago de Ginebra vense en el otoño magníficos racimos de uvas, casi al alcance de la mano de los viajeros que van por el camino de hierro.

Siguiendo la direccion oeste, se puede tomar el vapor para ir á Coppet, punto notable como residencia que fué de otra de esas lumbreras de la literatura á quienes parecen haber fascinado los encantos del lago de Ginebra, á los cuales comunicaron más seduccion con el recuerdo de su fama. Nos referimos á Madame Stael, que en compañía de su padre, el ministro francés Necker, habitó el castillo situado detrás de la ciudad, perteneciente todavía á algun individuo de la familia.

El lago se estrecha á medida que el viajero se aproxima á Ginebra, y su hermoso color parece más intenso al llegar al punto donde las azules aguas del Ródano salen de él. La rápida corriente del rio, al separarse del lago, ofrece un singular constraste con la tersa superficie de este, cuyo tinte es un azul muy oscuro y el agua clara como el cristal. Sin embargo, á una milla más léjos reúnese con el lago el furioso torrente del Arve, cargado de los detritus de los glaciares del Monte Blanco y de los restos acarreados desde la region de las nieves eternas. El resultado es singular: las azules aguas corren algun tiempo junto á su turbio compañero, haciendo resaltar más la suciedad de este, pero muy pronto la corriente turbia predomina sobre la otra, y como recibe otras impuras, ya no recobra su hermoso tinte hasta que se pierde en el Mediterráneo.

Aquí nos parece oportuno hacer nuestras observaciones sobre el aspecto físico general del lago de Ginebra, que es en rigor un inmenso filtro para el Ródano. Esta poderosa corriente, alimentada por enormes glaciares en ambas márgenes, en un espacio de ciento cincuenta millas, poco más ó ménos, vierte sus cenagosas aguas en el lago de Bonveret, al cual acabará por colmar, aunque su accion sea muy lenta, pues ya lo ha hecho con el trascurso de las edades en el espacio de diez ó doce millas. Desde la más pequeña elevacion de terreno sobre el lago

es fácil ver hasta qué punto llegan las aguas turbias. Todos los restos y cieno que contienen depositanse gradualmente en el fondo; y como ninguna otra corriente de glaciar se vierte en el lago, la parte restante de este tiene sólo aguas azules y puras hasta que se reune con el turbio Arve más abajo de Ginebra, perdiendo entónces sus agradables cualidades para siempre. Otro hecho interesante es la gran probabilidad de que toda esta region, y mucho más allá del actual nivel del lago, estuviese ocupada primitivamente por un mar helado ó por un glaciar enorme que llenara todo el valle del Ródano. Aún no se ha dado ninguna otra razon suficiente para explicar el hecho de haberse depositado grandes moles de roca granítica en los lechos de caliza, que se extienden hasta las mismas pendientes del Jura, alcanzando una elevacion de ochocientos piés sobre el lago, y que segun demuestra su carácter debieron ser impelidas por un agente poderoso desde las lejanas cordilleras de los Alpes Apeninos.

Desde Lausana á Vevey se franquea muy pronto una distancia de once millas en los coches del camino de hierro, pero si se disfruta de buen tiempo es casi un insulto al paisaje no hacer la excursion por la vía acuática, pues de otro modo se cruza rápidamente por una serie de viñedos sin tener siquiera el gusto de coger algunas uvas, ni ver tampoco nada de una parte del paisaje, porque el terreno se eleva tan rápidamente por el norte, que de pronto desaparece la perspectiva. Los viñedos, no obstante, merecen algunos elogios, aunque sólo sea de paso, pues producen los excelentes vinos que se fabrican en las inmediaciones. Se cree que los romanos hicieron aquí las veces de Noé plantando la vid; y el descubrimiento de una piedra con la inscripcion «Libero Patri Colliensi» se tiene por evidencia de que el dios Baco era objeto de culto en un templo de Collium, antiguo nombre de Cully, pueblecillo situado sobre el lago entre Vevey y Lausana. Sin embargo, á pesar de la bondad del vino del país, la mayoría de los viajeros pide vinos franceses de los más caros y apura sendas botellas de champaña, sin tener la menor idea de su procedencia ni de la manera de fabricarlo.

A medida que nos acercamos á Montreux y Chillon mayor es la variedad y el número de risueñas moradas y de hermosos jardines cuajados de flores; las colinas alternan con los lagos, y la asombrosa belleza del paisaje atrae irresistiblemente á los viajeros, induciéndoles á pasar todo un verano en los magníficos hoteles allí establecidos, donde muchos prefieren permanecer tambien durante el invierno más bien que continuar su excursion.

En esta direccion se pasa por Clavens; más á pesar de cuanto hizo Rousseau para celebrar esta localidad en su *Nueva Eloisa*, no merece tanto favor como Montreux y Veytaux. Desde esta parte del lago se pueden observar los más magníficos efectos de luz y sombra á diversas horas del dia: si se mira hácia el sur se ve el valle del Ródano flanqueado en su izquierda por las atrevidas montañas que culminan en el gran Moveran y el Diente de Morcle, y en la derecha por los maravillosos picos de los Dientes de Oche, las Cornetas y el Crammont. Cada una de estas partes recibe alternativamente en el trascurso del dia su parte de luz y sombra, mientras que en el centro del cuadro el Diente de Mediodia, con sus tres cimas, siempre brillante por sus nieves eternas, elévase como un soberbio centinela frente al Diente de Mordes, como para guardar el barranco á través del cual se precipita el gran rio á 9.000 piés bajo su corona.

Nada podria desear más bello y encantador que el paisaje de Montreux el artista ó el que sabe apreciar los cuadros de la naturaleza. Junto á las preciosas quintas y jardines, destacándose entre rosas y geranios, se ven las antiguas formas que deben haber sido características de toda la Suiza en los tiempos de su primitiva sencillez, pesados molinos, ruedas hidráulicas movidas por torrentes que bajan impetuosos de los valles alpinos para reunirse



*Castillo de Chillon*

con la corriente central, y casas de madera de tan extraña construccion y tan singularmente situadas, que todo viajero no puede ménos de preguntarse cómo se encuentra gente que habite en ellas, ni pueda siquiera entrar ó salir. Sin embargo, allí hay personas que viven felices y contentas, teniendo por dicha ganar un reducido jornal con que atender á su subsistencia.

Este rincon del país es no obstante famoso por su salubridad, tanto que, segun las estadísticas, «Montreaux es la localidad del mundo en que hay relativamente ménos mortalidad, y donde se contrae menor número de casamientos imprudentes.» En una posicion que domina

un grandioso golpe de vista, á unos mil ochocientos piés sobre la ciudad, hállase el caserío de Glion, donde hay sitios admirables para aspirar las frescas brisas que refrescan el Diente de Janon, cuya altura pasa de seis mil piés.

Un poco más léjos, por el este, se encuentra el conocido castillo de Chillon, coronando una roca aislada, próxima al camino que hay junto al lago; hállase rodeado de aguas profun-



*Castillo de Chillon y Lago de Ginebra*

das, y para cruzarlas se pasa por un puente de madera del más pintoresco aspecto. Fué construido en 1238 por Amadeo IV de Saboya, y es una muestra admirable de las construcciones de la Edad media. En su tiempo fué una prision de Estado, conocida, muy contra su gusto, de muchos de los primitivos reformistas: créese que el «Prisionero de Chillon», de Byron, no era otro sino el famoso Bonnivard, Prior de San Víctor en Ginebra, que estuvo encerrado en un calabozo del castillo desde 1530 á 1536. Parece que Byron al escribir ese famoso poema

referíase á una víctima imaginaria, sin conocer la verdadera historia de Bonnivard, con la cual relacionó despues su composicion al tener noticia del hecho.

En aquel tiempo el país de Vaud pertenecia á Saboya, y como quiera que Bonnivard llegare á ser un estorbo para el duque reinante, éste mandó encerrarle en un calabozo de Chillon. Hasta 1536 no consiguieron los suizos recobrar el país, que estaba en poder de Cárlos III de Saboya; Chillon fué el último punto que resistió, pero sitiado por tierra por un ejército bernés, y atacado por las galeras ginebrinas desde el lago, fuéle forzoso rendirse. Bonnivard recobró su libertad y volvió á Ginebra, donde se declaró partidario del protestantismo, aunque disuadiendo á sus defensores de introducirle violentamente. Durante su cautividad, Ginebra se habia erigido en república protestante, dejando de ser dependiente de los duques de Saboya.

El castillo se utiliza ahora para depósito de efectos militares y el interior del edificio está bien conservado: ha llegado á ser un punto de peregrinacion para los viajeros de todas las partes del mundo, que siguiendo el ejemplo de Byron, van á estudiar todos los detalles relacionados con el famoso prisionero. Despues de todo, y á juzgar por las tenebrosas leyendas de la localidad, confirmadas por las señales exteriores que diariamente se enseñan á los extranjeros, Bonnivard debió pensar que no habia sido poca fortuna para él pasar seis años en su prision sin haber perdido la vida ó algun miembro, pues aquí se ve la horca, ennegrecida por la accion del tiempo, donde se colgaba á los prisioneros; aquí está el «terrible agujero en la pared», por donde se precipitaban los cadáveres en el lago, á una profundidad de quinientos piés; aquí se contempla con espanto la cámara del tormento, donde aún se conserva un pilar de madera requemado por hierros candentes; y aquí, en fin, se puede ver el calabozo *del olvido*, antro horrible cuyo sólo aspecto infunde pavor; la puertecilla de una trampa interceptaba la única luz que hubiera podido penetrar en aquel espantoso calabozo, y en un ángulo veíase como el principio de una escalera de caracol, pero sólo tenia tres peldaños; de modo que cuando el prisionero creia pisar el cuarto, sólo encontraba el vacío y caia á una profundidad de ochenta piés, quedando su cuerpo clavado en unos agudos cuchillos puestos de punta. Bonnivard tuvo la gran suerte de vivir veinte y cuatro años despues de su salida de Chillon, y en este tiempo se casó dos veces.

Poco despues de salir de Chillon, y á cosa de media milla ántes de llegar á la extremidad del lago de Villeneuve, hállase el famoso Hotel Byron, que ha sido siempre una residencia favorita, pues á la tranquilidad del sitio agréganse las bellezas del paisaje. Entre Villeneuve y Bouveret, donde el Ródano desemboca en el lago, hay un espacio pantanoso que gradualmente recibe nuevos depósitos del rio, y más léjos se encuentra una estrecha faja del canton de Valais. A pocas millas está la pequeña ciudad de San Gingolfo, en la frontera de Suiza y en esa parte de Francia que fué primitivamente Saboya. La frontera está formada por el profundo barranco del Morgue, torrente que arrastra las aguas de los Dientes de Oche, notable grupo de montañas de siete mil ú ocho mil piés de altura que se elevan bruscamente desde la orilla del lago. Partiendo de San Gingolfo se puede llegar á la cima más alta en unas cinco horas, é igual tiempo basta para alcanzar el punto más elevado de Crammont, ó las Cornetas de Bise, observatorios sin igual para recrearse en los puntos de vista que ofrece el lago con sus alrededores.

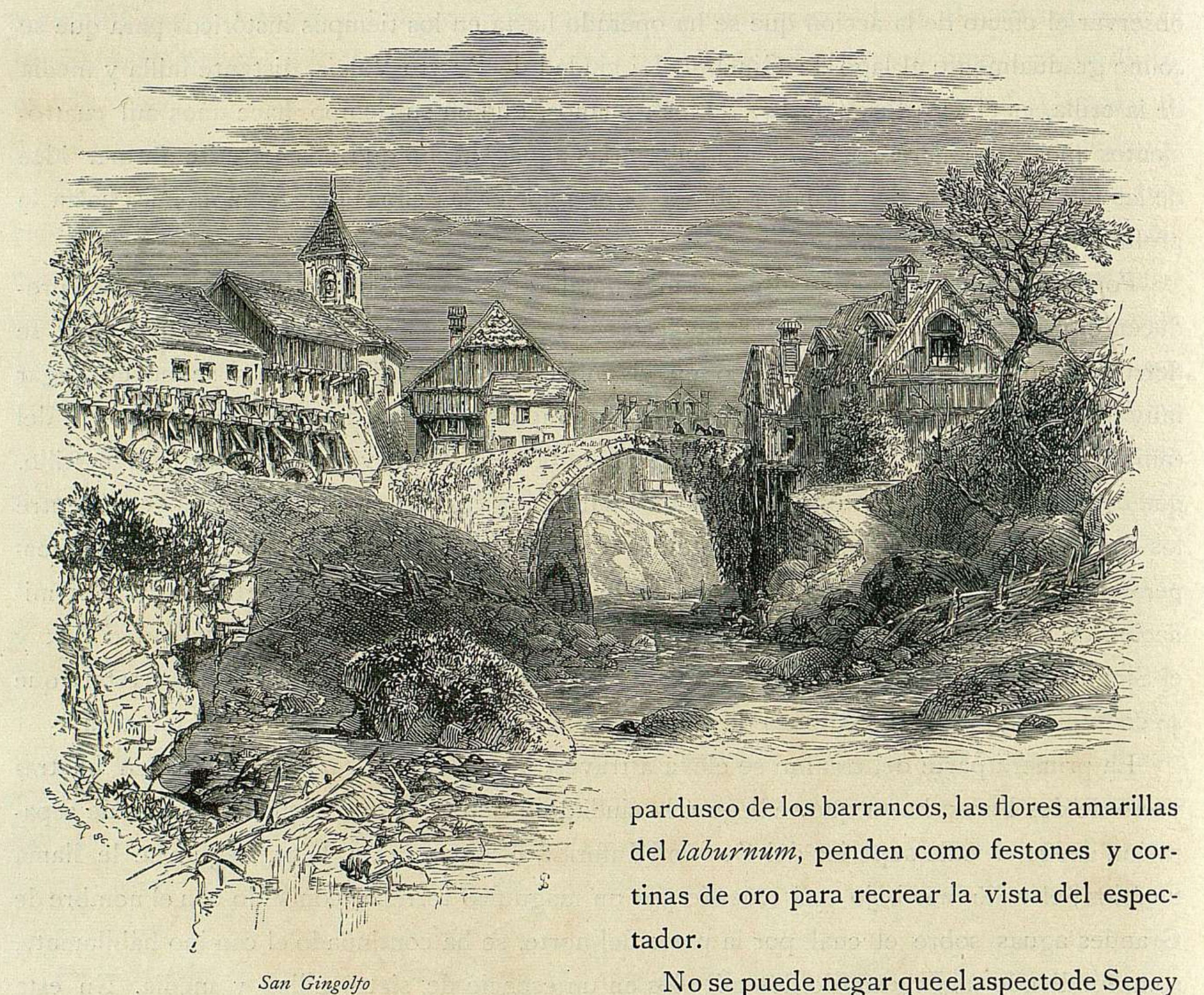
Sin embargo, la region montañosa más popular y más generalmente visitada cerca de la extremidad oriental del lago, es el distrito correspondiente á la orilla vaudense del rio, cuyo centro se halla en los encantadores valles de Ormond Superior y Ormond Inferior, á los cuales se llega fácilmente por el valle principal del Ródano, saliendo de Aigle. Tambien se puede elegir para punto de partida, Bouveret, en la orilla oeste del rio, ó bien seguir la línea de Villeneuve, segun las circunstancias. En el primer caso el viajero tendrá ocasion de observar el efecto de la accion que se ha operado hasta en los tiempos históricos para que se colme gradualmente el lago de Ginebra. La ciudad de Puerto Valais, distante milla y media de la orilla, es el «Portus Valesiæ» de los romanos, que en su tiempo, hace unos mil cuatrocientos años, se hallaria seguramente junto á las aguas, hecho que nos permite formar idea de las influencias que deben haber obrado para impeler las cimas de las montañas hasta la profundidad de los valles.

Por la parte de Villeneuve el punto más notable es Ivorne, cuyas abundantes vides producen el mejor vino blanco de Suiza; crecen en la pendiente de una montaña cuya cima se derrumbó por efecto de un terremoto en el año 1584. Desde dicho punto se puede llegar muy pronto á Aigle, donde hay un hotel muy limpio y cómodo, inmediato á la estacion del camino de hierro. En la ciudad antigua llama la atencion de los viajeros un vetusto castillo, que contrasta singularmente con los blancos edificios y casas de construccion moderna, entre los cuales distínguese un grandioso hotel en cuyo tejado ondea una bandera. Aigle ha prosperado mucho en estos últimos años, debiendo en parte su creciente importancia á la terminacion de un magnífico camino á través de las montañas, desde Sepey y Chateau d'Oex y el Simmenthal, camino por el cual se ganan cuarenta millas sobre la primitiva carretera que se comunicaba entre los cantones de Berna y Vaud ó los lagos de Thun ó de Ginebra.

La primera parte del camino se eleva á través del valle del Ormond Inferior en un trayecto de dos horas, hasta que se llega á la ciudad de Sepey, la cual forma el punto de separacion desde el valle superior del Ormond Inferior, ó Plano de las Islas, segun se le llama tambien; el valle más bajo está cruzado por un magnífico torrente conocido con el nombre de Grandes aguas sobre el cual por la parte del norte, se ha continuado el camino hábilmente, comprendiendo una cuesta de dos mil piés en un espacio de siete millas y media. En esta parte todo el paisaje presenta la más seductora variedad, desde los precipicios que flanquean el inmediato Chamossaire hasta los salvajes picos del Diente del Mediodia, que se divisan en lontananza En estos tres ó cuatro últimos años los incansables ingenieros hicieron una mejora hácia la parte central del camino, que consistió en aislar un espacio para recreo de los botánicos. En la orilla pedregosa del primitivo camino, encontrábase en un corto trayecto, por el norte, una asombrosa profusion de ese raro helecho local conocido con el nombre de *Asplenium Fontanum*. Hay pocos caminos ni senderos en Suiza que yo no haya recorrido en busca de plantas, y á excepcion del Saleve, cerca de Ginebra, sólo aquí se encuentra dicha preciosa especie.

Váyase como se quiera, á pié ó en coche, esta manera de acercarse á los Alpes será siempre la más agradable, sobre todo á principios del verano. La region de los Ormonds es la

estacion más propia para prepararse á recorrer las alturas de los Alpes, y ofrece además los primeros encantos de la estacion futura. El mes de junio es la primavera de Suiza á la elevacion de 3.000 á 4.000 piés sobre el nivel del mar, y en la última parte de dicho mes ofrécense en el valle de Ormond golpes de vista de que no disfrutarán los viajeros en agosto y setiembre. Las nevadas flores del espino blanco contrastan deliciosamente con los oscuros tintes de los magníficos brezos, cuyos nuevos retoños comienzan á reverdecer, y sobre las rocas de color pardusco de los barrancos, las flores amarillas del *laburnum*, penden como festones y cortinas de oro para recrear la vista del espectador.



*San Gingolfo*

No se puede negar que el aspecto de Sepey es sumamente pintoresco: el barranco de Grandes Aguas, y las majestuosas rocas del Chamossaire, elevándose bruscamente en la opuesta orilla, ofrecen un conjunto admirable; pero Sepey se halla tan retirado que no induce á los viajeros á permanecer allí largo tiempo, aunque se pueden pasar dos ó tres dias muy agradablemente. Para el montañés, en cambio, es el mejor sitio cuando trata de visitar los notables picos de Tour d'Ay, á siete mil ochocientos diez y ocho piés sobre el nivel del mar, y la Torre de Mayen, que se eleva á siete mil seiscientos veintidos.

El valle superior de Ormond de Arriba induce al viajero á seguir adelante, y á las dos horas puede llegar al Hotel de los Diablillos, que ocupa una magnífica posicion á la altura de tres mil ochocientos piés sobre el mar. El camino se eleva mucho apénas se sale de Sepey y muy pronto traza un recodo á la izquierda, porque allí comienza el camino recientemente

abierto para ir á Comballaz y Castillo de Oex, miéntras que el otro se inclina más y más á la derecha, pasando primeramente por una parte del barranco que forma el valle inferior, y despues sobre un ruidoso torrente y por el arco del Puente de Aruet, nombre que apénas creemos necesario decir era el verdadero de Voltaire; muy pronto se sale por aquí á un gran espacio despejado, cubierto de ricos pastos, con varios grupos de casas, y circuido de altas montañas. Este sitio es Ormond de Arriba, ó Plano de las Islas, el principio de un distrito que de todos los de Suiza es el que ha conservado mejor su primitiva sencillez.

Lo más notable en el paisaje de esta region es la mole imponente de la montaña de los Diablillos, que al parecer cierra



*Castillo en Aigle*

el valle y tiene gran semejanza con los *circos* de los Pirineos. La nevada cima de la montaña hállase á unos mil seiscientos piés sobre el nivel del mar, ó siete mil sobre el valle, desde cuya extremidad parecen elevarse los precipicios perpendicularmente para ir al encuentro de los glaciares que los dominan: aquí hay muchas cascadas paralelas que caen desde una con-

siderable altura. A izquierda y derecha las pendientes de las montañas bajan gradualmente, cubiertas de oscuros bosques de abetos que bordean tremendos precipicios, en cuyo fondo precipítanse las cataratas de la montaña central. Sólo el aspecto de la cuenca del inmenso anfiteatro que aquí ha formado la naturaleza invita al viajero á proseguir su marcha hasta el Plan de las Islas.

A principios del verano, todos los prados se cubren aquí de abundantes y variadas flores, entre las cuales predominan los narcisos y geráneos: despues de cruzar por este inmenso jardin, donde se ven varias pintorescas cabañas, llégase á la inmediacion de una serie de espesos bosques, en los cuales abundan las orquídeas y la *Pyrola uniflora,* una de las plantas más buscadas en las alturas alpinas.

La variedad de las excursiones que se pueden emprender en esta region á pié ó á caballo parece ser ilimitada. Por la parte del oeste, un paseo de dos horas basta para llegar al desfiladero de la Cruz, desde donde se puede ir en muy poco tiempo á Chesieres y Villard, sitios deliciosos para quien quiera contemplar los esplendores del monte Blanco desde Bex á Ollen. Despues de cruzar los hermosos prados del Plano de las Islas se franquea una empinada cuesta que se prolonga entre bosques de abetos, cuya flor es tambien muy rica. Desde la cima del Paso de la Cruz, el viajero puede trasladarse en media hora á la cumbre del Chamossaire, situada á seis mil novecientos treinta y dos piés sobre el nivel del mar, y desde la cual puede contemplarse la magnífica cordillera del Monte Blanco.

En direccion opuesta al Plano de las Islas hay un camino que conduce al pueblo de Gsteig, bordeando la base del grupo de montañas de Oldenhorn, digno de ser visitado por el montañés á quien no intimida una expedicion de diez ó doce horas sobre las rocas y la nieve. Se puede pasar el dia muy agradablemente en la ascension á la montaña de los Diablillos, cruzando el glaciar de Sansfleurons hasta su base, que casi llega al paso de Sanctsch. Los que no sean tan emprendedores pueden recorrer las pendientes pedregosas y los bosques situados en la parte norte de estas montañas, entre ruidosas cascadas y estribaciones de hielo. En las espesuras abunda mucho el *Cystopteris montana,* que es probablemente el más hermoso helecho de Europa: acá y allá vense en algunos sitios grandes espacios cubiertos de *Anemone narcissiflora,* cuyos largos tallos sedosos están coronados por un grupo de blancas flores, semejantes por lo regular al *Polyanthus narcissus,* bien conocido en nuestros jardines.

Al norte del Plano de las Islas hay un considerable grupo de montañas pequeñas que presentan las más singulares y fantásticas formas, con sus pendientes cubiertas de césped y de flores, y sus rocas de difícil acceso. La más notable de estas es la Cabeza del Monje, que tiene siete mil setecientos piés de altura, necesitándose cerca de cuatro horas para subir hasta la cima. Otras varias de estas montañas son mucho más fáciles de escalar, y en sus pendientes, ricas tambien en flores, abunda la *Primula auricula,* que contrasta agradablemente con el oscuro tinte de púrpura de las gencianas; en la última parte de junio comienzan á florecer los rododendrones, que muy pronto alfombran las colinas.

Gsteig es el punto de partida más conveniente para los que quieran emprender la ascencion al Oldenhorn, que situado á diez mil doscientos ochenta y cinco piés sobre el nivel del

mar domina uno de los más variados paisajes de los Alpes, y está equidistante de los dos grupos del Monte Blanco y Monte Rosa, dando frente á toda la cordillera de los Apeninos y á los valles que bajan hácia el norte. En opuesta direccion, la extensa superficie líquida del lago de Ginebra parece un espejo gigantesco, donde se reflejan las montañas inmediatas; miéntras que á la distancia de sesenta ó setenta millas la vista recorre sucesivamente las aguas de Neuchatel y las azules cordilleras del Jura. Al que no le guste permanecer en esta elevada cima le agradará cuando ménos vagar por las sendas y caminos que á ellas conducen, á través de barrancos, pinares y cascadas, que presentan aquí el más grandioso conjunto.



*Cabañas en Sepey*

Más allá de Gsteig, en opuesta direccion hay dos pasos que conducen por las colinas, á través de Launen al delicioso valle del Simmenthal Superior, limitado en su extremidad por el Wildstrubell y las magníficas rocas por donde cruza el paso á Sion en el Valais.

Se puede seguir este valle hasta Zweisimmen, donde se une con el principal; pero es mejor volver en direccion á Sepey, para seguir el nuevo camino que cruza por Comballaz, Castillo de Oex y Saanen.

Comballaz, que dista tres millas de Sepey y está á cuatro mil cuatrocientos diez y seis piés sobre el nivel del mar, es en verano la residencia favorita de aquellos que buscan la tranquilidad y el retiro; el aire es muy puro, y los manantiales sulfurosos muy celebrados por la eficacia de sus aguas para curar ciertas enfermedades.

Desde Comballaz se baja por un sendero hasta el valle de Etivaz, cruzando entre numerosos bosques y prados que á fines de mayo están cubiertos de una alfombra de narcisos. La riqueza de los pastos, la belleza de los bosques y la variedad de las montañas, contribuyen á

que esta region sea una de las más buscadas por los que quieren retirarse algun tiempo del ruido del mundo para vivir en completa tranquilidad; estos parajes ofrecen tambien ancho



*El Diente del Mediodía*

campo para el estudio, así al artista como al botánico. Pocos puntos hay en Suiza que ofrezcan por este concepto tantas ventajas como los valles de Ormond y del Simmenthal Superior.

Ya hemos dicho que la Cruz es la cima del paso desde el Plan de las Islas hácia el oeste; esta es la línea divisoria entre el valle de Ormond y el de Griome, que conduce á Besc, en

el gran valle del Ródano, por un hermoso camino. Los verdes pastos de Taveyannaz, situados á la izquierda, están sobrepuestos de gigantescas rocas y profundos precipicios; la serie de verdes colinas cuyo punto culminante es el Chamossaire, elévase gradualmente por la derecha; y enfrente se destaca, á la distancia de unas quince millas del desfiladero de la Cruz, la enorme mole del Diente del Mediodía, con sus tres cimas coronadas de nieve.

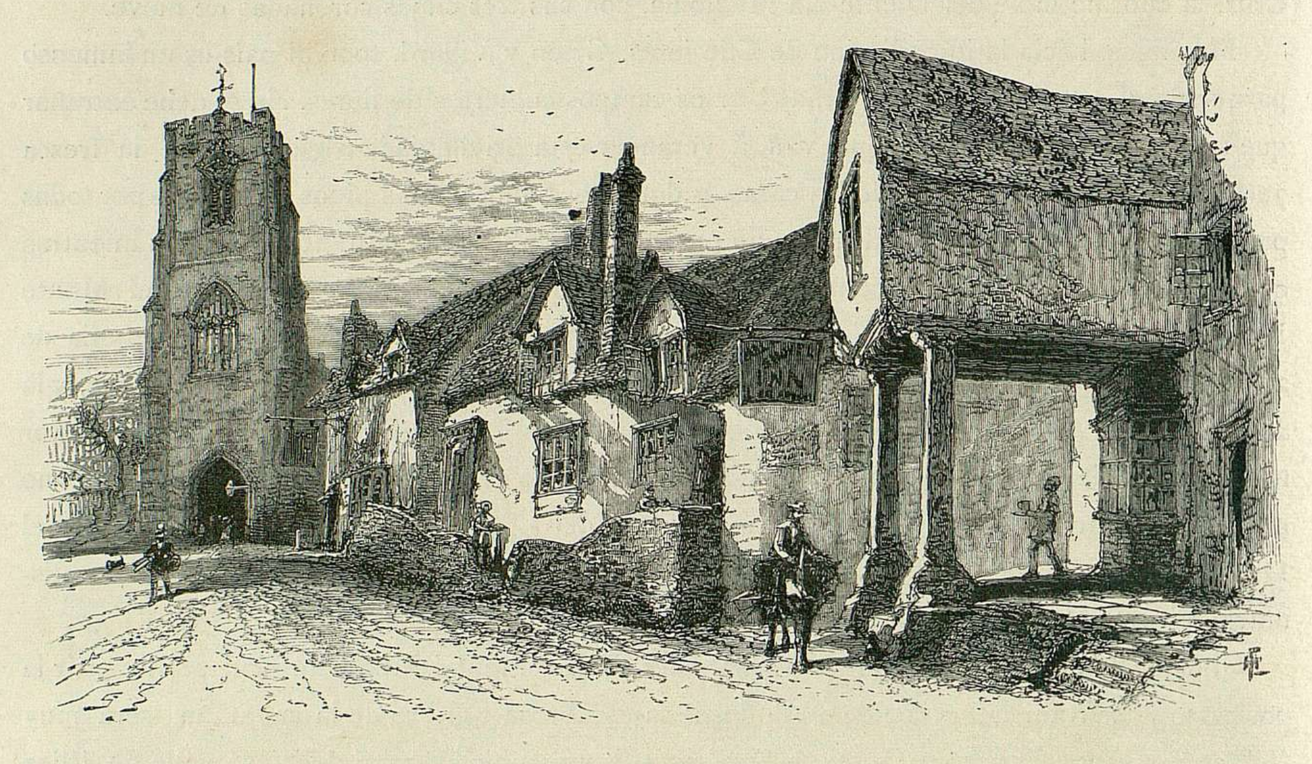
Más léjos, hácia la inmediacion de Chesieres, Grion y Villard, todo el país es un inmenso parque en el que los bosques alternan con los campos cubiertos de flores. No se debe extrañar que sea muy buscada por los que van á veranear esta privilegiada region, donde la fresca yerba llega hasta las puertas de las casas, y donde el aroma de los pinos se difunde por todas partes, invitando al reposo ó al tranquilo paseo á la sombra de los grandes árboles; miéntras que la vista se puede recrear contínuamente en el sublime espectáculo que ofrece el Monte Blanco, con su séquito de esbeltas agujas y brillantes glaciares. La majestad tranquila de aquel sitio, sus nieves eternas, realzadas por los delicados tintes del prado y del bosque, y la azulada bruma que flota sobre el valle del Ródano, constituyen un cuadro que el espectador no podrá olvidar nunca despues de haberlo contemplado una vez. Para semejante cuadro no podria imaginarse marco más propio que las rocas del Diente de Morcles, por un lado, y el Diente del Mediodía por el otro, miéntras que entre estas montañas, á treinta millas de distancia, elévanse gigantescos picos, dominando todo el paisaje.

Si despues de contemplar las cimas salvajes del Diente del Mediodía se desea invertir la posicion, ó disfrutar del golpe de vista desde la escabrosa cumbre de la montaña, será muy fácil conseguirlo. Para ésto basta bajar hasta Bex y subir luégo al delicioso valle de Illiez para pasar al pueblo de Champery, situado al pié de la montaña, y que á su vez es digno de una visita por su magnífica posicion. No deja de ser una excursion fatigosa la subida al más alto pico, que se halla á diez mil cuatrocientos cincuenta piés sobre el nivel del mar, pero basta mirar el mapa para comprender que el cansancio quedará bien compensado por las admirables vistas de que se disfruta desde aquel punto. Ese pico domina una gran parte del valle del Ródano y la extremidad oriental del lago, pudiéndose ver tambien una gran extension de los Apeninos y de los Alpes Berneses.

Champery es el punto central de muchos hermosos caminos de la montaña, entre los cuales podemos citar la Garganta de Sagerons, que es un excelente paso para ir á Sixto, si no se prefiere volver por el camino principal á las tranquilas aguas del lago de Ginebra, que fué nuestro punto de partida.

---

# GRAN BRETAÑA




*La puerta occidental en Warwick*

## WARWICK Y STRATFORD

Aquel que quisiera estudiar los paisajes más tranquilos de Inglaterra, observando á la vez de cerca ese aspecto de riqueza y bienestar que tanto distingue á una gran parte del país, sobre todo cuando se compara con el de allende el Canal, deberia ir al condado de Warwick. En ningun otro punto se ven más ricos campos de trigo ni tan verdes praderas junto á las corrientes de agua; en ninguna parte se hallan tales combinaciones de colinas, llanuras y valles, y bien se puede asegurar que este es el corazon de Inglaterra.

La ciudad de Warwick representa bien el condado, y no cede apénas á ninguna otra por lo pintoresco de sus edificios y el interés de su historia. Hállase edificada sobre una línea de colinas bajas que se prolonga hasta cerca de las orillas del Avon, y vista por el oeste desde cierta distancia, reconócese que su posicion no puede ser más pintoresca, pues sus árboles y casas se agrupan al rededor de la mole irregular del castillo, que se eleva como una roca sobre el rio, dominado á su vez por el altísimo campanario que corona la cima de la colina.

Si comenzamos nuestra excursion partiendo de la estacion del camino de hierro, pronto vemos algo que nos induce á retroceder con el pensamiento á las pasadas épocas: es un edificio de piedra, cuyo color gris revela su antigüedad, con un jardin sombrío, lleno de añosos árboles, y puertas de hierro. En frente hay otra construccion sobrepuesta de una capilla

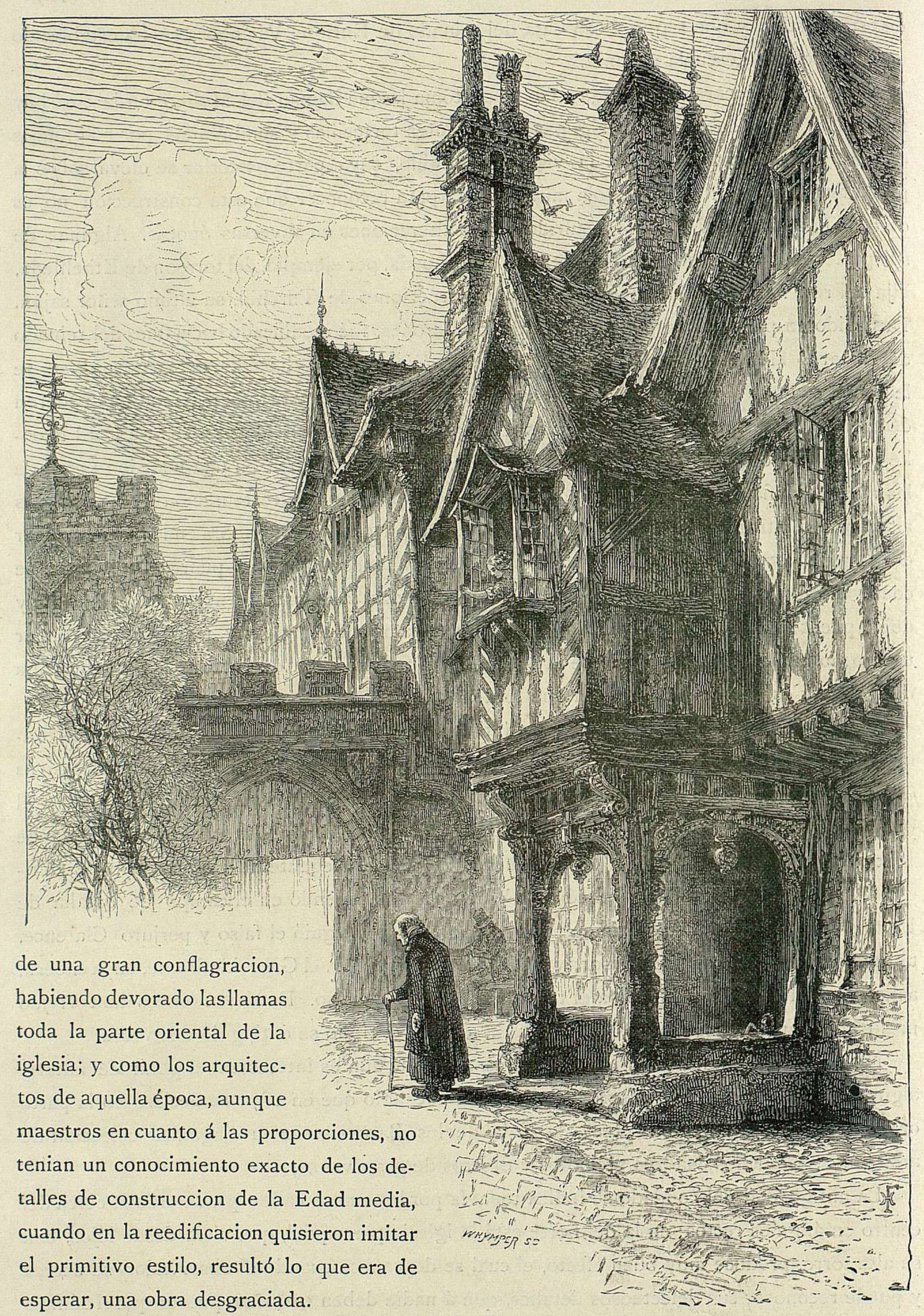
de estilo gótico, y que segun dicen data del reinado de Enrique VI: ahora se ha establecido en el edificio una escuela gratuita.

Despues de recorrer una larga calle, si se toma la que llaman del Molino, en la cual hay magníficas casas, sobrepuestas algunas de elegantes torrecillas y sombreadas por magníficos árboles, llégase muy pronto á la vista del castillo, cuya parte posterior se eleva sobre la pared de un gran jardin. Una sola mirada basta para reconocer que esta construccion no es obra de una sola edad, y que ha sufrido varias alteraciones en diversas épocas. Algunas de sus partes más interesantes no existen ya; nada queda, por ejemplo, del torreon de Ethelfleda, hija del rey Alfredo, ni tampoco de las construcciones de Turchill, su último señor sajon. Destruido en parte durante las guerras de los Barones, fué reedificado hácia fines del reinado de Eduardo III, pero despues de su régio señor, Warwick, el «hacedor de reyes,» como se le llamó, sus tres siguientes posesores sucumbieron de muerte violenta, y los muros quedaron destruidos en parte cuando reinaban los Tudors. Sir Fulke Greville, más adelante Lord Brooke, restauró el castillo, haciendo grandes gastos, si bien le convirtió en una mansion régia, de las más magníficas que podrian encontrarse en todo el reino. La restauracion y las diversas alteraciones introducidas han hecho desaparecer en parte la primitiva obra en la parte superior del castillo, pero la inferior, con sus macizos techos abovedados y sus pilares octógonos, se conserva muy bien; la Torre de César, con sus almenas, la entrada principal, la barbacana y doble puente levadizo, todo obra de Tomás Beauchamp en el siglo XIV, se hallan en el mejor estado; lo mismo podemos decir de la pintoresca Torre de Guy, que corona la parte más alta de la roca y es poco ménos antigua que lo demás.

Pocos edificios de Bretaña tienen tan íntima relacion como ese castillo con los más dramáticos hechos consignados en la historia inglesa. De aquí salió una serie de guerreros cuyas espadas prestaron muy buenos servicios en la lucha contra Escocia y Francia; aquí vivió el «Alano Negro de Arden», que hizo sufrir la muerte al miserable Gaveston en la colina de Blacklow; aquí vivió tambien el «padre de la cortesía,» el Regente de Francia, ayo de Enrique VI; aquí tuvo casa abierta el célebre Warwick, que cayendo en el campo de batalla de Barnet «dejó sepultada su gloria en sangre y polvo»; á el siguió el falso y perjuro Clarence, tan malogrado como su predecesor; y más tarde Juan Dudley, el Gran Almirante, cuya cabeza, así como la del que ántes llevaba el título, rodó en el cadalso. Desde entónces han vivido más tranquilamente los Condes de Warwick, aunque el título se extinguió dos veces.

No nos detendremos en el interior del castillo, que aún es interesante á pesar de faltarle algunos de sus más ricos tesoros, á causa del incendio que en 1871 se declaró en la parte oriental, destruyendo la biblioteca, la Sala de los Barones, con su magnífica coleccion de armaduras, y muchos cuadros preciosos y objetos de gran valor.

La antigüedad del condado se indica todavía por las cuatro calles que se cruzan cerca del centro en ángulos rectos; en la del norte está la iglesia parroquial, que vista desde léjos, con su alta torre, produce muy buen efecto, el cual se desvanece cuando el observador se acerca y puede reconocer sus defectuosos detalles, que á nadie deben extrañar, puesto que el edificio es gótico, del tiempo de la reina Ana. La ciudad sufrió mucho en el año 1694 á consecuencia




*Puerta del hospital de Leicester en Warwick*

de una gran conflagracion, habiendo devorado las llamas toda la parte oriental de la iglesia; y como los arquitectos de aquella época, aunque maestros en cuanto á las proporciones, no tenian un conocimiento exacto de los detalles de construccion de la Edad media, cuando en la reedificacion quisieron imitar el primitivo estilo, resultó lo que era de esperar, una obra desgraciada.

Por fortuna, el fuego respetó la capilla

de Beauchamp, de precioso estilo, con techo de piedra abovedado y grandes ventanas: en el mismo centro hay una especie de catafalco con la efigie del fundador, que representa al vigoroso guerrero, Tomás Beauchamp, conde de Warwick; su mano izquierda se apoya en la empuñadura de la espada que tan buenos servicios prestó al príncipe de Gales en Crecy y Poitiers, y más tarde contra los infieles en Palestina.



*Patio del hospital de Leicester*

En la famosa capilla de Beauchamp está el sepulcro de Ricardo Beauchamp, conde de Warwick, que alcanzó tanta gloria en el campo de batalla como en la Cámara del Consejo, habiendo sido ayo de Enrique VI y regente de Francia. Murió en Rouen en 1439, y sus restos fueron trasladados á esta capilla, pero no se depositaron en el sepulcro donde se halla hasta veinticinco años despues. Su estatua, que es de bronce, le representa armado de punta en blanco, con la cabeza desnuda y las manos elevadas al cielo en actitud suplicante. El cuerpo del más «devoto caballero», segun se le titula en el epitafio, reposa en una urna de piedra, cerca de la cual se ve el magnífico monumento de mármol de su hermano, Roberto Dudley,

conde de Leicester, más famoso por todos conceptos y que, espléndido en vida, siguió siéndolo despues de su muerte por la magnificencia de su sepulcro.

Sin contar estos monumentos, la capilla es interesante, bajo el punto de vista arquitectónico, como un ejemplo del estilo llamado Tudor, y por conservar en su techo algunos vestigios del Renacimiento. En la parte del norte se ven varias capillas muy pintorescas, y debajo del coro hay una corta escalera que conduce á un pasadizo llamado el Confesionario: es una especie de capilla, con el techo adornado de ricas esculturas, y que contiene un atril de la época de Cárlos II, y un cofre corroido por los gusanos, sobre el cual se ven tres cascos, uno de los cuales, adornado con la figura de un cisne, perteneció al marqués de Northampton, hermano de la última mujer de Enrique VIII, Catalina Parr.

Aún nos queda otra cosa notable que ver en Warwick. Si al salir del antiguo templo avanzamos por la calle más oriental, pronto veremos á derecha é izquierda una línea de casas de madera ennegrecidas por la accion del tiempo, y que por lo mismo llama en seguida la atencion; las antiguas chimeneas, las ventanas salientes, adornadas de esculturas, una puerta antiquísima y un vetusto campanario forman un conjunto singular, uno de los más preciosos grupos arquitectónicos que pueden imaginarse. Por rico que sea todo el país del oeste, desde Chester á Hereford, en cuanto á recuerdos de la arquitectura doméstica de Inglaterra en la época de los Tudors y Estuardos, nada se encontraria semejante á estas casas de Warwick, cuya línea remata con un gran edificio, el Hospital de Leicester, fundacion del favorito de la reina Isabel.

Hemos dado á conocer lo más notable que hay en Warwick; y ya que estamos cerca pasaremos á Stratford sobre el Avon, que tambien es característico por sus encantadores paisajes. El Avon, rio de ancha y límpida corriente, se desliza á través de un extenso valle; sus orillas son algo escarpadas, y en ciertos sitios están cubiertas de espeso bosque; en la inmediacion hay campos de trigo y frondosos árboles, así como tambien praderas alfombradas de abundante césped. Todo respira la paz y la tranquilidad en este sitio, donde, llegada la primavera, los prados se esmaltan de flores, entre las cuales predomina el jacinto salvaje; en verano, los trigos ostentan con extraordinaria abundancia sus espigas de oro.

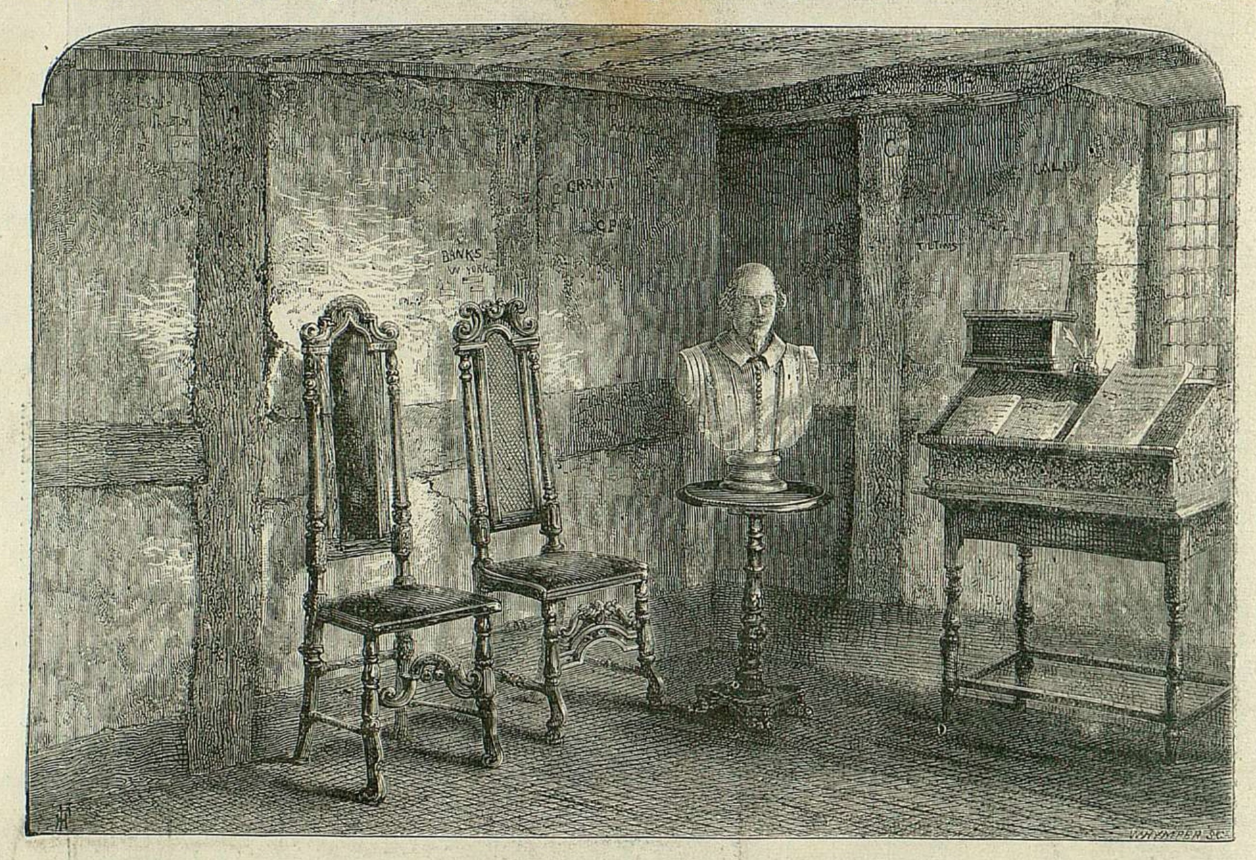
Stratford sobre el Avon difiere poco de los demás condados centrales, ofreciendo ese aspecto de bienestar y tranquilidad inalterable que los distingue á todos. Sin embargo, últimamente se nota más animacion que hasta aquí, sobre todo en las inmediaciones de la estacion del camino de hierro, donde se han edificado varias casas al estilo moderno.

Este condado puede vanagloriarse de ser el país natal de Shakespeare, que nació en Stratford. En las breves páginas que consagramos al relato de nuestra excursion no nos es posible hacer observaciones sobre las casi interminables controversias que se han suscitado acerca de la vida del poeta; pero sí diremos, atendida su fama, áun entre sus contemporáneos, y la fecha comparativamente reciente de su muerte, que es muy extraño que sepamos tan poca cosa con seguridad acerca del inspirado vate. Nos limitaremos, pues, á decir que nació el 23 de abril de 1564; que su padre, hombre de cierta importancia, habia sido en un tiempo magistrado de la ciudad, aunque parece que la familia empeoró de situacion por

*Casas al pié del castillo de Warwick*

algunos reveses de fortuna; que el jóven Shakespeare, una vez terminados sus primeros estudios, casó muy pronto y marchó á Lóndres unos tres años despues, donde adquirió, primeramente como actor, y despues como autor dramático, gran fama y fortuna; que compró una buena casa en su ciudad natal, en 1579; á donde se retiró algunos años despues; y que allí murió en 1616, en lo mejor de su vida.

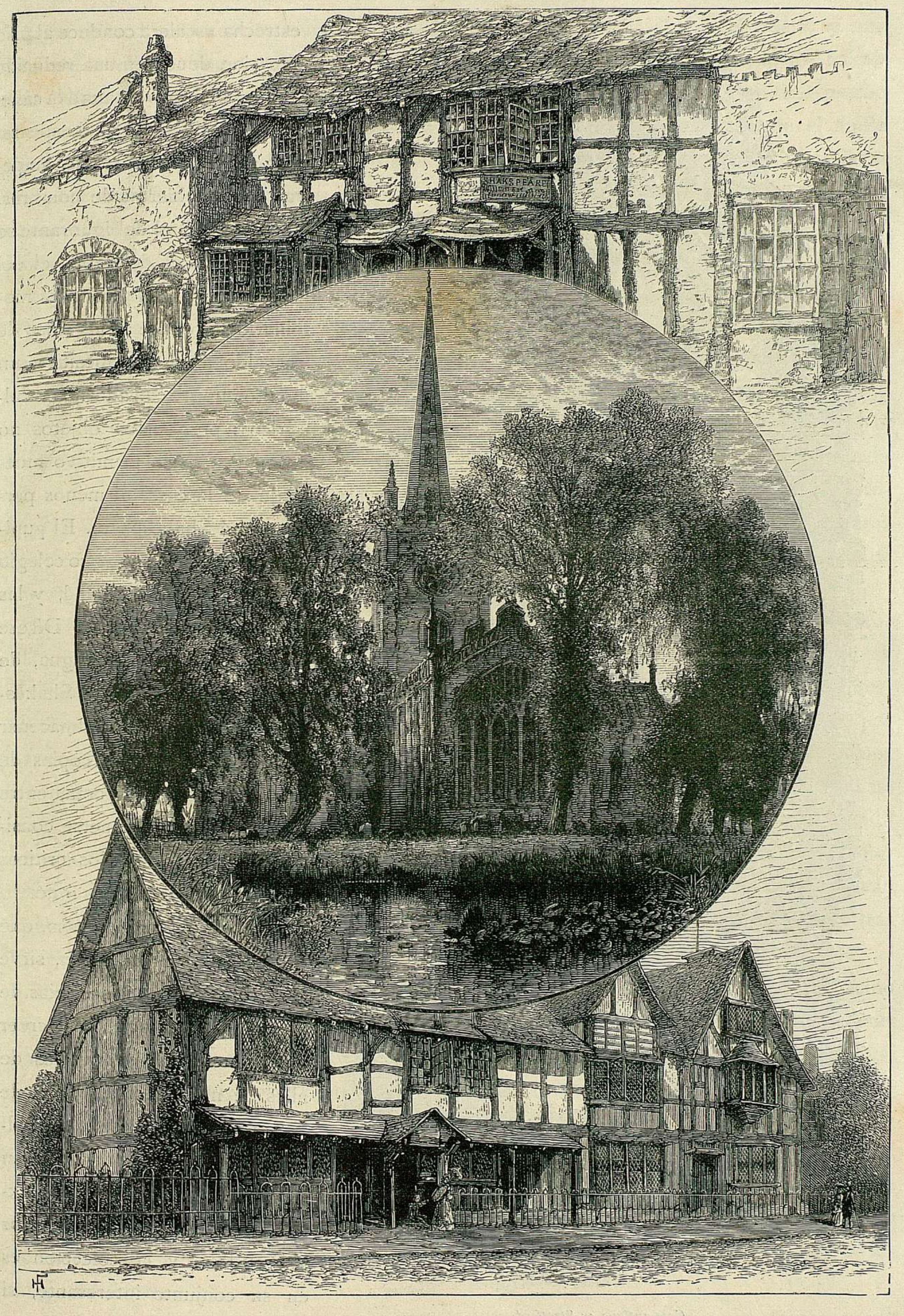
El viajero encontrará muy pronto el lugar donde nació Shakespeare: es una casa de la calle de Henley, á corta distancia de la estacion del camino de hierro. Esta casa no responde ahora á la descripcion que de ella hizo Washington Irving, cuando escribió: «Es una pequeña



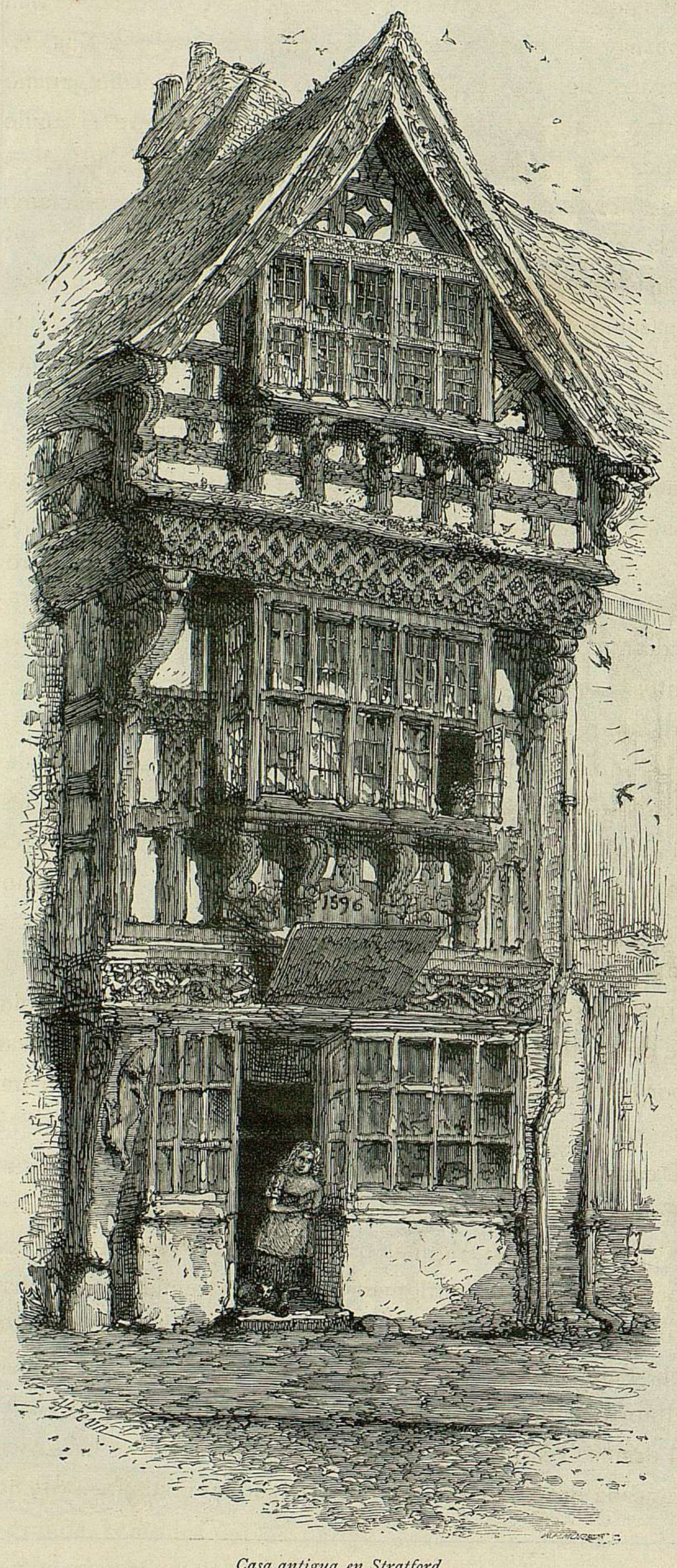
*Habitacion donde nació Shakespeare*

y mezquina construccion de madera y mampostería, verdadero nido de un genio.» La verdad es que la casa, en mal estado ya, y mutilada por imperfectas reparaciones, se restauró despues cuidadosamente, dejándola poco más ó ménos como estaba en un principio. Por eso la vemos hoy muy semejante á lo que era cuando Shakespeare jugaba cerca de su puerta, aunque es indudable que se han cambiado muchos de los menores detalles. Esa casa parece ahora lo que seria en el siglo XVI la morada de un burgués acomodado.

La puerta del centro da entrada á una pequeña cocina baja que, segun dicen, era la habitacion acostumbrada de la familia. Las paredes de esta cocina, así como las del resto de la casa, se componen de fuertes vigas y yeso; algunas de ellas son muy viejas y están mezcladas con las que se agregaron al proceder á la reparacion; el pavimento es de baldosas alisadas, como lo era primitivamente, segun se asegura, pero las más de ellas están partidas; el hogar es grande, como los de las antiguas casas. La cocina comunica con una habitacion que era sin duda la sala de recibo de la familia, y contiguo hay un tercer cuarto más pequeño. Una




*Iglesia de Stratford y casa de Shakespeare*




*Casa antigua en Stratford*

estrecha escalera conduce al piso superior, donde en una reducida habitacion, con ventana á la calle, nació Guillermo Shakespeare. Las paredes, en parte de madera, están cubiertas de nombres, entre los que el del ignorante se mezcla con el del sabio, el del payaso con el del genio. El mobiliario se reduce á dos sillas de respaldo alto, una mesita y un bonito pupitre con adornos escultóricos; pero estos objetos no forman parte del primitivo mueblaje de la casa, ni ménos perteneció á Shakespeare. El pupitre procede de un antiguo colegio que existió en la ciudad, y las sillas fueron regaladas. Dícese que la habitacion contigua, de techo muy alto, sirvió á Shakespeare, padre, para almacenar lana; ahora contiene copias de varios retratos del poeta, entre los cuales hay uno que se considera como original: los críticos podrán resolver si lo es ó no.

La otra parte de la casa, que se ha restaurado más aún, sirve como museo de las reliquias de Shakespeare: aunque para creer en la autenticidad de varias de ellas se necesita tanta dósis de buena fe como la que tienen algunos viajeros cuando admiran los tesoros de las catedrales extranjeras; otras tienen un valor indiscutible, y la coleccion es en su conjunto interesante, si prescindimos de su mezcolanza.

El cajon de una mesa contiene algunos ejemplares de mérito de las obras del poeta, y una carta que le habian dirigido; en otra parte se ve una escritura firmada y con el sello de Shakespeare padre; un anillo de oro con las iniciales W. S., acerca del cual se ha discutido mucho sobre si perteneció ó no al poeta, aunque algunos aseguran que es positivamente el anillo nupcial; una jarra que era con seguridad suya; la silla en que se sentaba en su club, en Falcon Inn; y un pupitre muy deteriorado de la escuela, sobre el cual escribia sus lecciones. Tambien se conservan pedazos del tronco de la morera que Shakespeare plantó en New Place, y que ménos afortunada que la de Milton en el Colegio de Cristo, en Cambridge, fué cortada en 1758.

Desde la casa de Shakespeare pasamos á la calle Alta, con sus antiguas casas, que datan de diversos períodos de los dos últimos siglos, aunque hay sin duda algunas más modernas; una de ellas se distingue por sus ricas esculturas y es en su género una curiosidad. En su fachada principal está marcada la fecha de 1596; de modo que probablemente Shakespeare pudo ver cómo la construian, y á menudo debió pasar por delante de la puerta. Un poco más allá, junto á una iglesia de torres bajas (la Capilla Dorada), hállase el solar de New Place, la casa donde el poeta pasó los últimos años de su vida. Hácia mediados del siglo XVIII, el propietario, un tal Francisco Gastrell, mandó cortar la morera plantada por Shakespeare, y tres años despues arrasó la casa, alegando que se le hacia pagar demasiada contribucion: sólo se conservan las piedras de los cimientos.

Sin embargo, las cosas más agradables de Stratford son el cementerio y la iglesia parroquial, que bien merecerian una visita, aunque la segunda no contuviera los restos mortales de Shakespeare. Una avenida con árboles á los lados conduce al pórtico, pero debemos desviarnos de aquí unos instantes para penetrar en el cementerio y recorrer un sendero por donde seguramente pasearia muy á menudo el inspirado vate, pues ningun poeta podria ménos de sentirse atraido por sus encantos. Es una especie de alameda bordeada de añosas encinas; á un lado está la iglesia, cuyo campanario se destaca entre el follaje de los árboles, y á cada paso encuéntranse verdes arcos formados por la espesura, cuyos tintes contrastan con el color gris amarillento de las piedras, que desgastadas por las tempestades de los siglos conservan sin embargo su primitiva forma; por el otro lado deslízase lentamente el Avon, dejando tras sí puente, casas y verdes praderas.

Entremos ahora en la iglesia: su estructura es cruciforme, y bellísima, áun en una poblacion como Stratford, tan rica en monumentos y estilo arquitectónico, predominando el llamado «perpendicular,» del que se ven aquí buenos ejemplos. Algunas partes del edificio son del siglo XV, pero otras, como por ejemplo la torre, cuentan más antigüedad. En la extremidad norte hay un magnífico grupo de monumentos, entre los cuales llaman desde luégo nuestra atencion las tumbas de la familia de Clopton. Para encontrar la de Shakespeare debemos llegar hasta el presbiterio: junto á la pared del norte se ve el monumento y el busto del poeta, tan bien conocido de todos los amantes del drama. La pintura blanca con que se cubrió en las «oscuras edades» del siglo XVIII fué arrancada despues para hacer una cuidadosa restauracion de los antiguos colores.

Shakespeare reposa entre los suyos: á su derecha yace Ana Hathaway, su esposa, y á la

izquierda su hija favorita, Susana Hall, talento notable para su sexo. Más léjos está la tumba de su esposo, el doctor Hall, y de su única hija, Isabel. Algunos pasos más allá se ve el monumento fúnebre de Tomás Balsall, Dean de Stratford, que construyó el presbiterio y murió en 1491.

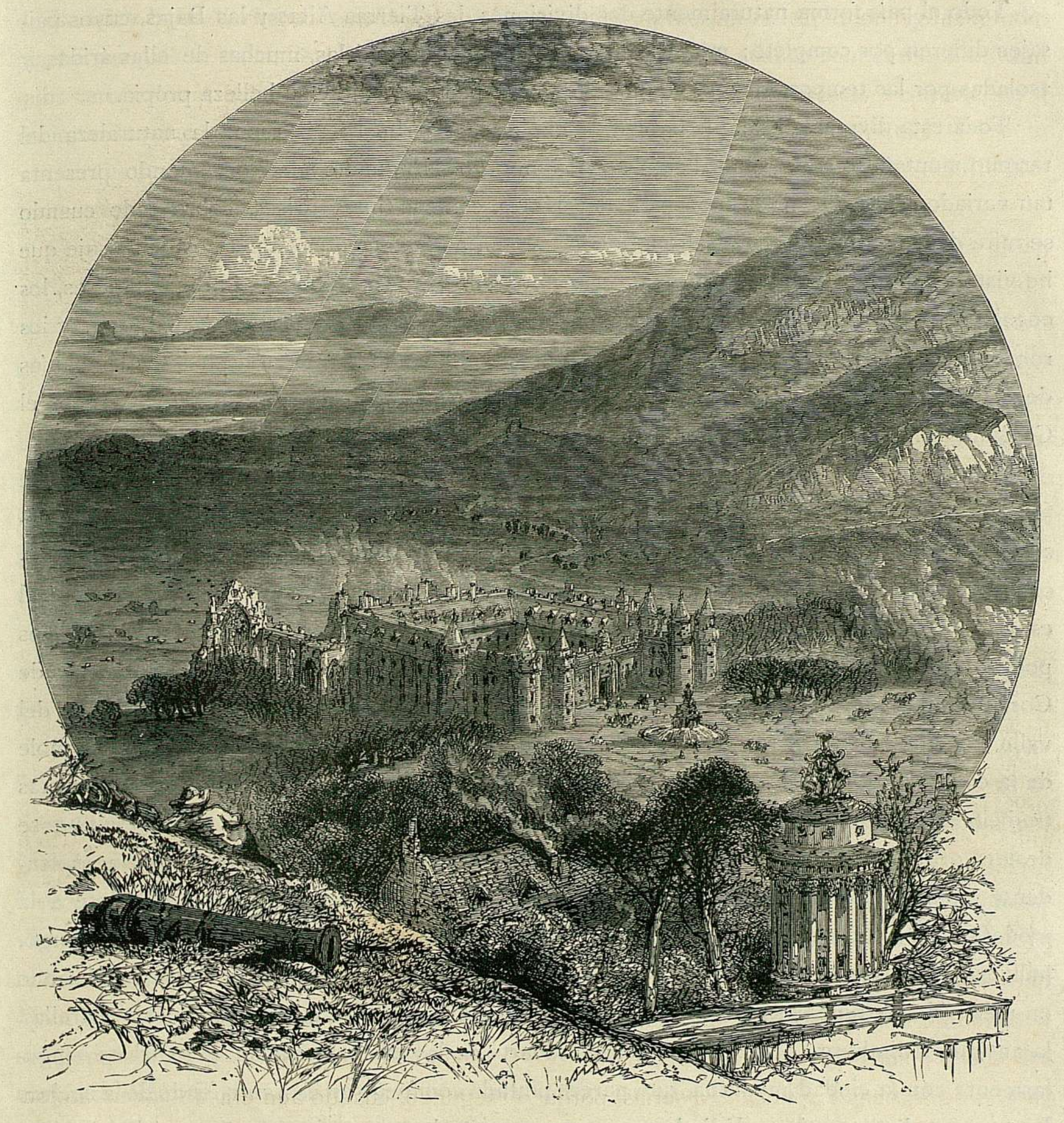
Los sitios interesantes relacionados con Shakespeare no se limitan á Stratford: á la distancia de una milla hállase Shottery, pueblecillo donde se puede ver la cabaña de madera en



*Cabaña de Ana Hathaway*

que vivió Ana Hathaway, y cuatro millas más léjos hállase el magnífico parque de Charlecote, posesion de la familia Lucy, tan abundante ahora en caza como en otros tiempos. Aquí habitaba Sir Thomás Lucy, el prototipo de la Justicia, segun dicen; entre él y Shakespeare se suscitaron algunas disputas algo serias, porque el segundo, cuando aún era un jóven atolondrado, dejándose llevar de su aficion á la caza, penetraba en el parque y espantaba los gamos del caballero Lucy para que saliesen fuera. A fin de evitar la persecucion y el castigo de semejante falta, el jóven abandonó la casa paterna para irse á Lóndres. Si la historia es cierta, el mundo deberá al severo magistrado, y á su propósito de llevar la cuestion á los tribunales, el haber tenido un Shakespeare.

# EDIMBURGO Y LAS TIERRAS BAJAS DEL SUR



*Palacio de Holyrooa*

El paisaje de Escocia, del cual tanto han hablado Wordsworth y Scott en sus más amenas descripciones, es por demás variado y especial en su conjunto. Se ha dicho que en el reino de Inglaterra hay centenares de distritos tan semejantes por su aspecto en general, que la descripcion gráfica de uno podria aplicarse á muchos; pero en Escocia es tan diversa la superficie del país, y tan cortada está por lagos salados y grandes brazos de mar, que todos los distritos tienen particularidades que les son propias, exceptuando sólo muy pocos, y contándose algunos que, esencialmente montañosos, ofrecen un aspecto tan triste y desolado como la fabulosa

tierra de Cimeria; miéntras que otros cautivan la mirada por su delicioso paisaje, tan pintoresco como pudieran soñarlo el artista ó el poeta.

Todo el país forma naturalmente dos divisiones, las Tierras Altas y las Bajas, cuyos paisajes difieren por completo; miéntras que las innumerables islas, muchas de ellas áridas y asoladas por las tempestades, tienen un singular aspecto salvaje y su belleza propia.

Toda esta diversidad de que hablamos explícase á primera vista por la naturaleza del terreno montañoso sobre el cual se eleva Edimburgo. Ninguna ciudad del mundo presenta tan variado aspecto como la metropóli del Norte, con sus tintas grises, sobre todo cuando se mira desde la montaña de Calton, que la domina perfectamente. «Los tipos de paisaje que he visto en mi excursion por Europa, escribió uno de los más célebres pintores ingleses, los encuentro reunidos en este país. Aquí se hallan las bellezas de Praga y de Saltzburgo, y los románticos sitios de Orvietto y de Tívoli; aquí se ve la admirada magnificencia de las bahías de Nápoles y de Génova; y el poeta de imaginacion fantástica encontraria tambien aquí el Capitolio romano y la Acrópolis griega.»

Cuando se contempla Edimburgo desde la base de esas poderosas columnas griegas que forman parte de lo que debia ser un monumento para gloria de Dios y de los intrépidos escoceses que lucharon contra Francia, no se puede ménos de admirar las maravillosas combinaciones de belleza producidas á la vez por el arte, la naturaleza y la casualidad. Frente al espectador extiéndese en una larga línea la calle de los Príncipes, cortada al parecer á lo léjos por altas espiras y oscuras cúpulas, más allá de las cuales destácanse las verdes lomas de Corstorfina; si por un lado se observa toda la actividad de la vida de hoy dia, más allá del valle, con sus puentes y sus dos edificios griegos, elévase, sombría y severa, la vetusta mole de la ciudad antigua, que con su castillo, coronando la roca, evoca el recuerdo de las augustas tradiciones de un pueblo tan belicoso en otra época; y dominándolo todo á gran altura se destaca orgullosa la corona aérea de San Gil, desde donde se puede ver en toda su esplendente y pintoresca belleza la ciudad antigua, que parece contemplar desdeñosamente á la moderna. «Dos épocas están aquí frente á frente, dice un conocido escritor, y sin embargo, hállanse separadas por un período de mil años. Sombría en las noches de invierno, cuando en medio de las tinieblas apénas se distingue su negro perfil á la escasa luz de las estrellas, la antigua Edimburgo parece un inmenso baluarte de las edades pasadas, y contrasta singularmente con la ciudad moderna, que parece pintada con fuego en el oscuro fondo de la noche.» El aspecto de la antigua Edimburgo, con sus rocas de color gris, sus añosos árboles y matorrales, su fortaleza y sus baterías, que proyectan densas sombras en los magníficos jardines inmediatos, es en realidad imponente si se observa todo esto á la hora del crepúsculo; pero admirable cuando el sol lanza sobre este conjunto sus dorados rayos desde las oscuras montañas de Corstorfina.

Desde la calle de los Príncipes domínase una vasta extension sembrada de quintas, bosques y jardines limitados por el azulado Forth, donde se ven numerosas velas y no pocos vapores cuyas chimeneas lanzan columnas de negro humo. Mucho más léjos divísanse tambien las orillas del Fife con todas sus bahías y promontorios.

Desde la línea ondulada de las montañas de Pentland se ven por la parte del sur la cima del Craiglockhart, cubierta de bosque, la colina redonda de Blackford, los pintorescos valles de Braid, y hasta la singular montaña que, semejante á un leon echado, parece vigilarlo todo, pues á sus piés se hallan las ciudades nueva y antigua con todo cuanto contienen. Los antiguos celtas, los *Caoille-dhonean* (hombres de los bosques), no estuvieron desacertados al designar los altos picos inmediatos con el nombre de «Cordillera de Buenavista.»

El que visita la ciudad de Edimburgo se dirige ante todo naturalmente al Palacio de Holyrood, esa antigua y régia mansion de tan dramáticos recuerdos.

Aún no se sabe á punto fijo en qué época llegó á ser palacio la Abadía de la Santa Cruz, pero asegúrase que esta última debió su orígen á un milagro. Segun dice la leyenda, David I estaba cazando en el bosque de Drumsheuglo, terreno de la antigua y la moderna Edimburgo, cuando de pronto le desmontó un jabalí; el animal furioso se precipitaba ya para destrozar al soberano, pero éste vió repentinamente en su mano una cruz flameante, y al divisarla el jabalí huyó espantado. En conmemoracion de este hecho, David I fundó una abadía dedicada á la Santa Cruz, la Santísima Vírgen y todos los santos, en el año 1128. De la iglesia de la abadía, de estilo cruciforme, aún se conserva la nave, que despues fué la Capilla real de palacio, pero hállase en un estado completamente ruinoso. En el palacio habitó el rey Roberto III, y los más de los reyes escoceses que le siguieron; Jacobo II nació, fué coronado, murió y le enterraron aquí. El palacio actual fué edificado por disposicion de Cárlos II segun los planos de Guillermo Brucé, de Kinross, arquitecto real, agregándose á los restos del antiguo, conocido con el nombre de «Torre de Jacobo V,» donde Ricci fué asesinado.

Jacobo VII de Escocia quiso restaurar los restos de la iglesia de la abadía para que recobrase su antigua magnificencia, y habia mandado construir una cámara para los caballeros de San Andrés; pero el techo se hundió el 2 de diciembre de 1768; y de tal modo quedó abandonado el sitio á la plebe de Edimburgo, que los huesos encerrados en la bóveda real llegaron á servir de juguete á los muchachos ó de presa á los perros. «En 1776, dice Crose, pudimos ver el cuerpo de Jacobo V y otros en sus ataudes de plomo; pero despues, la cabeza de la reina Magdalena, que en aquel año estaba entera y era hermosa, y tambien el cráneo de Darnley, fueron robados, sin que se pudieran recobrar aquellos preciosos restos. En 1745 el antiguo palacio, cuna de tan conmovedores recuerdos, volvió á brillar algun tiempo bajo los auspicios del príncipe Charlie, y tambien más tarde, cuando Jorge IV reunió allí su corte en 1821. El parque y los jardines se reformaron y hermosearon por disposicion de la reina Victoria, derribándose muchos antiguos y feos edificios que allí se habian agrupado.

Antes de llegar al palacio y á la ruinosa capilla real, y despues de haber pasado por la Puerta del Cañon, se ve el sitio donde estuvo el Santuario de Holyrood, en cuyo recinto no se podia prender á ninguna persona perseguida por deudas; más léjos hállase una arcada que conduce á una especie de patio, de triste aspecto, en frente del cual se eleva la magnífica hostería del Caballo Blanco, con sus anchas escaleras exteriores, sus chimeneas cubiertas de conchas, sus tejados salientes y rasgadas ventanas, y sus sólidos techos de piedra. Un arco que se ve á la derecha de la escalera principal conduce á la parte posterior, donde estaban

antiguamente las cuadras. La tradicion dice que el edificio debe su nombre á una yegua blanca, favorita de la reina María, de la cual se cuidaba allí.

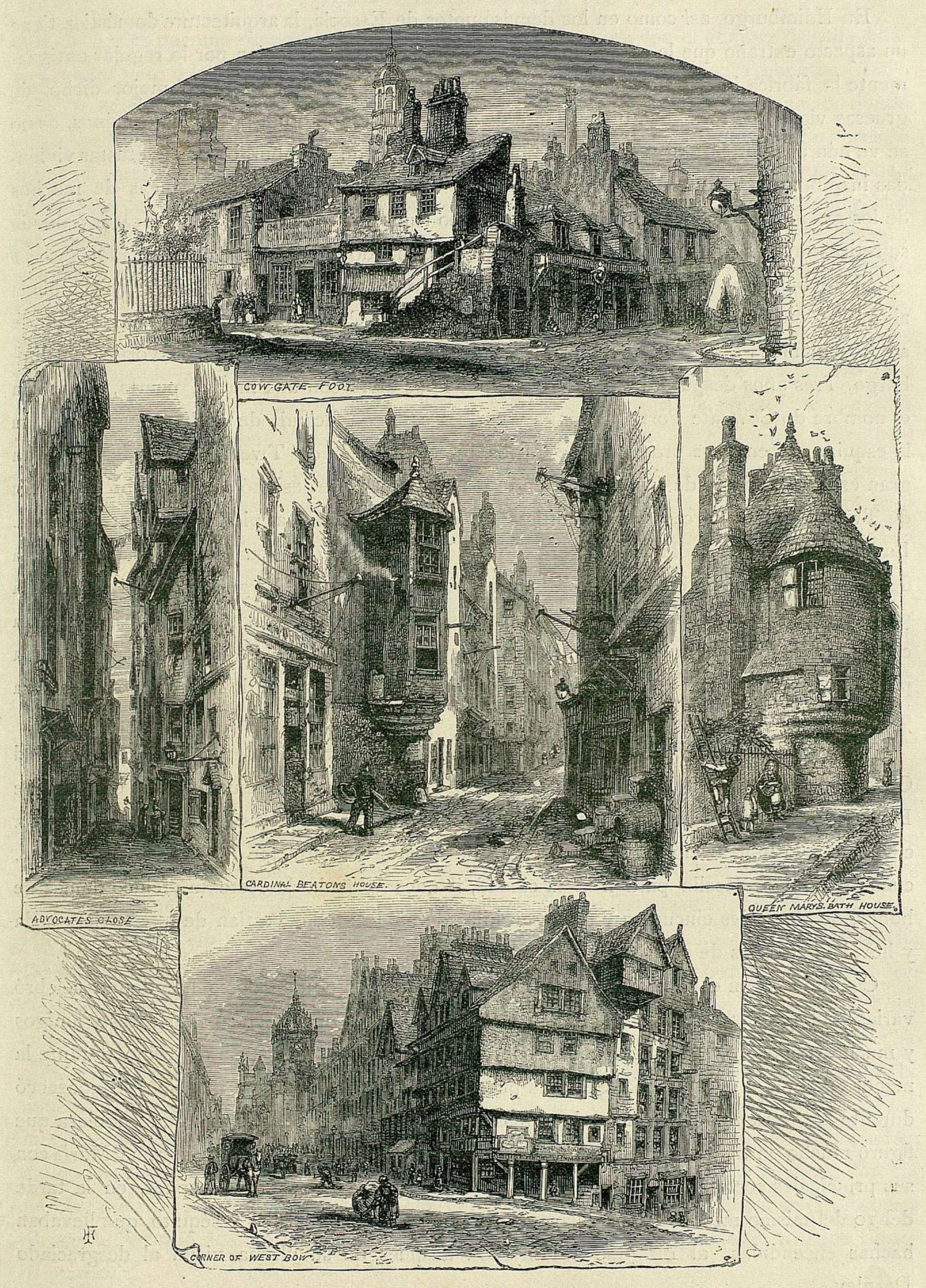
La parte superior del edificio, compuesta de piedra y madera, y la fecha del año 1603, inscrita sobre la ventana central, acusan una época mucho más moderna que la de la reina María; el edificio es mucho más alto en la parte posterior que en la anterior y tiene una serie de arcos que se reconstruyeron hace algun tiempo. En esta hostería, famosa en otra época, deben haberse saboreado muchas tajadas de carne y no pocas jarras de vino cuando la colina



*La puerta del Cañon*

de Calton, que da frente á las ventanas principales de la casa, estaba cubierta de bosque y espesura; donde la zorra, la liebre y la comadreja tenian sus guaridas, sin temor de ser molestadas. En aquellos buenos tiempos, como ahora en Germania, todo posadero escocés tomaba asiento á la mesa de sus huéspedes; y la novela *Waverley* nos dice que la costumbre de invitar al patron á participar de la comida del viajero era una cosa corriente, hasta en vida del autor. En cambio, el posadero daba informes y noticias sobre el país, á veces muy útiles, contándose algunos que con sus agudezas distraian mucho á sus huéspedes. Este edificio es el que sir Walter Scott indica en su novela como centro de operaciones del capitan Waverley y de otros oficiales del ejército del príncipe Cárlos Eduardo.

El santuario, al que nos hemos referido ya, es un *imperium in imperio*, con sus tribunales propios, sus jueces y sus leyes, pudiendo proteger á sus súbditos contra todos los magistrados de las Islas Británicas.




*Vistas del antiguo Edimburgo*

En Edimburgo, así como en los demás puntos de Escocia, la arquitectura doméstica tiene un aspecto extraño que le es propio. Las casas de las ciudades tenian por lo regular antiguamente la fábrica interior de piedra, siendo la parte exterior de madera, ó mejor dicho, de gruesas vigas que formaban una saliente de siete piés de longitud, poco más ó ménos, como se ve aún en Nuremberg y en algunos barrios antiguos de Hamburgo. Esas vetustas viviendas inspiran mucho interés, porque, segun dice Chambers, son «contemporáneas de muchos de los castillos de que ya no quedan apénas sino ruinas en todo el país; son las casas á donde se retiraban los barones á pasar el invierno, abandonando por una temporada sus fortalezas.»

Si se baja por la antigua calle de Pleasance, pronto se divisa una plaza, muy cambiada ahora, la de Santa María Wynd, que se prolonga hasta Cowgate; ántes era una especie de angosta alameda bordeada de matorrales, y desde 1450 á 1513 fué el paseo favorito de Edimburgo. Tres años despues del tiempo de Flodden se cerró con una maciza puerta, dándosela el nombre de Cowgate Port. La bonita y curiosa casa con fachada de madera que se ve en la esquina era en 1742 propiedad de Cárlos, tercer marqués de Tweedale; detrás habia un gran espacio cubierto de árboles, que en el mapa de Edgar se designó con el nombre de Jardin de Tweedale; muy cerca estaba el antiguo Colegio de Médicos, al pié de la Fuente Cerrada. La empinada calle que llaman de Santa María Wynd, cerca de la cual se hallaba la Puerta de Netherbow, recibió este nombre de un hospital dedicado á la Vírgen María, situado en la parte occidental junto á un convento de monjas, del cual no quedan ya vestigios. Por esta calle fué por donde, unos cien años ántes de que la ciudad tuviese muros ni puertas, una parte de la caballería de Guy de Namur huyó en desórden despues de haber sido derrotada en la batalla de Burghmuir en 1335.

No léjos de este sitio estaba el palacio arzobispal del cardenal Beaton, que como Lord Canciller debia vivir una parte del año en Edimburgo; ocupaba una de las esquinas de Blackfriars Wynd, que durante quinientos años fué el barrio más aristocrático de la antigua ciudad. En la inmediacion vivian los condes de Morton y el príncipe de Orkney, cuya esposa, cuando salia de Roslin para ir á la ciudad, iba acompañada de «setenta y cinco damas de honor, de las cuales cincuenta y tres eran hijas de nobles; todas vestian de terciopelo y seda y llevaban cadenas de oro.»

Cuando el gran cardenal era arzobispo de Glasgow, en aquel palacio fué donde celebró varias conferencias con el conde de Arran, que llegó en compañía de sus parientes y amigos y muchos nobles (1542) para deliberar sobre sus derechos á la regencia del reino durante la menor edad de la reina María. Sobre la puerta principal de la antigua mansion se conservó durante largo tiempo el escudo de armas de Beaton y Balfour, familia de la nobleza que figuró mucho en tiempo de los Douglas. En este palacio se hallaba la infeliz reina María con sus principales cortesanos el dia 9 de febrero de 1561; y seis años despues, en la tarde del 10 del mismo mes, pasó por delante del palacio, con sus guardias y séquito, que llevaban hachas encendidas, al dirigirse á Holyrood despues de su última visita al desgraciado Darnley.

Despues de recorrer Blackfriars Wynd, uno de cuyos lados se ha demolido últimamente,

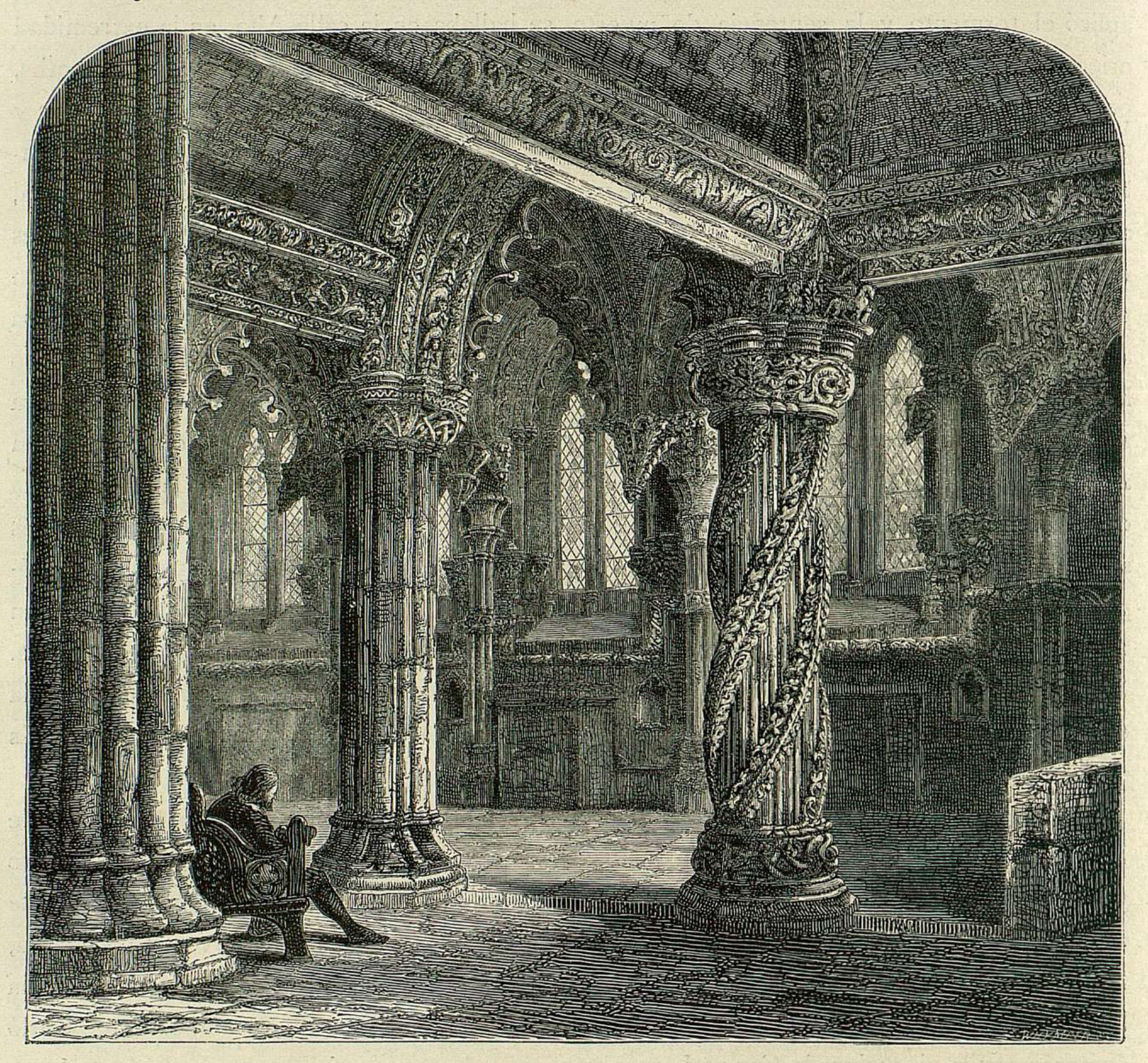
se da la vuelta por una espaciosa y antigua plaza, conocida ahora con el nombre de calle Alta, y pasando junto á la gran iglesia cruciforme de San Gil, llégase al antiguo Tolbooth.

Este edificio, poéticamente llamado «El Corazon de Midlothian,» lúgubre mansion donde tantos suspiros se han exhalado, donde tantas lágrimas se han vertido, donde tantas veces se aplicó el tormento y la sentencia de muerte, se hallaba en la calle Alta, en la extremidad oriental de una agrupacion de edificios, conocida largo tiempo con el nombre de Luckenbooths, pero que ya no existe. El Tolbooth, lúgubre torreon de cinco cuerpos, de forma irregular y grandes proporciones, con una extensa plataforma, fué edificado por los ciudadanos de Edimburgo en 1561, y se destinó primeramente para el Parlamento y los altos tribunales de justicia, así como tambien para encarcelar á los encausados por deudas y á los criminales, pero despues de 1640, cuando se edificó el actual palacio del Parlamento, sólo sirvió para prision. Su gran puerta, por la cual han pasado tantos infelices para llorar ó sufrir la muerte, se conserva ahora en Abbotsford, con todos sus enormes cerrojos y candados; en el interior del edificio habia una sala conocida con el nombre de «Cámara de Hierro,» siniestra bóveda de piedra maciza, en cuyas paredes se ven de trecho en trecho anillos de hierro, de los cuales penden algunos restos de cadenas enmohecidas; el piso era de grandes baldosas, y la puerta una complicacion de cerraduras, cerrojos y barras. En una pica de hierro, clavada en la parte más saliente del edificio, se expuso en 1581 la cabeza del conde de Morton; en 1650 la del intrépido Montrose, y once años despues la de su enemigo Argyle; en el mismo lugar se exponian tambien los miembros de las numerosas víctimas de las sanguinarias leyes de aquella época. Ese antiguo edificio ha sido inmortalizado por Walter Scott en su preciosa novela titulada «El Corazon de Midlothian,» en la cual se habla del Motin de Porteous, uno de los más ruidosos tumultos que se han conocido en la ciudad.

A unas siete millas de Edimburgo, por el sur, en la base oriental de la cordillera de Pentland, hállase el castillo de Roslin y la Casa de Hawthornden, en medio del más delicioso paisaje que se pueda encontrar en esta parte de Escocia. En parte oculta por dos muros de roca, inaccesibles por algunos sitios, cubiertos de follaje y festoneados de musgo y hiedra, Hawthornden, mansion de una antigua familia baronial, de la cual proceden Anabella Drumond, esposa de Roberto III, y el gentil caballero poeta Guillermo Drummond, que murió de pesar por la ejecucion de Cárlos I, corona la cima de una empinada roca que surge bruscamente del lecho del rio Esk, cuyas agitadas aguas deslízanse rápidas sobre una capa de guijarros. Por ambos lados extiéndense terrenos cubiertos de bosque que impiden ver dicha mansion señorial hasta que se está bastante cerca de ella. Ben Johnson visitó aquí á Drummond en 1619 y escribió algunas de sus piececitas más cortas, dos de las cuales dedicó á su amigo; frente á la casa se puede ver aún el añoso árbol bajo el cual iban á sentarse los dos en las tardes del verano. En la casa se conserva todavía una espada de dos filos de Roberto Bruce, un vestido de seda de la reina Anabella, y un traje escocés que usó el príncipe Cárlos Eduardo.

En la sólida roca de arenisca que hay debajo de la casa se ven algunas singulares cavernas muy intrincadas, que segun el anticuario Stukely eran «una fortaleza de los reyes pictos»,

pero nada se sabe de ellas con certeza como no sea que cuando el ejército inglés se hallaba en Lothian, durante el reinado de David II, sirvieron de refugio á las partidas armadas de Alejandro Ramsay, de Dalhousie, siendo más tarde el retiro favorito del poeta Drummond. Colocado junto á una abertura del muro de roca, el inspirado vate parecia complacerse en oir

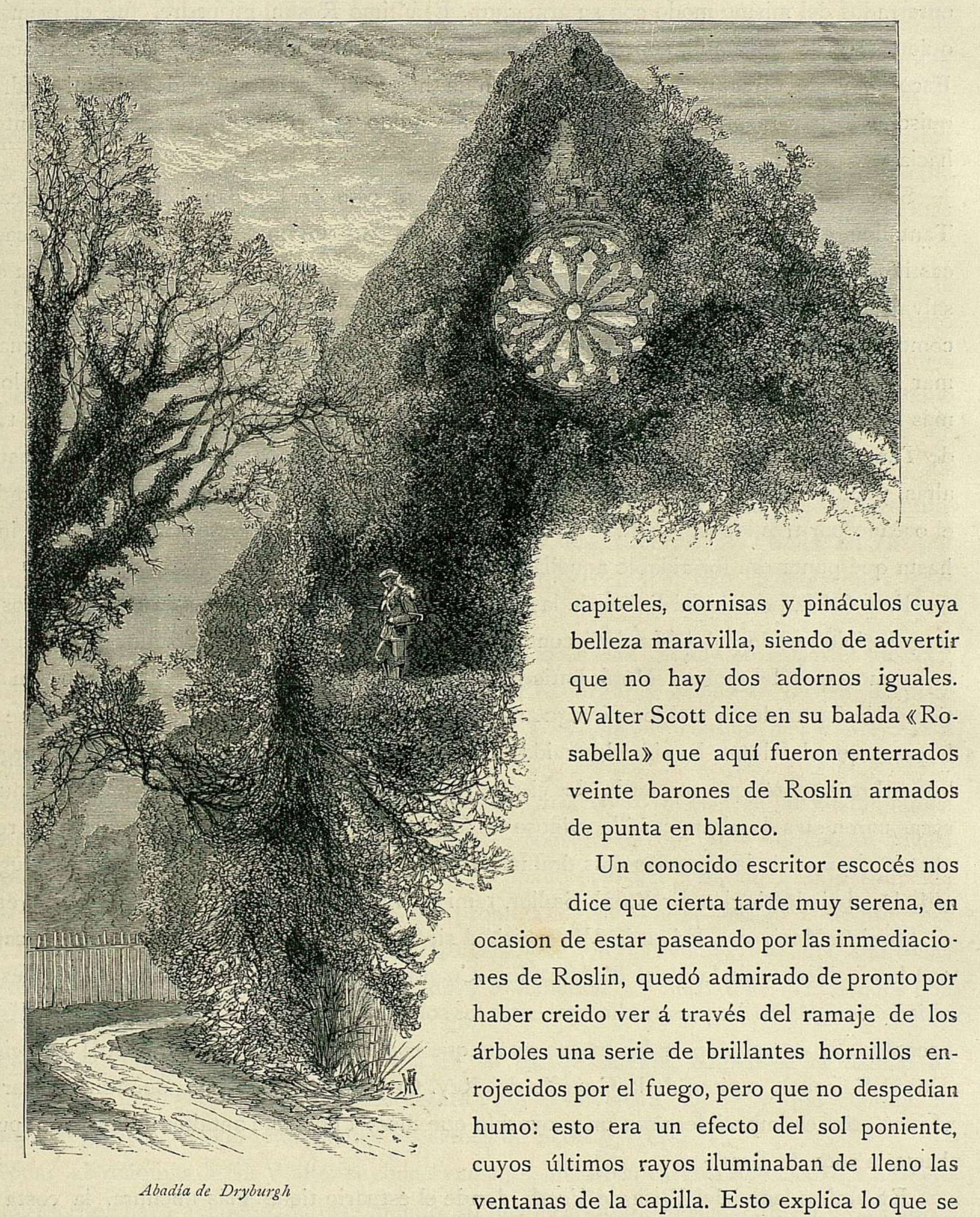


*El pilar de los Aprendices en la Capilla Roslin*

el susurro del viento y el murmullo de las aguas de un barranco inmediato; áun en medio de las borrascas de la guerra civil, nada interrumpia el silencio y la tranquilidad de aquel sitio.

En una escarpada y verde orilla, que se prolonga hácia el norte del Esk en forma de rápida pendiente, está situada la capilla de Roslin, edificio tan bien conocido que casi es supérflua una breve descripcion. Aunque se cree generalmente que sólo era la capilla de la casa de los señores de Sinclair, príncipes de Orkney y duques de Oldenburgo, advertiremos que el edificio debia ser iglesia de una colegiata, fundada en 1446 por Guillermo, conde de Orkney, Gran Canciller de Escocia, que en 1461 fué embajador de Jacobo III en la corte inglesa. Acerca de este edificio circuló una leyenda cuyo orígen es difícil averiguar: dícese en

ella que uno de los más hermosos pilares fué concluido por un aprendiz en ausencia de su maestro, que encolerizado y envidioso al ver la belleza de la obra, dióle muerte. Aquí faltan los tipos puros del estilo gótico, pero en cambio hay una profusion de ricos adornos, de



*Abadía de Dryburgh*

capiteles, cornisas y pináculos cuya belleza maravilla, siendo de advertir que no hay dos adornos iguales. Walter Scott dice en su balada «Rosabella» que aquí fueron enterrados veinte barones de Roslin armados de punta en blanco.

Un conocido escritor escocés nos dice que cierta tarde muy serena, en ocasion de estar paseando por las inmediaciones de Roslin, quedó admirado de pronto por haber creido ver á través del ramaje de los árboles una serie de brillantes hornillos enrojecidos por el fuego, pero que no despedian humo: esto era un efecto del sol poniente, cuyos últimos rayos iluminaban de lleno las ventanas de la capilla. Esto explica lo que se dice en la tradicion sobre que un resplandor misterioso ilumina toda la capilla ántes de la muerte de alguno de los individuos de la familia de Sinclair. El Padre Hay, que estuvo presente al abrirse la bóveda de Roslin, dice que aquí vió el cuerpo de Guillermo Sinclair, sepultado en este sitio el mismo dia en que se riñó la sangrienta batalla de Dumbar, en 1650.

«Estaba cubierto con su armadura, dice el Padre Hay, y su cabeza, apoyada en una piedra plana, tenia un gorro de terciopelo encarnado; todo se conservaba muy bien, excepto un pedazo de forro blanco que festoneaba dicho gorro.... Todos sus predecesores habian sido enterrados del mismo modo con su armadura. El último Roslin, mi padre, fué el primero á quien se puso en ataud, contra el parecer del rey Jacobo VII, que se hallaba entónces en Escocia, y de otras personas versadas en la historia de la antigüedad; pero mi madre no quiso escuchar razones, alegando que era mezquino enterrar una persona como ántes se hacia.»

Situada en la costa del Océano Germánico, al este de Lothian, hállase la fortaleza de Tantallon, el antiguo castillo fuerte de los Douglas. Aunque no de gran altura, las rocas del castillo, sobre las cuales cruzan continuamente las aves marinas, ofrecen toda la poesía de lo salvaje, si podemos decirlo así; su color es el del hierro más oscuro; y así debajo de ellas como entre la fortaleza y la formidable roca de Bass, que surge bruscamente de las aguas, el mar ruge sin cesar, como si le enfureciera verse contenido por aquellos obstáculos: lo que más llama la atencion del espectador al contemplar todo este conjunto son las toscas torres de Tantallon, cuyo orígen se pierde en la noche de los tiempos; anchas, macizas, bastante altas, y elevándose sobre una roca saliente, tres de ellas parecen inexpugnables, rodeándolas el océano por tres lados; miéntras que la cuarta, con su doble parapeto y profundo foso, indica hasta qué punto era formidable aquella fortaleza de roca.

Esta fué la prision del Señor de las Islas, y el teatro de muchos encarnizados sitios. En un principio perteneció á Macduff, conde de Fife; y en tiempo de la Restauracion, los cañones y morteros del general Monk batieron el imponente castillo. Este último tenia en otro tiempo la forma de un exágono irregular, pero cuando se penetra en el patio obsérvase que la parte que da al mar ha sido destruida; por el espacio abierto se pueden ver, á lo largo de la escabrosa costa, que se pierde de vista en direccion á la frontera de Inglaterra, muchas rocas coronadas de algun castillo ruinoso de los tiempos pasados. En esa fortaleza se representan algunas de las escenas más dramáticas de «Marmion»: el hecho de haberse refugiado allí el embajador inglés, sir Ralph Sadler, temiendo al pueblo que se mostraba hostil al enlace de la reina María con Eduardo VI, sugirió á sir Walter Scott la idea de relacionar el castillo con los incidentes de la visita de Marmion. Cuando los Douglas se rebelaron, la fortaleza fué sitiada por Jacobo V; y es tradicional entre los soldados, dice Grose, que la antigua «Marcha escocesa» se compuso para las tropas reales que marchaban al sitio, en el cual pereció sir David Falconer, capitan de la Guardia del Rey. Cuando los escoceses quieren indicar que alguna cosa es imposible, usan un proverbio que dice: «Tomar Tantallon y echar un puente hasta la roca de Bass.»

En ambos lados del Firth de Forth, donde el estuario tiene más anchura, la costa está socavada por numerosas cavernas, y algunas de las rocas afectan las formas más fantásticas, distinguiéndose entre ellas por tal concepto una que hay á veinte millas de distancia, en la orilla opuesta de Tantallon: es la «Roca del Huso.»

Esta curiosidad natural, que con justo motivo llama la atencion de todos los viajeros por

su aparente semejanza con el objeto de aquel nombre, se halla en Kinkell, á poco más de una milla al este del puerto de la antigua ciudad de San Andrés, en Fifeshire. Las aguas del Océano Germánico se precipitan en esta bahía con irresistible violencia, y á menudo tremendas olas baten la costa, que en el trascurso de las edades, aunque perpendicular y pedregosa, se ha desgastado considerablemente, adquiriendo fantásticas formas, y abriéndose en varios puntos grandes cavernas. Una de estas, situada en Kinkell, de vastas dimensiones y de una profundidad de ochenta piés, suele ser visitada con mucha frecuencia. La Roca del Huso es una mole de basalto de cuarenta piés de altura; la Roca de la Doncella, casi de la misma elevacion, se destaca orgullosa en medio de otras más bajas semejante á un lienzo de muralla irregular; la Roca de Buddo, en Boarhills (colinas del Oso), afecta igualmente las más caprichosas formas.

Cuando se llega á orillas del Tweedale, nombre antiguo y aún popular del condado de Peeble, se está en lo que podríamos llamar la Tierra de Walter Scott, pues todo el distrito se asocia íntimamente con sus baladas y sus recuerdos, sin contar que aquí, á pocas millas uno de otro, y en medio de un paisaje de singular belleza, se hallan Abbotsford, su pueblo natal, y Dryburgh, su lugar de reposo, donde tambien se puede ver la magnífica abadía de Melrose. Sin embargo, el Tweed no tiene en rigor nada de notable, ni se ven en sus inmediaciones esos magníficos cuadros naturales, esos paisajes de majestuosa grandiosidad que nos presentan el Garry, el Tummel ó el Tay superior: el Tweed no es más que una tranquila corriente que se desliza silenciosa en direccion al mar, bañando una feraz campiña.

El famoso país que fué cuna del gran novelista escocés está situado en la parte sur-occidental del distrito de Melrose, en el condado de Roxburgh, á orillas de Tweed, un poco más arriba de la confluencia de este rio con el Gala: si se toma el camino desde Melrose á Selkirk se pasa muy cerca.

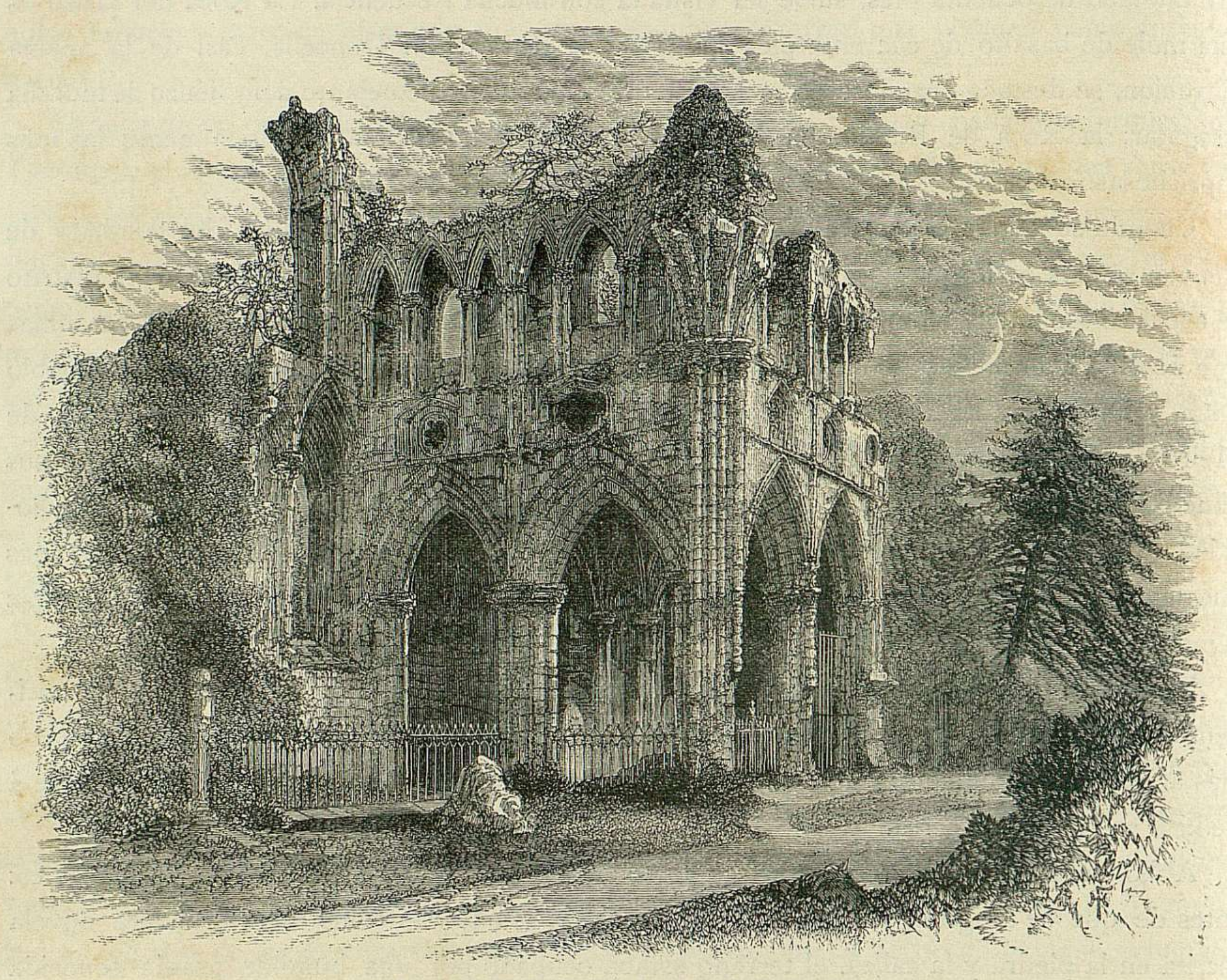
Abbotsford debe su nombre, así como todos sus atractivos, al célebre novelista inglés: ántes de que se erigiera este edificio, que muchos consideran como una verdadera novela escrita en la piedra y la caliza, el terreno estaba ocupado por una humilde granja conocida con el nombre de Cartley Hole; pero una vez propietario, Sir Walter cambió el nombre por el de Abbotsford, y poco á poco formó la pintoresca mansion que vemos hoy dia, con todas sus torres, torrecillas y pináculos, dedicándose á fomentar el cultivo de los terrenos que rodeaban su posesion.

En este sitio, cuando aún se conservaba en su estado salvaje, empeñóse la batalla de Melrose, en el año 1520, batalla tan bien descrita por el novelista inglés, y que condujo al prolongado y triste período feudal entre los clanes de Scott y Kerr.

Todas las reliquias de Sir Walter se conservan aquí, incluso la cartera que usaba, y aunque el gran escritor haya abandonado este mundo, su memoria vivirá eternamente en Abbotsford. El sillon y el lecho que últimamente ocupó, y la habitacion en que exhaló el postrer aliento se conservan todavía intactos desde aquel solemne 21 de setiembre que Lockhart nos ha descrito con tanta exactitud, desde el momento en que el fiel criado fué á decirle que su señor

moribundo deseaba verle, pero que no queria se molestase á sus hijas, Sofía y Ana, porque habian velado toda la noche, á lo cual añadió: «¡Bendígaos Dios á todos!»

«A la una y media de la tarde, Sir Walter espiró á presencia de todos sus hijos: el dia era hermoso, y hacia tanto calor que todas las ventanas estaban abiertas, de modo que se percibia hasta el ligero susurro de las aguas del Tweed al deslizarse sobre su lecho de guijarros; todos nos arrodillamos al rededor del lecho, y el hijo mayor cerró los ojos de su padre.»



*Tumba de Walter Scott en la abadía de Dryburgh*

El más interesante recuerdo de nuestra época relacionado con la abadía de Dryburgh es la tumba de la «Hechicera del Norte», que se halla debajo de los arcos del ruinoso coro. En un conmovedor pasaje de su sencillo diario, Sir Walter nos dice «cómo depositó los restos de su compañero de treinta años debajo del césped sobre el cual iban á sentarse los dos, para tomar el sol, en sus dias felices y prósperos.» En el mismo sitio fueron depositados sus restos mortales, indicándose sólo el lugar por una sencilla lápida, para que todos sepan dónde reposan las cenizas del Shakespeare escocés.

Esta lápida se puede ver en el ala norte de la iglesia, en el espacio conocido con el nombre de Isla de Haliburtons; y cuando nos detenemos ante esta notable tumba, en medio de la soledad, interrumpida sólo por el susurro del viento entre los arcos ruinosos, llégase á creer por un momento que el espíritu del fecundo escritor, gloria de su país, vaga todavía en esta

soledad. En el mismo sitio fué sepultada la esposa de Sir Walter y su tio. Nunca se olvidará en Dryburgh aquel memorable dia 26 de setiembre, un juéves, en que se efectuó el entierro, acompañando el cadáver una inmensa multitud hasta las ruinas cuyos tintes grises contrastan ahora con la verde espesura que las rodea.

El viajero que llega hasta Abbotsford no puede dejar de ir á ver la conocida nave donde bajo un sencillo catafalco yace el poeta de las edades feudales. La iglesia de la abadía, fundada por David I en Dryburgh, nombre derivado de *Darreh bruach* (alameda de los robles), se halla en medio de la más agradable combinacion de aguas, colinas y bosques que se pudiera encontrar en todo el sur de Escocia; en este sitio las orillas del Tweed están perfectamente cultivadas, y las ruinas grises del monasterio elévanse majestuosas entre el espeso follaje que las rodea. El edificio fué fundado en el año 1150 por unos monjes premostratenses que llegaron de Inglaterra, y se enriqueció mucho por la generosidad de Hugo de Morville, tan favorito de David que este le nombró Gran Constable de Escocia. Al emprender su retirada las tropas inglesas de Eduardo II cometieron la barbarie de incendiar el monasterio, pero hiciéronse cuantiosos donativos para que Roberto I le restaurara. Esta opulenta abadía, sin embargo, estaba demasiado próxima á la frontera para librarse de los merodeadores ingleses que no siempre se limitaban á robar cabezas de ganado; además sufrió grandes pérdidas á consecuencia de una incursion de Ricardo II; y hasta en 1522 vemos que el duque de Albany se queja al Cardenal Accolti de los atropellos que sufren los monjes de parte de los ingleses, quienes destruyen el producto de sus campos. En 1544, una partida de merodeadores compuesta de setecientos hombres al mando de Jorge Bowes y Bryan Layton, penetró en Escocia hasta Dryburgh y todo lo incendiaron, excepto la iglesia, ahora sin techo, y algunas de cuyas partes están casi sepultadas entre espesuras de hiedra; tambien se llevaron ciento sesenta caballos, cien carneros y otras muchas cabezas de ganado. Por una carta de Jacobo VI, los dominios de la abadía se erigieron en señorío temporal en favor de los descendientes del conde de Mar, por su segunda mujer, María Estuardo. La parte sobre que se hallan las ruinas, despues de haber estado en posesion de la familia de Haliburton, fué comprada de nuevo por los primitivos dueños y llegó á ser propiedad del conde de Buchan. Una oscura y profunda bóveda que hay entre las ruinas sirvió largo tiempo de vivienda á una pobre mujer medio idiota que lloraba sin cesar á su amante, muerto en una batalla en defensa del príncipe Cárlos.

Cuando se viaja por la línea férrea entre Edimburgo y Perth recréase el espíritu, y no se puede dejar de contemplar con interés los puntos de vista y el aspecto de los antiguos burgos de Linlithgow y Stirling, con sus castillos-palacios. El primero se ve á la derecha cuando el viajero se aproxima al Avon.

El palacio de Linlithgow, la más sólida y magnífica de las antiguas residencias reales, bajo cuyo techo el rey Jacobo dejó á su afligida esposa al marchar á Flodden, y en una de cuyas habitaciones nació su desgraciada nieta, se halla cerca del antiguo burgo del mismo nombre, en una eminencia de bastante altura, aislada en parte por una magnífica extension de agua, donde los cisnes reales han habitado desde tiempo inmemorial. Aun desde léjos

reconócese á primera vista que este grandioso y sólido edificio representa dos distintas épocas por su arquitectura: la alta torre que se destaca en la fachada del oeste, desnuda y casi sin adornos, pertenece al siglo XIII, y ha sido mudo testigo de repetidas luchas sangrientas; el resto del cuadrángulo, que recuerda las ruinas de Heidelberg, con su profusion de detalles y sus elegantes ventanas, es de la época de Jacobo IV y Jacobo V. Este último monarca erigió el magnífico arco sobre el cual están esculpidas en cuatro cuarteles sus órdenes caballerescas, San Andrés, San Jorge, San Miguel y el Toison de oro. La parte más alta del palacio es el mirador de la reina Margarita, que está en una torre octógona desde la cual se divisan el fértil Lothian del oeste y la alta colina que se eleva más allá de Cath-ail-righ.

«Aunque no tan asociado con trágicos episodios y negras traiciones como las demás de nuestras residencias reales, dice Billings en sus *Antigüedades*, y á pesar de su aspecto risueño y primaveral, muy propio para un sitio donde nuestros monarcas podian ir á buscar el reposo despues de sus enojosas tareas en Edimburgo ó Stirling, de los furiosos debates del Parlamento ó de las sangrientas tragedias de Holyrood, esta mansion no deja de tener sitios lúgubres y vestigios de horribles episodios. A gran profundidad, debajo de las destrozadas escaleras, se ven algunas bóvedas oscuras y húmedas, en las cuales no penetra un solo rayo de luz, miéntras que el agua gotea continuamente del techo ó se desliza silenciosa de las paredes. En el centro de una de estas bóvedas hay un pozo casi lleno de basura; y en otra, en medio de un monton de restos acumulados en un rincon, descubriéronse últimamente muchos huesos humanos. Nada dice la tradicion de la desgraciada suerte de los séres á quienes pertenecieron estas últimas reliquias, y el espíritu podrá trazarse á su antojo toda una historia de horrores. Cerca de esta lúgubre bóveda hay otra todavía más profunda y de aspecto más horrible: debió ser un calabozo del *olvido*, pues no tiene más entrada que una abertura en cuadro, sólo de la dimension suficiente para arrojar á la víctima en aquel antro espantoso que debia separarle del mundo por toda una eternidad.

De todos los palacios reales de Escocia, el de Linlithgow ocupa la más magnífica posicion, y ya antiguamente era el lugar favorito de los señores que se recreaban en el arte de cetrería; en las inmediaciones habia siempre abundante caza; y sin duda débese á esto que el antiguo escudo de la ciudad represente un sabueso negro, atacado á un árbol.

La forma general del edificio, que ocupa un verde promontorio de bastante elevacion, cuya base llega hasta el azulado lago, es completamente cuadrado; cuéntanse cuatro pisos y una gran torre en cada ángulo; las paredes interiores tienen artísticos adornos. La alcoba de Jacobo III, y aquella donde nació María, reina de los escoceses, se hallan en la parte occidental; las escaleras y todas las grandes habitaciones son magníficas; el salon de los banquetes mide noventa y cuatro piés de longitud por treinta y tres de altura, y hay una galería para los músicos.

En el guarda-ropa real se cuentan varias ventanas que dan al oeste, y desde las cuales se domina una gran extension. En este edificio pasó los felices dias de su juventud Isabel, la desgraciada reina de Bohemia, que cuando tuvo lo que se llama el Palacio inglés, edificado

á su vista en Heidelberg, complaciose en reproducir allí muchas de las formas de su morada escocesa.

Este magnífico palacio fué infamemente incendiado por la exasperada caballería de Hawley, cuando huia derrotada y en desórden despues de la sangrienta batalla de Falkirk en 1746.

## ESCOCIA

### DESDE LOCH NESS Á LOCH EEIL

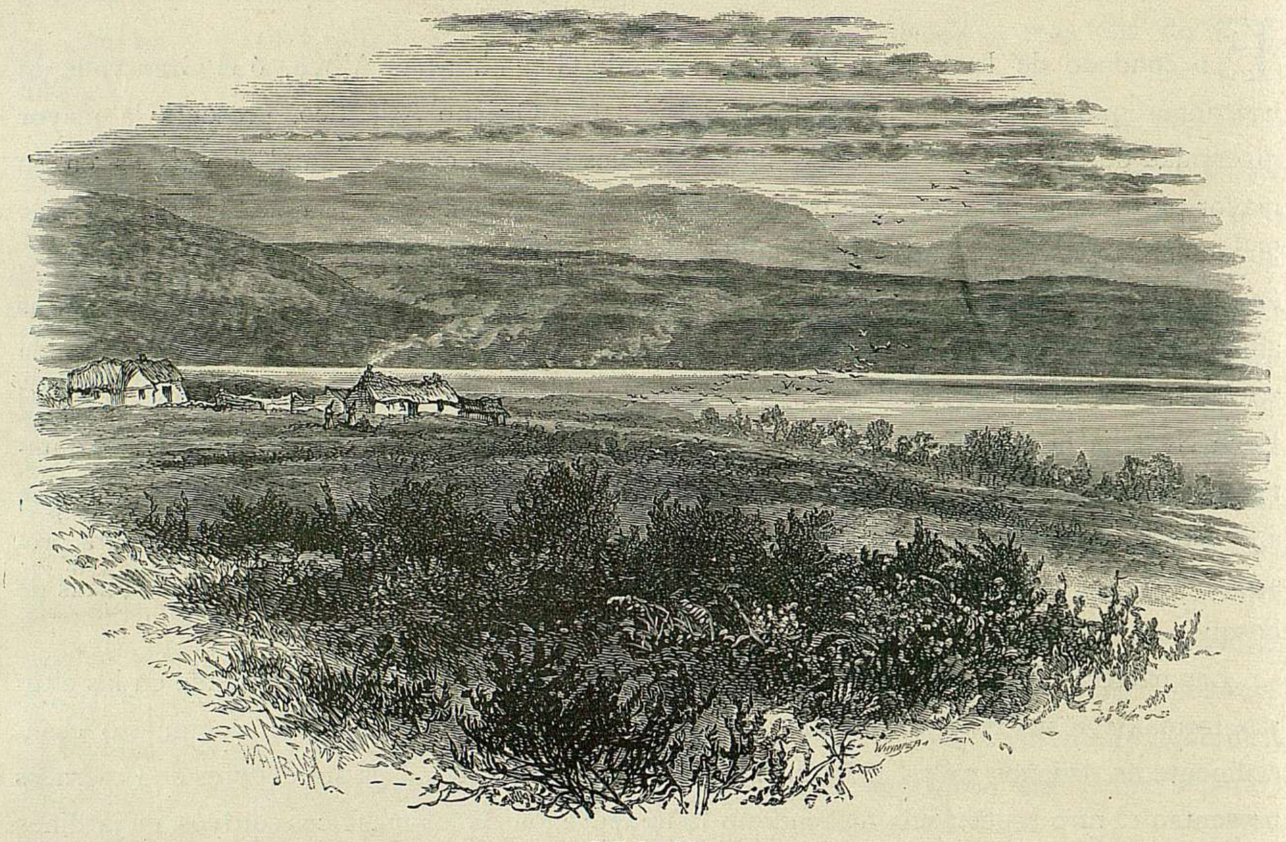
El condado de Inverness, la parte norte de Gleumhor-nan-Albyn, ó el Gran valle de Caledonia, que se extiende desde el mar del Norte al Océano Atlántico, presenta la mayor diversidad de paisajes que se pueda imaginar, pues hácia la costa oriental el país es en su mayor parte llano, miéntras que en la direccion norte y oeste se ven montañas gigantescas. Tres anchas vías, las cuencas del Beauly y Moray Firths, con la terminacion del Valle Grande, desembocan en la ciudad de Inverness contribuyendo á que alrededor de aquella capital de las altas tierras sean muy numerosas las bellezas del paisaje y las ventajas de la comunicacion acuática. Un vasto cerro, si tal puede llamarse, que se corre desde la desembocadura del Loch Ness hasta el «atronador Spey», elévase detrás de la ciudad, dominando risueñas quintas y caseríos; miéntras que la gran cordillera que costea Gleumhor-nan-Albyn, al aproximarse á la llanura por donde cruza el Ness en busca del mar, deja su aspecto escabroso para presentar toda la pintoresca belleza de las colinas, con sus redondeadas cimas cubiertas de bosque.

Las barreras de la montaña, que en el confin del horizonte parecen perderse en las alturas, forman con sus recortados picos un fondo encantador para el paisaje, compuesto esencialmente de risueños valles, bañados por cristalinas corrientes. Los alrededores de Inverness presentan el raro espectáculo de tener en la inmediacion de los más ricos cultivos, en jardines y árboles, las montañas más salvajes y estériles de Europa.

Inverness, declarado real sitio por David I, se considera como una de las más hermosas ciudades de Escocia; y hasta hay quien la cree superior á Edimburgo por su posicion; lo cierto es que á su alrededor el conjunto de las montañas presenta un carácter más grandioso y variado; todos los pasos, todos los senderos difieren entre sí, ofreciendo cada cual sus bellezas, bien se dirija el viajero hácia los blancos bastiones del Fuerte Jorge, ó penetre en el inmenso valle del Ness, ó ya, en fin, encamine sus pasos por las orillas del Beauly. En este rio, que corre desde Gleufarer á Loch Beauly, más allá del antiguo priorato ruinoso de este nombre, donde durante varios siglos enterraron sus muertos los Frasers, Chisholms y Gairloch Mackenzies, pocos sitios hay tan admirables como el llamado *Dhruim*, desde donde el rio se desliza en el espacio de una legua entre fantásticas islas y pináculos de roca. A cada lado de la montaña los declives son muy empinados, y el valle que cruza entre ellos angosto, pero magníficos bosques, los pinares y los robledales, bordean por todas partes el camino. En la extremidad del Dhruim (cordillera), el Beauly se precipita por cada lado de una colina redon-

deada, la isla de Aigas, que divide el rio en dos partes. Durante el verano, el abundante follaje presenta todas las combinaciones de formas y matices de que es susceptible.

A tres millas de Inverness se extiende el terreno bajo y pantanoso de Culloden, donde se riñó la última batalla, en territorio inglés, entre algunos de los clanes Jacobitas y las tropas del Gobierno: la narracion del hecho es demasiado conocida para que la reproduzcamos aquí. La refriega tuvo lugar en esa parte del terreno donde la superficie se inclina hácia el rio Nairn, y los clanes fueron rechazados hácia el oeste de la línea de tumbas que ahora cruza el pantano en direccion á la Casa de Culloden. Por todas partes la perspectiva es triste y



*Culloden Moor*

desolada, propia de un sitio que ni áun los rayos del sol alegran: el castillo de Dalcross destaca su mole cuadrada por la parte del este, y el cono de Dun Daviot, cubierto de oscuros pinos, cierra el horizonte por el sudoeste. Un poco al norte del camino principal hay una depresion que se designa con el nombre de «Hondonada del Establo,» y muy cerca dos casuchas que llaman «Establos del Rey,» donde el Estado mayor de Cumberland tuvo sus caballos. Los tres montecillos cubiertos de yerba, donde se colocó á los muertos, destácanse marcadamente sobre la superficie pardusca del terreno y suelen estar siempre muy verdes Algunos visionarios han asegurado que al pasar á cierta hora por delante de esos montecillos se han visto de repente rodeados del humo de la pólvora, entre el estruendo de una batalla, pudiendo reconocer por su traje á los clanes combatientes. Los campesinos creen seguramente que en el mismo sitio se librará una nueva batalla, pero no imaginan entre quién ni porqué, si bien suponen que no faltará un Laird de Culduthel, montado en su caballo blanco, entre las sombras de los combatientes.

Pocos viajeros se alejarán de Nairn sin visitar el castillo de Cawdor, del que tomó su segundo título el baron Macbeth, correspondiendo ahora el de conde á una rama de la familia Campbell. Situado cerca de las montañas que separan á Cawdor de Moy, y entre bosques de gran extension, que contienen árboles de una remota antigüedad, es un edificio muy venerable, con muros de enorme espesor, techos abovedados y almenas, siendo estas últimas más modernas que la torre, donde se enseñaba, hasta que se declaró el último incendio, en 1815, el lecho en que, segun se asegura, fué asesinado el «hermoso Duncan.» Asegúrase que el baron fundador del castillo consultó á un adivino sobre el paraje en que debia edifi-



*Los «establos del Rey» en Culloden Moor*

carlo; el consejo fué que cargara un burro con el oro necesario, puesto en una caja de hierro, y que construyera allí donde se detuviese el animal. Hízolo así el baron; el cuadrúpedo se paró al llegar al *tercer* espino; el castillo se edificó al rededor del arbusto, cuyo tronco se conserva aún; y muchas generaciones han brindado en la gran sala de aquella mansion por la «lozanía del espino de Cawdor.» El torreon tiene diez piés de altura; en su interior está dicho tronco, y detrás se ve una antigua caja de hierro. Carruthers, hombre incrédulo en cuanto se refiere á tradiciones, dice lo siguiente al hablar de este sitio: «Otros dos espinos muy añosos crecian en otro tiempo á pocas varas del castillo, formando línea con él; uno estaba en un jardin que desapareció hace cuarenta años, y el otro en la entrada del mismo. Ahora brotan de la venerable raíz algunos retoños, que se procura resguardar cuidadosamente.»

El nombre de Donald, baron de Cawdor, es el primero de que se hace mencion en la historia auténtica correspondiente al año 1295, pero la mayor parte del edificio actual parece

haber sido construida desde 1442 á 1468 por su descendiente, el baron Guillermo, que fué mayordomo de la Casa Real y escudero de Jacobo II. En las últimas tradiciones del castillo de Cawdor se habla de una habitacion del piso bajo, donde, segun dicen, el infortunado Lord Lovat halló un refugio temporalmente despues de la batalla de Culloden; pero esto es algo duduso, puesto que se encontró á Lovat oculto á gran distancia hácia el oeste, y atendido que para llegar á Cawdor desde el punto en que se dió la accion habria debido cruzar un país ocupado por las tropas hanoverianas.

Por la parte del sudoeste, siguiendo la línea de Gleumhor-nan-Albyn, el vapor conduce al viajero á través de Loch Ness que, salvo una excepcion, es el lago situado más al norte en toda la serie de los que constituyen el Canal Caledonio; tiene una longitud de veintitres millas, y sus profundas y oscuras aguas jamás se hielan, pues llegan al mar ántes de haber alcanzado el punto de congelacion, lo cual se debe á la profundidad, que rara vez es menor de cincuenta brazas á doscientos cincuenta piés de la orilla. Las montañas que flanquean este gran valle líquido forman dos líneas paralelas, constituyendo como dos barreras enormes, cuya inmensa línea se pierde de vista. Alternativamente peladas y pedregosas, ó cubiertas de vegetacion, batidas por las tempestades y los torrentes de los siglos, cuando tal vez eran sólo islotes en el mar, hallándose todas las tierras bajas sumergidas, inclínanse en suave pendiente hasta la orilla del Loch Ness, donde los declives más bajos están cubiertos de una riquísima vegetacion. En el espeso bosque crecen el roble, el olmo, el abedul, el espino blanco y el álamo, que presentan en todas las estaciones los más delicados matices; miéntras que debajo florecen otras diversas especies, con tal abundancia, que no parece quedar espacio suficiente para una planta más.

Las cordilleras de que hemos hablado tienen por término medio una altura de mil quinientos piés, pero hácia el centro se halla la inmensa mole del Meal Fuarvonie, cuya cima en forma de cúpula elévase á tres mil doscientos, y donde están los ricos valles de Morison y Urquhart, en los cuales, como en otros muchos, se ven espacios cubiertos de espeso bosque y una serie de terrazos, donde se practica el antiguo sistema de cultivo tan comun todavía en las montañas de Palestina. Los valles de Morison y de Urquhart, con su antiguo castillo asentado en una escarpada roca, tienen extensos campos y pintorescas viviendas, así como hermosas casas casi ocultas entre los repliegues de la montaña. Todo lo demás es una especie de túnel natural prolongado, y el único paso una faja de agua azulada, casi negra en algunos sitios; los bosques de la montaña bordéanla en toda su longitud, y en una gran extension sólo se ve agua y cielo, hasta que por fin se llega á la más ancha corriente del Loch Eil.

El Loch Ness, segun dicen, tiene la misteriosa propiedad de agitarse violentamente cuando ocurre un terremoto, aunque sea en la parte más lejana del mundo. En 1755, durante el temblor de tierra de Lisboa, las aguas se elevaron repentinamente, formando grandes olas; una de ellas, que era enorme, rodó en un espacio de doscientas varas rio Oich arriba, elevándose á cinco piés sobre la superficie de la corriente; otra ola subió á treinta á lo largo de la orilla norte y despues volvió poco á poco á su estado normal.

A seis millas de Meal-Fuarvonie, la cascada de Foyers brilla como un espejo entre moles

de la montaña de un color pardo oscuro, asemejándose á un rayo de sol que penetrara entre las grietas verticales de las alturas pedregosas. Gurnett calcula que esta cascada tiene doscientos doce piés de elevacion. Si el observador se sitúa en un estrecho paso pedregoso que hay en la parte este del Loch Ness, le bastará dar algunos pasos para ver de pronto, al doblar un recodo, la hermosa cascada, cuyas aguas producen un fragor semejante al del trueno al caer de aquella altura; al rededor sólo se ven rocas por todas partes, á una elevacion enorme, festoneadas por plantas siempre verdes, por efecto del continuo rocío que las alimenta. En todas las grietas de las paredes de roca crecen olmos y pinos que adquieren fantásticas formas, contribuyendo á comunicar un carácter risueño á este sitio, que de otro modo presentaria un conjunto sombrío y salvaje, por no decir lúgubre. Blancas nubes de vapor elévanse continuamente hácia el cielo; el estrépito atronador de las aguas no cesa nunca; y á través de moles informes precipítase el torrente como una avalancha de nieve, cayendo en una especie de inmenso caldero formado por rocas negras. Desde las alturas se puede ver á gran distancia: el Dr. Clarke asegura que esta cascada es más grandiosa aún que la de Tivoli, y sólo inferior á las cataratas de Terni.

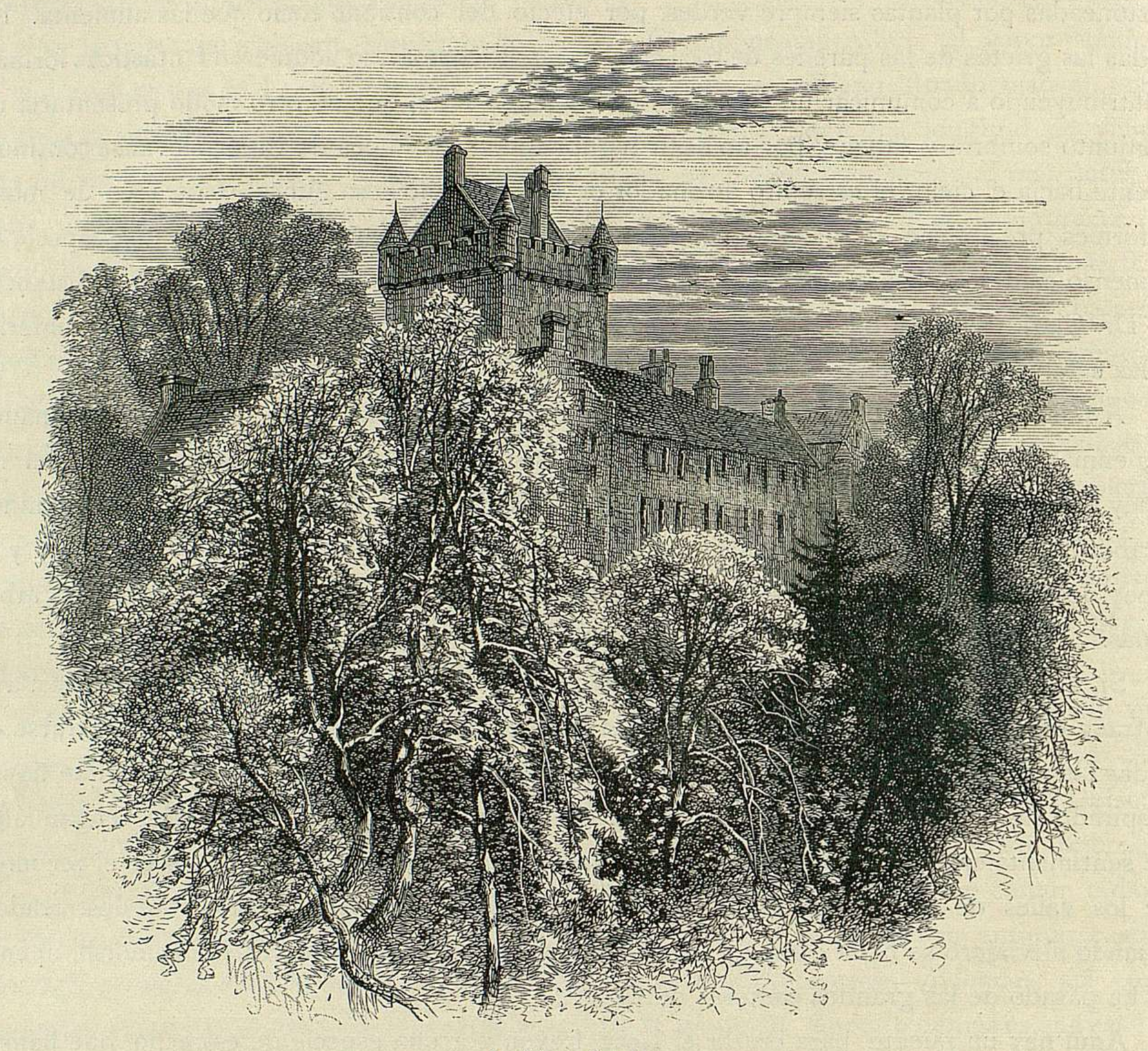
A pocas millas al sur de este sitio destácase el sombrío cono del Craig-Dhu, dominando los enmarañados bosques á través de los cuales se precipita la impetuosa corriente del rio Spey en su curso hácia el mar; más abajo está el Kingnissie, palabra que en inglés significa «cabeza del bosque de los helechos.» El país presenta un conjunto sumamente pastoril, y el Spey describe aquí caprichosas curvas á través de verdes prados, donde hay frondosas arboledas.

Si se sigue la direccion sudoeste, al llegar al caserío de Ballachulish se está casi á la entrada de una region donde se ven los más admirables paisajes que podrian encontrarse en todas las tierras altas de Escocia, tan sublimes algunos, que nada de extraño tiene que hayan inspirado sus cantos al bardo, entusiasmando al guerrero, y que los habitantes tengan algo de sentimentales, supersticiosos y hasta melancólicos, hasta el punto de que sólo el recuerdo de los valles de su país les haga contraer una nostalgia mortal cuando están desterrados. Cuando el viajero se halla cerca de Glencoe, lo primero que encuentra es Ballachulish, apénas se ha pasado de las grandes canteras de pizarra.

Aquí hay un puente para cruzar el Loch Leven por una especie de estrecho que llaman *Calasic-Phadrig*, nombre tomado de la tradicion de que en este lugar murió ahogado el hijo de un rey de Dinamarca, llamado Patricio. La parroquia se compone de dos distritos separados uno de otro por el Loch Linnhe, brazo de mar que se extiende entre las montañas de Appin y Morven; las iglesias de aquellos distan al ménos cuatro millas una de otra y el culto se practica alternativamente cada quince dias. El país ha quedado casi desierto por la expatriacion, habiéndose ocupado con las granjas una gran parte del terreno que ántes era bosque muy abundante en caza. Sin embargo, la gran cantera de pizarra que hay aquí vale mucho, y su formacion se extiende desde Easdale, en el sur, hasta este punto del norte.

Desde el puente de Ballachulish la perspectiva es admirable en todas direcciones. «Más allá de este punto, dice Playfair, las colinas, cubiertas de bosque y de ricos pastos, elévanse

gradualmente á considerable altura, deprimiéndose despues por el sudoeste, donde se unen el Lochs de Leven y Linnhe; en esta direccion se ve una gran extension de agua, pero más allá cierran el horizonte inmensos grupos de montañas de diferentes alturas y formas en Morven, donde constituyen un espléndido paisaje; unas cuatro millas más léjos, por el oeste, hállanse las estupendas montañas de Glencoe: tal vez no se encuentre en ninguna otra parte de Escocia tal variedad de grandiosos é interesantes paisajes.»



*Castillo de Cawdor*

En ciertas direcciones los picos de las montañas son tan agudos como espiras. El camino, que pasa cerca de las profundas canteras de pizarra de Stewart de Ballachulish, se corre á lo largo de la orilla sur del Loch Leven hasta desembocar en el oscuro y solitario valle de Glencoe, que fué largo tiempo patrimonio de los Mac Jan, rama del clan Donald.

Muy pronto penetra el viajero en el lúgubre y salvaje valle, memorable en las tradiciones de las altas tierras por haber sido el lugar de nacimiento y la tumba de Ossian, y en la historia porque fué teatro de la infame y traidora matanza perpetrada en el reinado de Guillermo III. Completamente desierto ahora, sin una sola vivienda humana, triste y desolado, diríase que es un lugar maldito, del cual se alejan hasta los animales.

Por todos lados elévanse inmensas rocas negras, muchas de ellas á dos mil piés de altura; sus cimas rugosas semejantes á espiras, y sus conos inmensos, que se confunden con las nubes, hállanse tan próximos en algunos sitios que parecen sobrepuestos entre sí. El valle está limitado en su extremidad por Buchael Etive, que se puede considerar como el esqueleto pedregoso de una montaña, pues carece completamente de vegetacion; sobre ella cruza un antiguo sendero ó camino militar, tan alto y escabroso que ha merecido el nombre de «Escalera del Diablo,» pero este camino se puede evitar fácilmente, tomando otro que hay á la derecha, el cual conduce al inmenso erial pantanoso de Rannoch, desolado y de aspecto melancólico, y que parece interminable. En Glencoe, las cabras que saltan sobre las rocas, y algunas escuálidas cabezas de ganado, que arrancan la yerba en la falda de la montaña, cuya cima habitan las águilas, son los únicos séres vivientes que allí se ven, excepto los dias en que aparece algun pastor con su rebaño. De las colinas se precipitan sin cesar blancos y espumosos torrentes; en su centro hay un pequeño lago, y de él sale el Cona, tan celebrado por Ossian. Por el sur destaca su inmensa mole la montaña de Malmor, y por el norte está el famoso Dun Fionn, ó Colina de Fingal. Los nombres osiánicos, tan comunes en las altas tierras, son muy numerosos aquí: *Grianan Dearduil* es el «sitio inundado de sol» á que Ossian se referia en sus cantos; aquí se encuentra tambien *Caolis-na-con*, «el puente del perro;» *Bitanaben*, ó «la colina de las pieles de ciervo», y otros muchos sitios memorables por ser los que recorrió durante sus cacerías el inolvidable Fingal, cuyo dominio particular era Morven. Aún se aplica el calificativo de «maldicion de Glencoe» á los Campbells de Breadalbane, que fueron agentes en la matanza perpetrada en 1692 en la extremidad noroeste del valle, matanza que fué un baldon para el gobierno revolucionario. El hecho produjo en toda Escocia una impresion profunda, y siempre será execrado en el país de los Clanes.

Al hablar tanto de la tierra de Fingal no se debe omitir la descripcion de la caverna que lleva su nombre, aunque situada en una remota y solitaria isla de Argyle.

Esta inmensa gruta de basalto, en la solitaria isla de Staffa, permaneció desconocida del mundo exterior, cosa bastante singular, hasta que fué visitada por Sir Joseph Banks en 1772. Cuando el bote del viajero se desliza por el vasto portal, entre las poderosas columnas octógonas de lava que forman las paredes, la profundidad y violencia de la marea que se precipita en la extremidad de la invisible bóveda; los ricos tintes de las estalactitas, blanco, rojo y amarillo, brillando en la base de los pilares rotos que forman el techo; la variedad de los colores que las aguas toman, segun pasan sobre una roca oscura ó violácea, en la cual se elevan las columnas basálticas; y el estrepitoso rumor de las olas, cuyos sordos ecos se reproducen á lo largo de la bóveda, que se prolonga en las entrañas de la isla, constituyen un conjunto de efectos que seguramente no tiene paralelo en el mundo.

Staffa significa «isla de las columnas»; en su cima podrá verse algun rebaño, pero no hay ni una sola choza donde puedan refugiarse, en caso de tempestad, las personas que todos los años van á visitar el sitio. En la isla hay seis grandes cavernas, que se pueden visitar sucesivamente avanzando desde el desembarcadero, excitando todas ellas el interés y la admiracion de cuantos las ven. La primera es la caverna de Clamshell; la segunda, la de *Buchaille;* la

tercera, la Calzada ó Columnata; la cuarta, la de Fingal, ó Gran Caverna; la quinta, la Caverna del Bote; y la sexta la de los Cormoranes ó de Mac Kinnon.

Estas cavernas de columnas varian de diez y ocho á cincuenta piés de altura, y la profundidad de las oscuras aguas que hay dentro es de treinta y seis á cincuenta y cuatro. La Gran Caverna, que toma su nombre de Ossian, rey de Selma, no parece tan simétrica como las demás; pero el contorno de la entrada, perpendicular en los lados y terminada en arco, presenta muy buen efecto. Mac Culloch dice que desde la parte superior de este arco hasta la roca hay una altura de treinta piés; la longitud interior es de 227 piés, pero estas medidas difieren algo de las tomadas por Sir Joseph Banks.

El mejor golpe de vista se obtiene cuando las aguas son bajas, pues durante la pleamar no es fácil abarcar el conjunto. Este último presenta en el primer caso un aspecto bastante simétrico, pudiéndose observar muy bien los juegos de luz y sombra producidos por las columnas rotas, que disminuyen gradualmente de tamaño á medida que van estando más distantes. El interior de la gruta es columnar, pero fuera de ella las columnas forman caprichosos grupos de infinita variedad, presentando delicados tintes, que mezclándose con las sombras producen un efecto admirable y sumamente pintoresco, aunque infunde pavor hasta cierto punto.

«Staffa, dice el doctor Garnett, es indudablemente la curiosidad natural más grandiosa que se conoce en Europa, si no en todo el mundo»; pero necesítase la práctica del marino para recorrer la gruta del Fingal.

«Cuando me senté en una de las columnas, escribió Mac Culloch, vi las aguas llegar casi hasta tocarme los piés, pero á intervalos retirábanse, y entónces quedaba como suspendido á gran altura. Atendidos los silenciosos movimientos del agua y la aparente tranquilidad de la superficie del mar, hubiérase podido creer, mirando desde léjos, que el conjunto de la gruta era un gran buque que alternativamente se hundia y elevaba. El techo está dividido por una grieta y es bastante irregular, componiéndose hácia la parte exterior de rocas muy desiguales; miéntras que en el centro le forman extremidades de columnas rotas, lo cual produce un efecto geométrico de bastante adorno.»

Como las olas no abandonan nunca del todo esta gruta, su único suelo es el agua, en cuya superficie, de un hermoso color verde, refléjanse esos tintes que cambian y se armonizan con los tonos más oscuros de las rocas, proyectando á menudo en las columnas fugitivos destellos, producidos por los rayos del sol cuando hieren las aguas ondulantes.

## IRLANDA

Irlanda presenta al espíritu y á la vista muchos asuntos que se prestan á la reflexion, muchos objetos dignos de contemplarse. Llena de anomalías morales, rica por la diversidad de sus encantos, es un problema para el político, un misterio para el filósofo social, un estudio para el etnólogo, un tesoro para el anticuario, y un conjunto riquísimo para el amante de la naturaleza por la variedad del paisaje.

«En Irlanda, dice el Rev. Cesar Otway, uno de los más fecundos escritores ingleses, hay monumentos antiguos dignos de estudio, paisajes en cuya contemplacion se extasía la vista, bosques y aguas, valles y montañas que por lo pintoresco ofrecen al artista de corazon el más rico asunto que apetecer pudiera.»

En Irlanda hay razas que nunca se confunden, credos que siempre fueron el *ingenium fervidum Scotorum* (pues los irlandeses son los verdaderos escoceses de la historia), que unas veces exalta y otras mitiga el carácter más duro y tranquilo del sajon. Aquí hay un Ulster tan diferente de Munster por el aspecto del país y las condiciones del pueblo, como lo es Inglaterra de Francia ó España. Cualquiera que visite Irlanda reconocerá más ó menos la exactitud de estos hechos, ora escuche las leyendas que circulan en las localidades, ora estudie los sentimientos del pueblo, ó bien contemple las ruinas de las antiguas fortalezas, comparándolas con las estructuras de la moderna civilizacion. Teniendo presente cuanto hemos dicho se aclararán muchas dudas cuando se interrogue el presente y el pasado.

Una serie de colinas de granito separa el condado de Wicklow del de Dublin, pero la naturaleza ha hecho desaparecer una parte de esta barrera, abriendo un camino entre dichos dos puntos: es un desfiladero, á cuyos lados elévanse casi perpendiculares las rocas que forman las paredes. Si se penetra aquí partiendo del norte, pronto se da la vuelta al declive oriental, donde admira la abundancia de helechos y otras plantas, así como la compacta espesura del follaje, que oculta á veces grandes peñascos, dejando ver sólo su pelada cima. Esta parte contrasta singularmente con la occidental, que tiene casi un carácter primitivo por su aspecto desolado y escabroso. Desde la orilla del camino hasta la mayor altura se ven peñascos enormes de fantásticas formas que parecen á punto de derrumbarse sobre el viajero: este es el sitio llamado el «Scalp,» y á no ser por los árboles, cualquiera podria creer que alguna dislocacion del terreno, que alguna revolucion de la naturaleza ha producido aquí este trastorno el dia anterior. Cuando se ha recorrido medio camino, vale la pena detenerse un momento para mirar al rededor, pues así se verá hasta qué punto han sido hábiles los ingenieros en la construccion; por la parte del sur se divisa en lontananza un rico país ondulado, por el cual atraviesa el camino que conduce al bonito pueblo de Euniskerry, cuyas casas diseminadas ofrecen un conjunto muy pintoresco; á media distancia se ven las colinas del Grande y Pequeño Pilon de Azúcar, y más allá la cordillera de Wicklow, que se extiende desde Douce, á la derecha, hasta Brayhead, á la izquierda.

Cerca de la cima de una montaña, en un distrito singularmente salvaje y solitario, hállase el oscuro pantano de Lough Bray: por tres de sus lados enciérranle altos muros; por el cuarto hay una estrecha abertura á través de la cual se vierten las aguas en el valle de Gleucore, formándose así el rio Gleucreé, con el cual se reune en Powerscourt el Glenislorane cuyas aguas, despues de caer por un precipicio de trescientos piés de altura, forman siempre, cuando su caudal acrece por las lluvias, la más magnífica cascada que pudiera encontrarse en un condado donde hay tantas dignas de llamar la atencion. Los rios Gleucreé y Glenislorane, reunidos, forman el que corre á través del Dargle, tomando su nombre. En Irlanda hay muchos valles mayores que el Dargle, pues apénas excede de una milla de longitud, pero no se

encontrará ninguno tan delicioso. Las colinas, cubiertas de robles y otros magníficos árboles, que se mezclan con el laurel rosa y los helechos, elévanse á cada lado del barranco algunas veces á la altura de trescientos piés; entre ellas deslízase el rio, de corriente muy tortuosa, y cuyas aguas saltan sobre las moles de roca que han rodado hasta su lecho; sólo en algunos



*Innisfallen en Killarney*

sitios la corriente se ensancha, presentando una superficie tranquila. Hay parajes donde la espesura de los árboles y los matorrales impiden que penetren á su través los rayos del sol; y las rocas que á intervalos dejan ver sus peladas cimas contribuyen á embellecer el paisaje.

Cerca de la extremidad superior del valle hay un sitio que se debe visitar, no sólo porque desde él se abarca con la vista todo el espacio recorrido, sino porque es del dominio de la

leyenda, pues aquí, desde una elevada roca casi perpendicular, que parece suspendida sobre el rio, un jóven enamorado se arrojó á las aguas para buscar la muerte. Muchas leyendas han circulado sobre este «Salto del Amante,» segun se llama el sitio: unos dicen que cierto galan, habiendo encontrado á su infiel amante sentada en la roca junto á un rival, precipitóse



Glendalough

desde la cima, loco de furor y de celos; otros aseguran que una doncella, desesperada por la muerte de su prometido, y creyendo ver su fantasma en un momento de amorosa alucinacion, arrojóse á las aguas arrastrando consigo la vision. ¿Quién sabe qué parte de verdad puede haber en tales cuentos? De ellos está lleno el mundo; y no son pocos los países donde se encontrará un «Salto de los Amantes» ó una «Peña de los Enamorados;» lo extraño es que los suicidas por amor elijan invariablemente tan encantadores sitios para despedirse de la vida. Cuando se ha recorrido todo el valle por la izquierda, el que quiera formar una idea exacta de sus bellezas debe trasladarse á la orilla derecha; y si entra por la puerta de Lord Monck, cerca de Euniskerry, siguiendo el curso del rio á lo largo del hermoso camino que aquel noble caballero mandó construir, podrá contemplar el más grandioso golpe de vista.

En un oscuro valle, rodeado de montañas, excepto por la parte oriental, á la que se llega por un estrecho camino, se ven las ruinas de varios edificios religiosos y una torre de forma redondeada; el sitio tiene un aspecto desolado que contrista el alma, sobre todo por el sepulcral silencio que allí reina, y hasta pudiera creerse que se está en un cementerio: este es el Plendalough, el «valle de los dos lagos,» famoso por haber estado aquí las Siete Iglesias, cuyas venerables ruinas datan de una remota antigüedad y ofrecen gran interés histórico.

A principios del siglo XVI, Kevin, un santo de reconocida y austera piedad, fundó aquí una abadía; su vida ejemplar, consagrada á la oracion, atrajo á la multitud á su retiro de la montaña; pero poco á poco erigiéronse iglesias y capillas al rededor del monasterio, hasta que aquella soledad se convirtió en una ciudad bien poblada, donde se estableció una escuela, un colegio para enseñar la religion, un asilo para los santos varones y los pobres, un santuario para los oprimidos, y un hospital para los enfermos. El santo, si las noticias de Ursher son exactas, vivió lo suficiente para ver su obra completa, pues alcanzó la edad de ciento veinte años, habiéndose depositado sus restos mortales en el mismo sitio donde tan largo tiempo vivió. De la «ciudad» no queda nada más que el silencio de la muerte, y las ruinas solemnes que aún puede contemplar el viajero; pero una parte del espacio alrededor del cual se desliza el Avonmore, en su curso al lago inferior, está rodeada de una pared, y aún se designa con el nombre de «ciudad de Glendalough.» En este sitio se penetra por una especie de arco natural, y despues de franquear una estrecha calle, llégase al centro de la triste soledad, que con sus ennegrecidas ruinas tiene cierto carácter imponente. Las más de las iglesias erigidas en aquel tiempo no son apénas más que un monton de escombros, pero una ha resistido bastante los estragos del tiempo; su techo y paredes se conservan bastante bien, así como la pequeña torre que se eleva en su extremidad. Por extraño que parezca, á pesar de haber respetado los siglos el edificio, los hombres han dejado extinguir su nombre, y ahora se llama popularmente «Cocina de San Kevin,» á causa de haberse tomado la torre por una chimenea. Lo más notable que hay aquí es una torre redonda de ciento diez piés de altura que se ha conservado bastante bien, aunque le falta su techo cónico. Casi al lado están las ruinas de la «catedral,» la iglesia de San Pedro y San Pablo y la de la Trinidad, con un fragmento de torre. La capilla de Nuestra Señora era demasiado maciza para no resistir los estragos del tiempo mejor que otras construcciones, y es muy digna de exámen: Archdall, que ha hecho una minuciosa descripcion del edificio, la cual no creemos necesario reproducir aquí, nos habla de las enormes piedras que formaban la entrada y de los adornos del arquitrabe.

Si en Wicklow hay valles umbríos, como el Dargle, y otros tristes como el Glendalough, en cambio encuéntranse otros brillantes y llenos de sol, como el de Avoca; y el mismo rio que oscurece la imponente soledad de las Siete Iglesias reanima el valle de Avoca, más célebre por sus encantos desde que el poeta Moore le cantó en una de sus deliciosas composiciones líricas. El bardo de Irlanda ha hecho por el Avoca lo que sir Walter por Lough Katrine en Escocia, es decir, ha conseguido atraer á miles de personas á estos sitios todos los años; pero no creeríamos exagerar al decir que si la musa de Moore no hubiera cantado

nunca las flores del valle ni sus cristalinas corrientes, son tales los encantos del sitio, que seguramente hubieran atraido á numerosos viajeros.

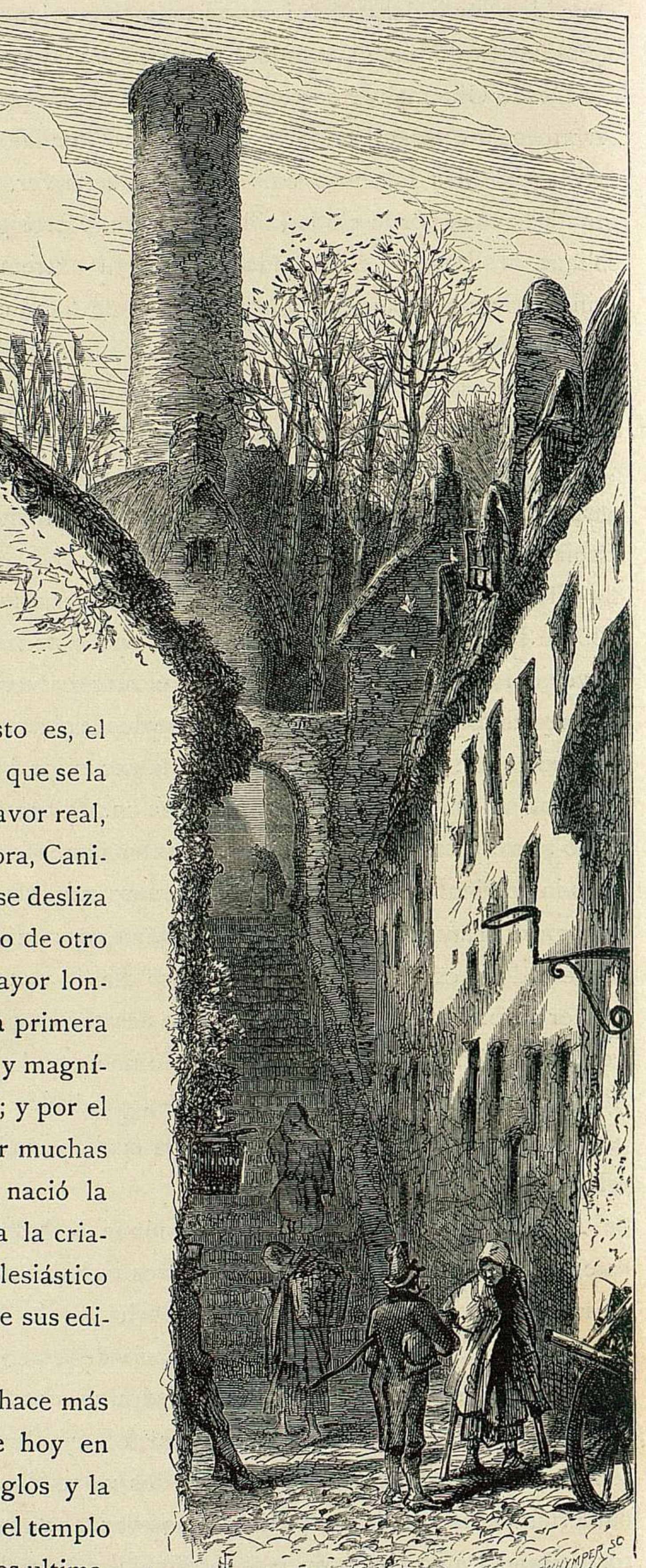
Desde Glenmalure se corre hácia el sur una pequeña corriente conocida con el nombre de Avonbeg, ó «pequeño rio», y del lago de Glendalough, que se prolonga por el sudoeste, á través del más hermoso país que se pueda ver, llega otra corriente, el Avonmore, ó «rio grande»; pasa por la ciudad de Rathdrum, y prosiguiendo su sinuoso curso entre bosques y colinas, deslízase en el Avondale, en cuya extremidad se encuentran ambos, formando un brillante lago; desde aquí la corriente unida toma el nombre del Avoca. Este es el sitio cantado por Moore.

Más léjos, en la direccion sur, el Avoca se encuentra en el valle con un rio turbio, de aguas amarillentas, por haber bañado los distritos mineros: el pueblo le ha dado por esta razon el nombre de «rio amarillo», pero mejor se le conoce con el de rio Aughrim. No es despreciable rival del Avoca, y hasta hubo un tiempo en que le disputó el honor de ser la inspiracion de la musa del poeta.

El valle del Avoca, propiamente dicho, se extiende desde el Puente del Leon, en el Castillo de Howard, hasta Glenart, que es una distancia de cuatro millas; pero todo el valle, á través del cual se desliza el rio hasta el mar, es verdaderamente encantador. La línea férrea se corre en toda su longitud, pudiéndose desde el tren observar todas aquellas bellezas naturales, aunque no tan bien como el que hace la excursion á pié, pues así nada le impedirá detenerse en aquellos sitios que más llamen su atencion. El camino de Rathdrum á Arklow se prolonga junto al rio ó cerca de él en toda su extension, ofreciendo los más hermosos puntos de vista, pues la corriente atraviesa entre barrancos cubiertos de bosque y colinas pedregosas hasta llegar á su primera confluencia. Detengámonos aquí un momento para contemplar este paisaje, sobre todo si es al declinar un hermoso dia de verano, cuando la luz del cielo comienza á perder su brillo y las sombras parecen acortar el valle: el conjunto es casi solemne, y rara vez podrá olvidarlo el que lo contemple una vez; la corriente se desliza hácia el sur, trazando numerosas curvas á través de fértiles prados, y las colinas forman una extensa faja que ostenta la más rica vegetacion, entre la cual descuella á veces la torrecilla de alguna solitaria mansion.

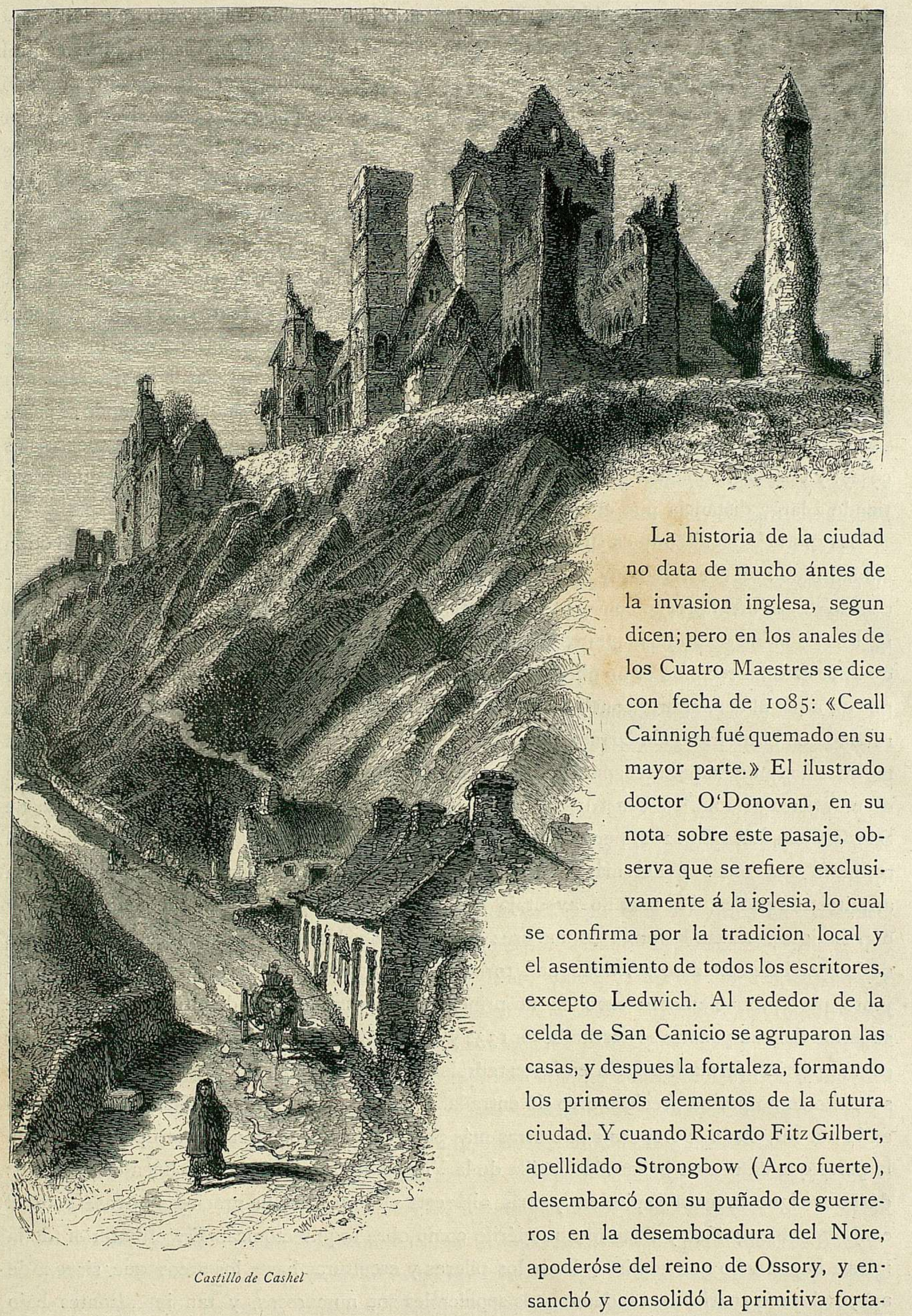
A la mitad del valle, poco más ó ménos, se halla el distrito minero, Cronebane, por el este, y Ballymurtagh, por el oeste, cuyos trabajos ofrecen un contraste particular con el delicioso conjunto del valle, que se ensancha aquí. Avanzando en la misma direccion llégase pronto al punto de la segunda confluencia de las corrientes, donde estaba el puente de madera, que se ha sustituido con uno de piedra, mucho más sólido, pero no tan pintoresco. Detrás de la posada hay un paseo que conduce á la cumbre de la colina, desde donde se puede contemplar un grandioso panorama. Los dos valles divergentes, cruzados por sus rios, las colinas cubiertas de bosque hasta la cima, y los verdes pastos, combínanse para formar el más seductor paisaje. La corriente es más profunda y estrecha á medida que se avanza, y más compactos los árboles que la bordean, hasta que se sale del valle del Avoca para penetrar en el de Arklow.

Ilustres nombres y grandes recuerdos históricos se asocian con la buena y antigua ciudad de Kilkeny, que toma el nombre de su santo patron, y pocas habrá más pintorescas, con sus calles enbaldosadas de mármol, y sus vetustas casas. Una inscripcion escrita en latin, probablemente por David Rothe, obispo católico romano de Ossory desde 1624 á 1641, de la cual hay varias copias en el Museo Británico y en la Biblioteca del Colegio de la Trinidad, en Dublin, dice lo siguiente de la ciudad y su catedral: «Esta ciudad se designa comunmente con el nombre Kilkenny, esto es, el templo ó la celda de Canicio, pero desde que se la concedieron honores y privilegios, por el favor real, bien podria llamarse, reformando la palabra, Canicopolis. Asentada sobre el rio Nore, que se desliza entre dos puentes de mármol, distantes uno de otro dos estadios poco más ó ménos, su mayor longitud es la que tiene de norte á sur; en la primera de estas direcciones hállase la grandiosa y magnífica iglesia dedicada á San Canicio, abad; y por el sur se hallará la fortaleza, guardada por muchas torres y baluartes. En estos dos centros nació la comunidad cívica; el templo y la fortaleza la criaron en su infancia, los poderes civil y eclesiástico contribuyeron igualmente á la ereccion de sus edificios.



*Calle de San Canicio en Kilkenny*

La descripcion de Kilkenny trazada hace más de doscientos años podria ser aplicable hoy en cuanto al paisaje, pero la accion de los siglos y la mano del hombre han hecho estragos en el templo y en la fortaleza, que han sido restaurados ultimamente, dejándolos poco más ó menos como estaban cuando el buen obispo los describió.



*Castillo de Cashel*

La historia de la ciudad no data de mucho ántes de la invasion inglesa, segun dicen; pero en los anales de los Cuatro Maestres se dice con fecha de 1085: «Ceall Cainnigh fué quemado en su mayor parte.» El ilustrado doctor O'Donovan, en su nota sobre este pasaje, observa que se refiere exclusivamente á la iglesia, lo cual se confirma por la tradicion local y el asentimiento de todos los escritores, excepto Ledwich. Al rededor de la celda de San Canicio se agruparon las casas, y despues la fortaleza, formando los primeros elementos de la futura ciudad. Y cuando Ricardo Fitz Gilbert, apellidado Strongbow (Arco fuerte), desembarcó con su puñado de guerreros en la desembocadura del Nore, apoderóse del reino de Ossory, y ensanchó y consolidó la primitiva forta-

leza, que llegó á ser un soberbio castillo. ¿Qué sitio hubiera sido más propio que Kilkenny para el objeto, hallándose en medio de la rica y risueña llanura que forma la parte más central de la antigua Ossory, bañada por el Nore y sus diversos tributarios? Muchos sitios resistió ese castillo fuerte, y no pocas vicisitudes ha sufrido desde las antiguas épocas. Devastado por los irlandeses, y restaurado en 1207 por Guillermo, conde Marshal, heredero del título de Pembroke, que tambien, dice Hansuer, «dió á la ciudad una Carta con privilegios de que goza hasta hoy», pasó en 1391 á manos de Jacobo, segundo conde de Ormande; desde entónces ha estado siempre en poder de esta familia; y ahora, completamente restaurado y hermoseado, es un magnífico é interesante monumento de los tiempos feudales. Noble y caballeresca raza fueron esos descendientes de Teobaldo Walter, que tanto figuró en la época de Enrique II, desempeñaron cargos de la mayor importancia en el período más interesante de la historia irlandesa, y así pudieron llegar á la cúspide del poder. Pocos nombres resuenan en las crónicas del país tanto como el de Jacobo, el «gran duque de Ormonde.» Cuando se pasea por la orilla del rio, contemplando la fortaleza que le domina, es grato pensar en todas estas cosas; y despues, subiendo á una de sus torrecillas, observar el magnífico paisaje que se extiende á larga distancia por el precioso valle cuyo centro baña el Nore.

La gloria de Kilkenny es su catedral de San Canicio, que situada en una eminencia de la ciudad irlandesa (en Kilkenny, lo mismo que en Limerick y otras antiguas ciudades, el recuerdo de las dos razas se conserva por los distritos distintivos de la ciudad irlandesa y la inglesa) domina magníficos puntos de vista. Una antigua calle, muy angosta y empinada, que por esto ha recibido el nombre de «Escalera de San Canicio», conduce, despues de pasar por un arco, al cementerio contiguo; subamos de una vez y veremos la iglesia, con su torre redonda en el interior. En cuanto á dimensiones y magnificencia de adornos, muchos templos ingleses son muy superiores; pero la iglesia de San Canicio tiene su propio mérito y es digna de un atento estudio. La construccion ahora existente, y que sucedió á la primitiva celda de San Canicio, data de 1202, pero despues se enriqueció el decorado, y ahora tenemos en el conjunto una muestra del más puro y magnífico período del primitivo estilo inglés de la arquitectura gótica, á la cual no aventaja por su belleza ninguna de las que conocemos hoy dia. La iglesia afecta la forma de una cruz latina y mide doscientos doce piés tres pulgadas de longitud de este á oeste; tiene una torre cuadrada cuya poca elevacion desdice del conjunto, pero probablemente tuvo en un principio cuarenta piés más de altura, pues la parte superior del campanario se derrumbó en 1332 y no se la volvió á levantar. Por la parte del sur está el pórtico, forma inusitada en las catedrales irlandesas, y tan notable por la elegancia de su estilo como por su precioso arco de entrada. Las ventanas, tanto en la fachada norte como en la del sur, están sobrepuestas de otras más pequeñas que rematan en arco puntiagudo; en la parte que da al este hállase la Capilla de la Vírgen, que tiene una triple línea de ventanas; despues sigue la casa capitular, y más allá está el coro, con sus graciosas ojivas. Todo el conjunto es magnífico y tiene mucho mérito como obra arquitectónica. En el interior de la iglesia hay mucho que admirar, desde los pilares y esculturas hasta los arcos que sirven de apoyo al campanario. Los monumentos sepulcrales son numerosos, y tan interesantes bajo

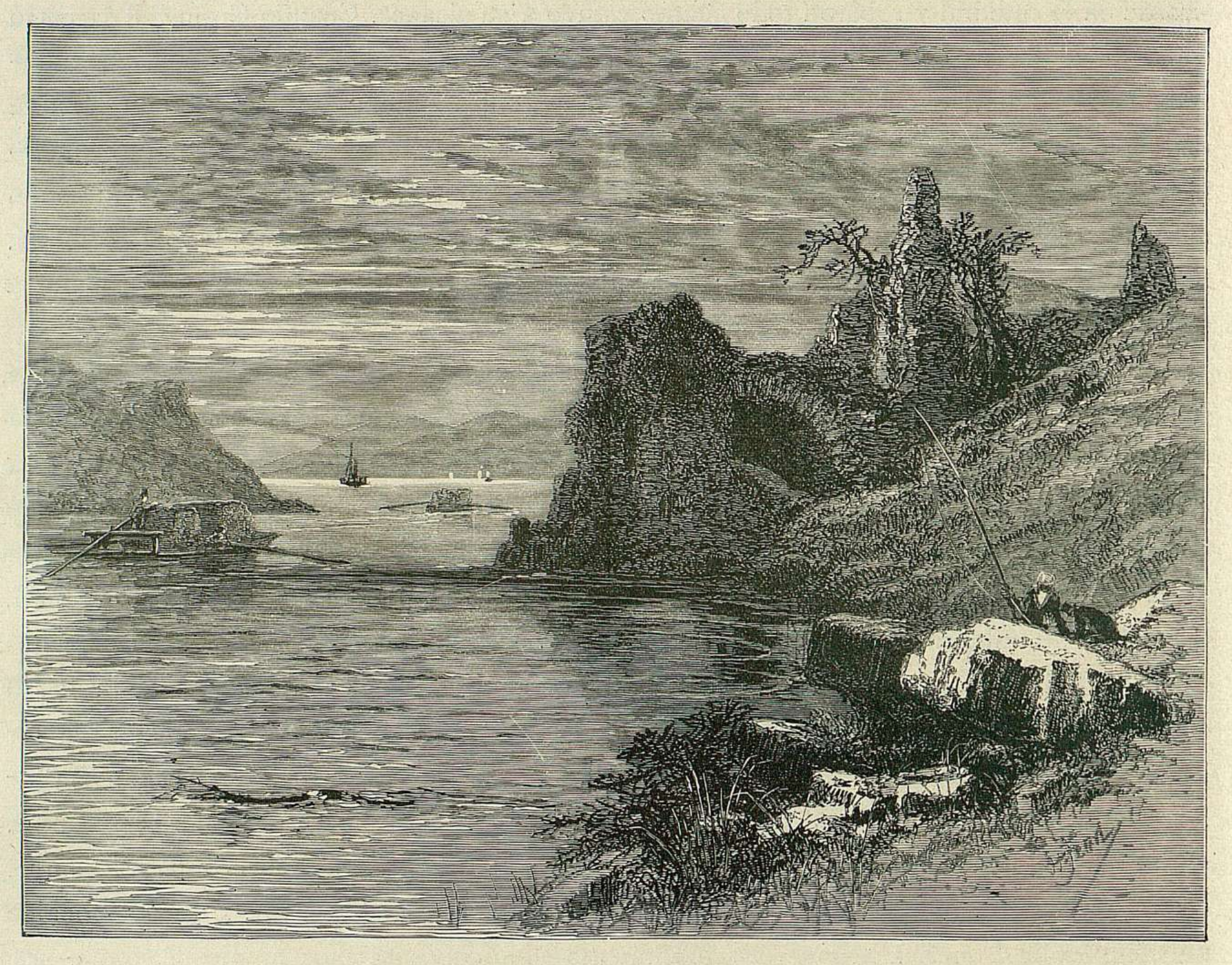
el punto de vista histórico como del artístico. La torre redonda, de cien piés de altura por cuarenta y seis pulgadas de circunferencia en la base, ha sido restaurada.

La iglesia ha sufrido no pocas pruebas y vicisitudes: muchos obispos la ensancharon y adornaron, pero en 1332 se derrumbó el campanario con una parte del coro, destrozando las capillas laterales; de modo que se presenció, segun el P. Juan Clyn, «un horrendo y lastimoso espectáculo». Durante la «gran rebelion» un tal Unsill Grace y algunos amotinados introdujéronse en la catedral y robaron todo cuanto estuvo á su alcance. Cuando Cromwell penetró en la ciudad en 1650, utilizó la iglesia como cuadra para los caballos de los jinetes que formaban su séquito, lo cual censuró amargamente el obispo Guillermo, haciendo un lúgubre relato de las atroces enormidades cometidas por aquellos fanáticos. Mucho tiempo y dinero se necesitaron para restaurar las ruinas: los que más contribuyeron á esta obra fueron el obispo Pococke en el siglo pasado, y el Dean Vignoles en el presente; pero la catedral, restaurada como la vemos ahora, es un monumento que durante largos años evidenciará la piedad y munificencia de aquellos dignos varones.

En el condado de Tipperary habia muchos monasterios y establecimientos religiosos cuyas ruinas bastan para atestiguar su primitiva belleza: podemos citar como ejemplo á la Abadía de la Santa Cruz, y el magnífico grupo de construcciones que corona la cima de la Roca de Cashel. La primera ocupa un sitio tal como agradaba sin duda á los monjes de aquellos tiempos, en medio de ricos prados y en la inmediacion de un rio: dícese que áun ántes de llegar los normandos á Inglaterra dos monjes construyeron una celda en este sitio; la fama de un milagro atribuido á uno de ellos, y por el cual quedaron mutiladas las manos de cuatro ladrones, indujo á muchos devotos á reunirse con aquellos ermitaños; de tal modo que su celda llegó á ser muy pronto el «Monasterio de las Ocho Manos» (Manister Oghter Lamhan). Al cabo de algun tiempo, en el año 1110, Pascual II envió á Murtough, rey de Irlanda, un pedazo de la «Verdadera Cruz» montado en oro y cubierto de piedras preciosas, y esta reliquia fué enviada al monasterio, donde, segun dicen, se conservó largo tiempo, debiéndose á ella que el santo asilo tomase el nombre de Santa Cruz. Cuando Donaldo O'Brien, rey de Limerick, erigió el establecimiento en abadía para unos monjes Cistercienses, otorgando en 1182 una carta, que aún existe, se dedicó á la Santa Cruz, Santa María y San Benedicto, confirmándose aquella en 1186 por Juan, conde de Morton, y despues rey de Inglaterra. Desde entónces, la abadía se ensanchó gradualmente, acreciendo en importancia, porque los reyes la distinguieron, nombrando á sus abades condes de Santa Cruz y Pares del Parlamento. Los muchos milagros que se atribuian al santo establecimiento bastaron para que llegase á ser un lugar favorito de peregrinaciones, los enfermos daban la vuelta de rodillas al rededor del edificio, y bebian sus aguas con la profunda conviccion de curarse.

Veamos la abadía tal como ahora existe, ya que la mano del tiempo ha sido parca en su obra destructora, gracias á las reparaciones del último vice-prior del Colegio de la Trinidad de Dublin, el Rdo. Dr. Wall. Asentada en las orillas del hermoso rio que se desliza tranquilamente por delante, y con un fondo de frondosos árboles, esa abadía es una reliquia interesante; por su forma se puede considerar como el tipo cisterciense más perfecto, y difiere no-

tablemente de los edificios del mismo período en Inglaterra; la torre central, baja y muy maciza, se conserva bastante bien, pero su parapeto ha desaparecido; en la fachada oriental se ven dos capillas, cuyas ventanas, notables por sus ricos adornos, contrastan marcadamente con la sencillez de la que se ve en la extremidad de la nave. Esta última se distingue tambien por ser su estilo más sencillo que el del resto de la iglesia, y presenta una division sobrepuesta de un arco puntiagudo, de tal modo que las partes oriental y occidental de la iglesia

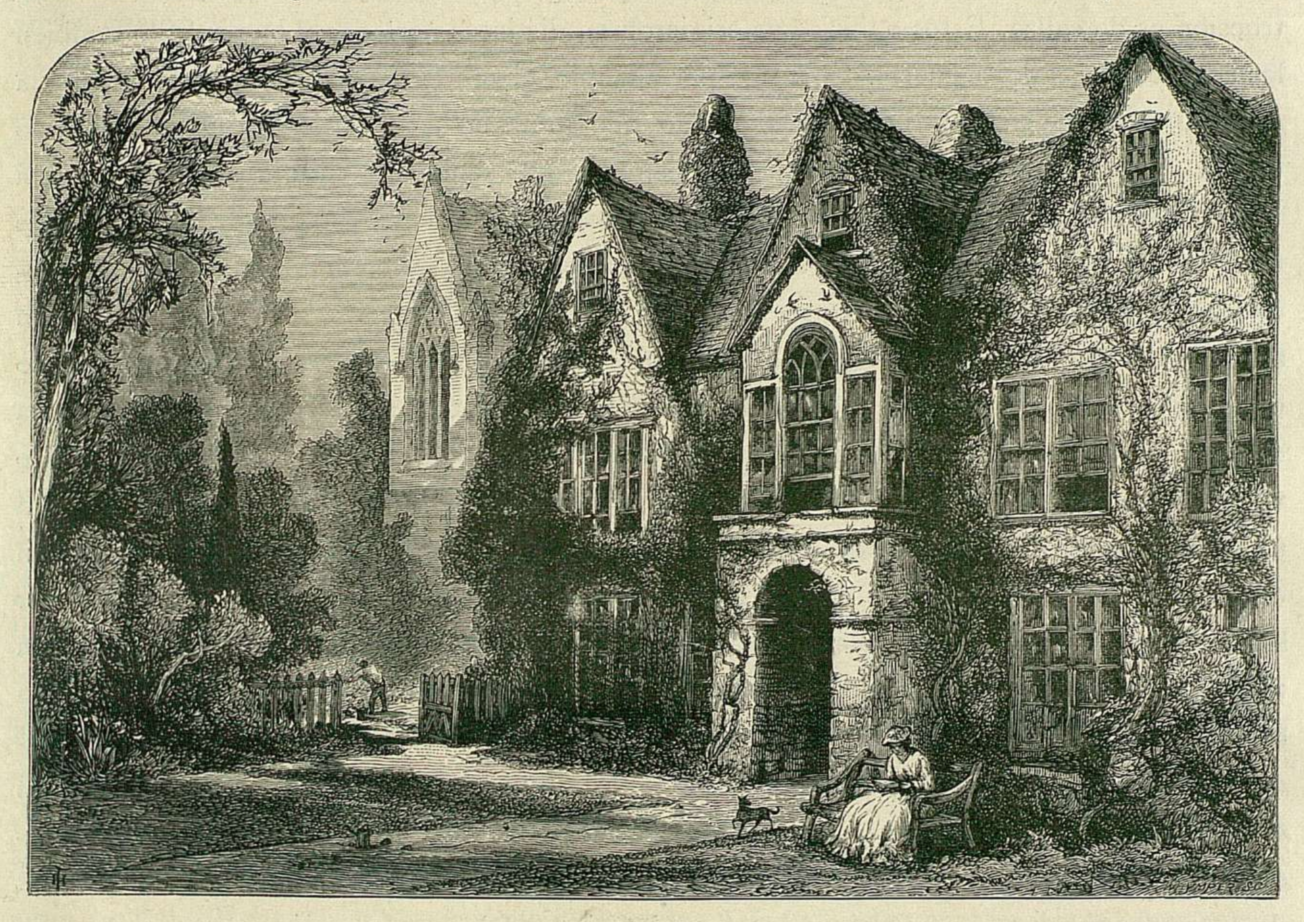


*Ruinas del castillo de Strancally*

quedan separadas. Una de las más ricas y curiosas formas que vemos en el interior, y tal vez la única, es una doble arcada cuyas columnas están enriquecidas con molduras en forma de espiral. Créese que en uno de los espacios huecos de esta arcada se depositó la «Verdadera Cruz.» En la abadía hay muchas tumbas de familia, varias de ellas muy elegantes, contándose sobre todo una que llama la atencion por su magnificencia y adornos: hállase en el lado sur y se compone de tres altos arcos, con pilares de mármol negro, bajo una cornisa horizontal del más delicado trabajo; y en cuatro compartimientos que hay en la parte superior se ven cinco escudos, todos blasonados excepto uno. Sobre esta tumba, pacífica mansion de los muertos, suscitóse no ha mucho una cuestion entre los vivos, pues un sabio anticuario sostenia que aquella tumba era la de Eleonor, hija de Jacobo, segundo conde de Ormond; miéntras que el otro aseguraba que era de Isabel, hija de Geraldo, conde de Kildare

«Como ruina monástica, dice el Dr. Petrie, una de las autoridades más reconocidas en este punto, la Abadía de la Santa Cruz debe merecer el mayor aprecio entre las reliquias de la antigüedad conservadas en Irlanda.»

Sin embargo, hay algunos que no están conformes con este parecer, insistiendo en que la Santa Cruz y los demás edificios religiosos de Irlanda no pueden competir en mérito con las construcciones que aún se conservan en la Roca de Cashel. En cuanto á la roca, es un objeto verdaderamente singular, consistiendo en una alta mole de caliza estratificada que se destaca



*Casa de Raleigh en Youghal*

en medio de la llanura que la rodea, siendo casi perpendicular por un lado, miéntras que por el otro presenta una empinada pendiente que conduce á la cima. Desde léjos se ve en todas direcciones particularmente desde el norte y el oeste; de modo que domina un inmenso espacio. Si fuese verdad, como dice la leyenda, que Satán hizo surgir esta roca cerca de Templemore, mordiendo la tierra (así lo han creido algunos al contemplar el extraño boquete conocido con el nombre de «Bocado del Diablo»), muy poco ganó en ello, pues cuando se la llevaba, San Patricio, que lo vió á tiempo, obligóle á dejar la roca y destinóla al servicio de Dios en aquel mismo sitio. En la base hay una pequeña ciudad, ó más bien un pueblo que nada tiene de particular, ó muy poco, aunque es la antigua «Ciudad de Cashel» y fué largo tiempo arzobispado. Ya existia ántes de la invasion inglesa; y aquí recibió Enrique II el homenaje de O'Brien, rey de Limerick, y del clero. Así como otras plazas, pasó á menudo por rudas pruebas durante las luchas entre ingleses é irlandeses. Las construcciones que

ocupan la roca, restauradas en gran parte merced á los esfuerzos del sabio autor del «Fasti Ecclesiæ Hibernicæ», son las siguientes: 1.ª Una torre redonda de arenisca pardusca, que aún se conserva entera. 2.ª Una pequeña, pero magnífica iglesia, toda de piedra, de ese estilo arquitectónico que llaman generalmente normando, y que fué edificada á principios del siglo XII por Cormac Mc Carthy, rey de Desmond, ó Munster del Sur. 3.ª Ocupando todo el espacio que media entre estas dos construcciones, y como si las abrazara, hállase la iglesia grande, ó catedral, erigida hácia 1169 por Donaldo O'Brien, rey de Limerick: esta construccion es de caliza. Estos edificios se erigieron en distintos períodos y han sufrido tambien las consecuencias de la guerra. En 1495, por ejemplo, el conde de Kildare pegó fuego á la catedral, acto que trató de justificar alegando que procedió así «por creer que el arzobispo estaba dentro.» Natural era en aquellos tiempos que semejante roca, á pesar de ser casi innaccesible, se fortificase por todos los medios conocidos en el arte de la guerra. Las paredes de la catedral eran muy gruesas y sólidas, y en su extremidad occidental, en vez de la acostumbrada larga nave, con su gran puerta y ventana, habia una maciza torre cuadrada de gran altura, que semejante á los castillos fuertes tan comunes en todo el reino, habíase construido expresamente para la defensa. La crónica nos dice que en 1647 Lord Inchiquin, á la cabeza de algunas fuerzas del Parlamento, bombardeó esta torre y la destruyó en parte, haciendo volar el techo de la catedral. Todos los edificios, muy maltratados, no tardaron en llegar á un estado ruinoso, hasta que en 1749 la iglesia de San Juan, en la ciudad, fué erigida en catedral. De todos los edificios de este grupo el más interesante es la Capilla de Cormac: por su plano general aseméjase mucho á las primitivas iglesias de Irlanda, aquellas que tenian techo de piedra; pero en su conjunto puede considerarse como única. No tiene ventana oriental en el cancel, que remata en un nicho cuadrangular arqueado, pero sí una torre cuadrada en cada lado de la terminacion de la nave, formándose de este modo una cruz. En el exterior las paredes tienen por adorno arcadas semicirculares que parten de pilastras cuadradas, con molduras de estilo normando; en todas las entradas se ven adornos compuestos de grotescas esculturas, pero las de los arcos interiores del cancel son muy ricas en detalles, así como tambien por su ejecucion. En cada uno de los ángulos del techo, el arquitecto tuvo el capricho de poner como adorno la figura de una cabeza humana, y las paredes estaban pintadas ántes al fresco. Tomada en su conjunto, esta capilla es una joya preciosa, como la capilla de Roslyn.

Los rios de Irlanda merecen recomendarse al viajero; los más corren entre paisajes deliciosos, pero ninguno es tan magnífico por este concepto como el Blackwater, que separa los condados de Cork y Waterford. Desde su desembocadura, en Youghal, hasta Lismore, sus verdes y frescas orillas están sembradas de castillos y ruinas de edificios religiosos, de los que podemos citar tres buenos ejemplos: el castillo de Strancally, Templemichael y Dromana. El primero, edificado sobre una roca, domina directamente el rio; era una fortaleza de los condes de Desmond y se comprendió en las tierras otorgadas á Sir Walter Raleigh en 1585. La roca maciza que sirve de base al castillo está perforada por un túnel de considerable longitud y anchura que conduce al rio y se conoce con el nombre de «Agujero de la Muerte.» Una anti-

gua tradicion dice que uno de los condes de Desmond le utilizó como calabozo para ocultar sus crímenes: «convidaba á comer en su castillo á las personas que creia ricas, y despues arrojábalas en aquel lóbrego calabozo, donde las dejaba morir.» Por una abertura practicada á través de la roca empujábanse los cadáveres para que cayeran en el rio, y despues el infame conde se apoderaba de los bienes de los difuntos. Uno de los que estaban destinados á sufrir tan horrible suerte, y que por fortuna pudo huir, dió á conocer aquel lugar tenebroso; apénas se supo, el pueblo hizo volar el castillo, «que por la fuerza de la pólvora quedó abierto de arriba abajo.»

Mas allá, en la misma orilla, se ven las ruinas de la iglesia y castillo de Templemichael: esta última construccion es un torreon cuadrado con almenas, que ofrece un marcado contraste con la iglesia, pero tanto esta como aquel han sufrido mucho por efecto de las guerras: probablemente son construcciones de los Caballeros Templarios, y tendrian por objeto guardar el paso del rio. Muy cerca se hallan los restos de la Abadía de Molanfide, edificada sobre lo que en otro tiempo fué una isla: se fundó en el siglo VI. En estas ruinas hay una estatua moderna del buen abad, con el traje de su órden, y aquí se hallan tambien los restos del caballero normando Raimundo el Gordo, compañero de Strongbow, que murió en el castillo de Rhincrew, inmediato á este sitio.

Dromana, hermoso modelo de la mansion moderna, y residencia de Lord Stuard de Decies, elévase casi perpendicularmente sobre el rio, y es una construccion notable, realzada por el magnífico paisaje que la rodea. Tambien ofrece un gran interés histórico, pues aquí habitaron los poderosos señores de Desmond: las ruinas de su antiguo castillo se pueden ver aún, y recordar que allí nació aquella histórica dama (despues condesa de Desmond) de quien Sir Walter Raleigh dice en su «Historia del Mundo,» que vivió ciento cuarenta años en el reinado de Jacobo I y bailó en un salon de palacio con Ricardo III.

Cerca del punto donde el magnífico Blackwater desagua en el mar, en la costa sudeste del condado de Cork, hállase la ciudad de Youghal, puerto de mar, ó segun se la llamó antiguamente, Eochaille, ó «el bosque de los tejos,» porque estos árboles abundaban mucho ántes en el distrito. Youghal es todavía una bonita ciudad, aunque ha visto mejores tiempos, y tiene una respetable historia, con documentos que prueban su primitiva importancia; aún conserva los restos de sus muros fortificados, batidos en numerosos sitios, y puede mostrar señales evidentes de su vigorosa resistencia. El rey Juan la otorgó una carta de anexion, y despues recibió otras muchas de diversos monarcas hasta Jacobo I. En la época de los Desmond y de los Ormondes pasó por rudas pruebas: el conde de Cork puso una guarnicion; Lord Castlehaven la sitió; y Cromwell se apoderó de la plaza ántes de marchar de aquí para siempre. En esta ciudad hay muchas fundaciones religiosas y eclesiásticas, algunas de las cuales datan del siglo XII, distinguiéndose entre todas la iglesia colegiata de Santa María, magnífico edificio que puede servir de muestra de la primitiva arquitectura, y que fué restaurado últimamente, gracias á la munificencia y energía del Rdo. Pierce William Drew.

A muy corta distancia de esta iglesia se puede ver la Casa de Warden, que ofrece el mayor interés, porque aquí vivió algunos años aquel intrépido soldado y audaz aventurero

que se llamó Sir Walter Raleigh, á quien se otorgó una gran parte de las tierras confiscadas á los Desmond en Waterford y Cork, en 1586, incluso el rico valle del Blackwater, desde Lismore al mar, para recompensar sus servicios en Irlanda. Sir Raleigh fijó su residencia en Warden House y desempeñó algun tiempo el cargo de gobernador de la ciudad desde 1588 á 1589. La casa se restauró despues completamente, mas á pesar de los cambios que se hicieron, aún se conservan algunos vestigios de la antigüedad; las primitivas ventanas, con sus marcos de plomo, se sustituyeron por otras modernas, variándose la posicion de la escalera principal; pero aún se reconoce el primitivo aspecto de la antigua casa, cuyo conjunto pintoresco ha sufrido pocas alteraciones. Hállase situada en los terrenos que llaman ahora Arboleda de los Mirtos, porque abunda mucho esta planta, así como las espesuras de arbustos, y es una buena muestra del estilo inglés, con sus ventanas salientes y sus líneas cortadas. En la fachada del frente hay tres ventanas, hallándose la puerta principal debajo de la del centro; en el piso está el comedor, que es muy grande, y del cual parte una galería subterránea que se comunica con la torre de la iglesia de Santa María. Las paredes están recubiertas de roble en su mayor parte; la sala se ha conservado muy bien, con su gran ventana saliente y su estufa, estilo de Isabel, cuya meseta está enriquecida con preciosas esculturas; las figuras de la Fe, la Esperanza y la Caridad sostienen la cornisa, adornada con escudos redondos y diversos emblemas. Detrás del revestimiento de roble de una de las paredes de la sala se encontró oculta una antigua biblioteca, que contenia algunos curiosos volúmenes, escondidos allí sin duda en tiempo de la Reforma. Todavía se pueden ver en el jardin cuatro añosos tilos agrupados de modo que forman como un pequeño reducto: este era el sitio favorito de Raleigh para descansar; y aún podríamos figurarnos verle sentado aquí con su amigo Spencer, á quien solia hablar á menudo sobre sus sueños de gloria y sus aventuras. Esta casa tiene su historia, pero ha sufrido la suerte comun de todas las demás:

*Permutet dominos et cedat in altera jura*

Raleigh no era hombre para gastar su vida y su vigor paseando á la orilla del mar en un condado irlandés; de modo que vendió su casa y sus tierras al sagaz político Sir Richard Boyle (despues conde de Cork), en 1602. Dícese que este personaje hizo con ello un buen negocio, muy beneficioso para sus intereses, lo cual es bastante creible, atendido su carácter, aunque el conde asegurara que habia pagado todo el valor de la finca, y que Sir Raleigh lo reconoció así, añadiendo: «Si Boyle no hubiera comprado mi posesion, habria quedado á favor de la Corona, y entónces, pronto hubiéramos tenido algun Scott en campaña para pedirla.» De la familia de Cork la propiedad pasó á la casa de Devon. Como residencia, ha estado ocupada por Sir Lawrence Parsons, cuando era Archivero de Youghal, en 1616; y despues de cambiar muchas veces de dueño llegó á ser propiedad del caballero J. W. Pim, su restaurador: ahora pertenece á Mr. Pope Hennesy, gobernador de la Barbada.

A unas cinco millas al oeste de la ciudad de Cork, en un valle donde se encuentran dos corrientes, hállase el pueblecillo de Blarney, con su castillo, cuya fama es universal, porque cerca de él, por la parte nordeste, hay una piedra maravillosa: el que tiene la suerte de

llegar hasta ella, y suficiente fe para besarla, puede estar seguro de poseer en lo sucesivo un don de milagrosa eficacia; dulces y persuasivas serán las palabras que sus labios pronuncien; en todas partes y con todo el mundo hará carrera; y cuando la humanidad, y mucho más el



*Clare Island*

bello sexo queden cautivados por la fascinacion que su lenguaje ejercerá en cuantos le escuchen, todos deberán decir: «Ha besado la Piedra de Blarney.»

Dos piedras hay que al parecer se disputan la fama de ser el verdadero talisman: la una, que se halla en la parte superior del castillo, mide dos piés cuadrados, tiene la fecha de 1703; la otra recuerda la de 1446, época en que se erigió el edificio. Gracias á Mr. Jefferey, todos pueden besar la primera sin dificultad; mas para hacerlo con la segunda es necesario

dejarse bajar por una polea á veinte piés de profundidad. Bésese en buen hora la primera; y si el encanto se produce, dése por satisfecho el favorecido; pero si no, le aconsejaremos que no se deje seducir por la virtud de la segunda.

El orígen de esta supuesta virtud se pierde en las nieblas de la antigüedad. Una leyenda dice que cierto señor de Blarney á quien se exigió probase su lealtad entregando su castillo á los ingleses, siempre se mostró dispuesto á ello, pero entre tanto procuraba entretener al representante de la reina con varias excusas plausibles para ganar tiempo. El castillo de Blarney es interesante por muchos conceptos: situado en la parte sur del pueblo, elévase en una roca de caliza; las aguas del Coman bañan casi su base, rodeándole magníficos árboles de espeso follaje; su forma es enteramente cuadrada, y elévase á ciento veinte piés de altura: en las descripciones que se han hecho dícese que sus paredes tienen diez piés de espesor. Unida con el cuerpo principal del edificio se ve otra mansion más moderna, constituyendo el todo un conjunto sumamente pintoresco, en un distrito que tiene ya de por sí muchas bellezas. Este castillo se construyó en el siglo XV, segun se lee en la piedra que hay sobre la puerta principal:

CORMAC MC CARTHY FORTIS
*Me fieri fecit, A. D.* 1446.

Gran raza fué la de los Mc Carthys, reyes de Desmond y de Cork ántes de la invasion inglesa, á menudo citados por los antiguos cronistas. Blarney era la residencia favorita de la familia, y Cormac, que la erigió, figuraba como un jefe de gran influencia y poderío, á quien llamaron de sobrenombre «el Fuerte.» Sus descendientes inmediatos llegaron á ser Lores de Muskerry, ocupan su lugar en el Parlamento como tales y como Barones de Blarney. Algunas veces fueron partidarios de la Corona, y otras declaráronse adversarios. Por eso el antiguo castillo sufrió rudos asaltos é hizo en varias ocasiones una enérgica resistencia. En 1602 el capitan Taafe obligó á Lord Muskerry, entónces enemigo del Gobierno, á entregar la fortaleza; en 1646, Lord Broghill la atacó y apoderóse de ella; pero Cárlos II la devolvió á Donagh Mc Carthy, otorgándole el título de Conde de Clancarty. Donagh, su nieto, si hemos de creer en la tradicion, hizo construir la parte más moderna, que ahora se halla en estado ruinoso. Cuando Jacobo II desembarcó en Kinsale, Lord Clancarty se apresuró á salir á recibirle, reunió una partida de jinetes y «con ella cometió muchos destrozos.» Despues de una obstinada resistencia el antiguo castillo se rindió á Guillermo III en 1691. Blarney, con otras posesiones de Clancarty, fué confiscado, y en 1702 Sir Richard Pyne le compró á la Corona por tres mil libras (15,000 duros), segun consta en el registro de confiscaciones, donde dice: «Blarney, con el pueblo, castillo, molinos y todas las tierras y dependencias, incluso el parque.» Al año siguiente el ministro de Justicia lo vendió á Sir James Jefferey, cuyo descendiente se halla ahora en posesion de la propiedad. Dícese que en sus buenos tiempos el castillo con sus dependencias ocupaba una extension de nada ménos que trece *acres* (1) ingleses; pero las más de las obras exteriores y defensivas de la parte del sur

(1) Medida de tierra inglesa que tiene 4840 varas cuadradas.

y del oeste han desaparecido ya. Poco queda hoy dia de esa vasta construccion, si exceptuamos la maciza torre cuadrada, que era la principal. Una puerta baja que hay en la fachada del este conduce á un reducido vestíbulo, á cuya derecha se ve la escalera principal. Aún se conservan varias ventanas grandes y no pocas troneras que servian, no sólo para disparar proyectiles, sino tambien para recibir la luz. Además de una cámara abovedada hay otras más pequeñas, con varias alcobas y habitaciones pequeñas. Una angosta escalera en espiral conduce á la parte superior, donde estaba la cocina; la gran sala de recepciones tiene una enorme chimenea adornada con buenas esculturas. Vale la pena subir al parapeto por los magníficos puntos de vista que desde él se disfrutan.

Las bellezas de Killarney son multiformes, y difícil seria encontrar en el mismo espacio en cualquier otro punto tan diversos encantos naturales, tan variados tipos de paisaje. Aquí está el lago Superior, de aspecto severo, rodeado por tres partes de montañas que parecen surgir del seno de las aguas, siendo las del norte estériles y peladas, de modo que sólo necesitarian tener sus cimas cubiertas de nieve para asemejarse á los picos alpinos. Más léjos está el lago Inferior, risueño é iluminado por el sol, casi tan bello como un lago de Italia, con sus graciosas ensenadas y su faja de colinas, cubiertas desde la base hasta la cumbre de frondosos árboles; y entre estos dos lagos hállase el que llaman del Centro, en el cual se combinan los caractéres de ambos. Sin tener el aspecto salvaje del uno ni la plácida belleza del otro, presenta graciosos contornos, y casi aventaja á sus compañeros por la diversidad del paisaje.

Las numerosas islas que hay en estas aguas tienen, cada una de por sí, su atractivo particular: tomemos, por ejemplo, dos de las treinta que se hallan diseminadas en el Lago Inferior, las de Innisfallen y Ross, que afortunadamente han sido citadas por un escritor moderno; y elijamos en nuestro Lago Mayor irlandés otras dos, Isola Bella é Isola Madre.

No podríamos determinar á punto fijo de dónde toma Innisfallen su nombre, pero sí diremos que sus atractivos son incontestables y que no pueden ménos de seducir al viajero más indiferente; es un panorama en miniatura, es un conjunto maravilloso donde se encuentran reunidas todas las bellezas naturales: aquí hay colinas en miniatura; bosques tan sombríos como lo eran los de los Druidas, llenos de gigantescos olmos y sicomoros; alamedas donde el follaje forma una espesa bóveda á través de la cual no penetran los rayos del sol; poéticas ruinas y pintorescas rocas; y todo esto en un espacio de poco más de treinta acres ingleses. Visto desde las orillas del lago, este conjunto es lo más encantador que pudiera imaginarse; por un lado sólo se ven rocas, caletas y pequeñas bahías; por el otro, bosque y espesuras que llegan á la orilla del agua.

Tan delicioso sitio no escapó de la observacion de los monjes: San Finan Lobhra vino aquí para fundar una abadía, en el siglo VII, y seguramente fué un gran edificio, si hemos de juzgar por las ruinas que aún se conservan. Añadiremos que llegó á ser famoso por sus «Anales», escritos allí y que se guardaron largo tiempo, pues tenian gran valor como documentos históricos, notables por su fiel exactitud al ménos desde el año 432 al 1319. El manuscrito original se halla ahora en la Biblioteca de Bodleian, componiéndose de cincuenta

y siete hojas de pergamino en cuarto; y en el Colegio de la Trinidad de Dublin se conserva un duplicado.

En Innisfallen hay, sin embargo, una construccion más antigua: es una pequeña capilla, cuyas paredes sin techo, invadidas por la hiedra, forman una ruina muy pintoresca.

La isla de Ross, ántes citada, tiene una extension de ciento cincuenta acres, poco más ó ménos; está separada del continente por un estrecho canal y es la mayor del lago, ofreciendo un marcado contraste con Innisfallen. Sus bellezas naturales, que son muchas, se realzan notablemente por todo lo que el arte y el cultivo pueden producir; de modo que sólo pasear por este sitio es un delicioso recreo. El castillo, preciosa reliquia de los tiempos del feudalismo, no deja de ofrecer interés histórico. Los Odonoghues, uno de los cuales le erigió en el siglo XIV, ocupáronle cerca de trescientos años, hasta que en 1652 cayó en poder de las fuerzas del Parlamento, mandadas por Ludlow y Waller. El que suba á los parapetos y los recorra podrá contemplar un magnífico panorama, con toda la extension de los lagos.

En una region montañosa tal como esta, que encierra lagos y valles, debe esperarse encontrar cascadas, y hállanse en efecto algunas dignas de ser vistas, entre otras las de Derrycunihy y de O'Sullivan, siendo la más hermosa de todas la de Torc. Desde la «Ponchera del Diablo,» nombre de un lago que hay en la montaña de Mangerton, á doscientos piés sobre el nivel del mar, las aguas se precipitan por una estrecha hendidura en un barranco que separa á Mangerton de la montaña de Torc, y luego, lanzándose á través de los árboles que encuentra y de las rocas salientes, cae desde una altura de setenta piés. El que se aproxima á esta cascada por el camino que hay debajo recibe una sorpresa, porque los matorrales y la espesura le impiden verla hasta que se halla junto á ella. Cuando el lago está bien lleno, la cascada de Torc se ostenta en todo su esplendor, adquiriendo la fuerza y dimensiones de un furioso torrente que todo lo arrolla á su paso, pero en verano queda reducida á un arroyuelo que se desliza tranquilo entre las rocas.

La tortuosa y estrecha corriente que atraviesa la «Cordillera Larga» pone en comunicacion los lagos Superior y del Centro, yendo desde el primero al segundo, en el cual penetra pasando por debajo del antiguo puente de Weir. La corriente se precipita aquí con gran fuerza y rapidez, de modo que ningun bote puede avanzar contra ella; áun siguiendo su direccion es algo difícil, si no peligroso, franquear la parte que hay debajo del puente, porque las aguas saltan y chocan entre sí á través de los arcos, amenazando el bote, que se desliza con la mayor rapidez posible para ganar la tranquila superficie del lago Central.

Cerca de aquí una montaña de aspecto salvaje, con un desfiladero que tiene salida al lago Inferior por la parte de Killarney, escabroso, profundo y lóbrego, contrasta singularmente con las bellezas que se han admirado ántes; á cada lado elévanse enormes rocas salientes que parecen suspendidas sobre el estrecho paso, tanto que apénas se puede desechar toda inquietud al contemplarlas, pues creeríase, sobre todo cuando el viento sopla con fuerza, que se van á derrumbar sobre la cabeza del viajero. En medio de estas rocas, y como para atenuar su salvaje aspecto, crecen á duras penas algunos arbolillos y matorrales y otras mezquinas plantas. Un arroyo de rápida corriente, el Loe, atraviesa el valle que se halla despues, y al

que se ha dado el nombre de Boquete de Dunloe. A lo largo de este serpentea el camino, que en el punto llamado Turnpike queda cerrado en parte por rocas perpendiculares, de modo que apénas queda un angosto paso. Este desfiladero es uno de los más poéticos, y á la



*Killala*

vez de los más salvajes que pudieran encontrarse en Irlanda, y de tal modo se recorta entre las montañas por ambos lados, que casi podria creerse lo que dice la leyenda popular, la cual atribuye el orígen de este desfiladero á los golpes descargados por un gigante con su enorme espada; las gigantescas moles desprendidas de la montaña, y que están diseminadas por el camino prestan cierto carácter más imponente al conjunto.

Hácia el oeste de este paso elévase la cordillera conocida con el nombre de «Cerros de

Macgillicuddy», las montañas más altas de Irlanda; una de ellas, la de Carran Tuel, elévase á 3410 piés sobre el nivel del mar; las conocidas con el nombre de «Cruacha dhu Gillicuddy», ó cerros negros de McGillicuddy, toman su nombre de los antiguos Sept de este nombre, que durante varios siglos fueron señores del distrito, y que á través de motines, perdones, confiscaciones y restauraciones conservaron sus dominios de la montaña. Vistos desde abajo, los cerros presentan un aspecto casi alpino, pues elévanse en conos sucesivos, cuyos contornos, sin embargo, se cortan en diversos puntos, formando numerosos picos agudos. Si nos detenemos en lo que se llama el Valle de Hag, con lo cual estaríamos en lo que sólo se puede considerar como la base de la montaña, aunque se halla á bastante altura sobre los lagos, nos encontraremos entre dos pequeños lagos de aspecto lúgubre, que se designan con el nombre de «baños de Hag». Sobre estos lagos elévase la montaña, casi perpendicularmente, presentando por un lado la compacta línea de los Cerros Negros, semejante á una barrera al parecer infranqueable, y por el otro el agudo pico de Carran Tuel. No es imposible escalar este, pero si difícil, y hasta peligroso, como lo indica el nombre de un paso que llaman «Paso de la Perdicion.» Pocos sitios habrá en los Alpes más difíciles de franquear, puesto que es preciso arrastrarse, cogiéndose á las largas matas que se hallan al paso, hasta llegar á la estrecha cordillera que conduce á la cima del Carran Tuel. Desde aquí se ha de recorrer todavía una distancia de mil piés para alcanzar la cumbre, pero la ascension es ya comparativamente fácil, y una vez llegado, el viajero olvida pronto los peligros y fatigas al contemplar el espléndido panorama que se ofrece á su vista. Hácia el oeste se extienden el Shannon y el Atlántico, y por el oeste y el sur, á lo largo de la línea de costas, Kenmare y Bentry. Todo cuanto se ve es grandioso y magnífico; las colinas, los valles, los rios y lagos brillan á la luz ó quedan oscurecidos por la sombra de las rocas y los bosques, constituyendo un panorama que no puede olvidar el que lo ve una vez.

## LA COSTA OESTE DE IRLANDA

Irlanda es rica en restos de edificios religiosos, abadías, monasterios é iglesias, porque en las primitivas edades de la cristiandad en el Oeste fué en realidad la «Isla de los Santos.» Sus escuelas de teología eran famosas; á ellas acudieron para instruirse hombres de Bretaña y del Continente, y de ellas salieron para enseñar y predicar la sana doctrina algunos cuyo recuerdo se conmemora todavía en Francia, Suiza y Alemania.

Ya hemos hablado en otro lugar de Glendalough y sus siete iglesias, número místico de templos que tambien se encuentra en otras localidades de Irlanda, como por ejemplo en Clonmacnoise, que así como los más de estos establecimientos, ocupa un lugar solitario y desolado, donde se recuerda ese espíritu de riguroso ascetismo que en otra época huia del mundo y de sus vanas pompas. La soledad de Glendalough es la de un valle retirado; la de Clonmacnoise es la de un desierto en medio de una region salvaje, en el cual se extiende el pantano de Allen como una interminable faja. Como lugar de retiro difícil seria encontrar un sitio más triste, melancólico y desolado que el espacio comprendido desde Athlone á Clonmacnoise, por las orillas del Shannon. Al rededor de un prado pantanoso el rio serpentea en

un semicírculo, y en su curva del sur hállanse las siete iglesias. Para ver mejor el grupo que forman, lo mejor es trepar por la verde colina que se eleva en la extremidad norte, semejante á un oasis en el desierto. Desde aquí divisará perfectamente las iglesias, las dos torres redondas y los bastiones del antiguo castillo de O'Melaghlin, convertidos en una ruina. El nombre Clonmacnoise (corrupcion de Cluan Mac Nois) significa «Retiro de los hijos de los nobles», porque allí eran enviados los hijos de los jefes de los distritos inmediatos para recibir su educacion; y aquí tambien se daba sepultura á muchos reyes y nobles.

La fundacion de la abadía por San Kieran data de mediados del siglo VI, y la localidad es tan rica en leyendas de su santo tutelar como Glendalough de San Kevin. Se recuerda que «Diarmides, hijo de Cirvail, rey de Irlanda, habiendo otorgado á San Kevin las localidades de Clonmacnoise é Innis Aingin, ó la Isla de Todos los Santos, juntamente con cien iglesias de Meath, Kevin cedió la de Clonard á su maestro, San Finian, y la isla á San Domnan, fundando para sí en Clonmacnoise, en 548, una abadía que más tarde llegó á ser un célebre monasterio.» En el inmenso cementerio, donde están situadas las más de las iglesias, vénse entre éstas numerosas tumbas y sepulcros antiguos y modernos, pues aún es un campo santo favorito, con epitafios en que se reconocen los más primitivos carácteres irlandeses, los cuales ofrecen un contraste singular cuando se comparan con los más modernos, romanos é italianos.

Los más curiosos é interesantes objetos que aquí pueden verse son tal vez las numerosas cruces antiguas, algunas de ellas del más exquisito trabajo, con inscripciones esculpidas; la más notable es la magnífica *Cros na Scrieptra*, ó «Cruz de la Escritura», contemporánea de la fundacion de la catedral: sencilla piedra de arenisca silícea, de trece piés de altura por cuatro y ocho pulgadas de punta á punta de brazo, y sobrecargada en todas partes de preciosas esculturas. Las de un lado se refieren evidentemente á la historia de la primitiva fundacion de la iglesia por San Kieran, y se comprende bien que son un recuerdo en su honor; las otras representan los principales acontecimientos de la vida del Salvador, el Juicio final y la Crucifixion.

La pequeña iglesia ú oratorio de San Kieran era verdaderamente un lugar de santidad: hace largo tiempo que las paredes se han derrumbado interiormente, de modo que todo está convertido ahora en un monton de ruinas, «que ofrecen un cuadro de desolacion sin grandiosidad.» Esta era la mayor de las iglesias, edificada, segun dicen, por un tal McDermot: entre sus ruinas aún se reconocen vestigios de la primitiva riqueza de su arquitectura en los delicados y preciosos adornos de la puerta del norte, con sus figuras de alto relieve.

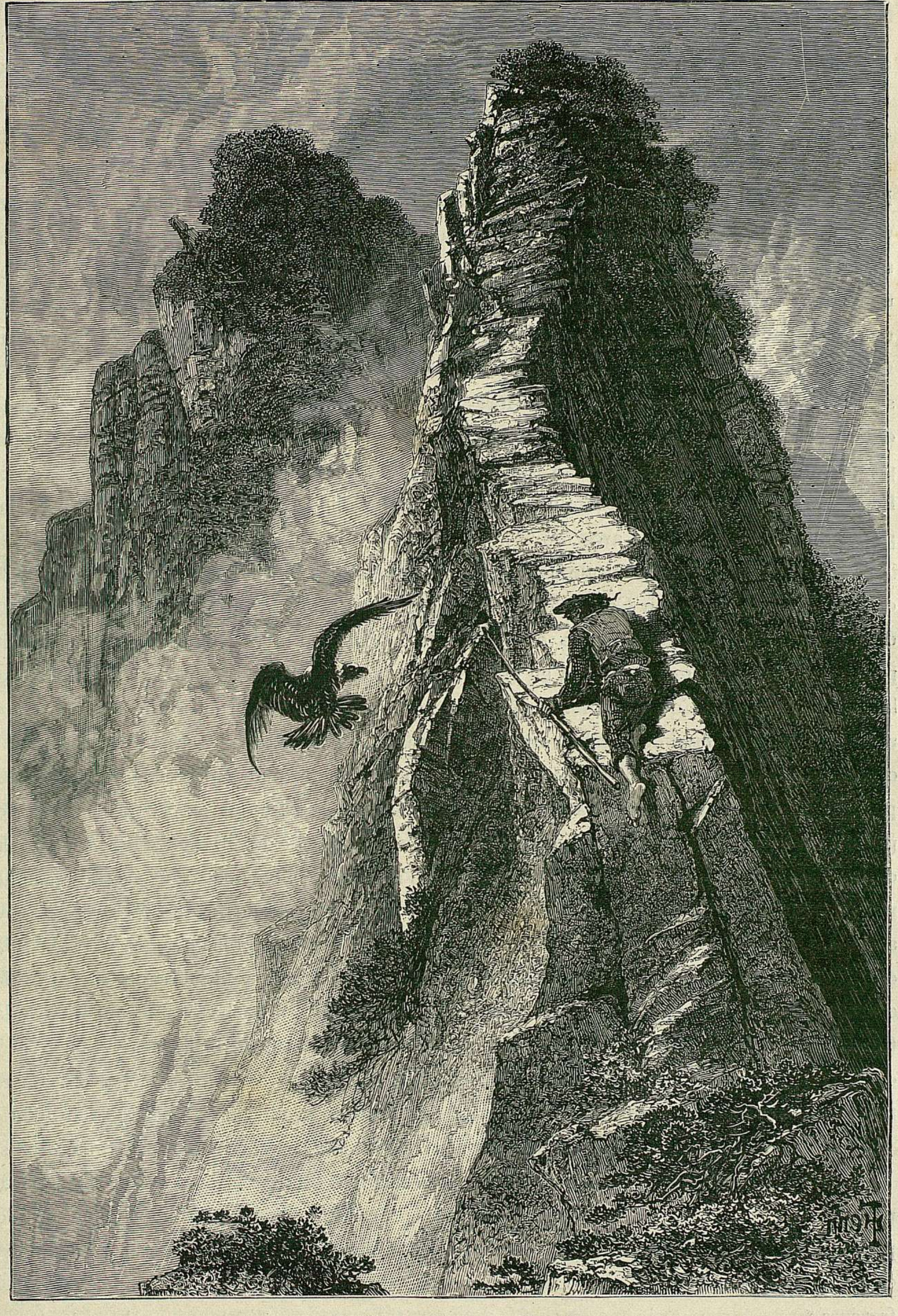
En la extremidad norte-occidental está la iglesia edificada por McCarthy More, con una pequeña torre redonda bien conservada; tiene cincuenta y cinco piés de altura, y en su cima presenta vistosos adornos formados por cortes en la piedra. En la inmediacion hay otra antigua iglesia, muy bien conservada, que aún es frecuentada por los fieles; y más allá de su cementerio se ve una tercera, cuya construccion habrá sido seguramente magnífica, si hemos de juzgar por lo que aún resta, un precioso arco que estaba junto á la nave, y el cual recuerda por su admirable ejecucion el período del más florido estilo gótico.

Sin embargo, lo que ántes llama la atencion en Clonmacnoise, y con justo motivo, es la hermosa torre redonda, construida, segun dicen, por O'Rourque, príncipe de Brefney. Los anticuarios se deshacen en elogios al hablar de esta construccion, y algunos dicen que es «la mas magnífica torre redonda que se conoce en la actualidad.» Si hemos de hablar francamente, debe confesarse que es una de esas construcciones erigidas como para excitar la envidia de las edades futuras; pero añadamos que la elevada posicion que ocupa contribuye mucho á producir mayor efecto, sin contar la magnificencia del paisaje que la rodea. Uno de los mas notables anticuarios que describió esta construccion decia: «Nada puede igualar el sorprendente efecto que produce esta sencilla torre, semejante á una columna, que se destaca en el horizonte, recortando sus perfiles en el sombrío fondo oscurecido por el pantano que se extiende al otro lado del Shannon, prolongándose en el espacio de varias millas, triste y melancólico como la imágen del dolor.»

La costa occidental del condado de Clare, desde las rocas de Moher hasta Loop, presenta un extenso y grandioso paisaje; á lo largo de la orilla prolóngase una serie de empinados declives, entre los cuales abundan las bahías, las grutas y las playas arenosas; enormes rocas negras surgen del Océano Atlántico, cuyas olas ruedan con irresistible ímpetu desde la costa de América hasta estrellarse en las pedregosas orillas, bañando los promontorios, espectáculo imponente, que siempre admirará el observador más escéptico. Las rocas, batidas continuamente por las aguas, han quedado minadas al fin en muchos sitios, formándose cavernas, ensanchadas en el trascurso de los siglos, y puentes naturales del más pintoresco conjunto, ó bien largos y profundos túneles, donde las olas se precipitan y estrellan furiosas, resolviéndose en blanquísima espuma: todo aquel que pase un solo dia en esta costa no olvidará jamás el grandioso espectáculo que se ofreció á su vista.

La pequeña ciudad de Kilkee, la iglesia ó celda de San Keagh, segun lo indica el nombre, devoto varon que residió, segun se asegura, en una celda situada en las inmediaciones del Anfiteatro, es un lugar favorito para los bañistas, miéntras que las bellezas de la costa atraen siempre á los viajeros aficionados. A decir verdad, mucho hay que ver aquí: un paseo de pocos minutos basta para llegar á una singular depresion en forma de anfiteatro, cortada en la roca, que por su estratificacion horizontal ofrece una extraña analogía con las gradas sucesivas de los anfiteatros romanos, viéndose al pié un arco de treinta piés de altura, semejante á una entrada, que conduce á una gruta magnífica de ochenta piés de longitud. Las que se encuentran, á lo largo de la costa, á unas dos millas de la ciudad, son en extremo interesantes; elévanse á bastante altura sobre el mar, cuyas olas se estrellan continuamente contra ellas, y afectan las más fantásticas formas, destacándose unas veces aisladamente, y enlazándose otras por fragmentos de roca. Una hay, sobre todo, que llama particularmente la atencion, porque figura un arco de estilo gótico, que conduce á una espaciosa capilla; y si el tiempo está tranquilo debe aconsejarse al viajero que penetre en el interior; el guia iluminará aquel oscuro antro, y entónces podrá ver en la húmeda bóveda brillantes estalactitas, y su voz despertará ecos que repercuten con el fragor del trueno.

Los puentes naturales que hay á lo largo de la costa deben visitarse tambien, aunque sólo



El « Paso de un hombre, » en Donegal

sea para ver hasta qué punto realzan este grandioso paisaje. Uno de ellos, elevándose á cien piés sobre el nivel del mar, es verdaderamente soberbio, y muy cerca hay otro que cruza un abismo de cuarenta piés de anchura; pero el más notable de todos se halla en Ross; sus arcos se componen de moles estratificadas, tan regulares al parecer como si se hubieran construido artificialmente. Algunos de los promontorios pedregosos están en extremo minados por las aguas del mar, y sólo se reconoce el peligro que se ha corrido inconscientemente al recorrerlos, cuando al llegar al pié se examinan con detencion. Entre estas cavidades naturales hay una que excita muy particularmente la admiracion de todos los viajeros: es una caverna que, abierta en la roca, tiene una profundidad de sesenta piés bajo su superficie, prolongándose á una considerable distancia; á mitad de su camino hay una grieta de treinta piés de anchura que, bien natural, ó formada por la accion de las aguas, atraviesa la roca en toda su longitud. Cuando con la marea sopla un viento fuerte del oeste, las olas al precipitarse en la cavidad saltan y producen una especie de surtidores, probablemente de tan grandioso efecto como los de los géiseres de Islandia; elevándose con sordo rumor á una altura de sesenta ú ochenta piés, los chorros parecen detenerse á cierta elevacion, y luégo descienden lentamente, cristalinos y brillantes, asemejándose á un rayo de luz que se ha resuelto en una lluvia de estrellas, presentando los colores del arco íris.

Los dos lagos principales que hay al sur del condado de Mayo, conocidos con los nombres de Lough Mask y Lough Corrib, están separados por un istmo de unas dos y media millas de anchura, que forma el camino entre los condados de Mayo y Galway. Las aguas del primero de dichos lagos penetran en el segundo á través de un paso subterráneo abierto en las rocas de caliza. Como la diferencia de nivel es considerable, la corriente de este rio es rápida, y tan pronto se la ve saltar entre montones de piedras como desaparecer en grietas y cavidades; despues se precipita desde cierta altura, perdiéndose al fin de vista, reapareciendo por una singular caverna situada á una milla al oeste de Cong, y que por el gran número de palomas que en otro tiempo acudian aquí recibió el nombre de *Pole na g-columb*, ó «Agujero de las Palomas». A la entrada hay muchos robles enanos, y se ve una larga serie de escalones naturales que corriéndose entre enormes moles de roca cubiertas de líquenes y de hiedra, cuya abundancia compite con la de los helechos y musgos que festonean las grietas, conduce á las entrañas de la tierra. En el interior todo es oscuridad y misterio, y el incesante rumor de las aguas no deja de ser imponente en aquellas profundidades. Un hacha basta para disipar las tinieblas en parte, pudiéndose ver entónces la bóveda cubierta de brillantes estalactitas, y debajo las oscuras aguas: un grito fuerte, ó un pistoletazo disparado en esta soledad despierta todos los ecos, que repercutidos por las cavernosas paredes producen un efecto extraordinario.

Cong (*Cunga*, «cuello») es una isla rodeada de numerosas corrientes. «El agua, dice sir William Wilde, tan distinguido arqueólogo como elegante escritor, sale aquí por todas partes para deslizarse hácia el ancho rio; brotando de las rocas inmediatas; agitándose en profundos pozos que alimentan varios molinos; corriendo entre las grietas de las piedras, y elevándose en el interior de las grutas, aparece y desaparece sin cesar, manteniendo la más agradable frescura.»

La pequeña ciudad tuvo en otro tiempo considerable importancia por haber sido la residencia de los reyes de Connaught; uno de ellos fundó la Abadía en el año 624, y asegúrase que San Fechin fué el primer abad. Residencia tambien de un obispo en otro tiempo, cuando aquel se trasladó á otro punto establecióse aquí el magnífico monasterio de los Agustinos, grandioso edificio que cuando llegó á su estado ruinoso fué reedificado merced á la piadosa munificencia de Sir B. L. Guinness. En 1198, y durante los quince años que precedieron á su muerte, residió aquí, en un tranquilo retiro, Roderico O'Connor, último rey de Irlanda. Las principales partes de esta magnífica ruina religiosa datan del siglo XII ó XIII y son de estilo normando; la puerta principal es la más hermosa muestra de su arquitectura; pero la gran gloria de Cong era su magnífica cruz procesional, conservada ahora en el Museo de la Real Academia irlandesa, y que puede considerarse como la más preciosa muestra del trabajo en metal de aquella época, muestra que admira por sus esmaltes y magníficos adornos. En todo el distrito abundan los recuerdos históricos y las bellezas naturales. «Bien se consideren, dice Bernardo Curke, su asombrosa fertilidad, los encantos de su paisaje, ó los recuerdos históricos que se asocian en particular con las llanuras, las colinas y las montañas, ofreciendo por lo mismo doble interés al viajero, esta localidad debe tener á los ojos del anticuario y del geólogo más valor que ningun otro punto del imperio Británico. Terrenos áridos y fértiles, delicadas bellezas naturales y desolacion, verdes valles y llanuras pedregosas, lagos y rios y majestuosas montañas, todo en revuelta confusion, constituyen un conjunto sin igual, y no parece sino que la naturaleza se ha complacido en producir aquí todas sus maravillas, con ilimitada variedad y admirables contrastes.»

El distrito de Galway, conocido con el nombre de Connemara ó «Bahías del Mar», es tan notable por el primitivo carácter de su pueblo, que conserva muchos de los usos y costumbres de los antiguos irlandeses, como por la salvaje belleza de sus solitarios lagos y valles y la imponente majestad de sus tierras altas. El lago de Kylemore, que tiene dos millas y media de longitud, es uno de los más hermosos, habiéndose edificado en una de sus extremidades una elegante morada con todas las apariencias de un castillo. El camino que costea el lago hasta Clifden debe ser recorrido con preferencia por el viajero amante de la naturaleza, porque así podrá cruzar por los más ricos valles de esta region, viendo sucesivamente la Montaña de Maam-Turc, la del Aguila y otras de bastante altura; despues se costea la base de los Doce Pinos de Binabola, con sus soberbias cimas, que tan pronto brillan á los rayos del sol como quedan ocultas por las nubes que sobre ellas se ciernen. Segun algunos inteligentes, los «Pinos» pueden considerarse como el más extraordinario y hermoso conjunto de montañas que puede encontrarse en todo el país; pero otros creen el aserto muy aventurado, y no se conforman con él. Sea como fuere, dicho grupo admira á los más de los viajeros, y á decir verdad, visto desde ciertos parajes es en realidad imponente y llama la atencion por la diversidad de formas que presenta. La montaña más alta, la de Bencorr, tiene una elevacion de dos mil trescientos treinta y seis piés, y las otras no son mucho más bajas. Pocos viajeros las escalan, lo cual es de sentir, porque desde sus cimas domínase un espléndido panorama. Un americano que visitó este distrito algunos años hace, dijo que no habia visto nada tan magnífico en Gales ni

en Escocia. Aunque la comparacion tenga algo de exagerada, no carece sin embargo de fundamento, y estamos seguros que no quedarán defraudadas las esperanzas del que viene á visitar esta region para recrearse en los atractivos de la naturaleza.

En toda la costa occidental de Irlanda hay pocas bahías que aventajen por su belleza á la de Clew en el condado de Mayo. En su extremidad por la parte de tierra, la ciudad de Westport ocupa la orilla sur-occidental, miéntras que en la del norte las aguas bañan la de Newport; vista desde aquel punto, la bahía es encantadora, sobre todo en una tarde de verano, cuando el sol, ocultándose más allá de la isla de Clare, ilumina otras muchas, reflejando sus últimos rayos sobre la extensa superficie líquida, y en las montañas cubiertas de flores de los más diversos matices, así como el majestuoso cerro llamado de Patricio, que parece surgir de las aguas de la bahía: en su base pueden verse aún las ruinas de la abadía de Murrisk.

Esta montaña, que se eleva á la altura de dos mil quinientos diez piés, tiene por cima un agudo pico que desde léjos parece confundirse con las nubes, y queda realmente oculto entre ellas no pocas veces; por lo mismo es una de las cosas más notables que hay aquí; y segun el lado por donde se le mire presenta distinta configuracion. Segun lo indica su nombre, está consagrada al gran santo tutelar de Irlanda, y por eso en determinadas estaciones del año acude siempre aquí una multitud de peregrinos y devotos que emprenden la ascension hasta la cima, deteniéndose en ciertos sitios para elevar sus oraciones. Aunque no sea para practicar este ejercicio religioso, bien vale la pena escalar esta montaña, empresa que nada tiene de formidable, pues desde su cima se ve perfectamente la bahía de Clew con todos sus magníficos alrededores. En toda la costa de Irlanda no se hallará tal vez una isla tan hermosa como la de Clare, aunque no se cuentan muchas que merecen este calificativo; vista desde Westport, es decir, á una distancia de diez y siete millas, sus contornos son encantadores; tiene más de cuatro millas de longitud, y su anchura no pasa de una y media; por el sudeste se inclina suavemente hácia el mar, miéntras que por el nordeste el empinado declive pedregoso de Knockmore elévase casi en línea perpendicular á una altura de mil quinientos veinte piés sobre el nivel de las aguas. Desde la cima de esta eminencia domínase una serie de montañas que presentan los más varios contornos; miéntras que por otro lado se pueden ver las bonitas islas de Cahir é Inisturk y el inmenso Océano, que completa el conjunto. Por la parte oriental penétrase en la isla franqueando un pequeño puerto, en el que la primera cosa que llama la atencion del viajero es una torre cuadrada, resto único del castillo de la célebre Gracia O'Maille, mejor conocida por su nombre irlandés de Grana Uiale. La hija de O'Maille, uno de los grandes jefes del distrito, se encargó de reemplazarle despues de su muerte, y á pesar de las reclamaciones de su hermano, gobernó con un valor y energía á toda prueba, condiciones propias para satisfacer las piráticas y belicosas tendencias de su familia.

Otra de las bahías de Mayo, la de Killala, situada en la extremidad nordeste del condado, tiene cierto interés histórico. En 1798 presentóse aquí el general Humbert con tres fragatas é hizo un desembarco en la pequeña ciudad de Killala, cuya guarnicion huyó despues de oponer una inútil resistencia, dejando á las tropas francesas avanzar hasta Ballina y Castlebar, donde fueron rechazadas por Lord Cornwallis, y derrotadas, por último, en la batalla de




*Vistas de Howth*

Killala. La ciudad de este nombre (Kill Aladh) está situada en la orilla oeste del rio Moy, y fué en lo antiguo sede de un obispado, que San Patricio fundó aquí. Está encajonada entre verdes colinas, que alternan con ricos pastos y praderas, y cuando se recorre su calle principal vénse á intervalos espacios de la bahía, y alguna de esas graciosas torres redondas tan comunes en Irlanda. La catedral tiene muy poco atractivo por su arquitectura, pero es venerable por su remota antigüedad. Lo más notable de las inmediaciones son las dos abadías situadas en el camino que conduce á Ballina por las orillas del rio Moy: la de Rosekirk, aunque sus techos se han derrumbado, ostenta todavía su hermosa torre cuadrada, por la cual puede juzgarse muy bien cuál seria la belleza del edificio en sus buenos tiempos: en cuanto á su posicion, es deliciosamente poética.

La Abadía de Moyne está situada cerca de las orillas de la bahía de Killala, á unas dos millas al sudeste de la ciudad: los buenos monjes que la habitaban antiguamente tenian fama de ser unos santos varones y hombres de mérito; nos limitaremos á creerlo así porque lo dice la crónica; pero lo que se puede asegurar es que se distinguian por su sábia eleccion de los sitios donde edificaban sus santos establecimientos. En este país, cuando se vean las paredes de un monasterio se puede asegurar, de cada diez veces nueve, que se llega á un terreno fértil y rico y á un sitio pintoresco, donde se pueden buscar las buenas cosas de la tierra y las mejores del cielo. Esta abadía de Moyne, que no es una excepcion por tal concepto, está situada en una verdosa pendiente que se prolonga hasta las orillas del agua en medio de un paisaje esencialmente pastoril. Un cristalino arroyuelo que se desliza á través de los campos desaparece debajo del terreno ocupado por la abadía, alimenta un pozo de agua muy pura y corre hasta verterse en la bahía. Esta última, protegida contra todos los vientos, forma un puerto muy seguro para los botes y lanchas; de modo, que los antiguos monjes podian desembarcar aquí sin temor los productos de las diversas granjas que poseian á lo largo de las orillas del Moy y de la costa. «Muy cómoda y agradable, dice Sir O'Trigger, debió ser esta abadía, no para los muertos, sino para los vivos, cuando la habitaban los santos émulos de San Francisco. Rodeada de fértiles parques, inmediata á una risueña bahía, y en medio de un delicioso paisaje, habrá sido un noble establecimiento religioso cuando la paz reinaba dentro de sus muros y los buenos hermanos podian entregarse tranquilamente á la contemplacion en los solitarios claustros.»

La Abadía fué fundada en 1460 por Mc William Bourke, que estableció allí la órden de los Franciscanos, quienes gozaron largo tiempo de una gran reputacion de santidad, sin despreciar las riquezas de este mundo, y respetados del pueblo. Aunque el edificio está reducido á ruinas, estas se conservan bastante bien, gracias á la solidez de la construccion; de modo que sus grandes chimeneas cubiertas de hiedra, su alta y esbelta torre, y algunos de sus arcos revestidos de musgo constituyen para la ruinosa abadía de Moyne un conjunto con el cual podrán rivalizar muy pocos en cuanto á pintoresca belleza.

Se entra en la abadía cruzando por la nave, de entre cuyos arcos surge la torre cuadrada, que tiene noventa piés de altura y es notable por su ligera y elegante construccion. Como la abadía se edificó en un terreno bajo, era necesario que aquella tuviese mucha elevacion, para

que se pudiese dominar un gran espacio desde la parte superior. Cuando se va hácia el coro se ve el confesonario, que es bastante pequeño, construido con piedras perfectamente unidas y provisto de un agujero á cada lado, para que los penitentes dieran cuenta de sus pecados al oído del confesor. Una larga escalera conduce á la cima de la torre, y como no es peligroso ni difícil subir por ella, no se debe dejar de hacerlo, si se quiere contemplar un magnífico punto de vista, pues abárcase con la mirada una gran extension de los alrededores, los verdes pastos, las colinas de blanca arena que se prolongan á lo largo de la bahía, y en último término la isleta de Bartagh.

Si el condado de Donegal no se distingue por tener sitios deliciosos y bellos paisajes, como el de Wicklow, ni tampoco la civilizacion y cultura de Dublin, en cambio aventaja á los dos por la majestad de sus montañas y el aspecto salvaje de su costa brava. En la orilla sud-occidental del mar, donde las olas del Atlántico penetran en la bahía de Donegal, el paisaje de la montaña es sublime, mas por la parte de tierra no se puede apreciar bien la grandiosidad de la alta cordillera que se extiende desde Carrigan Head á Slieve League. Carrigan Head, que termina la extremidad sur, es un magnífico promontorio que surge como un muro fuera del mar, elevándose á la altura de setecientos cuarenta y cinco piés; desde aquí la cordillera sube gradualmente en el espacio de dos y media millas, hasta que alcanza su mayor altitud, de cerca de dos mil piés, en la cima del Slieve League. Vista desde el mar, esta mole es enorme; elévase sobre las aguas como el muro de un precipicio sobre una soberbia escarpadura, que parece casi perpendicular. Escalar esta montaña por la parte del mar es una empresa, si no peligrosa, por lo ménos muy arriesgada, pues la subida por tierra se aproxima de tal manera á la de aquel lado, que el paso se estrecha mucho, presentando una rápida pendiente, y apénas queda bastante sitio para el trepador; una gran parte del paso de la roca apénas tiene dos piés de anchura, y por eso se la ha llamado «El Paso de un Hombre.» El que no tenga la cabeza y el pié muy seguros no debe aventurarse por semejante camino, tanto más cuanto que es mucho ménos peligroso subir por la parte de tierra, camino preferido por casi todos los que quieren escalar la montaña. Súbase como se quiera, el que consigue llegar á la cima del Slieve League no sentirá haberse cansado un poco, pues harto compensados quedarán sus esfuerzos por la contemplacion del espléndido panorama que se ofrecerá á su vista: desde las costas de Mayo y Sligo, por la parte del sur, se divisan los grupos de montañas que se extienden por el norte hasta perderse de vista, semejantes á enormes olas de un agitado mar, y si el tiempo está sereno, se distinguen perfectamente los diversos colores del paisaje, verde, ámbar, amarillo, blanco, rojo y gris, que heridos por los rayos del sol, contrastan admirablemente con el azulado tinte de las aguas. Por la parte norte-occidental se ven numerosos picos inaccesibles y rocas de fantásticas formas, entre las cuales puede considerarse como la más notable la conocida con el nombre de Roca de Stirral ó de Bent.

El condado de Antrim presenta una gran parte de costa al mar del Norte y al Canal Irlandés; sus caractéres más distinguidos son sus altísimas montañas, que se corren á lo largo de la orilla del mar, dejando ver en sus profundas cortaduras los diversos estratos de que se componen, la caliza y el basalto; este último predomina y es en extremo interesante por la

extraordinaria irregularidad que presenta desde los límites de Londonderry, en el oeste, hasta Fairhead en el este. Si se sigue este camino desde Portrush, en la direccion sur, se cruza por un inmenso estrato de caliza blanca, de unos doscientos piés de espesor, que se halla á considerable altura sobre el nivel del mar; se ha designado con el nombre de Rocas Blancas y constituye uno de los más bellos é interesantes puntos de vista de la costa. La configuracion que han tomado gradualmente estas rocas, tanto por las influencias naturales como por la accion de las olas del océano, es muy difícil de describir: en algunos puntos, las aguas han socavado la tierra, formando como una especie de gigantescos conejares, mezclados con pintorescas grutas, entre las cuales la más notable es la conocida con el nombre de «Caverna del Sacerdote», nombre que recibió por el hecho de haberse refugiado allí un sacerdote que despues de estallar la rebelion de 1798 prefirió un dia arrojarse de cabeza al mar á dejarse coger por los que iban á prenderle. Desde este punto la vista de la costa es magnífica, sobre todo cuando se llega á la inmediacion del castillo de Dunluce, descrito por Willis como la ruina más pintoresca que ha visto en toda su vida. Este elogio podria parecer casi extravagante en boca de un hombre que ha visitado las antiguas construcciones que coronan las colinas á lo largo del Rhin y de otros rios de Alemania; y sin embargo, si tenemos en cuenta la solidez del conjunto, su ventajosa posicion dominante, la majestad de las rocas en que se eleva el edificio, y los demás accesorios de agua y tierra, el castillo de Dunluce es una muestra de grandeza caballeresca digna de competir con las más notables. Este castillo, que á cierta distancia no se ve, aparécese de pronto á los ojos del viajero como un fantasma salido de la tierra; y sin embargo, hállase en la cima de una roca, á unos cien piés sobre el nivel del mar, estando ocupada su extensa área con varias construcciones de gran solidez, torres redondas que se destacan sobre las rocas, bastiones y chimeneas, que contribuyen mucho á formar un conjunto más pintoresco é imponente. Un grueso muro une la base de la roca del castillo con el continente, y aún se conserva el arco sobre el cual se bajaba el puente levadizo. «Véase, dice Otway, cómo está perforado este muro, y cómo sin ningun apoyo desde abajo, se conserva pendiente allí, desafiando las tempestades y la accion del tiempo, sin necesitar para sostenerse más que su duro cimiento; tiene unas diez y ocho pulgadas de anchura, precisamente lo necesario para el paso de un hombre, mas no se tema franquearlo.» Otway lo cruzó, y tambien algun otro, pero muchos no quieren aventurarse, y seguramente no les falta razon para ello.

Una fortaleza tal como la de Dunluce no podia ménos de tener su historia, y efectivamente ha sido teatro de dramáticos acontecimientos. No sabemos con certeza quién erigió el castillo ni cuándo, aunque hay quien atribuye su construccion á un individuo de la familia de los Courcys, en el siglo XII; pero sea como fuere, en el año 1580 le vemos en posesion de los McQuillans, de cuyas manos pasó á poder de la familia escocesa de los McDonalds, cuyos descendientes, los condes de Antrim, le conservan aún.

Avanzando en la direccion este, el viajero encontrará una magnífica gruta, la de Portcoon, que tiene cuarenta y cinco piés de altura y penetra en la roca hasta la profundidad de trescientos cincuenta: se puede penetrar en ella así por la parte de mar como por la de tierra, y bien

vale la pena de visitarla, pudiéndose decir lo mismo de la gruta de Dunkerry, más magnífica si cabe, y que tiene setecientos piés de longitud por sesenta de elevacion. Despues de ver estas dos grutas, y siguiendo siempre la misma línea, llégase á la Calzada de los Gigantes; pero el viajero que espera ver alguna gran cosa queda chasqueado al acercarse á este sitio, al que algunos atribuyen tanta celebridad; la Calzada de los Gigantes engaña por su nombre, pues poco tiene de grandioso y extraordinario por sus proporciones. Donde se observan estas cualidades en alto grado es en los pilares basálticos de la ista de Staffa, y en el espacio de muchas millas más allá, pues hay una serie de precipicios perpendiculares formados por columnas de basalto dispuestas en líneas paralelas que bordean esta costa hasta Fair Head, elevándose á la altura de doscientos cincuenta piés, y que no tienen rival por su magnificencia en ningun país del mundo. ¿Porqué, pues, ha llegado á ser la Calzada tan particularmente famosa, conservando aún su reputacion? Se puede atribuir á dos hechos: primeramente porque fué el grupo de esas formaciones que ántes llamaron la atencion de los viajeros y geólogos, habiéndolas descrito el Dr. Hamilton, en 1784, en sus «cartas referentes á la costa de Antrim»; y en segundo lugar porque es el más perfecto grupo de esas formaciones descubierto hasta aquí. La Calzada tiene todo el aspecto de un muelle, con un pavimento gigantesco que se proyecta desde la base de un empinado promontorio, avanzando unos cien piés en el mar, y formado por pilares de basalto truncados y perpendiculares que se tocan entre sí, presentando una especie de pavimento poligonal. Los pilares son prismas irregulares de tres ó de seis lados, pero estos últimos son doblemente numerosos; cada uno se puede separar por varias junturas, cuya articulacion es maravillosamente limpia y compacta; los lados de cada columna son desiguales entre sí, pero los contiguos de las adyacentes tienen siempre las mismas dimensiones, de modo que se tocan en todas sus partes. Aunque los ángulos son de diversas magnitudes, la suma de los contiguos de los pilares adyacentes basta siempre para formar cuatro ángulos rectos, de modo que no quedan espacios vacíos. Cuando se examinan y comprenden todas estas sorprendentes adaptaciones, despiértase un sentimiento de admiracion y asombro que puede hacer olvidar la falta de lo grandioso ó de lo gigantesco, indicado por el nombre de la Calzada. Bajo cierto punto de vista, sin embargo, el calificativo no es del todo impropio, como no lo es tampoco la tradicion, la cual atribuye esta obra al célebre guerrero histórico Finn McCoul, engrandecido, como otros muchos héroes, con grotescas proporciones cuando se le ve á través de las nieblas de la antigüedad.

La leyenda dice que Finn hizo construir la calzada para tener un camino desde su propio país hasta la vecina costa de Escocia, á fin de que pudiesen ir y venir los gigantes de ambos países. Cuando la raza desapareció á la más clara luz de la verdadera historia, la Calzada dejó de ser una inútil ficcion, y entónces se dijo que se habia hundido en parte, quedando solo las extremidades en Staffa y Antrim sobre las aguas. La obra tiene tres divisiones que se designan con los nombres de Gran Calzada, Pequeña Calzada y Calzada Central. Un distinguido viajero compara el todo con una montaña de piedras diseminadas, «de restos grandiosos de vastos pórticos arrojados desde una gran altura al mar.» Los pilares rectos y regulares que se ven al frente de la roca podrian hacer creer que hay alguna ciudad destruida

y sepultada detrás de ellos. La Gran Calzada se compone de muchos centenares de miles de columnas, y para acercarse á ella, en la parte sur, se pasa por la Puerta del Gigante, que parece una serie de escalones. A decir verdad, todos los objetos que hay en la inmediacion de lo que se llama propiamente la Calzada se relacionan con los gigantes: aquí se ve el Organo del Gigante sobre una columnata de magníficos pilares de ciento veinte piés de altura, muy semejantes á los cañones de un órgano; despues se llega al Púlpito del Gigante, á la Alameda del Gigante, que segun Kohl, «es el anfiteatro más hermoso del mundo.» Este elogio es bien merecido, porque al ver esta obra natural, casi se podria creer que es un producto del arte. En todos los puntos de este singular distrito las rocas presentan extrañas configuraciones que ofrecen semejanzas con objetos artificiales: así, por ejemplo, cerca de Port na Spania hay un notable grupo de tres pilares que, situado en una roca aislada, elévase á una considerable altura, alcanzando el más elevado la de cuarenta y cinco piés. Este grupo es conocido con el nombre de «Puntas de Chimenea», y asegúrase que en la oscuridad de la noche uno de los buques de la armada, tomándolas por las chimeneas del castillo de Dunluce, las disparó varios cañonazos. Si el tiempo lo permite y se quiere ver bien todo esto, lo mejor es bordear la costa en un bote y trepar por las rocas. Este paseo en la direccion este, desde la Calzada, conduce al viajero á Pleaskin, donde los magníficos promontorios presentan un conjunto tan grandioso, que pronto se olvida la Calzada. El más notable es el de Pleaskin, que distinguiéndose por la variedad de sus estratificaciones, alcanza una altura de cerca de cuatrocientos piés hasta su cima, coronada de plantas de diversos matices.

Si se avanza más hácia el este á lo largo de la costa, pasando por delante de las ruinas del castillo de Dunseverick, asentado en la cima de una enorme roca basáltica que se proyecta aisladamente de un promontorio, se llegará á Carrik-a-Rede, «Carrig-a-Ramaath», la «Roca del Camino», inmensa y escabrosa mole de basalto, de contornos sumamente irregulares, que se eleva á ochenta piés sobre el mar. Un abismo de sesenta piés de profundidad la aisla de la orilla del continente, donde es accesible por un puente de cuerdas: peligroso y vacilante paso es este para todo aquel que se aventura á franquearle; y sin embargo, los campesinos y pescadores le cruzan sin temor y sin sufrir percance alguno, durante la temporada en que se hace la pesca del salmon, pues en invierno le retiran.

A lo largo de toda esta costa, el mar se ha abierto camino entre las rocas, dejando á su paso profundas grietas que separan aquellas; una de las más extrañas es la que se ve al oeste de Fair Head, conocida con el nombre de «Paso del Salmon:» es un profundo abismo cuyo solo aspecto infunde espanto y horror, y que divide el promontorio por una cortadura de doscientos piés; por el lado de este abismo hay un paso que no deja de ser peligroso, por el cual podrá llegar á la base de la roca el que tenga valor para aventurarse en él. Uno de los macizos pilares de basalto que se rompieron á considerable altura del mar, en edades demasiado remotas para que lo recuerden la memoria ó la tradicion, cayó de través, y allí permanece, sostenido por tan frágil apoyo, que debe inspirar temor á todo el que lo mira, pues parece á punto de despeñarse; visto desde abajo, el conjunto se asemeja al enorme dintel de una puerta gigantesca.

A poca distancia de este sitio se verá el más grandioso de todos los promontorios de Autrim Benmore ó Fair Head, que en un punto alcanza la altura de seiscientos treinta y seis piés sobre el nivel del mar, del cual surge casi perpendicularmente. Este promontorio está formado por cierto número de colosales pilares de basalto, de figura casi semejante, y muchos de ellos aventajan en tamaño á los que se ven cerca de la Calzada; el más grande es un prisma cuadrangular de más de doscientos piés de longitud y treinta y seis en los lados. Es preciso situarse en la cima de uno de estos pilares para apreciar su inmensidad que helará de espanto á todo aquel que tenga valor para mirar hácia abajo en direccion al mar. De todos modos no debe dejarse de subir á este punto culminante, tanto más cuanto que el ascenso por la parte de tierra no es difícil, consistiendo en una suave pendiente que á través de ricos pastos conduce á una fértil meseta. Desde el mar, el aspecto es tambien magnífico, asemejándose los grupos de columnas desunidas á los restos de una ciudad ruinosa.

La bahía de Dublin figura entre las más hermosas bahías del mundo; á menudo se la compara con las de Nápoles y Navarino, y á decir verdad tiene muchos de los encantos de estas, por más que le falten los accesorios del clima y del cielo y el intenso color azul de sus aguas. Sin establecer comparaciones, cualquiera que cruce sus orillas desde el promontorio de Howth hasta Bray Head, ó las recorra al entrar en Irlanda ó al salir de este país, debe reconocer que su celebridad no es inmerecida. En su extremidad norte, una península baja se prolonga en el espacio de cerca de dos millas, hasta que se eleva gradualmente terminando en la colina de Howth, que alcanza una altura de quinientos sesenta y tres piés sobre el nivel del mar, en el cual se sumerge trazando graciosos contornos. Se compone esencialmente de cuarzo, que abunda mucho en este suelo y nutre escasamente las plantas que aquí predominan; miéntras que la parte mas baja de la colina, sobre todo á lo largo de su parte oriental, tiene tierra muy propia para el cultivo. El mayor encanto que ofrece, consiste en la variedad de los tintes de la vegetacion y en la abundancia de esta, que rodea las preciosas quintas diseminadas á lo largo de la base y en los lados. La ciudad, que ocupa un reducido espacio á lo largo de la parte occidental de la colina, no llamará seguramente la atencion del viajero, como no sea por las ruinas de la antigua abadía, situada en el centro, y que tanto tiene de iglesia como de castillo. Dedicada á la Santa Vírgen, data de 1235, y tiene algunas tumbas muy bien esculpidas. El castillo ocupa la parte norte de la colina, cerca de la ciudad, y fué edificado en el siglo XII por Sir Armony Tristram, antecesor de la noble familia de Howth, en cuya posesion ha estado constantemente desde entónces. En otras varias épocas se ensanchó el edificio, particularmente en el siglo XVI. Para llegar aquí debe franquearse una serie de escalones que conducen á un terrado, y despues á un patio que se extiende á lo largo de todo el edificio. La estructura es en su conjunto imponente, pues hay una larga serie de almenas flanqueada en cada extremidad por una torre cuadrada. Con el castillo se asocian no pocos recuerdos históricos. Gracia O'Malley, de quien ya hemos hablado, llegó aquí una vez para pedir hospitalidad al conde cuando desembarcó en Howth despues de su visita á la corte de Isabel, y habiéndosela negado, tomó una venganza singular, apoderándose del jóven heredero, el cual se llevó consigo, reteniéndole hasta que su padre prometió no cerrar nunca las puertas del castillo á la hora de comer.

No abandonaremos las costas de Irlanda sin visitar Kingstown y sus alrededores. La ciudad ha llegado á ser una de las más populares y ricas del reino, lo cual se debe atribuir principalmente á su hermoso puerto y su estacion. Toda la orilla sur de la bahía de Dublin es una sucesion de magníficos paisajes: Merrion, Booterstown, Blackrock, Dalkey, Killiney y Ballybrack, con sus preciosas quintas situadas junto al mar ó en la falda de las colinas, forman una extensa línea que termina en la ciudad de Bray.

Y hé aquí cómo despues de atravesar esa hermosa Irlanda, á la que los poetas llaman la Verde Erin, damos vista otra vez al condado de Wicklow, el punto de partida. Nuestro objeto no era visitar todas las localidades notables de la pintoresca isla, ni ménos trazar un itinerario; nos proponíamos elegir los principales puntos de vista, así naturales como artísticos, para ilustrar los diversos paisajes en su belleza ó escabrosidad; los terrenos ricos y los estériles; lo grandioso y lo desolado; las montañas y los valles; los lagos y las bahías; los deliciosos paisajes del interior y las salvajes costas bañadas por el Océano. Queríamos ver de cerca sus edificios religiosos, sus fortalezas ó castillos ruinosos; deseábamos dar á conocer algo de su geología, de su historia y de sus antigüedades. Satisfechos quedaremos si lo hemos conseguido, demostrando que Irlanda merece ocupar un puesto no poco importante en la EUROPA PINTORESCA.

## LA COSTA SUR DE INGLATERRA

### I

#### DESDE MARGATE A PORTSMOUTH

LA costa sur de Inglaterra merece preferentemente la atencion de los turistas, no sólo por su conjunto pintoresco, sino porque comprende muchos sitios que ofrecen el mayor interés, así en cuanto á sus bellezas naturales como bajo el punto de vista histórico. Vamos, pues, á recorrerla en su mayor extension, primeramente desde Margate á Portsmouth, y luégo en el espacio comprendido desde este último punto á Lizard, con lo cual podremos formar una idea exacta de lo que es esa magnífica costa, tan rica en localidades que tienen los mayores atractivos para todos los viajeros, como lo indica el hecho de ser visitadas continuamente.

Margate sigue siendo lo que era hace muchos años: la *Porta Maris* ó *portus Salutis;* alcanzó ya desde un principio bastante popularidad, y ahora se considera como una de las localidades más divertidas de Inglaterra. Sin embargo, como «puerta del mar,» este puerto no podrá esperar nunca recobrar la gloria de aquellos tiempos en que el Duque de Marlborough eligió este lugar como punto de partida de sus grandes expediciones, aunque por las suaves y saludables brisas que allí se aspiran continuamente, así como por no existir allí insalubres pantanos, Margate se puede titular con justa razon el *portus salutis* en toda esta línea de costas.

Fuera de esto, si hemos de ser exactos, Margate ofrece muy pocos atractivos; de modo que los que van en busca de lo pintoresco, despues de ver la antigua iglesia normanda de San Juan y las reliquias que contiene, irán á recorrer los campos y observar los paisajes, que

por lo encantadores han hecho célebre esta parte de Kent. La ciudad está protegida por las colinas, que la rodean casi del todo; la antigua torre cuadrada de la iglesia, cuya espira es muy baja, apénas se eleva sobre un grupo de árboles, y más allá la línea de costas queda cortada por los tejados de las casas de Westgate; miéntras que á lo léjos, semejante á una isla surgiendo del mar, divísase Kent del Norte. Por la parte de tierra, extensos campos de trigo limitan el paisaje que la vista alcanza; y al este, el mar brilla iluminado por los rayos del sol, viéndose en la superficie las blancas velas de algunos buques mercantes ó de las embarcaciones de recreo. Podrá parecer extraño, pero nunca nos ha producido impresion el aspecto de las rocas de caliza á que debe Inglaterra su nombre de Albion. Su misma blancura destruye toda la venerable sublimidad de esas antiguas rocas de color gris que bordean los cabos de granito de Cornwall ó se elevan sobre los mares de Irlanda, y que tan maravilloso efecto producen. Esas rocas de caliza parecen siempre tan modernas y se redondean con tal regularidad, que apénas se puede creer sean las mismas que César contempló desde el límite de la Galia conquistada, creyendo ver otro mundo que podria cruzar con sus águilas victoriosas.


*San Pedro en Broadstairs*

Aquel que ha visto representada esta costa en los cuadros y paisajes de los mejores artistas podrá perder algunas de sus ilusiones si la recorre de dia; mas si lo hace cuando las primeras sombras del crepúsculo se extienden sobre todos los objetos, ó cuando la mística luz de la luna se refleja en la cima de las rocas ó en las aguas del mar, experimentará seguramente una impresion profunda ante el mágico conjunto que se ofrece á su vista.

En el Foreland del norte, el *Cantium* de Tolomeo, es probable que alguna luz haya servido de faro á los marineros desde la época de los romanos: la construccion de ahora data del siglo XVII, pero se ha modernizado mucho despues. A corta distancia de este punto se trabó en junio de 1666 el memorable combate naval de cuatro dias entre la escuadra inglesa, á las órdenes de Abercrombie, y los holandeses mandados por De Ruyter y De Witt.

Si nos internamos un poco en tierra, cruzando extensos campos de trigo, pronto veremos destacarse en medio de este cuadro de abundancia la antigua torre de San Pedro Broadstairs, cuya elevada cima se ve desde varias millas de distancia tanto por mar como por tierra; es digna sucesora, y probablemente más útil para los pilotos y pescadores, que aquella capilla

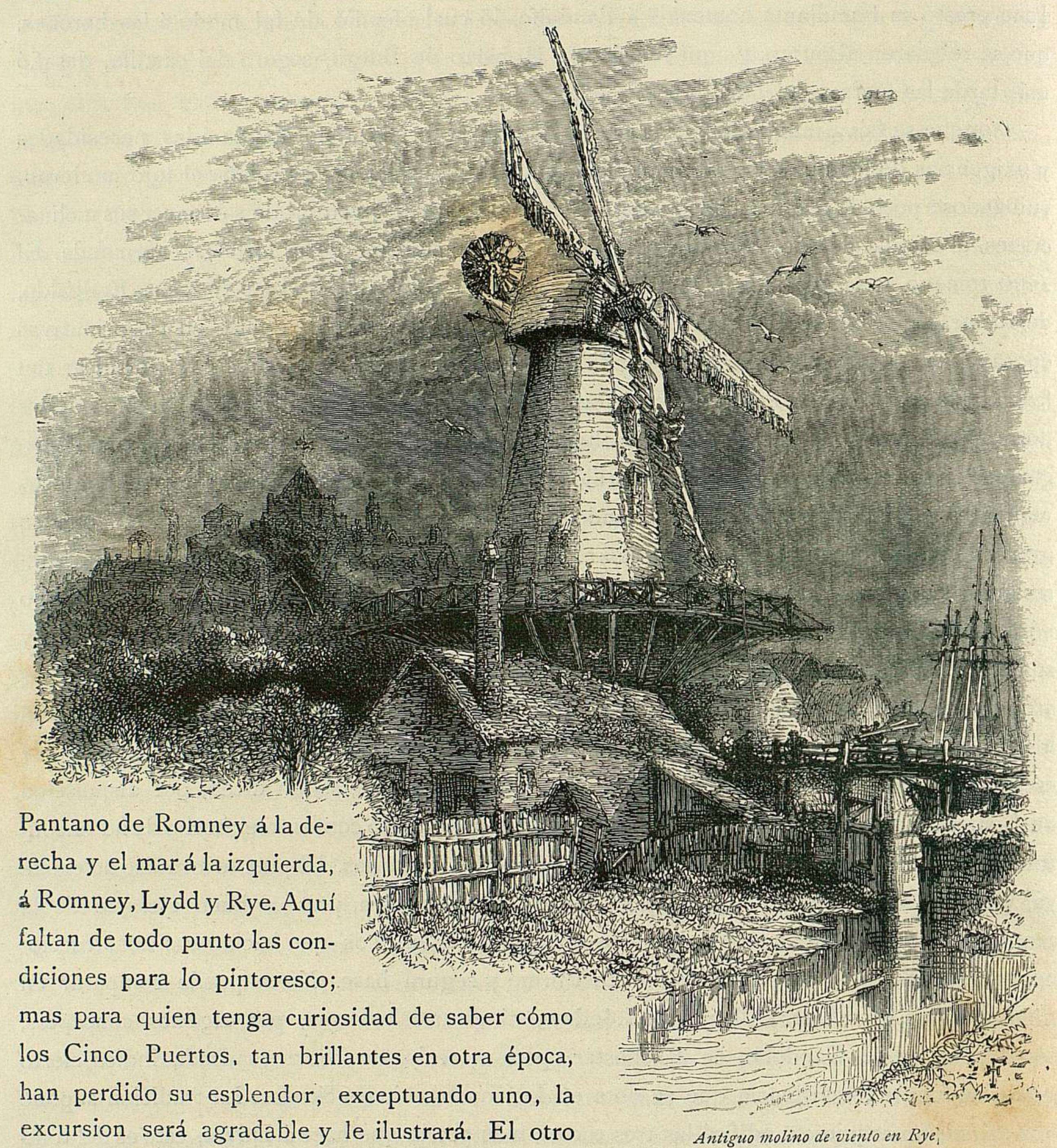
dedicada á Nuestra Señora de Broadstairs, «tan afamada, que los buques hacian siempre el saludo al pasar por delante.» La tranquila estacion de baños donde el célebre novelista Dickens pasó tantos dias de su juventud se halla debajo de la iglesia, en una especie de cavidad, cuya entrada por la parte del mar estaba defendida en remotas épocas por varias torres y puentes levadizos. Al salir de la ciudad, una alameda sombreada por castaños y olmos, que atraviesa varios campos de trigo, conduce á Ramsgate, que á pesar de su magnífica posicion no tiene nada de pintoresco, ni tampoco de interesante; pero á una milla de la ciudad, poco más ó ménos, hay una colina que se considera como sagrada, designándose con el nombre de «Terreno de Dios», donde reposan los restos de centenares de sajones. Cuando se está en la cumbre de esa colina, que es la de Osengall, el pensamiento se remonta involuntariamente á remotas épocas, al principio de la historia de Inglaterra; pero no bruscamente y sin transicion, como cuando se recorren los templos y palacios ruinosos de Herculano, sino deteniéndonos en cada peldaño de la escalera del Tiempo. A la ciudad llega en alas de la brisa el murmullo de la vida moderna; pero más léjos, por la parte del oeste, elevándose sobre una faja de verde espesura, cuyo color suaviza la distancia, se ven la gran torre cuadrada y los pináculos de Canterbury, los cuales nos recuerdan aquella legion de peregrinos que llegaban afamosos para orar sobre el sepulcro de Santo Tomás. Entre estos peregrinos contáronse hombres ilustres y por todos conceptos notables: el rey Enrique VIII, el emperador Cárlos, Sigismundo, emperador de Occidente; Emanuel de Este, Enrique V, despues de su victoria de Agincourt, Eduardo I, que ofreció la corona de oro de Escocia; Juan y su hermano Ricardo Corazon de Leon; y el gran Plantagenet, con su traje de penitente, fueron allí á doblar la rodilla. Donde se eleva la espira de la iglesia de Minster, entre añosos olmos, celebróse la entrevista de Etelredo y el primer misionero cristiano; y poco más léjos, junto á los pantanos que hay á la entrada de la bahía de Pegwell, en Ebeesfleet, hállase el sitio donde San Agustin desembarcó. El terreno alto, marcado ahora por una línea de árboles, era entónces un promontorio bañado por las olas. La sólida torre normanda de Sandwich, qne se halla más al sur, recuerda el desembarco de Ricardo Corazon de Leon, despues de su cautividad. Este puerto fué en otra época el más famoso de Inglaterra, y aún enel reinado de Eduardo IV sus aduanas producian anualmente nada menos que diez y siete mil libras (85,000 duros).

La ciudad de Dover presenta á los ojos del viajero su aspecto más favorable cuando se dirige á ella por este lado: por una parte, el poderoso castillo se destaca majestuosamente, con su fachada principal frente al turbulento mar, como desafiando á los enemigos de Inglaterra; por la otra la prolongada línea de rocas presenta una fresca alfombra de verdura; y al pié de la fortaleza agrúpanse las casas de la ciudad, tan bien vigilada en otro tiempo por los centinelas del antiguo castillo; detrás se extiende un bonito valle donde los caballeros celebraban brillantes torneos, y más allá elévanse los promontorios cuyas poderosas defensas burlaron la habilidad y perseverancia del mismo César. ¡Cuántas luchas, cuántos interesantes episodios se han presenciado desde esas alturas! En este puerto ó muy cerca, el célebre conquistador romano desembarcó, hace ya cerca de dos mil años, y centenares de descendientes de las legiones imperiales avanzaron por el gran camino que conduce á Lóndres, cuya línea

se podria indicar aún. Las hordas exterminadoras de los normandos llegaron aquí despues de la batalla de Hastings; en este puerto se embarcaron Ricardo I y sus caballeros para ir á la Tierra Santa; en la iglesia de los Templarios, convertida ahora en una ruina, dícese que Juan prestó su humillante homenaje á Pandolfo, lo cual ofendió de tal modo á los barones, que se rebelaron al punto; y aquí fué donde Huberto de Burgh, seguro del castillo, desafió más tarde las fuerzas del Delfin de Francia.

Aunque se haya intentado varias veces adaptar la fortaleza normanda á las necesidades y exigencias de los nuevos gobernadores, á quienes naturalmente agradaba el lujo moderno, cuidándose poco de sacrificar los recuerdos de mayor interés, con tal de satisfacer sus inclinaciones, el castillo de que hablamos es todavía un perfecto tipo de la fortaleza normanda. El *Faro* romano y la iglesia sajona, que segun dicen fué edificada por el rey de Kent, Eadbaldo, demuestran que la importancia del sitio fué apreciada ya en su justo valor en las primitivas épocas; pero nada existe ahora que pueda darnos á conocer si los trabajos para fortificar tan formidable posicion se emprendieron formalmente en gran escala ántes del tiempo de los normandos, aunque la línea de los atrincheramientos romanos se puede reconocer aún. A juzgar por la primera descripcion del castillo, los normandos tenian muchas torres para sus vigilantes centinelas, torres que rompiendo la línea del muro exterior, debian contribuir en gran manera á que fuese mas pintoresco el conjunto de aquella mole. El más curioso é interesante recuerdo que de aquel período se conserva es la *Torre Abrincis*, situada en el ángulo nordeste. El muro de diez piés de espesor, elévase á gran altura, hasta un punto donde hay comunicacion con una galería que se corre al rededor de la cortina; una plataforma para los arqueros circuye los cinco lados de la torre; y varias troneras para arrojar las flechas dominan los fosos en todas direcciones. La torre del Condestable, que guarda el recinto exterior sobre la escalera que conduce al castillo desde la ciudad, fué construida, segun dicen, por disposicion de Juan de Fiennes, el primer condestable normando, y así lo confirma el hecho de no encontrarse vestigio alguno de una época anterior á la de los Eduardos. El puente levadizo no existe ya, y el foso se ha cegado, pero la torre del vigía se conserva, y es un buen ejemplo de la arquitectura militar de aquellos vigorosos normandos primitivos, que hacian sus construcciones tan sólidas como sus leyes», sobre una firme y segura base. No se puede comparar en riqueza con la gran Torre Blanca de Lóndres, ni es tan hermosa, por algunos conceptos, como la Torre de Gandolfo, en Rochester, pero su robusta forma cuadrada indica cierto grado de fuerza y resistencia que se nota en las construcciones citadas. La tradicion supone que un mismo arquitecto edificó las tres torres, mas por lo que hace á Dover, esto es del todo erróneo. Más verosímil es la creencia de que la fundacion normanda fué dirigida por Enrique Plantagenet cuando vino aquí, en 1150. Si se observa el castillo desde el mar, el efecto que producen las grandes moles de mampostería elevándose en la cara de la roca, cortada por tenebrosas torres y coronada por las negruzcas paredes de la torre del vigía, cuya cima se halla á quinientos piés sobre el nivel del mar, es en realidad imponente; y no es difícil comprender el supersticioso temor de aquellos que al ver por vez primera aquel formidable castillo, pensaban que lo habrian construido sobre la roca los espíritus malignos.

Para trasladarse desde este punto de la costa de Kent á la de Sussex hay dos caminos; el uno pasa sobre las rocas en direccion á Folkestone, Hythe y Lymne, la antigua *Portus Lemanis*, conduciendo á lo largo de la muralla de Dymchurch, con su extensa planicie del



*Antiguo molino de viento en Rye*

Pantano de Romney á la derecha y el mar á la izquierda, á Romney, Lydd y Rye. Aquí faltan de todo punto las condiciones para lo pintoresco; mas para quien tenga curiosidad de saber cómo los Cinco Puertos, tan brillantes en otra época, han perdido su esplendor, exceptuando uno, la excursion será agradable y le ilustrará. El otro camino sigue la línea sud-oriental en direccion á Ashford, y se prolonga despues por la ramificacion de Hastings, flanqueando el gran pantano por la parte occidental hasta el valle de Rother y los puertos de Sussex.

Rye no es una ciudad ruinosa ni un mero recuerdo como algunas de sus vecinas, pero cuenta mucha antigüedad y tiene cierto aspecto flamenco. Encerrada entre las paredes de color gris de sus angostas, empinadas y tortuosas calles, con casas á cada lado, que probablemente cuentan ya dos ó tres siglos, el murmullo de la vida en el mundo exterior llega aquí

como el eco de una edad pasada. El ruido de los martillazos del constructor de buques; el monótono rumor de las aspas del molino que se halla junto al rio; y hasta el silbido de la locomotora apénas llegan al corazon de la ciudad, donde no se ven las señales de vida y movimiento que generalmente asociamos con la idea de un puerto inglés moderno. Sin embargo, la ciudad de Rye no ha dejado de tener importancia en la historia. Ya en el reinado de Juan se incorporó á los Cinco Puertos, contribuyendo en gran manera á mantener aquella flota que fué el gérmen de la marina británica. En todas las luchas sucesivas entre reyes y barones, la lealtad de los habitantes de Rye fué más cuestionable que su valor; y los rudos marineros, aunque lo fueran, no dejaban por eso de entender en política, como lo demuestra la humilde exposicion «á su más excelente y querido señor, y más ilustre rey de Inglaterra» que los barones enviaron á Enrique III cuando su triunfo estuvo asegurado. Rye sufrió tambien rudas pruebas, como las demás ciudades de la costa: los franceses la destrozaron varias veces, cuidando siempre de tomar su revancha de las expediciones de merodeo que emprendia con demasiada frecuencia la flota de los Cinco Puertos. En 1448, segun Stow, los franceses redujeron la ciudad á escombros, sin perdonar la iglesia, que era un precioso edificio. Por más que repita esto Jeake, el historiador de Cinco Puertos, cuyo relato sobre el ataque de los franceses en su época (1690) es por demás interesante y curioso, forzoso es confesar que ambos han incurrido en error, por no conocer bien la crónica eclesiástica. Aun existen considerables restos de la iglesia antes citada, así del período nor-



*La iglesia antigua de Winchelsea*

mando como del primitivo inglés. La nave y el coro tienen arcos normandos, y sobre el último, en el espesor de las paredes de los lados, se ve la desusada forma de un *triforium*, con arcos bajos y puntiagudos; y en la extremidad oriental, así como en el resto de la iglesia, se ven varios detalles propios de la construccion del siglo XV, que presentan evidentes vestigios de la influencia francesa. La torre central cuadrada está singularmente desfigurada por un enorme reloj, cuyo gran péndulo, oscilando entre los arcos de las torres, debia producir el efecto más extravagante que imaginarse pueda. La torre de Ipres, situada más allá de la iglesia, y de frente á lo que en otro tiempo fué mar y se halla convertido ahora en un pantano, á través del cual se desliza el rio; la Puerta de Strand; y una capilla que se supone perteneció á los frailes Carmelitas, son aparentemente las únicas reliquias que restan de la antigua Rye, salvadas de la destruccion á que Stow alude.

Winchelsea se halla de tal modo oculta entre sus altos árboles, que al acercarse el viajero por la parte de Rye debe pensar que sus ruinas han sufrido al fin la suerte de aquella más antigua Winchelsea cuyos castillos normandos é iglesias yacen sepultados en alguna parte debajo de los pantanos por donde el viajero atraviesa. El antiguo portalon que corona la colina, indica, sin embargo, la posicion de lo que podríamos llamar la presente ciudad, aunque, usando la frase de Welsey, «no es ya sino un pobre esqueleto.» Cerca de aquí, en la Puerta de Strand, fué donde Eduardo I estuvo á punto de perder la vida. Un dia, cuando paseaba á caballo sobre las murallas, que entónces se elevaban á gran altura sobre la puerta, espantóse su caballo y saltó sobre el parapeto hasta el camino, que á causa de las recientes lluvias tenia mucho barro; el cuadrúpedo resbaló en un trecho de doce piés, pero sin perder el equilibrio, y entónces el rey pudo encaminarse directamente á la puerta, por la cual entró ileso á través de la asombrada multitud, que le victoreó entusiasmada. Si el viajero se sitúa bajo el sombrío portalon de la colina para observar el paisaje, verá que este tiene un marcado carácter flamenco más bien que inglés; la planicie que presentan los pantanos, circuidos acá y allá de grandes piedras, contrasta con los campos de trigo, del más delicado color verde, y las oscuras líneas de las colinas que los circuyen, miéntras que las rojas tejas de la ciudad de Rye, vistas desde léjos, parecen un campo de amapolas.

Si apartamos la vista de este cuadro para contemplar la antigua ciudad, nos sorprenderá su aspecto desolado y triste y el profundo silencio que allí reina: las anchas calles, cubiertas de espesas yerbas, y por donde nadie pasa al parecer, infunden melancolía, pudiéndose aún señalar la línea donde se elevaban las casas en ambos lados, aunque en muchos sitios las paredes derrumbadas han formado montecillos que ahora están cubiertos de césped; las plazas, sombreadas por árboles centenarios, tienen cierto aspecto lúgubre; y las casas que ahora existen patentizan los estragos del tiempo. Tal es el efecto que Winchelsea produce en todos aquellos que, conociendo su historia, penetran por primera vez en su recinto, aunque pronto se reconoce que la desolacion no es tan completa. Sin embargo ¡qué cambios ha sufrido la localidad desde los dias en que los reyes desembarcaban aquí, desde aquella época en que la escuadra inglesa maniobraba en el puerto, que era el Portsmouth de aquellos tiempos, y en que los sótanos de todas las casas estaban cuajados de ricos despojos procedentes de Francia y de Flandes!

La historia de Winchelsea es la historia de la libertad inglesa. Dentro de los muros de la ciudad, ahora sumergidos, los barones, á quienes se debe la primera base de la constitucion inglesa, conferenciaron á menudo presididos por el célebre Simon de Monforte, conde de Leicester; y en la lucha que tuvo su desenlace en la batalla de Lewes, Winchelsea ayudó poderosamente á los barones. El jóven Simon de Monforte fué quien, habiendo heredado el espíritu turbulento de su predecesor, azote de los albigenses, cuyo nombre sembró el terror en todo el sur de Francia, desde Carcasona al Ródano, desafió la autoridad del rey, atrayendo la terrible venganza del príncipe Eduardo sobre los habitantes de Winchelsea. Poco despues, cuando Eduardo llegó á ser rey, ordenó erigir una nueva ciudad sobre la roca, á fin de preservarla de las inundaciones que continuamente amenazaron á la ciudad antigua, y en ménos de diez años, la antigua isla de Winchelsea quedó completamente ocupada. Esta nueva ciudad fué la que el piadoso abad de Battle defendió tan valerosamente contra los franceses en el siglo XIV.

Ya se deba el estado de desolacion de la ciudad del rey Eduardo á las repetidas invasiones y furiosos asaltos de sus enemigos ó bien se reconozca la causa de su decadencia en otras circunstancias, lo cierto es que ahora no se puede juzgar de la grandeza de sus pasados dias sino por la extensa área que sus anchas calles ocupaban, y por los pocos restos de los antiquísimos edificios que aún existen, entre los cuales el más importante es la iglesia medio ruinosa situada en la gran plaza. Toda su construccion pertenece al mejor período del arte inglés, cuando la severidad de estilo del siglo XIII pasaba por un suave tránsito al más rico y vistoso del siglo XIV; y no obstante, aún conserva rasgos que no siempre se encuentran en los templos ingleses de tan moderna fecha. Algunas partes son más bien de estilo francés que inglés, y el delicado dibujo de las ventanas del coro, muy superior á todo cuanto en este género se podria encontrar en Inglaterra, revela evidentemente una imitacion del arte extranjero. Además de esta iglesia habia otras dos en puntos distantes de la ciudad, pero ni siquiera quedan restos de ellas. La capilla de Friary, que se halla en terreno de particulares, es una ruina singularmente pintoresca, pero relativamente moderna. En un campo situado en el ángulo sudeste de la antigua ciudad se ve todavía una porcion de la Puerta Nueva, y por otro lado la Puerta de Tierra, construida en tiempo de Enrique V, está en frente de la línea férrea, que como temerosa de turbar el silencio que allí reina, pasa á media milla de distancia de los muros exteriores.

El valle de Fairlight y el Banco del Amante se hallan á corta distancia de Winchelsea y el paseo es delicioso; el sendero que conduce al mar es un espacio de bosque magnífico, poblado de árboles que no tienen igual en la costa por su frondosidad; las rocas están revestidas de hermosas flores; y á principios de la primavera las saxífragas doradas comunican al valle un brillo singular. A la entrada del desfiladero está lo que llaman el «Pozo Lloron», sin duda á causa de sus filtraciones, oscurecido por la sombra de una haya gigantesca, cuyas raíces se dividen, presentando las más fantásticas formas.

Desde la cordillera de Eastcliff, que el viajero debe cruzar despues, se ve perfectamente la antigua Hastings, con la iglesia de Todos los Santos asentada en la falda de la colina entre

espesuras de ginesta; la ciudad está en una hondonada, y en frente se ve el castillo, debiendo advertirse que sólo desde este se puede observar bien el terreno histórico que se extiende por todos lados. Aquí fué donde, á través de la niebla de una mañana de setiembre, los alarmados sajones vieron los seiscientos barcos que conducian el ejército invasor de Guillermo el Normando; y aquí pudieron observar cómo volvian sus proas hácia tierra, miéntras que los rayos del sol se reflejaban en los almetes y armaduras de un ejército de caballeros, jinetes y

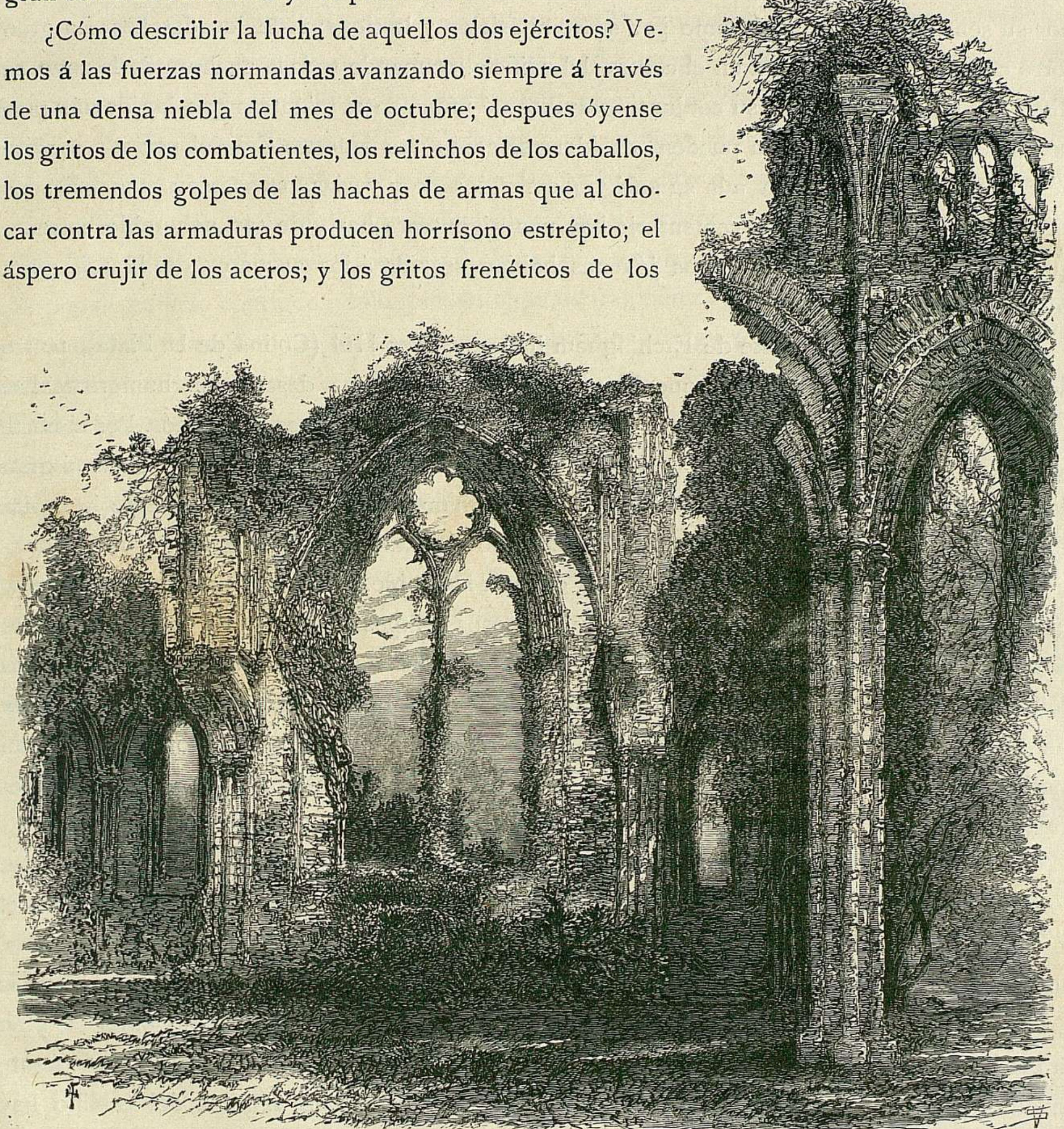


*Iglesia de Todos Santos, en Hastings*

peones que se dirigian hácia la playa. El desembarco de tales fuerzas exigió muchos dias; y el que quiera saber cómo pudieron subsistir entre tanto los soldados normandos, lea el «Libro de Domesday», donde al hablarse de los impuestos decretados sobre los castillos que habia al rededor de Hastings se escribe la significante frase *Vastatum fuit.* Aun entre los elementos incongruentes de la estacion balnearia que se halla á nuestros piés; á pesar de vernos rodeados de todos los atributos de la civilizacion; y aunque una línea férrea corte el centro mismo del antiguo campo de batalla, no es difícil imaginarnos el espectáculo que ofreceria el ejército invasor al ponerse en movimiento. Guillermo, á la cabeza de un cuerpo de ejército escogido, avanzaria probablemente por la orilla del rio, en direccion á los cerros donde se apoyaba el ala derecha de Harold; y si se detuvo durante la noche en la colina llamada del Estandarte, este nombre tendria la explicacion que tanto han buscado los historiadores. Podemos representarnos otra columna que, partiendo de Bexil, avanza hácia el mismo punto, miéntras que el ala derecha, despues de salir de Hastings, cruza por el sur las estribaciones del cerro situado más allá, internándose en el

bosque á fin de reunirse con las otras columnas de ataque más arriba de Crowhurst. Todos se encaminan hácia aquel paso del norte donde las fuerzas sajonas están acampadas entre la gran selva de Anderida y los pantanos.

¿Cómo describir la lucha de aquellos dos ejércitos? Vemos á las fuerzas normandas avanzando siempre á través de una densa niebla del mes de octubre; despues óyense los gritos de los combatientes, los relinchos de los caballos, los tremendos golpes de las hachas de armas que al chocar contra las armaduras producen horrísono estrépito; el áspero crujir de los aceros; y los gritos frenéticos de los



*Abadía de Netley*

sajones al observar que los normandos comienzan á ceder. Harold y sus guerreros franquean entónces las obras defensivas tras de las cuales se han batido hasta entónces y precipítanse por la colina como un huracan de hierro, creyendo que el enemigo huye; pero ¡ay! profiriendo gritos de impotente rabia, bien pronto reconocen su error, y ántes que puedan retroceder, la pesada caballería de los normandos los arrolla como una avalancha, destrozando sus filas por los flancos. ¡Harold ha caido! Los sajones, desunidos, huyen desordenadamente, y el rumor de su fuga aseméjase al que producen las olas furiosas de un mar borrascoso.

Separémonos ahora de la costa por algun tiempo á fin de hacer una breve excursion á través del país, para ver cosas que ofrecen otra clase de interés. La iglesia de Etchingham, situada á orillas del Rother, es uno de los más notables restos que se hallan en Sussex, tanto por su sencilla grandiosidad como por su composicion y la riqueza de los detalles. La gran torre cuadrada, que se eleva en el centro del edificio, ocupando toda la anchura de la nave, se distingue en particular por su conjunto grandioso é imponente, miéntras que las demás proporciones de la construccion pueden considerarse como una muestra fiel del período curvilinear. La sacristía conserva aún su antiguo embaldosado y varias urnas, con sus delicados adornos del siglo XIV. En el cementerio hay una gigantesca haya, de tan venerable aspecto, que podria creerse que sus ramas jóvenes habian servido á los arqueros de Harold para construir sus armas.

A unas tres millas al este de Etchingham hállase Silver Hill (Colina de la Plata), teatro de una aventura nocturna, de la que Horacio Walpole hizo una descripcion humorística; el golpe de vista desde su cima es de lo más encantador que podríamos figurarnos. Por el norte se divisan las montañas cubiertas de bosque y los fértiles valles de Kent; por el oeste, á gran distancia en el valle de Rother, más allá de Etchingham, distínguese confusamente la espira de Mayfield, la Mayavelda del tiempo del arzobispo Dunstan, donde ocurrió, segun la tradicion local, la famosa lucha entre el Santo y el Gran Enemigo. Por el sur, las colinas se inclinan suavemente hácia anchos valles, donde hay hermosos campos de trigo, que en tiempo de los sajones eran pantanos completamente inundados por las aguas; por el este, los espacios cultivados alternan con otros cubiertos de bosque; y en lontananza divísase Beachy Head y las colinas que se elevan sobre Hastings. Detrás de una alta estribacion, coronada por un molino de viento, esta Battle; y el boquete ó brecha que se ve entre dos cerros es probablemente el mismo paso donde Harold reunió sus guerreros.

Bodiam, distante pocas millas, es uno de los más notables ejemplos de esas fortalezas que coronan los cerros: construida por Sir Edwin Dalygrudge hácia fines del siglo XIV, cuando el invento del cañon inutilizó los medios usados hasta entónces para la defensa de tales castillos, aún se puede estudiar aquí el ingenioso sistema adoptado para rechazar los ataques con armas más primitivas. En la entrada principal del norte aún se conserva el rastrillo exterior, y en la profunda arcada se reconocen los vestigios de otros dos; una barbacana protegia el puente levadizo, y todavía se ve una torrecilla en un lado. En los cuatro ángulos del castillo hay torres redondas, y en el centro de cada fachada hay otra cuadrada, muy sólida, dominando las cortinas. Aunque el suelo de estas torres ha desaparecido, las puertas, las ventanas y chimeneas se conservan muy bien. La cámara grande, la cocina y otras habitaciones rodeaban el cuadrángulo interior. El castillo fué desmantelado por los partidarios de Cromwell, al mando de Waller, durante las guerras civiles, y desde entónces nadie le habitó. Ahora no es más que un gran monumento aislado de la edad pasada. Sólo las voces de alguna partida campestre despiertan de vez en cuando sus ecos, ó los pasos de algun solitario viandante; varias aves anidan al pié, y las lilas blancas crecen tranquilamente al rededor.

El castillo de Hurstmonceaux, al que se puede llegar, partiendo de aquí, por Etchingham

ó Battle, es en su conjunto algo semejante á Bodiam, aunque data de una época mucho más remota; pero sus más atrevidas formas y sus torres más altas, debieron comunicarle en otra época un carácter muy pintoresco, áun ántes que los líquenes y la hiedra le adornasen con sus frescos y brillantes colores. Es singular que este castillo haya pasado tan rápidamente desde «el más fiel ejemplo de la mansion de un señor feudal en el sur de Inglaterra» al estado de completa ruina. Walpole, que visitó aquellos lugares en 1792, dice lo siguiente: «Construido durante el reinado de Enrique VI, hállase hoy tan completo como el dia en que concluyó la obra. Grose, que escribia sobre el mismo asunto treinta años despues, hizo una descripcion admirable de todas las habitaciones principales, que al parecer estaban muy poco cambiadas en aquel tiempo; pero ahora, exceptuando las grandes torres de la parte sur y el casco de los cuerpos de edificio contiguos, sólo quedan algunos fragmentos de muros y arcos rotos y los restos de una torrecilla, que indican donde estaban los antiguos patios; de modo que sólo podemos guiarnos por lo que nos dice Grose.» Poco tiempo despues de escribirse el último relato, el propietario, ó más bien el arquitecto, Wyatt, cometió lo que se debe considerar como un acto imperdonable de vandalismo, al proceder al derribo de la parte principal del antiguo castillo á fin de obtener materiales para la construccion de una casa moderna.

Si se quiere volver á la costa desde Hurtsmonceaux, se ha de dar un paseo bastante largo, pero que no carece de interés, y despues de pasar por la playa de Prevensey, con su castillo romano, llégase á Eastbourne, donde el viajero debe proseguir su excursion por la vía acuática, dando la vuelta á Beachy Head. Sólo haciéndolo así podrá apreciar la altura de esta eminencia, que termina bruscamente la serie de colinas del sur, y bajo cuya cumbre las olas amenazan siempre hacer pedazos cualquier buque que tuviese la desgracia de ser arrojado á estos parajes.

Debajo de una enorme roca, sobre la cual se eleva el faro de Bell Font, hay una caverna con dos compartimientos, que sirve de refugio á los marineros náufragos, y la cual se conoce con el nombre de *Agujero del cura Darby*, por suponerse que la practicó un eclesiástico de este nombre. Cuando las olas del Canal se encrespan y enfurecen, agitadas por los vientos, vienen á estrellarse mugiendo contra este promontorio; el rumor que producen es en realidad imponente; en ninguna parte de la costa sur, si exceptuamos el espacio que ocupan las rocas graníticas de Lizard, se oye como aquí la poderosa voz del mar.

De los restos arquitectónicos de Hampshire del Sur, la abadía iglesia de Netley es sin duda lo que más debe atraer al artista é inspirarle más respeto: las paredes rotas, revestidas de hiedra, la oscura silueta del conjunto destacándose bajo el cielo azulado, las fantásticas moles de mampostería, las densas sombras de los arcos, y el juego de luz entre las columnas; son detalles admirables para un paisajista inteligente; miéntras que para el arquitecto, por muy ruinoso que esté el conjunto, hay muchos pormenores dignos de estudio. Desgraciadamente, dentro de pocos años no quedará nada, porque ya va desapareciendo la delicadeza de los contornos y la mano del tiempo borra los más ricos detalles, sin contar que las de los ignorantes contribuyen más aún á la obra de destruccion. Fuera de la iglesia, los demás restos de la abadía de Netley tienen poca importancia, pero áun dónde sólo quedan algunos fragmen-

tos, la hiedra y los líquenes les comunican belleza, miéntras que los rayos de luz, atravesando débilmente el espeso follaje de los fresnos, cuyas ramas proyectan una densa sombra sobre todos los objetos, contribuyen poderosamente á hermosear el conjunto de la pintoresca ruina.

Hemos comenzado nuestra excursion por la costa Sur desde los antiguos puertos de donde partió la primera flota inglesa, y en ninguna parte podemos terminarla mejor que en Portsmouth. Entre nosotros y la isla gris situada al sur han anclado las más hermosas escuadras del mundo y los más poderosos buques acorazados de Inglaterra; aquí han entrado y de aquí han salido los más célebres héroes de la armada inglesa. En este punto tenemos á la vista el buque que se puede considerar como el más noble emblema del poderío de la Gran Bretaña en el mar. El 14 de setiembre de 1805 Lord Nelson izó su pabellon una vez más á bordo de la *Victoria*, anclada en este puerto, y al dia siguiente se hizo á la vela para España, acompañado sólo de una fragata; «tal era su deseo de que fuera más señalado el lugar de su futura gloria.» En ménos de tres meses, el mismo buque, cuyo nombre debia asociarse ya siempre con el del almirante, volvió á Portsmouth conduciendo el cadáver del héroe; y así como el caballo del jefe indio que muere no debe ser montado por ningun otro y se le encierra en la tumba del guerrero, del mismo modo ningun otro pabellon debe flotar en el mástil que ostentó la divisa de Lord Nelson en todos los mares. El buque, que habia estado en comision cuarenta dias cuando se libró el combate de Trafalgar, volvió al puerto y fué desarbolado poco despues; pero ahora se han vuelto á colocar los cañones en el *Victoria*.

Cuando Maclise necesitó sacar una copia de ellos para pintar su fresco «La muerte de Nelson», aún se hallaban aquí, pero despues se sacaron de un depósito del arsenal de Woolwich para ponerlos nuevamente en las cubiertas, de donde nunca se debieron quitar.

El buque del héroe es su más grandioso monumento, así como el sitio donde murió el teatro de su más gloriosa victoria.

«Señor, exclamó Hardy momentos ántes de espirar Nelson, morís en medio del triunfo.» «¿Es cierto, Hardy? replicó el almirante sonriendo tristemente, pues ¡Dios sea loado!»

## II

### DESDE PORTSMOUTH AL CABO LIZARD

Completaremos nuestra excursion por la costa sur de Inglaterra recorriendo el trayecto comprendido entre Portsmouth y Lizard, eligiendo como punto de partida el *sanatorium* del condado de Hamp, Bournemouth, localidad enteramente nueva, y que por lo mismo carece de monumento alguno notable, no ofreciendo sus casas y edificios nada de particular que pueda atraer al que sólo va en busca de lo pintoresco. Segun las últimas estadísticas, Bournemouth cuenta ya, sin embargo, más de diez mil habitantes; y como los árboles van cediendo su lugar á las quintas de recreo y los campos se convierten en calles, la localidad perderá pronto ese aspecto solitario que tanto agradaba á los inválidos. A los pinares que rodean la bahía debe Bournemouth principalmente su fama, pues se oprimen de tal modo por efecto de su

abundancia, que le preservan muy bien de los vientos más frios; y por otra parte asegúrase que su aroma es muy benéfico y eficaz para curar afecciones del hígado. Sea de esto lo que fuere, los hombres de la facultad nos lo dirán; pero cualquiera puede reconocer por



*Rocas cerca de Bournemouth*

sí mismo, rompiendo una rama, cuán refrescante es la esencia de estos pinos. La especie de Escocia es realmente para Hamp lo que la de las Landas para Francia y el pino piedra para el Delta del Pó. En muchos parajes del condado hay extensos espacios cubiertos de casquijo ó de capas arenosas, demasiado cálidas y secas para que crezca la yerba ni planta alguna; pero en esos espacios el pino escocés prospera singularmente, alcanzando á veces

un desarrollo que no presentan estos árboles en ningun otro punto de la Bretaña; en algunos sitios alcanzan un tamaño gigantesco, como se puede ver aún en las mesetas del condado de Hamp. Las líneas de enormes pinos se prolongan en una extension que se pierde de vista, semejantes á interminables columnatas, sobrepuestas de una bóveda de oscuro follaje. Si algun lector quisiese formar idea del encanto que ofrecen los pinares de Hamp, lea el idilio en prosa «Mi jardin de invierno,» escrito por el Rdo. Kingsley.

Desde las orillas onduladas de la bahía de Christchurch, la línea de montañas se prolonga al oeste por el distrito conocido con el nombre de Isla de Purbeck; á decir verdad, no es una isla, pero como está separada por el agua á cierta distancia y presenta una configuracion especial, no deja de ser fundado semejante título, harto familiar para los amantes de la geología y de la arquitectura, porque de aquí se extrae el llamado mármol de Purbeck, una de las escasas rocas británicas cuyo material se empleaba por los constructores de la Edad media para las obras de estilo decorativo, siendo muy apreciado por sus buenas condiciones para el objeto. En rigor no se le puede dar el nombre de mármol propiamente dicho, pues la roca no ha sufrido ningun cambio ostensible desde que primeramente se consolidó; es simplemente caliza, no formada en el mar, sino en agua dulce, y revestida de conchas lacustres del género *Paludina*, todavía comun en las corrientes de agua del país. Su oscura superficie moteada, como recordarán todos los que han visto algunas catedrales inglesas, sobre todo las de Chichester ó Ely, en las que se empleó abundantemente para el decorado interior, tiene un aspecto magnífico; pero como el material no es muy duradero si no se elige y preserva cuidadosamente, siempre se debe emplear con mucha prudencia.

Lo más notable que hay en la isla de Purbeck es el castillo de Corfe, vasta y antiquísima ruina, que mucho ántes de serlo figuró notablemente en la historia. Coronando una escarpada colina, y aislada de la ciudad por un barranco, esta fortaleza no dejaba de ser formidable, como se puede reconocer aún por la maciza estructura de los restos. Unas torres redondas refuerzan el muro exterior, pero algunas de ellas, á causa del desgaste de los cimientos, se han desviado mucho de la línea vertical, lo cual no impedirá que se conserven mucho tiempo en una posicion estable, gracias á la solidez de la mampostería. La torre del vigía y varias dependencias interiores se reconocen aún bien, aunque están muy ruinosas; la parte más antigua data de la época de los normandos; pero debe advertirse que aquí hubo ya, hace más de novecientos años, un formidable castillo, á cuya puerta fué asesinado el rey sajon Eduardo, comunmente llamado el «Mártir», en cumplimiento de las órdenes de Elfrida, cuya memoria fué infamada, por haberse considerado aquel acto como «el más vil y traidor que cometieran los anglos desde su llegada al país de Bretaña.»

El jóven rey, que estaba cazando en las inmediaciones, habíase separado de sus compañeros para hacer una visita á su madrastra; esta le recibió muy bien, dirigiéndole las más afectuosas palabras, é invitóle á apearse, pero el monarca rehusó cortésmente; entónces, al levantar el brazo para acercar á sus labios una copa de vino que acababan de presentarle y que iba á beber á la salud de su madrastra, uno de los criados le hundió su daga en la espalda. El rey picó espuelas á su caballo, pero el golpe habia sido demasiado certero, y el infeliz cayó

de la silla, segun la tradicion, en el sitio mismo donde se halla ahora el puente que une el castillo con la ciudad. Más de dos siglos despues, el castillo de Corfe recibió un digno sucesor de Elfrida en la persona del rey Juan, que segun dicen dejó morir de hambre en los calabozos á varios de los principales nobles cogidos prisioneros en Poitiers. Más tarde, el rey destronado, Eduardo II, estuvo encerrado aquí algun tiempo ántes de ser conducido á Berkeley, donde debia encontrar la muerte. El castillo de Corfe tiene tambien la honra de haber sido defendido dos veces, con buen éxito, en favor del rey Cárlos: la esposa del gobernador, Lady Bankes, y sus dos hijas, que sólo tenian á sus órdenes algunas escasas fuerzas, resistieron á las tropas del Parlamento por espacio de seis semanas. En el sitio siguiente no hubo defensores tan celosos, y el castillo fué entregado traidoramente á Fairfax, entónces general del ejército agresor. Despues de esta rendicion las fortificaciones fueron demolidas en parte, y se ha dejado que lleguen á su actual estado ruinoso.

Ahora deberíamos interrumpir el órden de nuestra excursion por la costa sur para pasar por Western Dorset y los valles cubiertos de bosque de Devon, pero mejor es hablar de estos en otro lugar, y por lo tanto, alejándonos del rio Exe, que corre desde la antigua ciudad de dicho nombre por los prados y pendientes de Powderham; dejando atrás los jardines de Dawlish, las rocas de color rojizo de Teignmouth, las quintas de Torquay y las históricas playas de Torbay, llegamos al punto extremo del condado, deteniéndonos en su ciudad fronteriza, Plymouth, llave del ducado de Cornwall.

Pocas localidades de Bretaña son tan ricas en recuerdos históricos como esta antigua ciudad, y pocas ocupan tan envidiable posicion entre los estuarios del Tamar y del Plym, que se unen para formar la vasta extension líquida que llaman el mar de Plymouth. Entre dichos estuarios la tierra se eleva bruscamente y termina, sobre las aguas, en el escabroso promontorio designado con el nombre de Hoe.

El faro de Eddystone es la obra que está más íntimamente asociada con la historia del puerto de Plymonth; á catorce millas de distancia, en el mar de Plymouth, y directamente en el paso de los buques por el canal, hay un arrecife de rocas llamado el Eddystone, que se eleva un poco sobre la línea de la pleamar y fué durante varios siglos un paraje fatal para muchos marinos, ó mejor dicho su tumba. Las primeras tentativas para erigir allí un faro debiéronse á un ingenioso mecánico, Enrique Winstanley, hombre de bastante fortuna. Esta construccion, con muchos adornos, asemejábase algo á una pagoda. A pesar del estilo decorativo del edificio y de su aparente ligereza, el arquitecto manifestaba la mayor confianza respecto á su solidez, y con frecuencia expresó el deseo de permanecer en el faro durante la más furiosa tormenta. Desgraciadamente, su deseo se cumplió: una mañana del mes de noviembre de 1703, embarcóse para ir á inspeccionar las reparaciones de un desperfecto causado por una tempestad; avisáronle entónces que habia otro, pero no hizo caso y permaneció firme en su puesto. Llegada la noche, comenzó á soplar un violento huracan, y á la mañana siguiente no quedaba ya del faro más que un fragmento de cadena pendiente en la punta de una roca.

El segundo faro se construyó poco despues por Mr. Ruydard, comerciante de Lon-

dres. A fin de disminuir la fuerza de las olas y aumentar la resistencia del edificio, hizo la torre redonda en vez de poligonal, eligiendo para su obra madera muy fuerte. El éxito fué mucho mejor, pues aquel faro resistió las tempestades por espacio de cincuenta años; pero



*Castillo de Corfe*

poco despues quedó destruido por el fuego. La construccion del faro actual comenzó poco despues bajo la direccion del célebre arquitecto Mr. Smeaton.

Siguiendo el itinerario que nos hemos propuesto llegamos muy pronto á la tierra de Cornwall, y el tren nos conduce á San German, con su antigua y hermosa iglesia; desde aquí pasamos á Liskeard, otra vetusta ciudad, agradablemente situada entre praderas y campos de trigo, cerca de los cuales elévanse peladas colinas de granito. De este modo el camino de hierro cruza por uno de los más deliciosos valles de Inglaterra, serpenteando lo mismo que la corriente de agua, y atraviesa por altos viaductos, al parecer de frágil construccion. Esta

parte del país está cruzada por numerosos valles muy estrechos, algunos de los cuales tienen una profundidad de trescientos ó cuatrocientos piés; sus escarpadas laderas, cortadas á intervalos por rocas de color pardusco ó de carácter pizarroso, están revestidas de espeso bosque.

Acá y allá se encuentran en la inmediacion del rio algunas huertas magníficas con árboles cargados de fruto, cuyas ramas sobresalen de las cercas.

Desde Lostwithiel debemos desviarnos un poco del itinerario indicado para seguir las ondulaciones del Fowey, que se ensancha hácia el mar. La ciudad no parece tener ningun atractivo para permanecer en ella mucho tiempo; á decir verdad, se considera como una de las localidades peor gobernadas en Inglaterra, y esto no es de extrañar, pues parece sometida á una oligarquía y no á un dictador. Las fábricas de curtidos, los mataderos y las pocilgas es lo que más abunda, de modo que la localidad no puede ser nada agradable. Todo esto perjudicaria mucho á la ciudad de Fowey si no fuera por otros conceptos una digna rival de Lostwithiel. Cuando Liverpool era un pueblo pescador, Fawey podia considerarse como el principal puerto de Cornwall y uno de los primeros de Inglaterra; proporcionó

La «Sarten del Diablo»

cuarenta y siete barcos para la expedicion de Eduardo III contra Francia; y segun dice un cronista, «aquí se acumulaban toda clase de mercancías; de modo que la ciudad era visitada por los barcos de todas las naciones.» Al pasar por Rye y Winchelsea, sus marinos rehusaron hacer el acostumbrado saludo de homenaje, y cuando los hombres de los Cinco Puertos acudieron para luchar por su privilegio, derrotáronlos completamente, y en su escudo de armas agregaron las de aquellas ciudades, arrogándose el título de «Intrépidos de Fowey.» Parece que con los franceses llegaron tambien á las manos por una cuestion particular, á consecuencia de lo cual recorrieron despues la costa de Normandía varias veces á sangre y fuego. Este odio no disminuyó despues de una visita que sus enemigos les hicieron en 1457, causando grandes destrozos en Fowey. Tan profundo era el resentimiento aquí cuando Eduardo IV hizo la paz con Francia, que los «Intrépidos de Fowey» continuaron atacando los buques de su enemigo natural, y apoderándose de cuantos podian. El rey envió su delegados para exigir obediencia, pero los habitantes tuvieron la osadía de cortarles las orejas, lo cual apuró al fin la paciencia del monarca. Bajo un pretexto cualquiera, los principales jefes del movimiento fueron atraidos á Lostwithiel, donde se les ahorcó, y despues el rey impuso una considerable multa á la ciudad, enviando sus barcos á Dartmouth. En aquellos buenos tiempos, la tolerancia, ó las medidas de rigor efectuadas á medias, no daban nunca buen resultado.

Antes de este sensible acontecimiento, debido á un exceso de celo patriótico, el rey habia mandado construir fuertes, cuyas ruinas existen aún en los atrevidos promontorios que dominan la entrada del magnífico puerto; y á pesar del golpe sufrido por Fowey, tan perjudicial para su prosperidad, continuó siendo durante muchos años una plaza sumamente importante.

Durante la guerra civil, esa ciudad fué el cuartel general del conde de Essex, á quien atacó aquí el ejército de Cárlos II, lo cual le obligó al fin á huir por mar para refugiarse en Plymouth, dejando á sus tropas para que se rindiesen. Desde entónces, los marinos de Fowey han dado siempre pruebas de su espíritu belicoso, pues en el verano de 1666 batieron á un buque de guerra holandés que habia dado caza á varios mercantes hasta cerca del puerto, y al año siguiente rechazaron al mismo De Ruyter. Sir Charles Dylke, á quien ya hemos citado, atribuye la decadencia de esa ciudad, tan próspera en otro tiempo, á las pesadas cargas impuestas sobre los buques, primeramente por la corporacion, y despues por Mr. Treffry, que suprimió aquella al fin, por haber cometido actos que harian erizar los cabellos á cualquiera.» No debe extrañarse, pues, que la gloria haya huido de Fowey, con sus «intrépidos.»

Volviendo al camino de hierro, pasaremos muy pronto por Puerto Par, dirigiéndonos á la antigua ciudad de San Austell; un poco más léjos está Truro; la principal ciudad de Cornwall, con sus casas de color gris pintorescamente situadas entre verdes campos y bosques que descienden en suave pendiente hácia el estuario. La línea principal se prolonga aquí hácia Penzance, miéntras que un ramal, dirigiéndose por el sur, se corre á través de un distrito que participa de agrícola y de minero, continuando hasta Falmouth. Poco ántes de llegar á este último punto se deja la línea férrea en la estacion de Penrhyn y avánzase hácia Helston.

El promontorio de Lizard, que vamos á visitar ahora, merece algunas palabras como

descripcion preliminar, porque es un distrito único en Bretaña, que puede llamar igualmente la atencion del botánico del geólogo y del amante de lo pintoresco. En su parte interior es una meseta de aspecto salvaje, casi uniforme, aunque á intervalos cortada, particularmente cerca del mar, por estrechos valles, algo profundos, cuyas pendientes están cubiertas de bosque, ó muy bien cultivadas. Una parte de las tierras más altas ha sido surcada ya por el arado y los campos están divididos por altas cercas de piedras en las cuales ha crecido un espeso césped.

Aunque esta no es una obra científica, difícilmente podria evitarse, al tratar del distrito de Lizard, decir algunas palabras sobre su geología, pues el más indiferente observador no dejará de notar que el terreno que pisa difiere por muchos conceptos de todo cuanto ha visto en otros puntos de Inglaterra. Las partes extremas del norte y del sur de la península se componen de una roca dura conocida con el nombre de «killa», pues á menudo se convierte en una formacion casi negra y esquistosa que contiene una gran cantidad de hornblenda. La materia intermedia, constituyendo una parte principal, se compone de serpentina, generalmente de color de aceituna oscuro, que en las costas del sur y orientales se inclina más bien al rojo y al verde, contándose algunas variedades moteadas de un aspecto magnífico. De las varias canteras que se han formado en esta roca procede el material de los capiteles y columnas que han llegado á ser ahora tan populares para el decorado arquitectónico. En la extremidad nordeste de este gran distrito de serpentina hay una gran mole de la roca ígnea conocida con el nombre de *gabro*, de color gris azulado, y la cual seria seguramente una magnífica piedra de adorno en las construcciones; pero á causa de su dureza, la extraccion seria demasiado costosa. En muchos sitios obsérvase que algunas vetas de la misma roca se han inyectado en la serpentina, lo cual demuestra que el gabro es más reciente. Aunque la serpentina ha sufrido muchas alteraciones, tambien fué en otro tiempo una roca eruptiva; acá y allá nótase que está cruzada por vetas de granito, lo cual ofrece un asunto admirable para el estudio.

Prescindiendo de su geología, este distrito es centro de una admirable flora, caracterizada por cierto número de plantas que raras veces se encuentran en otros puntos de las Islas Británicas, tal como el tamarisco, la oscila de otoño, la *Genista pilosa* y la *Erica vagans*, ó brezo de Cornwall; este último no suele encontrarse fuera de la serpentina, pero en ella abunda extraordinariamente, contándose grandes extensiones completamente cubiertas de esta planta. En la estacion de la florescencia (agosto y parte de setiembre) estos tristes y desolados eriales conviértense en alfombras de flores de las más ricas especies; en cuanto al brezo comun (*Erica tetralix*), tiene aquí un tinte tan delicado y puro, que no le podria aventajar por este concepto ninguna especie del sur. Aquí hay dos variedades, una que da la flor blanca, y la otra de un tinte sonrosado pálido. Las campanillas son un poco más grandes que las de la especie comun, y en los sitios más preservados la planta suele alcanzar doble tamaño que el comun, contándose algunas que llegan á medir media vara de altura.

Avanzando ahora por la parte oriental de la península de Lizard, la seguiremos hasta llegar al punto más meridional de Bretaña, encaminándonos hácia Coverack, pueblecillo situado

sobre una roca baja, junto á una pequeña bahía, frente á la cual se ven algunas escarpadas colinas. En toda esta parte de la costa los grupos de rocas son muy numerosos; y las de serpentina, que se distinguen por su color oscuro y notable elevacion, merecen bien su nombre de Blackhead (Cabeza Negra) con que se les designa generalmente. No léjos de aquí hállase un pueblecillo que está como encajonado en un angosto desfiladero, el cual conduce á un pequeño puerto resguardado por grandes rocas de color oscuro: es Cadgwith, caserío de pescadores perteneciente á la parroquia de Ruan Minor, punto el más retirado que se podria encontrar en todo el país; diríase que sus habitantes quieren vivir aislados del mundo. En una escarpada eminencia pedregosa que se ve al sur del pueblo, hay una singular cavidad conocida con el extraño nombre de «Sarten del Diablo.» A juzgar por las numerosas leyendas referentes á este personaje, los hombres de Cornwall deben haber sido en extremo ortodoxos desde remota época, pues se considera al diablo como autor de todo cuanto es extraño y asombroso. El viajero científico comprenderá, por lo que hace á esa cavidad extraña, que no se ha de apelar á los agentes sobrenaturales para explicar su formacion. La costa está perforada en muchos puntos por profundas cavernas, llamadas en la localidad «hugos», donde, cuando el tiempo es tempestuoso, las olas se precipitan, llenando hasta las más recónditas cavidades. En la que habia aquí, el mar ensanchó gradualmente sus paredes, desgastando su bóveda, hasta que al fin todo el techo del espacio interior se desplomó, dejando sólo una especie de pórtico en pié.

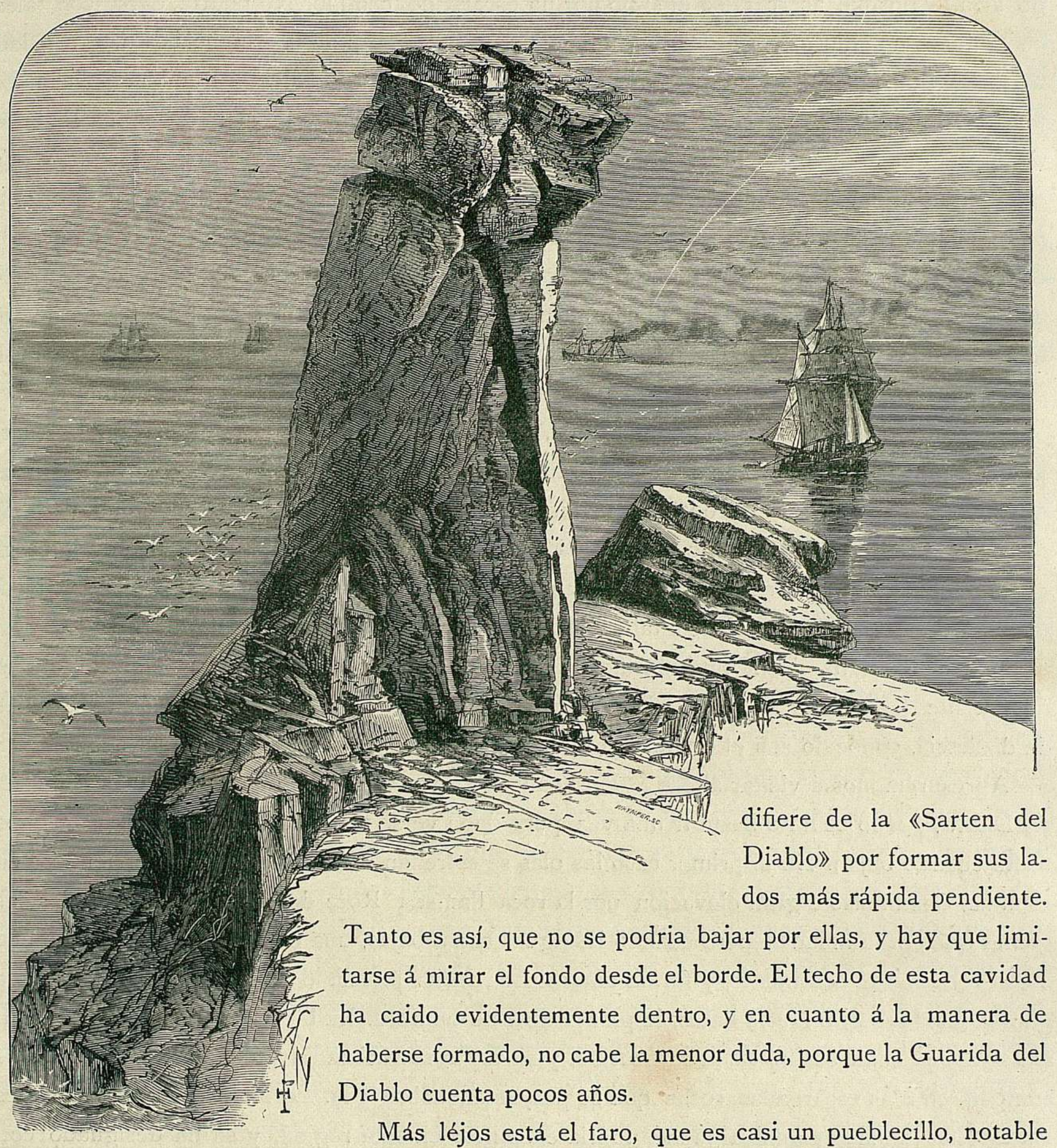
Desde Cadgwith podemos avanzar por la costa á lo largo del borde de rocas, lo cual es un agradable paseo á pesar de la escabrosidad del camino, ó bien internarnos más en tierra en direccion á Landewednack, pueblo cuyas casas están muy diseminadas, y con una pequeña iglesia que no deja de ser interesante, pues conserva fragmentos de la arquitectura normanda y es, segun la tradicion, la última en que se pronunció un sermon en el dialecto de Cornwall. Aún se conserva en muy buen estado; tiene buen púlpito y varios ornamentos de serpentina, cuya roca se ha utilizado tambien para las tumbas que hay en el cementerio.

El clima de esta primitiva localidad es generalmente delicioso, pues nada puede haber más agradable que este aire embalsamado cuando se mezcla con la suave brisa del mar. Sin embargo, como aquí no hay sombra, tal vez haga mucho calor á mediados del verano, lo cual se compensa con un otoño muy benigno: lo único desagradable son las nieblas que llegan del mar, que á veces persisten dos ó tres dias, ocultando todos los objetos y resolviéndose al fin en una menuda lluvia. Basta ver las flores de los jardines, los geranios, fuchsias y mirtos, para comprender que este clima no se asemeja mucho al de la Inglatera central.

Pero volvamos una vez más á la costa, despues de dar la vuelta por el cementerio de Landewednack. Al ver los tamarindos que bordean las orillas en ambos lados, nadie creeria estar en Bretaña. ¿No podria suponer el viajero que encontrará despues aloes y viñas, ó que verá elevarse sobre las azuladas aguas de la bahía, más allá, el cono del Vesubio ó los denticulados picos de los Alpes Apeninos?

La Punta de Penolver, uno de los sitios más notables de Lizard, es casi la localidad que está más al sur de Inglaterra, pero al otro lado de la pequeña bahía de Household, la tierra

se extiende á larga distancia. Por todas partes se divisan rocas negras y enormes peñascos, y al acercarse el viajero á las blancas torres del faro, verá de pronto otra extraña cavidad semejante á la que ya hemos observado en Cadgwith: es la «Guarida del Leon», que sólo



*La roca de Bumble*

difiere de la «Sarten del Diablo» por formar sus lados más rápida pendiente. Tanto es así, que no se podria bajar por ellas, y hay que limitarse á mirar el fondo desde el borde. El techo de esta cavidad ha caido evidentemente dentro, y en cuanto á la manera de haberse formado, no cabe la menor duda, porque la Guarida del Diablo cuenta pocos años.

Más léjos está el faro, que es casi un pueblecillo, notable por su aseo y limpieza: las torres tienen cerca de ochenta piés de altura y están separadas, poco más ó menos por igual número de varas, divisándose las luces desde una distancia de veintidos millas. Son á la vez una advertencia y una prueba de simpatía para el fatigado marinero, que en otras épocas era recibido hostilmente con harta frecuencia en estas playas, por más que fuesen las de su país.

En el punto situado más al sur hay una isleta en cuyo centro se destaca majestuosamente la roca de Bumble, semejante á un enorme púlpito de piedra; y más allá se ve el promontorio

llamado de Polpeor, en cuya base hállase una isleta que sin duda formó en algun tiempo parte del continente considerado como la parte más sur de Inglaterra.

Cerca de Polpeor, una pequeña ensenada forma su puerto, si se le puede dar este nombre, no siendo posible acercarse á él si no por un escarpado camino. No podria darse con tales condiciones un sitio más pintoresco, aunque las rocas, á causa de la presencia de una variedad más friable (esquisto micáceo), no son tan majestuosas como en Penolver y Bumble. En la inmediacion de Polpeor, así como en el resto de la costa de Cornwall, se hacia en los «buenos tiempos» un activo comercio de carácter no muy legítimo; no faltaban contrabandistas, y por cierto que, si hemos de dar crédito á la crónica local, eran audaces y diestros sobre toda ponderacion. Las numerosas ensenadas, algunas de ellas muy pequeñas y escondidas, así como las grutas, que tambien abundaban, contribuian á facilitar el buen éxito de las operaciones de los contrabandistas. La tradicion dice que no pocas de las más antiguas casas de las inmediaciones tienen bóvedas perfectamente construidas; y asegúrase que los aduaneros pensaban á menudo que era preferible el oro de los contrabandistas á sus duros golpes.

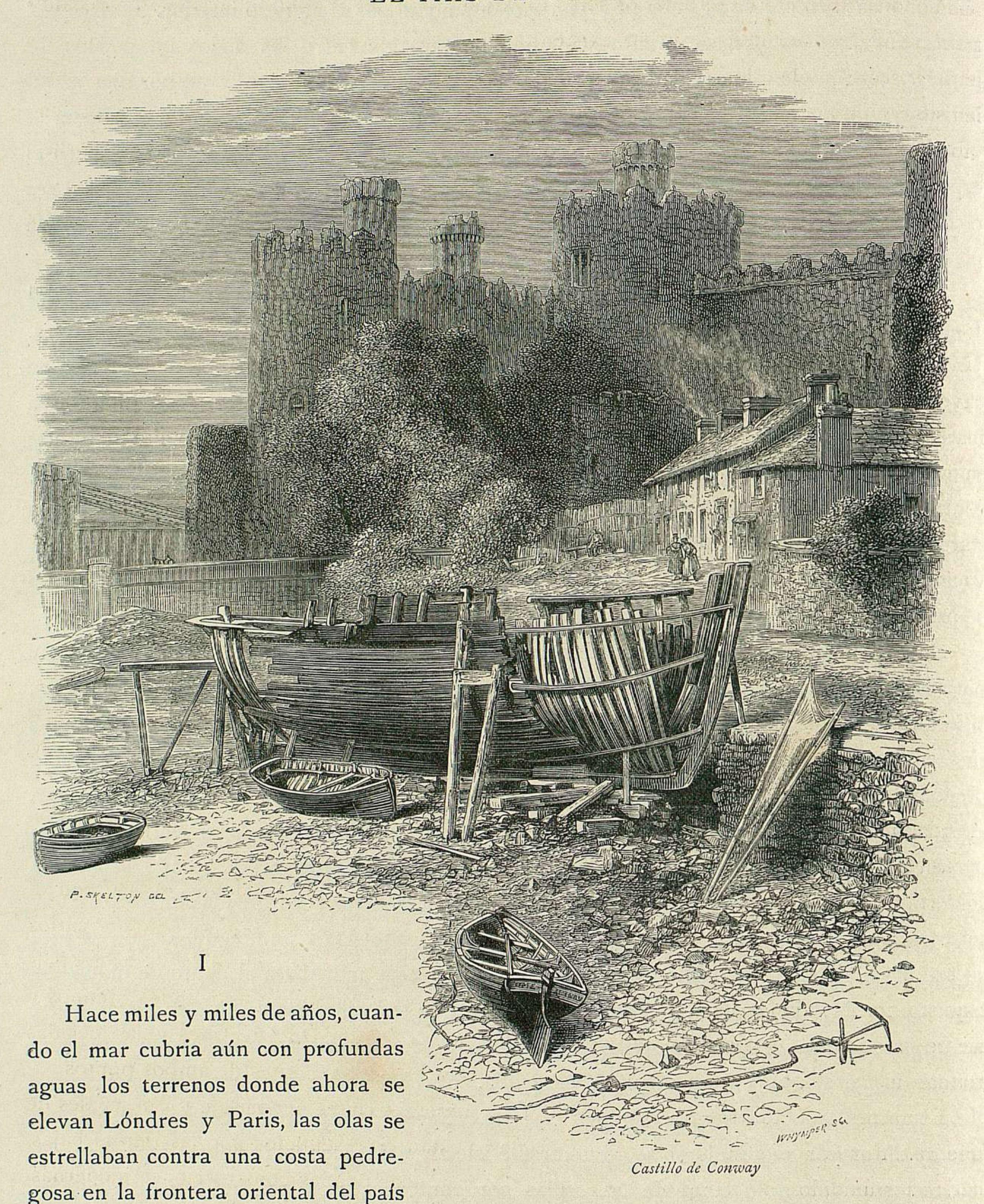
El punto más occidental de la península, Old Lizard Head, dista muy poco de Polpeor, y por lo tanto forzoso será volvernos aquí hácia el norte, avanzando á lo largo de los bordes rotos de las rocas, que tan pronto se elevan á bastante altura sobre las aguas como desaparecen en la profundidad. Pronto llegamos á la Ensenada de Kyinance: esta parte de la costa no es ménos pintoresca que la que acabamos de recorrer; el largo promontorio que se divisa en el oeste, y que visto desde tan léjos parece azul, forma parte del Finisterre; y si miramos en la Bahía del Monte, estando el dia muy sereno, se distinguirá la mole piramidal del «monte del Príncipe Angel». El magnífico promontorio que se eleva á tres ó cuatro millas de distancia, conocido con el nombre de Rill, es una mole gigantesca de serpentina.

Apresurémonos á visitar ahora la Ensenada de Kynance, una de las cosas más notables de Lizard, por lo cual no basta ir una vez, pues debe verse tanto cuando las aguas están altas como cuando bajan. En el primer caso las olas se estrellan contra la piedra, resolviéndose en espuma, dominadas á gran elevacion por la roca llamada Roca del Campanario, y todas las grutas quedan inundadas; pero cuando las aguas están bajas, una estrecha faja de arena une dicha roca con el continente, y forma una calzada hasta la Isla del Espárrago, así llamada porque aquí crece, ó crecia ántes, la planta de este nombre. La blancura de esta arena contrasta con el color oscuro de la serpentina, y su tersa superficie parécelo aún más cuando se compara con las escarpadas rocas que se proyectan sobre ella. La Roca del Campanario es sin disputa la más magnífica que se podria encontrar en esta region, y se ha designado con ese nombre por su forma y posicion aislada, pero se necesitaria mucho tiempo para su exploracion, porque hay numerosas grutas y cavidades, viéndose á cada paso alguna cosa nueva. Si la marea no viene muy crecida es mejor ir de una vez á la Isla del Espárrago, deteniéndose en el camino para visitar lo que llaman el «Correo» y los «Fuelles». Un breve trayecto entre bordes resbaladizos, y á fe que poquísimas rocas lo son tanto como la serpentina, basta para llegar á una ligera cavidad donde se ven dos agujeros, á los cuales nadie debe acercarse demasiado, sino mantenerse á una distancia respetable y vigilar. Muy pronto óyese un sordo

rumor que parece producirse en el corazon de la roca; un momento despues resuena un fuerte silbido, y un torrente de agua se precipita violentamente por el agujero inferior. Si el espectador se inclina entónces de pronto sujetando ligeramente entre los dedos un pedazo de papel y acercándole á la cavidad superior, le será arrebatado en el acto como por una mano invisible y desaparecerá por el orificio. Este es el «Correo»; la cavidad inferior se llama el «Fuelle». Cuando el agua se ha elevado sobre aquella se puede repetir el fenómeno, pero el espectador debe estar muy atento al hacer la prueba con el papel, pues de lo contrario tal vez reconoceria á sus expensas que el agujero puede producir un doble efecto, recibiendo en pleno rostro un golpe de agua que tal vez le aturdiria.

Si se recorre el trayecto ántes citado, llegando hasta la parte más alta de la Isla del Espárrago, veremos muy pronto cuál es la causa de aquel caprichoso juego de las aguas. Una profunda grieta perfora casi la isla y sus paredes se estrechan formando una especie de caverna que termina en los agujeros de que ántes hemos hecho mencion. A la mitad de la marea, cuando una ola llega rodando del mar, estréllase en las rocas y se precipita tumultuosamente en el barranco; oprimida más léjos por las paredes que se estrechan, revienta al fin contra la extremidad, lanzando como un torrente de espuma por los Fuelles. Despues la ola retrocede cansada; el repentino cambio en el movimiento de esta masa de agua ocasiona un vacío parcial en la extremidad de la grieta, y entónces se produce una especie de tromba que se precipita violentamente por el «Correo».

Debemos alejarnos ya de las grandes rocas de Rill para dirigir una última mirada á este paisaje de la costa, en un sitio que se halla cuatro millas más léjos por la parte del norte, sitio que se conoce con el nombre de Ensenada ó Caleta de Mullion. Aquí hay poco de esa riqueza de colores que presta tanto atractivo á las peladas rocas de Kynance, pero en cambio predomina en el conjunto un carácter de salvaje grandiosidad que seduce al observador. A cada lado del estrecho valle que conduce á la orilla del mar, las rocas se elevan bruscamente, formando como un semicírculo que rodea una pequeña bahía, donde una isleta cubierta de césped constituye una rompiente natural; á la derecha surge una alta roca aislada, semejante á una pirámide, y á la izquierda hay otras pequeñas y puntiagudas, que se proyectan hasta el punto de ocultar la entrada. La caleta está inmediata al punto de union del esquisto hornblenda con la serpentina, y obsérvase que todas las rocas son del mismo color oscuro; la que está al sur se compone principalmente de serpentina, y es la que comunica carácter al paisaje, tal vez más que la ensenada. El observador ve á sus piés peñascos y picos enormes, que á no ser por algunos espacios cubiertos de vegetacion, tendrian un aspecto fúnebre. A mayor profundidad se ven rocas é isletas, y despues la inmensa superficie del mar, interrumpido sólo cerca de las orillas por puntos oscuros que indican los arrecifes ocultos. Tierra adentro el paisaje es más risueño: en el valle se ve un pintoresco grupo de casas, y á cada lado praderas con ovejas y carneros; más léjos, sobre el nivel de la meseta, las colinas de granito forman isletas onduladas; y por el oeste la mirada recorre la pedregosa costa, hasta que más allá de la pirámide gris del Monte San Miguel detiénese en la más distante península de Finisterre.

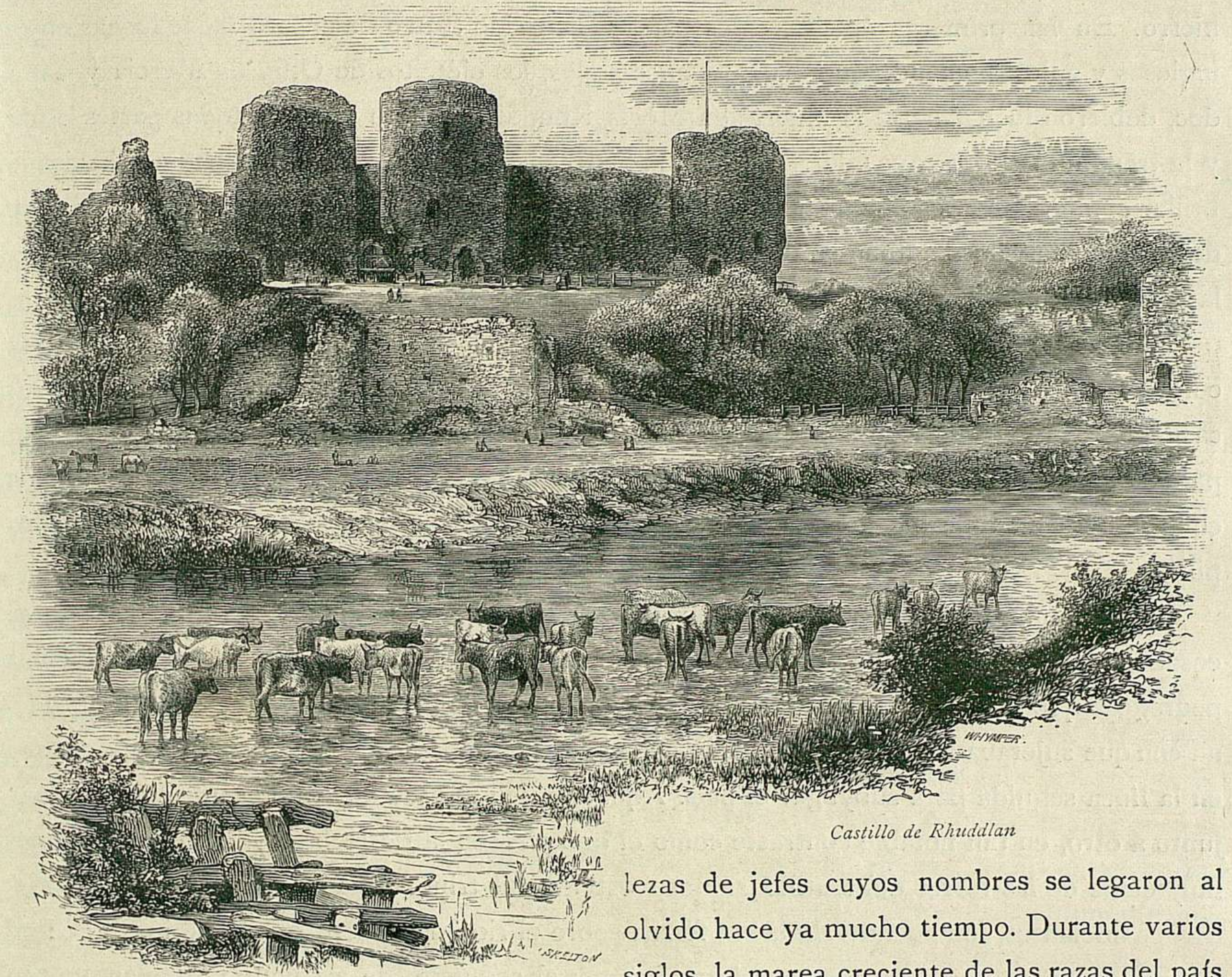


*Castillo de Conway*

I

Hace miles y miles de años, cuando el mar cubria aún con profundas aguas los terrenos donde ahora se elevan Lóndres y Paris, las olas se estrellaban contra una costa pedregosa en la frontera oriental del país que ahora llamamos Gales. Sus montañas habian sido barridas por la tempestad muchos siglos ántes que los Alpes surgieran del Océano, y el pico de Snowdon puede proclamar una antigüedad en comparacion de la cual el mismo «Monarca de las Montañas» se podria tener por moderno. ¡Qué maravillosos cambios no habrá sufrido esta tierra gastada por los tiempos en los casi interminables ciclos de años, cuyos recuerdos, representados por frag-

mentos de jeroglíficos, la ciencia procura descifrar! ¡Qué extraño follaje revestirian los árboles y las pendientes; qué extraordinarios séres vagarian por aquellos valles que han desaparecido ya sin dejar el menor indicio de su existencia! En esas remotas tierras, cuyo recuerdo se pierde en la oscuridad de los siglos, primitivo era el lenguaje de este pueblo, primitivas tambien sus costumbres, y el país está lleno de memorias de las pasadas épocas, no sólo de castillos y abadías, sino tambien de construcciones de piedra, muros y pilastras, ruinas de las forta-



*Castillo de Rhuddlan*

lezas de jefes cuyos nombres se legaron al olvido hace ya mucho tiempo. Durante varios siglos, la marea creciente de las razas del país bajo traspasó el límite de la áspera region montañosa, y aún hoy, á pesar de los caminos y de las vías férreas, el contraste entre las ricas llanuras del condado de Ches y las peladas colinas de Dembigh es tan marcado como el que ofrecen los habitantes de ambos puntos.

El norte de Gales presenta los tipos de tres diferentes clases de paisaje y las señales de tres distintos períodos de la historia: los primeros están representados por las tierras bajas, la zona sub-alpina y la region montañosa; las segundas por las construcciones modernas, los castillos de la Edad media y las primitivas ruinas, detalle que no debemos olvidar en este breve bosquejo del país. Aunque Gales sea un territorio esencialmente montañoso, no por eso se ha de renunciar á ver llanuras cuando se penetra en él, porque éstas no escasean en las tierras bajas; la inmensa extension del mar y las sólidas crestas de interminables cordilleras predominan ciertamente en todo el país, pero entre las aguas y las rocas se hallan á me-

nudo, así como en las orillas de los rios, fajas de terreno llano que se prolongan en el espacio de varias millas como verdes fiordos, penetrando hasta el corazon de las colinas. Tales son las que vemos en los valles del Clwyd, del Conway y del Traeth, donde hay ricas praderas sombreadas acá y allá por grupos de añosos árboles.

En medio de un paisaje por este estilo se halla situado el castillo de Rhuddlan, que corona una meseta de roca sobre el Clwyd; sus macizos muros tenian un aspecto imponente cuando las tropas normandas vigilaban el magnífico valle que tenian dominado con su mano de hierro. En las primeras épocas, estos parajes han sido teatro de encarnizadas luchas entre ingleses y galeses, cuando que, hace ya once siglos, los ejércitos de Offa, de Mercia y Caradoc, debieron luchar hasta la muerte en Morfa Rhuddlan. Ahora reina en todas partes la paz y la tranquilidad: los rayos del sol calientan las piedras derrumbadas de las ruinas, haciendo brillar como diamantes las gotas de rocío que humedecen la hiedra; la yerba crece en el patio del antiguo castillo tan abundante como en la orilla del rio; y los rebaños descansan tranquilamente en la pradera sin temor de que se les moleste.

En este lugar parece tambien que lo moderno está en pugna con lo antiguo; el siglo XIX contrasta singularmente con las edades medias, pues desde los muros de Rhuddlan se ven las casitas de Rhyl, que desde léjos parecen una serie de cajas diseminadas en la orilla del mar para su embarque. Esta localidad, de reciente creacion, no es nada pintoresca, pero tiene un clima muy saludable; hay un buen establecimiento balneario, librerías, cafés, iglesias y capillas.

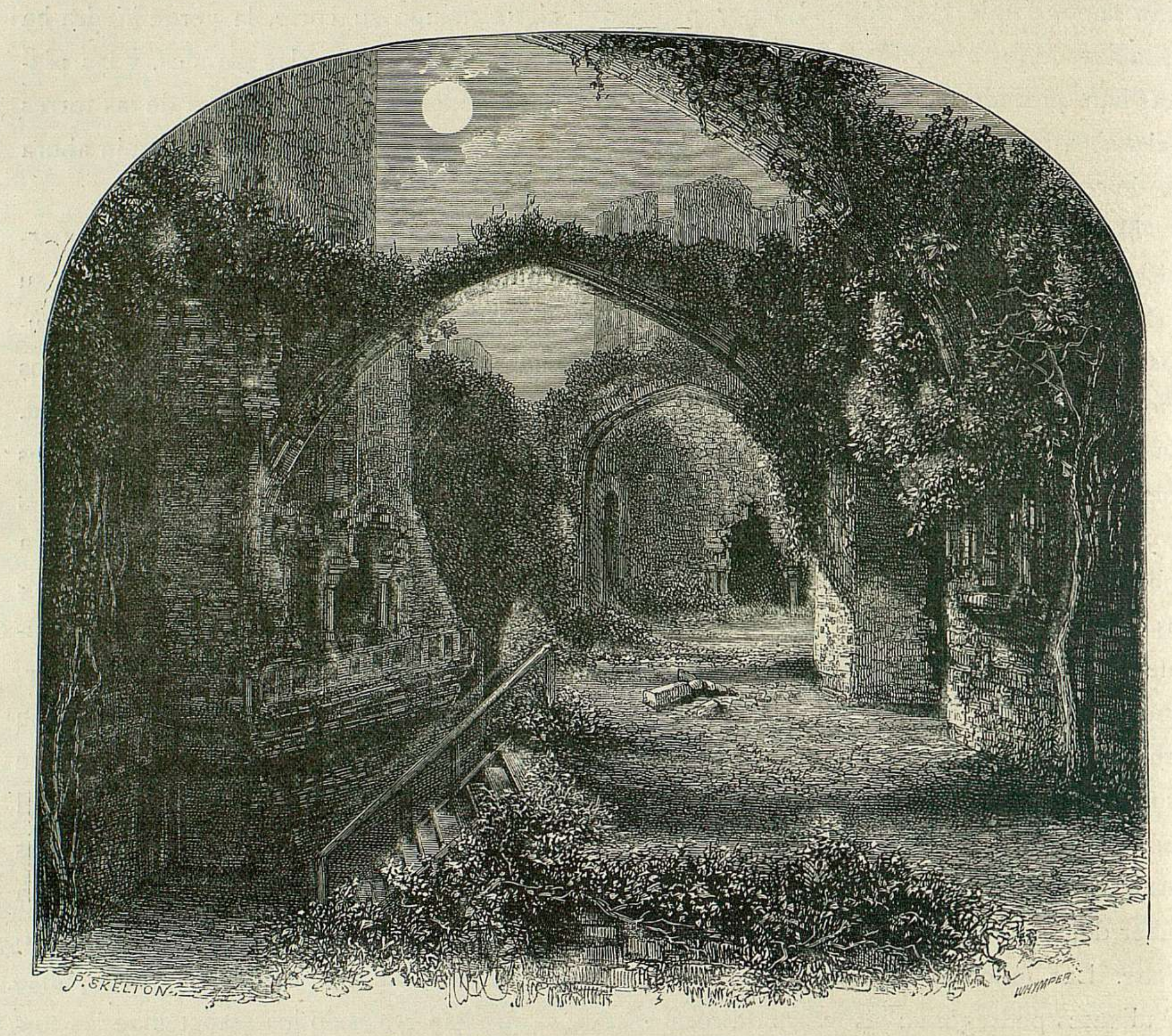
A pocas millas de este punto el Conway nos presenta otra llanura, pero en ésta el rio se ensancha hasta que al fin se precipita en el mar como un estuario. Aquí, en una eminencia pedregosa que se eleva á orillas del agua, el invasor inglés fijó un nuevo eslabon en la cadena con que sujetaba á los habitantes del país: el castillo de Conway señala una segunda etapa en la línea seguida para subyugar el país. Aquí tambien el pasado y el presente aparecen uno junto á otro, en tan notable contraste como el que ofrecen la tierra baja y la montaña, pues muy cerca de las torres del castillo ruinoso osténtanse triunfantes dos muestras de los modernos adelantos, los puentes de la vía férrea sobre el rio: el primero, construido por Telford hace unos cincuenta años, tiene graciosas formas; el segundo, de estructura tubular, es una obra verdaderamente desgraciada, poco ménos fea que la que vemos en el estrecho de Menai.

En cuanto al castillo, pocos se encontrarán tan pintorescos, no sólo en Gales sino tambien en Bretaña. Edificado en tiempo de Eduardo I para dominar el valle del Conway y tener la llave de los pasos de la montaña, siguió siendo una fortaleza hasta la época de los Estuardos, en la cual sufrió su último sitio, cayendo en poder de las fuerzas del Parlamento, si bien no fué desmantelado hasta despues de la Restauracion. Desde entónces ha estado expuesto, por espacio de más de dos siglos, al furor de las tempestades y á la barbarie de los hombres, pero algunas de sus partes, y sobre todo los muros, han sufrido poco deterioro, y tan sólida es la mampostería, que á pesar de haberse extraido parte de los cimientos de la torre del sur, esta última se mantiene en pié, sin vacilar nunca cuando pasan los trenes del camino de hierro á

pocas varas de distancia. El interior del castillo se cuida mucho ahora, procurándose preservarle lo mejor posible de la accion del tiempo. Lo más notable que contiene es la cámara grande, que mide cuarenta varas de longitud, y cuyo techo estaba sostenido ántes por ocho arcos de piedra; la mitad de estos se derrumbaron, hundiéndose parte del suelo en las bóvedas, pero las ruinas bastan para formar una idea de las pasadas glorias del edificio. En el gran salon, donde Eduardo y Leonor recibieron algun tiempo su corte, la verde hiedra ha reemplazado los magníficos tapices de seda y terciopelo que revestian las paredes, y las piedras han quedado ocultas bajo enormes helechos. Una ventana que hay en una de las torres orientales, llamada de la reina Leonor, es una muestra de preciosa arquitectura, y aún ahora puede considerarse como una joya del estilo del siglo XIII.

Mas allá de la ciudad de Conway se penetra ya en la region alpina de Gales, si es permitido darla este nombre, y el viajero se pone en contacto con otra fase más antigua de su historia. Las colinas se elevan bruscamente sobre el valle y sobre el mar, presentando algunas de ellas pendientes casi perpendiculares, y forman una gran meseta cortada en diversos puntos, que asciende hasta las oscuras cimas de Carnedd Llewellyn y de Carnedd Daffydd. La montaña de Conway, enorme mole de roca que parece servir de apoyo á las colinas, es como una avanzada de las pendientes pedregosas que preceden al grandioso Penmaenmawr; la carretera que bordea la base de las rocas, y que en algunos sitios se eleva á gran altura sobre el mar, es bien conocida de todos los viajeros por sus magníficos puntos de vista, entre los cuales distínguese sobre todo el que ofrece la bahía de Beaumaris. Ménos conocido, aunque más digno de ser visitado es el sendero que conduce desde la ciudad de Conway, bordeando el distrito montañoso, y por la cima del Penmaenmawr, al pueblo de Llainfarfechan; se prolonga á través de un país escabroso, dominando el valle de Conway y el mar hasta que cruza por detrás del promontorio de Penmaenbach, descendiendo despues para unirse con el camino alto al pié de las rocas Penmaenmawr. Los viajeros que hayan visto los precipicios desde abajo, admirando esta region casi alpina, deben mantenerse en las tierras altas hasta haber dejado atrás la cima del Penmaenmawr, porque todo el paisaje es verdaderamente sublime. Las montañas avanzan hácia el mar presentando tremendos precipicios y escarpadas pendientes pedregosas; las moles de roca cristalina, que han resistido los embates de las tormentas durante tantas generaciones, son magníficas cuando las iluminan los rayos del sol á través de la densa bruma de la mañana; y las pendientes, revestidas de espeso césped, parecen comunicar cierta frescura al paisaje. Una vez en estas montañas, se pasa inmediatamente á una region llena de recuerdos de las mas primitivas épocas de Gales. Aquí, entre el valle de Conway y el mar, es donde se encuentran vestigios mas numerosos de los antiguos habitantes de esta region, tales como anillos y toscas construcciones de piedra, chozas ruinosas, tumbas y líneas de fragmentos de roca, que indican sin duda el lugar donde hubo alguna obra defensiva. En este sitio todo revela al viajero que se halla entre las reliquias de una raza que ya era antigua cuando casi acababa de nacer la dinastía normanda, y hasta cuando comenzaban á dominar los romanos. Una de las fortalezas de que se hace mencion por última vez en la historia de las guerras entre Eduardo I y Llewellyn ocupa la cima del mismo

Penmaenmawr, á mil quinientos piés sobre el nivel del mar, y aún se conserva una gran parte del muro, aunque está construido con piedras sueltas. Situada de este modo, y circuido de pendientes en extremo empinadas, debió ser una fortaleza formidable en aquellos tiempos en que las flechas y las piedras eran los únicos proyectiles conocidos, sobre todo si es cierto, como se asegura, que el fuerte podia contener veinte mil hombres. La guarnicion no debia



*Restos del Salon de banquetes, en el castillo de Conway*

estar nada satisfecha en semejante punto, pues los vientos soplan en este promontorio con extraordinaria violencia, hasta el punto de que un enemigo deberia temerlos casi tanto como á los defensores del castillo, si no más. Los estrechos de Menai y la isla de Anglesea, que semejantes á un gran jardin se extienden al pié de la fortaleza, debieron excitar muchas veces en los centinelas, yertos de frio, vivos deseos de trasladarse á tan agradable lugar, que hubiera sido un verdadero Paraíso para ellos.

El camino nos desvía ahora de la costa, y debemos alejarnos de las puertas de Conway, bordeando el estuario. La línea férrea se ha construido en la orilla derecha, pero el camino que hay al otro lado cruza por sitios deliciosos que todo viajero deberia visitar detenidamente. El castillo, situado en su promontorio de roca, y la antigua ciudad, con sus vetustos

muros, los cuales se elevan sobre la pendiente que hay detrás, forman un conjunto muy pintoresco, que induce al espectador á observarle más de cerca, sobre todo si, por fortuna, hay marea en el estuario. La parte más baja del rio fué famosa en otro tiempo por las perlas que se encontraban aquí; eran sumamente apreciadas de los romanos, aunque Plinio asegura que «por lo pequeñas y descoloridas valian poco,» lo cual no impidió á Julio César mandar hacer con ellas un adorno para la Vénus Genitrix. Hasta se asegura por un autor (cosa improbable) que esta circunstancia fué la que indujo al famoso romano á emprender la conquista de Bretaña, deseoso de hacerse dueño de sus pesquerías. Dícese que entre las joyas de la corona real de Bretaña figura una perla de Conway; pero las que ahora se encuentran apénas tienen valor alguno.

Siguiendo adelante déjase atrás la antigua estacion romana de Caerhun, sus obras de tierra y sus añosos árboles; luégo se pasa por debajo de la roca de Pencaer-helen, coronada por una de las más magníficas fortalezas de Gales, y se cruzan los bosques de Trefriw, con sus ricos manantiales. No se tarda en divisar el pueblo de Llanrwst, que tiene una antigua iglesia y un puente vacilante, y al fin se llega á Bettws-y-coed, el lugar favorito de los artistas ingleses.

Desde Bettws á Capel Curig hay una breve jornada, que es un delicioso paseo por la orilla de la montaña, desde donde se dominan los valles del Lledr y del Conway, y mas allá de Rhayadr-y-Wennol, las cascadas de Swallow, que se consideran como las más hermosas de Gales. El Llugwy, que se desliza entre márgenes cubiertas de espeso bosque y muy empinadas, da tres saltos por un declive de roca de veinte varas de anchura; de modo que se forma como una inmensa sábana líquida que se desliza majestuosamente hasta las profundidades, pero no consiste en esto su principal belleza, sino en los innumerables saltos de agua que se producen segun que la corriente se desliza por la proyeccion de una roca ó se lanza impetuosa por un declive pedregoso.

Cuando se llega á Capel Carig, que se halla al pié del Snowdon, se ha penetrado en el corazon de las altas tierras de Gales. Desde este sitio se divisan los más bellos paisajes de la montaña; profundos precipicios se prolongan desde el pico más alto hasta el punto donde las tranquilas aguas del Glaslyn se ocultan entre las rocas; á la derecha se ve la cordillera cortada de Crib-goch, y en el lado opuesto una estribacion sobre la cual se destaca un grupo de tres picos. Muy cerca de la posada de Capel Curig hay un pequeño torrente, cuyas aguas forman un mar de espuma al caer sobre los peñascos que hay debajo de un rústico puente; este torrente cruza por dos pequeños lagos conocidos con el nombre de Mymbyr, y desde sus orillas, ó situándose en la inmediacion del mismo puente, se puede tomar la mejor vista del Snowdon. Sin embargo, algunas veces queda oculta su cima por densos vapores, y entónces no es fácil distinguirla.

Es más fatigoso escalar el Snowdon desde Capel Curig que por la parte de Llamberis ó Beddgelert, pero en cambio se disfruta de mejores puntos de vista. Si se sube lentamente por el camino alto en direccion á Pen-y-gwryd, que se halla entre los empinados flancos del Gran Glyder y Moel Siabod, se ve toda la verde extension de Nant Gwynant, cuyos pastos

parecen aún más ricos por el contraste que ofrecen con la desolada region que los rodea; y un poco más léjos encuéntrase la cima del Paso de Llamberis. Desde aquí, un sendero pedregoso conduce, franqueando pendientes de roca y pastos de la montaña, á las orillas del Llyn Llydaw, por lo regular siempre silenciosas y solitarias; en las aguas se reflejan las escarpadas rocas del Snowdon, excepto cuando las fuertes brisas que llegan del Atlántico rodean de densos vapores los picos y las crestas de la montaña. Varios angostos senderos, muy escabrosos, conducen desde el Llyn Llydaw á las orillas del Glaslyn, cuyo aspecto es verdaderamente salvaje: este pequeño pantano se halla debajo de la misma cima del Snowdon y está casi del todo rodeado de magníficos precipicios de roca cristalina, de mas de mil piés de altura. En una remota época las nieves se acumulaban aquí á gran profundidad, cuando los glaciares del Snowdon vertian su contenido en los inmediatos valles. Sólo en invierno, cuando las recientes nevadas comunican al paisaje un carácter más alpino y grandioso, se puede formar una ligera idea de lo que debió ser la montaña durante el período glacial. Desde Glaslyn, una senda muy angosta, abierta en la estribacion de la roca, permite llegar hasta la cima de la montaña, y esta es seguramente la parte más agradable de la ascension. Este sendero serpentea entre grandes peñascos, y á un lado y otro se ven enormes moles de roca cristalina de un color azulado, que en algunos sitios forma una especie de toscas columnas, dispuestas en caprichosos grupos, lo cual no tiene nada de extraño, porque esta parte de la montaña no es otra cosa sino una gran extension de lava, que en remotas edades de la historia del mundo corrió desde el cráter de algun volcan extinguido hace mucho tiempo. El franquear este paso no deja de ser empresa algo ardua, aunque no muy difícil, puesto que las señoras han emprendido algunas veces la ascension. Desde la cresta de la montaña se ve perfectamente todo el camino de Llamberis; la cima, á la cual se ha dado el nombre de Y Widdfa, es un cono pedregoso, donde se ve un montecillo formado con piedras, y cerca de él dos cabañas muy pintorescas para descanso de los que emprenden la ascension. Algunos viajeros, amantes de la naturaleza, pasan la noche aquí sólo por tener el gusto de observar la salida del sol.

Si el tiempo es desfavorable, ó el viajero no tiene particular empeño en escalar el Snowdon, puede dirigirse desde el Paso de Llamberis, por una excelente carretera, á las estribaciones del Snowdon y del Gran Glyder, trayecto que segun algunos ofrece muchos atractivos, miéntras que para otros es triste y desolado. Los que opinan de este último modo le habrán visto seguramente en algun dia lluvioso, ó cuando las nieblas parecen cubrirlo todo con un velo, porque esta region ofrece en su conjunto un aspecto magnífico.

Los que se disponen á salir del país suelen preferir otro camino que desde Capel Curig conduce á la costa norte, y despues directamente á Bangor, situado cerca del valle de Nant Frangon, que cruza la parte oriental del Glyders á través de los más hermosos paisajes de Gales. La carretera se prolonga bordeando el Llyn Ogwen, precioso lago circuido de grandes rocas. Mucho más arriba, en el corazon del Glyders, hállase el mal afamado pantano de Llyn Idwal, que segun se asegura toma su nombre de un jóven príncipe, heredero de Owen Gwynedd, asesinado aquí traidoramente por su ayo. Entre las rocas que rodean este pantano, los vientos soplan con inusitada violencia, arremolinando las aguas de tal manera que

parecen las de un océano tempestuoso. Este triste lugar parece seguramente el mas á propósito para un drama sangriento; y cuando la tempestad ruge en la montaña, muy pocos se aventurarian á pasar por él.

Sobre este sitio tenebroso, en medio de las rocas, hay una ancha grieta á la cual ha dado el pueblo el singular nombre de *Cocina del Diablo:* es una especie de profundo y tenebroso desfiladero, de sólo dos varas de anchura, cortado por un pequeño pantano en la parte superior de la montaña. En verano está del todo seco y se puede recorrer sin temor alguno; sus inmensas paredes de roca negra, elevándose á gran altura, no dejan de tener cierto carácter grandioso, particularmente por el contraste que ofrecen con la estrecha faja de cielo azul que hace las veces de techo; las rocas inmediatas parecen accesibles é invitan al viajero á trepar por ellas para escalar el Gran Glyder, porque están cubiertas de saxífragas y helechos, restos de la antigua flora.

Debajo de Llyn Ogwen se extiende el fértil valle de Nant Frangon, cuyo principal atractivo consiste en su aspecto salvaje. Dícese que su nombre significa Valle de los Castores, nombre que podria estar muy bien aplicado, puesto que el sitio parece propio para la residencia de esa especie animal, que segun el profesor Boyd Dawkins, habitaba todavía en el Teivi cuando Giraldo Cambrensis, acompañado del arzobispo Balduino, en 1188, recorrió el país de Gales en busca de voluntarios para la primera Cruzada.

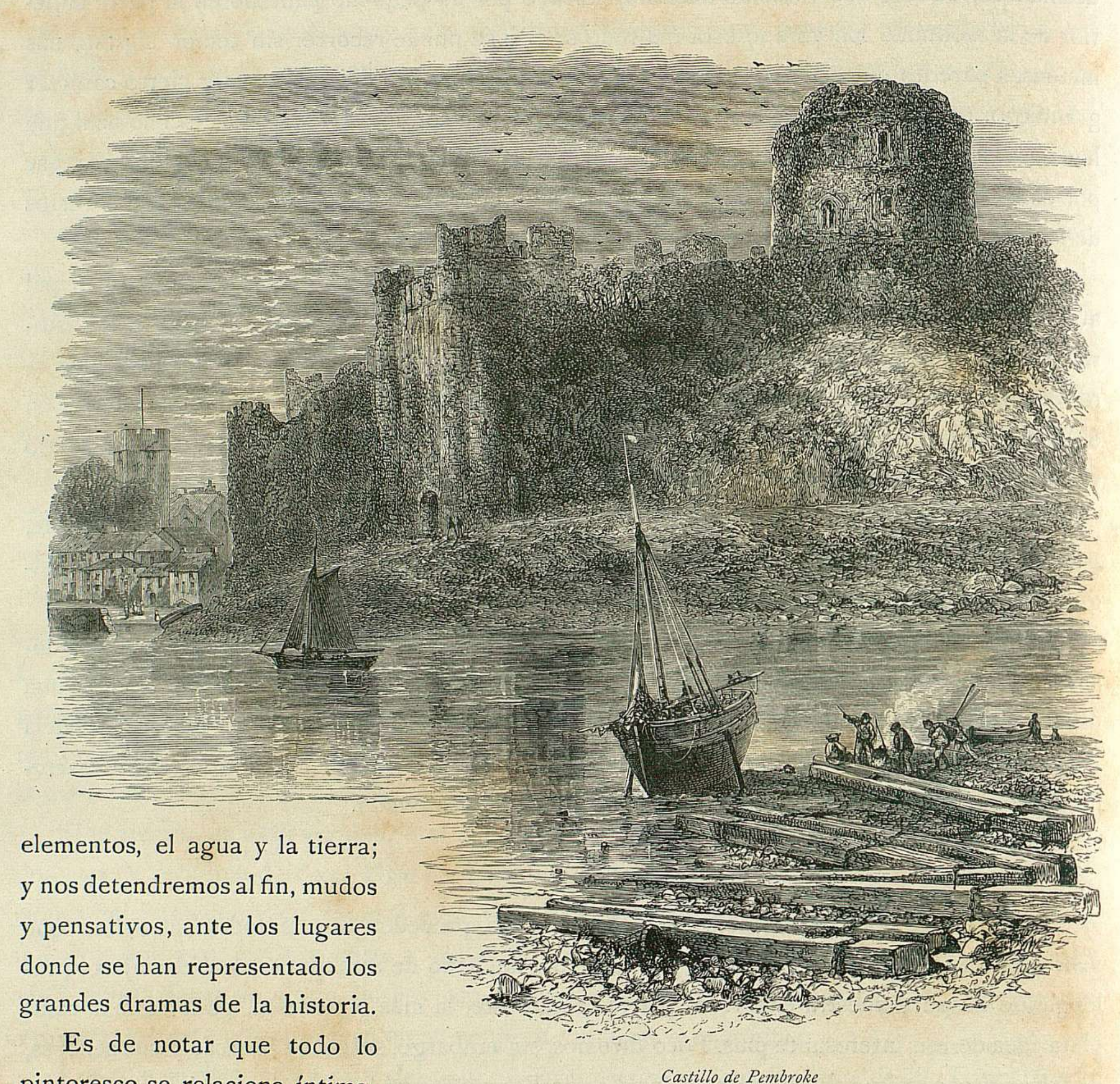
En la estribacion de la montaña se ven profundas excavaciones y restos de toda especie, pues aquí estaban las célebres canteras de pizarra de Bethesda, de mucho más valor que algunas minas de oro, puesto que sus productos parecen inagotables.

Terminamos nuestra primera excursion en el estrecho de Menai, sombreado por frondosos árboles, cuyo follaje agitan de continuo las brisas del Océano; aquí podemos dirigir una última mirada á la gran cordillera del Snowdon, desde los jardines que se prolongan hácia Anglesea, donde la camelia florece sin temer las nevadas, donde el mirto prospera, desarrollándose vigoroso, y donde la fuchsia forma cercas de esmeralda.

## II

Acabamos de recorrer el norte de Gales, y para proceder con método, natural es que visitemos ahora la parte sur de este poético país, tan lleno de atractivos para el viajero, prolongando despues nuestra excursion por la costa oeste, la más pintoresca, para formar completa idea de ese interesante país. Poco diremos, sin embargo, sobre las Marcas y sus señores, ni sobre la encarnizada lucha que en los dias de Eduardo regó con sangre tan hermosa tierra. Cuando nos ocupemos del asunto será sólo incidentalmente, al pasar por sitios como Gwenwyn, las Landas de Powys, la «Antorcha de Pengwern» y el Castillo de Guardia Dolorosa; pero al recorrer esta region no olvidaremos nunca los elogios que Enrique II hacia, en su carta al emperador griego Commeno, al hablarle del temerario arrojo de los habitantes de este país. En la presente excursion vamos á seguir la magnífica línea de costas que se extiende entre la desembocadura del Severn y la bahía de Santa Brida; con un pié en el mar y otro en la playa, ora inclinándonos hácia tierra, ora inmóviles en la orilla, y aventu-

rándonos á veces en las mismas olas, pasearemos nuestra mirada por el interior del país, admirando tan pronto las obras de Dios en las cavernas y las rocas, como las obras del hombre en los castillos y abadías. Despues, tomando las alas del ave marina, tenderemos el vuelo sobre las alturas para contemplar escenas naturales de majestuosa belleza; vagaremos entre los repliegues de la costa, de ese campo de batalla donde luchan perpetuamente dos poderosos elementos, el agua y la tierra; y nos detendremos al fin, mudos y pensativos, ante los lugares donde se han representado los grandes dramas de la historia.

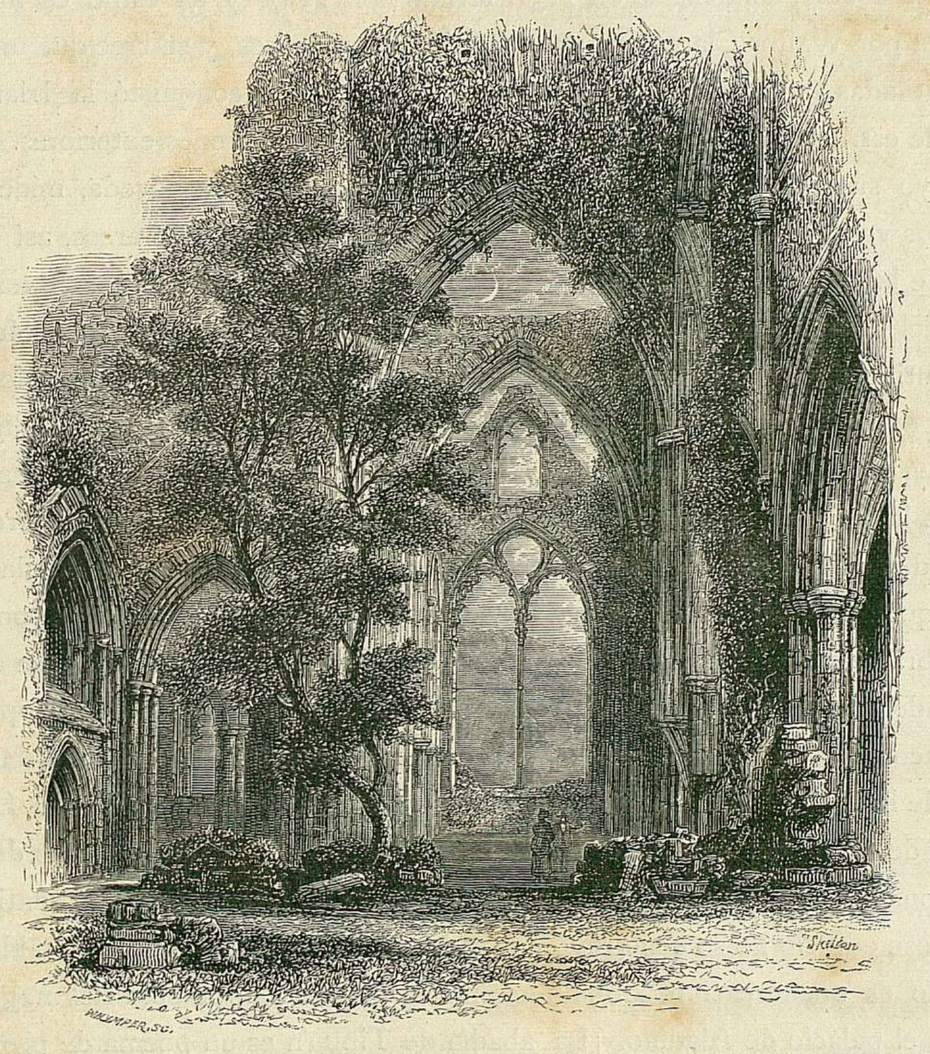


*Castillo de Pembroke*

Es de notar que todo lo pintoresco se relaciona íntimamente con las obras humanas, por lo mismo que éstas se hallan en estado ruinoso. Un castillo normando, tal como le encontramos hoy dia, tiene ahora seguramente para el historiador y el novelista más atractivo que en la época de su primitivo esplendor. El tiempo, que pone á prueba todas las cosas, reviste con adornos naturales de melancólica belleza esos recuerdos del pasado que han sobrevivido á su objeto primordial, y cuyas ruinas se conservan para demostrarnos cómo vivian y se conducian los hombres en las épocas que nos precedieron. Las necesidades de los que erigieron el castillo normando eran sin duda más poderosas que

la construccion misma, y sin embargo, las reliquias de ésta sobrevivieron á aquellas. Siempre se experimenta una emocion profunda al contemplar esas formas flotantes de la vida, que magníficas en su época, se desvanecieron con esta, y que inspirándonos el deseo de conocer el pasado, nos hacen amar nuestro país desde que comenzamos á leer las primeras páginas de su historia.

Emprenderemos nuestra excursion saliendo de Gloucester: la ciudad de este nombre, la



*Nave de la iglesia de Tintern*

de Tewkesbury y la de Cheltenham forman un triángulo de plazas dentro del área del valle de Gloucester; despues de pasar de Cheltenham, dejando atrás la elevada y graciosa torre de la catedral de Gloucester, sobrepuesta de cuatro espiras, miramos con el pensamiento la isla de Olney, teatro de la lucha entre Edmundo y Canuto, cuando se disputaron un reino, y hacemos alto en Leckhampton, en las colinas de Costwold, á dos millas de Cheltenham. Desde aquí vemos la Chimenea del Diablo, que ofrece asunto más bien para el pincel que para la pluma: es una formacion de roca, tan grotesca como fantástica, pero que debe tener mucho atractivo para el artista. La reputacion del príncipe de las Tinieblas como arquitecto natural queda bien sentada aquí, pues á él se atribuye la produccion de esta monstruosidad tan caprichosa.

Llegados á Chepstow, la naturaleza nos presenta un cuadro altamente pintoresco: una parte del sinuoso rio Wye se desliza cual una faja de plata bordeada por el más risueño paisaje que se pudiera encontrar en Inglaterra.

A pocas millas mas allá de Chepstow, en una lengua de tierra llana, bañada por el Wye y circuida de colinas y bosques, hállase la abadía de Tintern, cuyo solo nombre, expresivo y melodioso, caracteriza propiamente una de las más encantadoras ruinas de Bretaña. La construccion de la abadía, comenzada en 1131, terminó en 1287, y su estilo es muy primitivo. Fué fundada por Walter Clare para unos monjes cistercienses, y se cree que una de las tumbas más mutiladas es la de Ricardo Strongbow, que en 1172 conquistó la Irlanda. Todo el edificio es de estructura cruciforme, y aun se conservan las paredes exteriores. La abadía de Tintern, cuyo suelo es de toba, y que tiene por techo la celeste bóveda, mide una longitud de doscientos veintiocho piés. Aún se conservan las columnas y los arcos, así como algunas esculturas de la más delicada ejecucion, y todavía subsiste tambien la suntuosa ventana de la fachada del Oeste, que se halla en muy buen estado. El paisaje que se ofrece á la vista desde ese antiquísimo edificio no puede ser más admirable, pudiéndose decir lo mismo de la posicion; y en cuanto á las ruinas, apénas se hallarán en el país otras que las igualen por su mérito. Cerca de ellas se ven los restos del Hospicio y de la casa del abad. Por su estilo ligero y elegante á la vez, estas construcciones son un precioso modelo en su género; Tintern se puede considerar como una verdadera preciosidad, y comprendiéndolo sin duda su actual poseesor, el duque de Beaufort, procura su conservacion por todos los medios posibles. Pocas veces se habrá ideado en el arte arquitectónico nada más bello que Tintern; su estilo es puro, casto, delicado, expresivo y de un misticismo encantador. La fachada principal, la ventana del Este, el coro, los arcos puntiagudos y las columnas revelan claramente el buen gusto y la delicadeza de la construccion, que se manifiesta igualmente en el conjunto. La hiedra, esa planta hija de la lluvia, comunica un carácter más melancólico á los restos de la abadía de Tintern; y por poco que el observador se dejase llevar de la fantasía y del sentimiento, pareceríale que ese edificio no se construyó por el hombre segun las reglas establecidas por el arte, que no es una creacion de los humanos, y que tal vez fué obra del mágico arquitecto que levantó el palacio de Aladino. ¡La abadía de Tintern es un poema de piedra! Véase lo que dice Hawthorne al hablar de este edificio:

«Ni el coliseo, ni las tumbas de la Vía Apia, ni los más vetustos pilares del Forum, ni ninguna otra ruina romana, por mutilada que esté, podrá ofrecer nunca el aspecto de venerable antigüedad que presentan las paredes grises de una abadía ó castillo de Inglaterra.» Las ruinas de que acabamos de hablar confirman en un todo las palabras de ese escritor, y en nuestra presente excursion veremos otras antiguas construcciones que nos demostrarán palpablemente la exactitud del aserto.

Despues de Tintern, el castillo de Raglan, con sus torres de color gris revestidas de hiedra, es lo que debe llamar nuestra atencion. Las primitivas partes de esta poética fortaleza datan de la época de Enrique V, y á pesar de su estado ruinoso, es una de las ruinas más majestuosas que se conocen. En su juventud, Enrique VII pasó aquí algun tiempo bajo la

vigilancia de sir William Herbert, que fué más tarde conde de Pembroke. Parte de la arquitectura del castillo es del tiempo de Eduardo IV, habiéndose hecho varias reparaciones en la época de los Tudors. La «Torre amarilla de Gwent» corresponde á la parte más primitiva de la construccion.

En el castillo de Raglan nació aquel Eduardo Somerset, más tarde marqués de Worcester, autor de la «Centuria de los Inventos.» Durante la guerra civil, Raglan fué sitiado y tomado por Fairfax, en 17 de agosto de 1646: el castillo se defendió valerosamente gracias á los esfuerzos de aquel intrépido realista, quinto conde y primer marqués de Worcester, que á pesar de sus ochenta y cinco años justificó su orgullosa divisa *Mutare vel timere sperno.* La guarnicion constaba de ochocientos hombres, y el anciano guerrero resistió largo tiempo con el mayor arrojo y abnegacion. Sus sacrificios por la causa real fueron enormes, mas á pesar de esto, su hijo no recibió recompensa alguna de la real casa á que ambos habian servido con tan buena fe. Despues del sitio Raglan fué demolido en cuanto lo permitió su duro material, y desde entónces nadie le habitó: ahora pertenece al duque de Beaufort. La posicion de esta antigua fortaleza, rodeada de hermosos árboles, es magnífica; aún se reconocen las brechas mortales que abrieron los cañones de Fairfax, pero esto no impide que Raglan sea todavía espléndido, pintoresco y romántico.

El llano de Neath, por donde se avanza despues, sumamente pintoresco, tiene todo el carácter de un verdadero valle, pues las colinas le cierran graciosamente por todos lados; los árboles parecen interceptar la entrada con sus espesas copas, y un cristalino rio se desliza por el centro susurrando dulcemente, pero llegado á cierto sitio salta sobre un precipicio de rocas de considerable altura, formando la cascada que llaman de Cil-Hespte, que es sumamente pintoresca: todo el paisaje es digno del pincel de un artista. Neath está cerca del mar, y el rio nos conduce por un paso natural á Swansea.

Cerca de Swansea hállase la estacion balnearia de Mumbles, de la cual se han alejado los bañistas, á quienes molestan al parecer los trabajos de las minas de carbon y de cobre: la bahía de Mumbles se asemeja mucho, segun dicen algunos, á la de Nápoles, mas yo no lo creo así, aunque no puede negarse que reune las mejores condiciones. En un alto promontorio elévase el faro, y no léjos de aquí se ven las rocas de Mumbles: centenares de embarcaciones buscan en estas aguas un refugio cuando las sorprende el temporal, ofreciendo el más agradable golpe de vista á los que pasean por este sitio; enormes olas se estrellan contra el faro, resolviéndose en blanca espuma; cerca de las rocas se ven peligrosos remolinos; y en algunos parajes, algunos pabellones rotos, cuerdas y restos de embarcaciones que han naufragado, indican tristemente que no basta el faro para evitar aquí un desastre.

Avanzando por el interior, el viajero llegará pronto á Llandeilo, pueblo situado cerca de Caermarthen, desde donde, despues de recorrer un camino muy montañoso, se puede ir á ver las ruinas de otro magnífico y antiguo castillo, el de Carreg Cennen: el sendero que á él conduce es algo difícil de encontrar, ó al ménos parece serlo al principio, y empléase más de una hora ántes de llegar al punto deseado, pero una vez conseguido esto, la vista de la fortaleza hace olvidar la fatiga, y al acercarse créese ver uno de esos antiguos castillos que coronan

alguna de las pedregosas colinas situadas entre Roma y Nápoles. Desde léjos, esta ruina no se distingue apénas de la roca, pues el castillo parece haberse fosilizado en ella. Por la parte del Norte, la montaña presenta una pendiente de doscientos piés poco más ó ménos; pero en la del Sur las paredes de la fortaleza tienen por base un peñasco de quinientos piés de elevacion. El castillo de Carreg Cennen está completamente aislado en una altura, y á su alrededor elévanse, formando círculo, algunas verdes colinas, varias de ellas cultivadas hasta la cumbre, como se observa en los Alpes suizos, miéntras que otras, estériles y completamente desnudas, sólo presentan capas de caliza.

El castillo de que hablamos, en otro tiempo muy grande, y de no escasa importancia, debió ocupar ántes una vasta extension : sólo se conserva una torre redonda; todas las demás partes son angulares, y aunque se hallan en estado muy ruinoso, un buen arqueólogo podria reconocer el primitivo plano de la construccion y determinar los detalles de todo el edificio. Esta fortaleza, donde en otro tiempo se ejercieron impunemente sin duda la odiosa tiranía y la crueldad, debió ser inaccesible en la nefanda época del feudalismo; una gran parte de la mampostería ha caido ya y el patio interior está lleno de escombros, entre los cuales crece divinamente la yerba. Esta fortaleza, que no debe ser anterior á la época de Enrique III, tiene un estrecho pasadizo llamado vulgarmente el «Pozo», que debió ser en su tiempo alguna escalera secreta para llegar á una salida situada en la pendiente Sur de la roca, que es muy escarpada; en esta parte, la hiedra crece en abundancia, y visto el conjunto desde abajo, parece sumamente pintoresco. Desde esta roca fuerte se domina el llano de Towey y el Parque de Dynevor. Este castillo no tiene historia, y por eso sus leyendas míticas son pobres, careciendo de todo interés; aquí no hay más novela que la naturaleza, pero en cambio la posicion de Carreg Cennen es magnífica, y nada más delicioso que una excursion por estos sitios. Cierto que aquí podria desarrollarse ese espíritu fantástico que presta vida á los que dejaron de existir, resucitando los hechos pasados, pero más propios son para esto aquellos sitios que fueron teatro de escenas dramáticas y morada de grandes hombres.

Caermarthen, localidad que hemos citado ántes, evoca el recuerdo de un nombre querido en las letras, el de Ricardo Steele, que falto de salud y de recursos, se retiró á vivir á la Casa Blanca de Llangunor, donde murió en 1729: sus restos mortales fueron depositados en una bóveda de la iglesia de San Pedro en Caermarthen.

En la Gales del Sur está muy generalizado todavía el uso del coracle, la más primitiva de todas las embarcaciones conocidas, y en ninguna parte se ven tantos como en Caermarthen. Son unos botes de cuero que se pueden doblar y conducir á cualquier parte, pues pesan muy poco; á causa de su reducido tamaño sólo admiten un tripulante, el cual maniobra con un solo remo, y si se quiere llevarlos por tierra de un punto á otro, se cargan á la espalda sujetándolos con una correa que se cruza por delante del pecho. Cuando diez ó doce hombres conducen de este modo sus coracles, vistos desde léjos parecen gigantescas arañas. Los pescadores manejan esta singular embarcacion con esa destreza y seguridad que sólo se adquieren con una práctica de toda la vida; pero dícese que es muy insegura, y que si álguien intentase navegar en ella sin estar muy acostumbrado á su manejo, no tardaria en naufragar. En

la última regata de Caermarthen tomaron parte diez coracles, y sólo uno pudo cumplir con las condiciones exigidas para obtener el premio. Es muy curioso ver en uso todavía una embarcacion que se empleaba ya mucho ántes de que los romanos llegaran á estas islas.

Dos antiguos cronistas, uno de la época de Enrique II y el otro de la de Enrique VIII, han dejado interesantes relatos sobre Gales; el primero, Giraldo de Barri, ó Giraldus Cambrensis, nacido en Manorbeer en 1146, escribió el *Itinerarium Cambriæ;* el segundo, Juan



*Una vista de Tenby*

Leland, el conocido anticuario, vivió á principios del siglo XVI y se distinguió tambien por sus notables trabajos.

El «Viaje histórico por Pembroke,» escrito en 1811 por Ricardo Fenton; la «Historia de Monmouth,» por David Williams, fechada en 1796; y la «Excursion histórica por Monmouth,» por William Coxe, son libros interesantes y útiles para quien quiera conocer la historia de Gales.

Entre los diversos castillos que se encuentran en el país, el de Coch se puede considerar como uno de los más notables, y tuvo en otro tiempo gran importancia, cuando era costumbre encender hogueras en los puntos culminantes para anunciar que algun peligro amenazaba al país. Del castillo de Coch salió Owen Glendower cuando fué á incendiar Llandaf y asolar el país de Cardiff; y de aquí partió tambien Ivor Bach cuando se puso al frente de la ex-

pedicion que estuvo á punto de recobrar aquel distrito, despues de tomarle los normandos. Gwenwyn, el «Lobo de Plinlimmon», fué señor del primitivo castillo de Coch, extraña construccion de piedra roja, que fué reemplazada por el presente castillo. Este último data probablemente de la época de Enrique III, y hoy dia es una ruina magnífica, de cuya restauracion se ha encargado el conocido arquitecto Mr. Burges. Por desgracia, el actual propietario no quiere que se haga la obra por completo, habiendo mandado que se dejen intactas dos de las antiguas torres.

El castillo de Coch se eleva en el lado de una colina cubierta de la más rica vegetacion, y tan interesante es el sitio bajo el punto de vista arqueológico como por la belleza de sus alrededores. Los peregrinos del arte no se arrepentirán de haber visitado el castillo de Coch.

Tenby es tal vez la más deliciosa estacion balnearia que hay en Gales, en opinion de algunos superior á Aberystwith. La ciudad está perfectamente situada junto á una bahía, y cerca se ve un promontorio pedregoso que se prolonga graciosamente hácia Caermarthen, presentando en su centro las ruinas del castillo. Las arenas son suaves y el clima benigno, pero el país que se extiende detrás de la ciudad parece algo triste y árido.

En tiempo de Enrique VIII, Tenby era una plaza de cierta importancia comercial, muy rica por su tráfico, pero ya dejó de florecer en este sentido.

Enrique de Richmond, despues Enrique VIII, estaba en Tenby cuando huyó para refugiarse en Bretaña. La iglesia fué edificada en 1250, y aún conserva una gran parte de la primitiva construccion inglesa; sus espiras sirven de señal á los buques. Esta iglesia contiene los monumentos fúnebres de los Blancos, gran familia de mercaderes de Tenby en la antigüedad, familia que tiene alguna semejanza con la de los Fuggers de Augsburgo. Uno de sus individuos era corregidor cuando Enrique Richmond salió de Inglaterra para escapar de Ricardo III, y como el buen ciudadano ayudó al futuro rey, recibió en recompensa algunas tierras de las inmediaciones, pertenecientes á la Corona. Las rocas de caliza y las orillas que se extienden al rededor de Tenby forman un conjunto muy pintoresco; y en cuanto á la localidad, tiene bastante historia para no dejar de ser interesante. Aún se conserva una parte de los antiguos muros.

A pocas millas de Tenby está el bonito pueblo de Lydstep, famoso por sus cavernas; estas no se pueden visitar sino en ciertos períodos de la marea, pero si se llega en tiempo oportuno, la vista puede recrearse en un cuadro de salvaje grandiosidad. Un inmenso arco de la más tosca piedra forma la entrada; en último término se ve una enorme roca, y el fondo está cubierto de peñascos, contra los cuales se estrellan furiosamente las olas que llegan del mar, formando torrentes de blanquísima espuma. El cielo tiene sobre estas cavernas un marcado color gris y siempre parece tempestuoso; el vapor de agua cubre las pendientes de la roca y el interior de la gruta; el agua que alcanza este seguro refugio se calma un poco, aunque agitada todavía por su reciente lucha contra los obstáculos que ha encontrado al paso. Toda la costa que se extiende al rededor de Tenby, singularmente pintoresca, está sembrada de estas cavernas, á las cuales van con frecuencia los muchachos para recrearse en

la pesca. En las alturas se divisa una antigua torre que sirve para hacer señales cuando un buque está en peligro.

Despues de recorrer las grutas se debe ir á ver el castillo de Pembroke, cuya magnífica doble torre se destaca majestuosa sobre las pintorescas ruinas. En su «Excursion histórica por Pembroke,» publicada en 1811, Ricardo Fenton dice que este castillo, que presenta varios estilos de arquitectura, ocupa una posicion envidiable, sobre todo para la vigilancia y la defensa, y que por tales condiciones puede competir con todas las construcciones de este género conocidas en Gales, si no aventajarlas. Segun nos dicen los arqueólogos, el primitivo plano de la fortaleza data de la época de Enrique I; fué construido por Arnolfo de Montgomery y se relaciona con el título de la larga sucesion de los condes de Pembroke. En la segunda guerra civil, Cromwell puso sitio al castillo y lo tomó, con cuyo motivo escribió la siguiente carta anunciando su victoria:

«Al honorable caballero Guillermo Leuthall, orador de la Cámara de los Comunes.

»Pembroke, 11 julio 1648.

»Muy señor mio: La ciudad y castillo de Pembroke se han rendido á mis armas en este dia, siendo el 11 de julio, bajo las condiciones que aquí le incluyo adjuntas. No puedo especificar cuántas armas, municiones, víveres y material de campaña hay en la ciudad, pues los comisionados que envié para hacerse cargo de todo no han vuelto aún, ni es probable que vuelvan pronto, y no he querido diferir el momento de daros cuenta de esta merced.

»Las personas exceptuadas son de las que primeramente os sirvieron en una muy Buena Causa, mas habiendo apostatado, las designé con preferencia á aquellas que siempre estuvieron por el rey, considerando que su iniquidad es doble, pues han pecado cerrando sus ojos á la luz y rebelándose contra la marcada proteccion de la Divina Providencia al favorecer una Justa Causa en que ellas tenian participacion.

»Soy, como siempre, vuestro humilde servidor

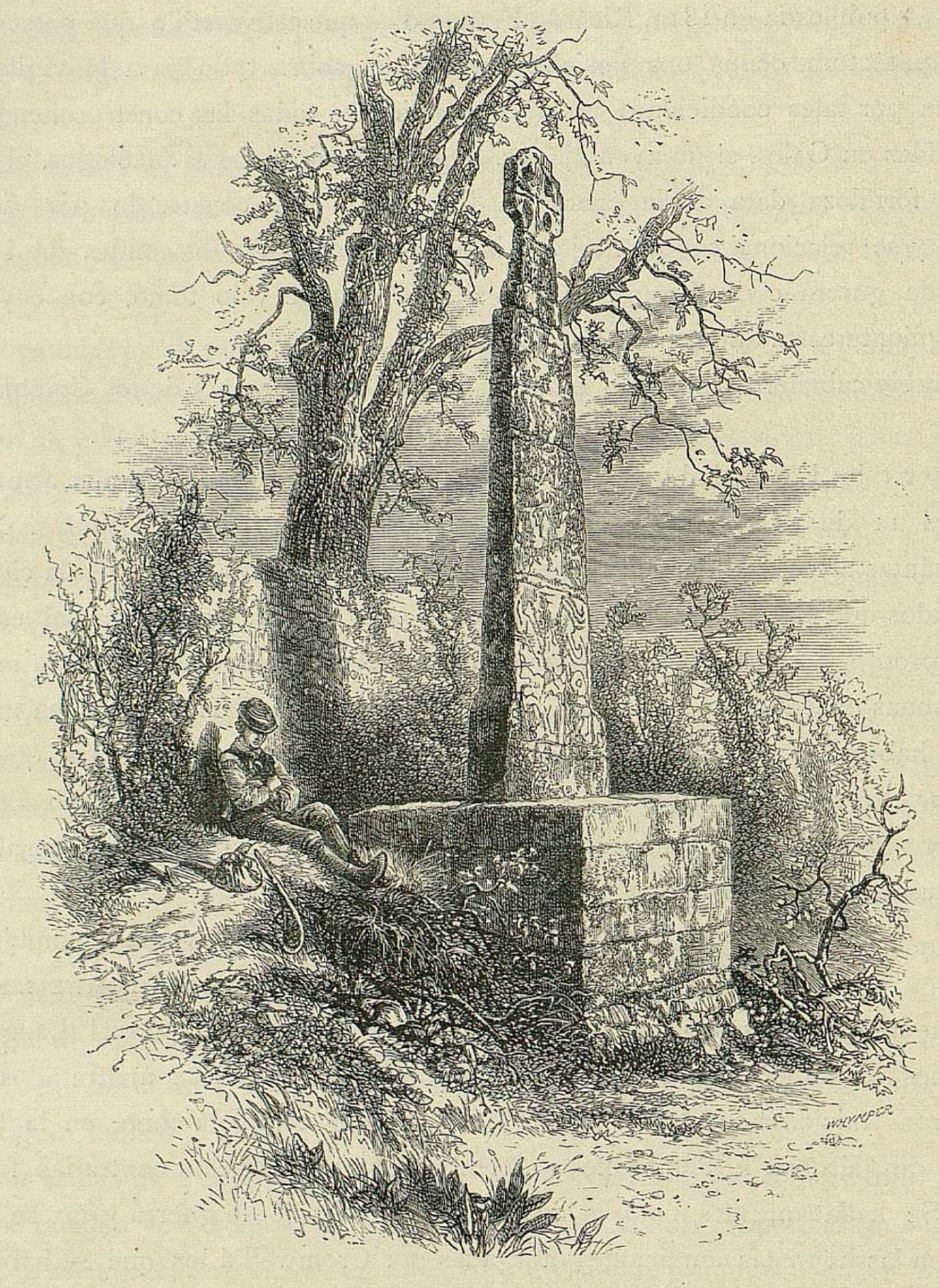
»Oliverio Cromwell.»

Las «personas exceptuadas» eran el coronel Poyer y el Mayor general Laugharne, los cuales, despues de haber sido oficiales del Parlamento, creyéndose maltratados por este cuerpo, hicieron traicion á sus banderas; derrotados luégo completamente en la batalla de Saint Fagan, dirigiéronse á Pembroke y defendieron esta posicion contra las fuerzas del Parlamento. Se hallaban, pues, bajo la accion de un consejo de guerra y no se les podia comprender en las honrosas condiciones otorgadas por Cromwell á los que se habian batido en defensa del rey por su propia conviccion. Ambos fueron enviados á Lóndres y se les condenó á muerte, pero el Parlamento resolvió perdonar á uno, permitiendo que se echaran suertes. Se hicieron dos papeletas, una en blanco, que era la fatal, y otra en que se escribió «Vida dada por Dios.» Un niño las sacó de la urna, y la suerte condenó á Poyer á morir. Fué fusilado el 25 de abril de 1649 en Covent Garden, y murió «muy contrito.»

Durante el sitio, que se retardó á causa de no haber llegado á tiempo la artillería de los sitiadores, Cromwell vivió en Welstown, una casa perteneciente á Walter Cuney. Fenton dice que se conservó allí hasta 1811 un tapete blanco festoneado de carmesí que el Protector

salpicó de tinta al escribir sus partes y órdenes; pero es de creer que esta reliquia habrá desaparecido ya.

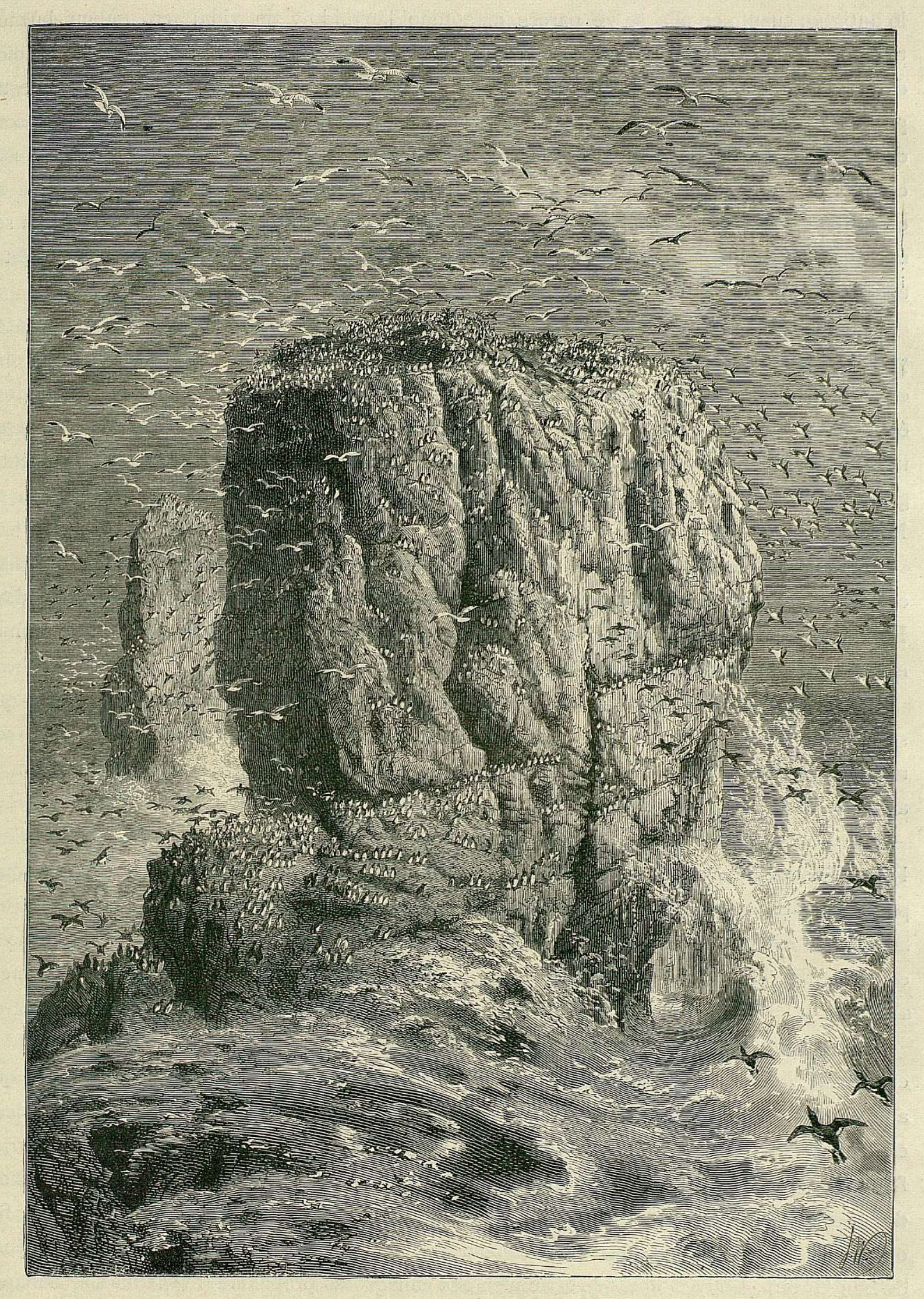
En el castillo se reconocen aún marcadas señales del sitio de Cromwell: la curiosa gruta de Wogan, que se supone debia servir de salida de escape, se puede ver aún desde fuera.



*Cruz en Carew*

Enrique VII, hijo de Edmundo, conde de Richmond, que era el hijo mayor de Owen Tudor y de Catalina de Francia, viuda de Enrique V, nació el 21 de enero de 1456 en el castillo de Pembroke, que entónces pertenecia á su tio Jasper, conde de Pembroke: en 1461 el castillo y el condado fueron transferidos á los Herberts. La madre de Enrique era Margarita, hija única de Juan de Beaufort, duque de Somerset, cuyo padre era el hijo mayor de Juan de Gante, duque de Lancaster, hijo de Eduardo III.

La ciudad de Pembroke, aunque pequeña y triste, tiene todo el atractivo que comunica



*Rocas de las Gaviotas*

lo antiguo; cuanto en ella se ve parece monótono, lánguido y sin vida; pero en sus buenos tiempos, en remotas épocas, siempre reinaba allí la mayor actividad y animacion. Podríamos decir que la ciudad sólo tiene ahora una calle, que se corre por una especie de cuesta, prolongándose hasta una caleta; pero esto no impide que Pembroke presente todo el aspecto de una ciudad del antiguo mundo, siendo sobre todo interesante por su proximidad al vetusto castillo. A dos millas de Pembroke está el arsenal de este nombre, ó Pater, donde se construyen poderosos buques de guerra segun los más modernos adelantos. No deja de ser una curiosa transicion pasar desde un antiguo castillo normando á un arsenal de nuestra época.

Una excursion por la línea de costas de Gales del Sur, como por ejemplo entre Swansea y Saint David, ofrece el mayor encanto, sobre todo por la variedad. La inmensidad del mar es en todas partes el fondo del cuadro, pero todo lo demás cambia de continuo, debiéndose esto en parte á la irregularidad de la costa. Si se avanza hácia Puerto Eymon no se tarda en llegar á las profundidades de la gran bahía de Caermarthen; Saint Gowan se proyecta á gran distancia en el mar, y desde aquí se pasa á la bahía de Freshwater, al puerto de Mildford y Santa Brida.

A lo largo de toda la costa se ven pueblecillos pescadores, pequeñas ciudades, iglesias, castillos y monumentos de las épocas pasadas, mezclados con las viviendas de nuestros dias. El artista y el escritor encontrarian aquí sobrado asunto para sus trabajos; no tendrian más molestia que la de escoger, con la seguridad de que todo es interesante.

En Carew, célebre por su «Castillo de Carey», hay una cruz de catorce piés de alto que se supone ser de orígen sajon ó danés; tiene varias esculturas que, segun se dice, son rúnicas, y tambien algunas inscripciones, pero ilegibles ya. Esta antiquísima reliquia llama la atencion de todos los viajeros.

De Carew se refiere una curiosa anécdota. El señor de la localidad era el caballero Rhys Thomas, de cuya fidelidad llegó á dudar Ricardo III, no sin motivo, pero aquel pudo disuadir al tirano diciéndole: «Si algun enemigo de V. M. se atreviese á desembarcar en la parte de Gales donde yo ejerzo el mando, tendria que pasar sobre mi cuerpo.» Cuando el conde de Richmond se presentó para ocupar la localidad, el caballero Rhys cumplió su promesa al pié de la letra, pues se echó en tierra, invitando al conde á pasar sobre su cuerpo ileso.

En medio del magnífico paisaje de esta costa, una de las cosas que más excitan la curiosidad del viajero es la roca conocida con el nombre de «Cabeza de San Gowan,» que aún se conserva en bastante buen estado para seguir mereciendo este nombre: elévase á ciento sesenta piés sobre el nivel del mar y es notable por su grieta, así como por su fantástica aguja de caliza, que se asemeja á una figura humana, presentando su cima la forma de una cabeza. En esta roca hay una capilla y una celda, que segun dice la leyenda, fué ocupada por Sir Gawaine, uno de los caballeros de Arturo, cuando perdió su amada. El pozo de San Gowan, á cuyas aguas se atribuyen aún milagrosas propiedades curativas, se halla un poco más abajo de la capilla del santo; las olas que se estrellan contra sus bordes de roca saltan furiosas, resolviéndose en blanca espuma.

Cerca de San Gowan está el Salto del Cazador: cuéntase que el que franqueó con su caballo este peligroso paso á través del profundo abismo, al reflexionar despues tranquilamente sobre lo que habia hecho, murió sobrecogido de un terror imaginario. En efecto, sólo la vista de aquel precipicio basta para infundir espanto; la caida de un hombre y un caballo desde una altura cuyo solo aspecto produce el vértigo, seria una cosa verdaderamente horrible de ver.

Como es natural, algunos viajeros han tenido la curiosidad de buscar datos referentes al hecho que acabamos de citar, deseando saber quién fué el desesperado jinete y qué le impulsó á un acto tan temerario, exponiendo locamente su vida; pero en ninguna crónica ni libro antiguo han encontrado nada que les ilustre sobre el particular. La leyenda recuerda el salto, pero ha omitido citar el nombre del individuo, la fecha y la causa del hecho, y por lo tanto es preciso divagar en el campo de las suposiciones. ¿Seria el jinete algun temerario cazador? ¿Era por ventura un hombre impulsado por amorosa pasion, por los celos ó la sed de venganza? ¿Estaria desesperado, como lo estaba Hamilton de Bothwellhaugh? ¿Huia tal vez de algun peligro tan mortal que en comparacion le pareció poco la espantosa profundidad del horrible abismo? ¿Le cegaba la alegría? Nadie lo sabe; la tradicion del hecho existe, pero el nombre del héroe se ha legado al olvido. El salto del cazador podria ser, despues de todo, puro cuento, inspirado en la localidad sólo por la presencia del peligroso abismo.

Cuando el viajero se aleja de este famoso sitio, la brisa del mar comienza á refrescar su rostro, y de repente oye resonar los gritos agudos y discordantes de las aves marinas, tan repetidos que producen un verdadero estrépito. Es porque se acerca á las Rocas de las Gaviotas, donde estas aves se reunen formando bandadas innumerables. Libres en cierto modo de la persecucion del hombre, en su guarida de roca, multiplícanse de una manera que pareceria increible si no se viera. Sus gritos y sus contínuas idas y venidas prestan no poca animacion al sitio, que ya de por sí ofrece un singular carácter de imponente agitacion: oscuras nubes de color de plomo encapotan aquí siempre el cielo; las aguas parecen hervir; y diríase que aquí se ha enseñoreado la tempestad. La naturaleza se muestra aquí grandiosa en el más alto grado; los sonidos y el golpe de vista imponen á la vez como un religioso temor, y por indiferente que sea el viajero no puede ménos de experimentar una impresion profunda al contemplar esas rocas.

Las eternas bellezas naturales, los antiguos monumentos ó reliquias de la antigüedad y los recuerdos históricos de las pasadas guerras, son las cosas que más excitan el interés en Gales. En la época trascurrida entre la Edad media de este país y los tiempos modernos figura el período de la gran Guerra civil, de la lucha entre Puritanos y Caballeros; y en medio de la accion, en el esplendor de la victoria, vemos una de las más grandes figuras de la historia inglesa, la de Oliverio Cromwell. El gran general puritano triunfó en Gales, como en los demás puntos, de aquel espíritu peligroso, aunque no siempre innoble, que excitaba á los antiguos caballeros á defender siempre la idea abstracta de la monarquía.

Hemos evocado la sombra de Cromwell, y ahora debemos invocar tambien el espíritu de Shakspeare; entre estos dos espectros gigantes elévase, más humilde y modesta, la figura de

Steele, gran político y escritor en los dias de Guillermo y de la reina Ana, el hombre á quien tanto apreció Adisson, el enemigo de Swift.

En la presente narracion descuella tambien otra gran figura, la de Enrique VII: ya sabemos que Pembroke fué el lugar de su nacimiento; le hemos visto huir del odio temible de Ricardo III, escapar de Tenby gracias al auxilio de un Blanco, y podemos seguirle una vez más, cuando desembarca, en 7 de agosto de 1485, en el puerto de Milford, á donde iba para luchar por la corona de Inglaterra contra el feroz tirano, el asesino de los hijos de Eduardo, de Enrique VI, de Clarence, de la hija de Warwick, de la viuda de Eduardo, príncipe de Gales; de Hastings, de Buckingham, de Rivers, de Grey y de Vaughan. De aquí tomó asunto Shakspeare para componer su *Ricardo III*, siendo de notar que uno de los partidarios de Enrique VII, que tomó parte en la batalla decisiva de Bosworth, fué virtualmente el primer jefe de la familia del gran poeta, que nació ochenta años despues de aquella memorable jornada.

Aquí terminaremos nuestra excursion, que seguramente no habrá parecido demasiado larga ni enojosa á nuestros lectores, puesto que con las bellezas naturales y los recuerdos históricos hemos asociado las imágenes de grandes hombres, amenizando así nuestras páginas. Lo mismo el artista que el poeta, así el amante de la naturaleza como el viajero más indiferente, conservarán sin duda, despues de tan agradable viaje, el más grato recuerdo de la Gales del Sur, de ese noble país donde lo romántico se auna con lo pintoresco, ejerciendo el más poderoso atractivo.

Pasemos ahora á la costa oeste, siguiendo la marcha que nos hemos trazado.

## III

Las más grandes naciones tienen, ó han tenido en los tiempos pasados, Marcas salvajes ó fronteras que fueron teatro de prolongadas y sangrientas luchas. Inglaterra tuvo Escocia y Gales, dos países habitados por una raza indómita y belicosa, contra la cual fué preciso sostener largas y encarnizadas guerras. Los señores de las Marcas, los condes de Hereford y de Shrewsbury, tuvieron hartas ocasiones de apreciar el indomable valor de los denodados hijos de Gales. Ahora hace ya mucho tiempo que los dos países se han englobado en el conjunto de un gran reino; de modo que las guerras fronterizas han quedado completamente relegadas al dominio de la historia y de la novela. Aquel gran legislador, guerrero y rey, que se llamó Eduardo I, pudo conseguir en el año 1282, con gran ventaja para dichos países, que Gales fuera una parte integrante del imperio Británico. Fortuna hubiera sido, tanto para Escocia como para Inglaterra, que se hubiese llevado á cabo su proyecto de efectuar una union semejante entre estas dos naciones, proyecto que se frustró por la temprana muerte de aquel rey en Burgh-le-Sands.

Terminadas, pues, muy pronto, las guerras é incursiones de los hijos de Gales tuvieron un carácter esencialmente nacional ó político; miéntras que las de Escocia, prolongándose mucho más tiempo, fueron predatoras á la vez que políticas. Las torres fronterizas del norte tienen la misma relacion con un castillo normando que un soldado mercenario con un caba-

llero. Las fortalezas de la frontera del norte se construian así para la defensa como para proteger el saqueo, ó mejor dicho, á los que se entregaban á él bajo todas sus formas, pues en las Marcas del norte parecia haberse establecido la divisa «Te faltará ántes que á mí me falte.» El castillo normando, primitivamente símbolo de sujecion y vasallaje, llegó á ser, sin embargo, poco á poco un centro de órden para velar por la seguridad pública.

«Los bretones, dice Freeman, no fueron exterminados ni esclavizados. Por la sabiduría de Eduardo, un noble pueblo llegó á formar parte integrante de una gran nacion. Aquel rey comprendió, tan bien como nosotros, que al unir los dos países favorecia los intereses de ambos.» «Esta incorporacion, dice Sharon Turner, fué un incuestionable beneficio para Gales, porque este país dejó de ser al punto teatro de homicidios y de miserias, comenzándose á imitar las costumbres inglesas.»

El Rey Rojo, y el rey inglés Enrique, llamado el «Leon de Justicia», trataron de unir á Gales con Inglaterra. Los cabezas de tigre de Harold se lanzaron con ardimiento á la guerra de Gales cuando el hijo de Godwin agregó Gwent al reino inglés. Al hablar de Enrique I, el cronista dice lo siguiente: «Buen hombre era, y poco mal se dijo de él; en su tiempo, ningun hombre se atrevió á atropellar á otro.» Y más léjos, al hablar de los «desaciertos de Cediver, hijo de Gerouwy,» dice «que fué perverso para el país de Gales en general, pero que aún temia ofender al rey Enrique, el hombre que sometió á todos los soberanos de la isla de Bretaña á su poder y autoridad..... el hombre con quien nadie podia luchar sino Dios, del cual habia recibido su poder.»

Entre 1101 y 1112 Enrique subyugó una gran parte de Gales, y pudo conseguir una fusion entre los pobladores bretones y normandos. Enrique y Rufo levantaron castillos, siendo los más primitivos los de Rhuddlan, Rhyd-y-gors y Montgomery. Enrique estableció á los flamencos en el condado de Pembroke (la colonizacion holandesa de Hengisto en Bretaña habia sido la primera); y dió obispos normandos á Llandaff y San David, pero á la muerte de este último y de Llewellyn siguióse la fusion final, cuando un gran rey, que lo era más aún que ninguno de sus antecesores, fundó por su valor, su bondad y su sabiduría, la unidad nacional de Inglaterra y Gales.

Este último país, así como Escocia y Cumberland, es esencialmente montañoso, tiene muchos lagos, y distínguese por la belleza de sus grandiosos y poéticos paisajes. No seria juicioso distraer nuestra atencion de los encantos y atractivos que aquí podemos encontrar para fijarla en los cuadros ó escenas de otro país cualquiera; pero hay cosas que llevan consigo inevitables comparaciones. Es imposible, por ejemplo, leer los autores dramáticos del tiempo de Isabel, sin pensar en la «corona del mundo,» en Shakspeare; y del mismo modo, se podria dispensar á un individuo del Club Alpino, cuando recorriese el país de Gales, hacer comparaciones con otro país montañoso y de lagos, con Suiza. Preciso es confesar que bajo esta influencia nos inclinaríamos á hablar más bien de las «colinas» de Gales que de sus «montañas;» que es preferible el lago de Lucerna al de Bala; y que las verdes cordilleras de aquel país quedan eclipsadas por los gigantes coronados de nieve, que en el suelo helvético parecen confundir sus cimas con las nubes. Lo repetimos, las colinas de Gales, bajas y

pequeñas, no se pueden comparar por ningun concepto con las majestuosas montañas de Suiza, pero consuela pensar que en otro tiempo se ejerció allí la accion de los glaciares en toda su grandiosidad. Sentado esto, apresurémonos á seguir los pasos del artista que debe acompañarnos para visitar algunos de los sitios más interesantes y pintorescos de la salvaje Gales.

Nuestra exploracion puede comenzar muy bien con un castillo ruinoso, pues para el amante de lo antiguo aún no ha pasado la edad de las ruinas, y Gales, segun veremos ahora, es riquísima en reliquias de las antiguas épocas, por más que algunas de ellas se hallen reducidas á un estado tan ruinoso que apénas se puedan reconocer las primitivas formas del conjunto.

Comenzaremos nuestra excursion visitando los pocos restos de Dinas Brau, que dista poco de la pequeña ciudad de Llangollen. Despues de recorrer algunas de sus calles, notables por su limpieza, llégase muy pronto á la base de la pendiente que debe conducirnos al sitio; más abajo, el tranquilo valle de Llangollen está cubierto de sombra, pero á medida que se asciende, la claridad del sol deslumbra la vista, y sus rayos molestan un poco. Al llegar á cierto punto obsérvase que los restos de Dinas Brau ocupan el centro de la colina; á un lado se ven eminencias de caliza completamente peladas, pero las que hay en el otro están revestidas de una abundante vegetacion; algunos pasos más, y se llega al sitio donde están las ruinas. Por todas partes se ven restos informes de mampostería, pero sólo se puede formar una vaga idea del conjunto que representaban en otro tiempo, porque ni siquiera se reconoce el perímetro de la construccion. Un bardo, que segun la tradicion se llamaba Jolo Coch, cantó el castillo como residencia de Myvanwy, dama hermosísima, á juzgar por el entusiasmo del poeta que ensalzó su belleza. Asegúrase que el castillo fué edificado en la época de Enrique III, pero debemos añadir que la historia habla poco de Dinas Brau. En cuanto á las ruinas, tales como se ven ahora, si los fragmentos de muros y de torres son mezquinos, su conjunto tiene en cambio mucho de pintoresco y gran atractivo para el artista. Si este se sitúa bajo el arco destrozado que aún se mantiene en pié, abarcará con la mirada una gran extension del país, por cuyo centro atraviesa el blanco viaducto sobre el cual se desliza rápidamente todos los dias el caballo de hierro; en un lado de la colina sólo se ven rocas de caliza, y en el otro elévanse varias cimas en semicírculo, formando un todo muy vistoso. Para el arquitecto ó el arqueólogo la ruina tiene poco atractivo, mas para el amante de la poesía está llena de encanto, no sólo por el sitio que ocupa, sino por los recuerdos que evoca.

Al bajar de Dinas Bräu se deja el sendero por donde se subió, y tomando la derecha nos acercamos al Valle Crucis por el de Llangollen; luégo se cruzan algunos campos inundados de sol, donde los segadores trabajan con afan, y muy pronto llegamos frente á la gran puerta que conduce á las ruinas de la abadía. En su parte superior hay una pesada campana, y debajo un rótulo en el cual se advierte que el guardian vive bastante léjos y que es preciso esperar su vuelta, como así lo hacemos sin sufrir mucha molestia, porque el paisaje es delicioso y nuestro hombre no tarda en llegar.

La abadía de Valle Crucis evoca al punto el recuerdo de la de Tintern, pues obsérvase la

misma luz, la misma refinada belleza en las columnas, en las ventanas y las molduras. Las primitivas abadías inglesas, como las dos que acabamos de citar, y que tienen poco más ó ménos sus mismas dimensiones y antigüedad, son los verdaderos tipos de la esbeltez y la gracia en el arte arquitectónico. Los árboles y la hiedra prestan á todo nueva vida con su verdor, que contrasta agradablemente con el tinte gris de la piedra; en la abadía de Valle Crucis nada es macizo, ni pesado ni muy sólido; todo se distingue por la más esmerada delicadeza.

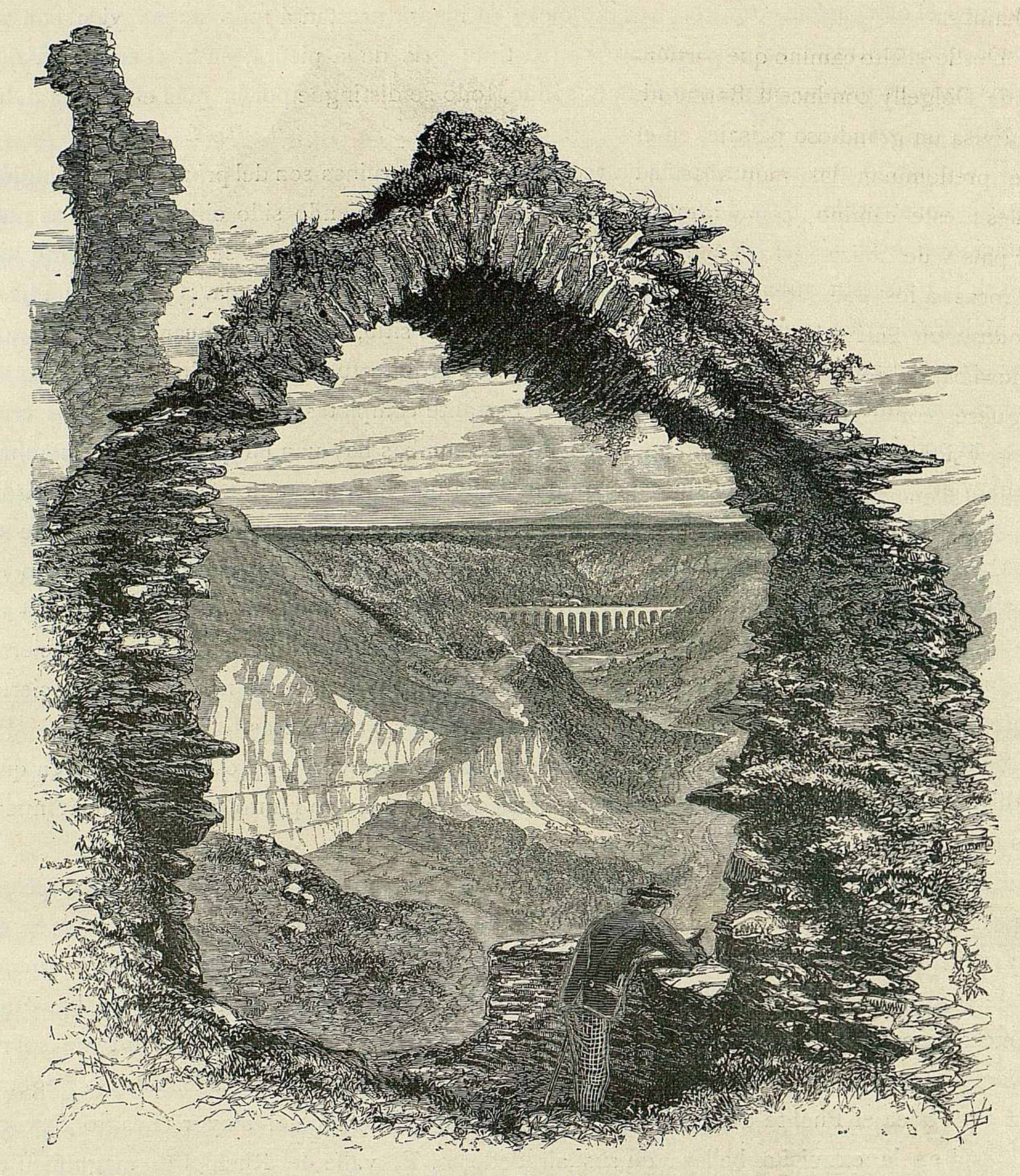
El arquitecto que nos acompaña ha reconocido que las ruinas son del primitivo estilo inglés y que la construccion data de fines del siglo XIII, pero habiendo sido objeto de varias restauraciones. A través de las altas ventanas y de los arcos puntiagudos se ve la brillante luz del sol, porque esta ruina no tiene por techo más que la celeste bóveda. ¡Qué tranquilidad tan inalterable, qué silencio tan profundo reina en este sitio, donde los encantos de la naturaleza parecen aunarse con las preciosidades de la arquitectura! El trazado de la iglesia se reconoce sin dificultad, porque las ruinas son bastante completas; la nave, el coro y los cruceros se podrian reedificar mentalmente. Entre las tumbas hay una en que se lee el nombre de Myvanwy; al ver el lugar de reposo de la bella que inflamó tantos siglos há el corazon del bardo de Dinas Brau, olvídase por un momento la arqueología y el arte, y la mente se forja al punto todo un poema de amor, áun en medio de aquel sagrado recinto. «Sólo el cabello de una mujer» relaciona el castillo con la abadía; los encantos de una hermosa y el canto de un trovador constituyen el eslabon que los enlaza. La tumba de Myvanwy encierra sin duda toda una historia de amor, tal vez muy dramática; pero como nada se sabe de cierto sobre ella, aunque se dice mucho, es preciso limitarse á las conjeturas.

Salgamos ahora de Valle Crucis, donde nada hay ya que ver, y aprovechando el tren que se dispone á salir de la estacion inmediata, trasladémonos á otro punto para continuar nuestras exploraciones.

El Puente del Diablo, que vamos á visitar ahora, es pobre asunto para una descripcion por escrito, á la par que muy propio para el pincel del artista. En rigor hay dos puentes, el uno reducido á un tosco arco, que se construyó, segun se asegura, en el siglo XII por los monjes de la abadía de Strata Florida; y el otro, el superior, construido en 1753. Aquí hay una hermosa cascada, pero aventájanla muchas de las que se ven en Suiza, si bien tiene sobre ellas cierta superioridad, que consiste en la abundancia, variedad y delicadeza de la vegetacion que rodea el Puente del Diablo. Otros pensarán tal vez que el mayor encanto de este sitio está en la exquisita belleza de sus alrededores. El valle de Rheidol es magnífico; el camino montañoso que parte de Aberystwith, muy pintoresco; y las rocas cubiertas de bosque que rodean la cascada, cuyas aguas se precipitan locamente con incesante estrépito, ofrecen en conjunto un cuadro encantador. Durante el verano, sobre todo, este sitio es delicioso por su frescura, y hé aquí porqué le han elegido como punto de peregrinacion muchos viajeros, que en la estacion favorable acuden en gran número á visitar todos los parajes elogiados en las *Guias*. El salto de las aguas en su mayor elevacion es de ciento diez piés; la catarata de Rheidol no tiene más de setenta. El barranco, el desfiladero, las montañas y las

cataratas se combinan para formar el conjunto más agreste y pintoresco que pudiera encontrarse en todo el país.

Nos dirigiremos ahora á otro sitio más delicioso aún, pero de un carácter mucho ménos



*Castillo de Dinas Brau*

imponente por su grandiosidad; es Dolgelly, donde está el célebre Paseo del Torrente. Este paseo está comprendido en terrenos particulares (los de Caerynwch), pero se permite la entrada al público; para dirigirse á él se va por un sendero á cuyos lados susurran suavemente las aguas que caen de pequeñas alturas y que estancándose á veces forman pozos de más ó ménos profundidad; las rocas, siempre húmedas, están cubiertas de verdor; de ellas pende la enredadera, que se arraiga en todas partes, adornando la piedra con sus graciosos

festones; los helechos abundan, y los árboles forman caprichosos grupos. Fuera de este sitio todo brilla, todo es luz deslumbradora, y hasta los rayos del sol molestan, pero en el interior disfrútase de una frescura semejante á la de los patios del famoso palacio moro de la Alhambra.

Desde el alto camino que partiendo de Dolgelly conduce á Barmouth se divisa un grandioso paisaje, en el que predominan las montañas de Gales; este camino, como muchos del país y de Suiza, está sembrado de rocas; á los piés del viajero extiéndese un ancho valle rodeado de colinas bajas; en lontananza distínguese confusamente Cader Idris, y á través de la llanura se desliza silencioso un rio que se dirige á las inmensidades del Océano.




*Abadía de Valle Crucis*

Avanzando siempre en la misma línea, pronto se llega á Beddgelert, desde donde se puede pasear por la orilla del rio Glaslyn; en cierto sitio la corriente comienza á ser muy impetuosa, y las colinas más altas, lo cual contribuye á comunicar al paisaje un carácter más pintoresco. Cuando el sol brilla, este camino, alegre y risueño, nada ofrece de particular, pero cuando la tempestad se desencadena y el resplandor del relámpago ilumina fugazmente todos los objetos, debe tomar un aspecto imponente.

Cerca de Aberglaslyn hay un puente para cruzar la rápida corriente del rio en el sitio donde más se estrecha, asemejándose á un caudaloso torrente. Esta construccion merece ser visitada, pero no tiene nada muy notable, como algunos han dicho; en Devon hay muchas cosas que pueden llamar más justamente la atencion, y en Suiza se encontrarán no pocas en el mismo género incomparablemente superiores. Las aguas del Glaslyn tienen aquí un color verde singularmente puro, y los alrededores del rio contribuyen con su carácter salvaje y pintoresco á embellecer este sitio. En resúmen, para el hombre que ha viajado mucho, Puente Aberglaslyn será una cosa agradable, mas al que ha visto poco le parecerá una cosa admirable.

El tren nos conducirá ahora á Criccieth y Harlech. La línea férrea se prolonga por la costa, bordeando la bahía de Cardigan, donde las pequeñas olas, ligeramente rizadas por la brisa, vienen á morir á los piés del viajero; las aguas que llenan el espacio comprendido entre los dos cuernos que forma la bahía tienen un color más oscuro; los rayos del sol se reflejan en una blanca vela, y á lo léjos se ven algunas barcas pescadoras que surcan ligeramente la líquida superficie.

En esta magnífica costa, con el mar por un lado y un risueño país por el otro, hállase situada la pequeña estacion de Harlech, dominada á bastante altura por la gran mole de color gris del antiguo castillo. El sendero que desde la estacion conduce al nuevo hotel, establecido frente á la entrada principal de la vetusta fortaleza, forma una cuesta bastante empinada y alta, pero una vez en la cumbre de la eminencia, ofrécese á la vista del viajero uno de los más bellos panoramas que puedan admirarse en todo el país de Gales.

Por un lado, el vetusto castillo, con su maciza puerta y sólidas torres, destácase majestuoso é imponente, dominándolo todo á su alrededor; abajo, á gran distancia, la superficie de un mar tranquilo parece confundirse con el cielo en el último confin del horizonte; por la derecha prolóngase á lo léjos la cordillera del Snowdon con sus colinas hermanas, y más allá, detrás de ondulada línea de altitud, la luz del cielo ilumina los picos de las rocas, realzando sus caprichosos contornos. Desde el pié de la colina del castillo se extiende una inmensa llanura, sin árboles y singularmente plana, á través de la cual se corre la línea férrea más recta que tal vez se encuentre en toda la Gran Bretaña.

El observador que se situase á la puerta del hotel para contemplar desde aquella altura los alrededores cuando el dia toca á su fin, verá como las primeras sombras de la noche, extendiéndose poco á poco sobre las llanuras de la tierra y del mar, acaban por ocultar todos los objetos entre sus densas tinieblas; despues se ven brillar dos ó tres luces en las ventanas de las granjas; y en el cielo resplandecen las estrellas con su mística claridad.

Pasemos ahora á visitar el castillo de Harlech. Aunque no un cuadrado perfecto, su forma es cuadrada; dos grandes torres redondas flanquean la puerta, y como aún se conservan muy bien las de los ángulos, y los muros exteriores, el ruinoso castillo revela á primera vista cuánta era su solidez, y cuál el principal objeto para que se construyó. Primeramente daremos la vuelta por las lizas, es decir el ancho espacio que media entre las murallas principales y las almenas exteriores. En otro tiempo el mar llegaba por un lado hasta el pié de

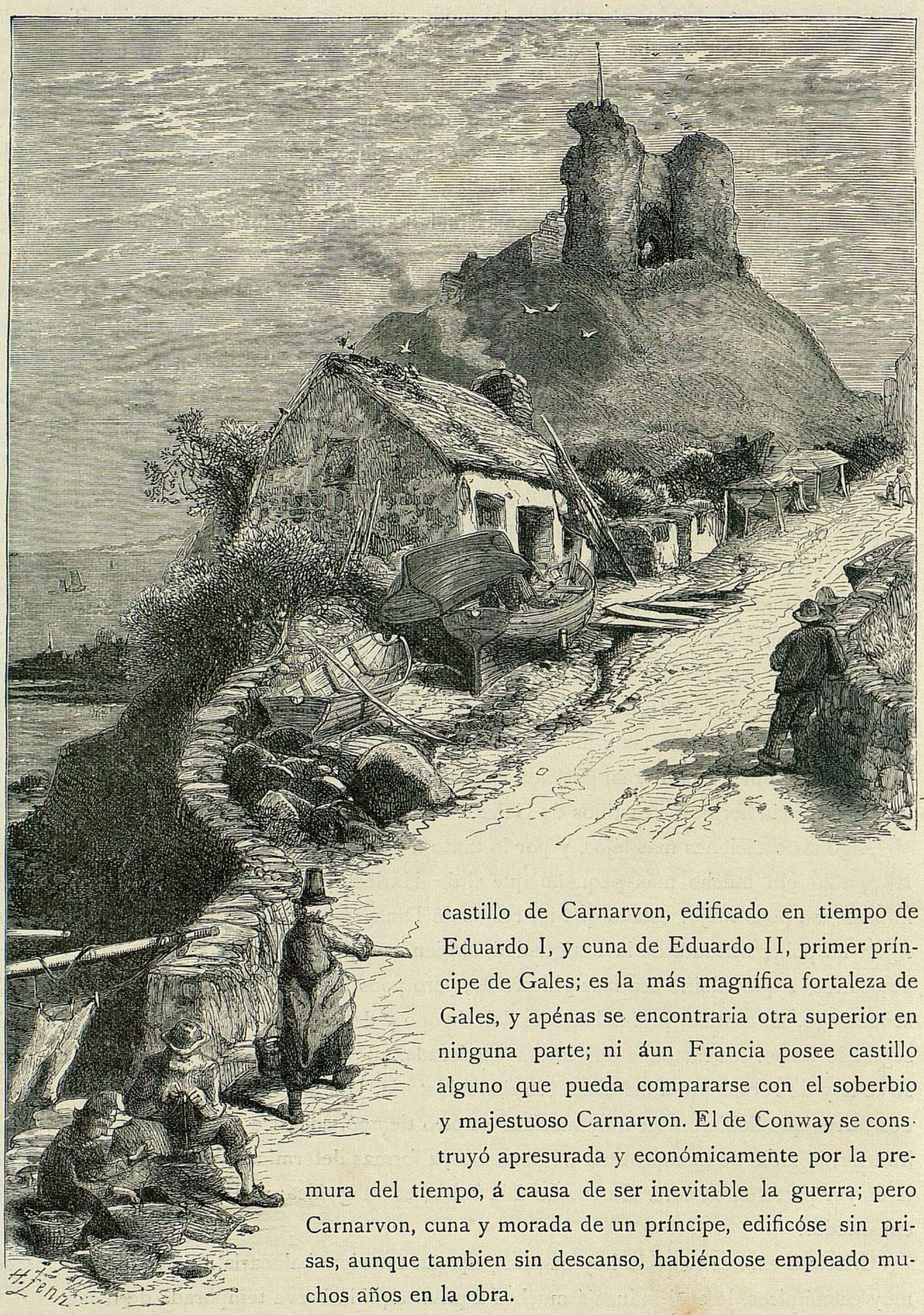
la fortaleza, pero se ha ido retirando de tal modo, que ahora dista casi una milla. Todos los castillos de Eduardo estaban construidos sobre el mar; el gran estratégico comprendia la ventaja de tenerle por base de operaciones, y el rey de Inglaterra sabia igualmente hacer muy buen uso de su real armada. Harlech es una posicion muy característica de la época de Eduardo, y la ruina se ha conservado tan completa, que el arqueólogo podria explicar todas sus partes y reconstruirla en todos sus detalles. En cierto sitio del sólido muro, de color gris, el líquen ha formado una mancha que se asemeja á la que produciria el orin rojizo en un antiguo casco.

Harlech tiene tambien su historia y parece conservar la vivacidad de la vida, que nace de su asociacion con nombres bien conocidos en las crónicas de los tiempos pasados. Dícese, aunque no está evidentemente probado, que Harlech fué construido por el arquitecto de Carnarvon. En 1404 apoderóse de la fortaleza el más conocido de los héroes de Gales, Owen Glendower, de quien la tomó á su vez el príncipe Enrique. Margarita de Anjou halló aquí un refugio durante las guerras de las Rosas, y aún conserva una torre su nombre: esta princesa llegó despues de la batalla de Northampton. Eduardo IV tomó el castillo de Harlech despues de un prolongado sitio, habiéndole defendido enérgicamente su gobernador, Davydd ap Ifan. Harlech fué mudo testigo de una encarnizada lucha durante las guerras civiles, y al fin cayó en poder de las fuerzas del Parlamento, mandadas por Mytton, en 1647. Lo que existe de la fortaleza pertenece á la Corona, hallándose encargado de su custodia un funcionario del gobierno. El foso que rodea el castillo por la parte de tierra era muy ancho y profundo; y aún quedan vestigios de la capilla y de la gran cámara. De las torres principales se destacan otras más pequeñas y muy ligeras, como se ve en Conway. En resúmen, la ruina se halla en muy buen estado y su posicion es magnífica, no pudiendo negarse que Harlech es uno de los más hermosos castillos de Gales.

Algunas estaciones más léjos, y por lo tanto á pocas millas de distancia, hállase Criccieth. El castillo era mucho más pequeño que el de Harlech y ahora está reducido á una ruina informe, en poco mejor estado que los restos de Dinas Brau; lo que ahora se ve sólo es, en rigor, un pobre atributo de la antigüedad, si bien contribuye, con la pequeña bahía y otros accesorios, á que el sitio sea más pintoresco; pero poco hay que pueda llamar la atencion del arqueólogo. El castillo, probablemente del tiempo y del estilo de Eduardo, estaba situado, segun se ve por los restos, á una altura moderada, en un promontorio pedregoso, cuyo pié sirve hoy de rompiente á las olas. No tiene historia. Un angosto portalon, flanqueado por dos torres que debieron ser muy macizas en otro tiempo, conduce al desmantelado y ruinoso interior; la mole de mampostería no presenta ya formas determinadas, hallándose convertida la mayor parte en cascote. En cuanto á la bahía, es magnífica; y el paisaje, verdaderamente encantador.

Criccieth está convertido hoy en una pequeña estacion balnearia, donde los precios son muy económicos, lo cual induce á muchos á pasar aquí la breve temporada de baños.

Hemos visto varias fortalezas, pero aún nos falta visitar otra, que es la más noble y grandiosa de todas, por lo cual deberemos detenernos en ella más tiempo. Nos referimos al



*Castillo de Criccieth*

castillo de Carnarvon, edificado en tiempo de Eduardo I, y cuna de Eduardo II, primer príncipe de Gales; es la más magnífica fortaleza de Gales, y apénas se encontraria otra superior en ninguna parte; ni áun Francia posee castillo alguno que pueda compararse con el soberbio y majestuoso Carnarvon. El de Conway se construyó apresurada y económicamente por la premura del tiempo, á causa de ser inevitable la guerra; pero Carnarvon, cuna y morada de un príncipe, edificóse sin prisas, aunque tambien sin descanso, habiéndose empleado muchos años en la obra.

En 1283, la reina Leonor reunió su corte en el castillo normando de Rhuddlan, pero en 1284, como Carnarvon estu-




viese del todo terminado, trasladóse aquí, y en 25 de abril de 1284 dió á luz á «Eduardo de Carnarvon», la víctima del castillo de Berkeley, que sirvió de asunto á la tragedia de Marlowe. El célebre castillo es en un todo digno del gran Eduardo I, y característico tambien del héroe rey; es de aspecto severo y altivo; es la expresion de la grandeza y el esplendor en todo su apogeo, pero tambien simboliza la firme voluntad de aquel soberano para quien el poderío fué sólo un medio de hacer respetar su derecho. El castillo de Conway se edificó con cascote; el de Carnarvon sólo con piedra; las torres del primero son redondas; las del segundo tienen muchos ángulos; en la torre del Aguila, y al rededor de algunas de las inmediatas, circuyendo las

*Torre del Aguila en el castillo de Carnarvon*

almenas, el primitivo arquitecto, que se supone fué Enrique de Elreton, impulsado sin duda por su imaginacion poética, colocó varias cabezas místicas, las cuales se destacan como la primera aparicion que se mostró á Macbeth. El castillo se eleva á su mayor altura en la parte ocupada por la Torre del Aguila, que corona y domina todo el conjunto; más allá de la fortaleza se ven las montañas, la costa de Anglesey, las tranquilas aguas, los silenciosos bosques, y aquel muelle que indica el sitio donde ancló la escuadra de Eduardo cuando llevó víveres y soldados á Carnarvon. Visto el castillo desde la torre del Aguila, presenta la forma oblonga irregular, y se extiende como un mapa á los piés del observador; la puerta de la Reina, que está en frente, es magnífica; á uno y otro lado se ven la Torre Negra, la de Chamberlain, la del Pozo, la del Vigía, el torreon y la entrada principal. Todo esto se halla en muy buen estado de conservacion, pero constituye sólo el casco exterior del castillo; el interior está vacío, viéndose únicamente en algunas partes vestigios de lo que en otro tiempo hubo allí, pues dentro de la fortaleza elevábanse varios cuerpos de edificio, donde todo era actividad y movimiento. El arqueólogo podria hacer mucho para reedificar estas construcciones interiores, pero hay algunas que ofrecerian dificultades á los más entendidos en el arte. ¡Qué curioso seria conocer todos estos detalles, saber cuál era el aspecto del castillo en sus dias de esplendor, su administracion interior, y los medios empleados para su defensa en caso de ataque!

Sobre la puerta principal se ve la estatua del rey Eduardo; la mano del tiempo ha borrado una pequeña parte del rostro, pero esta figura, que parece guardar la entrada de la majestuosa fortaleza, conserva cierta expresion, cierto aspecto imponente que simboliza muy bien la memoria de un gran monarca guerrero. Carnarvon es un monumento á Eduardo de Inglaterra, y su espíritu de águila parece eternizado para siempre en ese poderoso castillo, que aunque ruinoso, es un noble emblema de los triunfos de aquel rey.

Lo que vamos á ver ahora podrá interesar por su valor, pero no por su belleza, y pertenece más bien á la economía que no á la historia: se trata de las canteras de pizarra de Penrhyn. Muchos hombres se mueven aquí de un lado á otro, afanosos como las abejas; ruidosos golpes resuenan á cada instante, produciendo un estrépito atronador, y los picos y azadones atormentan la tierra sin cesar. Bajo el punto de vista literario estas empresas industriales no son muy propias del asunto de la «Europa Pintoresca», pero en un país de tanta riqueza mineral como la de Gales, bien puede permitírsenos dirigir una mirada á las entrañas de la tierra para ver de paso alguno de sus tesoros escondidos, aunque hayamos de abandonar su risueña superficie tan llena de atractivo.

Las pizarras son esencialmente características de Gales; forman el tejado de las moradas de los vivos, y las tumbas para los muertos. Bajo el punto de vista de lo pintoresco es una lástima que abunde tanto: los viajeros, sobre todo los ingleses, echan de ménos al punto ese risueño color rojizo de las tejas que comunica á las casas un aspecto tan animado: la pizarra es fria, desnuda, triste y de aspecto desagradable.

La isla de los Pufinos surge del agua en el lado este de la de Anglesea, semejante al lomo de una gigantesca ballena flotante. La isleta está habitada principalmente por pufinos y otras

aves marinas, conejos y ratas; miéntras que el hombre, que tiene toda la naturaleza animada bajo su dominio, sólo está representado por el guardian de una estacion telegráfica, que vive en la torre de una antigua iglesia.

Para terminar nuestra excursion nos dirigiremos al Faro del Sur, inmediato á Holyhead. Cruzando por un gracioso puente colgante, aunque al parecer algo frágil, franquéase un profundo precipicio que separa el peñasco en que se eleva el faro de los trescientos ochenta escalones que conducen hácia el fondo de aquel por la parte de tierra; el golpe de vista en la direccion del mar es magnífico. Cuando no lo impide la niebla, se pueden ver desde el faro las montañas de Wicklow, segun dice el guardian. En tiempo sereno, el mar está risueño y tranquilo, pero durante el invierno los vientos del sudoeste mugen aquí y alborotan las olas, que enfurecidas por el obstáculo que encuentran, precipítanse contra la sólida roca con una violencia irresistible; en las terribles noches de tempestad, la brillante luz del faro, extinguida durante el dia, debe ser preciosa para los pobres marinos que luchan contra la furia de los elementos. En las grandes cavernas socavadas por las olas á gran profundidad de la enorme roca, las aguas se precipitan en invierno produciendo un ruido semejante al fragor del trueno. El espectáculo que ofrecerá este sitio cuando se desencadena la borrasca y los vientos silban alrededor de este solitario faro, debe ser, más que imponente, aterrador.

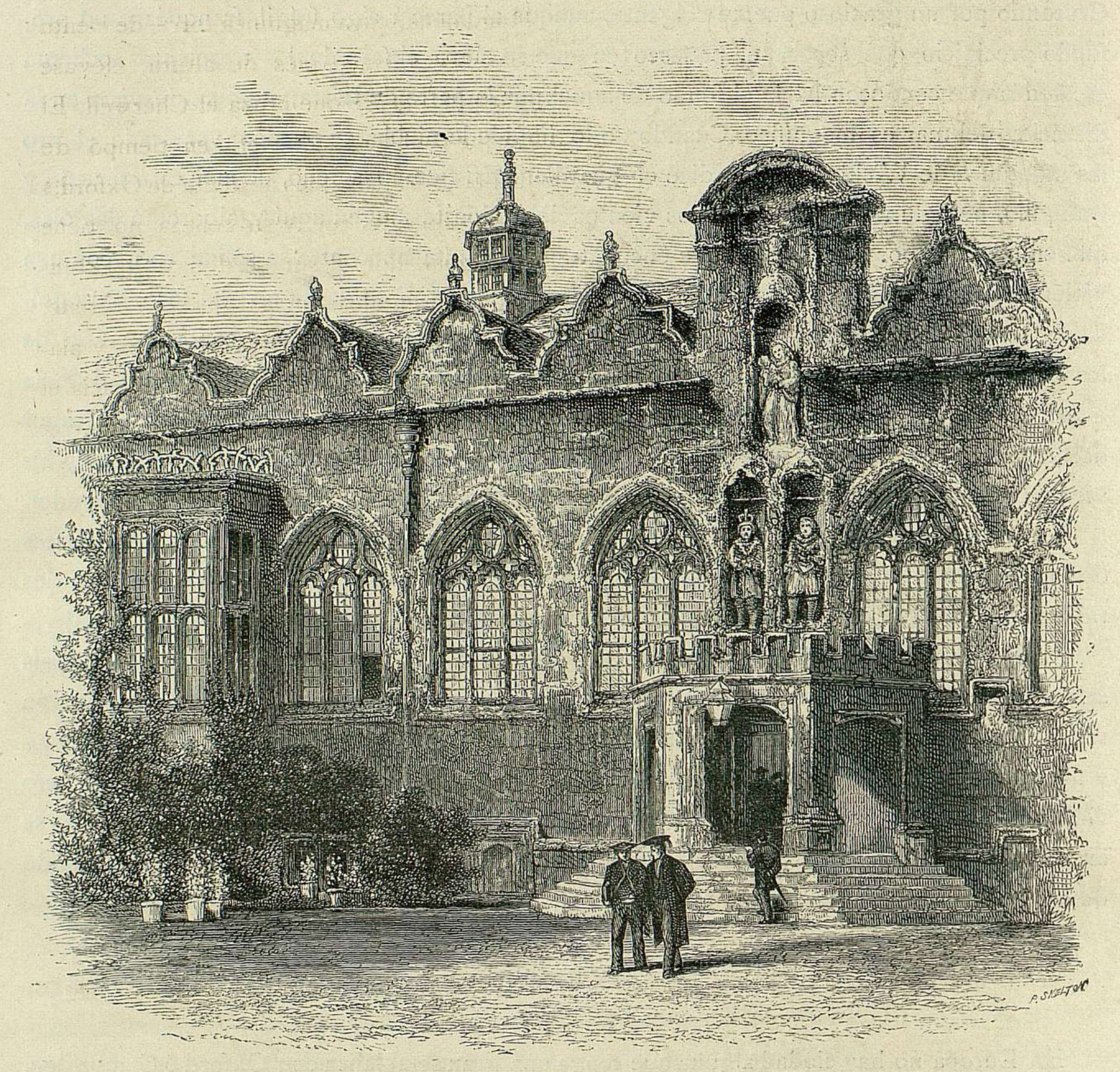
Las rocas, oscuras y sombrías, tienen la dureza del hierro y resisten de sobra los embates de los elementos; innumerables aves marinas, gaviotas, pufinos, cormoranes y otras especies tienen aquí su vivienda, y con su continuo movimiento animan mucho este solitario paraje.

Aquí daremos por terminada nuestra excursion á la salvaje Gales, alejándonos del país agradablemente impresionados por cuanto hemos visto. Las montañas de Escocia podrán tener un aspecto más severo y grandioso; los lagos de Cumberland serán acaso más extensos y magníficos que los de Gales; Suiza aventaja á estos países por sus montañas y lagos; pero Gales, nadie podrá negarlo, es una hermosa tierra, habitada por un noble pueblo, y nadie se arrepentirá, seguramente, de haber visitado tan pintoresca y poética parte del Reino Unido de la Gran Bretaña.

## OXFORD

En Europa no hay ciudad alguna que tenga una gran semejanza con Oxford ó Cambridge. Otras universidades fueron en su época tan famosas como la inglesa, y acaso atrajeron mayor número de estudiantes, pero el sistema de enseñanza que se desarrolló rápidamente en este país, y al cual deben su aspecto actual Oxford y Cambridge, no se adoptó jamás en ninguna otra parte con la misma extension. Paris, Salamanca y Bolonia tenian grandes y notables edificios dependientes de sus universidades, pero pocos colegios; de modo que los estudiantes estaban muy diseminados, como en los primitivos dias de Oxford. En esos grandes centros de enseñanza universitaria de que con justo título se enorgullece hoy Inglaterra, el número de los colegios, su importancia arquitectónica y su extension han eclipsado las pretensiones de las antiguas ciudades, porque Oxford y Cambridge tenian su historia propia ántes de que

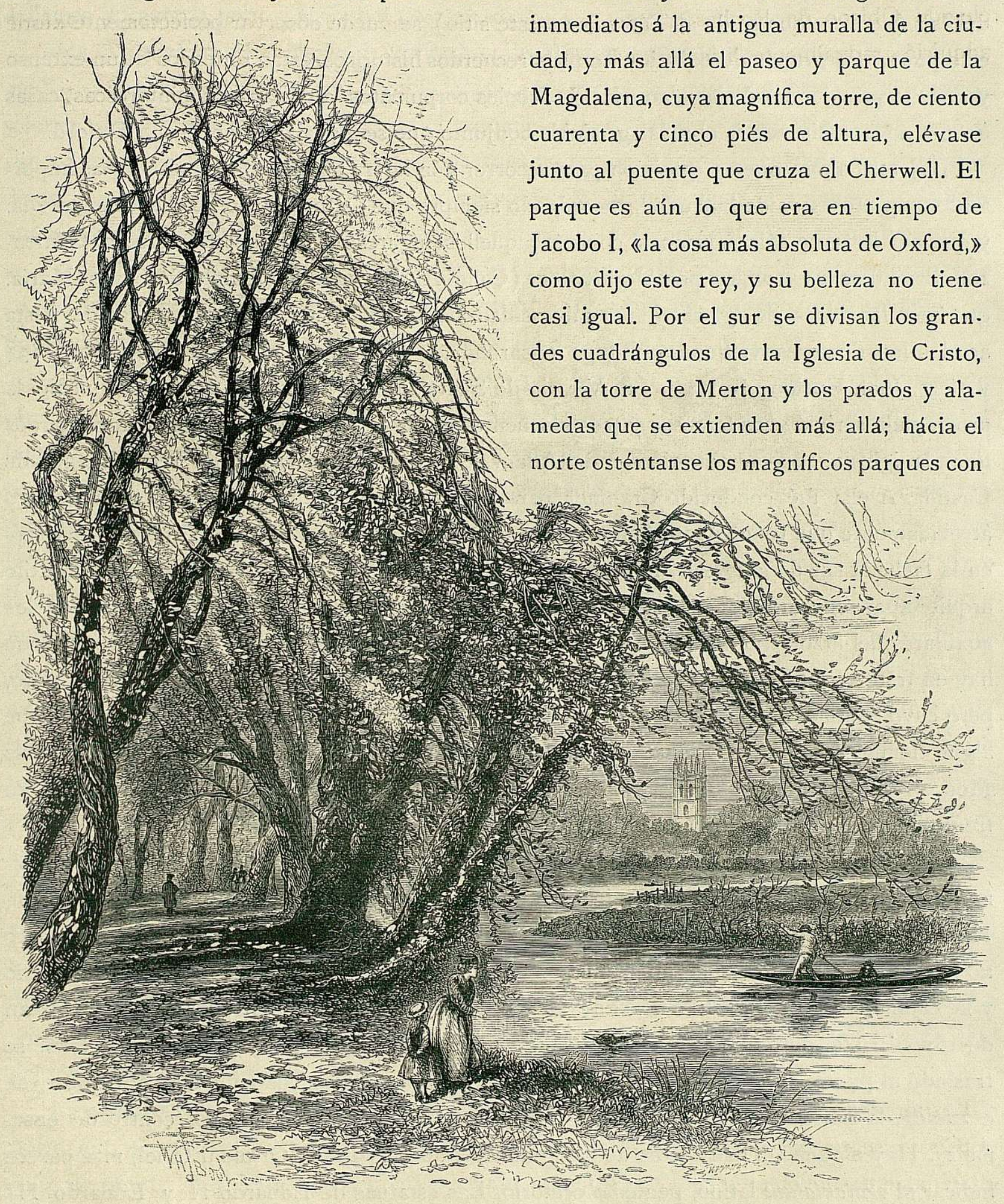
las universidades se fundaran en ellas. En el primero de dichos puntos el colegio más primitivo fué el de Merton, fundado en 1274 por Walter Merton, que en el mismo año fué elegido Obispo de Rochester; muy pronto siguió la creacion de otros colegios, y Oxford adquirió gradualmente la importancia de que ahora goza.




*Castillo de Oriel*

Los alrededores de Oxford por la parte del puente de la Magdalena, donde el conjunto del paisaje, segun dice Walter Scott, es de lo más hermoso que se pueda imaginar, y la vista de la ciudad desde los tejados de la Biblioteca de Radcliffe, son las perspectivas que más debe admirar el extranjero, no sólo por su belleza, sino porque presentan marcadamente los caractéres que tanto hacen diferir á Oxford de una ciudad ordinaria inglesa. El que haya contemplado una vez el panorama que se ofrece á la vista desde Radcliffe, sobre todo en los primeros dias de junio, seguramente no podrá olvidarlo nunca, porque entónces los campos y praderas se ostentan en toda su lozanía, esmaltados de césped y de flores; miéntras que las

torres y los muros de los antiguos edificios, ennegrecidos por la accion del tiempo, se cubren de verde musgo ó de follaje. Por la parte del oeste se ven los jardines del Colegio Nuevo, inmediatos á la antigua muralla de la ciudad, y más allá el paseo y parque de la Magdalena, cuya magnífica torre, de ciento cuarenta y cinco piés de altura, elévase junto al puente que cruza el Cherwell. El parque es aún lo que era en tiempo de Jacobo I, «la cosa más absoluta de Oxford,» como dijo este rey, y su belleza no tiene casi igual. Por el sur se divisan los grandes cuadrángulos de la Iglesia de Cristo, con la torre de Merton y los prados y alamedas que se extienden más allá; hácia el norte osténtanse los magníficos parques con



*Paseo de la Iglesia de Cristo, y torre de la Magdalena*

el nuevo Museo; más cerca los jardines de Wadham, de la Trinidad y de San Juan, con sus grandes árboles, que cubren de sombra todo aquel espacio; y muy cerca de aquí se ve el cuadrángulo de las escuelas y la Biblioteca de Bodleian, con el jardin de Exeter y el castaño conocido aún con el nombre de *Arbol de Heber*, porque sus extensas ramas sombrean varias

habitaciones del colegio contiguo de Brasenose, ocupadas en otro tiempo por el Obispo de Calcuta, Heber. La posicion de Oxford en el ángulo formado por la confluencia del Cherwell y del Isis (nombre que se da al Támesis en este sitio) se puede observar perfectamente desde este punto; los grupos de edificios, con sus recuerdos históricos, están rodeados de un extenso y risueño paisaje, donde las alamedas de árboles corpulentos alternan con pintorescas casas de campo, constituyendo el más agradable conjunto que se podria encontrar en Oxford.

Dejemos ahora nuestra posicion para recorrer á la ligera algunos de los sitios más importantes y pintorescos de la ciudad, recordando siempre que Oxford no se puede ver en un dia, y que por lo tanto sólo daremos á conocer aquellos lugares más dignos de estudio. Comenzaremos nuestra excursion por High Street (Calle Alta), cerca del templo de Santa María, que hace las veces de iglesia de la universidad, donde todos los domingos y dias de fiesta acuden los doctores, vistiendo su toga encarnada, á oir el sermon. Entre los años 1834 y 1843, Juan Enrique Newman era Vicario de Santa María, y aquí fué donde pronunció la prolongada serie de sus famosos y más elocuentes discursos; pero más interesantes recuerdos tiene la iglesia, edificada en tiempo de Adam de Brame, limosnero de la reina Leonor de Castilla. A ella fué conducido Cranmer para hacer su retractacion pública, y aquí declaró atrevidamente que todo cuanto habia escrito era «contrario á la verdad.» El pórtico que hay en la fachada sur de la iglesia, notable por sus curiosos pilares retorcidos, y que por su estilo arquitectónico es superior al resto del edificio, fué edificado por Morgan Owen, uno de los auxiliares del arzobispo. Si se cruza la calle, penetrando despues en una angosta travesía que hay en frente, se tendrá á la izquierda el colegio de Santa María Hall, fundado hácia 1640, pero cuyo edificio tiene mucha más antigüedad. El doctor King, el conocido jacobita, fué algun tiempo su director, y entre sus discípulos más notables figuraron el poeta Sir Thomas Moore y Sir Hatton. Avanzando en la misma direccion llegaremos al Colegio de Oriel, en frente del cual está la iglesia de Cristo.

La reputacion de que ha gozado durante largo tiempo el Colegio de Oriel no ha disminuido en nada; Coplestone, obispo de Llaudaff, Davison, Whately, Keble, Arnold, Newman, Hampden y Pusey fueron aquí compañeros de estudio; y al penetrar en el pintoresco, pero no muy antiguo cuadrángulo, no se puede ménos de recordar aquel brillante período. El patio y la capilla, y todo el resto del edificio, excepto la biblioteca, que es más moderna, datan de 1620 á 1640, pero el colegio fué fundado en 1326 por Eduardo II, sólo que más tarde se trasladó al punto en que ahora se halla, donde habia una casa conocida con el nombre de «Oriole», la cual fué regalada por Eduardo III para establecer aquí aquel centro de enseñanza. Hay algunas dudas acerca de la significacion de la palabra Oriole ú Oriel; mas parece indicar el *oratoriolum* latino, pequeño oratorio. Las estatuas de Eduardo II y Eduardo III adornan la parte superior del pórtico, y sobre ellas se ve la de la Vírgen con el Niño.

Avancemos ahora entre Merton y Corpus para entrar en el ancho paseo que se extiende á lo largo del lado norte de la Pradera de Merton. En la casa de este nombre se alojó la señorita de Castlemaine cuando la corte de Cárlos II estuvo en Oxford. En dicha pradera y en los paseos inmediatos veíanse continuamente durante aquellos dias los elegantes sombre-

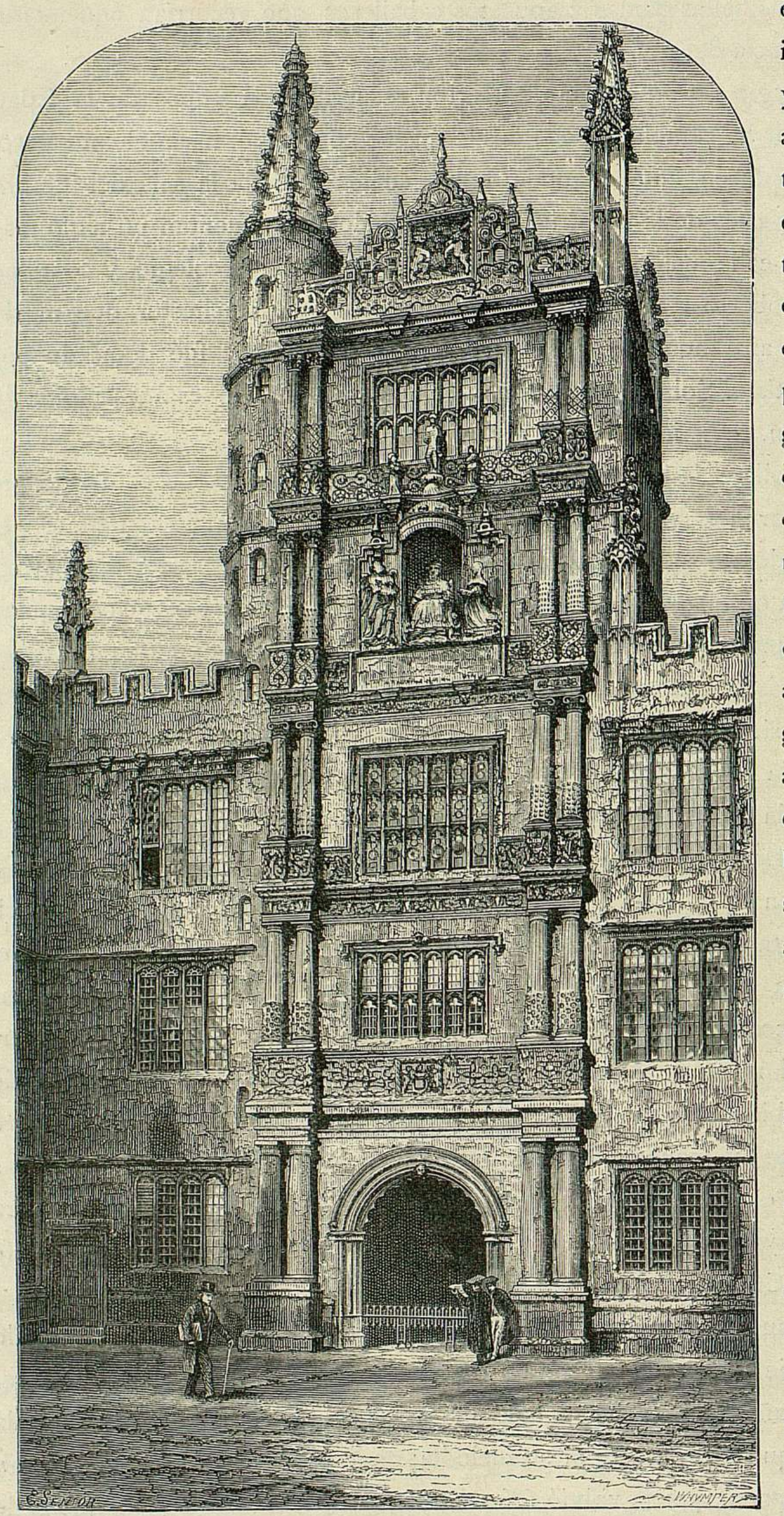
ros de seda adornados con plumas, y no fué poca perturbacion para las antiguas asociaciones escolásticas la presencia de las bellas damas y apuestos caballeros que recorrian aquel sitio delicioso durante la permanencia del rey.

Más que ningun otro colegio de Oxford, el de Merton recuerda los tiempos de la Edad media: el cuadrángulo interior ha cambiado poco desde que se construyó, hácia el año 1350, y los pasadizos que á él conducen, en el segundo de los cuales se halla la sala del Tesoro con su techo de piedra, son partes de la construcion del fundador, que cuentan un siglo más de antigüedad. La biblioteca es la más primitiva de Oxford, así como el colegio, y contiene muchos libros legados por Roberto Reade, el obispo dominicano de Chinchester, que murió en 1415. Todo respira cierto aire monástico en el colegio de Merton, que fué dedicado por su fundador á San Juan Bautista. Sobre la entrada principal del edificio está esculpida la figura de Walterio de Merton, revistiendo su traje de obispo.

Los frescos prados y el follaje de los álamos parecen más verdes aún por el contraste que ofrecen con los muros de color gris y las oscuras bóvedas. Frente al edificio extiéndese el famoso Paseo Ancho, desde donde se ven la iglesia de Cristo, la catedral y la torre construida por Cristóbal Wren, en la que llama desde luégo la atencion el *Gran Tomás*, la campana que todas las noches á las nueve y diez minutos da la señal para cerrar las puertas de todos los colegios. La iglesia de Cristo recuerda dos períodos históricos muy diferentes. La torre y la espira de la catedral (que sirve tambien como capilla del colegio) nos recuerdan una época muy remota, aún anterior á la fundacion de Merton, aquel tiempo en que el Priorato Agustino de San Frideswide era la fundacion eclesiástica más importante del país. La catedral existente era la iglesia del Priorato, uno de los pequeños conventos suprimidos por una bula de Clemente VII expedida en 1524, con objeto de que los colegios de Wolsey y de Ipswich pudiesen disfrutar de sus rentas. Al entrar en los cuadrángulos de la iglesia de Cristo, el primer recuerdo que se evoca es el del cardenal Wolsey; su colegio se comenzó á edificar aquí en gran escala, pero la construccion no habia terminado aún cuando aquel célebre personaje cayó en desgracia. El rey mandó continuarla (1546); pero el primitivo nombre de Colegio del Cardenal se cambió por el de Colegio del Rey, y más tarde por el de Iglesia de Cristo. Despues de suprimirse los monasterios más importantes vino la fundacion de nuevas sedes episcopales, y una de ellas fué Oxford, comprendido en la diócesis de Lincoln. La antigua iglesia de San Frideswide llegó á ser la catedral, y el nuevo dean fué elegido jefe del Colegio de la Iglesia de Cristo.

La catedral, que fué restaurada por Scott, contiene algunas partes muy ricas de estilo normando. Cuando el extranjero visita este grandioso edificio podrá suceder que le sobresalte de pronto el ruidoso tañido de las campanas, que son las mismas que estaban en la abadía de Oseney, donde adquirieron fama por su melodía; de allí procede tambien el *Gran Tomás*. Esta gigantesca campana, que se volvió á fundir en 1680, tiene doble peso que el de la más grande de San Pablo. Frente á la entrada de la iglesia está la escalera que conduce á la sala principal del colegio, la más hermosa que se conoce en Oxford; tiene trece piés más de longitud que la de la Trinidad, en Cambridge, y se terminó en tiempo de Wolsey. En el

techo están las armas de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, y lo primero que se ve al entrar es la figura de aquel imperioso rey. Este retrato y el del cardenal Wolsey se atribuyen á Holbein, y bastan por sí solos para avivar el recuerdo de los sentimientos en que debió inspirarse el fundador de este noble establecimiento. El inmenso patio y los vastos cuadrángulos son dignos de la grandiosidad del poderoso rey y del noble súbdito que llevaron á cabo su construccion. La iglesia de Cristo fué desde luégo lo que ahora es, así como el colegio. En la gran sala se recibe siempre al soberano cuando visita la ciudad. Cárlos I se alojó en la iglesia de Cristo durante su estancia forzosa, y en aquella presidió su Parlamento, reunido allí por primera vez en enero de 1644. El gran cuadrángulo, de arquitectura algo pesada, es sin embargo grandioso por sus dimensiones, pues mide 264 piés por 261; y cuando termine la restauracion que ahora se ha emprendido, se asemejará más al primitivo plano aprobado por Wolsey. Aquí tambien, lo mismo que en otras partes del colegio, se hallan numerosos recuerdos del pasado. En el jardin de Regius, profesor de hebreo, está la más antigua higuera de Inglaterra, traida del Oriente por Eduardo Pococke, quien despues de desempeñar algun



*Torre en el patio del colegio (Universidad de Oxford)*

tiempo aquella cátedra, murió el año 1691.

Saliendo ahora de la iglesia nos dirigiremos al Paseo Ancho para ver los nuevos cuerpos de edificio dependientes del templo; su estilo, gótico muy ecléctico, nada tiene de notable; pero en cambio el paseo admira por lo grandioso: es una inmensa avenida que data del tiempo de la



*Lugar retirado del jardin del Colegio Nuevo*

Restauracion, bordeada de corpulentos y frondosos olmos; algunos de estos magníficos árboles, no pudiendo resistir las crudezas de tantos inviernos y el rigor de las intemperies, han muerto y desaparecido, dejando algunos huecos; mas á pesar de esto el conjunto es ma-

jestuoso, y la densa sombra, cortada en algunos sitios por los rayos luminosos que penetran á través del espeso follaje, invita al tranquilo paseo y á la meditacion.

La conservacion de todo esto se debe en gran parte al doctor Fell, que cuando fué obispo de Oxford (1676-1686) no perdonó esfuerzo alguno para mejorar su Paseo, haciendo al mismo tiempo grandes cosas para su colegio. La nueva avenida, que se corre en ángulos rectos en una gran extension, se abrió al público por primera vez en 1871; pero las otras, que rodean la iglesia de Cristo y la Pradera, encerrando un espacio de cincuenta acres, son bastante antiguas. En la primera parte del paseo, muy cerca de la cual pasa el Támesis, el sitio es delicioso; en la orilla del rio se ven las chalupas de los diversos colegios, y cuando en el mes de mayo se efectúan las regatas, de aquí parte la interminable procesion de lanchas y botes que deben tomar parte en ellas. En la parte oriental de los paseos, el Cherwell, cuyas márgenes están cubiertas de lilas, se vierte en el Isis, y si se avanza un poco en esta direccion, muy pronto se ve la torre de la Magdalena, cuya iglesia, que hemos citado ya, fué fundada en 1457 por Guillermo de Waynflete, obispo de Winchester. Sus paseos y avenidas, donde al célebre Pope le gustaba tanto entregarse á sus meditaciones, son más silenciosos que los de Merton, y hasta tienen mayor atractivo. Dícese que uno de estos paseos era muy frecuentado por Addison, á lo cual se debe que se le haya dado su nombre.

El cuadrángulo, que tiene una cerca, goza de cierto renombre por las singulares estatuas de arenisca que se ven allí, y que fueron erigidas para conmemorar una visita de Jacobo I, aquel Salomon inglés tan amante de lo místico. En otro sitio llama la atencion de los extranjeros la figura de un hipopótamo que lleva sus hijuelos sobre el lomo: es el emblema de un buen tutor, que vigila á sus jóvenes discípulos; las virtudes y vicios están representados por extrañas figuras de animales. El nicho del fundador, abierto sobre la puerta que da entrada al cuadrángulo, donde se ha recibido á muchos reyes y reinas; la capilla tan famosa por su servicio coral y por la sonora música de su órgano, que difunde torrentes de melodía por todos los ámbitos del edificio; el cuadrángulo exterior con su púlpito de piedra, desde el cual se predicaba todos los años el dia de San Juan; y el vasto parque donde pululan los ciervos, son otras tantas cosas dignas de ser vistas y que por su conjunto contribuyen á que el Colegio de la Magdalena sea un establecimiento especial: tal vez no haya en el mundo otro más perfecto. Aún se recuerda de qué modo figuró el Colegio de la Magdalena en la revolucion de 1688, cuando Jacobo II infringió sus Cartas reales, y cuánta fué la resistencia de los estudiantes cuando se trató de expulsar al presidente Juan Hough. El portero del Colegio, al saber que debia ser reemplazado por otro, arrojó las llaves, y ningun cerrajero de la ciudad quiso forzar la cerradura de la habitacion del Presidente; de modo que fué preciso que los comisionados se valieran de su gente para echar la puerta abajo. «¡Cómo! exclamó el duque de Wellington el dia que se presentó en Oxford para tomar posesion de su cargo de canciller, y señalando el prolongado muro del Colegio de la Magdalena; ¿es ese el edificio que...?» «Sí, replicó Mr. Croker, esa es la pared contra la cual se estrelló Jacobo II.»

Volvamos ahora á la calle Alta, dejando á la izquierda el Colegio de la Universidad, donde lo más notable es la capilla con sus ventanas de estilo holandés, y á la derecha el Colegio de

la Reina, fundado en 1341 por Roberto de Eglesfield, confesor de la reina Felipa, la cual tuvo el capricho de regalar al establecimiento un vaso de cuerno montado en oro, que aún se conserva cuidadosamente. El hijo de esta reina, el príncipe Negro, fué educado aquí y llegó á ser individuo de la Asociacion del Colegio cuando apénas contaba doce años.

Ahora estamos de nuevo junto á la Biblioteca de Radcliffe y podemos entrar en el cuadrángulo de las escuelas, que por su altura y su aspecto algo lóbrego, nos recuerda la ciudad de Padua vista desde léjos por la parte del mar; pero Padua no tiene apénas nada que pueda rivalizar con la fantástica torre que corona el pórtico por donde se entra en la plaza. Tomás Halt la edificó en 1619, y es un ejemplo muy notable del Renacimiento moderno: en sus cinco pisos se ven los cinco estilos de la arquitectura clásica, con varios frisos y ornamentos; miéntras que los pináculos, en la torrecilla y en los ángulos, son del más puro gótico. En el cuarto piso está la figura del rey Jacobo I, sentado en un trono y presentando el volúmen que contiene sus obras, por un lado á la Fama, y por el otro á un doctor de la Universidad. Este grupo edificante era dorado cuando se terminó su construccion; pero al visitar el rey la ciudad de Oxford, parecióle que era «demasiado pomposo» y se le quitó la capa dorada. El cetro de madera cayó de la mano de la figura del monarca cuando Guillermo IV subió al trono; pero contrariamente á lo que esperaban los que en tales incidentes creen ver un milagro y un pronóstico de grandes acontecimientos, «no sucedió absolutamente nada.»

Parte del espacio de este cuadrángulo estuvo ocupado largo tiempo por la escuela destinada á los exámenes públicos para tomar los grados. ¡Cuántas esperanzas se realizaron ó desvanecieron en aquel edificio! Muchos de los que más tarde debian alcanzar gloria ó celebridad obtuvieron aquí sus primeros triunfos; pero tambien no pocos grandes hombres, políticos ó guerreros, aunque sobrecargados con todos los honores que el mundo puede conceder, piensan que fué para ellos más grato que todo esto el primer triunfo alcanzado en aquellas escuelas. Hé aquí por qué esa torre es en cierto modo el corazon de Oxford. La Biblioteca Bodleian ocupa los pisos superiores del cuadrángulo. Sir Thomas Bodley completó el edificio en 1606 y regaló á la Universidad una considerable librería de gran valor. «La obra de Bodley, dice Casaubon, era más propia de un rey que de un particular.» La coleccion aumentó rápidamente, y ahora se compone de unos trescientos mil volúmenes. Muchos de los libros y escritos raros se guardan en escaparates de cristal: aquí está el libro de ejercicios latinos de Eduardo VI y de la reina Isabel; la confesion de Monmouth; y no pocos manuscritos de diversas épocas, algunos de ellos iluminados por célebres artistas. La extensa galería de pinturas está llena de interesantes retratos históricos, cuya vista proporciona un agradable recreo. A Lord Burleigh se le representa montado en su mula; Sir Kenelm Digby, vistiendo traje de luto por la muerte de su esposa Venecia, está retratado por Van Dyck, y Sir Thomas Bodley, por Janssens; tambien hay aquí un cuadro que representa á la hermosa Flora Macdonald, con su traje escocés y sus rosas blancas. Asimismo debemos hacer mencion de un gran cofre que contiene objetos de hierro antiguos y algunas reliquias.

Un angosto pasadizo conduce á la puerta principal del Colegio Nuevo, la noble fundacion de Guillermo de Wykeham (1380), y complemento de su gran escuela de Winchester. El

Colegio Nuevo ha servido de modelo á todos los modernos fundadores, y casi todos los cuerpos de edificio son de la época de Wykeham, pero se han hecho varias adiciones, habiéndose restaurado el principal por Sir Gilbert Scott. En la capilla que llaman Perpendicular, tal vez la más hermosa de Oxford, se conserva el báculo de Guillermo de Wykeham, que es de plata sobredorada con esmaltes.

El jardin del Colegio Nuevo fué trazado por Wren; sobre la puerta principal, que es de hierro y fué traida del famoso palacio del duque de Chandos, se lee la divisa del fundador: «Los actos hacen el hombre.» Un poco más léjos se hallan los bosquecillos del Colegio, el sitio más delicioso que seria dado imaginar. Un montecillo cubierto de árboles aumenta aparentemente la extension del jardin; y la antigua muralla de la ciudad, que le rodea por tres partes, no sólo es pintoresca por sí misma, sino que es un verdadero fragmento de otro Oxford, del burgo que existia mucho ántes de la Universidad.

Si queremos encontrar jardines que rivalicen con los del Colegio Nuevo debemos ir á visitar los de San Juan, que están algo distantes en la direccion norte, y fuera de los muros de la ciudad antigua. El Colegio de San Juan, fundado en 1555, fué ensanchado y adornado por el arzobispo Laud, para quien Iñigo Jones construyó el segundo patio, y cuyo cadáver fué conducido aquí despues de su ejecucion para sepultarlo debajo del altar de la capilla. El jardin que se ve de frente es obra de Iñigo Jones; en sus espesuras así como en el dominio contiguo de la Trinidad, los ruiseñores abundan mucho en el mes de mayo. El magnífico paseo de la Trinidad no tiene verdaderamente rival, ni en el Colegio Nuevo ni en San Juan; el rico follaje de los árboles, durante el verano, los arcos de verdura, el suave perfume de las flores y el gorjeo de las avecillas, convierten este lugar en un paraíso.

El Colegio de la Trinidad fué fundado en 1554 por Sir Thomas Pope, el amigo de More: todos los cuerpos de edificio son de una época posterior; pero en la capilla, además de las esculturas de Grinling Gibbons, las más hermosas que podrian encontrarse en Inglaterra, hállanse las tumbas del fundador y de su esposa, que se trajeron de la iglesia de San Estéban de Lóndres.

Antes de salir de Oxford dirigiremos una rápida mirada al famoso Colegio de Balliol, con sus modernos edificios, que se elevan junto á Butterfield y Waterhouse, y tambien al de Exeter, cuya fundacion data de 1618, que se distingue por su majestuoso aspecto; su capilla es muy moderna, lo mismo que la parte donde habita el rector, pero puede considerarse como una de las obras más admirables de Gilbert Scott.

Aquí terminaremos nuestra breve excursion por la ciudad universitaria, sin haber hablado más que de los colegios, porque estos centros de enseñanza, que han adquirido una justa celebridad, constituyen realmente lo más notable que se puede ver en Oxford.

---

# CAMBRIDGE



*Puente del Colegio de la Reina*

Al comenzar á escribir su historia de la Universidad de Cambridge, el anciano Fuller empezó por decir lo siguiente: «Léjos de mi ánimo hacer odiosas comparaciones entre Jaquin y Boaz, las dos columnas del templo de Salomon, prefiriendo una de ellas por su belleza y solidez, cuando ambas son igualmente admirables.» En nuestro bosquejo, al paso que se indicarán las diferencias, procuraremos atenernos á la misma ley. El primer aspecto de Cambridge es desagradable; la naturaleza ha favorecido bien poco á la ciudad, situada en un valle bastante llano, limitado en un lado por una larga serie de colinas de caliza, y en el otro por insignificantes eminencias; acá y allá se ven algunos grupos de árboles que marcan el sitio ocupado por los pueblos; pero el país es generalmente árido y de triste aspecto.

Sea cual fuere el punto por donde nos acerquemos á la ciudad, poco se divisa al principio

de los edificios universitarios: lo primero que se ofrece á nuestra vista es la clásica fachada del Colegio Emanuel, situado en un paseo de una milla de extension, que nada tiene de particular. Más allá, en el mismo lado del camino, está el Colegio de Cristo, una de las fundaciones hermanas de la buena Margarita, madre de Enrique VII. Desgraciadas restauraciones han mutilado el primer patio; en el segundo hay varios cuerpos de edificio, cuya plano se debe á Iñigo Jones. En cuanto á los jardines, pocos habrá tan magníficos como los de Cambridge: las espesas y suaves alfombras de césped están sombreadas por hermosos árboles, tan corpulentos como frondosos, y en las alamedas umbrías, el ramaje forma una bóveda á través de la cual apénas penetra algun rayo de sol. Otro atractivo tienen estos jardines para todo inglés amante de las glorias patrias, y es que con frecuencia paseaba en ellos Juan Milton, quien estuvo tres años en el Colegio de Cristo: en un rincon de los jardines hay un moral, apuntalado cuidadosamente para que pueda resistir la accion del tiempo, y que fué plantado por el autor del «Paraíso Perdido» cuando sólo era un muchacho.

Siguiendo la calle principal, y despues de pasar por delante de la moderna fachada del Colegio de Sidney Sussex, llegamos á la iglesia del Santo Sepulcro, la más notable reliquia eclesiástica de Cambridge; es una de las que se edificaron para recordar la del Santo Sepulcro en Jerusalen, y ahora sólo quedan otras tres en Inglaterra. La de que se trata es mucho más pequeña, y segun lo demuestran sus macizos arcos normandos, edificóse ántes que la iglesia del Temple en Lóndres; á la rotonda, que se ve muy bien desde la calle, está unido un pequeño coro, obra del siglo XIV.

Si dejamos á la derecha la calle del Puente, que conduce al Cam, pasando á otra de las arterias principales de Cambridge, daremos vista á la fachada del Colegio de San Juan. La nueva capilla, que se ve perfectamente desde este punto, es una rica muestra del estilo gótico del siglo XIII, representando el plano una cruz de brazos cortos. En el lado norte de la capilla hay un espacio para el órgano, y sobre aquella elévase una maciza torre cuadrada; esta adicion, que se hizo con el objeto de colocar una flecha, no está en armonía con el resto del edificio, que á pesar de sus muchas bellezas en los detalles se debe condenar por su lamentable composicion. Excepto la parte moderna de la fachada, el resto es la mejor construccion de ladrillo y piedra que se podria encontrar en todo Cambridge: es obra de principios del siglo XVI. Las ventanas puntiagudas de la izquierda pertenecen á lo que en otro tiempo fué la antigua biblioteca del colegio. Sobre la entrada principal se ven la cota de armas y la estatua de la fundadora, es decir de Margarita, condesa de Richmond y Derby. Si penetramos más en el interior del patio veremos que lo mismo aquí que en la otra fundacion ha dejado señales de su paso la mano destructora del hombre, pues en el lado sur se ha sustituido con una mísera fachada lisa la hermosa obra del siglo XVI; en la parte del oeste, sin embargo, se conserva la antigua construccion. A la derecha está el comedor del colegio, que se ensanchó considerablemente cuando construyeron la nueva capilla, la cual forma el resto de este lado del patio. En el fondo, una línea de mampostería que se destaca sobre el verde césped indica el límite de la antigua capilla, que pertenecia al hospital de San Juan, suprimido para fundar el colegio. El interior de la nueva capilla es sumamente rico, aunque no carece de los defectos

que tanto resaltan en el exterior; los cristales de colores modernos son de gran mérito. El segundo patio se puede considerar como lo mejor que hay en Inglaterra en construccion de piedra y ladrillo, habiéndose completado la obra en 1599, segun expresa una inscripcion. El primer piso de la parte norte está casi del todo ocupado por una larga habitacion ó especie de galería, con paredes que forman cuadros y el techo cargado de adornos; toda la obra de madera es antigua.

Siguiendo adelante penetraremos en un patio mucho más pequeño, en cuya fachada norte está la biblioteca, construida principalmente en el año 1624, á expensas de Guillermo, arzobispo de York. El estilo gótico de las ventanas llama desde luego la atencion de los que saben apreciar el mérito en la arquitectura, y la estantería para los libros es una buena muestra de la obra de Jacobeau. Desde aquí se va directamente, por un puente cubierto que cruza el Cam, al claustro Nuevo, construido hace unos cuarenta y cinco años; pero nosotros pasaremos por un pequeño arco que está al sur, pues así veremos mejor los extensos edificios del Patio Nuevo, siguiendo el ancho paseo inmediato á los jardines. Aunque el conjunto ofrece bastante materia para la crítica, no deja de producir gran efecto.

Los jardines que hay en la parte posterior de algunos de los colegios son el orgullo de Cambridge, mas para verlos bien es preciso pasar de un edificio á otro y alquilar despues un bote para recorrer la orilla del rio. El golpe de vista es de aquellos que no se podria encontrar en toda Inglaterra, ni tal vez en el resto de Europa. En el espacio de tres cuartos de milla de longitud á lo largo de cada una de las márgenes del Cam, por un cuarto de anchura, desde la extremidad del rio que da frente á San Juan, ó casi desde el Colegio de la Magdalena hasta el puente que hay más allá, se ve una prolongada línea de edificios, siempre notables si no magníficos, de verdes alamedas, de senderos esmaltados de flores y grupos de corpulentos árboles, sin contar los ricos jardines y las colinas, que se reflejan en la superficie del tranquilo rio.

A corta distancia de las llamadas Puertas de Jonás, y despues de franquear un sendero bordeado por magníficos olmos, llegamos á la puerta principal de la Trinidad, en la cual se eleva una torre de piedra, cuyas ventanas están por lo regular adornadas de flores; si se avanza por el claustro, sombreado por una bóveda de ramaje, se verán á derecha é izquierda magníficas alamedas y algunos edificios que se elevan entre la espesura.

Volvamos á cruzar el Cam para ir á ver el Palacio Nuevo, edificado hace medio siglo; es una pobre imitacion del estilo gótico, que no ofrece ningun interés, y por lo tanto seguiremos adelante para visitar la arcada del Palacio de Nevile: á pesar de cierta falta de armonía, que se debe exclusivamente al riguroso estilo clásico de la Biblioteca de Wren, que está en la fachada principal, el conjunto es el más puro modelo de la arquitectura de Jacobeau en este país. Las magníficas ventanas del gran salon y los espaciosos claustros en tres lados del edificio producen el mejor efecto.

La Biblioteca de Wren se distingue por su correcto estilo, pero como hemos dicho ya, es clásico hasta la exageracion, y por eso el exterior carece de atractivo, al ménos para el gusto de nuestra época; pero el interior es en cambio notable por todos conceptos. Las estanterías

están adornadas con ricas esculturas de Gibbons y bustos en mármol de antiguos poetas, sabios y otros hombres ilustres, algunos de ellos debidos al cincel de Roubiliac. Al fin de la sala está la magnífica estatua de Lord Byron hecha por Thorwaldsen. Tambien hay muchas reliquias, en cuya descripcion no podemos entrar.

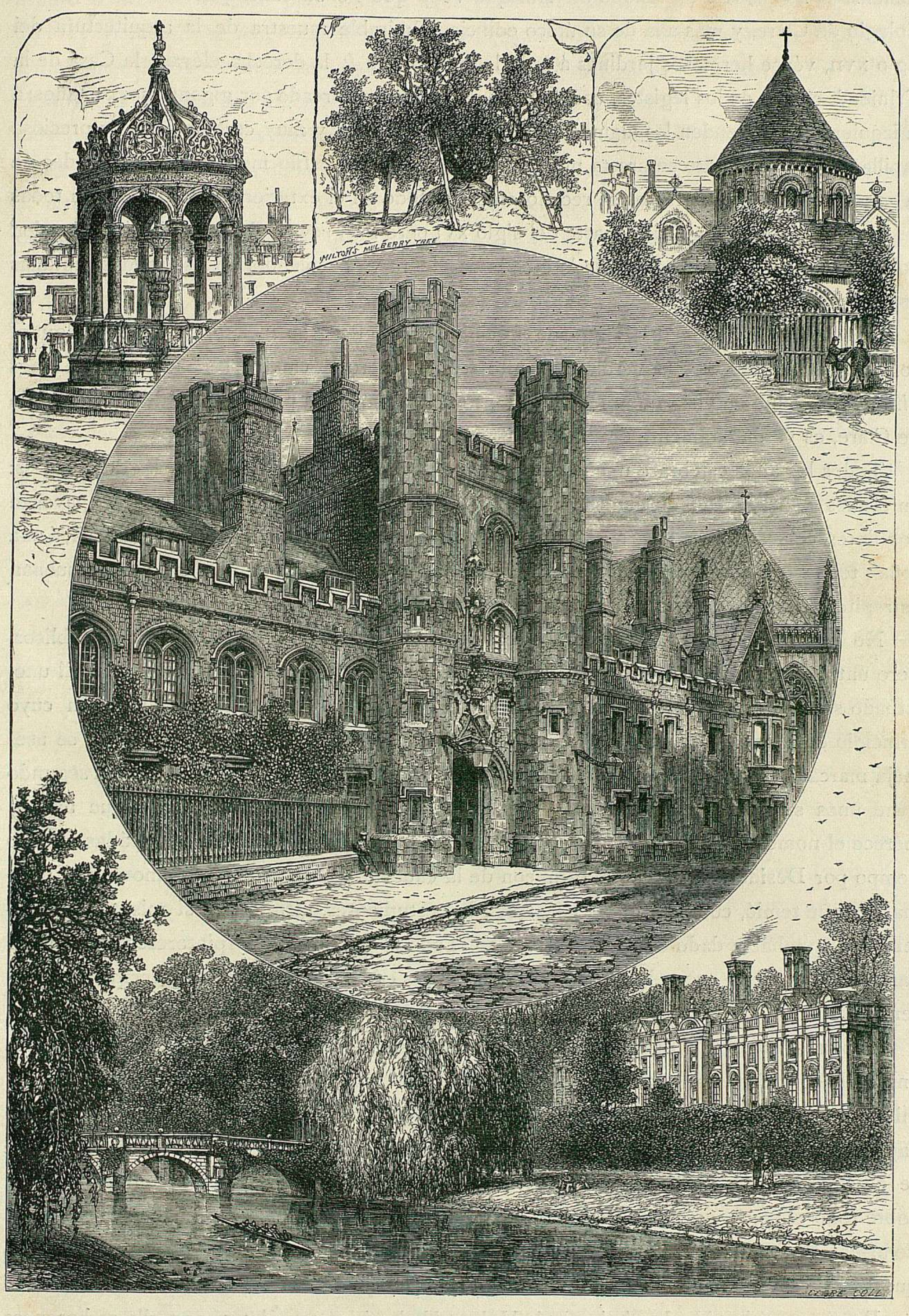
A pesar de la sencillez de algunas partes, y de su poca altura, seria difícil encontrar un cuadrángulo mas notable que el que forma el Gran Palacio de la Trinidad, al que están agregadas varias porciones de otros edificios más antiguos, reunidos en uno solo por disposicion de Enrique VIII para formar su Colegio de la «Santa é Indivisible Trinidad.» Se han hecho, sin embargo, algunas otras alteraciones, con ese mal gusto que se observa en todas las efectuadas en el siglo XVIII, pero la mayor parte del palacio data del año 1615. Las torres de las puertas de entrada interrumpen la línea del edificio en tres de los lados; junto á la del norte está la capilla, cuyo exterior, muy sencillo, es obra del siglo XVI; el interior se ha decorado recientemente con gran magnificencia, poniendo hermosos cuadros, molduras y cristales de colores de mucho mérito. En la tarde del domingo, cuando se reunen los coros y se ilumina brillantemente la capilla, el conjunto que presenta es deslumbrador. En la ante-capilla se ven las estatuas de Barrow, Bacon, Macaulay y Whewell; tambien está la de Newton, obra de Roubiliac.

Los más de los colegios pueden vanagloriarse de haber tenido una larga serie de alumnos ilustres, pero ninguno tantos como el de la Trinidad, que es el más grande y rico: en su lista figuran príncipes, pares, grandes políticos, teólogos, poetas, y otros hombres notables así en las ciencias como en la literatura. En esos patios han paseado Dryden y Macaulay, Tennyson y Arturo Allam. Todavía se pueden ver las habitaciones de Newton y de Byron, los libros de Bentley y de Porson, conservándose igualmente los recuerdos de Whewell y de Sedgwick, el primero de los geólogos ingleses.

Sin detenernos más, pasemos por la puerta principal, sobrepuesta de la estatua de Enrique VIII, el real fundador, para salir á la calle de la Trinidad, donde pronto daremos vista al Colegio de San Juan; poco más allá de este, siguiendo una estrecha calle que va perdiendo poco á poco sus más pintorescas casas, iremos á parar al Colegio de Granville y Cayo, la más notable obra moderna que hay en Cambridge. La puerta nueva da á la parte más ancha de la calle, pero otra más pequeña indica el sitio donde estaba la antigua; otra de mayores dimensiones, en cuyo frontis se leen las inscripciones *Virtutis* y *Sapientiæ*, da entrada al patio interior, y una tercera, más suntuosa, conduce á las escuelas; en su parte superior se ha inscrito la palabra *Honoris*, y así se completa la sentencia de que por la virtud y el saber se llega á los más altos puestos.

A la izquierda de la puerta de Honor, construida por el doctor Cayo, uno de los fundadores del colegio, hácia el año 1558, se ve la Casa del Senado, donde se celebran muchos exámenes y las ceremonias públicas de la Universidad.

La Biblioteca pública, contenida en parte en los edificios ocupados en otro tiempo por los alumnos del Colegio de King, contiene una numerosa coleccion de libros y manuscritos; detrás se halla el Museo Geológico, al que se llega por la antigua puerta de dicho colegio,




*Vistas de Cambridge*

comenzada á construir en tiempo de Enrique VI y que no se concluyó. En frente está el Colegio de Clare, y más allá de su único edificio, admirable muestra de la arquitectura del siglo XVII, vénse hermosos jardines á cada lado del Cam. A la derecha elévase la Casa de la Trinidad, centro de los legistas, con su inmenso jardin sombreado por gigantescos castaños; á la izquierda se extienden las alamedas del Colegio de King, y muy cerca hállase su preciosa capilla, que sin embargo se presta mucho á la crítica por su estilo monótono y la pesadez de la construccion; estos defectos se reconocen sobre todo en el exterior, como sucede con todas las construcciones de la última parte del siglo XV; pero muy severo debe ser el crítico á quien no impresionen la grandiosidad de la arcada de piedra y el esplendor de las grandes ventanas con vidrios de colores.

Los demás edificios de King son modernos, y no de gran mérito, contándose alguno, como el de Fellows, que es verdaderamente feísimo; pero en cambio las alamedas son magníficas, y el golpe de vista que presentan, tanto por la parte del puente como desde el Colegio de Clare, es verdaderamente encantador.

Todos los años celébrase una ceremonia en el espacio de rio que hay entre los dos puentes: en el mes de mayo, cuando han terminado ya las regatas del Colegio, los botes se empavesan con flores, colocándose en línea uno tras otro, con sus tripulantes vestidos de toda gala; á una señal, todos levantan sus remos para saludar al bote que hace de jefe; entónces resuenan estrepitosos hurras, y despues de algunas evoluciones, los botes atracan en la orilla.

No nos queda espacio suficiente para describir los demás colegios ó edificios públicos, pero entre los primeros se cuentan dos, sobre los cuales debemos decir alguna cosa. El uno, situado sobre el rio, detrás de Santa Catalina, es el Colegio de la Reina, fundacion cuyo principio data de la época de Margarita de Anjou; el primer edificio, con su portal, se asemeja marcadamente al del Colegio de San Juan, y hállase en mucho mejor estado; el segundo tiene unos singulares claustros estrechos de ladrillo, y en un angosto patio, que apénas merece el nombre de tal, hállase la escalera que conduce á las habitaciones ocupadas en otro tiempo por Desiderio Erasmo, el campeon de la «nueva enseñanza,» que promovió la Reforma, aunque temió, como sucede á veces con los estudiantes, dirigir por sí mismo el movimiento á que habia dado el principal impulso. Todo este sitio es muy pintoresco, mas no lo parecerá tanto si no se vuelve la espalda á unos feos edificios levantados á principios del presente siglo.

El otro Colegio es el de Jesus, que se halla á cierta distancia de los otros, á la entrada de una calle situada entre el Colegio de Sidney Sussex y la Iglesia Redonda. Edificado en el mismo sitio que ocupó un convento de monjas dedicado á Santa Radegunda, conserva en su capilla una gran parte de la antigua iglesia de aquel, hermosa construccion del año 1200 que se ha restaurado magníficamente. Las demás partes del Colegio no dejan de ofrecer interés, sobre todo el portal que conduce desde aquel al patio de la capilla, en la cual se ve el escudo de armas del fundador, el obispo Alcock, y la dedicatoria: esta parte data del reinado de Enrique VII.

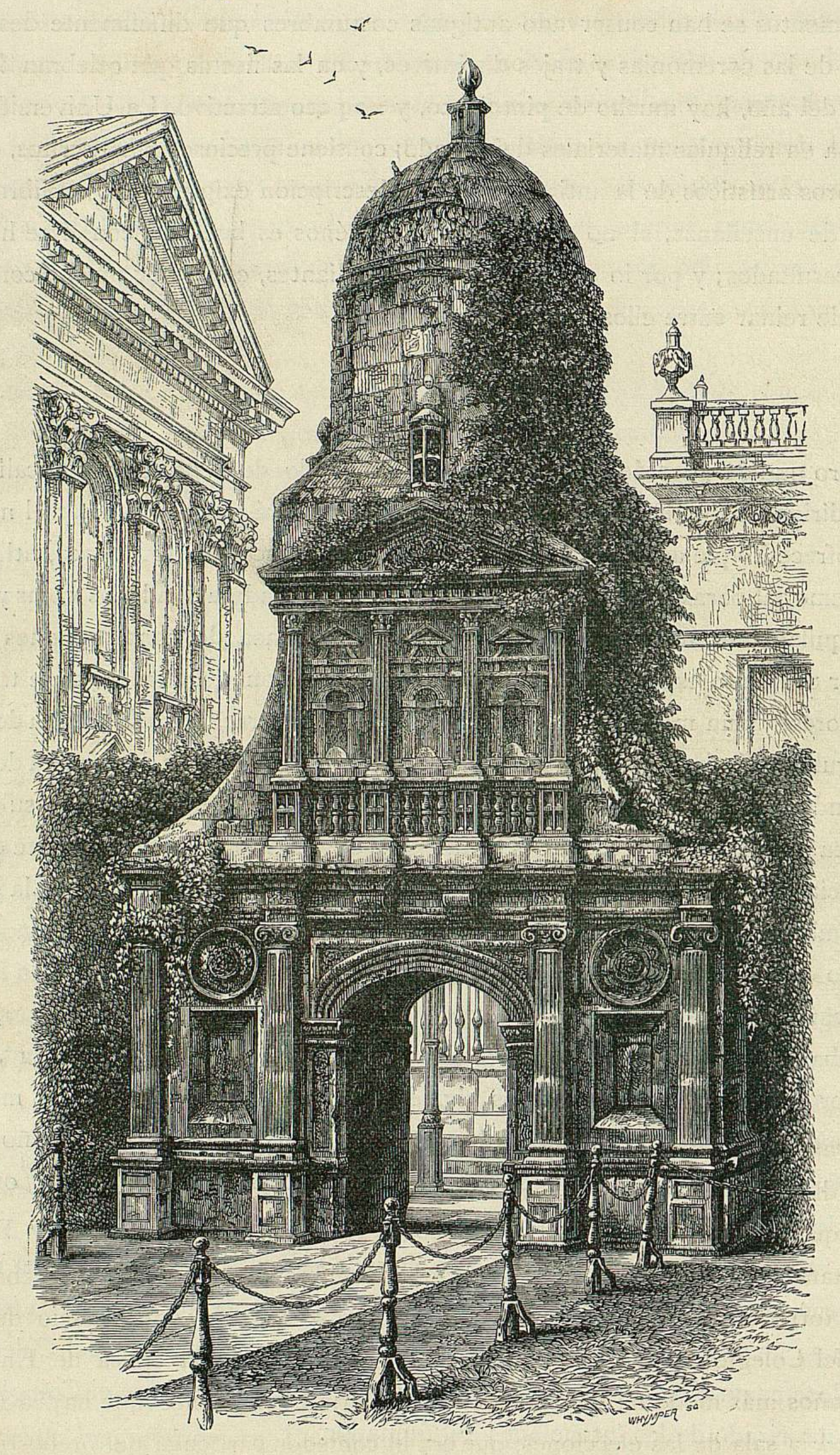
En cuanto á la vida doméstica en la Universidad y á los estudios que en ella se hacen, es

asunto demasiado extenso para tratarle aquí, y sólo diremos que por la estricta observancia de los reglamentos se han conservado antiguas costumbres que difícilmente desaparecerán. En algunas de las ceremonias y trajes distintivos, y en las fiestas que celebran los colegios ciertos dias del año, hay mucho de pintoresco, y no poco atractivo. La Universidad, por otra parte, es rica en reliquias materiales del pasado; contiene preciosos manuscritos, libros y pinturas, y tesoros artísticos de la antigüedad, cuya descripcion exigiria todo un libro. En cuanto al sistema de enseñanza, si no perfecto, por lo ménos es bueno, y con él se han obtenido excelentes resultados; y por lo que hace á los estudiantes, como hay mucho compañerismo, siempre suele reinar entre ellos la mejor inteligencia.

## ETON

El viajero que despues de visitar el soberbio Castillo de Windsor y la localidad de este nombre se dirige en una barca á la orilla opuesta, no podrá ménos de notar el marcado contraste que ofrece lo que acaba de ver con lo que ve. La escarpadísima roca, utilizada desde tiempo inmemorial para obra defensiva, domina una rica pradera donde las vacas y los caballos pacen tranquilamente; un poco más allá elévase una línea de construcciones de ladrillo, notables por ese tinte especial que sólo comunica la accion del tiempo, tinte tan apreciado por los pintores; y aún más léjos destácase el arco y las torrecillas de la capilla de un hermoso edificio, orgullo de la localidad donde se halla: es el Colegio de Eton, la primera de las escuelas inglesas, fundado por el rey Enrique VI. En 6 de diciembre de 1441, dia de su cumpleaños, este monarca puso la primera piedra del edificio, y desde entónces, seguramente contemplaria con frecuencia desde el terrado de su castillo la pequeña iglesia parroquial de la «isla-pueblo, Ea-ton», sombreada por las obras defensivas de la fortaleza, pensando que allí tendria un monumento digno de fama, propio para conservar en el trascurso de las edades lo mejor y más noble del espíritu inglés. El rey *escolar*, con quien la historia no ha sido muy justa, comprendió que no estaba llamado á vencer en las rudas contiendas del mundo, que seria derrotado en la guerra por muchos y muy poderosos rivales, eclipsado en celebridad por muchos y más populares sucesores; y hé aquí, sin duda, por qué se fijó con mayor empeño en el plan, concebido ya en sus juveniles años, de fundar dos institutos, uno en Eton y otro en Cambridge, donde se daria toda la educacion necesaria para un caballero inglés, y donde, con arreglo á la creencia y prácticas de la época, algunos sacerdotes rezarian por el reposo de su alma. El bienestar de estos dos institutos ocupó su pensamiento miéntras vivió, segun se reconoce en su último testamento, que aún se conserva en la biblioteca del Colegio de Eton, considerándose como el gérmen de los estatutos por los cuales se rige el Colegio, y como el cánon más autorizado de las intenciones del fundador.

Eton parece haber sido desde un principio lo que siempre ha sido despues, un plantel de los «caballeros de Inglaterra.» El rey Enrique VII era natural de Eton; y en las «Cartas de Paston,» escritas en tiempo de este monarca, dícese que no pocos caballeros campesinos, que habitaban tan léjos como Norfolk, tenian costumbre de ir á Eton á caballo para asistir á las




*La puerta de Honor, en el Colegio Cayo*

clases. Parece que el conocimiento de los versos latinos era entónces, como lo es ahora, una distincion para el escolar.

Era justo y razonable que la efigie del rey á quien los hijos de Eton deben tanto fuese

uno de los primeros objetos que se ofrecieran á la vista del nuevo alumno al llegar á la escuela, y por eso se colocó la estatua del fundador en el centro del patio del establecimeinto, que se á la vez un centro de vida y animacion. A la derecha hállase la antigua capilla, de color gris, pintoresca y magnífica construccion, aunque no tanto como lo deseaba su fundador; la capilla actual, donde pueden acomodarse muy bien setenta alumnos, debia ser sólo, segun se proyectaba, el presbiterio de una gran catedral; queríase hacer las ventanas mucho más



*Colegio de Eton*

altas, y se trataba de proteger el majestuoso edificio con un techo abovedado de piedra. La guerra civil dió al traste con tan laudables proyectos, y trascurrieron muchos años sin hacer nada, hasta que al fin se efectuaron las obras, aunque en menor escala.

Inmediatamente detrás de la estatua del fundador se ve un arco bajo que conduce á los claustros; la torre del reloj, con su graciosa ventana, recuerda la del palacio de Hampton Court y la del Colegio de San Juan, en Cambridge, y data de la época de Enrique VIII, siendo cien años más moderna que la capilla. La serie de ventanas que hay á la izquierda corresponde á la sala de las elecciones, que era el comedor particular del preboste de Eton y puede considerarse como una antigua muestra de este género de habitaciones. Aquí vivieron los famosos prebostes de Eton, Sir Henry Savile y Sir Henry Wolton, y aquí pasó algunos dias Lord Bacon, poco tiempo ántes de su muerte, «en la compañía que amaba,» habiendo manifestado deseos de permanecer el resto de su vida en aquel centro de instruccion. Aquí fué

donde Sir Henry Wolton, despues de servir á su patria como diplomático en todos los países de Europa, en una época en que tanto se necesitaban los hombres de accion, recibió la visita del jóven Juan Milton, que llegaba al inmediato pueblo de Horton. Wolton elogió con serena superioridad los primeros esfuerzos de la musa dórica del futuro autor del «Paraíso Perdido,» manifestóse dispuesto á protegerle y dióle los consejos que indujeron al jóven escolar á emprender un viaje, el cual le sirvió para enriquecer su espíritu con nuevos conocimientos. Las habitaciones del preboste están decoradas con los retratos de muchos de los más nobles hijos de Eton, jóvenes políticos ú hombres á la moda, cuyas facciones juveniles se reprodujeron en el lienzo ántes que las surcaran esas líneas precursoras de la edad madura. La serie de retratos comenzó á formarse hace ciento cincuenta años, y es de sentir que alguna vez se haya interrumpido, porque tiene un verdadero valor histórico, pudiendo además servir de estímulo y ejemplo á los que contemplen la imágen de tantos hombres que se han distinguido por su fama ó su gloria; y cuando ménos se reconocerá en esa brillante coleccion que Eton fué siempre el plantel de los políticos de Inglaterra. A la izquierda del cuadrángulo, frente á la capilla, está el cuerpo de edificio que primitivamente contenia la «Cámara larga,» el dormitorio principal de los setenta colegiales que en un principio constituian como el núcleo de la escuela.

Hemos hablado ántes de una magnífica coleccion de retratos de los alumnos más notables, que despues de su salida del colegio adquirieron celebridad en el trascurso de los años al servicio de su país, ó se distinguieron en las letras; y ahora añadiremos que entre ellos figura el del arzobispo Sumner, cuya sonrisa benévola parece comunicar mayor viveza al cuadro; más léjos está el del conde de Camden, que con su mirada grave y sus insignias de canciller infunde respeto; y en otro lugar se ve el de Lord Stratford de Redcliffe, que llama la atencion por su altivo continente. Despues de ver esta galería se debe ir á visitar la bodega, y sobre todo la cocina, notable por lo inmensa, tanto que muy cómodamente se podria asar en ella un buey y preparar cien banquetes para toda una ciudad como la de Eton. Si desde aquí pasamos al patio de la cervecería, veremos en parte confirmado lo que ántes dijimos sobre las interrupciones en la edificacion del Colegio, pues los cimientos son de piedra maciza, y tambien las paredes hasta cierta altura de las ventanas, sustituyéndose despues bruscamente el ladrillo; la union de este con la piedra señala la parte que por espacio de cien años quedó sin concluir y expuesta al aire libre. Es muy sensible que no se realizara el proyecto de erigir un edificio más grandioso.

Volvamos á los claustros: en un ángulo vemos la bomba de sacar agua, puesta en lugar del magnífico conducto que el fundador deseaba establecer en el centro del patio; el agua, en cambio, es riquísima, y abunda en lo que podemos considerar como la fuente clásica de los hijos de Eton. ¡Cuántos jóvenes que más tarde debian ser celebridades apagaron allí diariamente la sed y refrescaron sus labios en las calurosas tardes de julio! Así como David deseó un poco de agua del pozo de Belen, y le fué llevada con peligro de la vida de sus soldados, del mismo modo un preboste del Colegio, hallándose en su lecho de muerte, pidió un vaso de aquella agua cristalina, que venia á hacer las veces de viático.

Las casas que hay alrededor del patio están habitadas por los maestros retirados, quienes disfrutan aquí de un envidiable bienestar en su avanzada edad. Dícese que en otro tiempo, muy remoto, vivian todos en una gran habitacion, mezclados con jóvenes escolares, siendo un centro de animacion y vida este lugar tan retirado ahora.

El moderno Eton ha cambiado mucho, distinguiéndose sus hijos por su locuacidad y carácter alegre; la parte superior del rio, hasta Maidenhead, está siempre ocupada por sus botes, y más cerca de Eton, siempre se pueden ver en la orilla, durante el verano, numerosos colegiales que se bañan. Los campos que rodean la escuela, felizmente para los habitantes de Eton, son de tierra ordinaria, y hay grandes espacios que se pueden utilizar para el juego de los bolos y otros semejantes; los alumnos aficionados á la caza, que han constituido una sociedad, van á ejercitarse en los alrededores.

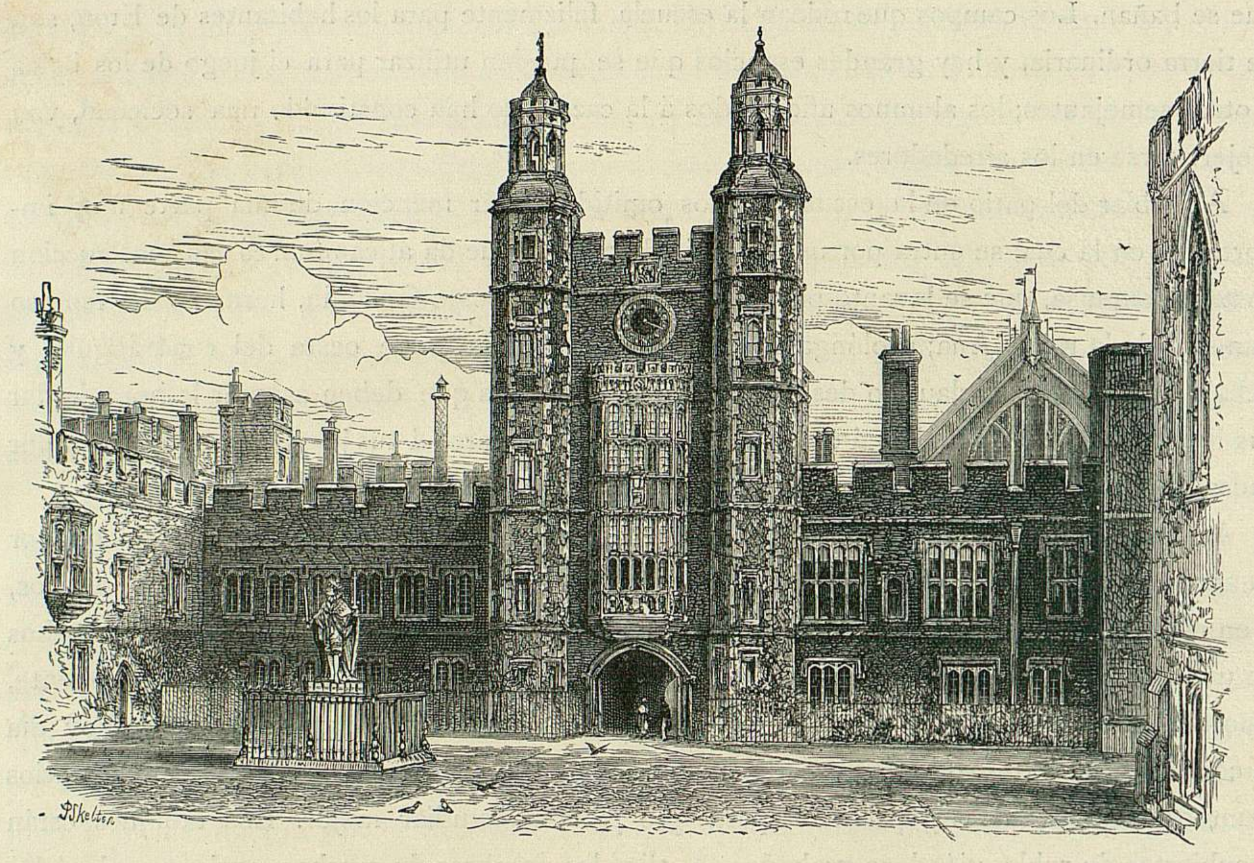
Al hablar del patio de la escuela hemos omitido hacer mencion de una parte muy importante, en la cual se entra por una especie de galería que da al camino: es una construccion bastante extensa, que se levantó por la iniciativa del preboste Godolfin, hermano del famoso ministro de la reina Ana; prolóngase á lo largo de toda la parte oeste del cuadrángulo, y debajo de ella hay un claustro destinado para los alumnos que deben esperar la hora de dar sus lecciones, ó para aquellos á quienes se permite entregarse á sus juegos en aquel lugar por causa del mal tiempo.

Lo que llaman la Escuela Superior es una cámara magnífica, tal vez demasiado larga por su anchura, cuyo principal adorno consiste en varios bustos de soberanos y grandes políticos, y en cinco mesas para los maestros; en otra época era costumbre reunir á todos los muchachos en una gran habitacion en las horas de clase, sin duda no sólo por la falta de espacio suficiente, sino tambien para ejercer mejor la vigilancia y corregir la falta de aplicacion; pero hoy dia la conveniencia ha exigido hacer en la escuela numerosas divisiones, proporcionando á varios alumnos compartimientos privados para que puedan estudiar mejor. Los tabiques están recubiertos de roble, viéndose grabados en ellos los nombres de muchos antiguos colegiales que estos mismos se entretenian en esculpir en la madera. No deja de ser un entretenimiento agradable leer todos los nombres, bien conocidos, que se grabaron en este reducido espacio; allí se encuentran los de Wellington, Gray, Canning, Chatham, Howe, Porson y Hammond, nombres de que seguramente podria enorgullecerse cualquier colegio. La lista de las notabilidades de Eton, representadas por bustos, comprende militares, marinos, políticos y poetas.

Una puertecilla que hay en la extremidad de la Escuela Superior conduce á la Biblioteca ó habitacion del director, que tiene muchos atractivos así para los visitantes como para los alumnos, pues aquí recibieron enseñanza varias generaciones de jóvenes. Las paredes, elegantemente decoradas, representan varias curiosas escenas y pasajes históricos; en una parte se ve una procesion de jóvenes atenienses dirigiéndose al Partenon; en otra figúrase á Citerea llevando á Pafos á Escanio dormido; aquí se ve la ciudad de Roma frente á un teatro griego, y más allá varios cuadros mitológicos. Cuando se construyó la Escuela Superior debió considerarse sin duda como una gran cosa, pero á decir verdad no es lo más notable.

La Escuela Inferior, que se halla en el piso bajo, prolóngase en ángulo recto con la pri-

mera, y está exactamente debajo de la Cámara Larga de que ántes hablamos. Esta habitacion, construida en la primera mitad del siglo XVI, debió ser la primitiva escuela y centro de enseñanza de Eton, hallándose dividida en dos partes por una barrera que sin duda separaba la Escuela Inferior de la Superior, en cuyo caso la primera tenia mucha más extension que ahora. Cuando se contemplan los desgastados pupitres y mutilados banquillos conservados aún allí, no se puede ménos de experimentar como un sentimiento respetuoso. En las ventanas y en los pilares que sostienen el techo se ven grabados los nombres de los colegiales que en remota

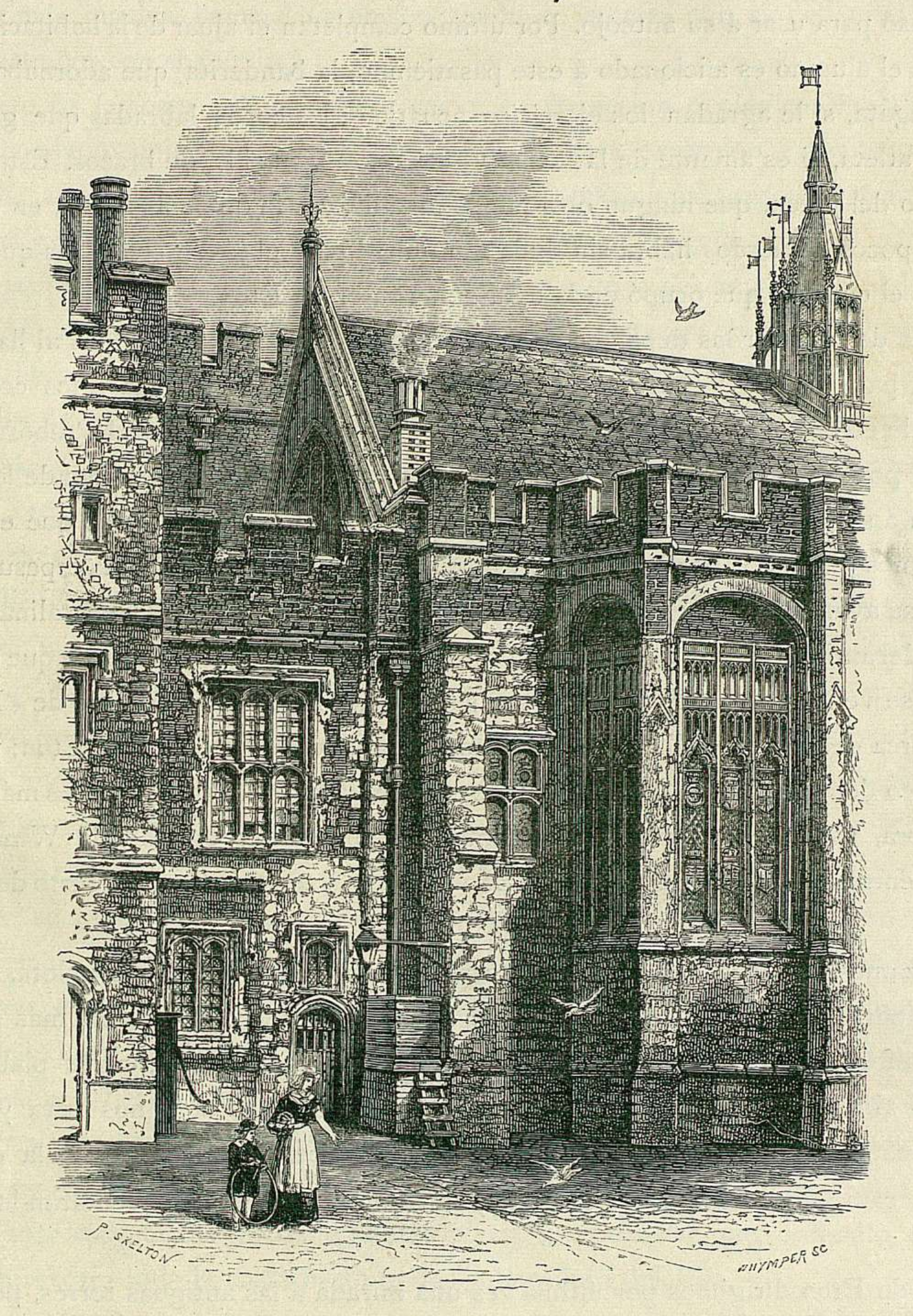


*Patio principal del Colegio de Eton*

época obtuvieron cátedra en el Colegio de Cambridge; y en un nicho que hay detrás del pupitre del profesor reconócese que en algun tiempo estuvo allí la estatua de un santo patron ó de la Vírgen. La Escuela Superior y la Inferior se han ensanchado últimamente: á través del camino de Slough, á la vista de la casa donde Shelly estudió cuando era muchacho, elévase el imponente grupo de los nuevos cuerpo de edificios, y en frente de ellos se ve un cañon ruso, trofeo de las hazañas de Crimea, que seguramente estaria mejor en otra parte. Las habitaciones de la escuela son espaciosas, con las paredes revestidas de planchas de roble y elegantes ventanas; en una de aquellas se ve un órgano que siempre está abierto, para que puedan ejercitarse los alumnos; y en la torre opuesta hay un observatorio con un gran telescopio, que sirve á los colegiales para descubrir las nebulosas y estudiar las estrellas. No falta tampoco un laboratorio químico, donde siempre se ve una docena de colegiales ocupados á todas horas del dia en hacer gases ó analizar compuestos.

Tal es el Colegio de Eton, pero el extranjero que le visitase se podria preguntar dónde se

alojan los nuevecientos muchachos que se ven en el patio á la hora de las clases, ó en el campo á las horas de recreo. Para que lo comprenda bien mejor será decirle que Eton es una gran universidad para muchachos, y que los colegios están representados por las casas de los profesores, en cada una de las cuales se cuentan de treinta y cinco á cuarenta alumnos, que habitan




*El Colegio de Hall*

su respectivo cuarto. Sin ver estas habitaciones apénas se podria formar idea de su buen arreglo y limpieza y de su agradable conjunto. Las camas están construidas de modo que se pueden doblar perfectamente para que ocupen poco lugar; la palangana, los peines y cepillos están en un rincon, fuera de la vista; en una alacena se guardan las servilletas, la tetera y las tazas, pues cada alumno almuerza en su cuarto; la mesa está cubierta de libros y adornada de flores; y en la meseta de la chimenea se ven algunos dijes, regalo de la familia, que sirven á

la vez de adorno y de recuerdo. En cuanto á las paredes, hay en ellas tantos cuadros ó pinturas que apénas queda una pulgada libre; el puesto de honor ocúpanle las fotografías de la familia del alumno y de sus parientes más próximos. El reglamento es un adorno indispensable de la habitacion, y además una coleccion de gorras y sombreros de diversos colores que el alumno tiene permiso para usar á su anteojo. Por último completan el ajuar de la habitacion, un juego de bolos, si el alumno es aficionado á este pasatiempo; la banderita que adornaba su bote en la última regata, si le agradan los ejercicios acuáticos; las copas labradas que ganó por sus proezas de atleta, si es amante de la lucha; y por último, su silla de brazos. Esta habitacion es el castillo del jóven, que ningun otro puede invadir; y á fe que más tarde, en el trascurso de la vida, pocos recuerdos habrá sin duda tan dulces para el jóven como los que le traerá á la memoria el cuartito que ocupó en la casa de su tutor en Eton.

Despues de recorrer las dependencias principales del Colegio pasemos al llamado Patio de Weston, para visitar despues las nuevas construcciones destinadas á los colegiales y la Biblioteca de escuela, que tanto debió al buen gusto y magnificencia del Preboste Hawtrey. Desde aquí podemos dirigirnos hácia el arco que da salida á los campos donde los colegiales se entregan á sus juegos: no podria imaginarse aquí nada más pintoresco que este sitio; los robustos olmos plantados por los Prebostes Rous y Godolfin presentan una espesura de follaje á pesar de su avanzada edad; las aguas del torrente de Chalvey, puras y cristalinas, deslízanse por debajo del antiguo puente de Sheep, sin conseguir nunca franquear el cauce que las contiene; en un lado se ve la prolongada avenida que se ha designado con el nombre de «Paseo de los Poetas,» cerca del cual se halla el antiquísimo estanque de los monjes de Eton; y en el otro está el Banco del Rey, desde donde se puede contemplar uno de los panoramas más grandiosos de Inglaterra, siendo sus puntos culminantes las torres del Castillo de Windsor, medio escondidas entre los árboles, la capilla de San Jorge y la torre de Curfew, resto de una remota antigüedad.

Si avanzamos un poco llegaremos al terreno destinado al juego de pelota, sitio el más á propósito para que luzcan su destreza los aficionados á esta diversion; más léjos, sobre una suave alfombra de césped, elévanse orgullosos robustos castaños, cuyas plateadas flores perfuman el aire con la más suave fragancia. Despues de esto sólo nos falta ya visitar el Puente de los Quince Arcos, y el campo donde se almacenó la madera para la construccion del Colegio, campo que estaria hoy desierto y sin animacion si no le frecuentaran los bulliciosos colegiales.

Al salir de Eton dirigimos por última vez una mirada á las antiguas torres, pensando que ninguno que haya visitado Eton podrá olvidar una localidad tan agradable y característica del país á que pertenece. Hace cuatrocientos años era lo mismo que es hoy, un lazo indisoluble para la vida de Inglaterra, y que no deja de ejercer una gran influencia en sus destinos, lazo que se desarrolla por sí solo, consolidándose por su propia fuerza, y que sólo podria corromperse por su propia corrupcion.

---

# LA COSTA SUR DE DEVON

Apénas hay un sitio en el condado de Devon que no sea interesante y bello, pero los tres distritos que más pueden llamar la atencion son el de la costa sur, el de la del norte y la Selva de Dartmoor con sus límites.

El aspecto de la costa del sur difiere segun su formacion geológica: en la extremidad oriental del condado, entre Seaton y Sidmouth, hay cierta extension caliza, cuyos blancos promontorios, atravesados por grutas marinas muy pintorescas, presentan más admirables efectos de luz y sombra que los de las rocas de nueva arenisca roja situadas más allá. Esta arenisca se extiende desde Sidmouth, á cierta distancia de la desembocadura del Exe, hasta el centro de la bahía de Tor. Despues siguen las calizas, pizarras y areniscas de diferente formacion y edad, hasta que, más allá de Dartmouth, en Start Point y Bolt Head, llégase á las grandes moles de roca primitiva, que constituyen, si no el más hermoso, cuando ménos el más agreste paisaje de toda la costa. Desde Bolt Head á Plymouth se vuelve á las rocas interrumpidas por la proyeccion del Start.

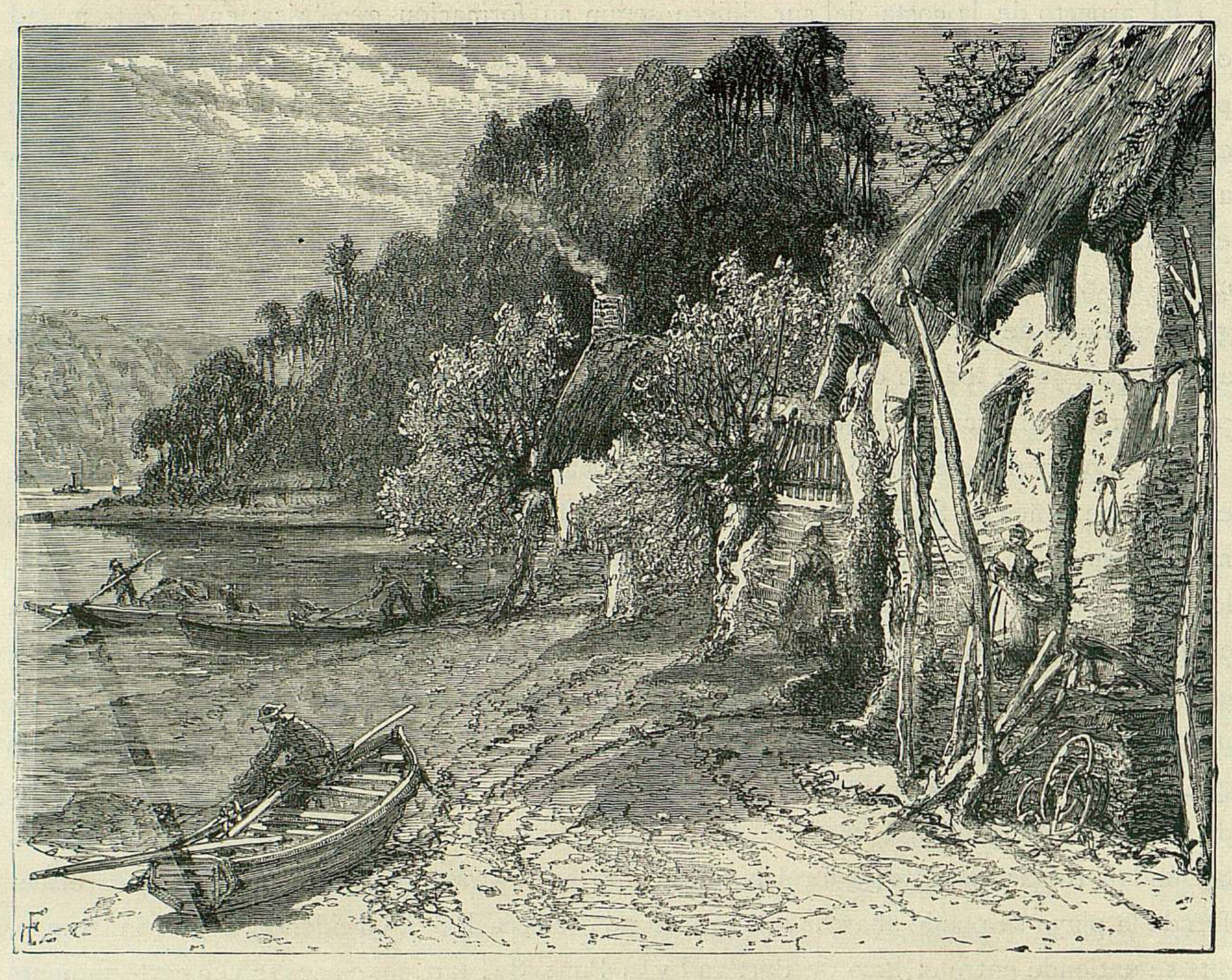
En la primera de estas divisiones tal vez no haya mejor centro que la silenciosa y antigua estacion de baños de Sidmouth: aquí se reconocerá que esta parte de la costa, con sus rocas manchadas de un color rojizo y su abundante vegetacion, en la cual predominan los helechos, los brezales, y otras plantas propias del país, es la más hermosa que podria encontrarse en cualquier otro punto de Devon. La costa norte y la del Start tienen un aspecto más grandioso; el Pico Alto, que se proyecta bastante en la bahía por la parte occidental de Sidmouth, presenta tan graciosas formas y delicados colores, que seria difícil encontrar un promontorio que le aventaje en belleza. Debe advertirse que este es el carácter general de toda la serie de rocas que se prolonga hasta el Exe. Las aguas del mar han desgastado la arenisca, haciéndola tomar caprichosas formas, tales como las de grotescos pilares, pináculos y cavernas. Desde la playa se puede abarcar de una mirada toda la Bahía Occidental, segun la llaman, que se extiende entre el Pico de Portland y la Punta de Start, los cuales se ven perfectamente algunas veces; más tierra adentro, desde las rocas y verdes promontorios, prolóngase un rico país donde hay risueños bosques, iglesias con graciosas torres, granjas y caseríos, que llegan hasta los picos grises de Dartmoor, entre los cuales distínguese en lontananza el de Heytor.

De todo este espectáculo puede disfrutar el viajero pedestre que, saliendo de Seaton ó de Sidmouth recorra toda la costa hasta la desembocadura del Exe.

Este rio, exceptuando la parte superior de su curso, no es en rigor uno de los más pintorescos del condado de Devon; á cierta distancia, más arriba de Exeter, es una corriente, tranquila, aunque abundante, que en nada se parece á los impetuosos rios el Teign, el Dart y el Plym, cuya fuente está en Dartmoor. Sin embargo, el Exe tiene su belleza particular; y los puntos de vista que ofrece su ancho valle, con las torres de la venerable capital del país, la ciudad de Exeter británica, romana é inglesa, que se eleva en una escarpada colina alrededor de la cual se desliza el rio, y en cuyas inmediaciones crece una rica vegetacion, han sido buen

asunto para los artistas. Más abajo de Exeter el rio se convierte en un inmenso estuario bien abierto, muy animado á veces por un gran número de barcos, y por ser el punto de reunion favorito de la aves marinas.

En cuanto al canal, que se extiende desde Exeter á un lugar llamado Turf, más abajo de Topsham, es el más antiguo del reino, exceptuando el que mandó construir el obispo Morton en tiempo de Enrique VII, y el cual se prolonga desde cerca de Peterborough hasta el mar.



*Dittisham*

Exeter data de la época de Enrique VIII, y ántes de su construccion, esta última dió lugar á frecuentes disputas entre los habitantes de Exeter y los grandes lores del distrito, los condes de Devon. La condesa Weir toma su título de Isabel de Redvers, la poderosa condesa de Devon, que mandó abrir el canal hácia el año 1284 á fin de impedir que los buques pasaran de cierto punto del rio. Con el canal todo cambió, y hé aquí por qué el dominio de la condesa de Weir, con su molino y sus magníficos robles, es ahora un lugar favorito, tanto para el pescador como para el artista.

Exmouth tiene sus recuerdos de Danby el mayor, que vivió y pintó mucho aquí: el magnífico espectáculo que ofrece en estos parajes la puesta de sol cuando el brillante astro se oculta detrás de las colinas de Haldon recuerda algunos de los mejores cuadros de aquel artista. Por este sitio se puede cruzar la desembocadura del rio, desembarcando en Star Cross,

para trepar de nuevo por las rocas en direccion á Teignmouth. Por la parte de tierra se ven las alturas de Powderham, la antigua casa de los Courtenays, y más abajo las cañadas de Mamhead, con sus grandes árboles, bajo cuya sombra Boswell hizo voto, al visitar á Lord



*Cercanías de Exeter*

Lisburne, de «no volver á embriagarse nunca,» voto que muy pronto quebrantó. Por el oeste divísanse á lo léjos las colinas que hay sobre Torquay, distinguiéndose marcadamente la torre de la iglesia de Santa María, y si se sigue dicha direccion llégase muy pronto á Dawlish, donde hay un valle largo y estrecho, bordeado por dos líneas de casas, que se prolonga hasta el mar. En este sitio, donde reina una tranquilidad inalterable, se ven esas preciosas casitas cubiertas de follaje y de rosas y esas alamedas umbrías que han dado cierta nombradía á

Devon, y que á decir verdad son especialmente características de esta parte del país. La línea férrea pasa aquí junto á la orilla del agua, debajo de las rocas, en las que necesariamente se han debido abrir túneles, aunque muy cortos. La accion continua del mar, á menudo violenta é irresistible durante el invierno, á pesar de hallarse estos parajes comparativamente bastante protegidos, ha desgastado la arenisca, comunicándola las más grotescas formas. Los bien conocidos peñascos que se designan con los nombres de el «Cura» y el «Clérigo» elévanse en la extremidad de un promontorio situado entre Dawlish y Teignmouth; son fragmentos abandonados por las olas, que han arrastrado las partes más blandas de la roca encajonada entre aquellos. El «Cura» está más tierra adentro; el «Clérigo,» que se encuentra mucho ántes, tiene su cima blanqueada por el guano y llama la atencion por sus grotescas formas y variados colores. El conjunto es notable, sobre todo cuando se mira desde el continente. A la hora de ponerse el sol, cuando la bahía está brillante de luz y destacan marcadamente los contornos punto por punto, el espectáculo que se ofrece á la vista del observador es admirable.

Teignmouth es más grande que Dawlish y tiene más vida y animacion: el Teign, uno de los rios más pintorescos de Dartmoor, presenta en estos parajes una corriente muy ancha en su rápido curso hácia el mar, y desde el puente se puede contemplar un magnífico panorama, en el cual se destacan en último término los soberbios picos de Heytor. Frescas alamedas, donde abundan los helechos y las flores silvestres, durante el verano, se prolongan y entrecruzan, formando una verdadera red entre el Teign y Torquay; más allá se encuentra una region deliciosa, abundante en arboledas y en las más variadas especies vegetales. Váyase por este camino ó por el sendero que se corre á lo largo de las rocas, no se tarda en llegar á los terrenos altos de Santa María y á Torbay, punto que ha descrito fielmente Cárlos Kingsley, y del cual decia entre otras cosas: «Torbay es un sitio que debe merecer las preferencias, no sólo del viajero, sino tambien del patriota y del artista; no podemos contemplar las azuladas aguas del rio y las grandes rocas de caliza que parecen limitarle al norte y al sur, sin experimentar un sentimiento de admiracion y evocar un recuerdo. En julio de 1588 se presenció aquí un soberbio espectáculo, cuando la Armada avanzó lentamente por más allá de Berryhead, conduciendo á los brillantes oficiales de la reina Isabel, procedentes de Devon...... La blanca línea de casas que se ve al otro lado de la bahía es Brixham, sitio notable por haber sido aquí donde Guillermo de Orange desembarcó..., y muy cerca está el castillo de Sir Humphrey Gilbert. En cuanto al paisaje, las colinas redondeadas se prolongan en suave pendiente hácia el mar, presentando espacios que parecen alfombrados de esmeralda y hermosos parques llenos de árboles añosos que se distinguen por su corpulencia. La playa está silenciosa en este momento, la marea lejana, pero dentro de seis horas las aguas avanzarán con ímpetu, inundando de perlas líquidas al viajero, al ganado y las flores de los jardines.»

La abadía de Tor, situada á orillas del Torbay, fué, con el pueblo dependiente, del mismo nombre, el centro que dió orígen á la moderna ciudad de Torquay. Los monjes habian establecido un «muelle,» y al rededor de él, segun escribió Leland, formóse una «pequeña ciudad de pescadores.» Torquay, segun parece, sólo data de este siglo, pero tiene espaciosas alamedas y varios vetustos edificios en la inmediacion de la abadía de Tor. En los sitios más

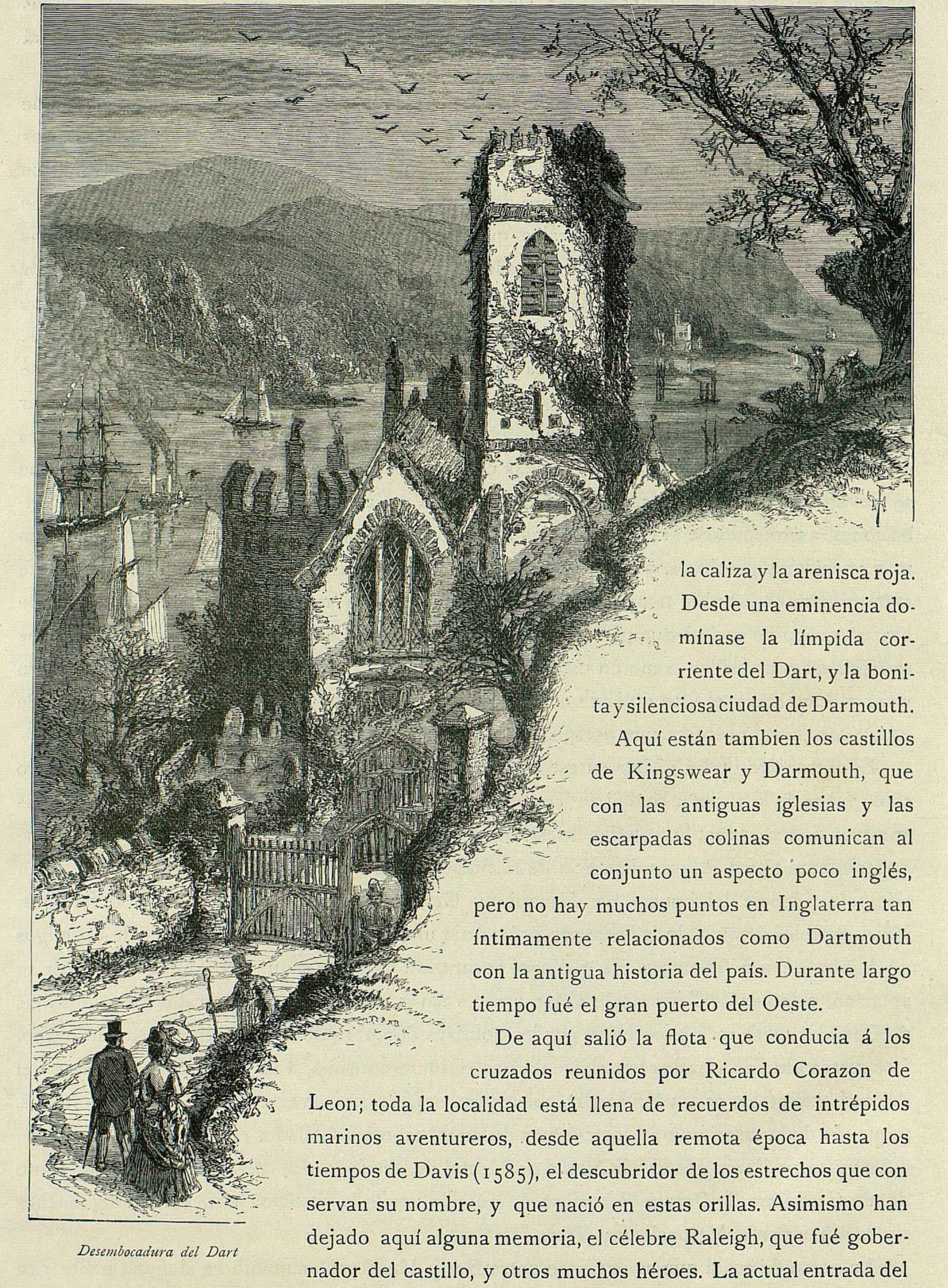
retirados hállanse bellezas inesperadas, sin faltar algun pintoresco molino. La bahía, con sus rocas y sus finas arenas, constituyen un conjunto delicioso, que seguramente se conservará largo tiempo, porque no se debe temer aquí la mano de los constructores.

El mismo Torquay ocupa la mayor parte de una colina pedregosa, á lo cual se debe que Torbay forme como una concavidad dentro de la gran Bahía Occidental. Los promontorios son aquí de caliza y están muy retorcidos; á media milla al este del puerto de Torquay hállase la roca arqueada conocida con el nombre de «Puente de Lóndres.»; la formacion del arco se debe á la accion de los agentes naturales, que han socavado las partes más bajas de las capas de caliza casi verticales. Estas rocas desgastadas por las aguas difieren mucho por su color y sus formas de las de arenisca roja; sus moles son más considerables y sólidas, y aunque continuamente batidas por las olas no se desgastan tanto, ni adquieren tan grotescas formas.

A través de la colina que hay cerca de Hopés Nose se ve un tortuoso sendero que se prolonga á lo largo de las rocas, revestidas de yedra, y desde la cual se puede contemplar una perspectiva magnífica hasta la Ensenada de Anstis, uno de los sitios más encantadores de la costa. En esta ensenada hay muchas rocas de caliza, altas y de brillantes colores, que se elevan sobre un lecho pizarroso; en el centro, la caliza presenta varias salientes y estribaciones, asemejándose el conjunto á las ruinas de algun antiguo castillo. Los contornos son muy variados y graciosos, y así el dibujante como el colorista encontrarian aquí abundante materia para el estudio; tampoco les faltaria media milla más allá, en Babbicombe, donde hay un grupo de casitas que parecen grandes nidos en un bosque y una pequeña bahía cuyas tranquilas aguas brillan como un espejo. Aquí se encuentran la arenisca de color rojo oscuro y las calizas; hácia el este divísase el Pico de Portland; y todo el espacio que se extiende hasta este punto presenta una perspectiva magnífica.

El extranjero podrá visitar en estos parajes muchas cosas que ofrecen interés así dentro como fuera de la risueña ciudad de Torquay. Las iglesias modernas son dignas de verse, y las antiguas tienen ese estilo peculiar de esta clase de edificios en el condado de Devon, que es verdaderamente típico. A corta distancia de la ciudad hállase, además, el castillo de Campton, un tiempo residencia del famoso Sir Humphrey Gilbert, y notable por sus obras defensivas, indispensables á causa de hallarse tan próximo á una costa donde el desembarco de enemigos no dejaba de ser frecuente. El geólogo encontrará tambien aquí algo digno de llamar su atencion, como es la Caverna de Kent, apénas tan grandiosa como las grutas de estalactitas de Cheddar, pero más importante por los notables descubrimientos que en ella se han hecho. Los restos allí encontrados pertenecen á una edad remotísima, á la época del mamuth y del rinoceronte, de los osos y las hienas, que al parecer frecuentaron este sitio en diversos períodos, y que sin duda traerian aquí los cuerpos de otras especies, hallados en la caverna. Tambien debe visitarse Berry Head, el Cuerno occidental de Torbay, más arriba de Brixham, punto donde Guillermo de Orange desembarcó, y donde, segun la tradicion local, lo hicieron muchos siglos ántes que él Vespasiano y Tito.

La parte de costa que se extiende entre Berry Head y Dartmouth es singularmente rica en colores, á causa del diverso carácter de las rocas, entre las cuales predominan la pizarra,



*Desembocadura del Dart*

la caliza y la arenisca roja. Desde una eminencia domínase la límpida corriente del Dart, y la bonita y silenciosa ciudad de Darmouth. Aquí están tambien los castillos de Kingswear y Darmouth, que con las antiguas iglesias y las escarpadas colinas comunican al conjunto un aspecto poco inglés, pero no hay muchos puntos en Inglaterra tan íntimamente relacionados como Dartmouth con la antigua historia del país. Durante largo tiempo fué el gran puerto del Oeste.

De aquí salió la flota que conducia á los cruzados reunidos por Ricardo Corazon de Leon; toda la localidad está llena de recuerdos de intrépidos marinos aventureros, desde aquella remota época hasta los tiempos de Davis (1585), el descubridor de los estrechos que conservan su nombre, y que nació en estas orillas. Asimismo han dejado aquí alguna memoria, el célebre Raleigh, que fué gobernador del castillo, y otros muchos héroes. La actual entrada del puerto, á la cual se ha dado el singular nombre de las «Quijadas,» es muy pintoresca. Entre los

castillos que la protegian echábase antiguamente una cadena, cerrándose así el paso á todo buque que no tuviese derecho para entrar. Ahora está siempre abierto, y continuamente se ven salir y entrar toda clase de embarcaciones.

El carácter peculiar que distingue á la ciudad se debe á la circunstancia de haberse construido aquella sobre terraplenes que se elevan uno sobre otro en la orilla derecha del Dart. En las estrechas calles hay algunas antiguas casas muy curiosas, reliquias de varios ricos comerciantes que en otro tiempo residieron aquí y traficaron en gran escala con España y el Levante. Dartmouth fué largo tiempo el punto principal de desembarco para los vinos de Oporto y de Jerez; y mucho tiempo ántes mantenia un gran comercio con Burdeos. Sus hombres más notables eran suficientemente poderosos para construir casas como las que edificaron, notables por sus ricas esculturas y todas las demás bellezas propias de una elegante arquitectura. Estas casas han ido desapareciendo, si no todas la mayor parte, ántes que se declarara el afan por lo moderno; las que aún se conservan son de la época de la reina Isabel y recuerdan el período de la mayor prosperidad de Dartmouth.



*Entrada de Darmouth*

En la iglesia de San Salvador hay un magnífico púlpito de piedra con preciosas esculturas, dorado y pintado, y además un notable ejemplo de las especialidades de Devon; es una santa cruz de roble esculpido admirablemente, especie de trabajo más comun en esta localidad que

en ningun otro punto de Inglaterra; este arte se ejerció por las mismas familias durante muchas generaciones, y apénas hay una iglesia de pueblo, por lejana que esté, que no contenga alguna muestra. No saldremos de la iglesia de San Salvador sin dirigir una mirada á la estatua de bronce de John Hawley, que hizo construir el presbiterio (1408); se le representa armado de punta en blanco, con sus esposas Juana y Alicia, una á cada lado. Hawley era un comerciante riquísimo, á quien pertenecian, segun escribió Stowe en 1390, «los más de los barcos del puerto; una de sus expediciones llegó á contar hasta treinta y cuatro, con cargamento de vino por mil quinientas toneladas.»

Ningun otro rio occidental ha dado orígen á tantas antiguas leyendas como las que se relacionan con el Dart. Segun cierta primitiva creencia, aquí llegó una vez Bruto de Troya, y hallando el país poblado de gigantes, remontó el rio hasta Totness, donde por primera vez puso el pié en territorio británico, sobre una roca que hasta hace pocos años se proyectaba en el centro de la calle Alta. En esta parte de su curso, y tambien mucho más arriba, el Dart es muy sinuoso, y en algunas partes se divide, formándose así algunos lagos, que con las colinas en forma de anfiteatro, y los bosques que ocupan las orillas constituyen el más delicioso conjunto que imaginarse pueda. Aquí está Dittisham, un sitio encantador para el artista por la variedad del paisaje; y tambien para los golosos, pues se cria una especie de ciruelas sabrosísimas, introducidas aquí, segun dicen, por un Cruzado. Cuando los botes pasan cerca de los bosques de Sharpham, Totness ofrece un punto de vista magnífico, con la torre de su iglesia como centro. La ciudad de este nombre, que se extiende en la escarpada falda de una colina, está dominada por el muro de un castillo, desde donde se puede contemplar una magnífica perspectiva de todo el Dart por arriba y abajo. La iglesia tiene una sólida torre.

Sin embargo, á pesar de la belleza de los alrededores de Totness, aquel que va en busca de lo pintoresco encontrará sin duda más atractivos entre las ruinas del castillo de Berry Pomeroy, distante unas dos millas. Esta antigua fortaleza de los Pomeroys está situada en una plataforma ó terrazo natural, á gran altura sobre un tributario del Dart; el bosque ha formado una enmarañada espesura á su alrededor; la hiedra ha cubierto completamente las paredes, y en el patio hay una compacta alfombra; los variados contornos, y los tintes que la mano del tiempo ha comunicado al todo, constituyen tan bello conjunto, que no es posible ver las ruinas de Berry Pomeroy sin experimentar el deseo de conocer algo de su historia. Lo que aún subsiste pertenece á dos períodos: la entrada principal y el muro que hay á cada lado de ella datan del siglo XIII, y eran partes del que encerraba uno de los patios del castillo de los Pomeroys, cuyo antecesor, Ralf de Pomeroy, fué bien conocido en Domesday como señor de este lugar y de muchas grandes fortalezas del Oeste. Los Pomeroys conservaron la propiedad de Berry hasta el reinado de Eduardo VI, en cuya época pasó á manos de Lord Seymour de Sudely, hermano del Protector, Duque de Somerset. Aún pertenece á los Seymours, y es así uno de los pocos dominios que en este país han pertenecido sólo á dos grandes familias desde la Conquista. La ruina más grande es la de una sólida casa edificada por el primer Seymour propietario: sus habitaciones, segun John Prince, que fué vicario de Berry Pomeroy y pudo ver todo el edificio en el apogeo de su esplendor, eran magníficas,

particularmente el comedor, que tenia por principal adorno estatuas y figuras de alabastro; tal era el número de habitaciones, que apénas hubiera tenido tiempo un criado en un dia para abrirlas y cerrarlas todas. Pero tanto esplendor y riqueza tanta quedaron al fin reducidos á polvo. Dícese que durante una tempestad cayó un rayo sobre la casa, dejándola en tan mal estado, que los Seymours prefirieron abandonarla más bien que costear los gastos de una reedificacion, Esto sucedió despues de la época de Sir Edward Seymour, el jefe del «partido del país,» cuyo imponente aspecto nos ha pintado con tanta fidelidad Lord Macaulay, y que vivió en Berry Pomeroy con gran magnificencia. En los bosques que rodean el castillo abundan principalmente los helechos, y hay espesuras casi impenetrables.

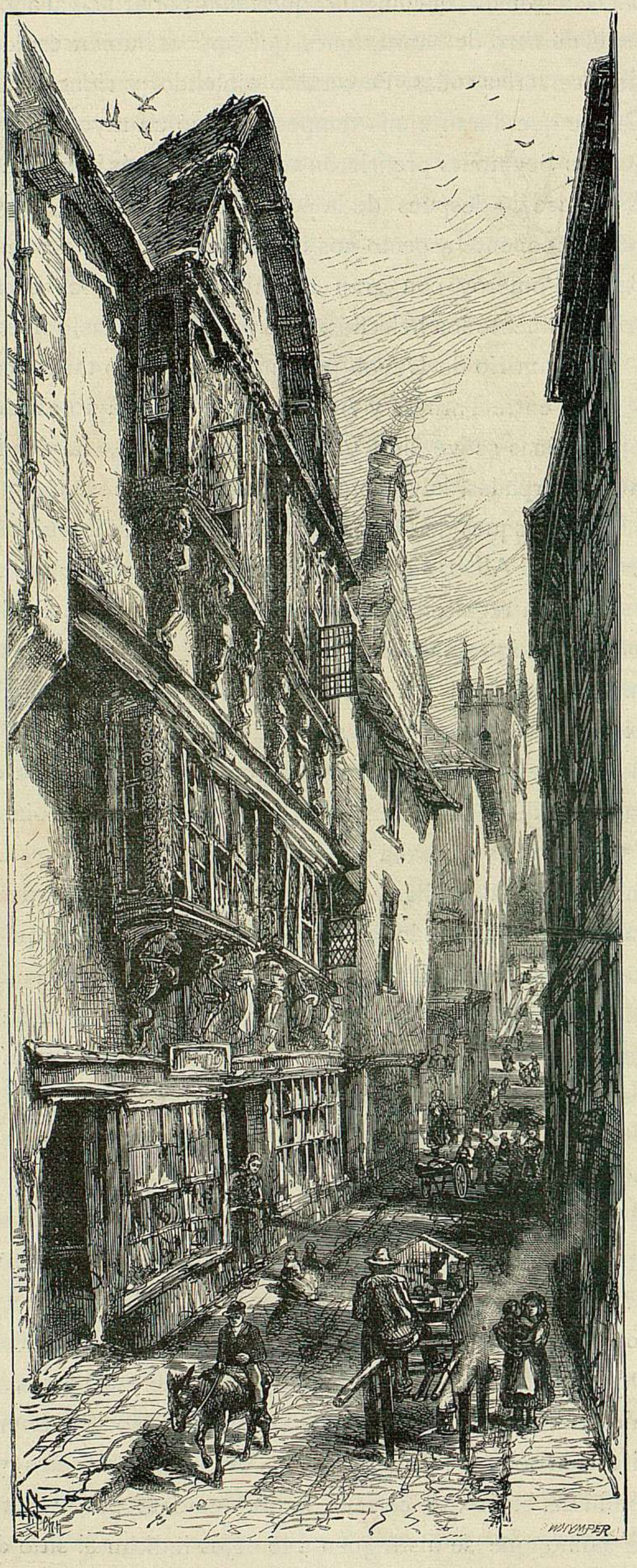
Ningun rio de Devon presenta en su curso tantos cambios como el Dart. Su parte céntrica se halla entre Totness y Ashburton, y aquí ya no es un estuario, ni tampoco navegable. Más léjos apénas se ve sino un lecho pedregoso, bordeado de verdes praderas; en las orillas muy escarpadas, hay bastante vegetacion, y crecen algunos robles.

Los bosques de Dartington, donde un castillo ruinoso nos recuerda la época de Ricardo II; el Pozo del Abad, especie de estanque famoso por sus truchas y que segun indica el nombre servia para regalo de los abades cistercienses de Buckfast; la verde colina de Bigadon; y la torre de la iglesia de Buckfastleigh, son las principales cosas que pueden llamar la atencion en el paisaje del rio. Entre Buckfast y los brezales de Dartmoor, que cubren las colinas, extiéndense esas grandes selvas de Buckland y Holne Chace, donde las rocas y barrancos, los bosques y las corrientes de agua se combinan para ofrecer al espectador el más admirable paisaje que se podria encontrar no sólo en el Dart sino en todo el país de Devon.

Ashburton se halla á unas dos millas del rio: el Dart se desliza casi por debajo de las paredes de la abadía; y se designa con el nombre de «Paseo del Monje» los ricos pastos que se extienden á lo largo de las orillas. El que quiera remontar el rio para estudiar su curso debe ir por Buckland y Spitchwick, franqueando la colina pedregosa de Longator, hasta el paso donde hay otras muy escarpadas, cerca de Sharpitor. La corriente del rio está interceptada en este punto por enormes peñascos graníticos, y cerca de sus orillas crece el magnífico helecho Osmunda, que adquiere gigantescas proporciones.

Basta trepar un poco entre algunas grandes moles de granito, cubiertas de líquenes y musgo, para llegar al punto más alto de Benjay Tor, á gran altura sobre el rio, tanto que el rumor de las aguas se percibe sólo como un leve murmullo. Mucho más arriba del barranco se destaca el cono de Sharpitor, y detrás elévase el peñasco redondeado de Corndon, á cuya cima acostumbran á subir en la mañana del dia de Pascua de Resurreccion todos los vecinos y muchachos del pueblo que se creen con suficiente vigor para acometer la empresa. Desde aquella altura se domina por el este y oeste una inmensa extension de país cultivado; miéntras que acá y allá se divisa algun espacio de mar entre Portland y Bolt Head; en opuesta direccion se ve una inmensa línea de oscuros brezales que parece prolongarse hasta el último confin del horizonte, cerrado aparentemente por numerosos picos de roca; algunas columnas de humo que se distinguen á lo léjos indican el sitio donde están las prisiones, situadas en el corazon del antiguo bosque real.

El aire fresco de la montaña, impregnado de suaves emanaciones, indica al viajero la altura á que ha llegado, en la cual sólo interrumpen el silencio los trinos de las avecillas ó el rumor de las aguas de algun torrente. Las colinas comunican un carácter especial á esta region, sobre todo en el otoño, cuando quedan cubiertas del helecho rojo de que nos hablan los antiguos trovadores; las rocas grises y las plantas realzan más con sus colores los tonos generales del conjunto. En toda la Gran Bretaña no hay un solo distrito que se parezca completamente á Dartmoor, cuyas tierras altas recuerdan desde luégo el lejano norte, aunque, á decir verdad, el paisaje de Escocia es más montañoso y salvaje. Dartmoor es más bien una enorme montaña cortada á intervalos por picos de granito, ó si se quiere una gran meseta de regular altura, que ocupa un área de 13,000 acres, ó poco más, siendo su elevacion de mil setecientos piés. Yestor, que es el punto más alto, alcanza dos mil cincuenta piés sobre el nivel del mar. La parte céntrica de esta region salvaje, dentro de ciertos límites determinados, fué bosque real desde un tiempo que no podemos precisar. Probablemente se consideraba como «Tierra del Rey» mucho ántes de la Conquista; las legiones de liebres, que abundaron hasta mediados del siglo pasado, estaban guardadas ántes por una compañía de guarda-bosques. En una Carta del rey Juan, otorga-




*Una calle de Darmouth*

da ántes de su elevacion al trono, se habla del lobo y del gato montés, lo cual prueba que no faltaban allí animales salvajes. Aún se celebra la «Cacería de Dartmoor,» pero ya no se persigue al lobo y al ciervo, como en otras épocas, siendo forzoso contentarse con las liebres y conejos.

Los peñascos son los que principalmente caracterizan á Dartmoor; son moles de granito que coronan la cumbre de las colinas, y que desgastadas por la accion del tiempo, corroidas y como ruinosas muchas de ellas, adquieren diversas formas extrañas, verdaderamente fantásticas algunas. Buen ejemplo de ello es la que se designa en la localidad con el nombre de «Nariz del Arquero;» elévase en medio de un grupo de rocas, y hállase enfrente de otra mole designada con el calificativo de la «Iglesia» de Manaton. Segun por donde se mira, la primera de estas moles ofrece una semejanza notable con una cabeza toscamente modelada; y para los anticuarios de otra época, que creian ver en todos los puntos de Dartmoor vestigios de los Druidas, aquello no era otra cosa sino un ídolo tallado en la roca, al cual rendiria seguramente culto toda una tribu en tiempo de aquellos sacerdotes. Sin embargo, bien sabido es que la formacion de esa figura es debida en un todo á causas naturales: la roca se eleva á la altura de unos treinta piés; el arquero que representa, segun dicen, es un personaje tan misterioso como los Druidas, pues no hay ninguna tradicion acerca de él; y por eso puede suponerse que la palabra es corrupcion de algun término inglés ó céltico, que tendria distinta significacion en otro tiempo.

*Puente de Harfora*

No puede negarse que el clima de Dartmoor es muy húmedo, lo cual se debe en particular á las frecuentes nieblas, que reinan hasta en el verano; por esto pueden ser tambien muy peligrosas las corrientes de agua, que á menudo van muy crecidas cuando ménos se piensa. En invierno adquieren tal rapidez y aumenta tanto su caudal, que á menudo ha sido arrastrado un jinete con su caballo al cruzar un riachuelo, sin serle posible ganar la orilla. A decir verdad, nadie puede conocer á fondo lo que es Dartmoor sin haber pasado un invierno en el sitio, y añadiremos que sólo cuando la nieve le cubre, extendiéndose sobre todos los objetos como un inmenso sudario, es cuando presenta un conjunto más grandioso. El silencio sepulcral que entónces reina, y el aspecto desolado del paisaje no pueden ménos de producir en el viajero una impresion de profunda melancolía, é inútil parece decir que en tales circunstancias el cuadro no debe tener mucho atractivo para el viajero. Raro es el invierno en que no sucumbe alguna persona sepultada en la nieve: los nombres de «El lecho de Honeywell» y la «Tumba de Clark,» y otros análogos, indican sitios donde pereció algun viajero. Los restos de una cruz de granito, colocada en un lugar designado con el nombre de Fox Tor, hácia el centro del bosque, terreno cortado y peligroso, cubierto de mirtos salvajes, se conoce con el nombre de «Tumba de Childe» y hay una tradicion muy antigua que habla de este lugar. Dícese que un cazador llamado Childe se hundió aquí, arrastrado por una repentina avalancha de nieve; pero haciendo el último esfuerzo para salvar la vida, mató su caballo é introdújose en su cuerpo para obtener algun calor, escribiendo ántes en una mole de granito con la sangre del animal: «El que me encuentre y me dé sepultura tendrá por recompensa las tierras de Plymstock.» No es necesario decir cómo los monjes de Tavistock adquirieron estas tierras. Sea verdadera ó falsa, esta historia es suficiente para que una tempestad infunda terror en Dartmoor.

Añadamos de paso que esta parte del país, triste y solitaria, es la más propia para conservar las antiguas costumbres y supersticiones: es la region de los duendes y de las fantasmas, y hasta se habla de cacerías fantásticas á las altas horas de la noche, durante las cuales se oyen los lúgubres ladridos de una traílla de sabuesos invisibles. Los duendes extravian á los viajeros y roban los niños, segun la creencia de los supersticiosos habitantes.

En casi todos los puntos de Dartmoor se ven esos toscos monumentos de piedra, cuyo solo aspecto impresiona vivamente al viajero, pero cuyo orígen es tan misterioso como incierto. Los «círculos sagrados,» segun los llaman en el país, formados con piedras; las moles aisladas de granito, los cromlecs, los «ataudes,» los cairns y los túmulos de tierra indican que todo el distrito estuvo en otro tiempo muy poblado, pero nada más, pues no puede asegurarse por dato alguno que esos restos pertenezcan á tal ó cual período determinado. Tal vez daten de tiempos posteriores á la era cristiana, ó acaso sean de una época muy anterior; pero de todos modos, la verdad es que esos restos contribuyen por mucho á realzar el aspecto del paisaje, comunicándole cierto tinte misterioso que seduce al observador. Tambien hay muchos puentes primitivos, tres peñascos inmensos de granito, que se han derrumbado, cayendo en medio de la corriente, ó que se mantienen sostenidos en montones de piedras. Considérase que todo esto ha subsistido así desde la época en que se formaron los círculos citados ántes.

Como quiera que sea, todo eso debe pertenecer á un período en que la exploracion de Dartmoor no seria seguramente tan fácil como ahora. El puente de Post, que cruza el Dart mucho más arriba de su fuente, es una de las más macizas y pintorescas construcciones de esta clase.

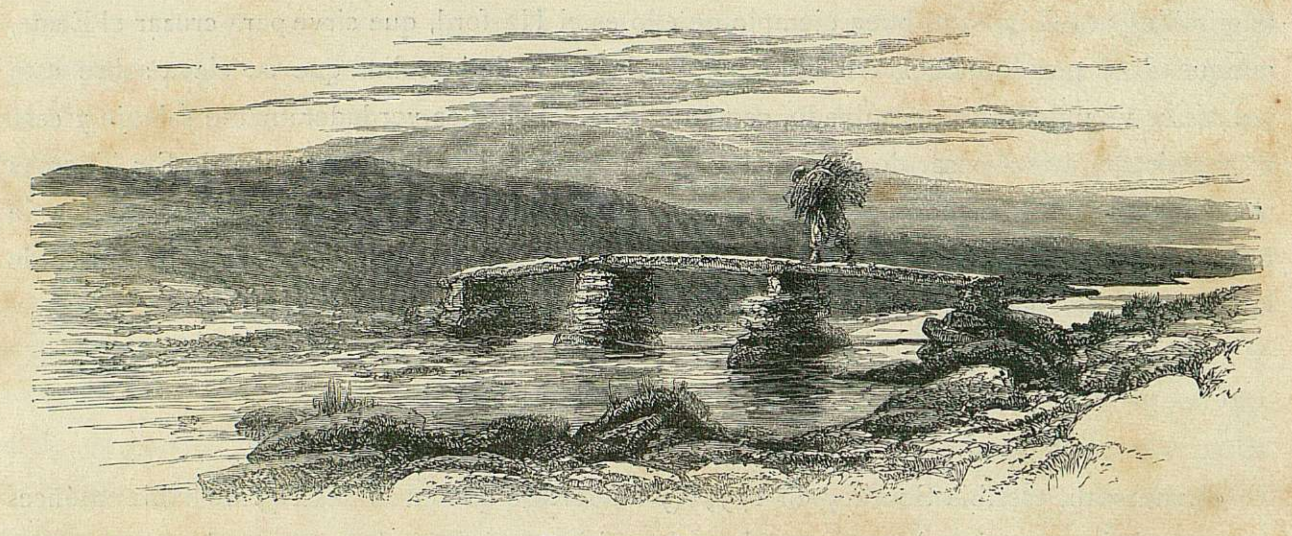
Los rios de Dartmoor parecen desplegar su principal belleza cuando «despues de correr por el llano silenciosa y gravemente,» usando las palabras de un antiguo escritor de Devon, penetran bajo la frondosidad del bosque. En algunos sitios se ven preciosos cuadros naturales, como por ejemplo la profunda Garganta del Lyd, famosa por la belleza de su paisaje. En los valles pedregosos de Lustleigh y de Tavy se puede pasar un verano delicioso, y el Erme, cuya corriente se desliza bajo el puente de Yvy, no es ménos digno de una visita. Segun ya hemos dicho, algunos puentes son tan antiguos como pintorescos, y constituyen un marco admirable para el paisaje; buen ejemplo de ello es el Harford, que sirve para cruzar el Erme, aunque data por lo ménos del siglo XV. En la falda de la colina que se eleva sobre este puente se ve un caserío diseminado, con su iglesia. El sitio es verdaderamente salvaje y está muy retirado, mas á pesar de ello, dicha iglesia contiene la suntuosa tumba de Sir Thomas Williams que murió siendo orador del Parlamento de la reina Isabel, en 1563. La estatua de bronce que se ve sobre su tumba le representa armado de punta en blanco. En el dominio de la parroquia se conservan aún restos de su casa señorial, pero están á cierta distancia.

## DEVON DEL NORTE

«Lynmouth, escribia Southey en 1799 (y adviértase que en su descripcion habia entónces tanta verdad como ahora), es el más hermoso sitio que jamás ví, exceptuando, no obstante, Cintra y la Arrabida. Sabido es que en Lynmouth se reunen, y conocidas son las corrientes que bañan las colinas de Devon, corrientes que se precipitan sobre enormes peñascos, asemejándose á una cascada, y que despues de unirse van á verterse en el mar. De las hondonadas donde las aguas caen, una de ellas está cubierta de espeso bosque y la otra se prolonga entre dos altas colinas pedregosas, desde cuyo centro se divisa un magnífico panorama. Esto sólo bastaria para compensar las fatigas de una excursion que se emprendiera para visitar este sitio, pero aún hay otro aliciente, y es la perspectiva de un mar azulado y sin límites, pues la confusa línea de la costa de Gales, que se corre á la derecha, sólo se distingue cuando el dia está muy claro.»

Las corrientes del Lyn que proceden del Este y del Oeste se reunen en Watersmeet, uno de los sitios más deliciosos de los alrededores; las escarpadas laderas del barranco están cubiertas de bosque, y en ciertas épocas del año hállanse en ellas soberbios gamos, que llegan de la selva de Exmoor, el único punto de Inglaterra donde se conservan en estado salvaje. Debajo del ramaje de los robustos robles hay rocas revestidas del más fino musgo, y los helechos que crecen á orillas del rio forman espesuras casi impenetrables. Sin embargo, la gran variedad y el contraste de las peladas colinas pedregosas y promontorios con los valles poblados de bosque es lo que principalmente comunica un carácter especial é interesante á Lynmouth y á toda esta parte de la costa norte. En los bosques no parecen haber ocasionado

estragos los huracanes ni las tormentas, aunque las colinas que se elevan sobre ellos dominan un gran espacio de la costa, de un aspecto singularmente salvaje y muy descubierta. Desde Lynton, el pueblo más antiguo, donde está la iglesia, parte un camino que se prolonga á lo largo de las colinas sobre el mar, y en cuya orilla izquierda se ven los agudos picos del Valle de las Rocas, cuyo límite norte es en rigor la colina. En la extremidad de esta se halla el castillo de la Roca, semejante á la ruina de algun antiguo torreon normando, y bastante accesible á pesar de su altura, desde que se abrió un sendero, formándose varios terrazos. Desde la cima de ese singular castillo la vista puede abarcar una gran extension del país; por la parte del mar la roca es casi perpendicular y domina el valle, cuyo aspecto es tan triste y desolado como risueño el de Watersmeet.

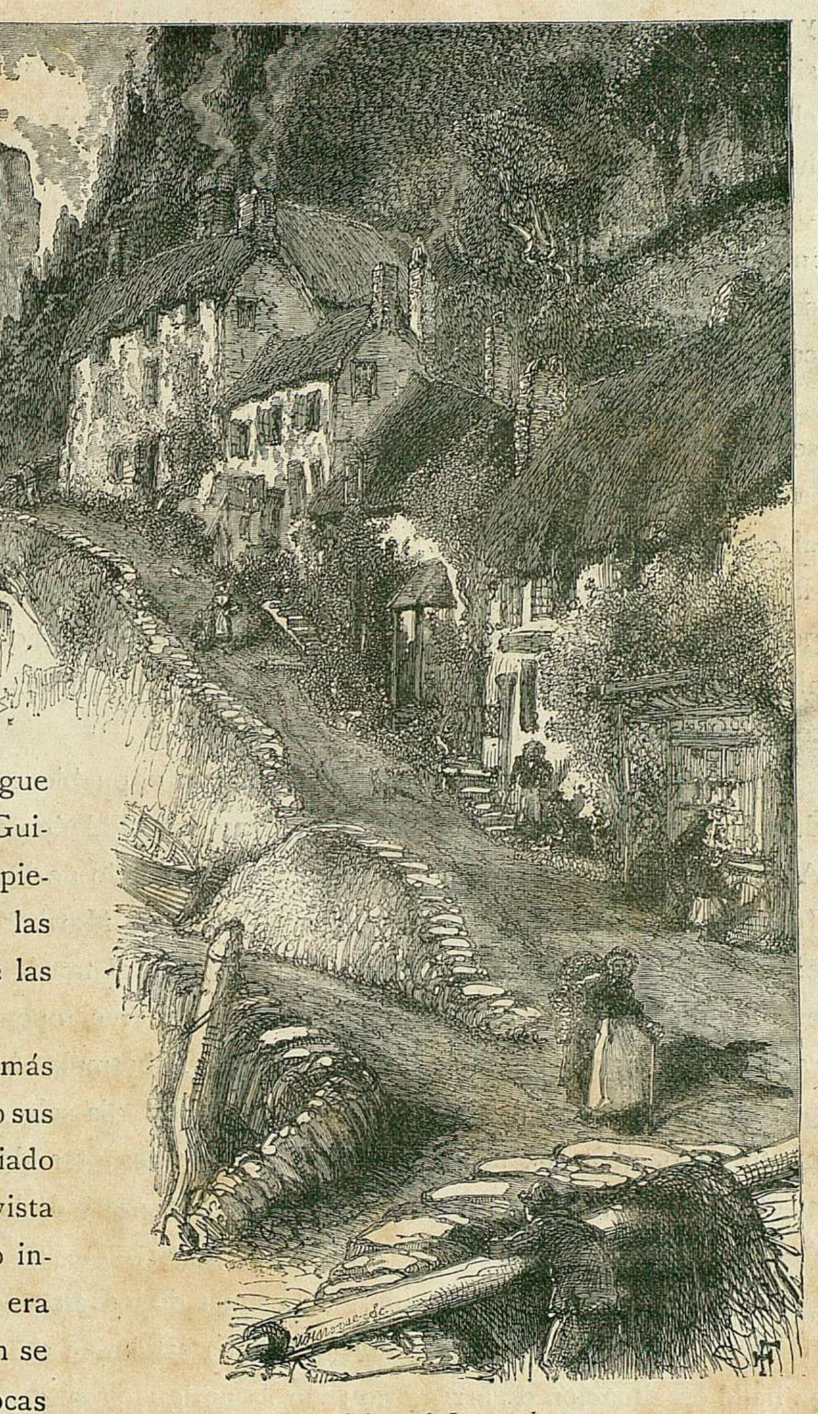


*Un puente en Dartmoor*

El paseo que se extiende á lo largo de la costa en direccion á Ilfracombe ofrece el mayor interés: en la Bahía de Lee, el bosque, muy próximo, forma una media luna, que en el fondo parece apoyarse en unas alturas pedregosas; Martinhoe y Trentishoe dominan el mar á gran elevacion. En la desembocadura de Hedon, pintoresca salida, donde un arroyuelo se vierte en el mar, hay una especie de posada, muy conveniente como punto de reunion y de partida para los que se propongan explorar el país. Más allá se encuentran las colinas de Hangman, desde las cuales se divisa una gran parte de Exmoor, y tambien del Canal; de las citadas colinas, un camino en pendiente conduce al pueblo de Combe Martin, que llama la atencion del viajero principalmente por su irregularidad, y que fué en otro tiempo famoso por sus minas de plata. En la época de la reina Isabel se regaló al Lord Corregidor de Lóndres una copa que pesaba ciento treinta y siete onzas, fabricada con plata de Combe Martin.

En Berry Narbor, localidad inmediata, nació Jewel, el famoso obispo de Salisbury, cuya familia y sus descendientes habitaron aquí durante varias generaciones. Desde el promontorio de Helesborough, donde hay algunas de esas antiguas obras de tierra semejantes á castillos, se ve la estacion de baños de Ilfracombe, que, así como Torquay, ha dejado de ser un tranquilo pueblo, cual era á mediados del siglo último, para convertirse en una magnífica é importante estacion balnearia. Las colinas que rodean á Ilfracombe son bastante pintorescas, pero más se distingue por este carácter la costa, notable por la singular irregularidad de sus

contornos. Los promontorios están revestidos de una espesa vegetacion, que alterna con grupos de oscuras rocas, grutas y playas de finísima arena; en las bahías pedregosas abundan las anémonas marinas de brillantes colores, y en otros puntos se encuentran raras y hermosas especies, que pueden ser un tesoro para el botánico. En la primavera abunda de tal modo en algunas partes de las colinas la preciosa *Scylla verna*, que aquellas parecen estar cubiertas de una alfombra azul.



*Cabañas de Lynmouth*

La costa se proyecta mucho entre Ilfracombe y la Punta de Baggy, el promontorio norte de la bahía de Bideford; el Taw y el Torridge reunen aquí sus fuerzas para ir á verterse en el mar, y por su rápida corriente impiden que se prolongue más hácia la llamada «Loma de Guijarros,» especie de ancha faja de piedras, formada por la accion de las olas, que arrastran los restos de las rocas de la parte occidental.

El país está ahora mucho más poblado que en otras épocas, pero sus principales contornos han cambiado muy poco; la isla de Laudy, que vista á gran distancia parece un arco inmenso, es ahora lo mismo que era cuando la nave de Amyas Leigh se destrozó al chocar contra las rocas de granito. La punta noroeste de la isla presenta un conjunto de salvaje grandiosidad; enormes peñascos de granito están amontonados confusamente, y las olas, estrellándose contra ellos, cúbrenlos de una capa de blanca espuma. Entre Lundy y Labrador no hay tierra alguna en vía recta; en las rocas de la isla acumúlanse las aves marinas, y muchas gaviotas frecuentan las grandes cavernas de la orilla. La extremada pureza y frescura de los colores en estos parajes, raya en lo admirable; el blanco del granito, el púrpura ó el dorado de algunas plantas, se combinan

con todos los tintes cambiantes del mar y del cielo para deleitar al artista, que con gran sentimiento suyo reconócese impotente para reproducirlos con perfeccion.

El interior de esta parte de Devon, aunque presenta toda la variedad posible de colinas y valles, tiene su carácter propio. En todo el sur del condado no hay ciudad tan notablemente situada como Torrington, que se halla en una colina aislada á gran altura sobre Torridge; el golpe de vista que presenta desde las hondonadas, ó casi barrancos que rodean el sitio, se ha comparado con el que ofrece la ciudad de Jerusalen. Las orillas del rio, revestidas de una rica vegetacion, que forma espeso bosque, son encantadoras; los fragmentos de roca son aquí innumerables, pues en esta region se hallan los depósitos carboníferos; algunos se proyectan como espinas entre la verdura y marcan en una inmensa distancia las sinuosidades de la corriente.

En cuanto á Torrington, no deja de tener recuerdos de la Guerra civil: Sir Ralph Hopton se hallaba enfermo aquí, en 1646, cuando Fairfax llegó cierto dia de improviso á la caida de la tarde, batió á los realistas en las calles, y despues de una breve accion, aunque decisiva, diseminólos completamente. La iglesia de Torrington, en la cual se habia encerrado á cerca de doscientos prisioneros, sufrió mucho á consecuencia de haberse volado el depósito de pólvora que se hallaba en el edificio. Muchos de los prisioneros perecieron, juntamente con algunos de sus enemigos, pero la iglesia, aunque muy maltratada, no quedó destruida del todo, y se pudo restaurarla.

En la inmediacion de Torrington se hallan el pueblo natal de uno de los dos históricos duques que se han distinguido entre las notabilidades del condado: en Ashe, cerca de Axminster, en el extremo límite oriental del condado de Devon, nació en 5 de julio de 1650 Juan Churchill, que fué despues el gran Duque de Marlborough, tan célebre en la historia; y en Potheridge, cerca de Torrington, á muy corta distancia de la frontera de Cornwall, nació, en 6 de diciembre de 1608, Jorge Monk, que en recompensa de sus servicios por la restauracion de la monarquía fué creado Duque de Albermale. Ashe y Potheridge entraron en su período de decadencia hace largo tiempo, y hoy dia solo son granjas; pero en este último punto se pueden reconocer aún vestigios interesantes del favor que mereció de Monk, cuando este hubo llegado al apogeo de la riqueza y de los honores: los individuos de su familia habian residido allí durante varias generaciones; y hasta el mismo Monk pasó una parte de su juventud cazando en los bosques de los alrededores de este hermoso país. En tiempo de su padre, el dominio de la familia estaba en muy mal estado, y cuando el duque se halló en situacion de arreglarlo todo, la antigua casa de Potheridge estaba ya ruinosa. A pesar de esto, dispuso su restauracion en gran escala, y aunque una gran parte de la obra quedó destruida luego, aún quedan algunos techos con ricas molduras y varias habitaciones cuyos adornos y coronas ducales nos recuerdan el antiguo general de Cárlos II. De todos modos, la posicion de la casa es magnífica; desde uno de sus lados se goza de una magnífica perspectiva de las alturas del norte de Dartmoor y de una vasta extension cubierta de bosque.

En la misma costa, á corta distancia de Bideford, se ha establecido en los últimos años una pequeña estacion balnearia, á la cual se ha dado el nombre de «Westward Ho,» título

de un libro de Cárlos Kingsley; sus principales ventajas son la vista del mar y la pureza del aire, que debe reanimar á las personas delicadas. Además hay una curiosidad, y es una especie de cordillera de unos cincuenta piés de ancho por veinte de altura, que se prolonga en el espacio de dos millas en línea recta; es singularmente uniforme y compacta y se compone sólo de guijarros, cuyo diámetro varia desde media pulgada á una vara; todos ellos han sido desalojados sin duda de las rocas que hay por la parte del oeste, y arrastrados por la accion de las aguas del mar hasta más allá de Northam Strand, donde las rápidas corrientes del Taw y del Torridge les impiden seguir viajando.

Si se avanza á lo largo de la costa, sin salir de la profunda curva de la bahía de Bideford, pronto se llegará al antiguo pueblo de Clovelly, que segun se dice, no sólo ha sido el más poético caserío de Devon, sino tambien de todo el reino. Aunque no lo fuera, se puede considerar como uno de los más particulares, pues parece estar suspendido de un peñasco cubierto de bosque y su única calle desciende por escalones naturales muy pendientes, que se corren entre antiguas casas hasta un puente situado quinientos piés más abajo. Un arroyuelo, cruzado acá y allá por frágiles puentes, sigue la línea de los escalones, resolviéndose al fin en una cascada. Seria difícil encontrar algo semejante al pueblo de Clovelly.

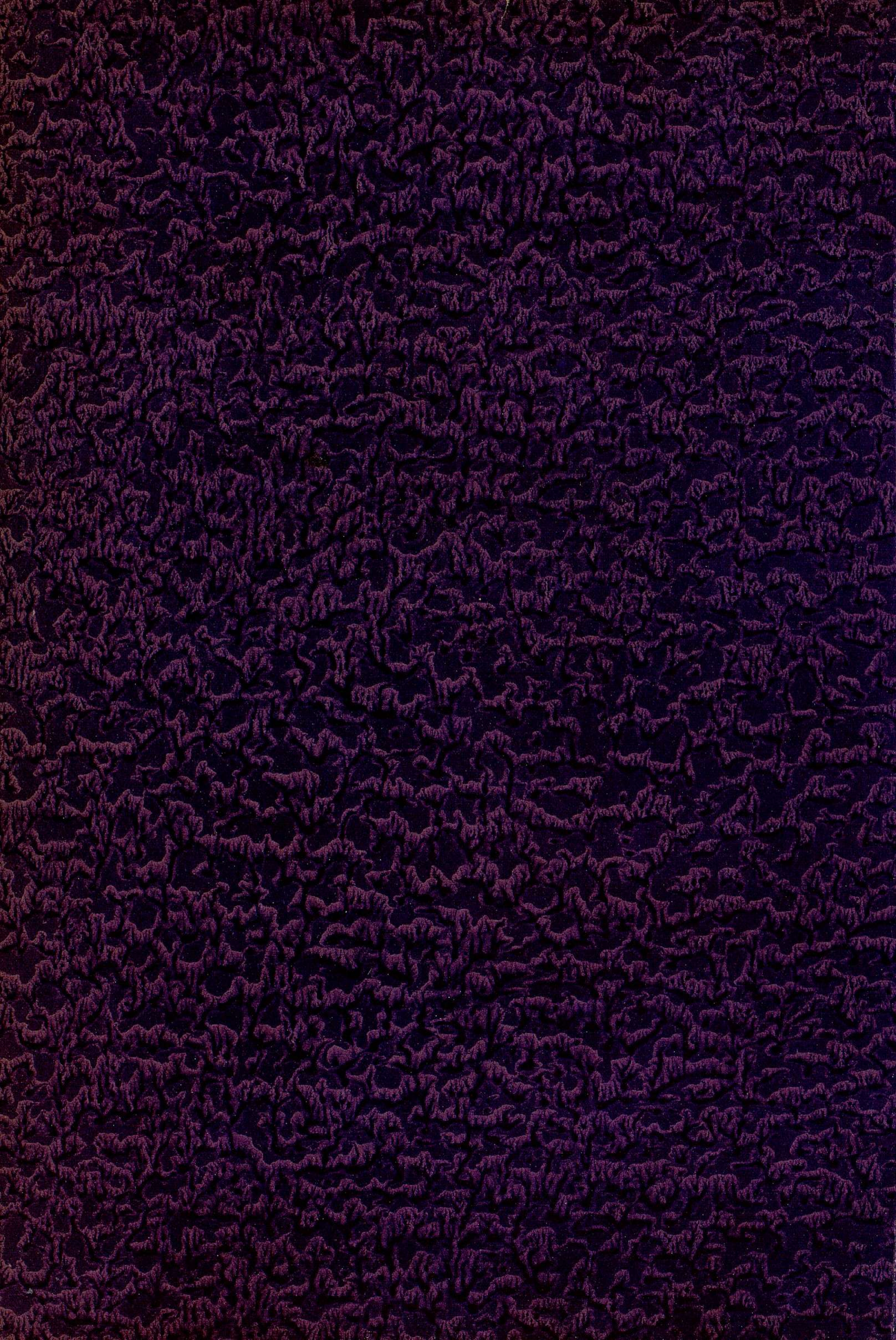
A los atractivos naturales de la localidad, pintoresca como pocas, deben agregarse la risueña bahía y los bosques de Hobby y de Clovelly, que se extienden á cada lado; en rigor podria decirse que todo el espacio de costa comprendido entre este pueblo y la Punta de Hartland está como alfombrada por una densa masa de follaje. A través de la bahía está Lundy, cuyos tintes cambian segun las luces que llegan del mar.

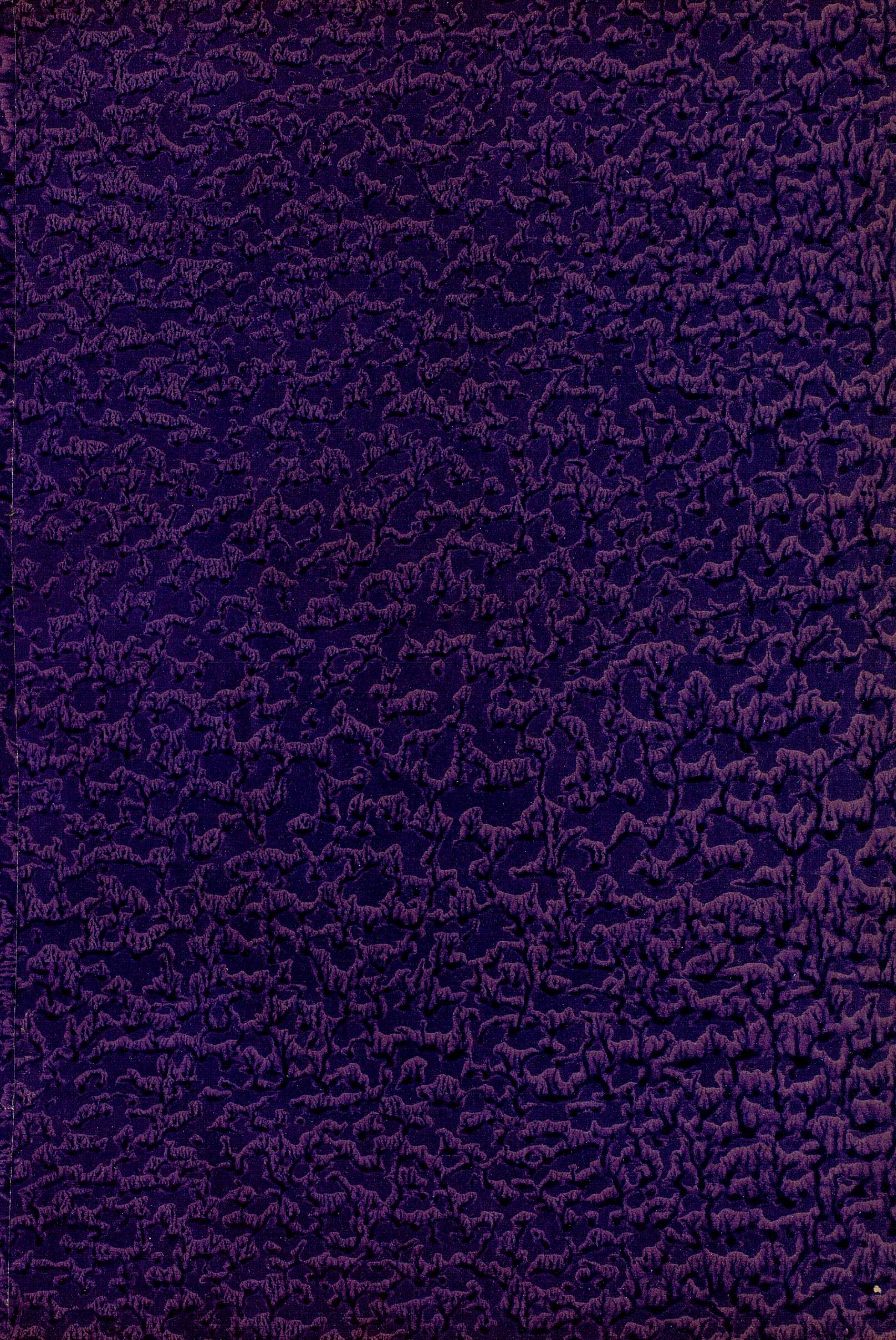
A corta distancia, tierra adentro, encuéntrase en la profundidad de un bosque la antigua abadía de Hartland, famosa por sus helechos y sus musgos. Esta abadía fué fundada por Gytha, madre de Haroldo, en honor de San Nectan, cuya luz, ardiendo continuamente en el promontorio, habia salvado del naufragio una vez, segun ella creia, á su esposo el conde Godwin, cuando en una noche de tempestad estuvo luchando contra las olas. La iglesia está dedicada á dicho santo, que era hijo de un reyezuelo de Gales.

Vagando entre picos de roca, y despues de cruzar por muchos pequeños valles que desembocan cerca de la orilla del mar, llégase insensiblemente á Morwenstow y Bude. El valle de Marsland marca la línea divisoria entre los condados de Devon y Cornwall. En Morwenstow, donde vivió Santa Morwena, hermana de San Nectan, se debe visitar la iglesia, con sus arcos normandos, que tienen extrañas esculturas, y tambien el valle pedregoso con sus pozos santos y su vicariato.

FIN DE LA EUROPA PINTORESCA

# INDICE DEL TOMO SEGUNDO








LA
EUROPA
PINTORESCA
2
SALVATELLA
BARCELONA
LA
EUROPA
PINTORESCA